
TUS
LIBROS
Un Yanqui en la Corte
del Rey Arturo
MARK TWAIN
Lectulandia

La tentación de penetrar en el pasado, ya sea a través del túnel del tiempo o mediante aeronaves de ciencia-ficción que superasen la velocidad de la luz, no es nueva. Pero Twain no quiso hacer alardes científicos (para él la transmigración es un pretexto), sino un relato humorístico, empapado de sátira social y política, como es habitual en él. Las instituciones monárquicas, eclesiásticas y caballerescas reciben un buen repaso, y los personajes, un tanto grotescos y caricaturizados, a la vez que nos divierten con su comicidad irresistible, nos sitúan frente a la desconfianza del autor ante ciertos valores morales tenidos por inamovibles.

Mark Twain

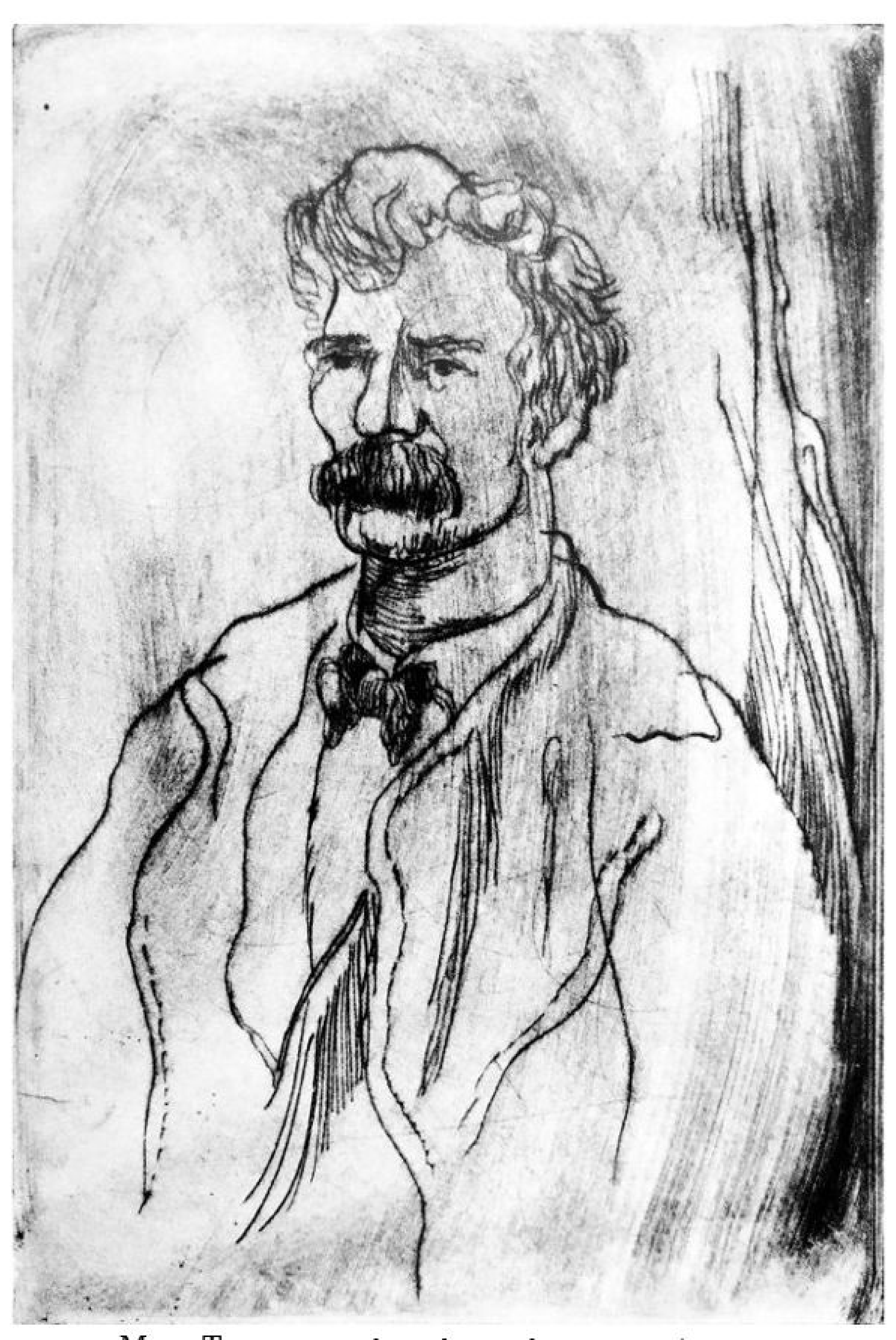
Un yanqui en la corte del rey Arturo

Tus libros - 89

ePub r1.0
Titivillus 16.02.2020

Título original: *A Connecticut Yankee at King Arthur's Court*
Mark Twain, 1889
Traducción, apéndice y notas: Juan Fernando Merino
Ilustraciones: Dan Beard
Retrato del autor: Justo Barboza

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

MARK TWAIN [Samuel Langhorne Clemens] (1835-1910)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición, publicado con el título A Yankee at the Court of King Arthur *por Chatto & Windus, Londres, diciembre de 1889. (La edición americana publicada unos días después por Charles L. Webster and Company, llevaba el título más explícito de* A Connecticut Yankee at King Arthur’s Court*, que es el que ha prevalecido). Las ilustraciones, originales de Daniel Carter Beard (1850-1941), acompañaron a ambas ediciones.*

Prefacio

Las despiadadas leyes y costumbres que se mencionan en este relato son históricas, y los episodios que se utilizan para ilustrarlas también son históricos. Esto no quiere decir que tales leyes y costumbres existieran en Inglaterra en el siglo VI, no; solo quiero decir que, dado que existieron en la civilización inglesa y en otras civilizaciones de épocas mucho más recientes, se puede concluir sin temor a incurrir en una calumnia que también estaban vigentes en el siglo VI. Hay buenas razones para inferir que, cuando en esos remotos tiempos no existía alguna de estas leyes o costumbres, su lugar era ocupado, y de manera muy eficiente, por una mucho peor.

La cuestión de la existencia o no existencia del derecho divino de los reyes no tiene respuesta en este libro. Resultó ser demasiado difícil. Que el primer gobernante de una nación debe ser una persona de carácter excelso y habilidad extraordinaria es manifiesto e indiscutible; que solo la Deidad podría elegir a ese primer gobernante certera e infaliblemente es también manifiesto e indiscutible; por lo tanto, resulta inevitable deducir que, como se pretende, es la Deidad quien hace la elección. Quiero decir, hasta que el autor de este libro encontró los Pompadour y Lady Castlemaine[1] y algunos otros gobernantes de este tipo. Era tan difícil incorporarlos dentro de este argumento, que juzgué preferible abordar otros aspectos en este libro (que debe aparecer este otoño) y luego entrenarme debidamente y resolver los del derecho divino en otro libro. Es algo que debe ser resuelto, por supuesto, y de todas maneras no tenía nada especial que hacer el próximo invierno.

MARK TWAIN

Una breve introducción

Fue en el castillo de Warwick[1] donde me topé con el extraño personaje de quien voy a hablar. Me llamó la atención por tres razones: su ingenua simpleza, su asombrosa familiaridad con las armaduras antiguas y el sosiego que ofrecía su compañía —pues era él quien llevaba toda la conversación—. Como suele ocurrir con las personas modestas, nos quedamos a la cola del grupo que visitaba el lugar, y desde el primer momento me interesaron las cosas que decía. Mientras hablaba, suave, agradable, fluidamente, parecía alejarse imperceptiblemente de nuestro mundo y nuestro tiempo y adentrarse en una era remota y un país olvidado, y de tal manera me fue hechizando con sus palabras que creí encontrarme entre los espectros y las sombras y el polvo y el moho de una gris antigüedad, ¡enfrascado en conversación con una de sus reliquias! Exactamente como hablaría yo de mis mejores amigos y de mis peores enemigos, o de los más conocidos entre mis vecinos, me hablaba él de sir Bedivere, sir Bors de Ganis, sir Lanzarote del Lago, sir Galahad y todos los otros caballeros famosos de la Mesa Redonda[2], ¡y qué viejo, qué indescriptiblemente viejo y ajado y seco y descolorido parecía a medida que seguía hablando! De repente, se volvió hacia mí para decirme con la naturalidad con que uno habla del tiempo o de cualquier otro asunto trivial:

—Ya habrá oído hablar de la transmigración de las almas, ¿pero sabe algo acerca de la transposición de épocas y cuerpos[3]?

Contesté que no había oído hablar de ello. Prestaba tan poca atención como si en realidad estuviésemos hablando del tiempo, y no se dio cuenta de si le había respondido o no. Sobrevino un instante de silencio, inmediatamente interrumpido por la voz monótona del cicerone del castillo:

—Coraza antigua, del siglo VI, época del rey Arturo y la Mesa Redonda; se dice que perteneció al caballero Sagramor el Deseoso; obsérvese el agujero circular que atraviesa la cota de malla en la parte izquierda del pecho; resulta inexplicable; se presume que puede haber sido causada por una bala después

de la aparición de las armas de fuego, quizá intencionadamente por soldados de Cromwell[4].

Mi acompañante sonrió, pero no con una sonrisa moderna, sino con una que debió pasar de moda hace muchos muchos siglos, y murmuró, aparentemente dirigiéndose a sí mismo:

«A fe que vi cómo ocurrió».

Luego, tras una pausa, añadió:

—Fui yo quien lo hizo.

Cuando logré recuperarme de la electrizante sorpresa que me produjo el comentario, él había desaparecido.

Pasé toda la velada sentado junto a la chimenea de mi habitación en la Hospedería Warwick, inmerso en un sueño de tiempos lejanos, mientras la lluvia golpeaba los cristales y el viento ululaba entre los aleros y las cornisas. De vez en cuando me sumergía en el mágico y anciano libro de sir Thomas Malory[5], participaba del rico banquete de prodigios y aventuras, respiraba la fragancia de sus nombres obsoletos y volvía a soñar. Pasada ya la medianoche, y mientras conciliaba el sueño, leí un relato más, este que sigue a continuación y que rezaba así:

DE CÓMO SIR LANZAROTE DIO MUERTE A DOS GIGANTES Y LIBERÓ UN CASTILLO

En esto se abalanzaron sobre él dos enormes gigantes, armados por completo, salvo las cabezas, y empuñando horribles mazas. Enderezó sir Lanzarote su escudo y desvió el golpe de uno de ellos, y con la espada le partió la cabeza por la mitad. Cuando el otro gigante vio esto, echó a correr desatinado por miedo a golpes tan terribles, y sir Lanzarote lo persiguió y con toda su fuerza le descargó un golpe en el hombro que le entró hasta el ombligo. Al cabo sir Lanzarote entró en el salón y allí salieron a su encuentro cinco docenas de damas y doncellas, y todas se arrodillaron ante él y dieron gracias a Dios y al caballero por su liberación. «Porque, señor —dijéronle—, las más de nosotras hemos sido sus prisioneras estos siete años, haciendo toda clase de labores de seda por nuestra comida y todas provenimos de muy noble cuna. Y en buen hora nacisteis, caballero, pues habéis realizado la mayor hazaña que jamás haya realizado caballero alguno en el mundo, de lo cual somos testigos, y todas os rogamos que nos digáis vuestro nombre, de manera que podamos decir a nuestros amigos quién nos liberó de la prisión». «Gentiles doncellas —dijo—, mi nombre es Lanzarote del Lago». Y entonces tomó licencia de ellas y las encomendó a Dios. Montó sobre su caballo y recorrió muchos países extraños y salvajes, y atravesó ríos y valles y muchas veces recibió pésimo albergue, hasta que por fin la fortuna le llevó una noche a una hermosa mansión y en su interior encontró a una anciana señora que de muy buen grado le hospedó y fueron bien servidos él y su caballo. Y cuando fue la hora, su huéspeda le condujo a un cuidado camaranchón, encima de la puerta, donde estaba dispuesta su cama. Allí sir Lanzarote se despojó de su armadura, colocó los arreos a su vera, se acostó en el lecho y luego se durmió. Poco después llegó uno que venía a caballo y empezó a dar golpes en la puerta con gran apremio. Cuando sir Lanzarote lo oyó, se levantó y miró por la ventana, y a la

luz de la luna vio que tres caballeros venían en pos del hombre solo, y los tres al tiempo se arrojaban sobre él con sus espadas y él se volvió para defenderse como buen caballero. «¡Voto a Dios —dijo sir Lanzarote—, que he de ayudar a este caballero, pues sería una vergüenza para mí ver cómo tres caballeros atacan a uno solo, y si fuese muerto, sería yo partícipe de su muerte!». Sin más, tomó sus arreos y, deslizándose por la ventana con una sábana, se plantó ante ellos y exclamó: «Enfrentaos a mí, caballeros, y abandonad vuestra lucha con este caballero». Y entonces los tres se apartaron de sir Kay[6], se volvieron hacia sir Lanzarote y sobrevino un gran cambio, porque los tres se apearon y arremetieron contra sir Lanzarote, asediándole desde todos los costados. En esto sir Kay pidió licencia para ayudar a sir Lanzarote. «No, señor —contestó él—, no deseo ayuda vuestra ninguna, y puesto que soy yo quien os la ha ofrecido a vos, dejadme a solas con ellos». Para complacer al caballero, sir Kay se resignó a obrar de tal manera, y se apartó de la contienda. Y pronto, con solo seis golpes, sir Lanzarote los había derribado a todos.

Y entonces los tres imploraron: «Señor caballero, nos rendimos a vuestra merced como hombre de fuerza sin igual». «En cuanto a eso —dijo sir Lanzarote—, no acepto vuestra rendición, pero salvaré vuestras vidas con la condición de que os rindáis a sir Kay el senescal, y no de otro modo». «Noble caballero —dijeron—, eso que nos pedís detestaríamos hacerlo, pues hemos seguido a sir Kay hasta aquí, y lo hubiéramos derrotado de no haber sido por vuestra merced; y así no es razón que nos rindamos a él». «Bueno, en cuanto a eso —dijo sir Lanzarote—, pensadlo bien, pues estaréis eligiendo si queréis morir o queréis vivir, ya que si pretendéis rendiros ha de ser a sir Kay». «Noble caballero —dijeron entonces ellos—, para salvar nuestras vidas haremos lo que ordenáis». «En ese caso —dijo sir Lanzarote—, os llegaréis a la corte del rey Arturo el próximo Domingo de Pentecostés[7], y allí os rendiréis a la reina Ginebra[8] y os pondréis a su gracia y merced, y le diréis que sir Kay os ha enviado para que seáis sus prisioneros». Por la mañana, sir Lanzarote se levantó temprano, dejó a sir Kay durmiendo, se llevó el escudo y la armadura de sir Kay, luego fue al establo y tomó el caballo de sir Kay, se despidió de la huéspeda y partió. Poco después despertó sir Kay, no encontró a sir Lanzarote y se dio cuenta de que se había llevado su armadura y caballo. «A fe —dijo—, que muchos caballeros en la corte del rey Arturo recibirán afrenta y daño, pues con él los caballeros se mostrarán atrevidos, creyendo que soy yo, y se estarán llamando a engaño, mientras que yo seguro estoy de cabalgar en paz gracias a su escudo y armadura». Y entonces poco después partió sir Kay dando gracias a la huéspeda[9].

En el momento en que cerraba el libro llamaron a la puerta y entró el forastero. Le ofrecí una pipa y un asiento y le invité a que se pusiera cómodo. También le ofrecí un reconfortante *whisky* escocés caliente, luego otro, y otro más —esperando cada vez que se animara a contar su historia—. Después de un cuarto intento de persuasión comenzó la historia, de una manera bastante sencilla y natural.

LA HISTORIA DEL FORASTERO

Soy norteamericano. Nací y crecí en Hartford, en el Estado de Connecticut[10], o sea, justamente al otro lado del río. De manera que soy el más yanqui de los yanquis[11], y un hombre práctico, sí, y supongo que desprovisto casi por completo de sensibilidad o, en otras palabras, desprovisto de poesía. Mi padre era herrero; mi tío, médico de caballos, y en un principio yo era un poco lo uno y un poco lo otro.

Luego entré en la gran fábrica de armas[12] y aprendí mi verdadero oficio; todo lo que había que aprender; aprendí a fabricarlo todo: fusiles, revólveres, cañones, calderas, motores, cualquier tipo de maquinarias para ahorrar mano de obra. ¡Diantres! Era capaz de fabricar lo que me pidiesen, cualquier cosa en el mundo, lo que fuese, y si no existía una manera veloz y novedosa de fabricarla, yo era capaz de inventarla con la misma facilidad con que se hace flotar un tronco. Llegué a ser superintendente en jefe, con unos dos mil hombres a mi cargo.

Pues bien, un hombre así se ve envuelto en muchas peleas, sobra decirlo. Cuando tienes un par de miles de hombres duros a tu cargo, abunda ese tipo de diversión. Por lo menos, eso me ocurría a mí. Finalmente, encontré un temible contrincante y recibí una buena soba. Ocurrió durante un malentendido con un individuo a quien llamábamos Hércules, que se zanjó con barras de hierro. Me derribó de un golpe tan contundente en la cabeza que me dejó viendo las estrellas y pareció desencajar todas las articulaciones del cráneo y dejarlas en completo desorden. Después se oscureció el mundo entero y ya no sentí nada más ni supe nada más, al menos durante cierto tiempo.

Cuando volví en mí estaba sentado en un prado a la sombra de un roble, con un amplio paisaje a mi entera disposición…, o casi. No del todo, porque había un individuo a caballo que me contemplaba desde lo alto de su posición, un individuo recién salido de un libro de cuentos. Iba cubierto de arriba abajo por una armadura antigua y llevaba en la cabeza un casco que parecía un barrilete para clavos, y tenía un escudo, una espada y una formidable lanza; su caballo también iba cubierto con una armadura y ostentaba un cuerno de acero que se proyectaba desde su frente, y magníficos jaeces de seda, rojos y verdes, que colgaban de los lados como las colchas de una cama y casi tocaban el suelo.

—Gentil señor, ¿queréis justar conmigo? —preguntó el individuo.

—¿Que si quiero qué?

—Batiros en singular batalla por unas tierras, una dama, o…

—¿De qué me hablas? —dije—. Vuelve a tu circo o te denuncio.

Y entonces al hombre no se le ocurre nada mejor que retroceder unos doscientos o trescientos pasos y arremeter contra mí a toda velocidad de su caballo, con el barrilete para clavos inclinado casi a la altura de la nuca de su caballo, y su larga lanza apuntada hacia adelante. Me di cuenta de que la cosa iba en serio, de modo que cuando llegó ya estaba yo en lo alto del árbol.

Me informó que yo pasaba a ser propiedad suya, cautivo de su lanza. Aducía argumentos convincentes, y además se encontraba en una posición ventajosa, así que decidí darle la razón. Llegamos al acuerdo de que yo iría con él, y por su parte él se comprometía a no hacerme daño. Bajé del árbol y nos pusimos en marcha, caminando yo al lado de su caballo. Avanzábamos a un paso cómodo, atravesando claros del bosque, valles y arroyos que yo no recordaba haber visto antes, lo cual me sorprendía mucho y, sin embargo, no se veía ningún circo ni carteles que lo anunciaran. Así que abandoné la idea del circo y llegué a la conclusión de que el individuo pertenecía a un manicomio. Como tampoco había indicios de manicomio en las cercanías, comencé a pensar que me encontraba en un verdadero aprieto. Le pregunté a qué distancia estábamos de Hartford. Contestó que nunca había oído hablar de tal sitio; una mentira, pensé, pero no le di más vueltas. Al cabo de una hora de camino apareció a lo lejos una ciudad adormecida a orillas de un río sinuoso, y a sus espaldas, sobre una colina, una enorme y oscura fortaleza, con torres y torreones, una escena que hasta ahora solo había visto en las ilustraciones.

—¿Bridgeport[13]? —pregunté.

—Camelot[14] —respondió.

Mi forastero parecía estar un tanto adormilado. En un momento se sorprendió cabeceando, y entonces, sonriendo con una de esas sonrisas suyas, patéticas, obsoletas, dijo:

—Me temo que no podré continuar con la historia, pero venga conmigo; lo tengo todo escrito y si quiere puede leerlo.

Cuando llegamos a su habitación me dijo:

—Al principio llevaba un diario; después, poco a poco, con el paso de los años, el diario se fue convirtiendo en un libro. ¡Cuánto tiempo ha pasado!… Comience a leer aquí; ya le he contado lo que antecede.

Estaba a punto de quedarse dormido. Salí de su habitación, y mientras me alejaba alcancé a escuchar que me decía:

—Os deseo buen abrigo, gentil señor.

Me senté junto al fuego y examiné mi tesoro. La primera parte, que de hecho era la de mayor extensión, estaba escrita en un pergamino amarillo por el paso del tiempo. Escruté una hoja en particular y me di cuenta de que se trataba de un palimpsesto[15]. Bajo la oscura y opaca escritura del historiador yanqui aparecían rasgos de una caligrafía aún más antigua y desvaída… Eran palabras y frases latinas, evidentemente fragmentos de leyendas monacales. Busqué el sitio que el forastero había señalado y comencé a leer lo que sigue:

Historia de la Tierra Perdida



1
Camelot

«Camelot, Camelot —me dije—. No recuerdo haberlo oído antes; el nombre del manicomio, probablemente».

Era un paisaje veraniego grato y tranquilo, hermoso como un sueño y solitario como un domingo. El aire estaba cargado del aroma de las flores, el zumbido de insectos y el gorjeo de las aves, y no se veían seres humanos, ni vagones, ni alboroto ni actividad alguna. El camino era un sendero sinuoso, con huellas de cascos y pezuñas, y de vez en cuando rastros de ruedas a uno u otro lado de la hierba, ruedas que aparentemente tenían llantas tan anchas como una mano.

Al rato se acercó una niña muy bella, de unos diez años, con una catarata de cabello dorado que descendía por su espalda. Sobre la cabeza llevaba una guirnalda de encendidas amapolas rojas, y nada más. Era el más hermoso atuendo que jamás había visto, aunque fuese tan exiguo. Caminaba indolentemente, sin preocupaciones, su paz interior reflejada en la inocencia del rostro. El tipo del circo no le prestó la menor atención; ni siquiera pareció verla. Y ella… ella no se sorprendió en absoluto de su extravagante aspecto; como si estuviese acostumbrada a ver apariciones semejantes todos los días. Pasaba de largo tan indiferentemente, como si se hubiese cruzado con un par de vacas; pero me vio, ¡y entonces sí que se produjo un cambio! Alzó las manos como si se hubiera quedado petrificada, y con la boca abierta de par en par y los ojos fijos y medrosos era la mismísima estampa del asombro mezclado con el miedo. Se quedó mirándome con una especie de fascinación estupefacta, hasta que doblamos el recodo del bosque y nos perdió de vista. Que se hubiera sobresaltado al verme, y no cuando había visto al otro, era demasiado para mí; no le encontraba ni pies ni cabeza al asunto. Y que me considerara a mí un espectáculo, pasando completamente por alto sus propios méritos al respecto, era otro enigma, y también una demostración de magnanimidad inesperada en alguien tan joven. Había allí motivos de reflexión. Seguí caminando como si estuviera en mitad de un sueño.

A medida que nos acercábamos a la ciudad comenzaban a aparecer señales de vida. De vez en cuando pasábamos al lado de alguna choza

miserable, con techo de paja, rodeada por un pequeño terreno y pequeños huertos en estado de abandono. También había gente; hombres musculosos con cabellos largos, ásperos, desordenados, que les caían sobre el rostro dándoles un aspecto de animales. Tanto ellos como las mujeres vestían, por regla general, toscas túnicas de estopa que les llegaban bastante más abajo de las rodillas, y una especie de burdas sandalias; muchos llevaban un collar de hierro. Los niños y niñas se paseaban desnudos, pero nadie parecía enterarse. Toda la gente me observaba sin quitarme los ojos de encima, hablaba de mí, corría para llamar a otros familiares y se quedaban mirándome boquiabiertos; pero nadie parecía reparar en el otro, excepto para saludarle humildemente, a lo cual él ni siquiera se dignaba responder.

En la ciudad había un número considerable de casas de piedra, sin ventanas, dispersas entre la maraña de chozas; las calles no eran más que vericuetos torcidos y sin pavimentar; cuadrillas de perros y de niños desnudos retozaban al aire libre, vivaz, ruidosamente; los cerdos se paseaban y hozaban a sus anchas, y una cerda se tendió en una charca maloliente en medio de la vía principal para amamantar a sus crías. De repente, se oyó en la distancia un sonido de música militar; luego, la música se oyó más cerca, un poco más cerca aún, hasta que surgió en el horizonte un espléndido cortejo, magnífico, con tantos yelmos empenachados y brillantes cotas de malla y flameantes banderas y ricos farsetos y lujosas gualdrapas sobre los caballos y doradas puntas de lanza[1], y entre el lodo y los puercos, los niños, mocosos y desnudos, los dichosos perros y las chozas miserables continuó su gallarda marcha, y tras sus huellas seguimos nosotros. Los seguimos por infinidad de callejuelas tortuosas, ascendiendo, siempre ascendiendo, hasta que finalmente ganamos la aireada cumbre donde se levantaba el imponente castillo. Se produjo un intercambio de toques de clarín; luego, una conversación junto a las murallas, donde hombres de armas con coraza y morrión, la alabarda al hombro[2], marchaban de un lado a otro a la sombra de banderas ondeantes que lucían la burda imagen de un dragón; entonces se abrieron de par en par las enormes puertas, se bajó el puente levadizo y la cabeza de la cabalgata avanzó majestuosamente y cruzó los imponentes arcos, y nosotros, a la zaga, pronto nos encontramos también en un gran patio enlosado, con torres y torreones que desde las cuatro esquinas se levantaban hacia el cielo, y a nuestro alrededor había un tumulto de gentes que desmontaban, se saludaban ceremoniosamente y se apresuraban de un lado a otro, y un alegre despliegue de colores mezclados y cambiantes, y por todas partes, un agradable ajetreo y barullo y confusión.

2
La corte del rey Arturo

En cuanto tuve una oportunidad, me aparté un poco, conseguí la atención de un anciano de aspecto muy normal y le pregunté en un tono insinuante, confidencial:

—Amigo, hazme un favor: ¿Podrías decirme si perteneces a este sanatorio o si estás aquí de visita, o algo así?

Me contempló con aire de estupidez y dijo:

—Por vida mía, gentil señor, pareceríame…

—Suficiente —le interrumpí—. Ya veo que eres uno de los pacientes.



Me alejé pensativo, pero al mismo tiempo tratando de discernir a algún paseante que estuviera en sus cabales y que pudiera aclararme lo que ocurría. Cuando juzgué que había encontrado a uno, le llevé a un lado y le dije al oído:

—¿Sería posible ver al director del manicomio un minuto, tan solo un minuto?

—No puedo holgar en plática, señor.

—¿Qué?

—Detenerme, si os place más la palabra.

Me explicó en seguida que era un ayudante de cocina y no podía detenerse a charlar, aunque quisiera hacerlo en otra ocasión, porque le encantaría saber dónde había conseguido la ropa que llevaba. Al alejarse señaló a alguien que estaba lo suficientemente desocupado para satisfacer mi propósito y que además me estaría buscando, sin duda. Se trataba de un joven delgado y airoso, vestido con unos pantalones de color salmón, muy apretados, que le daban el aspecto de una zanahoria de dos piernas; el resto de su atuendo era de seda azul con lazos y volantes; tenía unos largos rizos rubios y usaba un sombrerito de satén rosa, coronado por una pluma e inclinado presuntuosamente sobre una oreja. Su apariencia indicaba que era afable; su porte, que estaba satisfecho de sí mismo. Resultaba tan atractivo que merecería ser enmarcado. Llegó a mi lado, me miró con una curiosidad traviesa y descarada, dijo que había venido a buscarme y me informó que era un paje.

—¡Largo de aquí si no eres más que un pijo[1]! —le dije.

Era un comentario bastante severo, pero yo estaba irritado. Sin embargo, no se molestó; ni siquiera pareció darse cuenta de que le había insultado. Mientras caminábamos comenzó a hablar y a reír de una manera alegre, despreocupada, juvenil, trabando amistad conmigo desde un principio y haciendo todo tipo de preguntas acerca de mí mismo y de mi atuendo, pero sin esperar jamás una respuesta; continuaba hablando sin parar, como si no se diera cuenta de que acababa de hacer una pregunta y debía recibir una respuesta, hasta que se le ocurrió comentar que había nacido a principios del 513.

Sentí un estremecimiento que me recorrió todo el cuerpo. Me detuve y dije, con voz muy débil:

—Quizá no he oído bien: dilo de nuevo, y dilo lentamente. ¿En qué año?

—En el 513.

—¡En el 513! ¡No lo aparentas! Vamos, muchacho, soy forastero y no tengo amigos aquí; deberías ser sincero y honrado conmigo. ¿Estás en tu sano

juicio?

Me respondió afirmativamente.

—¿Y todas estas personas, están en su sano juicio?

También contestó afirmativamente.

—¿Y esto no es un manicomio? Quiero decir, ¿no se trata de un sitio donde curan a las personas que están locas?

Contestó que no.

—En ese caso —dije—, o estoy loco o ha ocurrido algo igualmente horrible; ahora, dime, honesta y verdaderamente: ¿dónde estoy?

—*En la corte del rey Arturo*.


THE KING.

Esperé un momento para permitir que la idea se abriera paso en mi entendimiento, y luego pregunté:

—Y, según tú, ¿en qué año estamos?

—En el 528. Diecinueve de junio.

Sentí cómo se me encogía el corazón y murmuré:

—Nunca más volveré a ver a mis amigos; nunca; nunca jamás. No nacerán hasta dentro de trece siglos.

Parecía creer lo que me decía el muchacho, sin saber muy bien por qué. *Algo* dentro de mí lo creía —mi conciencia, podríamos decir—, pero mi razón no lo creía. Mi razón, naturalmente, se rebeló de inmediato. No se me ocurría qué hacer para calmarla, porque sabía que de nada servirían las aseveraciones de otros hombres; mi razón respondería que se trataba de lunáticos y rechazaría cualquier testimonio contrario. Pero súbitamente encontré la solución, por un golpe de suerte. Sabía que el único eclipse total de sol en la primera mitad del siglo VI había tenido lugar el 21 de junio del año 528 y había comenzado a las doce y tres minutos del mediodía. También sabía que durante el año que para mí era el presente —es decir, 1879**[2]**— no estaba previsto ningún eclipse total de sol. De modo que si lograba contener otras cuarenta y ocho horas la ansiedad y la curiosidad que me roían el corazón sabría con seguridad si el muchacho me decía la verdad o no. Siendo como soy un nativo de Connecticut y un hombre práctico, aparté por completo de mi mente esa preocupación hasta que llegara el día y la hora señalados, de forma que pudiese dedicar toda mi atención a las circunstancias presentes, y continuar preparado y alerta para sacar el mayor provecho posible de tal situación. Cada cosa a su tiempo, es mi lema, y perseverar siempre hasta el final; si estábamos todavía en el siglo XIX y yo estaba rodeado de locos y sin posibilidad de escapar, en poco tiempo me haría el jefe del manicomio, y si realmente estábamos en el siglo VI, pues, bueno, mi resolución no era menos drástica: sería jefe de todo el país antes de que pasaran tres meses, pues había llegado a la conclusión de que era el hombre mejor educado del reino, con una diferencia de más de mil trescientos años. No soy dado a perder el tiempo una vez que he tomado una decisión y hay trabajo que hacer, así que le dije al paje:

—Oye, Clarence, muchacho (si por casualidad ese es tu nombre), si no te importa, me gustaría que me aclarases algunas cosas. ¿Cómo se llama esa aparición que me trajo aquí?

—¿Mi amo y el vuestro? Es el buen caballero y gran señor sir Kay el Senescal, hermano de leche de nuestro señor el rey.

—Muy bien, sigue, cuéntamelo todo.

Su historia fue muy extensa, pero la parte que tenía un interés más inmediato para mí era la siguiente. Dijo que yo era prisionero de sir Kay, y siguiendo las costumbres establecidas, sería arrojado a una mazmorra y abandonado a mi suerte hasta que mis amigos pagaran el rescate, a no ser que por azar me pudriese antes de que ellos llegaran. Consideré que la primera alternativa tenía mayores ventajas, pero no me detuve a darle más vueltas al asunto; en ese momento el tiempo era demasiado precioso. También me dijo Clarence que la cena en el gran salón estaría al terminar, y que tan pronto como se iniciaran los tratos sociales y las tandas de bebida sir Kay me haría conducir allí para exhibirme ante el rey Arturo y sus ilustres caballeros de la Mesa Redonda, y ufanarse de la proeza realizada al capturarme, y que probablemente exageraría un poco, pero que faltaría yo a los buenos modales si tratase de rectificar, y además no sería una actitud demasiado prudente, y que, una vez finalizada mi exhibición, entonces, ¡hala!, a las mazmorras, pero que él, Clarence, hallaría la manera de venir a visitarme de vez en cuando, me daría ánimos y me ayudaría a enviar un mensaje a mis amigos.


DAN BEARD

¡Un mensaje a mis amigos! Le di las gracias; era lo menos que podía hacer ante aquel ofrecimiento, y en ese momento llegó un lacayo para decir que requerían mi presencia; Clarence me hizo pasar, me condujo hasta un lado y se sentó junto a mí.

Pues bien, era un espectáculo bastante curioso e interesante. El sitio era inmenso y un tanto desnudo; sí, lleno de llamativos contrastes. Era alto, muy alto, tan alto que las banderas que pendían de las vigas parecían flotar allá arriba en una especie de penumbra; había sendas galerías a ambos extremos del salón, muy altas y protegidas por balaustradas de piedra; una de ellas estaba ocupada por músicos, y la otra, por mujeres, con atuendos de colores chillones. El suelo, cubierto de grandes losas de piedra de color blanco o negro, estaba bastante gastado por los años y el uso y necesitaba una buena reparación. Ornamentos no había ninguno, en el sentido estricto de la palabra, aunque de las paredes colgaban varios tapices enormes que probablemente pasarían por ser trabajos de arte; se trataba de escenas de guerra, con caballos similares a los que hacen los niños recortando un papel o los que modelan con mazapán, y sobre ellos se veían hombres armados, con armaduras de anillas, y como las anillas estaban representadas por agujeros redondos, parecía que los escudos hubiesen sido ejecutados con un molde para galletas. Había una chimenea tan grande que se podría acampar en su interior, con lienzos y dintel de piedra tallada y esculpida que le daban un aire de puerta de catedral. A lo largo de las paredes se encontraban hombres revestidos de peto y morrión, con alabardas como única arma, y tan rígidos como si fuesen estatuas; y eso es justamente lo que parecían: estatuas.

En medio de aquella plaza pública, bajo techo, había una mesa de roble, a la que llamaban la Mesa Redonda. Era tan grande como una pista de circo, y alrededor de ella se sentaba un gran número de hombres vestidos con colores tan abigarrados que el mirarlos hacía daño a la vista. Tenían siempre puestos los yelmos con plumas y solo los levantaban una pizca cuando alguno de ellos se dirigía estrictamente al rey.

Casi todos bebían, utilizando como recipiente enormes cuernos de buey, pero un par de ellos seguían masticando pan o royendo huesos de res. Había en el recinto una gran cantidad de perros, un promedio de dos por cada hombre, agazapados a la espera, hasta que alguien les lanzaba un hueso, y entonces se abalanzaban sobre él, separados en brigadas y divisiones, y se producía una refriega que convertía al grupo en un caos tumultuoso de cuerpos, cabezas que arremetían y colas batientes, y la tormenta de aullidos y ladridos silenciaba todas las conversaciones, pero eso no tenía importancia; de

todos modos era mayor el interés por las peleas de perros que por la conversación; a veces incluso los hombres se ponían de pie para observar mejor y hacer apuestas, y las damas y músicos se empinaban por encima de las balaustradas con el mismo objeto, y todos prorrumpían de vez en cuando en exclamaciones de deleite. Al final, el perro victorioso se tendía cómodamente con el hueso entre las garras, y con gruñidos de placer empezaba a roerlo y engrasar el suelo, igual que otros cincuenta perros que en ese momento hacían lo mismo, y el resto de la corte resumía las actividades y diversiones interrumpidas.

Por regla general, la manera de hablar y el comportamiento de esta gente era cortés y afable, y noté que eran oyentes serios y atentos cuando alguien estaba contando algo —quiero decir, durante los intervalos sin peleas de perros—. También era evidente que se trataba de un grupo de personas pueriles, inocentes, que relataban las mentiras más desmesuradas con una gentil y cautivadora ingenuidad, y estaban deseosos y dispuestos a escuchar las mentiras de otros, e incluso creerlas. Resultaba difícil asociarlos con la ejecución de actos crueles y terribles y, sin embargo, sus relatos referían sufrimientos y hechos sangrientos con un placer tan cándido que casi me olvidaba de estremecerme.

No era yo el único prisionero presente. Había otros veinte o más. ¡Pobres diablos! La mayor parte de ellos eran tullidos o estaban mutilados de la manera más espantosa, y el pelo, los rostros, las ropas, estaban salpicados por manchas de sangre resecas y negruzcas. Padecían agudos dolores físicos, claro; y sin duda estaban agotados, hambrientos y sedientos, y no habían recibido el alivio de un baño, ni nadie había ejercido la caridad de ofrecerles un bálsamo para sus heridas y, sin embargo, no se escuchaban sollozos ni lágrimas, no se notaba signo alguno de inquietud y ninguno de ellos parecía tener la intención de quejarse. Entonces me invadió un pensamiento: «En su tiempo, los muy bribones se habrán comportado con otros de la misma manera, y ahora que les ha llegado el turno no esperan mejor tratamiento, así que esa actitud filosófica no es el resultado de la preparación mental, la fortaleza intelectual o la razón; es igual al adiestramiento de los animales; son como indios blancos».

3
Los Caballeros de la Mesa Redonda

La mayor parte de la conversación en la Mesa Redonda consistía en monólogos, largos recuentos de las aventuras en las que los prisioneros habían sido capturados y sus amigos y partidarios habían sido despojados de corceles y armaduras. A mi entender, estas feroces aventuras generalmente no eran incursiones emprendidas para vengar injurias ni para resolver viejas disputas o repentinas desavenencias; no, casi siempre se trataba de duelos entre extraños —duelos entre personas que nunca habían sido presentadas y entre las cuales no existía ningún motivo de agravio—. Muchas veces había visto que dos muchachos, desconocidos el uno para el otro, al encontrarse por casualidad se decían a un tiempo: «Podría darte una paliza», y al punto se enzarzaban en una pelea; pero hasta ahora había imaginado que ese tipo de comportamiento era exclusivo de los niños y era señal y coto del territorio infantil; pero ahí estaban esos bobos grandullones, que se empeñaban en seguir actuando así y hasta se jactaban de ello mucho después de haber pasado la mayoría de edad. Y, sin embargo, había algo abstracto y encantador en aquellas criaturas grandes de corazón simple. Diríase que en aquella guardería, por decirlo así, no se podrían reunir los sesos suficientes para cebar un anzuelo de pesca, pero pasado un momento la cuestión dejaba de molestarte, porque te dabas cuenta de que en una sociedad como aquella no es necesario tener sesos, y que de hecho la hubieran echado a perder, dificultando su funcionamiento, privándola de su simetría, y quizá haciendo imposible su existencia.

En casi todos los rostros se podía apreciar una agradable virilidad, y en algunos de ellos una cierta bondad y dulzura que se oponía a mis críticas despectivas y las frenaba. La más noble benignidad y pureza reposaba en el semblante de aquel a quien llamaban sir Galahad, así como en el del rey, y había majestad y grandeza en el marco gigantesco y el porte altivo de sir Lanzarote del Lago.

Se produjo en ese momento un incidente que centró el interés general en el tal sir Lanzarote. A una señal de quien parecía ser el maestro de ceremonias, seis u ocho de los prisioneros se levantaron, avanzaron como un

solo hombre, se arrodillaron en el suelo y, elevando las manos hacia la galería de las damas, imploraron la gracia de dirigir unas palabras a la reina. La dama, que se encontraba más visiblemente situada entre aquel arreglo floral de adornos y atavíos femeninos, inclinó la cabeza para indicar su asentimiento, y en seguida el portavoz de los prisioneros, en nombre propio y en el de sus compañeros, se puso a merced de la reina para que les concediera perdón, rescate, cautiverio o muerte, de acuerdo con lo que ella tuviese a bien elegir, y esto, explicó, lo hacía siguiendo las órdenes de sir Kay el Senescal, de quien eran prisioneros, al haber sido derrotados por su poder y su destreza en singular combate.

La sorpresa y el asombro iluminaron los rostros de todos los circunstantes, y la sonrisa satisfecha de la reina desapareció al escuchar el nombre de sir Kay y se fue convirtiendo en un gesto de decepción. El paje me dijo al oído, con un tono de exagerada mofa:

—¡Que no me venga ningún mal mayor que este! ¡Antes preferiría verme arrastrado por cuatro caballos! ¡Pasarán mil años y aun otros mil y las impías invenciones de los hombres se verían en apuros para engendrar al individuo capaz de proferir una mentira tan majestuosa!

Todos los ojos, con expresión severamente inquisitiva, estaban clavados en sir Kay. Pero él supo estar a la altura de las circunstancias. Se levantó y enseñó su juego, por decirlo así, como un verdadero tahúr, y utilizando todos los trucos de que disponía. Dijo que expondría el asunto ciñéndose estrictamente a los hechos; presentaría su relato de manera simple y llana, sin añadir sus propios comentarios.

—Y entonces —dijo—, si hallareis que merece honor y gloria, concededla al hombre más diestro y poderoso que jamás haya empuñado escudo o blandido espada en los anales de las batallas cristianas, y que ahora se sienta aquí mismo entre nosotros —y señaló a sir Lanzarote.

Ah, los había dejado perplejos; su arremetida verbal había sido devastadora. Continuó con su historia y relató cómo sir Lanzarote, mientras buscaba aventuras, hacía muy poco tiempo, había matado a siete gigantes de un solo mandoble, liberando a continuación a ciento cuarenta y dos doncellas, y había seguido su camino, buscando más aventuras, y le había encontrado a él, sir Kay, en desesperada batalla contra nueve caballeros de otras tierras, y de cómo inmediatamente había tomado la batalla entera en sus propias manos y había vencido a sus nueve oponentes, y cómo aquella noche sir Lanzarote se había levantado silenciosamente y se había vestido con la armadura de sir Kay y se había llevado su caballo, encaminándose a tierras distantes, y cómo

había derrotado a diecinueve caballeros en una encarnizada batalla, y a treinta y cuatro en otra, y a todos ellos incluidos los primeros nueve, los había hecho jurar que antes del día de Pentecostés se dirigirían a la corte del rey Arturo y se postrarían ante la reina Ginebra como cautivos de sir Kay el Senescal y despojos de sus proezas caballerescas y, por el momento, habían llegado esos seis hombres, y los demás se presentarían en cuanto se hubiesen curado de sus tremendas heridas.

Resultaba conmovedor ver cómo la reina se ruborizaba y sonreía, y al mismo tiempo parecía desconcertada y feliz, y le dedicaba a sir Lanzarote unas miradas furtivas que en el estado de Arkansas le habrían acarreado a él la condena a muerte[1].

Todos alabaron el valor y la magnanimidad de sir Lanzarote. En lo que a mí respecta, me encontraba completamente atónito al pensar que un hombre, sin ayuda de nadie, hubiese sido capaz de derrotar y capturar tales batallones de guerreros experimentados. Eso mismo le dije a Clarence, pero mi socarrón amigo solo comentó:

—Si sir Kay hubiese tenido tiempo de ingerir otro odre de vino agrio, hubieseis visto duplicadas las cifras que mencionó.

Miré al joven, apenado, y mientras lo estaba haciendo noté que afloraba en su semblante la sombra de una profunda melancolía. Seguí la dirección de su mirada, y vi que un anciano de barba muy blanca y vestido con una túnica negra de anchos faldones se había levantado y estaba de pie junto a la mesa sobre sus inseguras piernas, mientras balanceaba levemente su vetusta cabeza y examinaba a los presentes con una mirada acuosa y errante. La misma expresión de sufrimiento que había aparecido en el rostro del paje podía observarse en todos los demás; era la expresión de unas criaturas estupefactas que saben que se verán obligadas a resistir sin quejarse.

—¡Pardiez! Otra vez habremos de oír lo mismo —suspiró el muchacho—: la misma vieja y aburrida historia que mil veces ha referido con las mismas palabras y que seguirá refiriendo hasta el día de su muerte cada vez que se haya bebido un tonel, poniendo así a funcionar su molino de exageraciones. ¡Ojalá hubiese muerto antes de ver este día!

—¿Quién es?

—Merlín, el gran mago y embustero, que en mal fuego arda por el aburrimiento al que nos tiene condenados con su historia de siempre. Si no fuese por el temor que inspira en los hombres, dado que controla a su antojo y capricho las tormentas y los rayos y todos los diablos que pueblan el infierno, hace muchos años le hubiesen arrancado las entrañas para encontrar esa

historia y aplastarla. Siempre la refiere en tercera persona, dando a entender que es demasiado modesto para glorificarse a sí mismo. ¡Que caigan sobre él todas las maldiciones y el infortunio sea su pago! Gentil amigo, os ruego que me llaméis a la hora del crepúsculo.

El joven se apoyó en mi hombro y fingió que se quedaba dormido. El anciano comenzó su historia: al poco el mozo dormía realmente, igual que los perros, la corte, los lacayos y las filas de centinelas; la voz zumbona seguía zumbando; un tenue ronquido comenzó a elevarse, sosteniendo aquella voz como un bajo y profundo acompañamiento de instrumentos de viento. Algunas cabezas se arqueaban sobre brazos extendidos; otras estaban echadas hacia atrás y de sus bocas abiertas brotaba una música involuntaria; los mosquitos volaban y picaban a su antojo; de un centenar de agujeros emergían tranquilamente las ratas, que se paseaban por el recinto y se instalaban por todas partes, como si estuviesen en casa; una de ellas se encaramó sobre la cabeza del rey y, sentada como una ardilla, cogió un trozo de queso entre las patas y se dedicó a mordisquearlo, dejando caer las migas sobre la cara del rey con impúdica irreverencia. Era una escena tranquila, reparadora para los ojos fatigados y el espíritu exhausto.

Esta es la historia del anciano. Dijo así:

—En tal punto y hora partieron el rey y Merlín, y llegaron hasta un ermitaño, que era un buen hombre y un excelente curandero. Entonces el ermitaño escudriñó todas sus heridas y le aplicó unos buenos ungüentos; allí permaneció el rey tres días, al cabo de los cuales estuvieron sus heridas sanas, de modo que ya podía cabalgar, y entonces partieron. Y mientras cabalgaban, dijo Arturo: «No tengo espada». «No os inquietéis, señor —contestó Merlín —, cerca de aquí hay una espada que será vuestra si me lo permitís». Continuaron hasta llegar a un lago, ancho y de aguas claras, en medio del cual distinguió Arturo un brazo cubierto por un guante de samita[2] blanco que sostenía en su mano una hermosa espada. «Hela ahí —dijo Merlín—, esa es la espada de que os he hablado». En esto vieron a una doncella que caminaba sobre el lago. «¿Quién es esa doncella?», inquirió Arturo. «Es la Dama del Lago —respondió Merlín—, y en medio del lago hay una roca, y es un sitio tan bello como no hay otro igual en la tierra, y ricamente dotado, y esta doncella llegará hasta vos, y deberéis hablarle con palabras hermosas para que os entregue la espada». En seguida llegó la doncella hasta Arturo y lo saludó, y él a ella. «Doncella —dijo Arturo—, ¿qué espada es esa que sostenía un brazo por encima del agua? Desearía que fuese mía, pues no tengo espada». «Sir Arturo, rey —dijo ella—, esa espada es mía, y si me concedéis un

presente cuando yo os lo requiera será vuestra». «A fe —dijo Arturo—, os daré el presente que pidáis». «Ahora bien —dijo la doncella—, subid a esa barcaza y remad hasta llegar a la espada, y tomad la espada y la vaina, y yo reclamaré mi presente cuando llegue mi hora». Entonces, sir Arturo y Merlín desmontaron y ataron sus caballos a sendos árboles, y sin más subieron a la barcaza, y cuando llegaron a la espada empuñada por la mano, sir Arturo la tomó por el mango y tiró hacia él. Y el brazo y la mano desaparecieron bajo el agua y volvieron a tierra los dos, subieron a sus caballos y se alejaron. Pasado un rato vio Arturo un rico pabellón: «¿De quién es ese pabellón?». «Ese pabellón —dijo Merlín— pertenece a sir Pellinor, el último caballero con el que os batisteis, pero está ausente; tuvo una discordia con uno de vuestros caballeros, el noble Egglame, se enfrentaron en buena lid y sir Pellinor le ha seguido incluso hasta Carlion[3], de modo que lo encontraremos en el camino». «Dices bien —dijo Arturo—, ahora que tengo espada podré entablar batalla con él y cobrarme la venganza». «Señor, no haréis tal cosa —dijo Merlín—, pues el caballero está cansado de pelear y perseguir, de manera que no sería honroso para vos el tener una refriega con él; además, no será fácilmente igualado por ningún caballero viviente, por tanto os aconsejo que permitáis que continúe su camino, pues muy pronto os prestará un gran servicio, y después de su muerte sus hijos harán lo mismo. También llegará en seguida el día en que os sentiréis gozoso de entregarle a vuestra hermana en matrimonio». «Cuando lo vea —dijo Arturo—, haré lo que me aconsejáis». Entonces, sir Arturo contempló la espada y la encontró muy de su agrado. «¿Cuál de las dos os gusta más, la espada o la vaina?», preguntó Merlín. «Me gusta más la espada», respondió Arturo. «Mal os aconsejáis —dijo Merlín—, porque la vaina es diez veces más valiosa que la espada, puesto que mientras tengáis la vaina en vuestro poder nunca perderéis sangre, aunque os encontréis fieramente herido; de manera que deberíais conservar siempre la vaina con vos». Cabalgaban, pues, hacia Carlion y en el camino se toparon con sir Pellinor, pero Merlín se valió de un artificio de tal guisa que Pellinor no vio a Arturo y pasó de largo sin decir palabra. «Me asombra —dijo Arturo— que ese caballero no haya hablado». «Señor —dijo Merlín—, no os ha visto, pues de haberos visto no hubiese seguido su camino tan ligeramente». Al cabo llegaron a Carlion, lo cual alegró mucho a sus caballeros. Y cuando tuvieron noticia de sus aventuras se maravillaron de que pusiera en peligro su persona arriesgándose en tanta soledad. Y todos los hombres de honra dijeron que se alegraban enormemente de estar al servicio de un soberano dispuesto a afrontar las aventuras del mismo modo que el más pobre de los caballeros[4].



4
Sir Dinadan[1] el humorista

Me pareció que esta curiosa mentira habría sido relatada de una manera muy sencilla y hermosa, pero hay que tener en cuenta que la había escuchado solo una vez; sin duda había sido agradable para los demás cuando todavía era una novedad.

Sir Dinadan, el humorista, fue el primero en abrir los ojos y en seguida despertó al resto con una broma de muy dudoso gusto. Ató unas jarras de metal a la cola de un perro, lo dejó en libertad y este comenzó a recorrer velozmente el lugar en un frenesí de terror, mientras los otros perros lo seguían, ladrando, aullando, golpeando y derribando todo lo que se cruzaba en su camino, creando un enorme caos y un ensordecedor estrépito, a la vista de lo cual todos los presentes, hombres y mujeres, se echaron a reír alborozadamente, hasta que se les saltaron las lágrimas; algunos se caían de sus sillas y se revolcaban en el suelo en estado de éxtasis, como si fueran niños. Sir Dinadan estaba tan orgulloso de su proeza que no paraba de contar, una y otra vez, hasta el agotamiento, cómo se le había ocurrido la genial idea; y como sucede con los humoristas de su clase seguía celebrando su propia broma cuando todos los demás ya habían dejado de reír. Estaba tan entusiasmado que decidió pronunciar un discurso, obviamente un discurso histórico. Creo que nunca había escuchado en toda mi vida tal sarta de chistes viejos y manidos. Era peor que un bufón malo, peor que un payaso de circo. Qué triste era tener que estar allí sentado, mil trescientos años antes de mi nacimiento, escuchando los mismos chistes simplones, insulsos, acartonados, que ya me ponían enfermo cuando era un muchacho mil trescientos años después. A punto estuve de convencerme de que los denominados «chistes nuevos» no existen en realidad. Todos los presentes reían con esas antiguallas de chistes, pero de hecho ocurre siempre así; ya lo había notado siglos después. No obstante, el burlón, quiero decir Clarence, no se rio. No; solamente se burló; no había nada de lo que no se burlara. Dijo que la mayoría de los chistes de sir Dinadan apestaban y el resto estaba petrificado. Comenté que lo de «petrificado» me parecía perfecto, convencido como estaba de que la única manera apropiada de clasificar la edad imponente de

algunos de esos chistes era por períodos geológicos. Pero una idea tan llamativa como aquella no encontró el menor eco en el joven; todavía no se había inventado la geología. Sin embargo, tomé nota del comentario y me propuse preparar a la comunidad para que lo entendiese si salía adelante en mi determinación. No hay razón para deshacerse de un buen hallazgo simplemente porque el mercado todavía no esté preparado.

En ese momento se alzó sir Kay y se dispuso a poner en marcha su molino de historias, utilizándome a mí como combustible. Había llegado el momento de ponerme serio, y así lo hice. Sir Kay relató cómo me había encontrado en una remota tierra de bárbaros, donde todos llevaban las mismas vestimentas ridículas que llevaba yo y que, por cierto, eran obra de encantamiento y hacían a su portador inmune a las heridas causadas por cualquier hombre. Sin embargo, él había anulado el poder del conjuro por medio de la oración y había dado muerte a mis trece caballeros en una batalla que se había prolongado durante tres horas, y me había hecho prisionero, perdonándome la vida, con el propósito de que una curiosidad tan extraña como era yo podía ser exhibida para asombro y admiración del rey y de la corte. Se refería siempre a mí de manera superlativa, llamándome «este gigante prodigioso» o «este monstruo horrible y descomunal» o «este ogro devorador de hombres, dotado de garras y colmillos», y todos parecían aceptar esas tonterías de la manera más ingenua, sin sonreír y aparentemente sin reparar en la discrepancia que existía entre esas estadísticas infladas y yo. Dijo que al tratar de escapar de él había alcanzado de un salto la copa de un árbol de doscientos codos[2] de altura, pero él me había derribado con una piedra del tamaño de una vaca, que me había roto la mayor parte de los huesos y después me había hecho jurar que me presentaría en la corte de Arturo para recibir la sentencia. Al final me condenó a morir el día 21 al mediodía, y dio tan poca importancia al asunto que se detuvo para bostezar antes de designar la fecha.

Al llegar a aquel punto me hallaba en una condición lamentable; de hecho, estaba tan fuera de mis cabales que apenas podía seguir los pormenores de una discusión que había surgido en torno a la forma de darme muerte, pues algunos juzgaban que sería imposible a causa del encantamiento de mis ropas. ¡Y pensar que era un traje corriente de quince dólares adquirido en una tienda de rebajas! Pese a todo, estaba lo suficientemente cuerdo para notar ese detalle: muchos de los términos utilizados de la manera más despreocupada por aquella egregia reunión de las damas y caballeros más eminentes de la tierra hubiera hecho sonrojar a un indio comanche[3]. La palabra «procacidad» se quedaría corta para dar una idea de la manera de hablar allí. No obstante,

yo había leído *Tom Jones, Roderick Random*[4] y otros libros de ese tipo, y sabía que las más altas damas y los principales caballeros de Inglaterra habían sido casi tan procaces o igual de procaces en su forma de hablar, y en la moralidad y conducta que ello implica, hasta hace apenas cien años y, de hecho, hasta bien entrado el presente siglo, siglo en el cual se pueden encontrar, en un sentido amplio, los primeros ejemplos de una verdadera dama y de un verdadero caballero en la historia de Inglaterra, e incluso en la historia de Europa. Suponed que se hubiese puesto en boca de los personajes las palabras que realmente habrían empleado. Tendríamos parlamentos de Raquel e Ivanhoe y la dulce lady Rowena[5] que en nuestros días avergonzarían totalmente a un vagabundo. Sin embargo, para quien es inconscientemente procaz, todas las cosas resultan delicadas. La gente del rey Arturo no se daba cuenta de que era indecente, y yo conservaba la suficiente presencia de ánimo para no mencionarlo.

Tanto les preocupaba el asunto de mis ropas encantadas, que se sintieron enormemente aliviados cuando, por fin, el viejo Merlín los desembarazó de esa dificultad con una sugerencia de simple sentido común. Les preguntó por qué eran tan obtusos, por qué no se les ocurría desvestirme. En medio minuto me encontré tan desnudo como unas tijeras y, ¡por vida mía!, yo era el único que sentía vergüenza. Todos hablaban de mí, y lo hacían tan despreocupadamente como si se tratara de una calabaza. La reina Ginebra estaba tan ingenuamente interesada como los demás, y dijo que nunca había visto a nadie con unas piernas como las mías. Fue el único cumplido que recibí…, si es que se trataba de un cumplido.

Finalmente me llevaron en una dirección, y mis peligrosas ropas en otra. Me arrojaron a una de las oscuras y estrechas celdas de la mazmorra, con unas escasas sobras de comida como cena, un montón de paja podrida como lecho y un sinfín de ratas por compañía.

5
Una inspiración

Estaba tan agotado que ni siquiera mis temores consiguieron mantenerme en vela mucho tiempo.

Cuando desperté me parecía haber dormido durante largo tiempo. Mi primer pensamiento fue: «Vaya, ¡qué sueño más extraño he tenido! Supongo que desperté justo a tiempo para salvarme de que me ahorcaran, me ahogaran, me quemaran en la hoguera o algo por el estilo… Dormiré otra siesta hasta que suene el silbato, y luego bajaré a la fábrica de armas y me desquitaré de Hércules».

Pero precisamente en ese momento escuché un áspero sonido de cadenas y grilletes herrumbrosos, una luz me hirió los ojos, ¡y aquella aparición, Clarence, estaba frente a mí! Me atraganté de la sorpresa y por poco pierdo la respiración.

—¡Qué! —dije—. ¿Tú aquí todavía? Márchate con el resto del sueño. ¡Desaparece!

Pero él se limitó a reír, a su manera despreocupada, y comenzó a burlarse de mi penosa situación.

—Está bien —dije resignadamente—; entonces que continúe el sueño; no tengo ninguna prisa.

—¿Qué sueño, señor?

—¿Que qué sueño? Hombre, el sueño de que estoy en la corte del rey Arturo, un personaje que nunca existió y que estoy hablando contigo, que no eres más que un producto de mi imaginación.

—Ah, vaya, vaya. ¿Y también es un sueño que mañana vais a ser quemado en la hoguera? Ja, ja. ¿Qué me respondéis?

Me sacudió en ese momento un apabullante estremecimiento. Comencé a razonar que mi situación era sumamente grave, fuese o no fuese un sueño, pues conocía por experiencia la intensidad tan vívida de los sueños, y sabía que morir en la hoguera, aun en sueños, distaba mucho de ser una broma, y era algo que debía evitar por todos los medios a mi alcance, falsos o verdaderos. Así que le dije en tono de súplica:

—Ah, Clarence, mi buen joven, mi único amigo, porque eres mi amigo, ¿verdad?; no me falles. ¡Ayúdame a trazar un plan para escapar de aquí!

—¡Pero qué cosas decís! Por favor, si los pasillos están custodiados y vigilados por hombres de armas.

—Sin duda, sin duda. ¿Pero cuántos, Clarence? ¿Quizá no muchos?

—Una veintena completa. No habría esperanza de escapar —luego dijo, dubitativamente—: Y hay otras razones, y de mayor peso.

—¿Otras razones? ¿Cuáles?

—Bueno, dicen… ¡Ah, pero no me atrevo, de verdad que no me atrevo!

—¿Pero qué te pasa, pobre hombre? ¿Por qué palideces? ¿Por qué tiemblas?

—¡Ah, por cierto, es necesario! Quisiera deciros, pero…

—Vamos, vamos, sé valiente, pórtate como un hombre; habla; anda, sé buen chico.

Clarence dudaba, indeciso entre el deseo de ayudarme y el miedo que sentía… Después de un momento se acercó furtivamente a la puerta y se asomó. Luego gateó hasta llegar a mí y me susurró al oído sus terribles noticias, con el recelo de alguien que se aventura en un terreno espantoso y que habla de cosas cuya sola mención pudiera ser castigada con la muerte.

—Merlín, en toda su maldad, ha hechizado esta mazmorra, y no hay en todos estos reinos una persona tan temeraria que intentara salir de aquí con vuestra merced. ¡Dios, ten piedad! ¡Lo he dicho! Ah, sed bueno conmigo, tened clemencia de un pobre muchacho que solo desea vuestro bien. Si me traicionaseis, estaría perdido.

Me reí, con una risa tan refrescante como no lo había hecho en mucho tiempo. Empecé a vociferar:

—¡Merlín lo ha hechizado! ¿Merlín? ¡Olvídate! ¿Ese farsante de pacotilla? ¿Ese viejo embustero? Bobadas, puras bobadas, las bobadas más estúpidas del mundo. ¡Que me cuelguen si de todas las supersticiones idiotas, pueriles, mentecatas, descabelladas que han existido en…, ah, maldito sea Merlín!

Pero antes de que terminase, Clarence había caído de rodillas a mi lado, y parecía a punto de enloquecer de miedo.

—¡Ay, tened cuidado! ¡Habéis pronunciado palabras espantosas! En cualquier momento pueden desmoronarse sobre nosotros estos muros si continuáis diciendo tales cosas. ¡Ay, renegad de ellas antes de que sea demasiado tarde!

Aquella extraña demostración me dio una idea de lo que ocurría en tal sitio y me dejó pensativo. Si todo el mundo se encontraba tan honesta y sinceramente intimidado como Clarence por la supuesta magia de Merlín, ciertamente un hombre superior, como yo, debía ser lo suficientemente astuto para ingeniarse alguna manera de sacar provecho de tal estado de cosas. Seguí pensando y discurrí un plan. Después de un momento dije:

—Ponte en pie y cálmate; ahora mírame a los ojos. Bien, ¿sabes por qué me reí?

—No; pero por el amor de Nuestra Señora Bendita, no lo hagáis de nuevo.

—Te diré por qué me reí. Porque yo también soy mago.

—¡Vuestra merced!

El chico retrocedió un paso e intentó recuperar el aliento. La revelación había sido bastante repentina, y de inmediato había adoptado una postura respetuosa, muy respetuosa. Tomé atenta nota; indicaba que un charlatán no necesitaba conseguir una reputación en este manicomio; la gente no dudaría en aceptar sus palabras. Continué:

—Conozco a Merlín desde hace setecientos años y él…

—Setecientos a…

—No me interrumpas. Ha muerto y ha renacido trece veces, presentándose cada vez bajo un nombre diferente. Smith, Jones, Robinson, Jackson, Peters, Haskins, Merlín. Un nuevo alias cada vez que aparece. Nos encontramos en Egipto hace trescientos años; nos encontramos en la India hace quinientos años. Siempre se está cruzando en mi camino, dondequiera que vaya. Ya me estoy aburriendo de él. No es gran cosa como mago: conoce algunos de los trucos más comunes, pero no ha superado los rudimentos y nunca lo hará. Está bien para actuaciones en provincias, una presentación en cada pueblo y ese tipo de cosas, pero ¡voto a tal!, no debería hacerse pasar por un experto, y mucho menos en presencia de un verdadero artista del oficio. Ahora mira, Clarence, seré tu amigo de ahora en adelante, y tú deberás corresponderme con tu amistad. Te voy a pedir un favor. Quiero que hagas llegar a oídos del rey la información de que yo también soy mago: el supremo Gran Altísimo Yu-Muck-Amuck, y además jefe de la gran tribu. Y quiero que él se entere de que estoy preparando silenciosamente una pequeña catástrofe que puede ocasionar ciertas desgracias por estos reinos si se lleva a cabo el proyecto de sir Kay y se me hace algún daño. ¿Te encargarás de hacérselo saber al rey?

El pobre chico se encontraba en tal estado que apenas conseguía hablar. Daba verdadera grima ver a una persona tan aterrorizada, tan acobardada, tan

desmoralizada. Pero prometió hacer todo lo que le había pedido. Por su parte, me hizo prometer, una y otra vez, que yo sería siempre su amigo y que jamás me volvería contra él ni le haría objeto de encantamiento alguno. Luego comenzó a acercarse a la puerta, apoyándose en la pared, como si estuviese débil y enfermo.

En ese momento me di cuenta de lo inconsciente que había sido: «Cuando el chico se calme, se preguntará por qué un gran mago como yo le ha pedido a un jovencito como él que me ayude a salir de aquí. Atará un par de cabos y llegará a la conclusión de que soy un farsante».

Durante una hora estuve muy preocupado por mi inaudito descuido, y me insulté a mí mismo de muchas y malas maneras. Pero luego me puse a pensar que estos animales no razonan, que no son capaces de atar cabos, que sus conversaciones demostraban que no distinguían una discrepancia aunque la tuvieran ante sus propios ojos. Sentí un gran alivio.

Pero en este mundo tan pronto como descartamos una preocupación comenzamos a preocuparnos por alguna otra cosa. Me dio por pensar que había cometido un craso error: había enviado al chico para alarmar a sus mayores con una amenaza, pretendiendo que podía inventarme una catástrofe a mi antojo, pero, claro, las personas que están siempre dispuestas y ansiosas de aceptar los milagros son precisamente aquellas que se muestran más impacientes por ver cómo los realizas, ¿y si me pidiesen una demostración? ¿Y si me exigiesen que anunciara cuál sería mi catástrofe? Sí, había cometido un craso error; debía haber inventado mi catástrofe de antemano. «¿Qué debo hacer? ¿Qué podría decir para ganar un poco de tiempo?». De nuevo me encontraba en un lío, en el más enredado de los líos… «¡Oigo pasos! ¡Ya vienen! ¡Si solo tuviera un instante para pensar! ¡Diantre, ya lo tengo! Estoy salvado».

Veréis, se trataba del eclipse. Me vino a la memoria, en el momento crítico, que Colón, Cortés, o alguno de los conquistadores se había valido de un eclipse para salir de algún apuro en que se encontraba con los salvajes, y vi ahí mi oportunidad. Y ni siquiera sería un plagio, porque yo lo haría casi mil años antes que esa gente.

Clarence regresó, cabizbajo, afligido, y me dijo:

—Me di prisa para hacer llegar el mensaje hasta nuestro señor, el rey, e inmediatamente me llamó a su presencia. Se asustó hasta la médula, y ya se disponía a impartir órdenes para que fueseis liberado instantáneamente y fueseis vestido con finos ropajes y alojado como corresponde a alguien tan principal, cuando en ese momento llegó Merlín y lo echó todo a perder,

porque persuadió al rey de que vuestra merced estaba loco y no sabía lo que decía. Hasta dijo que vuestras amenazas no eran más que pamplinas y desperdicio de saliva. Discutieron largamente, pero al final Merlín dijo socarronamente: «¿Y por qué no me ha dicho todavía cuál es su peligrosa catástrofe? Ciertamente porque no puede hacerlo». Esta arremetida de Merlín acalló al rey, quien no supo qué contestar y, en consecuencia, con gran cuita por tener que incurrir en tal descortesía, a través de mí os ruega que consideréis su perpleja e insoluble situación y digáis cuál es vuestra catástrofe, si es que por azar ya habéis determinado su naturaleza y el momento de su ejecución. Ah, ojalá que no tarde vuestra merced; una demora en este punto doblaría y triplicaría los riesgos que ya se ciernen sobre vuestra merced. ¡Ay, sed prudente y decid en qué consiste la catástrofe!

Dejé que se acumulara el silencio para que el efecto fuese más grande e impresionante, y entonces dije:

—¿Cuánto tiempo llevo encerrado en este agujero?

—Fuisteis recluido cuando casi terminaba el día de ayer, y ahora son las nueve de la mañana.

—¡Vaya! Entonces he dormido muy bien. ¡Las nueve de la mañana! Pero si parece medianoche. Quiere decir que estamos a veinte, ¿verdad?

—Sí, estamos a veinte.

—Y mañana seré quemado en la hoguera.

El muchacho se sobrecogió.

—Así es, a mediodía.

—Muy bien, entonces te explicaré lo que tienes que decir.

Hice una pausa y me quedé mirando al acobardado chico durante un minuto entero de terrible silencio. Luego, con voz profunda, mesurada, tenebrosa, comencé a hablar y, atravesando sucesivas etapas dramáticas, fui ascendiendo hasta un clímax colosal, momento en el cual dije con el tono más noble y sublime que jamás había utilizado:

—Anda a ver al rey y dile que a esa hora sumiré al mundo entero en la más profunda oscuridad de la noche. Haré desaparecer el sol y nunca más volverá a brillar. Los frutos de la tierra se perderán por falta de luz y calor, y todos los pobladores de la tierra, hasta el último, morirán de hambre.

Tuve que sacar en brazos al muchacho, pues acababa de sufrir un colapso. Lo entregué a los centinelas y regresé.

6
El eclipse

Inmerso en el silencio y la oscuridad, la comprensión comenzó a unirse al conocimiento. El simple conocimiento de un hecho resulta pálido, pero cuando se accede a la comprensión, entonces adquiere color. Es completamente distinto oír que un hombre ha sido apuñalado en el corazón que presenciar el hecho con tus propios ojos. Así, en el silencio y la oscuridad, el conocimiento de que me hallaba en peligro de muerte fue alcanzando un significado cada vez más profundo… Un no sé qué, que debía ser la comprensión de lo que ocurría, fue bullendo por mis venas, pulgada a pulgada, hasta dejarme helado.

Pero es una providencia bendita de la naturaleza que en momentos como este, en cuanto el mercurio de un hombre ha descendido hasta un cierto nivel, se produce una reacción y se empieza a recobrar las fuerzas. Vuelve la esperanza, y con ella la jovialidad, y entonces ese hombre se encuentra en condiciones de hacer algo por sí mismo, si es que se puede hacer algo. Cuando mi reacción se produjo venía con un buen impulso. Me dije que, sin duda alguna, mi eclipse me salvaría y además me convertiría en la persona más importante del reino, e inmediatamente mi mercurio dio un gran salto y desaparecieron todas mis preocupaciones. Me sentí el hombre más feliz del mundo. Incluso me sentía impaciente porque llegara el día siguiente, pues estaba deseoso de revelar mi jugada maestra y pasar a ser el centro del asombro y la reverencia de toda la nación. Mas aún: tenía la seguridad de que sería en el sentido comercial el inicio de una gran carrera.

Entre tanto, había algo que permanecía arrinconado en el fondo de mi mente. Se trataba de una casi convicción de que cuando aquella gente supersticiosa conociera la naturaleza de la catástrofe que yo me proponía causar, el efecto sería tal, que intentarían llegar a un compromiso. Cada vez que escuchaba pasos que se acercaban me volvía a la cabeza aquel pensamiento, y me decía a mí mismo: «Bueno, si es una oferta ventajosa, está bien, aceptaré; pero, si no lo es, me mantendré inexorable y sacaré el mayor provecho posible de mi juego».

—La pira está lista. ¡En marcha!

¡La pira! Las fuerzas me abandonaron y por poco me desmayo. Es difícil recobrar el aliento en momentos como ese, pues se te hace un nudo en la garganta y las palabras brotan ahogadas, entrecortadas, pero tan pronto como pude volver a hablar dije:

—Pero tiene que haber un error. La ejecución es mañana.

—Cambio de órdenes. Se adelanta un día. ¡Daos prisa!

Estaba perdido. No tenía salvación. Me encontraba alelado, estupefacto, no tenía control sobre mí mismo. Comencé a dar vueltas sin propósito alguno, como si hubiera perdido la razón. Los soldados me apresaron, me sacaron a rastras de la celda y me condujeron a lo largo de un laberinto de pasadizos subterráneos hasta emerger al mundo exterior y al resplandor feroz del sol. Cuando entramos en el enorme patio cubierto del castillo sentí un escalofrío, pues lo primero que vi fue la pira, colocada en el centro, y junto a ella un montón de troncos apilados y un monje. A lo largo y ancho del patio, la multitud se agolpaba en una especie de graderías, formando terrazas escalonadas de abigarrados colores. El rey y la reina, que estaban sentados en sus tronos, eran las figuras más notables de todo el recinto, naturalmente.

Solo tardé un segundo en observar todo aquello. Al segundo siguiente, Clarence había surgido de algún sitio oculto y me llenaba los oídos de noticias:

—¡Gracias a mí se ha producido este cambio! ¡Y no poco he debido esforzarme para conseguirlo! Pero cuando les revelé cuál era la calamidad que preparabais y vi cuán grande era el terror que engendraba, comprendí que ese era el momento de actuar. Por lo tanto, me dediqué a informar a uno y otro que vuestro poder contra el sol no alcanzaría su plenitud hasta el día de hoy, de modo que, si querían salvar el sol y salvar el mundo vuestra merced debía ser ejecutado hoy, aprovechando que vuestros poderes de encantamiento están apenas forjándose y carecen de potencia. ¡Voto al cielo! No era más que una burda mentira, una invención descabellada, pero deberíais haber visto cómo, acosados por el terror, se creían todo lo que les decía, igual que si fuese una salvación que les caía del cielo. Y durante todo el tiempo yo me reía entre dientes al verlos tan fácilmente engañados, y al momento siguiente daba gracias a Dios por permitir que la más baja de sus criaturas se convirtiera en su instrumento para la salvación de vuestra vida. ¡Ah, y qué felizmente se ha resuelto todo! No precisaréis hacer daño de verdad al sol… ¡No olvidéis eso, por vuestra alma no lo olvidéis! Bastará con que produzcáis una pequeña oscuridad, la más pequeña de las pequeñas oscuridades y nada más. Será suficiente. Comprenderán que les hablé falsamente y lo achacarán a mi

ignorancia, pero en cuanto aparezca la primera nube de esa oscuridad veréis cómo enloquecen de terror y os ponen en libertad y aceptan vuestra grandeza. Acudid ahora a vuestro triunfo. Pero recordadlo, buen amigo, os ruego que recordéis mi súplica: no causéis ningún daño a nuestro loado sol. Hacedlo por mí, vuestro verdadero amigo.

A pesar de mi desdicha y desconsuelo conseguí musitar algunas palabras; logré decir que no destruiría el sol. Los ojos del chaval expresaron una gratitud tan profunda y devota que me sentí incapaz de decirle que su bienintencionada estupidez había causado mi ruina y me llevaría a la muerte.

Mientras los soldados me conducían a través del patio, el silencio era tan absoluto que si hubiese tenido los ojos vendados habría creído estar en un desierto, cuando de hecho me rodeaban cuatro mil personas. No se percibía el menor movimiento entre aquella muchedumbre. Permanecían todos tan rígidos como estatuas de piedra, e igualmente pálidos, con el temor reflejado en todos los semblantes. La inquietud continuó mientras me encadenaban a la estaca. Continuó también mientras los troncos eran lenta y cuidadosamente apilados alrededor de mis tobillos, mis rodillas, mis muslos, mi cuerpo entero. Luego se produjo una pausa, acompañada de un silencio aún más profundo si cabe, y a mis pies se arrodilló un hombre que sostenía una antorcha llameante. Los asistentes se empinaban para observar mejor, y al hacerlo se separaban de sus asientos sin darse cuenta. El monje levantó sus manos por encima de mi cabeza, elevó los ojos hacia el cielo azul y comenzó a pronunciar algunas palabras en latín. Continuó recitando en tono monótono durante algún tiempo, pero de repente se detuvo; miré entonces hacia arriba y entonces me di cuenta de que el monje se había quedado inmóvil, petrificado. Como siguiendo un mismo impulso, la multitud se levantó lentamente y se quedó mirando hacia el cielo. Seguí la dirección de sus miradas y vi, tan cierto como que dos y dos son cuatro, ¡que mi eclipse estaba comenzando! La vida volvió a hervir en mis venas. ¡Era un hombre nuevo! La franja negra se propagó poco a poco dentro del disco solar, mi corazón latía cada vez más de prisa, mientras los concurrentes y el sacerdote seguían mirando fijamente hacia el cielo, inmóviles. Sabía bien que sus miradas se volverían hacia mí en seguida. Cuando así ocurrió, estaba preparado. Había adoptado de las actitudes más grandiosas de todo mi repertorio el gesto hierático, el brazo extendido señalando el sol. El efecto resultaba sublime. Una ola de estremecimiento recorrió la multitud. Dos gritos resonaron, el segundo de ellos cuando todavía no se había apagado el primero:

—¡Aplicad la antorcha!

—¡Lo prohíbo!

El primero había salido de labios de Merlín; el segundo, de labios del rey. Merlín trató de avanzar hacia mí. Temí que quisiera encender él mismo la hoguera y entonces exclamé:

—Permanece donde estás. ¡Si un solo hombre, incluyendo al propio rey, se mueve antes de que yo lo ordene, lo partiré con un trueno, lo extinguiré con un rayo!

La multitud se dejó caer mansamente en sus asientos, como yo había anticipado. Merlín titubeó unos instantes, y durante ese breve lapso me sentí en vilo como nunca antes en mi vida. Se sentó de nuevo, y entonces respiré profundamente, comprendiendo que controlaba totalmente la situación. El rey habló:

—Tened clemencia, gentil señor, y no sigáis adelante en este arriesgado asunto, no vaya a ser que se produzca una catástrofe. Se nos había informado que vuestros poderes no alcanzarían su plenitud hasta el día de mañana, pero…

—¿Su majestad piensa que la información puede haber sido una mentira?… Era una mentira.

El efecto de esas palabras fue enorme; por todas partes se levantaron manos en gesto de súplica, y el rey fue asaltado por una tormenta de ruegos de que me comprara a cualquier precio, deteniendo así la catástrofe. El rey estaba ansioso por complacer las peticiones y, tras un instante, dijo:

—Decid las condiciones que bien os parezcan, reverendo señor, incluso la de compartir de mi reino si así lo deseáis, pero eliminad esta catástrofe, ¡salvad el sol!

Mi suerte estaba asegurada. Hubiese aceptado su oferta en seguida…, pero no podía detener un eclipse; eso ya excedía mis posibilidades, de modo que solicité un plazo para considerarlo. El rey preguntó con vehemencia:

—¿Cuánto tiempo, pero cuánto tiempo, buen señor? Tened piedad; mirad, cada vez se hace más y más oscuro. ¿Cuánto tiempo desea vuestra merced?

—No demasiado. Media hora. Tal vez una hora.

Se levantó un millar de patéticas protestas. No podía acallarlas, pues no lograba recordar cuánto tiempo dura un eclipse total. De todos modos, me encontraba bastante perplejo y quería reflexionar. Había algo en el eclipse que no acababa de entender y que me desconcertaba. Si no era este el eclipse del cual yo tenía noticia, entonces ¿cómo saber si me hallaba en el siglo VI o si no era más que un sueño? Vaya, vaya, de comprobar que se trataba de lo segundo, significaría una nueva y grata esperanza. Si la fecha que me había

dicho el muchacho era correcta y, en efecto, estábamos a veinte, entonces *no era* el siglo VI. En este estado de gran exaltación me acerqué al monje y, tirando de una de sus mangas, le pregunté a cuántos estábamos.

¡Diantre! Me dijo que estábamos a veintiuno. ¡Me quedé helado al escuchar esas palabras! Le encarecí que tuviese cuidado en no cometer un error, pero me dijo que estaba seguro de que era el veintiuno. Así que el cabeza de chorlito de Clarence de nuevo había enredado las cosas. La hora del día concordaba con la del eclipse; lo había comprobado yo mismo con un reloj de sol que se encontraba cerca. Sí, estaba en la corte del rey Arturo, y más me valía sacar el mayor provecho posible de mi situación.

La oscuridad iba en aumento, y aumentaba también la confusión entre la gente. Dije entonces:

—Lo he pensado bien, señor rey. Para que sirva de lección, dejaré que continúe esta oscuridad y dejaré que la noche cubra el mundo entero. Pero de ti dependerá que destruya el sol para siempre o que acceda a reponerlo luego. Estas son mis condiciones: seguirás siendo rey de todos tus dominios y recibirás las glorias y honores que corresponden a un soberano, pero deberás nombrarme tu primer ministro y ejecutivo vitalicio. Por esos servicios habrás de concederme el uno por ciento del aumento sobre el nivel actual de los ingresos que yo consiga crear. Si no puedo sobrevivir con ello a nadie le pediré que me eche una mano. ¿Te parece satisfactorio?

Se produjo una andanada de aplausos y en medio de la algazara se elevó la voz del rey, diciendo:

—¡Quitadle las ataduras y ponedle en libertad y rendidle homenaje, ricos y pobres, señores y siervos, pues se ha convertido en la mano derecha del rey, revestido de poder y autoridad y su sitial se encuentra en los más altos escalones del trono! Ahora apartad esta creciente oscuridad y retornad la luz y la alegría para que el mundo entero os bendiga.

Pero yo le respondí:

—Que un hombre normal sea humillado ante el mundo no importa, pero sería una deshonra para el rey que todo aquel que haya visto desnudo a su ministro no lo vea también liberado de su vergüenza. Si fuera posible, quisiera que me devolviesen mis ropas…

—No son apropiadas —interrumpió el rey—. Traed vestiduras para él; vestidlo como a un príncipe.

Mi idea funcionaba. Quería dejar las cosas como estaban hasta que el eclipse fuera total para evitar que de nuevo pidieran que despejase la oscuridad, lo cual, por supuesto, no podía hacer. Gané un poco de tiempo

ordenando que me trajeran mis ropas, pero no el suficiente. Tenía que inventarme otra excusa. Dije entonces que era bastante natural que el rey cambiase de idea y se arrepintiese hasta cierto punto de lo que había hecho a causa de su excitación y, por tanto, permitiría que la oscuridad aumentase un poco, pero si después de un tiempo razonable el rey seguía pensando de la misma manera la oscuridad sería eliminada. Ni el rey ni ninguno de los presentes se mostraron de acuerdo con esa propuesta, pero yo insistí en ella.

Se hacía más y más oscuro, más y más negro, y yo seguía enfrentado con las engorrosas vestiduras del siglo VI. Finalmente la oscuridad se hizo completa y la multitud comenzó a aullar de horror al sentir la sobrenatural brisa nocturna que soplaba y constatar que las estrellas salían y titilaban en el cielo. Llegó el momento en que el eclipse fue total, lo cual me alegró mucho, aunque, por supuesto, llenaba de congoja a todos los demás.

—El rey, con su silencio, admite que se atiene a las condiciones —dije. Luego levanté las manos, las mantuve un momento así y añadí con la más lúgubre solemnidad—: ¡Que el encantamiento se disuelva y desaparezca sin hacer daño!

Por un momento no ocurrió nada en aquella oscuridad y aquel silencio de cementerio. Pero cuando una franja plateada de sol se abrió paso un instante después, la muchedumbre se desahogó con un grito poderoso y descendió como un torrente para sofocarme con sus bendiciones y agradecimientos. Y podéis estar seguros de que Clarence no fue el último en llegar.


Sir Boss
1889

7
La torre de Merlín

Dado que yo era ahora la segunda personalidad del reino en lo que se refiere a la autoridad y el poder político, se me trataba con gran deferencia. Mis vestiduras eran de seda, terciopelo e hilo de oro y, por consiguiente, muy espectaculares y también muy incómodas. Me destinaron las habitaciones más lujosas del castillo, después de las del rey. Parecían resplandecer con los vivos colores de los tapices de seda, pero el suelo de piedra solo tenía juncos por alfombra, y además juncos disparejos, pues no eran del mismo tipo. En cuanto a las comodidades propiamente dichas, no había ninguna. Quiero decir las pequeñas comodidades, porque son precisamente las pequeñas comodidades las que hacen la vida confortable. Las grandes sillas de roble adornadas con burdos relieves no estaban mal, pero eso era todo. No había jabón, ni cerillas, ni espejo (excepto uno metálico, más o menos igual de nítido que un cubo de agua). Y ni un solo grabado en la pared. A lo largo de los años me había ido acostumbrando a esas estampas y ahora me daba cuenta de que la pasión por el arte se había introducido insospechadamente en lo más íntimo de mi ser, y se había convertido en parte de mí mismo. Me sentía nostálgico al observar esta parvedad —orgullosa y ostentosa, pero sin alma— y recordar que en nuestra casa en East Hartford, una casa sin pretensiones, no podías entrar en ninguna habitación sin encontrar una estampa de alguna compañía de seguros o por lo menos una de esas láminas a tres colores con la inscripción «Dios bendiga esta casa» sobre cada puerta; y en el salón teníamos nueve estampas. Pero aquí, incluso en mi imponente cámara de Estado, no había nada parecido a una ilustración, exceptuando un objeto del tamaño de una colcha, que podía ser tejido o de punto (tenía varios remiendos), pero nada en él correspondía a los colores y las formas apropiadas. En cuanto a las proporciones, el mismo Rafael no hubiera podido hacer una chapucería semejante, a pesar de toda su práctica, en esas pesadillas que se han llamado las «célebres caricaturas de la corte de Hampton»[1]. ¡Menudo pájaro ese Rafael! Teníamos muchas estampas suyas: una era *La pesca milagrosa*, en la cual introducía un milagro de su propia cosecha: colocaba a tres hombres dentro de una barca tan pequeña que no hubiera

podido entrar un perro sin hacerla zozobrar. Siempre admiré el arte de R.: resultaba tan fresco, tan poco convencional…



En todo el castillo no había siquiera una campanilla o un tubo acústico. Yo tenía una gran cantidad de sirvientes, y aquellos que estaban de turno se paseaban por la antecámara, sin hacer nada especial, pero cuando necesitaba a alguno de ellos tenía que salir a buscarlo. No había gas, no había lámparas, y un plato de bronce medio lleno de mantequilla de internado, sobre la cual flotaba un trapo encendido, producía lo que ellos llamaban luz. Un buen número de estos objetos colgaban de las paredes y modificaban la oscuridad, la disminuían lo suficiente para que resultase lóbrega. Si salías de noche, tus sirvientes tenían que llevar antorchas. No había libros, bolígrafos, tinta o papel, y no había cristales en las aberturas que pasaban por ser ventanas. El cristal es algo insignificante, pero cuando se carece de él entonces se convierte en algo importante. Pero quizá lo peor de todo es que no había azúcar, café, té ni tabaco. Me di cuenta de que yo era otro Robinson Crusoe[2] abandonado en una isla desierta, donde en lugar de una sociedad existían unos animales más o menos domesticados, y comprendí que si quería llevar una vida soportable debía proceder de la misma manera que él: inventar, ingeniármelas, crear, reorganizar las cosas, poner a funcionar brazos y cerebros y asegurarme de mantenerlos ocupados. Bueno, tenía experiencia en ese sentido.

Una cosa me molestaba durante los primeros días: el interés inusitado que la gente sentía por mí. Aparentemente, la nación entera estaba ansiosa por conocerme. Pronto se propagó la noticia de que el eclipse le había producido al mundo británico un susto casi mortal y que, mientras duró, todo el país, de un extremo a otro, quedó sumido en un lastimero estado de pánico. También se comentaba que las iglesias, ermitas y monasterios se habían visto desbordados por legiones de infelices criaturas que oraban y sollozaban, convencidas de que había llegado el fin del mundo. A esto habían seguido las noticias de que el causante de todo era un forastero, un poderoso mago que se encontraba en la corte del rey Arturo, tan poderoso que hubiese podido apagar el sol como si se tratase de una vela, y que de hecho se disponía a hacerlo cuando se logró comprar su clemencia y convencerlo de que retirara su encantamiento, y que ahora este forastero era reconocido y honrado como el hombre que con su gran poder, y sin ayuda de nadie, había salvado al globo de la destrucción y a sus habitantes de la extinción. Ahora bien, si consideráis que todo el mundo creía eso, y no solo lo creía, sino que nunca le hubiera pasado por la cabeza dudarlo, comprenderéis fácilmente que no existiera una sola persona en toda Inglaterra que no hubiese caminado cien kilómetros para echarme una ojeada. Por supuesto que era el único tema de conversación;

todos los otros habían sido abandonados e incluso el rey se convirtió de repente en una persona de interés y notoriedad mucho menores. Antes de veinticuatro horas empezaron a llegar delegaciones, y lo siguieron haciendo durante toda una quincena. Había gran cantidad de gente en el pueblo y en los campos de los alrededores. Tenía que salir una docena de veces al día para exhibirme ante aquellas multitudes reverentes y maravilladas. Se convirtió en una pesada carga, en cuanto a tiempo y molestias, pero, por supuesto, tenía una compensación en el hecho de sentirme tan insigne y el centro de tanto homenaje. El colega Merlín se ponía verde de envidia y despecho, lo cual me producía una gran satisfacción. Pero había una cosa que no podía entender: nadie me había pedido un autógrafo. Hablé con Clarence del asunto y, ¡por vida mía!, tuve que explicarle lo que era. Luego me dijo que en el país nadie sabía leer y escribir salvo una docena de clérigos. ¡Cáspita! ¿Qué os parece?

Había otra cosa que me preocupaba un poco: en seguida llegó un momento en que las multitudes comenzaron a reclamar otro milagro. Era natural Poder ufanarse en sus hogares distantes de que habían visto al hombre que podía impartir órdenes al sol que se pasea por los cielos, sometiéndolo a su entera voluntad, los engrandecería ante los ojos de sus vecinos y los convertiría en motivo de envidia, pero poder decir que ellos mismos lo habían visto realizar un milagro, hombre, pues la gente recorrería entonces un buen trecho por verlos *a ellos*. La presión era grande. Sabía que se iba a producir un eclipse de luna, y conocía la fecha y la hora, pero faltaba todavía mucho tiempo. Dos años. Mucho hubiera dado por conseguir adelantarlo y aprovecharme de él ahora que la demanda era notable. Me parecía una verdadera lástima que se desperdiciase de ese modo, y que luego se produjese en un momento en que probablemente a nadie le serviría de nada. Si hubiese estado programado para dentro de un mes, habría conseguido un lleno completo sin dificultad, pero tal y como estaban las cosas no lograba descubrir la forma de utilizarlo, así que abandoné mis esfuerzos en ese sentido. Poco después, Clarence se enteró de que el viejo Merlín estaba muy ocupado haciendo una campaña subrepticia entre la gente. Estaba difundiendo la especie de que yo era un farsante y que la razón por la cual no complacía a la gente realizando un milagro era simplemente porque no podía hacerlo. Comprendí que tenía que hacer algo, y después de pensarlo un poco se me ocurrió un buen plan.

Gracias a mi autoridad como ejecutivo mandé a Merlín a prisión, e hice que le destinaran a la misma celda que había ocupado yo. En seguida difundí públicamente, por medio de trompetas heráldicas, la noticia de que estaría

atareado con asuntos de Estado durante los próximos quince días y que al final de ese plazo me tomaría un pequeño descanso, que aprovecharía para hacer volar con fuegos celestiales la torre de piedra de Merlín[3]. Entre tanto, todo aquel que escuchase las malignas informaciones que sobre mí circulaban debía tener extremo cuidado. Más aún: realizaría solo ese milagro y, si algunos no se sintiesen satisfechos e insistiesen en murmurar, los transformaría en caballos y los destinaría a labores útiles. Tras el anuncio se produjo un profundo silencio.

Clarence se convirtió, hasta cierto punto, en mi confidente, y empezamos a trabajar en secreto. Le expliqué que este era un tipo de secreto que requería una bagatela de preparación y que el solo hecho de revelar a alguien esos preparativos acarrearía una muerte fulminante. Después de eso podía contar con su discreción. Fabricamos clandestinamente unos cuantos barriles de pólvora de la mejor calidad y supervisé a mis armeros mientras fabricaban una varilla de pararrayos y varios cables. La vieja torre de piedra era enorme y se encontraba en un estado bastante ruinoso, pues databa del tiempo de los romanos, cuatrocientos años antes. Sí, y era bonita, en su estilo burdo. Estaba cubierta de hiedra desde la base hasta lo alto, de manera que parecía estar revestida por una cota de malla. Se erigía sobre un promontorio solitario, bien visible desde el castillo, del cual distaba unos ochocientos metros.

Trabajando de noche, colocamos la pólvora en la torre; sacamos piedras de su interior y ocultamos la pólvora en sus muros, que tenían en la base dos metros y medio de espesor. Colocamos cargas en una docena de sitios diferentes. Con toda esa pólvora habríamos podido volar la Torre de Londres[4]. Cuando llegó la decimotercera noche instalamos nuestro pararrayos. Enterramos la varilla en una de las cargas de pólvora y tendimos cables desde allí hasta las otras cargas. Todo el mundo había evitado el sitio desde el día de mi proclamación, pero la mañana del decimocuarto día consideré que era mejor advertir a la gente, por medio de los heraldos, que se mantuvieran a cierta distancia, a cuatrocientos metros por lo menos. Añadí asimismo que en cualquier momento, durante las próximas veinticuatro horas, llevaría a cabo el milagro y que daría antes un sucinto aviso: con banderas en la torre del castillo si decidía hacerlo durante el día, y con antorchas en el mismo sitio si optaba por realizarlo de noche.

Las tormentas eléctricas habían sido bastante frecuentes en los últimos días, así que no temía demasiado un fracaso. De todas formas, una demora de uno o dos días no me inquietaba, pues hubiese explicado que seguía ocupado con asuntos de Estado y que la gente tendría que esperar.

Por supuesto, el decimoquinto día hacía un sol radiante, prácticamente el primer día sin una nube que habíamos tenido en tres semanas. Siempre pasa lo mismo. Permanecí encerrado, observando el tiempo. Clarence venía de vez en cuando para decirme que la excitación del público seguía y seguía creciendo y que la multitud llenaba ya los campos tan lejos como se alcanzaba a divisar desde las almenas. Finalmente, el viento comenzó a soplar y apareció una nube, en el sitio adecuado además, y justo al atardecer. Estuve observando un buen rato cómo se extendía y oscurecía esa nube, hasta que decidí que había llegado la hora de mi actuación. Ordené que encendieran las antorchas y que liberaran a Merlín y lo trajeran a mi presencia. Un cuarto de hora más tarde subía al parapeto y encontré que estaban reunidos allí el rey y la corte, escrutando la oscuridad en dirección a la Torre de Merlín. La oscuridad era profunda y no se alcanzaba a ver muy lejos. Resultaba fascinante la escena que ofrecían la gente y los viejos torreones en medio de la oscuridad, solo parcialmente iluminados por los destellos rojos de las grandes antorchas.

Llegó Merlín; su humor era sombrío. Me acerqué a él y le dije:

—Querías quemarme vivo, aunque no te había hecho ningún daño, y para colmo últimamente has estado tratando de perjudicar mi reputación profesional. Por consiguiente, invocaré al fuego y haré volar tu torre. Pese a ello, considero justo darte una última oportunidad. Si crees que puedes romper los encantamientos y evitar los fuegos, pasa el bate[5]. ¡Es tu turno!

—Puedo hacerlo, gentil señor, y lo haré, no lo dudéis.

Dibujó un círculo imaginario sobre las piedras del techo y quemó en seguida un puñado de pólvora que produjo una pequeña nube de humo aromático. A la vista de la nube, los asistentes retrocedieron y comenzaron a persignarse, dando muestras de una gran inquietud. Procedió a musitar palabras extrañas y a ejecutar con sus manos pases en el aire. Gradualmente fue entrando en una especie de frenesí, haciendo girar sus brazos como si fuesen aspas de molino. En ese momento la tormenta casi nos había alcanzado; las ráfagas de viento hacían cimbrar las llamas de las antorchas, produciendo grupos de sombras vacilantes. Caían las primeras gotas de lluvia; todo lo que nos rodeaba estaba oscuro como boca de lobo; los relámpagos empezaban a surcar el cielo. Naturalmente, mi pararrayos ya estaría cargándose; los acontecimientos parecían inminentes, así que dije:

—Has tenido el tiempo suficiente. Te he dado todas las ventajas, sin interferencia alguna. Es evidente que tu magia es débil. A mi modo de ver, es más que justo que ahora actúe yo.

Ejecuté unos tres pases en el aire y al momento se escuchó un estallido espantoso y la vieja torre saltó por los aires en pedazos, rodeada por una fuente de fuego volcánico que transformó la noche en mediodía e iluminó a un millar de acres de seres humanos, que se arrastraban por el suelo en medio del espanto general y la consternación total. Llovieron piedras y argamasa el resto de la semana. Esa fue la noticia que se propagó, aunque probablemente no correspondía con exactitud a los hechos.

Fue un milagro eficaz. La tan fastidiosa población temporal desapareció rápidamente. A la mañana siguiente se veían muchos miles de huellas en el lodo, pero todas se alejaban de la torre. Si hubiese anunciado otro milagro no habría conseguido reunir una audiencia ni con la ayuda de un alguacil.

El prestigio de Merlín estaba por los suelos. El rey quería retirarle el sueldo; incluso quería desterrarlo, pero yo me interpuse. Aduje que sería útil para encargarse de las previsiones meteorológicas y otras cosas menores, y que yo le echaría de vez en cuando una mano cuando fallara su exigua magia de salón. De su torre no había quedado piedra sobre piedra, pero me aseguré de que el Gobierno la reconstruyera y luego le aconsejé que tomara huéspedes. No quiso hacerlo; era demasiado orgulloso. Y en lo que se refiere a gratitud, ni una sola vez me dio las gracias. Mírese como se mire, tenía mal carácter. Aunque, por otra parte, no podía esperarse mucha afabilidad de un hombre que había sufrido semejante derrota.


One of the People

8
El jefe

Estar investido de una autoridad enorme es agradable, pero lograr que todos asientan a tu autoridad es todavía mejor. El episodio de la torre consolidó mi poder y lo hizo irrefutable. Si por casualidad algunos hubiesen estado dispuestos a mostrarse celosos o críticos, ahora habían cambiado de opinión. No había una sola persona en todo el reino que pudiese considerar prudente entrometerse en mis asuntos.

Rápidamente me fui acostumbrando a mi situación y a las circunstancias. Al principio, solía despertar cada mañana y sonreír al recordar mi «sueño», pero ese tipo de cosas fueron desapareciendo de manera paulatina y al final llegué a ser consciente perfectamente de que vivía en el siglo VI y en la corte del rey Arturo, y no en un manicomio. A partir de ese momento me sentía tan a gusto viviendo en ese siglo como hubiese podido sentirme en cualquier otro; y en lo que se refiere a preferencias, no lo habría cambiado por el siglo XX. Considerad las oportunidades para un hombre con conocimientos y cerebro, resuelto y emprendedor, de abrirse paso y crecer con el país. Era el campo de actividades más vasto que jamás había existido y estaba completamente a mi disposición, sin ningún competidor, pues no había un solo hombre que no pareciera un bebé comparado conmigo en cuanto a conocimientos y capacidades se refiere. En cambio, en el siglo XX, por ejemplo, ¿hasta qué punto hubiese podido descollar? Tal vez hubiese podido llegar a ser capataz de una fábrica, y poco más. Y si un día cualquiera, en cualquier calle de una ciudad, se hubiese dejado caer de improviso una red, bien se hubiese podido pescar cien hombres mucho mejores que yo.

¡Qué salto había dado! No podía evitar pensarlo constantemente y deleitarme con la idea, del mismo modo que lo haría alguien que hubiese encontrado petróleo. No había ningún antecedente que pudiese equipararse, a menos que se considerara el caso de José, y José se habría aproximado, pero no llegaba a igualarme, verdaderamente no. Porque está claro que, como las espléndidas ingeniosidades financieras de José no favorecían a nadie más que al rey, la gente en general debía mirarlo con bastante desagrado, mientras que

yo era popular entre mi público al haber tenido la amabilidad de salvarles el sol[1].

Yo no era la sombra de un rey, era la sustancia; el rey mismo era mi sombra. Mi poder era colosal. Y no se trataba solo de un título, como ha ocurrido generalmente en estos casos: era algo real. Me encontraba allí, en la propia fuente y origen del segundo gran período de la historia del mundo, y me era posible contemplar cómo se iba reuniendo gota a gota el torrente de la historia, y se hacía más ancho y profundo, y se mecían las olas que habrían de alcanzar siglos lejanos. Podía anticipar la aparición de aventureros como yo al abrigo de una larga serie de tronos: los De Montfort, Gaveston, Mortimer, Villiers, el grupo de hombres licenciosos y lascivos que emprendería en Francia guerras y dirigiría campañas, y las mujerzuelas investidas de poder por Carlos II[2]; pero en ninguna parte de esta procesión se veía un individuo que pudiese estar a mi altura. Yo era alguien único y me alegraba mucho tener la certeza de que en trece siglos y medio nadie podría desbancarme de aquella posición de preeminencia.

Sí; en poder igualaba al rey. Pero existía otro poder que era mayor que el de nosotros dos juntos: la Iglesia. No quiero eludir este hecho. No podría hacerlo aunque quisiese. Pero dejémosla de lado por el momento, ya aparecerá en su debido sitio más adelante. En un principio no me causó problemas, al menos ninguno de importancia.

Pues bien, el país era realmente curioso, y además pleno de interés. ¡Y la gente! Era la raza más peculiar, más simple y más crédula… ¡Pardiez, si eran como conejos! Para una persona como yo, nacida en una atmósfera sana y libre, resultaba deplorable presenciar sus humildes y entusiastas desbordamientos de lealtad con el rey, la Iglesia y la nobleza. Como si tuviesen más motivos para amar y honrar al rey, al obispo y al noble de los que tiene el esclavo para amar y honrar el látigo, o el perro para amar al desconocido que le propina un puntapié. ¡Diantre! *Cualquier tipo* de realeza, por muy modificada que se encuentre, *cualquier tipo* de aristocracia, por muy podada que se halle, resultan un insulto indiscutible, pero si naces y creces bajo esas condiciones, probablemente no lo descubrirás nunca, y tampoco lo creerás cuando alguien te lo diga. Todo ser humano debería sentirse avergonzado de su especie al pensar en los mamarrachos que siempre han ocupado los tronos, sin razón ni derecho alguno, y al recordar los individuos de séptima categoría que siempre han figurado como miembros de la aristocracia: un elenco de monarcas y nobles que en la mayoría de los casos

habrían permanecido en la pobreza y la oscuridad si hubiesen tenido que depender de sus propios esfuerzos, como sus semejantes de mayor valía.

La mayor parte de la llamada nación británica del rey Arturo estaba formada por esclavos, pura y simplemente, conocidos con ese nombre y agobiados por un collar de hierro, y el resto eran esclavos de hecho, aunque se consideraran hombres libres y así se llamaran a sí mismos. Pero la verdad es que la nación entera tenía un solo propósito en este mundo: postrarse ante el rey, la Iglesia y la nobleza, esclavizarse a su servicio, sudar sangre para que ellos se beneficiaran, pasar hambre para que ellos comiesen bien, trabajar para que ellos pudiesen divertirse, apurar la copa de la miseria hasta las heces para que ellos perdiesen la alegría, verse reducidos a la desnudez para que ellos ostentasen sedas y joyas, pagar sus impuestos para que no tuviesen que hacerlo ellos, practicar durante toda sus vidas un lenguaje degradante y una actitud aduladora para que ellos pudiesen exhibir su orgullo y considerarse los dioses de este mundo. Y a cambio de todo esto, la retribución consistía en bofetadas y desprecio, y eran tan pobres de espíritu que consideraban un honor incluso este tipo de atención.

Las ideas heredadas son algo curioso, interesante de observar y examinar. Yo tenía las mías; el rey y su gente, las suyas. En ambos casos se trataba de rutinas que habían sido profundamente inculcadas por el tiempo y el hábito. Quien intentase eliminarlas, valiéndose de razones y argumentos, tendría entre manos una empresa monumental. Aquella gente, por ejemplo, había heredado la idea de que todos los hombres sin título y sin una larga genealogía, tuviesen o no conocimientos o dotes naturales, merecían menos consideración que un animal cualquiera, un bicho, un insecto, mientras que yo había heredado la idea de que las cornejas humanas que consienten en disfrazarse con el ostentoso y falso plumaje de las dignidades heredadas y los títulos inmerecidos solo sirven de hazmerreír. La actitud que tenía hacia mí la gente de Arturo era extraña, pero natural. Similar a la que demuestran los visitantes y el guardián de un zoológico ante un enorme elefante. Sienten gran admiración por su corpulencia y su prodigiosa fuerza; hablan con orgullo del hecho de que pueda realizar cientos de prodigios completamente imposibles para ellos, y con ese mismo orgullo también se refieren al hecho de que en su cólera podría ahuyentar a un millar de hombres. ¿Pero lo convierte esto en uno de ellos?… No. El más harapiento de los vagabundos se echaría a reír al escuchar tal cosa. No podría comprenderlo; no podría aceptarlo; no podría concebirlo ni remotamente. Pues bien, para el rey, los nobles y la nación entera, hasta el último de los esclavos y el más abyecto de los vagabundos, yo

era exactamente como ese elefante, y nada más. Era admirado y temido, pero como se admira y se teme a un animal. No se demuestra reverencia ante un animal, y tampoco hacia mí. Ni siquiera era respetado. Yo carecía de genealogía o de títulos heredados, así que a los ojos del rey y los nobles no era más que basura. La gente me miraba con asombro y terror, pero sin reverencia alguna. Debido a las ideas heredadas, eran incapaces de concebir que cualquier cosa tuviese derecho a ser venerada, excepto la genealogía y el dominio señorial. He aquí la mano de aquel terrible poder, la Iglesia Católica Romana. En solo dos o tres siglos había transformado una nación de hombres en una nación de gusanos. Antes de que se instaurara la supremacía de la Iglesia en el mundo, los hombres eran hombres y podían llevar la cabeza erguida, y tenían el orgullo propio de un hombre y su valor y su independencia, y las grandezas y posición que podía alcanzar una persona eran debidas principalmente a sus logros, no a su nacimiento. Entonces apareció en escena la Iglesia, dispuesta a llenar sus arcas como fuese. Y la Iglesia era sabia, sutil y conocía muchas maneras de esquilmar una oveja, o una nación. Se inventó lo del «derecho divino de los reyes» y lo apuntaló por todas partes, al lado de piedra a piedra, al lado de las Bienaventuranzas, despojándolas de su loable propósito para ponerlas al servicio de algo maligno. Predicó (al pueblo llano) la humildad, la obediencia a los superiores, la belleza de la abnegación; predicó (al pueblo llano) la mansedumbre ante el insulto; predicó (de nuevo al pueblo llano, siempre al pueblo llano) la paciencia, la pobreza de espíritu, la sumisión a los opresores e introdujo rangos hereditarios y aristocracias y luego enseñó a todas las poblaciones cristianas de la tierra a postrarse ante ellos y venerarlos. Todavía en el siglo de mi nacimiento continuaba ese veneno en la sangre de la cristiandad, y los mejores de entre los plebeyos ingleses aceptaban alegremente que gentes de menor valía que ellos siguieran ocupando impunemente un gran número de posiciones, desde los señoríos hasta el trono, posiciones a las cuales no les permitían aspirar las grotescas leyes de su país. De hecho, no solo aceptaban esta peculiar situación, sino que eran capaces de convencerse a sí mismos de que era motivo de orgullo. Lo anterior parece demostrar que puedes llegar a aceptar cualquier cosa si has nacido y crecido bajo su influjo. Por supuesto que esa inclinación, esa reverencia por títulos y rangos ha existido también en nuestra sangre americana, bien lo sé, pero cuando abandoné América había desaparecido casi por completo y sus residuos estaban restringidos a caballeretes y señoritingas. Cuando una infección se ha reducido hasta llegar

a ese nivel, se puede decir con bastante tranquilidad que no ofrece ya ningún peligro.

Pero regresemos a mi posición anómala en el reino de Arturo. Heme aquí, un gigante entre pigmeos, un adulto entre mocosos, un intelecto maestro entre meros lunares de inteligencia, el único hombre verdaderamente grande desde un punto de vista racional que existía en todo el mundo británico, y no obstante allí y entonces, al igual que en la remota Inglaterra de la época de mi nacimiento, un conde con el intelecto de una mula, que reivindicase una antigua ascendencia de un allegado del rey con documentos adquiridos de segunda mano en los barrios bajos de Londres, era superior a mí. Un personaje así era adulado en el reino de Arturo y considerado con reverencia por todo el mundo, aunque sus inclinaciones fuesen tan bajas como su inteligencia, y su moralidad tan vil como su linaje. En algunas ocasiones podía sentarse en presencia del rey, cosa que yo no podía hacer. Hubiese podido obtener un título con bastante facilidad y ello me habría elevado considerablemente ante los ojos de todos, incluso ante los ojos del rey, quien me lo habría otorgado. Pero no lo solicité y lo rechacé cuando me lo ofrecieron. Mis principios no me hubiesen permitido disfrutar de él, y de todos modos no hubiese sido apropiado, porque hasta donde llegaba mi información nuestra tribu siempre había carecido de intenciones siniestras. No me hubiese sentido verdadera y satisfactoriamente contento, orgulloso, convencido, con ningún título, excepto con cada uno que proviniese de la nación misma, la única fuente legítima. A ello había aspirado, y después de muchos años de esfuerzos honestos y honrados lo había conseguido, y desde entonces lo había llevado con alto y limpio orgullo. Este título había salido casualmente de labios de un herrero, en una aldea, un día cualquiera había sido bien recibido por sus vecinos y había comenzado a pasar de boca en boca con una sonrisa y un gesto afirmativo. En diez días se había extendido por todo el reino y se había hecho tan popular como el nombre del rey. En adelante se me llamaría siempre de ese modo, ya fuese en las conversaciones cotidianas de la gente o en los graves debates sobre asuntos de Estado en la Sala de Consejos del soberano. Este título, traducido al lenguaje moderno, correspondería a *el jefe*. Elegido por la nación. Apropiado para mí. Y era un título bastante importante. Había muy pocas personas que pudiesen anteceder un «El» a su título, y yo era una de ellas. Si alguien decía «el duque», «el conde» o «el obispo», ¿cómo podría saberse a cuál de todos se refería? Pero, si se decía «El Rey», o «La Reina», o «El Jefe», entonces la cosa era distinta.

Pues bien, yo apreciaba al rey y lo respetaba como rey, o sea, que respetaba el puesto, al menos hasta donde yo era capaz de respetar cualquier supremacía que no hubiese sido ganada, pero como ser humano lo despreciaba, igual que despreciaba a sus nobles, de manera muy discreta. Y tanto él como ellos me apreciaban, y respetaban mi cargo; pero me despreciaban en mi condición de animal sin pedigrí y sin títulos altisonantes, y no eran particularmente discretos al respecto. No me pedían cuentas por la opinión que me merecían, y yo no les pedía cuentas a ellos, así que estábamos en paz: el saldo cuadraba y todos tan contentos.

9
El torneo

En Camelot celebraban constantemente grandiosos torneos, que consistían en una especie de corridas de toros, pero con seres humanos, que resultaban muy animados, pintorescos y ridículos, y también agotadores para un hombre de mente práctica. Pese a ello, yo asistía casi siempre, y lo hacía por dos razones: un hombre, si aspira a gozar del aprecio de sus amigos y de la comunidad, no debe mantenerse al margen de las actividades predilectas de su gente, y menos aún en el caso de un hombre de Estado. En segundo lugar, como estadista y como hombre de negocios, quería estudiar los torneos y ver si podía incorporar algunas mejoras. Lo cual me recuerda, por cierto, que el primer acto oficial de mi administración, y justamente el primer día en ejercicio, fue la creación de una oficina de patentes, pues sabía muy bien que un país sin una oficina de patentes y carente de leyes apropiadas en este sentido resulta igual que un cangrejo, que solo puede moverse hacia los lados o hacia atrás.

Las cosas seguían su marcha, y casi todas las semanas teníamos un torneo. De vez en cuando los muchachos me pedían que participara —quiero decir, sir Lanzarote y los otros—, pero yo les decía que ya llegaría el momento, que no había prisa, y que estaba ocupadísimo engrasando, reparando y poniendo en funcionamiento la pesada maquinaria del gobierno.

Tuvimos un torneo que se prolongó una semana completa y en el cual participaron alrededor de quinientos caballeros. Tardaron varias semanas en reunirse, pues venían desde muy lejos, algunos desde los últimos confines del reino, o incluso desde el otro lado del océano. Muchos venían con sus damas, y todos traían escuderos y legiones de sirvientes. El conjunto resultaba de lo más brillante y abigarrado en lo que concierne a las vestimentas, y muy característico del sitio y de la época en lo tocante al entusiasmo animal, las inocentes procacidades del lenguaje y la alegre indiferencia por la moral. Peleaban o asistían a las peleas de los demás todo el día y todos los días; y cantaban, apostaban, bailaban y organizaban grandes juergas todas las noches y hasta bien entrada la noche. Se lo pasaban en grande. Lo nunca visto. Los ramilletes de hermosas damas, deslumbrantes en su bárbaro esplendor, veían

cómo un caballero caía de su caballo, atravesado por un asta de lanza tan gruesa como un tobillo, sangrando a borbotones, y en lugar de desmayarse aplaudían entusiasmadas y se empujaban unas a otras para tener mejor vista. Solo de vez en cuando una de ellas se precipitaba sobre su pañuelo y se mostraba ostentosamente desconsolada, y entonces podías apostar doble contra sencillo que había por medio un escándalo amoroso y que la dama temía que el público se hubiese enterado.

En otro momento me hubiera molestado el ruido que hacían por la noche, pero en las circunstancias del momento no me importaba, pues me impedía oír a los curanderos amputando brazos y piernas a los lisiados de la jornada. Me echaron a perder una magnífica sierra dentada, así como su estuche, pero no dije nada. Y en cuanto a mi hacha, bueno, decidí de una vez por todas que la próxima vez que le prestara el hacha al cirujano elegiría un siglo diferente.

No solo asistí al torneo todos los días, sino que además escogí a un clérigo muy listo de mi departamento de Moral Pública y Agricultura y le pedí que me presentara un informe, ya que tenía en mente fundar un periódico en cuanto la gente estuviera lo suficientemente preparada. La primera prioridad cuando te encargas de un país nuevo es abrir una oficina de patentes, luego organizar un sistema escolar y después ya estás listo para fundar un periódico. Naturalmente que un periódico tiene defectos, y muchos, pero no olvidéis nunca que es la mejor manera de conseguir que una nación muerta se levante de su tumba. Sin él es imposible resucitarla. Así que quería tantear el terreno y hacerme una idea del tipo de periodistas y reportajes que encontraría en el siglo VI.

El clérigo lo hizo bastante bien, dadas las circunstancias. Incluyó todos los detalles, algo muy conveniente cuando se trata de noticias locales. Al parecer, cuando era más joven había llevado los libros del Servicio de Pompas Fúnebres de su iglesia, y en ese campo, como sabéis, los detalles representan dinero; cuanto más detalles se incluyan mayor es el botín: cargadores, plañideras, velas, oraciones, todo cuenta. Y si el deudo no compra suficientes oraciones, entonces el número de velas empleadas se anota con un lápiz de dos puntas y así se compensa el importe total. Y tenía habilidad para intercalar algún que otro comentario elogioso sobre un caballero que podría estar interesado en utilizar sus servicios de propaganda…, quiero decir, un caballero influyente. Para terminar, tenía un talento para la exageración, ya que en cierta época había trabajado como portero para un piadoso ermitaño que vivía en una pocilga y obraba milagros.

Por supuesto que este primer reportaje se quedaba corto en fuerza, colorido y descripciones vividas, careciendo por tanto de verdadero sabor, pero su redacción anticuada era curiosa, dulce, sencilla y plena de la fragancia y el gusto de la época, pequeños méritos que compensaban hasta cierto punto sus defectos más importantes. He aquí un extracto:

> En esto, sir Brian de las Islas y Grummore Grummorsum, caballeros del castillo, se enfrentaron a sir Agloval y sir Tor, y sir Tor derribó en tierra a sir Grummore Grummorsum. Llegó entonces sir Carados de la Torre Dolorosa, y con él sir Turquin, ambos caballeros del castillo, y se enfrentaron a ellos sir Perceval de Gales y sir Lamorak de Gales, que eran hermanos, y se acometieron sir Perceval y sir Carados, y las lanzas de ambos se quebraron en sus manos, y al punto chocaron sir Turquin y sir Lamorak, y se derribaron el uno al otro, caballo y caballero, y los de ambos bandos recuperaron sus caballos y los montaron de nuevo. Y sir Arnold y sir Gauter, caballeros del castillo, se enfrentaron a sir Brandiles y sir Kay, y estos cuatro caballeros se encontraron vigorosamente y sus lanzas se quebraron. Luego vino sir Pertolope, del castillo, y se enfrentó a él sir Lionel, y sir Pertolope, el caballero verde, derribó a sir Lionel, hermano de sir Lanzarote. Todo esto era anunciado por gentiles heraldos que pregonaban los nombres de los vencedores. Luego, sir Bleobaris quebró su lanza sobre sir Gareth, pero al dar el golpe sir Bleobaris cayó a tierra. Cuando sir Galihodin vio esto, conminó a sir Gareth a que se pusiese en guardia y sir Gareth lo derribó en tierra. Entonces sir Galihud tomó una lanza para vengar a su hermano, pero sir Gareth lo despachó de la misma guisa, y lo mismo ocurrió con sir Dinadan y su hermano, La Cote Male Tailé, y sir Sagramor el Deseoso, y sir Dodinas el Salvaje; a todos ellos los derribó con la misma lanza. Cuando el rey Agwisance de Irlanda vio a sir Gareth actuar de ese modo se preguntó quién podría ser aquel caballero, que una vez parecía verde, y otra vez, cuando acometía de nuevo, parecía azul. Y así, cada vez que cabalgaba un trecho y regresaba cambiaba de color, de manera que ni rey ni caballeros podrían fácilmente reconocerlo. Entonces sir Agwisance, el rey de Irlanda, se enfrentó a sir Gareth, y al punto sir Gareth lo derribó de su caballo, con silla de montar y todo. Y vino luego el rey Carados de Escocia y sir Gareth lo derribó, hombre y caballo. Y la misma suerte corrió el rey Uriens, de la tierra de Gore. Y luego vino sir Bagdemagus, y sir Gareth lo derribó en tierra, caballo y caballero. Y el hijo de Bagdemagus, Meliganus, quebró una lanza sobre sir Gareth poderosa y caballerescamente. Y entonces sir Galahaut, el príncipe noble, gritó a voz en cuello: «Caballero de los muchos colores, bien habéis justado; preparaos ahora, pues justaré yo con vos». Sir Gareth lo escuchó y tomó una gran lanza, y entonces se enfrentaron, y el príncipe quebró su lanza, pero sir Gareth lo golpeó en el costado izquierdo del yelmo, de manera que se tambaleó una y otra vez, y hubiera caído de no haberlo sostenido sus hombres, «verdaderamente —dijo el rey Arturo— ese caballero de los muchos colores es un buen caballero». En esto el rey hizo llamar a Lanzarote y le rogó que se enfrentara a aquel caballero. «Señor —dijo Lanzarote—, debo encontrar en mi corazón la fuerza para abstenerme de hacerlo, pues hoy ya ha tenido trabajo suficiente y, cuando un buen caballero se porta tan bien durante el día, no es de buenos caballeros privarle de su honra, esto es, después de haberlo visto hacer tan gran labor, pues por ventura —dijo sir Lanzarote— es el favorito de esta dama, de todos los que están aquí, pues bien veo que se esforzó y se esmeró por hacer grandes proezas, y así, en lo que me concierne, hoy el honor ha de ser suyo, y aunque estuviese en mi poder privarle de ello no lo haría»[1].

Ese día se produjo un pequeño incidente que por razones de Estado taché del informe del clérigo. Habréis notado que Garry lo estaba haciendo muy bien en el torneo. Cuando digo Garry me refiero a sir Gareth. Garry era el apodo personal que yo le había dado. Indica que me merecía un especial afecto. Pero se trataba de un apodo privado que nunca repetía en voz alta, y mucho menos en presencia suya. Siendo como era un noble, no hubiese aceptado que yo lo tratase con tanta familiaridad. Bueno, sigamos. Yo estaba sentado en el palco privado que se me había asignado como ministro del rey. Mientras sir Dinadan esperaba su turno para entrar en combate, llegó hasta allí, se sentó y comenzó a hablar. Siempre buscaba la ocasión para hablar conmigo porque yo era un forastero y a él le gustaba tener nuevas audiencias para sus chistes, pues los demás oyentes se encontraban ya en tal estado de cansancio que el mismo sir Dinadan tenía que reírse de sus propios chistes, mientras los oyentes escuchaban con expresión de desconsuelo. Yo correspondía siempre a sus esfuerzos tan bien como me era posible, y sentía por él una simpatía muy sincera y profunda por el hecho de que, si bien conocía cierta anécdota que yo había oído miles de veces y que había odiado y despreciado a lo largo de toda mi vida, bien por voluntad, bien por casualidad, nunca la había relatado en mi presencia. Se trataba de una anécdota atribuida a todos los humoristas que habían puesto pie en suelo americano, desde Colón hasta Artemus Ward[2]. Era la historia de un humorista que durante una hora entera bombardeaba a una audiencia ignorante con los chistes más graciosos de su repertorio sin conseguir arrancarle una sola risa, y luego, cuando se disponía a marcharse, se le acercaban unos tontorrones, le estrechaban agradecidamente la mano y le aseguraban que era lo más gracioso que jamás habían oído en el pueblo, y que habían tenido que hacer los mayores esfuerzos para no echarse a reír en medio de la reunión. Esa anécdota nunca debiera haber visto la luz y, sin embargo, la tuve que sufrir cientos, miles, millones y billones de veces, renegando y maldiciendo cada vez. Nadie conseguiría imaginarse entonces lo que sentí cuando aquel asno vestido con armadura empezó a contarme la misma anécdota en la sombría penumbra de la tradición, antes del alba de la historia, cuando incluso se podía hablar de Lactancio como «el difunto Lactancio»[3], y las Cruzadas[4] tardarían otros quinientos años en nacer. En el momento en que terminó su chiste llegó el mensajero a llamarlo, y se alejó riéndose a carcajadas y metiendo un ruido de mil demonios. Tardé unos minutos en recuperarme, y volví a abrir los ojos justamente en el instante en que sir Gareth le daba un buen leñazo. «Ojalá lo haya matado», fue la imprecación

que se me escapó, con tan mala suerte que en ese momento sir Gareth atacaba a sir Sagramor el Deseoso y lo arrojaba por encima de la grupa del caballo, y como sir Sagramor oyó mis palabras pensó que las había dicho por él.

Pues bien, cuando a uno de esos tipos se le metía algo en la cabeza, no había manera de sacárselo. Lo sabía perfectamente, así que contuve la respiración y no intenté darle ninguna explicación. Pero en cuanto sir Sagramor se recuperó me notificó que había alguna cuenta pendiente entre nosotros y señaló un día, tres o cuatro años más tarde, y un sitio, el campo donde había recibido la ofensa. Respondí que estaría dispuesto cuando regresara. Veréis, todos los muchachos hacían de vez en cuando una excursión en busca del Santo Grial[5], que solía durar varios años. Durante tan largas ausencias se dedicaban a curiosear y entrometerse en muchos sitios, aunque ninguno de ellos tenía la menor idea de dónde podría estar el Santo Grial, y además no creo que esperaran encontrarlo realmente, ni hubieran sabido qué hacer con él si se les hubiera cruzado en el camino. Era algo así como el Paso del Noroeste[6] de la época. Todos los años partían expediciones grialeras[7], y al año siguiente, expediciones de auxilio para tratar de rescatar a los expedicionarios del año anterior. Era algo que proporcionaba una gran reputación, pero nada de dinero. ¡Pero si querían que hasta yo participara! ¡Qué risa me daba!




INQUISITION
"For I was afraid of the Church"

10
Comienzos de la civilización

La Mesa Redonda se enteró muy pronto del desafío y, por supuesto, se habló mucho de ello, pues este tipo de cosas interesaba a los muchachos. El rey pensaba que yo debía salir en busca de aventuras que me dieran renombre, y alcanzar así un mayor grado de merecimiento cuando hubiesen pasado los años que faltaban para el combate. Me excusé por el momento, diciendo que todavía me hacían falta unos tres o cuatro años para dejar las cosas en su sitio y funcionando sin problemas, pero que luego estaría listo. Probablemente al final de ese plazo sir Sagramor continuaría grialando, de modo que con la prórroga evitaría perder un tiempo valioso. Para entonces habría ocupado mi puesto durante seis o siete años y seguramente mi sistema y mi maquinaria de Estado se encontrarían tan desarrollados que podría tomar unas vacaciones sin temor a que ocurriese nada grave en mi ausencia.

Estaba bastante satisfecho con lo que había llevado a cabo hasta el momento. En un buen número de rincones discretos había plantado el embrión de todo tipo de industrias, núcleos de lo que más adelante serían enormes fábricas o, lo que es lo mismo, los misioneros de hierro y acero de mi futura civilización. En esos sitios había reunido a las mentes jóvenes más brillantes que había podido hallar, mientras que varios de mis agentes seguían rastreando el país para tratar de descubrir otros jóvenes igualmente valiosos. Así, pues, un grupo de personas ignorantes estaban siendo convertidas en expertos, capaces de realizar todo tipo de trabajos manuales y empresas científicas. Estas escuelas preparatorias de mi invención desarrollaban su tarea feliz y reservadamente en apartados refugios campestres, en los que no se permitía la entrada a ninguna persona que no estuviese en posesión de un permiso especial. Lo había estipulado así porque tenía miedo de la Iglesia.

Desde un principio había puesto en marcha una fábrica de profesores y un gran número de escuelas dominicales. Gracias a ello contaba ya con un admirable sistema escolar que abarcaba todos los cursos y se encontraba en plena expansión, y con una variedad de congregaciones protestantes, todas ellas prósperas y crecientes. Cada persona podía elegir con absoluta libertad el tipo de cristiano que deseaba ser. Pero limité la educación religiosa a las

iglesias y escuelas dominicales, proscribiéndola por completo de los otros edificios escolares. Habría podido dar preferencia a mi propia secta sin ningún problema, obligando a todo el mundo a hacerse presbiteriano[1], pero ello hubiera sido una afrenta para la ley de la naturaleza humana, que dice que los deseos e instintos espirituales son tan variados en la familia humana como los apetitos físicos, los rasgos o el color de la tez. De esto se deduce que una persona solo puede alcanzar su excelencia moral cuando lleva los ropajes religiosos que mejor se acomodan en color, talla y estilo a su estatura espiritual y a las correspondientes facciones y recovecos del alma. Además me aterrorizaba la sola idea de una Iglesia unitaria oficial, debido al poder colosal que conlleva, de hecho el más colosal que se puede concebir. Y cuando ese poder va quedando poco a poco en manos egoístas, como siempre suele ocurrir, significa la muerte de la libertad humana y la parálisis del pensamiento humano.

También introduje cambios en las minas, que eran propiedad real y bastante numerosas. Hasta entonces habían sido explotadas como siempre explotan las minas los salvajes: abriendo hoyos en la tierra y subiendo el mineral a mano en pellejos de cuero, a un ritmo de una tonelada diaria, pero en cuanto me fue posible comencé a darle una base científica a la minería.

Sí, había logrado notables progresos cuando ocurrió lo del desafío de sir Sagramor.

Transcurrieron cuatro años, y entonces… Pues bien, nunca en la vida podríais imaginar lo que había sucedido. El poder ilimitado es algo ideal cuando se encuentra en manos seguras. El despotismo del cielo es el único gobierno absolutamente perfecto. Un despotismo terrestre sería un gobierno terrestre absolutamente perfecto si las condiciones fuesen las mismas, es decir, que el déspota fuese el individuo más perfecto de la raza humana y que su vida se prolongase perpetuamente. Pero, como un mortal perfecto tiene que morir y dejar su despotismo en manos de un sucesor imperfecto, el despotismo terrestre no solo es una mala forma de gobierno, es la peor forma de gobierno posible.

Mis esfuerzos demostraron lo que puede hacer un déspota con los recursos de un reino a su disposición. Sin que este país oscuro lo supiese, había puesto en marcha la civilización del siglo XIX, que ahora prosperaba bajo sus propias narices. Sí. Se hallaba oculta a la vista del público, pero allí estaba el gigantesco e innegable hecho del cual habría de hablarse mucho si yo vivía para ello y la suerte me acompañaba. Allí estaba, digo, un hecho tan cierto y tan formidable como un volcán sereno que se levanta al cielo azul con aspecto

inocente, su cumbre sin rastros de humo y sin indicio alguno del infierno que crece en sus entrañas. Mis iglesias y mis escuelas habían alcanzado la madurez adulta en estos cuatro años. Mis talleres de entonces eran ya vastas fábricas; donde antes tenía una docena de hombres adiestrados ahora tenía mil; donde tenía un brillante experto, ahora tenía cincuenta. Me encontraba con la mano en el interruptor, por así decir, listo para apretarlo en cualquier momento e inundar de luz aquel mundo tenebroso. Pero no pensaba hacerlo de una manera repentina. No, no era esa mi política. La gente no hubiera podido soportarlo y además, en un santiamén, se me hubiera echado encima la Iglesia Católica Romana.

No; durante todo este tiempo había procedido con cautela. Esporádicamente enviaba agentes secretos a recorrer el país, encargados de infiltrarse en la caballería andante y socavarla gradual e imperceptiblemente, royendo un poco de esta superstición, otro poco de aquella, preparando así las cosas para un futuro mejor. Estaba encendiendo mi luz lentamente, a razón de una vela de potencia cada vez, y me proponía continuar del mismo modo.

Secretamente había diseminado por todo el reino sucursales de mis escuelas, que ahora marchaban viento en popa. Con el tiempo me proponía desarrollar este campo mucho más, si no ocurría nada que me atemorizara. Uno de mis secretos mejor guardados era mi West Point[2], mi academia militar. Cuidaba celosamente que no se conociese su existencia, de igual manera que mi academia naval, situada en un puerto recóndito. Ambas progresaban satisfactoriamente.

Clarence tenía ahora veintidós años y era mi principal ejecutivo, mi mano derecha. Era un muchacho estupendo; estaba siempre a la altura de la situación y dispuesto a probar suerte en todos y cada uno de los campos. Recientemente lo había estado instruyendo en el campo periodístico, pues me parecía que se acercaba el momento adecuado para dar los primeros pasos en ese sentido. Nada ambicioso; sencillamente un pequeño semanario que circularía experimentalmente en mis guarderías civilizadoras. Clarence se entusiasmó con el proyecto y desde el principio se sintió como pez en el agua. Con toda seguridad había en él un director de diario en potencia. Y en cierto sentido, ya había comenzado a duplicarse: hablaba con lenguaje del siglo VI y escribía con el estilo del XIX. Sus dotes como periodista se desarrollaban de manera notoria, ya estaba a la altura de los periodistas de las poblaciones más apartadas e ignorantes del estado de Alabama[3], y sus escritos no se podían distinguir de las columnas editoriales de esos sitios por los temas ni por el estilo.

Teníamos casi a punto otra gran iniciativa. Me refiero a los servicios de teléfono y telégrafo, nuestra primera incursión en este renglón. En un principio serían exclusivamente un servicio privado, a la espera de una mayor madurez entre la población. Teníamos un grupo de hombres trabajando en ello, casi siempre de noche. Por el momento, se trataba de cables subterráneos; no nos habíamos atrevido a colocar postes por la cantidad de preguntas que habrían generado. Los cables subterráneos cumplían adecuadamente su propósito y además estaban protegidos por un sistema de aislamiento de mi invención, que había resultado perfecto. Mis hombres tenían órdenes de avanzar por el campo, evitando los caminos, y de establecer conexiones con todos los pueblos de importancia considerable a juzgar por las luces que se veían desde lejos. En cada uno de estos pueblos tenían que dejar expertos encargados del servicio. En este reino nadie podía decirle a nadie dónde se encontraba un lugar determinado, porque nadie se dirigía nunca a un sitio con la intención de llegar a él. La gente se topaba sencillamente con distintos lugares mientras erraba por el país, y por lo general se marchaban sin haber preguntado el nombre. Varias veces habíamos enviado expediciones topográficas con el propósito de levantar planos y mapas del reino, pero los curas siempre habían interferido, creando problemas. Así que habíamos abandonado la iniciativa por el momento; no era muy prudente despertar la oposición de la Iglesia.

En cuanto a las condiciones generales del país, seguían siendo prácticamente las mismas que había encontrado a mi llegada. Había efectuado cambios, pero se trataba de cambios necesariamente pequeños, y además se notaban poco. Hasta el momento ni siquiera había tocado el sistema de impuestos, a excepción de los que generaban las rentas reales. Los había sistematizado, concediendo al sistema unos cimientos efectivos y justos. Como resultado, los ingresos ya se habían cuadruplicado y, sin embargo, la carga tributaria estaba muchísimo mejor distribuida que antes, hasta el punto de que todo el reino había sentido un alivio y los elogios a mi administración eran entusiastas y generales.

En ese momento tuve que hacer una pausa, pero no me preocupó; no habría podido ocurrir en un momento mejor. De haber sucedido antes me hubiese molestado, pero ahora todos los asuntos se encontraban en buenas manos y rodando sobre ruedas. Recientemente el rey me había recordado varias veces que la prórroga que había solicitado cuatro años antes estaba próxima a terminar. De hecho, era una insinuación de que debía ponerme en camino en busca de aventuras y ganarme así una reputación suficiente para

hacerme merecedor del honor de romper una lanza con sir Sagramor, que continuaba grialeando, pero al que estaban buscando varias expediciones de rescate, por lo que podía ser localizado cualquier año de estos. Así que, como veis, contaba con esta interrupción y no me cogió por sorpresa.

11
El yanqui en busca de aventuras

No debe haber existido otro país en el mundo con tal profusión de embusteros andantes, y de ambos sexos. Difícilmente pasaba un mes sin que apareciera uno de esos vagabundos, generalmente provisto de un relato sobre una u otra princesa que necesitaba ayuda para salir de un castillo lejano donde la tenía prisionera un malvado rufián, habitualmente un gigante. Podría pensarse que lo primero que haría el rey, después de escuchar un folletín semejante, relatado por un completo desconocido, sería exigirle ciertas credenciales, es decir, un par de detalles sobre la situación del castillo, la mejor ruta para llegar a él, etcétera. Pero a nadie se le ocurría nunca hacer algo tan simple y de tanto sentido común. No. Todo el mundo se tragaba enteras las mentiras que contaban estas gentes, sin hacer preguntas de ningún tipo. Pues bien, un día en que yo no estaba presente llegó una de esas personas —una mujer, en esta ocasión— y relató una historia fiel al modelo tradicional. Su señora se hallaba cautiva en un enorme y lúgubre castillo junto con otras cuarenta y cuatro jóvenes y bellas damas, casi todas princesas, y languidecían en ese cruel cautiverio desde hacía veintiséis años. Los amos del castillo eran tres hermanos colosales, cada uno con cuatro brazos y un ojo, el ojo en el centro de la frente y tan grande como una fruta… No se mencionó qué clase de fruta, lo cual sirve de ejemplo del descuido habitual de esta gente en lo referente a estadísticas.

¿Podéis creerlo? El rey y todos los caballeros de la Mesa Redonda estaban entusiasmados con la posibilidad de la absurda aventura. Cada uno de los caballeros de la Mesa quiso hacer suya esa oportunidad y rogó que se le encomendara a él; pero para su pesadumbre y enfado el rey me la endilgó a mí, que en modo alguno lo había pedido.

No tuve que hacer demasiados esfuerzos para contener la alegría cuando Clarence me trajo la noticia; él, en cambio, no podía contener la suya. De su boca no cesaban de salir expresiones de gozo y gratitud; gozo por mi buena fortuna, y gratitud al rey por la espléndida muestra de favor que me concedía. No podía tener quietos ni el cuerpo ni las piernas e iba de un lado a otro haciendo piruetas en un éxtasis de felicidad.

En cuanto a mí, hubiese podido maldecir la amabilidad de quien me había concedido este beneficio, pero oculté mi disgusto para evitar problemas, e hice todo lo que estaba a mi alcance para dar a entender que me alegraba. De hecho, dije que me alegraba. Y en cierto modo era verdad. Me alegraba tanto como se puede alegrar una persona cuando le arrancan el cuero cabelludo.

Pues bien, de todas maneras había que sacar el mayor provecho posible de la situación y no valía la pena perder el tiempo dándole vueltas al asunto; de modo que era mejor ir al grano y considerar qué se podía hacer. En todas las mentiras existe grano entre la paja; en este caso debía apartar el grano, así que mandé llamar a la joven, a la que tuve en mi presencia poco después. Se trataba de una criatura bastante bien parecida, suave y modesta, pero en cuanto comenzó a hablar resultó evidente que no sabía ni dónde tenía la cabeza.

—Jovencita, ¿ya te han preguntado los detalles?

Respondió que no.

—Ya me lo figuraba, pero de todos modos quería estar seguro; es así como me han educado. Ahora no te lo vayas a tomar a mal si te recuerdo que, como no te conocemos, debemos proceder con cautela. Es posible que todo lo que nos has dicho resulte ser cierto, y esperamos que así sea, pero aceptarlo sin más sería una práctica comercial desacertada. Lo comprendes, ¿verdad? Me veo, pues, en la obligación de hacerte un par de preguntas; basta con que respondas directa y cabalmente, no tienes por qué preocuparte. ¿Dónde se encuentra tu hogar?

—En la tierra de Moder, gentil señor.

—La tierra de Moder. No recuerdo haber oído ese nombre. ¿Viven tus padres?

—En cuanto a eso, desconozco si aún están con vida, dado que son muchos los años que he permanecido reclusa en el castillo.

—¿Nombre, por favor?

—Llevo por nombre el de *demoiselle* Alisande la Carteloise, para servir a vuestra merced.


SAND

—¿Alguien aquí que pueda confirmar tu identidad?

—No sería posible, gentil señor, siendo esta la primera vez que aquí vengo.

—¿Has traído cartas de recomendación, documentos o cualquier otra prueba de que eres veraz y fidedigna?

—Ciertamente no, ¿y qué razón habría para hacerlo? ¿No tengo acaso lengua y puedo yo misma decírmelo todo?

—Pero es muy diferente que lo digas tú a que lo diga otra persona.

—¿Que es diferente? ¿Y por qué? Mucho me temo que no os comprendo.

—¿Que no comprendes? Pero, voto al… Bueno, veamos, veamos, vaya, pues voto al cielo. ¿No puedes entender una cosa tan trivial como esta? ¿No puedes entender que es diferente que lo digas…? ¿Pero por qué pones esa cara de ingenua y de idiota?

—¿Yo? De cierto no lo sé, pero debe de ser la voluntad divina.

—Sí, claro; supongo que es más o menos lo que se podría esperar… Oye, no vayas a creer que me he enfadado. No es así. Cambiemos de tema. Pasando a lo del castillo con las cuarenta y ocho princesas y los tres ogros encargados, dime: ¿dónde está ese harén?

—¿Harén?

—El castillo, me entiendes; ¿dónde está el castillo?

—Ah, en cuanto a eso, es grande y serio e imponente, y se encuentra en un país lejano. Sí, y dista muchas leguas.

—¿Cuántas?

—Ah, noble señor, sería fieramente difícil decirlo, pues son tantas y tantas que se confunden unas con otras, y como todas tienen el mismo aspecto y están teñidas del mismo color, no se podría distinguir una legua de otra, y no habría manera de contarlas, a no ser que se tomasen por separado, y bien comprenderéis que se trata de un trabajo que solo Dios podría hacer, pues no posee el ser humano la capacidad de llevarlo a cabo, y observaréis…

—Un momento, un momento, un momento; olvídate de la distancia. ¿En qué lugar se encuentra el castillo? ¿En qué dirección desde aquí?

—Ah, tened la bondad, señor, no está en ninguna dirección desde aquí, puesto que el camino no se extiende de manera recta; antes bien da muchas vueltas, de manera que la dirección de dicho sitio no es permanente, sino que está a veces bajo un cielo y más allá bajo otro, por lo cual, si creyeseis que se encuentra en el este y fuerais hacia allí, observaríais que el sentido del camino de nuevo gira sobre sí mismo en el espacio de medio círculo, y esta maravilla ocurre una vez más, y otra, y otra, y todavía otra, y os afligiría el haber

pensado por vanidades de la mente que podríais frustrar e impedir la voluntad suprema de Él, que no ha querido concederle a un castillo dirección alguna desde otro sitio, excepto la que sea de su agrado, y si no fuese de su agrado podría ser que prefiriera que se desvanecieran de la faz de la tierra todos los castillos y todas las direcciones, dejando los sitios donde se encontraban antes vacíos y desolados, advirtiendo así a sus criaturas que cuando sea su voluntad así se hará, y cuando no lo sea…

—Está bien, está bien; un descanso, por favor; olvídate de la dirección, al cuerno con la dirección…, perdón…, mil perdones; hoy no me encuentro bien; no me hagas mucho caso si me enfrasco en soliloquios, es una vieja costumbre mía, una vieja y mala costumbre, y difícil de superar cuando tienes la digestión trastornada por comer alimentos cultivados siglos y siglos antes de tu nacimiento, ¡ya lo creo! Es imposible que un hombre mantenga sus funciones normalmente alimentándose con pollos añejos que ya tienen más de mil trescientos años. Pero basta, no tiene ninguna importancia, olvídalo. ¿Tienes un mapa de la región? Porque un buen mapa…

—¿Se trata, por ventura, de aquella suerte de objetos que en tiempos recientes han traído los infieles desde el otro lado de los grandes mares, y que se ponen a hervir en aceite y se le agrega luego una cebolla, una pizca de sal y…?

—¿Qué? ¿Un mapa? ¿Pero de qué hablas? ¿No sabes lo que es un mapa? Es, es… Olvídalo; no voy a explicártelo. Detesto las explicaciones; complican tanto las cosas que al final no consigues decir nada. Puedes marcharte, cariño; buenos días. Clarence, indícale la salida.


THE
BOSS

Claro; ahora me parecía evidente por qué los jumentos de la corte no cuestionaban a estos mentirosos ni les pedían detalles. Es posible que esta joven ocultase una verdad en algún sitio, pero no creo que se le pudiese sacar ni con un gancho; ni siquiera con las primeras versiones de explosivos; se trata de un caso que solo se zanjaría con dinamita. ¡Caray, pero si era un asno completo! Y, sin embargo, el rey y sus caballeros la habían escuchado como si fuese una página del Evangelio. Esto da una buena idea de la clase de gente que me rodeaba. Y pensad en las simplezas en que incurría esta corte: una jovenzuela errante encontraría mayores problemas para tener acceso al rey en su palacio de los que hubiese tenido en mi país y en mi época para visitar un asilo de menesterosos. De hecho, se alegraban de verla, se alegraban de escuchar su relato. Sirviéndose de la aventura que contaba, era tan bien recibida como un cadáver en una empresa de pompas fúnebres.

Todavía me encontraba sumido en estas reflexiones cuando regresó Clarence. Hice un comentario sobre el somero resultado de mis esfuerzos con la joven y sobre el hecho de que aún no contaba con un solo detalle que pudiera ayudarme a encontrar el castillo. El muchacho pareció sorprendido, o intrigado, o algo así, y me confió que se había estado preguntando por qué le había hecho a la joven todas esas preguntas.

—Pero ¡rayos y centellas! —dije—. ¿Acaso no tengo que encontrar ese castillo? ¿Y de qué otra manera podría hacerlo?

—Vaya, vaya, dulce señor mío; a mi parecer, se puede dar respuesta fácilmente a esa pregunta: ella os guiará. Siempre ocurre así. Cabalgará con vuestra merced.

—¿Cabalgar conmigo? ¡Tonterías!

—Pues, en verdad que lo hará. Cabalgará con vuestra merced. Ya lo veréis.

—¿Qué? ¿Recorrer las colinas y explorar los bosques conmigo, solos, cuando estoy prácticamente comprometido con otra? ¡Caracoles! Es escandaloso. Piensa en lo que podría pensar la gente.

Vaya, ¡qué cara puso el muchacho! Estaba ansioso por enterarse de los detalles de este tierno asunto. Le hice prometer que guardaría el secreto, y entonces susurré su nombre: «Puss Flanagan»[1]. La expresión que apareció en su rostro era de desilusión; comentó que nunca había oído hablar de esa condesa. Era apenas natural que el pequeño cortesano le asignara un rango. Me preguntó dónde vivía.

—En la parte este de Hart… —caí en la cuenta y me contuve, ligeramente desconcertado; después de un momento dije—: No te preocupes por eso; ya te

lo diré más adelante.

¿Y podría verla? ¿Le permitiría yo que la viese algún día?

Bueno, qué me costaba prometérselo. El muchacho estaba tan ansioso… Y si era capaz de esperar mil trescientos años… Se lo prometí, pero no pude evitar que se me escapara un suspiro. Y, sin embargo, era un suspiro sin sentido, pues ella no había nacido todavía. Pero así somos: cuando se trata de sentimientos no razonamos; sencillamente sentimos.

Mi expedición fue el tema de conversación ese día y esa noche; los muchachos estaban muy amables conmigo, me dieron ánimos, parecían haber olvidado su enfado y desencanto, y ahora se mostraban tan ansiosos de que expulsara a esos ogros y pusiera en libertad a las ancianas y maduras vírgenes como si fueran ellos mismos quienes hubiesen recibido el encargo. En el fondo, eran buenos chicos, pero nada más que chicos. Y me dieron toda clase de instrucciones sobre cómo encontrar gigantes y cómo apresarlos, y me enseñaron diversos conjuros para contrarrestar sus encantamientos, y me cargaron de pomadas y otras porquerías para aplicar en mis heridas. Pero ni a uno solo se le ocurrió detenerse a pensar que si yo era un nigromante[2], tan maravilloso como pretendía ser, no debería necesitar ni pomadas, ni instrucciones, ni amuletos contra los encantamientos, y menos armas o armaduras para efectuar una incursión del tipo que fuese, incluso contra dragones que escupiesen fuego o diablos recién salidos del infierno, y mucho menos en una incursión contra adversarios tan mezquinos como los que me esperaban, unos cuantos ogros comunes y corrientes de regiones lejanas y atrasadas.

Se suponía que tomaría el desayuno muy temprano y saldría al amanecer, según la costumbre, pero las pasé moradas para ponerme la armadura, y esto me retrasó un poco. Es bastante complicado meterse dentro de uno de esos armatostes, y hay que estar pendiente de muchos detalles. Primero, te tienes que enrollar una o dos capas de mantas alrededor de tu cuerpo, que hacen las veces de cojín y te aíslan un poco del frío hierro; luego, te colocas las mangas y una camisa de cota de malla —que consiste en pequeñas argollas de acero entrelazadas, de modo que el material resulta tan flexible que si la dejas caer al suelo adquiere la forma de una red de pesca húmeda—; la cota de malla es muy pesada y debe de ser uno de los atuendos más incómodos para utilizar como pijama y, sin embargo, muchas personas le dan ese uso: cobradores de impuestos, reformadores, reyes de pacotilla poseedores de dudosos títulos y gente por el estilo; después te calzas los zapatos, unas barcazas planas cubiertas por tiras de acero intercaladas que les sirven de techo, y te colocas

unas engorrosas espuelas en los talones. Acto seguido te pones tus espinilleras y tus musleras; luego les corresponde el turno al peto y al espaldar, y en ese punto ya empiezas a sentirte algo apabullado; a continuación insertas en el peto una especie de enaguas con anchas tiras de acero superpuestas, que te cuelgan por delante, pero que por detrás se resuelven en pliegues que te impiden sentarte y te dan un aspecto que no se diferencia mucho del de un cubo de carbón invertido; luego te ciñes la espada, te pones unas tuberías en los brazos, guanteletes de hierro en las manos; en la cabeza, una ratonera que lleva atada a la parte de atrás un pedazo de telaraña de acero, y estás listo, tan confortable como una vela en un candelero. Realmente, no es el atuendo más apropiado para salir de baile. Un hombre así embalado es como una nuez que no merece la pena partir: es muy poca carne para tanta cáscara.

Si los muchachos no me hubiesen ayudado no habría podido meterme en mi envoltorio. Justo cuando terminábamos apareció sir Bedivere, y entonces me di cuenta de que probablemente yo no había elegido la vestimenta más apropiada para un viaje largo. ¡Qué imponente se veía, alto, ancho, magnífico! Llevaba sobre la cabeza un casco cónico de acero que solo le llegaba hasta las orejas, y como visera, una delgada barra de acero que bajaba hasta su labio inferior y le protegía la nariz; el resto de la vestidura, desde el cuello hasta los talones, era de malla flexible, incluso los pantalones. Además estaba cubierto casi por completo por una sobreveste[3], por supuesto, de cota de malla, que le colgaba muy recta desde el cuello hasta los tobillos, pero que de la cintura hacia abajo estaba dividida por delante y por detrás, de modo que al cabalgar los faldones colgaban cómodamente de los costados. Partía en busca del Grial, y su atuendo era el más apropiado para tan larga expedición. Yo hubiera dado mucho por ese gabán, pero ya era demasiado tarde para cambiar las cosas. El sol acababa de salir y el rey y la corte me esperaban para despedirme y desearme suerte. El demorarme más hubiese sido una falta de cortesía.

En estos casos no se te permite subir al caballo por tu propia cuenta, no; si intentaras hacerlo te lo impedirían. Te llevan cargado, de la misma manera que se lleva a la botica a un hombre que acaba de sufrir una insolación, te ponen sobre el caballo, te ayudan a que te acomodes y colocan tus pies en el estribo. Durante todo ese tiempo te sientes extraño y sofocado, como si no se tratase de ti, igual que debe sentirse una persona que de repente se ve obligada a casarse, o es alcanzada por un rayo, o algo por el estilo, y todavía no acaba de comprender lo que ha ocurrido y se encuentra aturdida y desorientada. Luego colocaron el enorme mástil, al cual llaman lanza, en un hueco, junto a

mi pie izquierdo, y lo así con una mano; finalmente me colgaron el escudo del cuello, y entonces estuve listo para levar anclas y zarpar. Todos se mostraron muy amables conmigo, y una dama de honor trajo una copa y me dio a beber la espuela[4] con sus propias manos. No quedaba más que hacer, salvo que la doncella subiese a mi caballo y montase a mi grupa, lo cual hizo a continuación, agarrándose a mí con lo que debía ser su brazo.

Partimos. Los presentes nos despedían agitando sus pañuelos o sus yelmos. Y todas las personas a quienes encontramos al descender la colina o mientras atravesábamos los pueblos nos saludaban respetuosamente, con excepción de unos chiquillos harapientos que se hallaban a las afueras del pueblo.

—¡Qué pinta tiene! —me gritaban, al tiempo que me tiraban terrones.

Mi opinión es que los chicos de todas las épocas son iguales. No respetan nada, no les importa nada ni nadie. Le dicen: «¡Sube, calvo!» al profeta que inofensivamente recorre su camino entre el polvo de la antigüedad[5]; me insultaban en la santa penumbra de la Edad Media, y del mismo modo los había visto actuar durante la administración del presidente Buchanam[6]; lo recuerdo muy bien porque estuve allí y colaboré. El profeta tenía un cayado y podía desquitarse de sus chiquillos, y yo quería bajar del caballo y desquitarme de los míos, pero no era muy buena idea porque no habría podido montar de nuevo. Detesto los países donde no existen grúas.

12
Lenta tortura

En seguida estuvimos en el campo. Era de lo más encantador y agradable encontrarse en aquellas soledades silvestres al amanecer de una fresca mañana de principios de otoño. Desde lo alto de las colinas veíamos hermosos valles verdes que se extendían abajo, con sinuosos arroyos que los recorrían, islotes de árboles aquí y allá, e inmensos y solitarios robles que proyectaban oscuras manchas de sombra; y más allá de los valles veíamos cadenas de colinas, sumidas en la neblina, que se extendían en undosa perspectiva hacia el horizonte, y, a grandes intervalos, una tenue mota gris o blanca en la cresta de un cerro, que, como sabíamos, denotaba algún castillo. Cruzamos amplias praderas resplandecientes con el rocío, moviéndonos como espíritus, nuestras pisadas acalladas por la suavidad del césped; igual que en un sueño, nos deslizábamos por claros de bosques tamizados por una luz verde que tomaba su tinte del techo de hojas resecas por el sol, y a nuestros pies corrían los más claros y helados arroyuelos, murmurando y retozando entre los bancos y emitiendo una especie de música susurrante que resultaba reparadora, y por momentos dejábamos atrás el mundo y penetrábamos en las inmensas y solemnes profundidades del bosque, con su penumbra imponente, donde furtivas criaturas salvajes emergían y se ocultaban en seguida, desapareciendo antes de que los ojos localizaran el sitio del que procedía el ruido, y donde solo revoloteaban los pájaros más tempranos, cantando aquí, riñendo allá, o lejos, en la distancia, martilleando o tamborileando los troncos de los árboles en busca de gusanillos. Y después, poco a poco, comenzamos a acercarnos al fulgor del mundo exterior.

Después de la tercera, cuarta o quinta vez que regresábamos al fulgor —debían haber pasado un par de horas desde la salida del sol— ya no resultaba tan agradable como al principio. Comenzaba a calentar el sol de manera muy considerable, y estuvimos un largo trayecto sin sombra alguna. Es curioso cómo, una vez que comienzan, las pequeñas molestias crecen y se multiplican gradualmente. Cosas que no me molestaban al principio empezaban a molestarme entonces, cada vez más y más. Las primeras diez o quince veces que quise utilizar mi pañuelo no pareció importarme; seguía mi camino y me

decía que no tenía importancia, pues era algo insignificante, y lo apartaba de mi mente. Pero ahora era distinto; quería utilizarlo a cada momento, una, y otra, y otra vez, todo el tiempo, sin descanso; no podía dejar de pensar en ello, hasta que perdí la paciencia y maldije al hombre capaz de fabricar una armadura completa sin un solo bolsillo. Veréis: tenía el pañuelo en el yelmo, junto con otras cosas, pero era el tipo de yelmo que no te puedes quitar tú solo. Era algo que no se me había ocurrido cuando puse allí el pañuelo, y de hecho era algo que ignoraba. Había supuesto que sería un sitio particularmente cómodo. Y ahora, al saber que estaba allí, tan a mano, tan cerca y, sin embargo, tan inalcanzable, hacía que la situación fuese aún peor y más difícil de soportar. Sí, las cosas que no puedes alcanzar son las que, por lo general, más deseas; es algo que todo el mundo ha experimentado. Pues bien, dejé de pensar en todo lo demás, totalmente, y me concentré en el yelmo, y así continué, kilómetro tras kilómetro, pensando en el pañuelo, representándome el pañuelo, y era desagradable y enojoso sentir el sudor salado que continuamente goteaba sobre mis ojos. Así escrito parece algo sin importancia, pero no se trataba en modo alguno de algo insignificante: era el más real de los sufrimientos. No lo diría si no fuese así. Decidí que la próxima vez llevaría unos anteojos de retículo, sin importarme el aspecto o lo que pudiera opinar la gente. Naturalmente, esos caballeretes de hierro de la Mesa Redonda pensarían que era inaudito, inaceptable, y tal vez supondría un escándalo, pero por lo que a mí respecta, primero, la comodidad, y después, el estilo. Así que seguimos avanzando, y de vez en cuando entrábamos en terrenos polvorientos, y el polvo se arremolinaba en nubes, se me metía en las narices y me hacía estornudar y llorar y, por supuesto, comenzaba a decir cosas que no debería decir. No lo niego. No soy mejor que los demás. Parecía que no nos íbamos a topar con nadie en aquella Inglaterra solitaria, ni siquiera con un ogro, y con el humor que me gastaba, más le hubiese valido a un ogro mantenerse a distancia: a un ogro con pañuelo, quiero decir. La mayoría de los caballeros solo hubieran pensado en hacerse con su armadura, pero si yo lograba apropiarme del pañuelo el ogro bien hubiese podido quedarse con toda su ferretería.

Entretanto, cada vez hacía más calor en el interior de mi armatoste. Veréis, el sol golpeaba y calentaba progresivamente el hierro, y cuando sientes tanto calor te irrita cualquier pequeñez. Si avanzaba al trote, traqueteaba como una canasta repleta de trastos, lo cual me fastidiaba y, lo que es peor, no podía impedir que el escudo fuera dando saltos y golpes contra mi pecho y mi espalda; si disminuía el paso, mis articulaciones crujían

y rechinaban de la misma y fatigosa manera que lo hace una carretilla, y a ese paso no conseguíamos provocar ni un soplo de brisa. Me sentía como si me estuvieran cociendo en una estufa, y además, cuanto más despacio me movía, más pesado se hacía el hierro, y a cada minuto me parecía llevar encima más y más toneladas. Y continuamente tenía que estar pasando la lanza de un lado al otro, pues era muy fatigoso asirla mucho rato con la misma mano. Bueno, cuando sudas de esa manera, a chorros, llega un momento en que te… en que te…, bueno, en que te pica. Tú estás dentro, tus manos están fuera, y entre tu cuerpo y ellas se interpone una espesa costra de hierro. Es algo que no se debería tomar tan a la ligera, dígase lo que se diga. Primero te pica un sitio; luego, otro, y otro, y continúa extendiéndose hasta que termina por invadir todo el cuerpo, y nadie sería capaz de imaginar cómo te sientes, ni lo desagradable que resulta. Y cuando ya no podía ser peor, y me parecía que no podría resistir más, se coló un mosquito por la rejilla y se asentó en mi nariz, y la rejilla se trabó y no conseguía levantar la visera; solo podía sacudir la cabeza, que en ese momento ardía de calor, y bueno, ya sabéis cómo se comporta un mosquito cuando te tiene a su merced, así que ante cada sacudida su única reacción era pasar de la nariz al labio y del labio a la oreja, y zumbar y seguir zumbando a lo largo y ancho de mi rostro, y picar, y seguir picando de un modo que para alguien como yo, en tal estado de desasosiego, resultaba sencillamente insoportable. Así que me rendí y le pedí a Alisande que me despojara del yelmo y lo descargara. Entonces procedió a vaciarlo y fue a llenarlo de agua y cuando regresó bebí de él, y el resto lo vertió en el interior de mi armadura. Sería imposible imaginarse qué sensación de frescor. Continuó trayendo y vertiendo agua basta que estuve empapado y completamente aliviado.



Era agradable tomar un descanso y recobrar la paz. Pero en esta vida nada es perfecto. Tiempo atrás había fabricado una pipa, y también picadura de tabaco bastante buena, no exactamente igual a la auténtica, más bien como la picadura que usan los indios: con la corteza interna de un sauce puesta a secar. Todo esto lo llevaba en el yelmo, y ahora lo recuperaba, pero no tenía cerillas.

Gradualmente, a medida que transcurría el tiempo, algo desconcertante se fue haciendo patente; teníamos entre manos un problema de logística, dado que un novato armado es incapaz de montar en su caballo sin ayuda, y una ayuda considerable además. Sandy no bastaba; en cualquier caso no bastaba para mí. Tendríamos que esperar a que apareciera alguien. Una espera tranquila, silenciosa, no hubiera sido desagradable, pues tenía numerosos motivos de reflexión y estaba deseando tener la oportunidad de darles rienda suelta. Quería tratar de dilucidar cómo era posible que hombres racionales, o medianamente racionales, habían podido acostumbrarse a vestir armaduras, teniendo en cuenta sus múltiples inconvenientes, y cómo habían podido preservar esa moda durante generaciones, si, evidentemente, lo que yo había sufrido ese día ellos lo tendrían que sufrir todos los días de sus vidas. Deseaba dilucidar aquello, y aun más: quería encontrar alguna manera de reformar esta sinrazón y persuadir a la gente de que tan ridicula costumbre debería desaparecer, pero en las circunstancias en que me hallaba no era posible pensar. Donde estuviese Sandy resultaba imposible hacerlo. Se trataba de una criatura dócil y de buen corazón, pero su torrente de palabras era tan constante como un molino, y te causaba un dolor de cabeza como el que te puede producir el estruendo en el centro de una ciudad. Hubiese sido un verdadero alivio tener un tapón, pero a las de su especie no se les puede cerrar con un tapón: morirían. Se pasaba el día entero cascando y podría pensarse que su maquinaria terminaría por desgastarse poco a poco, pero no; no se estropeaba nunca, no quedaba fuera de funcionamiento y nunca tenía que disminuir el ritmo para buscar palabras. Era capaz de estar una semana entera rechinando, triturando, bombeando, resoplando, sin detenerse jamás para engrasar o reparar su molino de palabras. Y, sin embargo, el resultado no era más que viento. Nunca tenía ideas; de hecho, no tenía más ideas de las que puede tener la niebla. Era como una cotorra, bla, bla, bla, todo el día, bla, bla, bla, sin parar, bla, bla, bla, etc. Esa mañana no me había molestado su molino de palabras, preocupado como estaba por mi avispero de problemas, pero por la tarde, más de una vez, tuve que decir:

—Date un descanso, nena; al ritmo que estás gastando el aire del reino tendremos que empezar a importar aire mañana mismo, y ya tenemos suficientes problemas de tesorería.

13
Hombres libres

Sí; resulta curioso pensar cuán poco tiempo es capaz una persona de permanecer satisfecha. Solo un rato antes, cuando cabalgaba y sufría me hubiera parecido un verdadero paraíso la paz, el sosiego, la dulce serenidad de aquel escondrijo remoto y sombreado junto a un arroyo cristalino, donde me encontraba completamente a gusto vertiendo de vez en cuando agua dentro de mi armadura y, no obstante, comenzaba ya a sentirme insatisfecho. En parte, porque no podía encender mi pipa, pues aunque hacía algún tiempo había instalado una fábrica de cerillas, se me había olvidado traer una provisión para el viaje. Y en parte, también porque no teníamos nada para comer. He aquí otro ejemplo de la pueril imprevisión de aquella época y aquella gente. Un caballero armado confiaba siempre en la posibilidad de encontrar comida durante un viaje y se hubiera sentido escandalizado ante la idea de colgar de su lanza una cesta de bocadillos. Seguramente no había uno solo entre todos los caballeros de la Mesa Redonda que no hubiera preferido morir antes de que le viesen llevando una cosa semejante en su estandarte. Y, sin embargo, no podía haber nada más sensato. Había tenido la intención de esconder un par de bocadillos en mi yelmo, pero fui interrumpido mientras lo hacía, tuve que inventar una excusa y apartarlos, y se los comió un perro.

Se acercaba la noche, y con ella, una tormenta. La oscuridad se extendió rápidamente. Por supuesto, debíamos acampar. Encontré un buen refugio para la doncella debajo de una roca, me alejé un poco y encontré otro para mí. Pero me vi obligado a permanecer dentro de mi armadura; no podía quitármela solo y tampoco podía pedirle a Alisande que me ayudara, pues hubiera sido lo mismo que desvestirse en público. En realidad, no era para tanto: llevaba otras ropas debajo, pero los prejuicios de tu propia educación no desaparecen tan de sopetón y sabía que cuando llegase el momento de despojarme de esas férreas enaguas de cola iba a sentir vergüenza.

La tormenta trajo un cambio en el clima, y cuanto más fuerte soplaba el viento y con más virulencia golpeaba el agua más frío iba haciendo. Muy pronto empezaron a salir de la humedad escarabajos, hormigas, gusanos y otros bichos, y a arrastrarse dentro de mi armadura en busca de calor, y

mientras algunos de ellos se comportaban bastante bien y se limitaban a introducirse entre mis ropas y quedarse quietos, la mayoría parecía pertenecer a esa especie de insectos incansables e incómodos, que nunca pueden estar quietos y siguen rondando y explorando, aunque no tengan idea de lo que buscan. Las hormigas, por ejemplo, que desfilaban en monótona e incesante procesión de un extremo a otro de mi cuerpo, y son una clase de criaturas con quienes espero no tener que dormir nunca más. Aconsejaría a las personas que se encuentren en esta misma situación que no intenten dar vueltas ni revolcarse por el suelo, porque esto excita la curiosidad de las diferentes especies de animalejos, y hasta el último de ellos quiere acudir al lugar de los hechos y enterarse de lo que pasa, lo cual, desde luego, empeora aún más la situación y te hace renegar todavía más, si es que ello es posible. Pero a fin de cuentas, aunque uno no diera vueltas y no se revolcara, podría morir de desesperación, de modo que tal vez da lo mismo hacer una cosa que la otra. Realmente no hay ninguna opción. Incluso cuando ya estaba totalmente congelado podía sentir un cosquilleo, del mismo modo que ocurre cuando un cadáver recibe descargas eléctricas. Me prometí que después de este viaje no volvería a usar armadura.

Durante esas horas de agonía, cuando estaba congelado y al mismo tiempo era una hoguera viviente, por así decirlo, debido a aquella pandilla de reptantes, la misma pregunta sin respuesta continuaba dando vueltas y vueltas por mi cansado cerebro. ¿Cómo puede la gente soportar estas horribles armaduras? ¿Cómo han podido soportarlas durante tantas generaciones? ¿Cómo podrán quedarse dormidos cada noche sabiendo que al día siguiente deberán afrontar la misma tortura?

Cuando al fin llegó el día, me encontraba en unas condiciones bastante lamentables: demacrado, desaseado, soñoliento, agotado por la falta de sueño, fatigado por el esfuerzo de tener que revolcarme, hambriento después de tan largo ayuno, muriéndome por tomar un baño y librarme de los bichos y casi lisiado por el reumatismo. ¿Y qué suerte había corrido la doncella de noble cuna, de título aristocrático, *demoiselle* Alisande la Carteloise? Pues bien, estaba tan fresca como una lechuga, había dormido como un lirón y en lo que respecta al baño, probablemente ni ella ni ningún otro noble sobre la faz de la tierra había tomado uno y, por lo tanto, no le hacía ninguna falta. Consideradas desde un punto de vista moderno, estas gentes no eran más que salvajes reformados. La noble dama que me acompañaba no parecía tener ninguna impaciencia por desayunar, y eso también tiene algo de salvaje. Aquellos ingleses estaban acostumbrados a largos ayunos en sus viajes y

sabían cómo soportarlos, y también cómo cargarse ellos mismos, acumulando reservas para futuros ayunos, del mismo modo que lo hacen los indios y la serpiente anaconda. Seguramente Sandy estaba cargada para una jornada de tres días.

Partimos antes del amanecer. Sandy, cabalgando, y yo, cojeando detrás. Después de media hora encontramos un grupo de pobres criaturas andrajosas reunidas para reparar esa cosa que ellos llamaban carretera. Ante mí se comportaban con la humildad de un animal, y cuando propuse tomar el desayuno con ellos se mostraron tan halagados, tan abrumados por la extraordinaria condescendencia de mi parte que en un principio eran incapaces de creer que hablase en serio. Mi doncella frunció los labios desdeñosamente y se hizo a un lado; dijo en voz alta que antes preferiría comer con el resto del ganado, comentario que avergonzó a aquellos pobres diablos sencillamente porque se refería a ellos, no porque los insultara o los ofendiera, que no era ese el caso. Y, sin embargo, no eran esclavos, ni siervos. Por un sarcasmo de las leyes y las maneras de hablar, eran hombres libres. Siete décimos de la población libre del país pertenecían exactamente a su clase y su condición: pequeños campesinos «independientes», artesanos, etc., lo cual quiere decir que constituían la nación, la verdadera Nación; prácticamente eran las únicas personas útiles, las únicas que valdría la pena conservar, las únicas dignas de respeto, y eliminarlas hubiese sido como eliminar la Nación, dejándola reducida a un montón de bazofia, unos desechos, llamados rey, nobleza, gentileza, un grupo ocioso, improductivo, familiarizado principalmente con las costumbres de desperdiciar y destruir y sin utilidad alguna en un mundo racionalmente organizado. Y, sin embargo, valiéndose de ingeniosas estratagemas, esa minoría dorada, en lugar de encontrarse en la cola de la procesión, como debería ser, marchaba a la cabeza, ondeando banderas orgullosamente, habiéndose autoproclamado como la Nación. Y todos estos innumerables borregos habían aceptado ese estado de cosas durante tanto tiempo que al final lo consideraban como algo verdadero y, más aún, creían que era algo justo y necesario. Los curas habían repetido a sus padres y a ellos mismos que este irónico estado de cosas respondía al designio de Dios y, por tanto, sin detenerse a pensar lo poco propio de Dios que hubiera sido entretenerse con este tipo de sarcasmos, y especialmente con sarcasmos tan transparentes y tan poco agudos, se habían resignado a ese estado de cosas, guardando un respetuoso silencio.

El lenguaje de esta gente mansa tendría una resonancia bastante curiosa a oídos de un antiguo norteamericano. Se llamaban hombres libres, pero no

podían abandonar las propiedades de su señor feudal o de su obispo sin contar con un permiso expreso; no se les permitía hacer su propio pan porque tenían que trillar el maíz y cocer el pan en los molinos y hornos del respectivo señor, y además, pagarle un precio alto; no podían vender ningún artículo de su propiedad sin pagar al señor un importante porcentaje de los beneficios, ni comprar artículos de propiedad ajena sin reservar para su señor una suma en efectivo como «presente» por el privilegio de poder efectuar la transacción; debían recolectar el grano de su señor sin recibir pago alguno, y estar siempre dispuestos a acudir inmediatamente en el momento en que fuesen requeridos, abandonando sus cosechas a la destrucción por la tormenta que amenazaba; debían consentir que el señor plantara en sus campos árboles frutales y luego callar su indignación cuando los descuidados recolectores de las frutas pisoteaban el grano cercano a los árboles; tenían que tragarse la ira cuando las partidas de caza del señor galopaban a través de sus campos, arruinando los frutos de su paciente tarea; no se les permitía poseer palomas, y cuando las bandadas provenientes del palomar de milord se posaban sobre sus cosechas no debían perder los estribos y matar un pájaro, porque sería terrible el castigo; cuando, finalmente, se había recogido la cosecha, comenzaba la procesión de ladrones para exigir sus chantajes: primero, la Iglesia separaba sus provechosos diezmos; a continuación, el comisario del rey se quedaba con un 20 por 100; después, los representantes de milord hacían una poderosa incursión en lo que restaba; después de lo cual el esquilmado hombre libre estaba en libertad de invertir los remanentes en su establo, en caso de que valiera la pena, porque había impuestos, e impuestos, e impuestos, y más impuestos, y de nuevo impuestos, y todavía otros impuestos sobre este paupérrimo hombre libre e independiente, pero ninguno sobre el lord, el barón o el obispo, ninguno sobre la derrochadora nobleza o la Iglesia voraz; si el barón quería dormir a sus anchas, el hombre libre debía pasar la noche en vela, después de un día entero de trabajo, y remover el agua de los pozos para que no croasen las ranas; si la hija del hombre libre se disponía a contraer matrimonio…, pero no, esta última infamia de los gobiernos monárquicos no se puede imprimir, y finalmente si, desesperado por estos suplicios, consideraba que su vida resultaba insoportable y ponía fin a sus días buscando misericordia y refugio en la muerte, la benigna Iglesia lo condenaba al fuego eterno, la benigna ley lo hacía sepultar a medianoche junto a alguna encrucijada, con una estaca clavada en la espalda, y su amo —el barón o el obispo— confiscaba todas sus propiedades y expulsaba de sus tierras a su viuda y a sus hijos.

Y allí estaban reunidos, por la mañana temprano, aquel grupo de hombres libres para trabajar tres días cada uno en la carretera de su señor el obispo, gratis, como debía hacerlo todo hombre cabeza de familia y todo hijo de familia, añadiendo un día o algo más por los sirvientes que tuviese cada cual. Pues bien, era una situación que hacía pensar en Francia y los franceses antes de la siempre memorable y bendita Revolución que sepultó mil años de ruindad semejante con una repentina oleada de sangre, saldando la antiquísima deuda con media gota de sangre a cambio de cada barril repleto arrancado a aquella gente con dolorosas torturas a lo largo de diez largos siglos de injusticia, humillaciones y miserias, que solo tendrían comparación con el infierno. No hubo uno, sino dos «Reinados del Terror»[1], y eso es algo que deberíamos tener siempre en cuenta; uno trajo asesinatos provocados por pasiones ardientes; el otro, a sangre fría, despiadadamente; uno duró unos pocos meses; el otro había durado mil años; uno llevó a la muerte a diez mil personas; el otro, a cientos de millones; pero siempre nos estremecemos a) pensar en los «horrores» del Terror más breve, el Terror momentáneo, por así decirlo, sin detenernos a comparar el horror de la muerte súbita bajo el hacha con el horror de pasar toda una vida muriendo de hambre, de frío, de crueldad, de vergüenza y de desolación. ¿Qué es la muerte instantánea por un rayo comparada con la muerte a fuego lento en la hoguera? Un cementerio local bastaría para acoger los féretros de las víctimas del Terror más breve, que tan diligentemente nos han enseñado a temer y a lamentar, mientras que Francia entera apenas sería suficiente para contener los féretros de los muertos de aquel Terror más antiguo y verdadero, aquel Terror amargo e indescriptible que no se nos ha enseñado a contemplar en su inmensidad ni a deplorar como merece.

Estos pobres hombres, supuestamente libres, que compartían conmigo su desayuno y su conversación, estaban tan imbuidos de humilde reverencia hacia su rey, la Iglesia y la nobleza como hubiera podido esperar el peor de sus enemigos. Había algo lamentablemente absurdo en la situación. Les pregunté si podían imaginarse que en una nación, donde cada hombre tuviese derecho a un voto libre, se elegiría a una sola familia y a sus descendientes para reinar eternamente, fuesen inteligentes o idiotas, excluyendo a todas las demás familias, entre ellas la del votante, y se elegiría también que unos cuantos cientos de familias fuesen elevadas a las más altas categorías y revestidas de glorias y privilegios ofensivamente hereditarios, de nuevo excluyendo de esta posibilidad a todas las demás familias y entre ellas la suya propia.

Mi pregunta no pareció afectar a ninguno de ellos, y respondieron que no lo sabían, que nunca antes lo habían pensado y que nunca se les hubiese ocurrido que una nación se encontrase en una situación tal que todo hombre pudiese escuchar su voz en los asuntos del gobierno. Les dije que yo había conocido una nación así, y que duraría hasta el día en que se estableciera una Iglesia oficial. Tampoco esta vez parecieron afectados al principio, pero pasado un momento un hombre levantó la mirada y me pidió que explicara de nuevo mi propuesta y que la explicara lentamente para tratar de entender su significado. Así lo hice, y al cabo de un instante había captado la idea, y dando un puñetazo al aire dijo que no creía que una nación donde cada hombre tuviese derecho al voto decidiera voluntariamente revolcarse en el fango y la suciedad, y que privar a una nación de su voluntad y sus preferencias debía ser un crimen, y el peor de todos los crímenes.

Me dije a mí mismo: «¡Este sí que es un hombre! Si contase con el apoyo de suficientes hombres como este, podría emprender acciones que repercutieran en el bienestar del país, e intentaría demostrar que soy el más leal de sus ciudadanos efectuando un saludable cambio en su sistema de gobierno».

Veréis, mi clase de lealtad era una lealtad hacia el propio país, no hacia sus instituciones o hacia sus funcionarios. El país es lo verdadero, lo sustancial, lo eterno; es lo que se debe vigilar y cuidar, aquello a lo que se debe brindar lealtad. Las instituciones son algo externo, son simplemente sus vestiduras, y las vestiduras se pueden desgastar, se pueden convertir en harapos, dejar de ser cómodas, pueden dejar de protegernos del invierno, la enfermedad o la muerte. Ser leal a los harapos, aclamar a los harapos, venerar a los harapos, morir por los harapos, no es más que una lealtad insensata, animal; pertenece a la monarquía, fue inventada por la monarquía. ¡Que la monarquía se quede con ella! Yo provenía de Connecticut, cuya Constitución declaraba que «todo poder político pertenece de manera innata a la gente, y todo gobierno debe estar basado en la autoridad de la gente e instituido para su beneficio, y que la gente tiene *en todo momento* el derecho innegable e inalienable de alterar su *forma de gobierno* del modo que le parezca más conveniente».

Avalado por esa doctrina, el ciudadano que crea notar que las vestiduras políticas de la nación están desgastadas y, a pesar de todo, guarda silencio y no reclama un traje nuevo es un traidor. El hecho de que pueda ser el único que advierte esa decadencia no le sirve de excusa; su deber es el de reclamar,

y el deber de los demás ciudadanos es el de votar en su contra si no ven las cosas del mismo modo.

Y resulta que ahora me encontraba aquí, en un país donde el derecho a opinar cómo se debería ejercer el gobierno estaba restringido a seis personas de cada mil. Si las otras novecientas noventa y cuatro expresaban su descontento con el sistema reinante y proponían cambiarlo, los seis privilegiados se hubiesen estremecido al unísono, doliéndose de que era una muestra de deslealtad, una deshonra, una negra y asquerosa traición. Por así decirlo, me había convertido en accionista de una corporación en la cual novecientos noventa y cuatro de los socios proporcionaban todo el dinero y realizaban todo el trabajo, y los otros seis se elegían a sí mismos en consejo de administración permanente y se quedaban con todos los dividendos. A mi modo de ver, lo que precisaban los novecientos noventa y cuatro incautos era un nuevo convenio. Lo que mejor se hubiese acomodado al lado espectacular de mi naturaleza hubiese sido renunciar a la jefatura, encabezar una insurrección y convertirla en una revolución, pero sabía muy bien que los Jack Cade y los Wat Tyler[2], que habían intentado algo similar sin educar antes a sus seguidores en los principios de la revolución habían fracasado todas las veces. Yo no estaba acostumbrado a fracasar, aunque sea yo mismo quien lo diga. Por tanto, el «convenio» que había estado tomando forma en mi mente desde hacía cierto tiempo era de un género muy diferente al de Cade-Tyler y similares.

Así que en lugar de hablar de sangre y revolución a aquel hombre que allí masticaba pan negro junto a un rebaño de ovejas humanas humilladas y engañadas lo llevé a un lado y le hablé de otras cosas. Cuando terminé de hablar le pedí que me prestara unas gotas de tinta de sus venas y con ellas y una astilla escribí sobre un pedazo de corteza: «Ponedlo en la Fábrica de Hombres», y se lo entregué, diciéndole:

—Llévalo al palacio de Camelot y entrégaselo personalmente a Amyas le Poulet[3], a quien yo llamo Clarence, y él sabrá lo que significa.

—Entonces se trata de un clérigo —dijo, y gran parte del entusiasmo desapareció de su rostro.

—¡Cómo que un clérigo! ¿No te he dicho que ninguna propiedad de la Iglesia, ningún sumiso esclavo del Papa o de los obispos puede entrar en mi Fábrica de Hombres? ¿No te he dicho que tú mismo no podrías entrar a no ser que tu religión, cualquiera que sea, respondiese a una elección libre y propia?

—A fe que sí, y ello me llenó de contento y, por lo tanto, disgustome y me infundió sombrías dudas escuchar lo del clérigo.

—Pero no es un clérigo, te lo aseguro.

El hombre no estaba convencido, y preguntó:

—¿No es un clérigo y, sin embargo, puede leer?

—No es un clérigo y, sin embargo, puede leer —contesté—. Y también escribir. Yo mismo le enseñé —el hombre comenzaba a tranquilizarse—. Y es la primera cosa que te van a enseñar a ti en esa fábrica.

—¿A mí? Daría la sangre de mi corazón a cambio de conocer ese arte. Más aún: seré vuestro esclavo, vuestro…

—No, no lo serás. No serás esclavo de nadie. Reúne a tu familia y ponte en camino. Tu señor obispo confiscará tus escasas propiedades, pero no te preocupes; Clarence se ocupará de ti como es debido.

14
«Defendeos, milord»

Pagué tres peniques por mi desayuno, desde luego una suma exorbitante si se tiene en cuenta que con ese dinero hubiese podido desayunar una docena de personas, pero en ese momento me encontraba de muy buen humor, y de cualquier modo siempre he sido algo derrochador; además, aquellas gentes habían querido darme de comer gratis, a pesar de lo reducido de su provisión, y entonces era un verdadero placer enfatizar mi aprecio y sincera gratitud con un importante apoyo financiero y dejar esas monedas en un sitio donde resultarían mucho más útiles que en mi yelmo, liberándome al mismo tiempo de un peso no despreciable, teniendo en cuenta que cada penique estaba hecho de hierro, y yo cargaba casi medio dólar. En aquellos días gastaba el dinero con bastante facilidad, es verdad, pero una de las razones de ello es que todavía no acababa de habituarme a la verdadera proporción de cosas y precios, a pesar de una estancia tan larga en Inglaterra. Incluso entonces me era difícil aceptar del todo que un penique en tierras de Arturo y un par de dólares en Connecticut eran más o menos la misma cosa: mellizos, por así decirlo, en cuanto al poder adquisitivo. Si mi partida de Carnelot se hubiese retrasado tan solo unos días, hubiera podido pagarle a esta gente con hermosas monedas nuevas acuñadas en nuestra propia casa de la moneda, lo cual me hubiera agradado mucho, y a ellos también, sin duda. Había adoptado única y exclusivamente el sistema monetario americano. Una o dos semanas más tarde, las monedas de un centavo, las de níquel de cinco centavos, las de diez, las de veinticinco y las de medio dólar[1], junto con unas pocas de oro, comenzarían a correr en delgados, pero continuos chorros por las venas del reino, que cobraría nueva vida con esta sangre, según confiaba yo.

Los agricultores pretenderían darme algo en compensación por mi liberalidad, quisiera yo o no, así que permití que me ofrecieran eslabón y pedernal, y en cuanto nos hubieron dispuesto cómodamente sobre el caballo a Sandy y a mí, encendí la pipa. Cuando la primera bocanada de humo se coló por las rejillas de mi yelmo, todos los presentes salieron corriendo hacia el bosque, y Sandy se fue de espaldas y cayó al suelo con un golpe sordo. Pensaron que yo era uno de los dragones que escupen fuego, de esos que

habían oído hablar tanto a los caballeros andantes y otros embusteros profesionales. Tuve enormes problemas para convencer a aquella gente de que se aventurase a regresar a una distancia desde la cual pudiésemos hablar. Les expliqué entonces que se trataba de un pequeño encantamiento que únicamente podía causar daño a mis enemigos. Y les prometí, con la mano en el corazón, que si todos aquellos que no sentían enemistad por mí se adelantaban y cruzaban delante de mí, podrían ver cómo caían fulminados solamente los que se habían quedado atrás. No se produjeron víctimas, pues nadie demostró la curiosidad suficiente para quedarse atrás a ver qué pasaba.



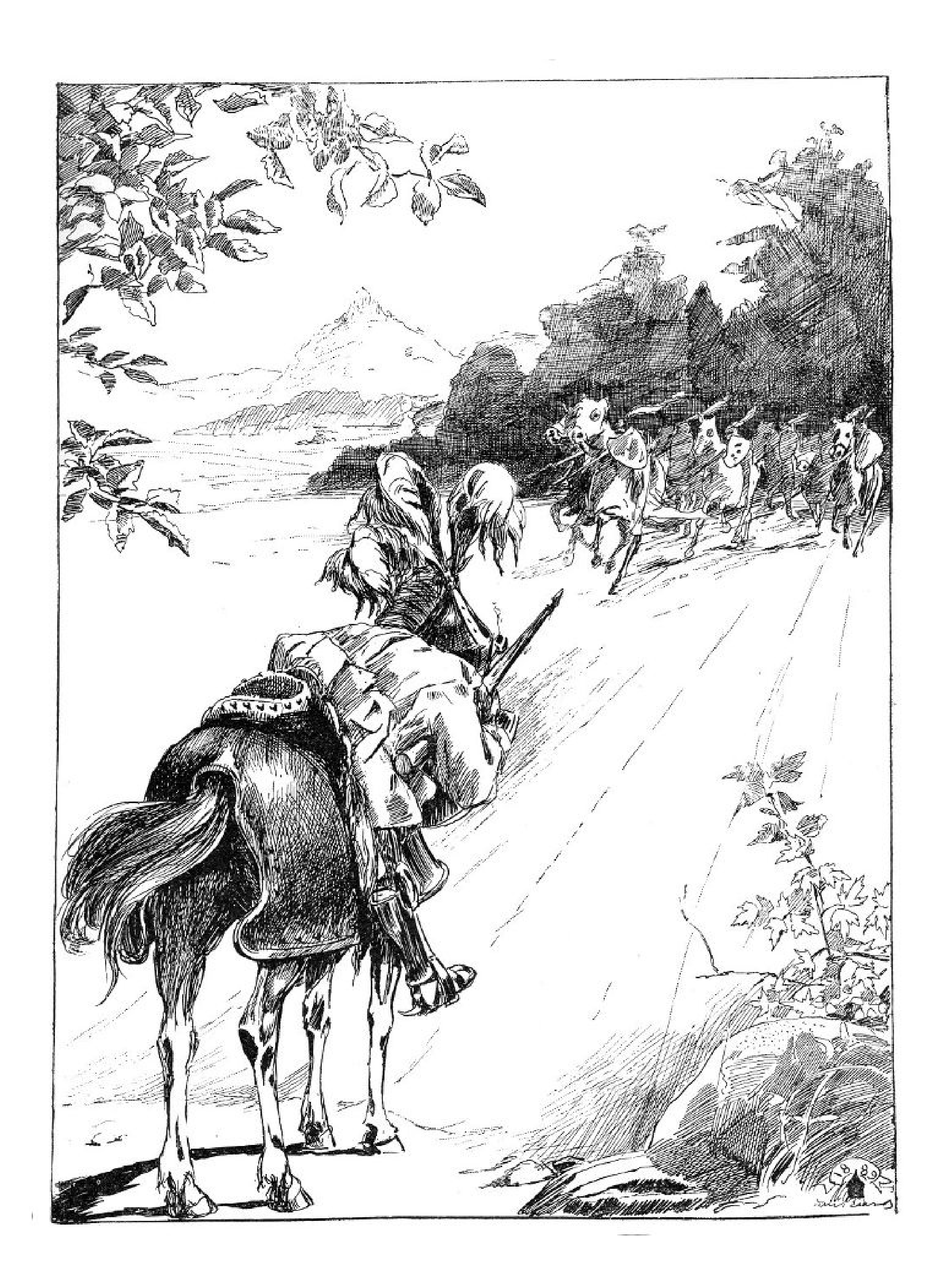
Perdí un poco de tiempo, porque aquellos niños grandes, una vez vencido el miedo, estaban tan maravillados con mis pasmosos fuegos artificiales que tuve que quedarme allí y fumar un par de pipas antes de que me permitieran partir. Pero el retraso no fue totalmente improductivo, pues también había que darle tiempo a Sandy para que se acostumbrara del todo a la novedad, estando, como sabéis, tan cerca del prodigio. También se le atascó por un buen rato su molino de conversación, lo cual constituía, en mi opinión, una gran ganancia. Pero por encima de todos los beneficios obtenidos contaba ahora con un conocimiento importante: en lo sucesivo podría enfrentarme a cualquier ogro o gigante que apareciese en mi camino.

Nos detuvimos a pasar la noche con un santo ermitaño, y mi oportunidad se presentó hacia la media tarde del día siguiente. Atravesábamos una extensa pradera utilizando un atajo, y yo estaba completamente ensimismado, sin

escuchar nada, sin ver nada, cuando, de repente, Sandy interrumpió un comentario que había empezado esa mañana, dando un grito.

—¡Defendeos, milord! ¡Peligra vuestra vida!

En el mismo instante se deslizó del caballo, y se alejó corriendo unos cuantos pasos. Levanté los ojos y vi en la distancia, bajo la sombra de un árbol, a media docena de caballeros armados y a sus escuderos, y de inmediato comenzó una gran algarabía y agitación mientras ajustaban las sillas. La pipa estaba cargada y ya la habría encendido si no me hubiese encontrado sumido en pensamientos sobre cómo abolir la opresión en aquellas tierras y devolver a las gentes la dignidad humana y los derechos que les habían sido robados, y cómo hacerlo sin perjudicar a nadie. La encendí rápidamente y logré acumular una buena reserva de humo antes de que el grupo se precipitase sobre mí. Todos al tiempo, además, haciendo caso omiso de las magnanimidades caballerescas sobre las que tanto hemos leído: tunantes de la corte que cuando atacan lo hacen de uno en uno, mientras los otros se aseguran que se respeten las reglas. No. Vinieron en grupo, se abalanzaron estruendosamente sobre mí, como una descarga de artillería, con las cabezas inclinadas hacia adelante, los penachos ondeando al viento, las lanzas dirigidas hacia mí. Resultaba una escena bonita, una escena preciosa, pero para un hombre que estuviese escondido en un árbol. Coloqué mi lanza en posición de descanso y esperé, con el corazón palpitante, hasta que la ola de hierro estaba a punto de romper sobre mí, y entonces arrojé una columna de humo blanco por las rejillas del yelmo. Teníais que haber visto cómo la ola se quebraba y se esparcía. Se trataba de una escena aún más bonita que la precedente.



Pero aquella gente se detuvo a unos doscientos o trescientos metros de distancia, cosa que me preocupó. Mi satisfacción se vino al suelo, y me invadió el miedo. Pensé que mi hora había llegado. Sandy, por el contrario, estaba radiante, y se disponía a abandonarse a la elocuencia, pero se lo impedí y le dije que, por algún motivo, mi magia había fallado y que debía montar de nuevo en el caballo a toda prisa y en seguida cabalgaríamos raudos hasta el fin del mundo. No, no lo hizo. Dijo que mi encantamiento había dejado inútiles a aquellos caballeros; no habían seguido avanzando porque no podían hacerlo; en cualquier momento podían caer de sus monturas y entonces nos haríamos con sus caballos y arreos. No fui capaz de engañar tal demostración de confiada ingenuidad, así que le dije que se trataba de un error; que cuando los fuegos en mi posesión eran mortíferos su efecto era instantáneo; no, aquellos hombres no morirían; mi maquinaria debía tener alguna avería, no sabía dónde radicaba el problema, así que tendríamos que darnos prisa y escapar porque aquella gente nos atacaría de nuevo, quizá antes de que pasara un minuto. Sandy soltó una carcajada y dijo:

—Despreocupaos, señor; no pertenecen a esa casta. Sir Lanzarote se enfrentaría con los dragones, y resistiría sus acometidas, y los acometería de nuevo, y otra vez, y una vez más, hasta vencerlos y destruirlos, y de la misma guisa lo harían sir Pellinor, sir Aglovale y sir Carados[2], y tal vez unos cuantos más de sus compañeros, pero no existen otras personas que se arriesguen a hacerlo, diga lo que diga la gente ociosa. Y en cuanto a esos rufianes, ¿creéis acaso que no han recibido su ración y desearían aún más?

—Bueno, ¿y entonces qué están esperando? ¿Por qué no se marchan? Nadie se lo impide. Santo cielo, estoy dispuesto a olvidarme del asunto ya; lo pasado, pasado.

—¿Marcharse, habéis dicho? Podéis estar tranquilo en lo que a ellos respecta. Jamás se les ocurriría hacerlo, de ningún modo. Están esperando para rendirse.

—¿Pero me estás hablando en serio? Y si quieren hacerlo, ¿por qué no lo hacen?

—Mucho les gustaría hacerlo, pero si conocierais la reputación que en esta tierra tienen los dragones no les culparíais de su renuencia. No osarían acercarse.

—Bueno, ¿entonces, qué pasaría si voy yo hacia ellos y…?

—Ah, sabed bien que no permitirían que os acercaseis. Iré yo.

Y fue. Era una persona útil para llevar de excursión. Yo mismo había considerado que se trataba de una empresa arriesgada y estaba un poco

dudoso. Al cabo de un momento vi que los caballeros se alejaban en sus caballos, y Sandy venía de regreso. Sentí gran alivio. Juzgué que por alguna razón no había logrado apuntarse los primeros tantos —en la conversación, quiero decir—, pues de otra manera la entrevista no hubiese sido tan breve. Pero resultó que se las había arreglado la mar de bien; de hecho, admirablemente. Me dijo que cuando notificó a aquella gente que yo era El Jefe, les había caído como un jarro de agua fría; «fieramente abatidos por el temor y el espanto», fueron sus palabras textuales, y en seguida se habían mostrado dispuestos a aceptar los términos que ella quisiese imponerles. Les hizo jurar que se presentarían en la corte del rey Arturo en el plazo de dos días y se rendirían, caballos y arreos incluidos, y serían en lo sucesivo mis caballeros, sujetos a mis órdenes. Por supuesto que había llevado el asunto muchísimo mejor de lo que lo habría hecho yo. Esta doncella era un sol.

15
La historia de Sandy

—Así que soy propietario de unos cuantos caballeros —dije mientras nos alejábamos—. Quién se hubiera imaginado que llegaría el día en que podría enumerar propiedades de ese tipo. No voy a saber qué hacer con ellos, a no ser que los rife. ¿Cuántos son, Sandy?

—Son siete y sus escuderos, señor.

—Un buen botín. ¿Quiénes son? ¿Dónde tienen el garito?

—¿Dónde tienen el garito?

—Sí, que dónde viven.

—Ah, no os entendía. Prontamente os lo diré —y empezó a dar vueltas a sus palabras, suave, admirativamente, como si las estuviese saboreando—. El garito tener, el garito, dónde garito, dónde tienen el garito; ah, eso es; dónde tienen el garito. A decir verdad, la frase tiene su gracia especial y cautivadora y suena muy bien. Una y otra vez la repetiré en mis ratos de ocio, y quizá así llegaré a aprendérmela. Dónde tienen el garito. Ya lo creo. Si ya mi lengua es capaz de pronunciarla sin problemas, tan solo…

—No te olvides de los *cowboys*, Sandy.

—¿*Cowboys*?

—Sí, los caballeros, sabes. Ibas a hablarme de ellos. Hace un rato, ¿recuerdas? Ya puedes iniciar el partido, en sentido figurado.

—¿El partido?…

—Sí, sí, sí. Pasa el bate. Quiero decir, procede con tus estadísticas, y no gastes mucha leña para encender el fuego. Infórmame sobre los caballeros.

—Así lo haré de buen grado. Entonces los dos tomaron el camino y cabalgaron hacia una gran floresta. Y…

—¡Válgame el cielo!

Veréis, al instante caí en la cuenta de mi error. Había abierto sus esclusas, y toda la culpa era mía; podía tardar un mes entero en relatar los hechos. Y, por lo general, comenzaba con un prefacio y terminaba sin haber llegado nunca a ninguna conclusión. Si la interrumpías, continuaba con su historia sin darse por enterada, o bien respondía con un par de palabras y retrocedía para repetir su última frase. De modo que las interrupciones empeoraban las cosas

y, sin embargo, tenía que interrumpirla, e interrumpirla con bastante frecuencia, si quería preservar mi vida; podía morir de tedio si permitía que esa monotonía se prolongara un día entero.

—¡Santo cielo! —exclamé afligido. Recobró su impulso y comenzó de nuevo:

—Entonces, los dos tomaron el camino y cabalgaron hacia una gran floresta. Y…

—¿Qué dos?

—Sir Gawain y sir Uwain[1]. Y llegaron a una abadía de monjes donde recibieron buen alojamiento. Llegada la mañana, oyeron la santa misa en la abadía y prosiguieron su camino hasta llegar a una gran floresta, y entonces sir Gawain vio en un valle, junto a un torreón, a doce hermosas doncellas y a dos caballeros armados, montados sobre grandes corceles, y vio que las doncellas se acercaban a un árbol y volvían a alejarse. Y entonces percibió sir Gawain que del árbol aquel colgaba un escudo blanco, y cada vez que las doncellas llegaban a su vera escupían, y algunas arrojaban lodo contra él…

—Bueno, si no hubiese presenciado cosas parecidas en este país no lo creería, Sandy. Pero lo he visto, y puedo imaginarme perfectamente a esas criaturas desfilando frente al escudo y actuando de esa manera. Ciertamente que las mujeres en este país actúan como si estuviesen totalmente desquiciadas. Sí, y me refiero también a las más nobles, a lo más granado de la sociedad. La más humilde de las telefonistas, en los quince mil kilómetros de extensión de las líneas telefónicas, podría enseñar gentileza, paciencia, modestia y buenas maneras a la más encumbrada de las duquesas del reino de Arturo.

—¿Telefonista?

—Sí, pero no me pidas que te lo explique; es una nueva clase de mujer que todavía no tenéis aquí; a menudo les hablas con rudeza sin que ellas tengan la culpa de nada y luego lo lamentas y te sientes avergonzado de ti mismo durante los próximos mil trescientos años; se trata de una conducta tan deleznable, tan injustificada… El hecho es que un verdadero señor no se comporta así, aunque yo, bueno, yo mismo, tengo que confesar que…

—Por ventura ella…

—Olvídate de ella, olvídate de ella; te aseguro que no sería capaz de describirla de manera que tú lo entendieras.

—Así sea, ya que os mostráis tan enfático. Entonces sir Gawain y sir Uwain se acercaron a ellas, las saludaron e inquirieron por qué hacían tal desdén al escudo. «Señores —dijeron las doncellas—, os lo diremos. Hay en

este país un caballero a quien pertenece este escudo blanco, y es un hombre de muchas proezas, pero odia a todas las damas y doncellas y, por lo tanto, hacemos esta afrenta al escudo». «Os diré —dijo sir Gawain—, a mi parecer es muy ruin que un buen caballero odie a todas las damas y doncellas, y podría ser que, aunque os odie, tenga motivos para ello, y quizá en otros lugares demuestre amor por las damas y doncellas y, a su vez, sea amado por ellas, ya que es un hombre de tantas proezas como decís…».

—Hombre de proezas, claro; ese es el tipo de hombre que les gusta, Sandy, mientras que los hombres con cerebro les tienen sin cuidado. Es una pena que no estéis aquí, Tom Sayers, John Heenan, John L. Sullivan[2]. En menos de veinticuatro horas estaríais sentados junto a la Mesa Redonda y con el título de «sir» delante de vuestros nombres. Y en otras veinticuatro, podríais hacer una nueva distribución de las princesas y duquesas casadas que se encuentran en la Corte. La verdad es que se trata de una especie de tribu de comanches con algún que otro refinamiento, y no se encontraría una sola entre sus mujeres que no esté dispuesta a fugarse en un abrir y cerrar de ojos con el guerrero que pueda ostentar en su correa el mayor número de cueros cabelludos.

—«… ya que es un hombre de tantas proezas como decís —prosiguió sir Gawain—. ¿Y cuál es el nombre de ese caballero?». «Señor —contestaron ellas—, su nombre es Marhaus[3], del rey de Irlanda hijo».

—Hijo del rey de Irlanda, querrás decir; de la otra forma no significa nada. Y ahora pon atención y agárrate con fuerza, que tenemos que saltar esta hondonada… Muy bien, ya está. Este caballo debería estar en un circo; ha nacido antes de tiempo.

—«Le conozco bien —dijo sir Uwain—, es un caballero tan excelente como cualquier otro en vida…».

—¡En vida! Si tienes problemas con el lenguaje, Sandy, es porque eres una pizca demasiado arcaica. Pero no tiene ninguna importancia.

—«… pues yo vi cómo lo demostraba en una justa donde se hallaban reunidos muchos caballeros y en esa ocasión ninguno pudo resistírsele. Ah, doncellas —dijo sir Gawain—, paréceme que merecéis censura, pues es de suponer que aquel que colgó ahí el escudo no tardará en acudir y entonces podrán desafiarlo esos dos caballeros, lo cual sería más honroso para vosotras que lo que ahora hacéis; en lo que a mí concierne, no podré sufrir por más tiempo ver cómo se mancilla el escudo de un caballero». Y en este punto sir Uwain y sir Gawain se apartaron un poco de las doncellas, y he aquí que vieron a sir Marhaus que, caballero sobre un gran caballo, directamente hacia

ellos venía. Y cuando las doce doncellas vieron a sir Marhaus huyeron a todo correr hacia el torreón como si hubiesen perdido la razón, de tal manera que algunas cayeron por el camino. Entonces uno de los caballeros de la torre enderezó su escudo y dijo a voz en cuello: «Sir Marhaus, defendeos». Y picaron espuelas el uno hacia el otro, de tal guisa que el caballero quebró su lanza sobre el cuerpo de Marhaus, y Marhaus le asestó un golpe tan fuerte que partió la nuca del caballero y el espinazo del caballo…

—Precisamente ese es el problema con este tipo de cosas: se pierden muchos caballos.

—Al ver esto, el otro caballero del torreón se dirigió hacia Marhaus, y se encontraron con tanta vehemencia que el caballero del torreón fue derrumbado, y murieron en el acto caballo y caballero…

—Otro caballo perdido. Desde luego, es una costumbre que debe ser eliminada. No entiendo cómo cualquier persona con sentimientos puede apoyar este tipo de cosas.

—Y chocaron los dos caballeros con gran estrépito…

Me di cuenta de que me había quedado dormido y me había perdido un capítulo, pero no dije nada. Calculé que a estas alturas el caballero irlandés estaría en apuros con los otros dos, y así era, en efecto.

—Y sir Uwain golpeó a sir Marhaus, de suerte que su lanza se hizo pedazos sobre el escudo, y sir Marhaus lo golpeó tan fieramente que rodaron por el suelo caballo y caballero, quedando sir Uwain herido en el costado…

—La verdad es, Alisande, que estas antiguallas resultan demasiado simples; el vocabulario es demasiado limitado, y por consiguiente las descripciones dejan que desear en lo que se refiere a variedad; llegan a convertirse en verdaderos desiertos de palabras, insuficientes en detalles pintorescos, lo cual les confiere un cierto aire de monotonía; de hecho, las peleas son todas iguales; dos individuos chocan con gran estrépito… Estrépito es una buena palabra, al igual que exégesis, y ya que hablamos de ello también lo son holocausto y desfalco y usufructo y cientos de palabras, pero ¡cáspita!, habría que discernir mejor: chocan con gran estrépito y una lanza se hace pedazos, y uno de los contendientes rompe su escudo y el otro rueda por el suelo, caballo y caballero, y se desnuca, y luego el siguiente candidato llega estrepitosamente y astilla su lanza, y el otro astilla el escudo y cae al suelo, caballo y caballero, y se desnuca, y luego se elige a otro, y a otro, y a otro más, hasta que se agota el número disponible, y cuando vas a analizar los

resultados no puedes distinguir un combate de otro, ni quién zurró a quién, y en cuanto a ilustración de una batalla vivida, iracunda, tremenda, ¡pamplinas!, resulta opaca y silenciosa, poco más que fantasmas forcejeando en las tinieblas. Por favor, ¿cómo describiría este vocabulario estéril el más imponente espectáculo, el incendio de Roma en tiempos de Nerón, por ejemplo? ¡Toma!, simplemente diría: «La ciudad arrasada por incendio; no estaba asegurada; un niño astilla una ventana; un bombero se desnuca». ¡Vaya descripción!

Había sido un discurso enjundioso, pensé, pero a Sandy no le hizo el menor efecto, no se alteró ni un ápice; en el instante en que quité la tapa, de nuevo comenzó a bullir:

—Entonces sir Marhaus volvió su caballo y tomó carrera hacia sir Gawain con la lanza baja. Y cuando sir Gawain lo vio se cubrió con el escudo, y con las lanzas en ristre se acometieron a todo galope de sus caballos, y ambos golpearon con todas sus fuerzas en medio del escudo del otro, pero la lanza de sir Gawain se quebró…

—Sabía que iba a pasar.

—… y la lanza de sir Marhaus resistió, y en esto sir Gawain y su caballo rodaron por el suelo…

—Claro, y se quebró el espinazo.

—… y velozmente sir Gawain se levantó y sacó la espada, y a pie se dirigió hacia sir Marhaus, y entonces ambos se acometieron con gran ímpetu y se dieron grandes golpes con las espadas, de tal manera que los escudos volaron en trizas, se abollaron los yelmos y las cofias de hierro, y se hirieron el uno al otro, pero sir Gawain, a partir de la hora novena se hacía cada vez más fuerte, y al cabo de tres horas su fuerza se había triplicado. Todo esto columbró sir Marhaus, y mucho se asombró de que fuera en aumento la fuerza del otro caballero, y se hirieron el uno al otro fieramente, y luego, cuando llegó la hora del mediodía…

Aquel sonsonete incesante me transportó a escenas y sonidos de mi futura niñez:

«N-e-e-ew Haven**[4]**. Parada de diez minutos. El conductor tocará la campanilla dos minutos antes de la partida del tren. Pasajeros de la Línea Costera, sírvanse tomar asiento en el vagón trasero; este vagón termina aquí su recorrido… Manzanas, naranjas, bocadillos, palomitas de maíz».

—… ya era pasado el mediodía y se acercaba la hora del crepúsculo. Menguaban las fuerzas de sir Gawain y a punto estaba de desvanecerse,

apenas podía tenerse en pie, y entretanto sir Marhaus se hacía más y más grande…

—Con lo cual se deformaría su armadura, claro, pero a esa gente poco le importa una nimiedad así.

—… y dijo sir Marhaus: «Señor caballero, muy bien he advertido que sois excelente caballero, y un hombre de poder tan maravilloso como el que más, mientras os dura, y nuestras desavenencias no son grandes y, por lo tanto, sería lástima haceros daños, pues me parece que muy débil estáis». «Ah, gentil caballero —dijo sir Gawain—, habéis dicho las palabras que habría dicho yo». Y acto seguido se quitaron los yelmos, se besaron el uno al otro y prometieron quererse como hermanos.

Pero al llegar aquí comenzaba a adormecerme, mientras pensaba que era una lástima que hombres dotados de tal reciedumbre —una reciedumbre que les permitía permanecer embalados en un armatoste de hierro cruelmente engorroso, empapados en sudor e intercambiar golpes, porrazos y tajos durante seis horas seguidas— no hubiesen nacido en una época en la cual habrían podido emplear esa fuerza en algo útil. Tomemos, por ejemplo, el asno: un asno tiene esa clase de fuerza, y la emplea con fines de utilidad, y es valioso para el mundo porque es un asno; pero un noble no resulta valioso, aunque sea un asno. Es una mezcla ineficaz que ni siquiera hubiera debido intentarse. Y, sin embargo, una vez que se comete un error, el daño ya está hecho y nunca se sabe cuáles serán sus consecuencias.

Cuando volví en mí y comencé a escuchar, me di cuenta de que me había perdido otro capítulo y que Alisande se había alejado con sus personajes un buen trecho.

—Y entonces siguieron cabalgando y entraron en un profundo valle lleno de piedras, y vieron allí una hermosa corriente de agua; en lo alto se encontraba la cabecera de la corriente, una hermosa fuente, y junto a ella estaban sentadas tres doncellas. «Desde que este país fue cristianizado —dijo sir Marhaus—, nunca ha llegado caballero que no hallara en él extrañas aventuras».

—No es un estilo apropiado, Alisande. Sir Marhaus, del rey de Irlanda hijo, habla como todos los demás; tienes que atribuirle un acento irlandés o, por lo menos, una exclamación característica; así podremos identificarle en cuanto comience a hablar, aunque no se indique su nombre. Es un recurso literario común entre los grandes autores. Debes hacerle decir: «Desde que este país fue cristianizado, reflautas, nunca ha llegado caballero que no hallara en él extrañas aventuras, reflautas». ¿Ves cómo suena mucho mejor?

—«… nunca ha llegado caballero que no hallara en él extrañas aventuras, reflautas». En verdad, suena mejor, gentil señor, aunque es extremadamente difícil decir si por ventura, con el tiempo, esta palabra caerá en desuso o se hará corriente. Y luego cabalgaron hacia las doncellas, y se saludaron unos y otras, y la mayor lucía en la cabeza una guirnalda de oro, y era de cinco docenas de inviernos o más…

—¿La doncella?

—Así es, gentil señor. Y bajo la guirnalda su cabello era blanco…

—Y probablemente tenía dentadura de celuloide, de las que cuestan nueve dólares y no encajan bien, suben y bajan como un puente levadizo cuando comes y se caen cuando te ríes.

—La segunda doncella era de treinta años de edad y llevaba un cerco de oro en la cabeza. La tercera doncella solo tenía quince años de edad…

Oleadas de pensamientos inundaron mi espíritu, mientras la voz de Sandy parecía perderse en la distancia.

¡Quince años! ¡Se me parte el corazón! ¡Ah, mi cariño perdido! ¡Su misma edad, tan gentil, tan adorable, lo era todo para mí, y a quien nunca volvería a ver! Su recuerdo me transporta a través de vastos mares de memoria a un tiempo vago y opaco, una época feliz, dentro de tantos y tantos siglos, cuando solía despertarme en las gratas mañanas de verano, después de soñar dulcemente con ella, y decir: «Oiga, telefonista», y escuchar su voz almibarada que me decía: «Hola, Hank», y que era como música celestial para mis oídos encantados. Cobraba tres dólares a la semana, pero bien los valía.

En esos momentos no podía seguir las explicaciones de Alisande sobre quiénes eran los caballeros que habíamos capturado, quiero decir, en caso de que alguna vez se resolviera a explicarme quiénes eran. Había perdido el interés, mis pensamientos estaban lejos y eran tristes. Por los destellos fugaces de la fluctuante historia que de vez en cuando alcanzaba a percibir, vagamente comprendí que cada uno de los tres caballeros se había llevado a la grupa de su caballo a una de las tres doncellas, y uno cabalgó hacia el norte, otro hacia el este, otro hacia el sur, en busca de aventuras, para encontrarse de nuevo en el plazo de un año y un día y descansar. Un año y un día y no llevaban equipaje. Concordaba muy bien con la simpleza general del país.

El sol se ocultaba. Serían las tres de la tarde cuando Alisande comenzó a decirme quiénes eran los *cowboys*: un progreso bastante notable, tratándose de ella. Tarde o temprano terminaría por contármelo, sin duda, pero no era alguien a quien se pudiera meter prisa.

Nos acercábamos a un castillo situado en un alto; una estructura enorme, maciza, venerable, cuyas torres grises y murallas almenadas estaban encantadoramente recubiertas de hiedra y cuya mole majestuosa era bañada por los resplandores del sol poniente. Era el castillo más grande que jamás había visto y, por lo tanto, pensé que podía ser el que buscábamos, pero Sandy dijo que no era así. No sabía a quién pertenecía; lo había pasado sin detenerse cuando se dirigía a Camelot.

16
El hada Morgana

Si se diese crédito a lo que cuentan los caballeros andantes, no todos los castillos serían sitios apropiados para pedir hospitalidad. En realidad, los caballeros andantes no eran exactamente las personas más dignas de crédito, utilizando los criterios de veracidad modernos, y sin embargo, medidos por los patrones de su propia época y empleando una escala adecuada, podía llegarse a la verdad. Era muy simple: en todo lo que narraban descontabas el noventa y siete por ciento y el resto era cierto. A pesar de todo, y aun después del correspondiente descuento, era preferible averiguar algo sobre el castillo antes de tocar el timbre, quiero decir, antes de llamar a los guardianes. De manera que me alegré cuando distinguí en la distancia a un jinete que doblaba el recodo inferior de un camino que descendía del castillo.

Cuando nos encontrábamos a menor distancia observé que llevaba un yelmo empenachado y parecía estar vestido de acero, pero con una curiosa añadidura: una prenda cuadrada y rígida, similar al tabardo[1] que visten los heraldos. Tuve que reírme de lo olvidadizo que me mostraba esa mañana cuando estuvimos cerca y pude leer el letrero que llevaba en la sobreveste:

JABÓN PERSIMMONS *Todas las prima-donnas lo usan*

Se trataba de una pequeña idea mía, y respondía a numerosos y saludables propósitos destinados a civilizar y edificar la nación. En primer lugar, y aunque nadie podría sospecharlo, era un golpe furtivo y disimulado contra el disparate de la caballería andante. Había comenzado por emplear a unos cuantos de estos caballeros, los más valientes que encontré, enviándolos por el país emparedados entre tableros de anuncios con distintas inscripciones, convencido de que poco a poco, a medida que fuesen más numerosos, empezarían a parecer ridículos, y en ese momento todos los idiotas vestidos de acero que no exhibiesen ningún letrero también se sentirían ridículos por no ir a la moda.

En segundo lugar, estos misioneros introducirían gradualmente, sin crear sospechas ni despertar alarma, una rudimentaria higiene entre la nobleza, que posteriormente se extendería al resto de la gente, si es que no intervenía el clero. Este cambio debilitaría a la Iglesia. Mejor dicho, sería un paso en esa dirección. Luego vendría la educación; después, la libertad, y entonces el poder de la Iglesia comenzaría a desmoronarse. Persuadido como estaba de que cualquier Iglesia establecida por el Estado equivale al crimen establecido y a la esclavitud establecida, no tenía escrúpulos en este sentido y estaba dispuesto a atacar a la Iglesia de cualquier manera y con cualquier arma que pudiese hacerle daño. ¡Vaya! Si en mi propio pasado —en siglos remotos que todavía no se agitaban en las entrañas del tiempo— había muchos ingleses que imaginaban haber nacido en un país libre: un país «libre», en el cual continuaban vigentes represivas leyes religiosas, como obstáculos colocados contra las libertades de los hombres en un intento por apuntalar un anacronismo establecido.



A mis misioneros se les enseñaba a deletrear las inscripciones doradas que llevaban sobre sus jubones. Lo de los vistosos letreros dorados había sido una buena idea. Hubiera podido convencer al mismo rey de que llevara un tablero de anuncios con tal de poder lucir ese bárbaro esplendor. Los caballeros misioneros debían leer en voz alta la inscripción y luego explicar a los señores y las damas lo que era el jabón, y si los señores y las damas sentían temor de

probarlo, se procedía a realizar una demostración con un perro. La siguiente estrategia del misionero consistía en reunir a toda la familia y cubrirse él mismo de jabón. Había recibido instrucciones de no renunciar a ningún experimento, por más desesperado que fuese, que pudiese convencer a la nobleza de que el jabón era inofensivo. Si quedaba alguna duda, debía atrapar a un emitaño. Los bosques estaban repletos de ellos; se llamaban a sí mismos santos y por tal eran tenidos. Eran individuos indescriptiblemente sagrados y obraban milagros, y todo el mundo los miraba con gran temor. Si un ermitaño sobrevivía a un baño y esa demostración no bastaba para convencer a un duque, más valía olvidarse de él, dejarlo en paz.

Siempre que uno de mis misioneros se topaba en el camino con un caballero andante le daba un baño, y en cuanto se recuperaba le hacía jurar que adquiriría un tablero de anuncios y que durante el resto de sus días propagaría por el mundo el jabón y la civilización. A raíz de esto los trabajadores de este ramo aumentaban gradualmente y la reforma se extendía de manera constante. Mi fábrica de jabón acusó el esfuerzo muy pronto. En un principio contaba solo con dos empleados, pero en el momento en que inicié mi viaje ya tenía quince, y funcionaba día y noche; las consecuencias atmosféricas se hacían tan patentes que a menudo el rey se paseaba muy jadeante, a punto de desmayarse, y quejándose de que no podría soportar aquello mucho más tiempo, y sir Lanzarote se sentía tan afectado, que apenas podía hacer otra cosa que recorrer la azotea de un extremo a otro lanzando juramentos. Yo le había advertido que la azotea era peor que cualquier otro sitio, pero él insistía en que necesitaba cantidades de aire, continuaba quejándose de que un palacio no era el sitio adecuado para una fábrica de jabón, y afirmaba que si a algún hombre se le ocurría abrir una fábrica casera perecería estrangulado por sus propias manos. A veces había damas presentes, pero a esta gente eso no parecía preocuparle demasiado; incluso eran capaces de blasfemar en presencia de niños si el viento soplaba en dirección suya mientras la fábrica estaba en funcionamiento.

Este caballero misionero se llamaba La Cote Male Tailé, y me informó que el castillo era la morada del Hada Morgana, hermana del rey Arturo y esposa del rey Uriens, monarca de un reino de una extensión aproximada a la del Distrito de Columbia[2]. Podías colocarte en mitad del reino y lanzar ladrillos hacia el reino contiguo. Los «reyes» y los «reinos» eran tan abundantes en Inglaterra como lo habían sido en la pequeña Palestina en tiempos de José[3], cuando la gente tenía que dormir con las piernas encogidas, pues era necesario un pasaporte para poder estirarlas.

La Cote estaba muy deprimido; había sufrido en aquel lugar el mayor fracaso de su campaña. No había tenido suerte, a pesar de haber ensayado todos los recursos del oficio. Incluso atrapó a un ermitaño y le dio un buen baño, pero el ermitaño había muerto. En realidad, se trataba de un fracaso total, porque ese imbécil pasaría a ser considerado un mártir y recibiría un puesto entre los santos del calendario romano. Por ello, el desdichado sir La Cote Male Tailé sollozaba y penaba con fiera pena. Así, pues, mi corazón sangraba por él y me sentía inclinado a consolarlo y animarlo. En tal punto hablé así:

—Olvida tus lamentos, gentil caballero, pues esto no es una derrota. Tú y yo tenemos sesos, y para aquellos que poseen sesos no existen derrotas, sino solo victorias. Ya verás cómo vamos a convertir este aparente fracaso en una campaña de publicidad; en publicidad para nuestro jabón, y la mejor de todas, la más efectiva de cuantas se hayan pensado hasta ahora; una publicidad que podría transformar la derrota del Monte Washington en la victoria del Matterhorn[4]. En tu tablero de anuncios pondremos: «Auspiciado por el Elegido». ¿Qué te parece?

—En verdad, se trata de un admirable razonamiento.

—Bueno, no se podrá negar que para ser un anuncio tan sencillo y tan sucinto, de una sola línea, es un verdadero acierto.

Así se desvanecieron las penas del pobre anunciante. Era un sujeto valiente y en sus tiempos había llevado a cabo sobresalientes acciones de armas. La razón principal de su celebridad residía en los sucesos alrededor de una excursión similar a la mía, que había realizado con una doncella llamada Maledisant[5], tan hábil con su lengua como la propia Sandy, aunque de manera diferente, porque de su lengua solo brotaban vituperios e insultos, mientras que la melodía de Sandy era menos agresiva. Conocía bien la historia de La Cote, así que supe cómo interpretar la mirada compasiva que me dirigió cuando nos despedíamos. Se imaginaría que yo estaba pasando por una experiencia muy amarga.

Mientras cabalgábamos. Sandy y yo comentábamos la historia; me dijo que la mala suerte de La Cote había empezado desde el comienzo mismo de su viaje, porque el bufón del rey le había derribado el primer día, y aunque era costumbre que en esos casos la doncella abandonara al caballero por su vencedor, Maledisant no lo había hecho, y además había persistido en continuar a su lado, a pesar de todas sus derrotas. Pero, dije, supón que el vencedor rehúse aceptar su botín. Respondió que se trataba de una conducta impropia, que no podía ser. Un caballero no podía rehusar, sería indebido.

Tomé atenta nota. Si en algún momento la melodía de Sandy se hacía demasiado fatigosa permitiría que me derrotara un caballero, confiando en que me dejara por él.

Cuando nos acercábamos fuimos increpados por unos guardianes que se encontraban en la muralla del castillo; tras unas cuantas preguntas nos permitieron entrar. No tengo nada agradable que contar sobre esa visita. Pero tampoco puedo decir que se tratara de una desilusión, pues conocía de sobra la reputación de la señorita Hada Morgana y no esperaba de ella ninguna amabilidad. El reino entero la temía, pues a todos había hecho creer que era una gran hechicera. Sus acciones eran malvadas; sus instintos, diabólicos. Una helada maldad se extendía hasta el último poro de su cuerpo. Toda su vida era una negra historia de crimen y, entre sus crímenes, el asesinato era muy común. Estaba ansioso por verla; tan ansioso como podría estar de ver a Satanás. Para mi sorpresa, era una mujer bella; sus negros pensamientos no habían conseguido que su expresión fuese repulsiva, la edad no había logrado arrugar su piel sedosa ni arruinar su lozanía. Hubiese podido pasar por la nieta del anciano Uriens y por hermana de su propio hijo.

En cuanto cruzamos el umbral del castillo se nos ordenó que compareciésemos ante ella. Allí estaba el rey Uriens, un hombre de rostro amable y aspecto sumiso; también estaba el hijo, sir Uwain le Blanchemains, en quien, por supuesto, yo estaba interesado, a raíz de la leyenda de que él solo se había enfrentado en batalla con treinta caballeros, y también a raíz de su viaje con sir Gawain y sir Marhaus, con el cual Sandy me había estado dando la lata. Pero Morgana era la atracción principal, la personalidad más notable allí presente; resultaba evidente que era jefe y cabeza del hogar. Hizo que nos sentáramos, y en seguida comenzó a dirigirme preguntas con todo tipo de amabilidades y cortesías. ¡Por vida mía! Sus palabras recordaban el trino de un ave o el sonido de una flauta, o alguna otra cosa melodiosa. Me sentí inclinado a pensar que aquella mujer había sido calumniada, tergiversada. Su gorjeo continuó un buen rato, hasta que en un determinado momento apareció un apuesto y joven paje, vestido con los colores del arco iris, que cruzó el recinto con movimientos gráciles y ondulantes. Traía algo en una bandeja dorada, y al arrodillarse para ofrecérselo a ella se excedió en sus reverencias, perdió el equilibrio y cayó suavemente sobre las rodillas de Morgana, quien al punto sacó una daga y se la clavó con la misma naturalidad con que otra persona hubiese aplastado una rata.

El pobre chico se desplomó, sus labios sedosos contorsionados por una mueca de dolor, y expiró. De labios del anciano rey surgió un involuntario

«Ay» de compasión. La mirada que recibió de la reina hizo que se interrumpiera bruscamente. Sir Uwain, obedeciendo una señal de su madre, salió a la antecámara para llamar a unos sirvientes, mientras *madame* continuaba la dulce cantilena.

Noté que era una buena ama de casa, porque mientras seguía hablando miraba de reojo a los sirvientes para asegurarse de que no cometiesen torpezas mientras preparaban el cuerpo y lo sacaban de la estancia; cuando trajeron toallas recién lavadas ordenó que las cambiaran por las otras, y cuando habían terminado de fregar el piso y se marchaban les indicó una mancha carmesí del tamaño de una lágrima, en la cual no habían reparado los ojos más bastos de los sirvientes. Resultaba obvio para mí que La Cote Male Tailé no había llegado a ver a la señora de la casa. A menudo son mucho más claros y elocuentes pequeños detalles circunstanciales que la información que pueden proporcionar las palabras.

El Hada Morgana prosiguió hablando tan melodiosamente como siempre. ¡Qué mujer tan maravillosa! ¡Y qué mirada la suya! Cuando caía sobre los sirvientes una mirada reprobatoria, se encogían y temblaban como hace la gente temerosa cuando un relámpago surge de las nubes. Yo mismo, con el tiempo, podría sucumbir ante su influjo. Así había ocurrido con el pobre colega Uriens; se encontraba en un estado de extrema y miserable aprensión; ni siquiera podía evitar un estremecimiento cada vez que ella se daba la vuelta hacia él.

En medio de la conversación se me escapó un comentario elogioso a propósito del rey Arturo, olvidando momentáneamente lo mucho que aquella mujer odiaba a su hermano[6]. Ese pequeño comentario fue suficiente. Se ensombreció como una tormenta, llamó a los guardias y dijo:

—Arrojad a estos vasallos a las mazmorras.

Me quedé tan helado como un témpano al pensar en la reputación que tenían sus mazmorras. No se me ocurrió nada que decir, o que hacer. Pero no sucedió así con Sandy. En el momento en que el guardia me ponía una mano encima, exclamó con la mayor seguridad y confianza:

—¡Por las heridas del Señor! ¿Acaso deseáis vuestra destrucción, insensata? ¡Es El Jefe!

¡Qué idea más extraordinaria había tenido! ¡Y tan sencilla! Y, sin embargo, a mí no se me hubiera ocurrido nunca. Adolezco de una modestia de nacimiento; no una modestia total, sino en ciertos aspectos, y este era uno de ellos.

El efecto que tuvieron aquellas palabras sobre *madame* fue electrizante. Despejó su semblante y restituyó en él las sonrisas, las persuasivas gracias y zalamerías, pero, a pesar de todo, no lograba ocultar por completo que experimentaba un terror espectral. Dijo:

—¡Ja, pero escuchad lo que dice esta doncella! Como si alguien dotado de poderes similares a los míos pudiese decir en serio lo que acabo de decir a aquel que ha derrotado a Merlín. Por arte de encantamiento anticipé vuestra venida, y cuando llegasteis aquí ya lo sabía. Me he permitido esta pequeña broma en la esperanza de incitaros a realizar una demostración de vuestras artes, confiando en que podríais, por ejemplo, hacer volar por los aires a los guardias valiéndoos de fuegos ocultos, reduciéndolos en el acto a cenizas, un prodigio muy superior a mis propias habilidades y que, sin embargo, he tenido inmensa curiosidad de contemplar desde hace mucho tiempo.

Los guardias tenían menos curiosidad, y en cuanto recibieron permiso abandonaron el aposento precipitadamente.

17
Un banquete real

Cuando la señora comprobó que no me había exaltado ni dejaba ver resentimiento alguno, juzgó sin duda que me había engañado con su excusa, pues su temor desapareció y pronto me estaba importunando para que hiciese una exhibición y aniquilase a alguien, hasta el punto de que el rey comenzó a sentirse avergonzado. Sin embargo, para alivio mío, fue interrumpida en ese momento por la llamada a las oraciones. Es un punto que tengo que admitir en lo que se refiere a la nobleza: que a pesar de ser tiránicos, asesinos, rapaces y moralmente corrompidos, eran profunda y entusiásticamente religiosos. Nada podía desviarlos del fiel cumplimiento de los ritos piadosos ordenados por la Iglesia. Más de una vez había visto a algún noble que, teniendo al enemigo a su merced, se detenía a orar antes de abrirle el cuello; más de una vez había visto a algún noble que, después de emboscarse y dar muerte a su enemigo, se retiraba a la ermita más próxima para dar gracias a Dios humildemente, incluso antes de saquear el cuerpo. Una dulzura y fineza tales que no podrían ser igualadas siquiera por santos como Benvenuto Cellini[1], diez siglos más tarde. Todos los nobles de Inglaterra y sus familias asistían a servicios religiosos en sus capillas privadas, cada mañana y cada noche, y hasta el peor de ellos celebraba además plegarias familiares cinco o seis veces al día. Por ello, todo el mérito recaía en la Iglesia. Aunque no sentía ninguna simpatía por la Iglesia Católica, me veía obligado a admitirlo. Y a mi pesar, me sorprendía a menudo diciéndome: «¿Qué sería de este país sin la Iglesia?».

Después de las oraciones procedimos a cenar en el gran salón de banquetes, alumbrado por cientos de lámparas de sebo, y todo era tan excelente, copioso y rudamente espléndido como correspondía a la real condición de los anfitriones. A la entrada del salón, sobre una tarima, se encontraba la mesa del rey, la reina y su hijo, el príncipe Uwain. Frente a la tarima, y extendiéndose a lo largo de todo el salón, estaba la mesa general. En esta, a la derecha del salero, se sentaban los nobles que se hallaban de visita y los miembros adultos de sus familias, de ambos sexos, es decir, la corte residente, sesenta y una personas; a la izquierda del salero se sentaban los oficiales menores del castillo, con sus principales subordinados; en total:

ciento dieciocho personas a la mesa y un número más o menos igual de sirvientes de librea que permanecían de pie detrás de los asientos o cumplían algún otro servicio. Era una bonita escena. En la galería, una banda con cimbales, cornetas, arpas y otros horrores, procedió a interpretar lo que parecían los primeros burdos esbozos, o la agonía original, del lamento musical que en siglos posteriores se conocería como *En la dulce despedida*. Evidentemente, la pieza era muy nueva y debería haber sido ensayada un poco más. Por alguna razón, después de la cena, la reina ordenó que ahorcaran a su compositor.

Finalizada la música, el sacerdote que se encontraba detrás de la mesa real dio las gracias en un latín muy noble y aparente. En seguida, el batallón de camareros se despegó de sus sitios, se precipitó, se proveyó de bandejas, cruzó velozmente, sirvió y se dio comienzo a la opípara cena. No se oía conversación alguna, concentrados como estaban todos en lo que tenían ante sí. Las hileras de mandíbulas se abrían y cerraban al unísono, y el ruido que hacían era como el murmullo apagado de una maquinaria subterránea.

Los estragos se prolongaron durante hora y media. La destrucción de sólidos resultaba indescriptible; del plato principal del festín, un enorme e imponente jabalí salvaje, solo quedó lo que parecía ser un miriñaque, lo cual es buen ejemplo de lo que ocurrió con todos los otros platos que se sirvieron.



Cuando llegaron los dulces y pasteles, se comenzó a hablar y a beber en serio. Desaparecían un galón tras otro de vino y aguardiente de miel; todos los presentes se sentían incómodos; luego, alegres; después, chispeantemente gozosos —y me refiero a ambos sexos— y, poco a poco, bulliciosos. Los hombres referían escandalosas anécdotas, pero nadie se sonrojaba, y cuando se llegaba al meollo la concurrencia estallaba en risotadas equinas que sacudían la fortaleza entera. Las damas correspondían con historietas que casi hubiesen obligado a la reina Margarita de Navarra, e incluso a la gran Isabel de Inglaterra[2], a ocultarse tras un pañuelo, pero aquí, en lugar de ocultarse, todas las damas se reían, aullaban, mejor dicho. En la gran mayoría de estas terribles historias los eclesiásticos constituían los audaces héroes, pero tampoco el capellán se inquietaba por ello; al contrario, se reía con todos los demás; siguiendo una invitación, bramó una canción tan atrevida como cualquiera de las otras que se cantaron esa noche.

Al llegar la medianoche todos estaban completamente exhaustos y doloridos de tanto reírse y, por regla general, también borrachos: algunos,

llorosamente borrachos; otros, afectuosamente, o hilarantemente, o pendencieramente, o, en último caso, mortalmente borrachos y extendidos bajo las mesas. En cuanto a las mujeres, el peor espectáculo corrió a cargo de una joven y encantadora duquesa que celebraba su noche de bodas; en el estado en que se hallaba hubiese podido posar, con siglos de anticipación, para el retrato de la joven hija del Regente de Orleans**[3]**, en medio de aquella famosa cena en la que tuvo que ser llevada a cuestas hasta la cama, intoxicada, desvalida y con la boca sucia, en tiempos del perdido y añorado Antiguo Régimen**[4]**.

De repente, cuando el sacerdote tenía las manos en alto, y todas las cabezas estaban inclinadas reverentemente a la espera de la bendición, apareció bajo el arco de la puerta más distante, al fondo del salón, una anciana encorvada, de pelo blanco, que avanzaba difícilmente apoyándose en una muleta. Levantó la muleta y señalando con ella a la reina exclamó:

—¡Que todas las maldiciones y la cólera divina caigan sobre vos, mujer despiadada, que habéis asesinado a mi inocente nieto, sumiendo en la desolación este anciano corazón que en todo el mundo no tenía otro vástago, otro amigo, otro consuelo!

Todos se persignaron, aterrorizados, ya que para esta gente una maldición era algo terrible; la reina, sin embargo, se puso en pie majestuosamente, con el resplandor de la muerte en sus ojos, y espetó una orden implacable.

—¡Apresadla! ¡A la hoguera con ella!

Los guardianes abandonaron sus puestos para cumplir la orden. Era algo vergonzoso, cruel de presenciar. ¿Qué se podía hacer? Sandy me miró significativamente; comprendí que tenía una nueva inspiración. Le dije:

—Haz lo que quieras.

En un instante se levantó y se enfrentó con la reina. Me señaló y dijo:

—Señora, dice él que esto no podrá ser. Retirad la orden o disolverá el castillo, que se desvanecerá en el aire como el veleidoso tejido que forma los sueños.

¡Maldición! ¡A qué compromiso tan insensato me estaba obligando! ¿Y qué sucedería si la reina?…

Pero mi consternación se disipó en ese momento, y mi pánico desapareció, porque la reina, víctima de un colapso, no pudo mostrar la menor resistencia, y dando una contraorden se dejó hundir en su sillón. Al completar este movimiento ya estaba sobria. También lo estaban los demás. Olvidándose de todo protocolo, la concurrencia corrió en tropel hacia la puerta, derribando a su paso las sillas, rompiendo la vajilla, atropellándose

unos a otros, apartando, empujando, amontonándose, con tal de salir antes de que yo me decidiera a disolver el castillo con un soplo, reduciéndolo a un tenebroso e inconmensurable vacío. Vaya, vaya, vaya, esta gente era supersticiosa. No se me ocurre otra manera de calificar su reacción.

La pobre reina estaba tan asustada y contrita que ni siquiera se atrevía a mandar ahorcar al compositor sin antes consultarme. Me sentía afligido por ella, como le hubiese ocurrido a cualquier otro en mi lugar, porque su situación era realmente dolorosa. De modo que yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que fuera razonable con tal de ayudarla, y no tenía el menor deseo de llevar las cosas hasta extremos desagradables. Por lo tanto consideré el asunto concienzudamente, y decidí ordenar que los músicos compareciesen de nuevo ante nosotros para tocar *En la dulce despedida*. Me di cuenta entonces de que tenía razón y le di mi consentimiento para que mandase colgar a toda la banda. Esta pequeña muestra de distensión produjo un buen efecto en la reina. Un estadista tiene poco que ganar si insiste en ejercer su férrea autoridad en cada ocasión que se presente, porque ello ofende el justificado orgullo de los subordinados, contribuyendo por lo tanto a socavar su poder. Una pequeña concesión de vez en cuando en asuntos que no revistan demasiada importancia es la mejor de las políticas.

Ahora que la reina había recobrado la calma y se sentía notablemente contenta, de nuevo el vino comenzó a mostrar sus efectos y le fue cogiendo ventaja. Quiero decir que puso en marcha su melodía, la argentina campana de su lengua. Pobre de mí, era una habladora incansable. No hubiera estado bien visto que yo sugiriese que se estaba haciendo tarde y que me sentía algo cansado y soñoliento. Ojalá hubiera ido a dormir cuando tuve la oportunidad. Pero ahora tenía que aguantar; no había alternativa. Así que continuó parloteando en medio del profundo y sepulcral silencio que imperaba en el resto del castillo, hasta que empezó a percibirse, poco a poco, como si viniese de las entrañas de la tierra, un sonido lejano que parecía un alarido sofocado, pero impregnado de un exacerbante tono de agonía que me puso los pelos de punta. La reina se calló y sus ojos se iluminaron de placer; ladeó graciosamente la cabeza, como lo hace un ave cuando intenta escuchar. Una vez más el sonido se fue abriendo paso entre la quietud y el silencio.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—¡Es verdaderamente un alma testaruda que ha resistido demasiado; han sido ya muchas horas!

—¿Resistido qué?

—El potro. Venid conmigo y presenciaréis una escena regocijante. Y si no revela su secreto ahora mismo, podréis ver cómo será destrozado.

Qué mujer más engañosamente diabólica. Suave como el terciopelo, sosegada e impávida, mientras que a mí me dolían todas las articulaciones al pensar en el dolor del pobre hombre que estaba siendo sometido a tortura. Guiados por guardianes con cotas de malla que portaban antorchas, recorrimos estrechos pasillos, descendimos escaleras de piedra húmedas y gastadas, malolientes, con el moho y el deterioro de muchos años de noches cautivas. La excursión fue glacial, desconcertante y prolongada, y la conversación de la hechicera, a propósito de esta víctima y del crimen que había cometido, no contribuyeron a hacerla más corta ni más placentera. Un informador anónimo le había acusado de matar un venado en uno de los cotos de caza reales.

—Los testimonios anónimos no son el más justo de los procedimientos, Alteza —comenté—. Más justo sería confrontar al acusado con el acusador.

—Eso no se me había ocurrido, tratándose de un asunto de tan poca importancia. Pero aunque quisiese hacerlo sería imposible, porque el acusador se presentó de noche, enmascarado, y se lo dijo al guardabosques, quien vino aquí inmediatamente y, por lo tanto, no conoce al acusado.

—¿De manera que el desconocido es la única persona que vio matar el venado?

—¡Vive Dios! Nadie vio matar el venado, pero el desconocido encontró a este miserable cerca del sitio donde yacía el venado, y haciendo honor a su lealtad para con la Corona lo acusó ante el guardabosques.

—¡Así que el desconocido se encontraba también cerca del venado muerto! ¿Y no sería posible que él mismo lo hubiese matado? Su lealtad a la Corona, presentándose enmascarado, me parece un tanto sospechosa. Pero ¿qué se propone vuestra Alteza torturando al prisionero? ¿Cuál podría ser el beneficio?

—De otra manera no confesaría nunca y, en consecuencia, su alma se perdería. La ley estipula que su crimen merece pena de muerte, y yo me aseguraré de que así sea, pero pondría en peligro mi propia salvación si permitiese que muera antes de confesarse y recibir la absolución. No, no; sería una imbécil si por culpa suya fuese yo condenada al infierno.

—Pero, Alteza, ¿y si no tuviese nada que confesar?

—Eso todavía está por verse. Si es torturado hasta la muerte y no se le arranca una confesión, es muy posible que no tuviese nada que confesar; en eso estaréis de acuerdo, ¿verdad? Entonces no seré condenada por culpa de un

hombre que muere sin confesar, pues no tenía nada que confesar, y así estaré a salvo.

Era otro ejemplo de la obstinada falta de razón de aquella época. Sería inútil discutir con ella. Los argumentos resultan inútiles contra las ideas petrificadas; hacen tan poca mella como las o as que golpean un enorme acantilado. Y sus ideas eran similares a las de todos los demás. Las más brillantes inteligencias de la tierra no hubiesen sido capaces de ver lo deficiente que resultaba su posición.

Cuando entramos en la sala de torturas, ante mis ojos se presentó una escena que no olvidaré jamás, aunque quisiera hacerlo. Un gigantesco joven del lugar, de unos treinta años, yacía extendido de espaldas sobre el potro, con las muñecas y tobillos atados con sogas, que a su vez estaban enroscadas en tornos situados a ambos lados. Estaba completamente pálido, sus facciones se veían contorsionadas, gruesas gotas de sudor cubrían su frente. Dos sacerdotes se inclinaban sobre él, uno a cada lado; el verdugo permanecía atento, vigilante; varios guardias cumplían sus rondas; desde los nichos de la pared humeaban las antorchas y en un rincón se acurrucaba una infeliz jovencita, el semblante demudado por la angustia, los ojos febriles, extraviados, con cierto brillo salvaje y sosteniendo en su regazo a una criatura adormecida. Justo en el momento en que franqueábamos el umbral el verdugo hizo girar levemente su máquina, arrancando sendos aullidos de dolor del prisionero y de la mujer. Di un grito y al punto el verdugo relajó la tensión de la soga, sin esperar a ver quién había hablado. No podía permitir que continuara ese horror; era más de lo que mis fuerzas podían soportar. Pedí a la reina que hiciese desalojar la celda para hablar a solas con el prisionero, y cuando se disponía a hacer algún reparo le expliqué en voz baja y profunda que no me hubiera gustado hacer una escena en presencia de sus súbditos, y como representante y portavoz del rey Arturo tendría que acatar mi voluntad. La reina se dio cuenta de que tendría que ceder. Solicité que me presentara ante aquella gente y que luego me dejara a solas. La idea no le hizo mucha gracia, pero tuvo que tragarse su orgullo e incluso fue más allá de lo que yo había anticipado. Solamente pretendía el respaldo de su autoridad, pero ella dijo:

—Haréis todo lo que os ordene este señor. Es El Jefe.

Ciertamente, esa palabra resultaba un conjuro muy efectivo; el estremecimiento que sufrieron aquellos ratoncillos así lo demostraba. De inmediato los guardias de la reina se alinearon y la escoltaron fuera de la celda, junto con los hombres que portaban las antorchas, despertando ecos

adormecidos de los túneles cavernosos con el ritmo acompasado de su marcha de retirada. Ordené que el prisionero fuese liberado del potro y colocado sobre su cama, que se aplicaran ungüentos a sus heridas y que se le diese de beber un poco de vino. La joven se acercó lentamente, mirando con expresión anhelante, amorosa, pero también asustada, como alguien que teme ser rechazado. Furtivamente, intentó tocar la frente del hombre, y como en ese momento me volví hacia ella, inconscientemente, dio un salto atrás, aterrorizada. Era una escena verdaderamente penosa.

—¡Por vida mía! —dije—. Acaricíale si quieres, muchacha. Puedes hacer lo que quieras; por mí no te preocupes.

En sus ojos apareció la misma expresión agradecida que revela la mirada de un animal cuando le dedicas un gesto amable que él consigue comprender. Dejó el bebé a un lado y al instante apretaba sus mejillas contra las del hombre y mesaba sus cabellos, mientras rodaban por su rostro lágrimas de felicidad. El hombre pareció revivir y acarició a su mujer con la mirada, la única de las caricias que le era posible. Consideré que convenía desalojar la caverna en ese momento, y así lo hice; cuando solo quedábamos la familia y yo, dije:

—Bueno, amigo, ahora cuéntame tu versión de la historia, pues ya conozco la otra.

El hombre hizo un gesto de rechazo con la cabeza. Pero la mujer se alegró con la sugerencia, o a mí me lo pareció.

—¿Has oído hablar de mí? —pregunté.

—Sí, como todo el mundo en los dominios del rey Arturo.

—Si mi reputación ha llegado hasta ti sin distorsiones ni falsedades, no deberías tener miedo de hablar.

La mujer interrumpió con voz anhelante:

—Ah, gentil señor mío; intentad persuadirlo. Podéis y debéis hacerlo. Ay, ha sufrido tanto, y es por mí…, ¡por mí! ¿Y cómo podría soportarlo? Preferiría verle morir, una muerte dulce, veloz. ¡Ay, Hugo mío, no puedo soportar esto!

Se echó a llorar, y cayendo al suelo se arrastró a mis pies, sollozando, implorando. ¿Qué imploraba? ¿La muerte del hombre? Por más que lo intentaba, no conseguía comprender la situación. Pero Hugo la atajó, diciendo:

—¡Basta! No sabes lo que pides. ¿Debo consentir que mueran de hambre mis seres queridos para obtener una muerte amable? Pensaba que me conocías mejor.

—Bueno —dije—, no logro aclararme. Es como un rompecabezas. Entonces…

—Ay, querido señor mío, tratad de persuadirlo. Considerad cuánto me hieren las torturas que sufre. ¡Ah, y se niega a hablar! Sin pensar en el alivio, el consuelo que encontraría en la ansiada muerte rápida.

—¿Pero qué estás rezongando? Saldrá de aquí un hombre libre, entero. No va a morir.

El rostro lívido del hombre se iluminó y la mujer se me arrojó encima en una sorprendente explosión de alegría, mientras gritaba:

—Está salvado. Es la palabra del rey de labios de su representante. Es la palabra de oro del rey Arturo.

—Así que después de todo creéis que merezco confianza. ¿Por qué no lo creíais antes?

—¿Quién lo dudaba? Desde luego, yo no, y ella, tampoco.

—Bien, ¿y entonces por qué no me querías contar tu historia?

—No me habíais prometido nada; que, de hacerlo, habría sido muy diferente.

—Ya veo, ya veo… Y, sin embargo, me temo que aún no lo veo del todo. Resististe la tortura y te negaste a confesar, lo cual demuestra a todas luces, incluso al más aturdido de los mortales, que no tenías nada que confesar…

—¿Yo, milord? ¿Qué decís? Fui yo quien mató al venado.

—¿Tú lo mataste? ¡Pero, válgame el cielo! Es el asunto más enredado que jamás haya…

—De rodillas le he suplicado que confesase, milord, pero…

—¿Ah, sí? Esto se embrolla cada vez más. ¿Y se puede saber por qué querías que confesara?

—Porque le hubiese proporcionado una muerte rápida, ahorrándole estos sufrimientos atroces.

—Bueno, sí; eso es explicable. Pero él no deseaba la muerte rápida.

—¿Él? ¡Pardiez! Ciertamente que la deseaba.

—Muy bien, entonces, ¿por qué diantres no confesaba?

—Ah, gentil señor, ¿y dejar a mi mujer y a mi pequeño sin comida ni abrigo?

—¡Santo cielo, ahora lo entiendo! La cruel justicia se queda con las propiedades del convicto y convierte en mendigos a su viuda y a los huérfanos. Podrían haberte torturado hasta la muerte, pero sin contar con tu confesión no podían saquear lo que era de tu esposa y de tu hijo. Te has portado como un verdadero hombre, y tú, como la más leal y valiente de las

mujeres, hubieras preferido liberarle de la tortura pagando como precio una penosa y lenta muerte de hambre. Cualquiera se sentiría conmovido al pensar en la capacidad de abnegación que puede tener una mujer. Desde ahora os reservo un sitio en mi colonia. Os va a gustar mucho. Es una fábrica en la cual me propongo transformar a autómatas bajos y serviles en hombres de verdad.

18
En las mazmorras de la reina

Bueno, dejé todo arreglado e hice que mandaran al hombre de regreso a su hogar. Sentía un gran deseo de poner al verdugo en el potro de tortura, no porque se tratase de un funcionario que llevara a cabo su tarea con desgana y con negligencia —porque no se podría negar que cumplía sus funciones cabalmente—, sino para hacerle pagar las brutales bofetadas y las vejaciones que había hecho sufrir a la joven. Los curas me lo contaron, y se veían fervorosamente encendidos con la idea de que el verdugo fuese castigado. De vez en cuando aparecían algunos desagradables exponentes de esta clase. Me refiero a episodios que demostraban que no todos los curas eran farsantes, egoístas y avariciosos, y que muchos, incluso la mayoría, de aquellos que se encontraban mezclados con la gente común eran hombres sinceros y de buen corazón, dedicados a aliviar las penurias y sufrimientos humanos. Bueno, el hecho de que existiesen estas excepciones era algo inevitable, así que rara vez le daba vueltas al asunto y, cuando por casualidad lo hacía, las vueltas que le daba no eran muy numerosas. Nunca me he distinguido por preocuparme demasiado por cosas que no tienen solución. Pero, de todos modos, no me gustaba el asunto, pues era justamente el tipo de cosas que sirven para mantener conforme a la gente con una Iglesia oficial. Todos *debemos* tener una religión, sobra decirlo, pero mi idea era despedazarla en cuarenta y tres sectas diferentes, para que se vigilasen entre sí, como ocurría en Estados Unidos en mis tiempos. La concentración de poder en una maquinaria política es nociva, y una Iglesia oficial no es más que una maquinaria política. Para ello fue inventada; para ello ha sido cuidada, acunada y preservada. Es un obstáculo para la libertad humana, y tiene las mismas ventajas que si se encontrara dividida y dispersa. Lo que estoy afirmando no es una ley, no forma parte de un evangelio; no, es solo una opinión… mi opinión, y yo soy solamente un hombre, un individuo, así que mi opinión no tenía más valor que la del papa…, y tampoco menos.

En fin, no podía poner al verdugo en el potro de torturas, y tampoco podía pasar por alto las justas protestas de los curas. El hombre debía ser castigado de un modo u otro, así que lo destituí de su cargo y lo nombré director de la

banda de música, de la nueva banda que iba a ser formada. Me suplicó que no lo castigase de ese modo, diciendo que no sabía tocar, una excusa plausible, pero insuficiente; no había en el país un solo músico que supiera tocar.

La reina montó en cólera cuando se enteró a la mañana siguiente de que no podría disponer de la vida de Hugo ni de sus propiedades. Le expliqué que debía soportar esa cruz, que aunque la ley y la costumbre le conferían todo el derecho sobre la vida y la hacienda del hombre, existían en este caso circunstancias atenuantes, y por ello le había concedido el perdón en nombre del rey Arturo. El venado de marras estaba asolando los campos de Hugo, y él lo había matado en un arrebato de pasión, y no para obtener ganancia, y luego lo había cargado hasta el bosque real, con la esperanza de que esta acción hiciera imposible que diesen con el culpable. ¡Maldita sea!, no conseguía hacerla ver que un arrebato de pasión es una circunstancia atenuante en el asesinato de un venado, o de una persona, así que me di por vencido, y la dejé que se desahogara. Había pensado que podría hacérselo entender recordándole que su propio arrebato de pasión cambiaba la gravedad del crimen en el caso del paje.

—¡Crimen! —exclamó—. ¡Pero cómo os atrevéis a hablar así! ¡Crimen! ¡Diantre! ¡Hombre, si voy a pagar por él!

Ah; de nada servía utilizar argumentos con esa mujer. El aprendizaje de una persona… lo es todo. Una persona es su aprendizaje. Hablamos de la naturaleza humana; es un disparate. No existe la naturaleza. Lo que llamamos con ese nombre engañoso no es más que herencia y aprendizaje. No tenemos opiniones ni pensamientos propios; nos han sido transmitidos, inculcados. Todo lo que existe de original en nosotros y, por lo tanto, de honroso o de deshonroso, puede ser recubierto y escondido en el ojo de una aguja de batista; el resto proviene de los átomos que hemos heredado de una procesión de antepasados que se remonta mil millones de años hasta la primera pareja, o el primer saltamontes, o el primer mono, a partir del cual ha ido evolucionando nuestra raza humana, tan tediosa, ostentosa e improductivamente. En cuanto a mí, lo que yo pienso de esta triste y fatigosa peregrinación, de este patético recorrido a la deriva entre dos eternidades, es que hay que estar atento y vivir con humildad una vida pura, elevada e intachable, y preservar ese átomo microscópico en mi interior, que verdaderamente soy yo; el resto bien puede irse al cuerno, y quedarse allí.

No; maldita sea; tenía una inteligencia normal, tenía suficiente materia gris, pero su aprendizaje la había convertido en un asno…, quiero decir, desde un punto de vista que tardaría varios siglos en aparecer Matar al paje no era

un crimen, era su derecho, y en su derecho se apoyaba, con toda tranquilidad, inconsciente de haber cometido un delito. Ella era el resultado de varias generaciones educadas en la creencia incuestionada e inexpugnable de que la ley que le permitía asesinar a un súbdito cuando así se le antojase era una ley perfectamente adecuada y justa.

Bueno, al César lo que es del César y a Satanás lo que es de Satanás[1]. Una de sus acciones merecía ser elogiada, y yo intentaba encontrar un elogio apropiado, pero las palabras se me atrancaban en la garganta. Tenía derecho a matar al paje, pero de ninguna manera estaba obligada a pagar por él. Otra persona hubiese tenido que hacerlo, pero ella no. La reina sabía de sobra que realizaba una acción magnánima al pagar por aquel chico, y que en toda justicia yo debería reconocerlo con un comentario favorable, pero no me era posible…, mis labios se negaban. No podía apartar de mi imaginación la figura de la anciana y desdichada abuela con el corazón desgarrado, y la de aquel gentil y atractivo muchacho tirado en el suelo, muerto, los adornos y encajes de seda manchados por su propia sangre. ¡Cómo podría pagar por él! ¡Y a quién podría pagarle! Sabía muy bien que esta mujer, con un aprendizaje como el que había recibido, merecía un elogio por lo que se proponía hacer, incluso merecía adulación y, sin embargo, yo, con un aprendizaje como el mío, era incapaz de hacerlo. Me limité a repetir un cumplido que había escuchado en boca de alguien, a propósito de alguna otra cosa, y lo más triste es que a final de cuentas resultaba ser cierto.

—*Madame*: vuestra gente os adorará por esto.

Muy cierto, pero me propuse que si vivía lo suficiente la mandaría ahorcar por este crimen. Algunas de las leyes en este país eran pésimas, realmente pésimas. Un amo podía matar a su esclavo por cualquier nimiedad: por un simple rencor, por una sospecha o para divertirse… y, como ya hemos visto, quien ostentaba una corona podía proceder del mismo modo con uno de sus esclavos, es decir, con cualquiera de sus súbditos. Una persona de alcurnia podía matar a un plebeyo, y pagar por él con dinero en efectivo o con productos de su huerta. Un noble podía matar a otro noble sin incurrir en ningún gasto, al menos la ley no lo estipulaba, aunque se esperaba una compensación en especies. Cualquier persona podía matar a otra persona, excepto el plebeyo y el esclavo, que no tenían ningún privilegio. Si ellos mataban, entonces se trataba de un asesinato, y la ley no estaba dispuesta a permitir los asesinatos. Despachaba en un periquete a quien se atreviera a hacerlo, junto con su familia, si el muerto era alguien que pertenecía a las altas clases ornamentales. Si un plebeyo causaba a un noble un rasguño

desafortunado, que no lo dejaba herido de muerte, que ni siquiera lo dejaba herido, era castigado de todos modos con una muerte desafortunada: lo condenaban a ser arrastrado por cuatro caballos, que lo dejarían reducido a un guiñapo de carne y huesos, en presencia de una multitud de espectadores que se partirían de risa haciendo chistes, y algunos de los comentarios de los asistentes más dilectos eran tan groseros y tan impropios de ser impresos como cualquiera de los que publicó el gentil Casanova en su capítulo sobre el descuartizamiento de un pobre y desgarbado enemigo de Luis XV[2].



Ya estaba bastante harto de aquel sitio repugnante y quería marcharme, pero no podía hacerlo; había un asunto que me seguía martilleando la conciencia, impidiéndome que consiguiera olvidarlo. Si me fuese concedido hacer de nuevo al hombre, no lo dotaría de conciencia. Es una de las características más desagradables en el ser humano, y aunque ciertamente hace muchas cosas buenas, no se puede decir que a fin de cuentas logre compensar las desventajas. Sería preferible hacer menos cosas buenas y poder vivir con más comodidad. De cualquier manera, se trata solo de mi opinión, y yo no soy más que un individuo. Es posible que otros individuos, con menos experiencia que yo, piensen de manera diferente. Y tienen perfecto derecho a su punto de vista. Yo solo sostengo lo siguiente: He estado observando a mi conciencia durante muchos años, y estoy convencido de que me ha causado más problemas y molestias que cualquiera de las otras propiedades con las que nací. Supongo que al principio le daba mucho valor, ya que le damos valor a todo lo que nos pertenece, y, sin embargo, ¡qué tonto he sido al pensarlo así! Si contemplamos la cuestión desde otro ángulo nos damos

cuenta de lo absurdo que resulta. Si me encontrase atado a un yunque, ¿le concedería valor? Por supuesto que no. Y, no obstante, si lo piensas bien, te das cuenta de que realmente no hay ninguna diferencia entre una conciencia y un yunque… en lo que se refiere a la comodidad. Lo he observado un millar de veces. Y a un yunque lo puedes deshacer con ácidos cuando ya no lo soportas más; pero no hay ningún modo de deshacerse de una conciencia… para siempre. Por lo menos, yo no conozco ninguno.

Había algo que quería hacer antes de marcharme, pero se trataba de algo desagradable y no me resolví a afrontarlo. Pues bien, estuve dándole vueltas al asunto toda la mañana. Se lo habría podido mencionar a) anciano rey, pero ¿de qué hubiese servido? Si él no era más que un volcán extinguido. En sus tiempos había estado en actividad, pero su fuego se había apagado hacía ya mucho, y ahora se hallaba reducido a un majestuoso cúmulo de cenizas. Era gentil, y tendría la suficiente amabilidad para escucharme, pero de nada serviría. El tal rey era poca cosa, no era nada; quien detentaba todo el poder era la reina. Y ella sí que era un Vesubio. Es posible que por hacerte un favor consintiera en dejar calentarse a una bandada de gorriones, pero aprovechando la oportunidad bien podía perder los estribos y quemar la ciudad entera. Empero, trataba de animarme pensando que cuando esperas lo peor con frecuencia sucede algo que, bien mirado, no es tan malo.

Así, pues, hice acopio de todo mi coraje y presenté mi caso ante su Alteza real. Le dije que en Camelot y en los castillos vecinos habíamos puesto en libertad a unos cuantos presos y que con su permiso me gustaría examinar su colección, su surtido de chucherías, es decir, sus cautivos. En un principio se negó, como yo había anticipado. Finalmente, consintió, cosa que también había anticipado, aunque no pensé que lo hiciera tan pronto. Sentí un alivio inmenso. Mandó que llamasen a su escolta y trajesen antorchas, y comenzamos el descenso hacia las mazmorras. Se encontraban debajo de los cimientos del castillo y eran, en su mayoría, pequeñas celdas excavadas en la roca viva. Algunas no tenían ni una rendija que dejara pasar la luz. En una de ellas había una mujer agazapada cubierta por andrajos malolientes. No decía una palabra ni respondía a nuestras preguntas, pero una o dos veces miró hacia nosotros, por entre una maraña de pelo enredado, como si quisiera saber qué era aquello que venía a interrumpir con sonidos y con luces el pesado e incomprensible sueño al cual se hallaba reducida su vida. Luego se sentó, inclinada, con sus dedos recubiertos de lodo descuidadamente entrelazados sobre el regazo, y no dio más señales de vida. Aquel desdichado conjunto de huesos era aparentemente una mujer de mediana edad, pero solo

aparentemente; llevaba nueve años encerrada allí y tenía dieciocho cuando entró. Pertenecía a la clase de los plebeyos, y había sido encarcelada en su noche de bodas por orden de sir Breuse Sance Pité[3], un señor feudal de la vecindad de quien su padre era vasallo, y a quien la joven había rehusado lo que ha recibido el nombre de «le droit du seigneur»[4]; más aún, había respondido con violencia a la violencia y había derramado unas gotas de la sacrosanta sangre del noble. En ese punto había interferido el joven esposo, juzgando que se encontraba en peligro la vida de la novia, lanzando a sir Breuse en medio del salón donde se encontraban los humildes y temblorosos invitados y dejando al caballero tendido en el suelo, atónito ante tan extraño proceder, e implacablemente enfurecido con el novio y la novia. Como las mazmorras de sir Breuse se encontraban repletas, había pedido a la reina que confinara a sus dos criminales, y se encontraba desde entonces allí, en aquella Bastilla[5] de la reina… Para ser más exactos, antes de que se cumpliera una hora de haber cometido el crimen ya estaban encerrados. Nunca se habían visto a partir de entonces. Así que allí estaban encerrados como sapos en una misma roca, inmersos durante nueve años en aquella profunda oscuridad, a menos de veinte metros de distancia y sin saber si vivía el otro. Los primeros años era la única pregunta que hacían, con lágrimas en los ojos y con voces suplicantes, que con el paso del tiempo hubiesen podido conmover una piedra, tal vez, pero los corazones no son de piedra: «¿Está vivo él?». «¿Está viva ella?». Pero nunca habían recibido respuesta, y al final habían dejado de hacer esa pregunta, o cualquier otra.

Después de enterarme de todo esto quise ver al hombre. Tenía treinta y cuatro años, pero aparentaba sesenta. Estaba sentado sobre un bloque cuadrado de piedra, la cabeza gacha, los codos apoyados en las rodillas, el pelo largo disperso sobre la cara, musitando para sus adentros. Levantó el mentón y nos contempló lentamente, con una mirada torpe, apagada, parpadeando por la molestia que le causaba la antorcha, y luego dejó caer la cabeza, siguió murmurando y se olvidó de nosotros. Había algunos testigos mudos, pero patéticamente reveladores: viejas cicatrices en sus muñecas y tobillos y, sujeta a la piedra donde se sentaba, una cadena con manillas y grilletes… abandonada en el suelo y con una gruesa costra de moho. Cuando un prisionero ha perdido el espíritu, las cadenas dejan de ser necesarias.

No podía sacar al hombre de su estado de mutismo, así que propuse que lo lleváramos en presencia de ella, de la novia que había sido para él lo más bello del mundo, quien antaño había aparecido a sus ojos como rosas, perlas y rocío hecho carne, en presencia del ser que para él había sido una obra

portentosa, la obra maestra de la naturaleza: un par de ojos sin igual, una voz incomparable y una frescura, una gracia juvenil y ondulante y una belleza que debía pertenecer a las criaturas de los sueños. Pensé que con la sola visión de la amada su sangre estancada se echaría a correr incontenible, y que al tenerla enfrente…

Pero fue una verdadera decepción. Se sentaron juntos en el suelo, examinándose los rostros con expresión de tenue asombro, con una especie de débil curiosidad animal, y en seguida se olvidaron de la presencia del otro, sus miradas perdieron vivacidad y de nuevo se extraviaron en aquella lejana tierra de sueños y sombras de la cual nada sabemos.

Hice que los sacaran de allí y los mandaran con sus amigos. A la reina no le hizo ninguna gracia mi decisión. Y no porque tuviese un interés personal en el asunto, sino porque le parecía una falta de respeto con sir Breuse Sance Pité. Sin embargo, le aseguré que si al noble le parecía una acción intolerable, yo me las ingeniaría para que sí pudiese tolerarlo.

Hice sacar de aquella ratonera a cuarenta y siete prisioneros y dejé a uno solo: un lord que había matado a otro lord que tenía algún parentesco con la reina. El otro noble había preparado una emboscada para darle muerte, pero este lo había sorprendido en el acto y lo había degollado. Empero, no era esta la razón por la cual decidí dejarlo en cautiverio, sino porque había destruido intencionada y alevosamente el único pozo público que existía en una de sus miserables aldeas. La reina se proponía castigarlo con la muerte por asesinar a un pariente suyo, pero no lo quise permitir. Matar a un asesino no es un crimen. Pero le dije que, en cambio, estaría dispuesto a que lo hiciese ahorcar por destruir el pozo y, al final, cuando vio que no tenía otra opción, aceptó el arreglo.

¡Atiza! ¡Por qué delitos más baladíes estaban encerrados allí la mayoría de los cuarenta y siete hombres y mujeres! Peor aún: algunos no se encontraban allí por ninguna ofensa en particular, sino para satisfacer el rencor de alguien, y no solo el de la reina, ni mucho menos, sino también el de sus amigos. El crimen del prisionero más reciente consistía en un comentario que había hecho. Se le había ocurrido decir que los hombres eran más o menos iguales y que, dejando de lado las ropas, un hombre valía tanto como otro, y afirmó creer que si se desnudaba a la nación entera y se enviaba a un forastero a pasearse entre la multitud no podría distinguir al rey de un curandero, ni a un duque del recepcionista de un hotel. Aparentemente, aquí había un hombre cuyo cerebro no había sido reducido a una masa inútil por un aprendizaje idiotizante. Lo puse en libertad y lo envié a la Fábrica de Hombres.

Algunas de las celdas cavadas en la roca viva se encontraban justamente detrás de la cara del precipicio, y en cada una de estas celdas el cautivo había abierto una diminuta rendija hacia la luz del día, que le permitía recibir la bendición de algún delgado rayo de sol. El caso de uno de estos desventurados era particularmente duro. Oteando por la rendija de su sombría ratonera en la roca alcanzaba a vislumbrar su propio hogar allá abajo, en el valle, en la distancia. Y durante veintidós años la había estado mirando desde su agujero, con el corazón contrito y ansioso. De noche veía las luces y de día veía figuras que entraban y salían… su mujer y sus hijos, al menos algunos de ellos, sin duda, aunque desde aquella distancia no conseguía identificarlos. En el transcurso de los años observó que allí se celebraban festejos y trató de regocijarse, preguntándose si se trataba de una boda o si era otro el motivo del festejo. Y observó que se celebraban funerales, y cada vez sentía una terrible congoja en el corazón. Distinguía la forma de los féretros, pero no podía determinar su tamaño, y entonces era incapaz de saber si llevaban a enterrar a su mujer o alguno de los hijos. Veía cómo el cortejo, encabezado por los curas, se ponía en marcha y se alejaba solemnemente, llevándose el secreto. En el momento de ser encarcelado había tenido que abandonar a su mujer y a cinco hijos, y en un período de diecinueve años había visto partir cinco entierros, y como todos ellos habían revestido un cierto grado de pompa, no podía tratarse en ningún caso de un sirviente. De modo que había perdido a cinco de sus tesoros y de todos ellos solo le quedaba ahora uno…, uno que era infinita, indescriptiblemente precioso…, ¿pero cuál de ellos? Esa era la pregunta que lo torturaba día y noche, dormido y despierto. Bueno, cuando te encuentras en un calabozo, el tener un interés, cualquiera que sea, y recibir un rayo de luz, aunque sea minúsculo, son un gran apoyo para el cuerpo y te permiten preservar el intelecto. Este hombre todavía estaba en condiciones bastante buenas. Cuando terminó de contarme su angustiosa historia, me encontraba en el mismo estado de ánimo en que os encontraríais vosotros, si poseéis una curiosidad humana normal, es decir, estaba tan ardientemente anhelante como él por saber cuál de los miembros de la familia había sobrevivido. Así que yo mismo lo acompañé a casa y su inesperado regreso provocó tifones y ciclones de alegría frenética, y cataratas de lágrimas felices, y, ¡zambomba!, encontramos a la joven matrona de otrora con los cabellos grises y muy cerca ya del medio siglo, y a los niños de antes convertidos en hombres y mujeres, algunos de ellos casados y con familia propia…, ¡porque no había muerto una sola persona de su clan! Imaginad el diabólico ingenio de la reina: sentía un especial odio por este prisionero y entonces se había

inventado todos aquellos entierros para atribular su corazón. Pero el golpe de ingenio más sublime en toda su argucia consistía en hacer parecer que quedaba vivo un solo miembro de la familia, de manera que el pobre hombre se consumiera tratando de adivinar de cuál se trataba.

Si no hubiese sido por mí, jamás habría salido de las mazmorras. El Hada Morgana lo odiaba de todo corazón, y nunca en la vida se hubiese sentido ablandada por su caso. Y, sin embargo, su crimen había sido producto de un descuido más que de una acción depravada e intencionada. El hombre había dicho en una ocasión que la reina era pelirroja. Bueno, lo era en efecto, pero no era esta una manera de decirlo. Cuando las personas pelirrojas se encuentran por encima de un cierto estrato social, su cabello es castaño encendido.

¿Qué os parece esto? ¡Entre los cuarenta y siete cautivos figuraban cinco cuyos nombres, delitos y fechas de reclusión se habían olvidado! Una mujer y cuatro hombres, todos ellos con el cuerpo encorvado, el rostro surcado por profundas arrugas, patriarcas de mentes exhaustas. Ellos mismos se habían olvidado de los detalles hacía mucho tiempo; de cualquier forma solo tenían vagas teorías al respecto, nada definitivo y ninguna historia que contaran dos veces del mismo modo. Una sucesión de sacerdotes se habían ocupado durante años de rezar con los cautivos diariamente y de recordarles que Dios los había confinado allí por algún sabio designio y de enseñarles que lo que Dios amaba en las personas de rangos inferiores era la paciencia, la humildad y la sumisión ante la opresión, pero incluso estos sacerdotes solo contaban algunas tradiciones sobre estas pobres y ancianas ruinas humanas. Y lo que contaban no aclaraba mucho de todos modos, pues solo se referían al número de años que habían permanecido en prisión, y nada decían sobre los nombres o los delitos…, pero incluso con dichas tradiciones lo único que se podía probar era que ninguno de los cinco había visto la luz del sol en treinta y cinco años. El número de años por encima de esta cifra que había durado tal privación era algo que no se podía adivinar. El rey y la reina no sabían nada acerca de estas infelices criaturas, exceptuando el hecho de que habían sido heredados con el trono, al igual que otros bienes, reliquias y posesiones. La transmisión de estos seres humanos no había sido acompañada con las historias correspondientes, así que los nuevos dueños no les habían asignado ningún valor y no habían sentido el menor interés por ellos.

—Entonces —le pregunté a la reina—, ¿por qué remota razón no los habéis liberado?

La pregunta la dejó estupefacta. No sabía *por qué* no lo había hecho; sencillamente era algo que nunca se le había ocurrido pensar. Así que, sin saberlo, la reina estaba anticipando la historia verídica de los prisioneros del castillo de If[6]. Ahora me parecía patente que para la reina, teniendo en cuenta su aprendizaje, estos prisioneros heredados eran sencillamente una posesión, nada más y nada menos. Pues bien, cuando heredamos algo no se nos ocurre deshacernos de ello, aunque no le concedamos ningún valor.

Cuando saqué el cortejo de murciélagos humanos hasta el mundo exterior y el fulgor del sol vespertino —tras vendarles caritativamente los ojos, que ya habían perdido por completo la costumbre a la luz—, constituían un verdadero y lúgubre espectáculo. Esqueletos, espantapájaros, duendes, patéticos adefesios del primero al último, los hijos más legítimos que podrían producir la Monarquía por la Gracia de Dios y la Iglesia oficial. Murmuré distraídamente:

—¡Ojalá pudiese fotografiarlos!



Conoceréis ese tipo de personas que jamás admiten que no saben el significado de una nueva y altisonante palabra. Cuanto más ignorantes sean, mayor es la certeza de que lastimosamente pretenderán que no has dicho algo que excede su comprensión. La reina pertenecía a ese tipo de gente y continuamente estaba incurriendo en los errores más estúpidos a causa de ello. Vaciló un instante, y en seguida su rostro se iluminó con un brillo de comprensión repentina y me dijo que ella podía encargarse de hacerlo.

Me dije a mí mismo: «¿Ella? ¿Pero qué puede saber acerca de la fotografía?». Pero no era obviamente el momento más apropiado para detenerse a pensar y cuando me di la vuelta vi que se acercaba al cortejo blandiendo un hacha.

Bueno, ciertamente se trataba de un personaje curioso la tal Hada Morgana. En mis tiempos tuve ocasión de conocer a muchas mujeres y de las especies más diversas, pero la reina las superaba a todas en lo que a variedad se refiere. Y qué característico de ella resultaba este episodio. No tenía más idea de la que podía tener un caballo acerca de cómo fotografiar un cortejo; pero, al encontrarse con ese escollo, resultaba muy propio de ella intentar hacerlo con un hacha.

19
La caballería andante como profesión

A la mañana siguiente, cuando apenas despuntaba el día, Sandy y yo estábamos de nuevo en camino. ¡Resultaba tan agradable aspirar profundamente y llenar los pulmones con barriles enteros de aire puro, incontaminado, refrescado por el rocío, con el aroma de los bosques, después de los días sofocantes para el cuerpo y el espíritu entre los hedores morales y corpóreos de aquella vetusta e intolerable ratonera! Quiero decir intolerable para mí; naturalmente a Sandy el sitio le había parecido apropiado y agradable, acostumbrada como estaba a la vida de las altas esferas sociales.

¡Pobre muchacha! Sus quijadas habían tenido un agotador descanso… De hecho, el descanso había durado tanto que ya me estaba preparando para sufrir las consecuencias. No me equivoqué. Sin embargo, su ayuda me había sido muy útil en el castillo, apoyándome y reforzándome con unas tonterías gigantescas que en aquellos momentos habían resultado más valiosas que el mayor dechado de sapiencia. Así que pensé que se había ganado el derecho de poner a funcionar por un rato su molino de palabras si se le antojaba, y esta vez no sentí congoja cuando empezó a hablar:

—Ahora volvemos a sir Marhaus, que con la doncella de treinta inviernos cabalgaba hacia el sur…

—¿Vas a tratar de abarcar otro medio trecho de la saga de los *cowboys*, Sandy?

—Así es, gentil señor mío.

—Adelante entonces. Esta vez no voy a interrumpirte, si me es posible. Comienza de nuevo, desde el principio, coge impulso, que voy a cargar la pipa y te concederé toda mi atención.

—Ahora volvemos a sir Marhaus, que con la doncella de treinta inviernos cabalgaba hacia el sur. Y he aquí que se adentraron en una profunda floresta, donde los sorprendió la noche, y cabalgaron por un tupido sendero hasta que, por fin, llegaron a una mansión en la cual residía el duque de las Marcas del Sur, y allí pidieron albergue. Y al llegar la mañana el duque envió un mensaje a sir Marhaus, diciéndole que se aprestase. Y entonces, sir Marhaus se levantó y se revistió de las armas y en su presencia se cantó una misa, y él rompió el

ayuno y luego montó en su caballo en el patio del castillo, donde habría de tener lugar el combate. En tanto, el duque ya se encontraba sobre su corcel, bien armado, y sus seis hijos estaban a su lado, y cada uno sostenía una lanza en la mano. Y entonces se acometieron de tal manera que el duque y dos de sus hijos quebraron sus lanzas sobre sir Marhaus, pero él mantuvo su lanza en alto y ni siquiera tocó a ninguno de ellos. Luego vinieron los cuatro hijos por parejas, y los dos primeros quebraron sus lanzas, y asimismo los otros dos, y mientras todo esto ocurría sir Marhaus cabalgó hacia el duque, derribando al mismo tiempo caballo y caballero, y lo mismo hizo con los hijos. Entonces, sir Marhaus desmontó y lo conminó a que se rindiese o de lo contrario le daría muerte. En ese punto ya se habían recuperado algunos de sus hijos y hubiera arremetido contra sir Marhaus, pero sir Marhaus dijo al duque: «Detened a vuestros hijos o correréis todos la peor de las suertes». Cuando el duque vio que no podría escapar de la muerte, llamó a gritos a sus hijos y los exhortó a que se rindiesen a sir Marhaus. Y entonces todos se arrodillaron y ofrecieron al caballero los pomos de sus espadas y él las aceptó. Al punto ayudaron a su padre a levantarse y de común acuerdo prometieron a sir Marhaus que nunca serían enemigos del rey Arturo y que el domingo de Pentecostés siguiente se presentarían todos en la corte y se pondrían a merced del rey[1].

Sandy se detuvo un instante y en seguida explicó:

—Eso declara la historia, gentil sir Jefe. Ahora debéis saber que ese mismo duque y sus seis hijos son aquellos a quienes vos también derrotasteis y enviasteis a la corte del rey Arturo.

—¡No estarás hablando en serio, Sandy!

—Si no digo la verdad, que caiga sobre mí el peor de los males.

—Vaya, vaya, vaya… ¿Quién se lo hubiese imaginado? Un duque entero y seis duquecillos. ¡Cáspita, Sandy, qué botín más elegante! La caballería andante es un oficio de alcornoques y además un trabajo duro y tedioso, pero comienzo a darme cuenta de que también se pueden obtener ganancias si tienes suerte. Lo cual no quiere decir que me dedicaría a ella como negocio, claro está. Un negocio sólido y legítimo no puede estar basado en la especulación. Porque un golpe de suerte en el campo de la caballería enante…, bueno, en realidad, ¿qué quiere decir eso cuando lo despojas de todas las sandeces y examinas la verdad desnuda? Le bajas los humos a alguien y parece que te llegarán las vacas gordas, pero de poco te sirve. Y eres rico, sí; repentinamente rico por un día, quizá una semana, y luego alguien te baja los humos a ti y hasta ahí te han llegado las vacas gordas, ¿no es así, Sandy?

—No sé qué ocurre que mi mente se halla confusa, y el lenguaje sencillo me parece enrevesado y ello desbarata y frustra…

—De nada servirá que te andes con rodeos y trates de hacer la vista gorda, Sandy, porque es así, como lo digo. Lo sé muy bien. Y además, cuando sabes cómo se cuecen las habas y vas hasta el meollo del asunto, la caballería andante es peor que lo de las vacas, porque, pase lo que pase, gorda o flaca, queda la vaca, y alguien puede hacer su agosto, pero cuando después de un golpe de suerte caballeresco se hunde el mercado, y todos los caballeros del consorcio pasan sus cuentas, ¿qué capital te queda? Solamente un montón inservible de cuerpos vapuleados y uno o dos barriles de chatarra estropeada. ¿A *eso* le puedes llamar capital? Yo, por mi parte, me quedo con la vaca. ¿Tengo o no razón?

—Ah, por ventura mi cabeza se ha trastornado por la multitud de asuntos en los cuales nos hemos visto abocados por los últimos acontecimientos, aventuras y sucesos, de suerte que no solo yo y no solo vuestra merced, sino paréceme que entrambos…

—No, no es tu cabeza, Sandy. Tu cabeza está bien, dentro de lo que cabe, pero no estás al tanto del mundo de los negocios, ese es el problema. No estás a la altura para enzarzarte en discusiones sobre asuntos de negocios, y no deberías intentarlo. De cualquier modo, y dejando de lado este punto, ha sido un buen botín y hará reverdecer mis laureles en la corte de Arturo. Y ya que hablamos de los *cowboys*, ¡qué país más extraño es este, con hombres y mujeres que nunca envejecen! Tomemos por ejemplo al Hada Morgana, tan joven y rozagante como un pimpollo, aparentemente, y luego hay que ver a este anciano duque de las Marcas del Sur, todavía dando tajos con lanza y espada a estas alturas de su vida, después de haber criado una familia como la que ha creado. Hasta donde yo entiendo, sir Gawain mató a siete de sus hijos y, sin embargo, le quedaban otros seis para enfrentarse con sir Marhaus y conmigo. Y además hay que recordar aquella doncella de sesenta inviernos de edad que en su glacial lozanía sigue haciendo excursiones. ¿Cuántos años tienes, Sandy?

Fue la primera vez que mis palabras no recibieron respuesta de labios de Sandy. Su molino de palabras debía de estar cerrado por reformas o algo parecido.

20
El castillo del ogro

Entre las seis y las nueve de la mañana recorrimos quince kilómetros, que era ya bastante para un caballo cargado triplemente (hombre, mujer y armadura). Luego nos detuvimos para tomar un largo descanso a la sombra de unos árboles junto a un riachuelo cristalino.

Poco después vimos que cabalgaba un caballero en dirección nuestra, y a medida que se acercaba escuchamos que profería lastimeros lamentos. Pronto me di cuenta de que el caballero juraba y maldecía, pero de todos modos me alegré de su llegada, pues vi que llevaba un tablero de anuncios sobre el cual estaba escrito con resplandecientes letras doradas:

USE PETERSON, EL CEPILLO DE DIENTES ANTICARIES
EL MEJOR DEL MERCADO

Sabía por el anuncio que se trataba de uno de mis caballeros. Era sir Madok de la Montaine, un sujeto fornido y corpulento cuyo principal mérito consistía en haber estado a un pelo de derribar a sir Lanzarote de su caballo en una ocasión. Nunca dejaba pasar mucho tiempo, en presencia de un desconocido, sin encontrar algún pretexto para revelarle tan grandioso hecho. Pero había otro hecho de magnitud similar que jamás mencionaba, pero que tampoco ocultaba cuando alguien se lo preguntaba: el hecho en cuestión era que no había alcanzado el éxito total en su hazaña porque había sufrido una interrupción al ser derribado del caballo por el propio sir Lanzarote. El ingenuo mastodonte no parecía ver contradicción alguna entre los dos hechos. Yo sentía un gran aprecio por sir Madok, pues ponía enorme entusiasmo en su trabajo y me resultaba muy valioso. Además, presentaba una hermosa y singular figura con sus anchas espaldas bajo la cota de malla, su colosal y leonina cabeza empenechada y su gran escudo, sobre el cual se veía un curioso y atractivo emblema: una mano cubierta por un guantelete que apretaba un cepillo de dientes, y debajo este lema:

ENSAYE EL NOMEATREVO

Se trataba de un dentífrico que estábamos introduciendo en el mercado.

Me dijo que estaba cansado, y ciertamente lo parecía. Pero no quise desmontar. Explicó que perseguía al representante de un producto para bruñir estufas, y de nuevo comenzó con las maldiciones y juramentos. Sir Madok se refería a sir Ossaise de Surluse, un valiente caballero que gozaba de considerable celebridad en virtud de haberse enfrentado en un torneo nada menos que con el gran magnate sir Gaheris en persona, aunque no había tenido éxito. Sir Ossaise era un individuo de una disposición alegre y ligera, y nada en el mundo le preocupaba mucho. Justamente por esta razón lo había elegido para que fuera generando una expectativa por el bruñe-estufas. Todavía no existían las estufas, así que no se podía tomar muy en serio un producto para bruñirlas. Lo único que el agente tenía que hacer era preparar al público para el gran cambio de manera hábil y gradual, animándolos a que fuesen adoptando una predilección por la pulcritud que ya estaría suficientemente desarrollada cuando apareciese en escena la estufa.

Sir Madok estaba muy molesto y continuaba maldiciendo. Me confió que ya había repasado hasta el agotamiento todas las maldiciones que conocía y, sin embargo, no descendería del caballo, ni tomaría descanso alguno, ni recibiría consuelo de nadie hasta que no hubiese encontrado a sir Ossaise y le hubiese ajustado las cuentas. Por los fragmentos que pude reunir en medio de tantas imprecaciones me pareció entender que se había topado con sir Ossaise esa mañana al amanecer y que este le había asegurado que, si tomaba un atajo por entre los campos y los pantanos y las abruptas colinas y las florestas, podría alcanzar a un grupo de viajeros que serían excepcionales clientes para el cepillo anticaries y el dentífrico. Con su celo característico, sir Madok había partido al galope para iniciar inmediatamente la búsqueda, y después de tres horas de terrible cabalgata por regiones donde no existía ningún sendero había llegado a su meta. Pero ¡recontra!, se trataba de los cinco patriarcas que la noche anterior habían sido liberados de las mazmorras. ¡Los pobres ancianos! Habían pasado veinte años desde la última vez que alguno de ellos había tenido un solo diente, o siquiera los restos de lo que había sido un diente.

—¡Maldito, maldito, maldito sea! —repetía sir Madok—. Por mi vida que si lo encuentro lo voy a bruñir como a una estufa. Porque ningún caballero, así sea el linajudo sir Ossaise, puede afrentarme de este modo y seguir con vida. Y habré de encontrarlo para dar cumplimiento al gran juramento que hoy he hecho.

Y con estas y otras palabras, empuñó la lanza y se puso en camino.

A media tarde encontramos a uno de los patriarcas a las afueras de un pueblo miserable. Se reconfortaba con el amor de parientes y amigos a quienes no había visto en cincuenta años; a su alrededor, acariciándolo, se veían también descendientes de su propia carne y su propia sangre a quienes nunca había conocido. De cualquier modo, como había perdido la memoria y su mente estaba en blanco, todos le eran desconocidos. Parecía increíble que un hombre pudiese sobrevivir medio siglo encerrado en un antro oscuro como si fuese una rata, pero estaban allí su anciana esposa y algunos antiguos camaradas, que podrían dar fe de ello. Todavía lo recordaban joven, ligero, vigoroso, tomando en brazos a sus hijos, cubriéndolos de besos y entregándolos luego a su esposa para marchar hacia aquel largo olvido. Ninguna persona en el castillo hubiese podido decir, aunque fuese aproximadamente, el número de años que el hombre había permanecido encerrado por una ofensa desconocida y olvidada. Pero lo sabía su anciana esposa, y lo sabía su hija mayor, quien, rodeada ahora por hijos e hijas ya casados, trataba de aceptar que su padre, que durante toda su vida solo había sido un nombre, un recuerdo, una tradición, una imagen informe, era verdaderamente el pobre hombre que ahora tenían ante sí en carne y hueso.

La situación era extraña, pero no es esa la razón por la que le he dado cabida aquí, sino por algo que me parecía aún más curioso: el hecho de que tan horrible infamia no consiguiese arrancar de aquella gente tiranizada una explosión de ira contra los opresores. Habían sufrido tantas crueldades y atropellos durante tanto tiempo que lo único que podría sorprenderles ahora sería un gesto amable. Sí, era sin duda una curiosa revelación del abismo en el que esta gente se encontraba sumida a causa de la esclavitud. Todo su ser había quedado reducido a un monocorde nivel de inagotable paciencia, resignación y a una aceptación ciega y sin chistar de todos los sufrimientos que la vida podía depararles. Incluso la capacidad de imaginación había muerto. Cuando se puede afirmar eso de un ser humano, me parece que ha tocado fondo, que ya no puede caer más bajo.

Habría preferido seguir otro camino. No era el tipo de experiencia que pudiese animar a un estadista que tenía en mente una revolución pacífica en el futuro. Porque me veía obligado a confrontar el hecho ineludible de que, a pesar de lo mucho que se ha parloteado y filosofado en sentido contrario, no ha existido un solo pueblo en el mundo que haya obtenido la libertad con palabras bien intencionadas y gentiles intentos de persuasión. No; es una ley inmutable que todas las revoluciones que han de triunfar deben comenzar con sangre, pase lo que pase después. Si algo nos enseña la historia es

precisamente eso. Lo que le hacía falta a esta gente era un Reino del Terror y una guillotina…, y no alguien como yo.

Dos días después, hacia el mediodía, Sandy comenzó a dar señales de excitación y de febril ansiedad. Me dijo que nos acercábamos al castillo del ogro. Sentí un desagradable sobresalto. Me había ido olvidando poco a poco del motivo de nuestra empresa, y esta repentina resurrección lo convertía por un momento en algo real y alarmante, y despertaba en mí un interés inusitado. La excitación de Sandy crecía minuto a minuto, y la mía también, porque ese tipo de cosas son contagiosas. Mi corazón comenzó a latir con violencia. Con un corazón no se puede razonar; tiene sus propias leyes y se pone a latir por cosas que desdeña el intelecto. Al cabo de un momento Sandy descendió del caballo, me hizo señas de que me detuviera y se dirigió a hurtadillas hacia unos arbustos que bordeaban una pendiente, el cuerpo agazapado, la cabeza gacha hasta casi tocar las rodillas. Los latidos de mi corazón se hicieron aún más violentos y veloces, y así continuaron mientras ella se emboscaba entre los arbustos y examinaba lo que había más allá de la pendiente. En cuclillas y sigilosamente me acerqué hasta ella. Sus ojos ardían mientras señalaba con un dedo tembloroso algún punto en la distancia y me decía en un susurro jadeante:

—¡El castillo! ¡El castillo! Mirad dónde se vislumbra.

¡Qué agradable decepción sentí!

—¿Castillo? —pregunté—. ¡Pero si no es más que una pocilga! Una pocilga rodeada por una valla de zarzas.

Sandy pareció asombrada y afligida. La animación desapareció de su rostro, y durante un buen rato se mantuvo pensativa y silenciosa.

—Antaño no estaba encantado —dijo finalmente, como si estuviese musitando para sus adentros—. Extraño prodigio este, y terrible, que a vuestros ojos aparezca encantado y reducido a un aspecto ruin y vergonzoso, mientras mi percepción no sufre encantamiento alguno, y se yergue firme y majestuoso, ceñido por su foso y ondeando en el cielo azul las banderas de sus torres. Y que Dios nos proteja; qué dolorosas punzadas siente mi corazón al contemplar de nuevo a las cautivas y comprobar cómo la pena ha grabado huellas aún más profundas en sus dulces rostros. Somos culpables nosotros, pues mucho hemos tardado.

Comprendí entonces lo que ocurría. El castillo estaba encantado para *mí*, no para ella. Hubiese sido una pérdida de tiempo tratar de sacarla del engaño; sería imposible. Era más sencillo seguirle la corriente, así que dije:

—Es algo muy común, Sandy, que un objeto se presente como encantado a los ojos de una persona, mientras conserva su forma real para los demás[1]. Habrás oído hablar de ello, aunque nunca lo hayas experimentado en cabeza propia. Pero no hay daño en este caso. De hecho, es una suerte que haya ocurrido de esta manera. Si estas damas apareciesen como puercos a los ojos de todo el mundo y de ellas mismas, sería necesario romper el encantamiento, lo cual puede resultar imposible si no se consigue descubrir el proceso particular que se utilizó en su formulación. Y además, muy arriesgado, porque al intentar un desencantamiento sin contar con la verdadera clave estás expuesto a cometer un error que transforme a los cerdos en perros, los perros en gatos, los gatos en ratones, etcétera, y puedes terminar por reducir los sujetos de tu desencantamiento a la nada, o a un gas inodoro, que sería imposible seguir…, lo cual, por supuesto, viene a ser más o menos lo mismo. Pero en este caso, por fortuna, son únicamente mis ojos los que se encuentran bajo los efectos del encantamiento, por lo cual no valdría la pena disolverlo. Estas damas siguen siendo damas para ti y para ellas mismas y para todas las demás personas, y al mismo tiempo no sufrirán perjuicio alguno a causa del engaño de que soy víctima, pues para mí es suficiente con saber que lo que parece ser un marrano es en realidad una dama y, en consecuencia, sabré darle el tratamiento que merece.

—Ah, gracias, dulce señor mío; habláis como un ángel. Y sé muy bien que habréis de liberarlas, porque estáis dispuesto a acometer grandes hazañas y sois caballero tan diestro con vuestras manos y tan valiente en vuestro proceder como cualquier otro caballero en vida.

—No dejaré ni una princesa en la pocilga, Sandy. ¿Por ventura aquellos tres que a mis ojos desordenados aparecen como famélicos porqueros son?…

—¿Los ogros? ¿También están trocados ellos? Me deja estupefacta. Y también amedrentada, pues, ¿cómo podríais acertar vuestros golpes si os son invisibles cinco de sus nueve codos de estatura? Ah, proceded con prudencia, gentil señor; veo que os espera una empresa más descomunal de lo que yo había anticipado.

—Cálmate, Sandy. Todo lo que necesito saber es qué cantidad de ogro permanece invisible, y con esa información podré localizar sus órganos vitales. No tengas miedo. Despacharé en un santiamén a estos porqueros de pacotilla. Quédate donde estás.

Sandy se quedó de hinojos, pálida como un cadáver, pero esperanzada y animosa, y cabalgué hasta la pocilga, donde concluí un trato con los porqueros. Me gané su gratitud comprando todos los cerdos por la suma

global de dieciséis peniques, bastante superior a las tarifas más recientes. Y había llegado en un momento oportuno además, porque al día siguiente deberían presentarse la Iglesia, el señor feudal y el resto de los recaudadores de impuestos y se hubiesen llevado gran parte de las existencias, dejando a los porqueros escasos de cerdos y a Sandy sin princesas. Pero esta vez los recaudadores podrían ser pagados en efectivo, con lo cual habría además menos riesgos. Uno de los hombres tenía diez hijos y me contó que cuando, el año anterior, vino el señor cura y eligió el cerdo más gordo para cubrir su correspondiente diezmo, la esposa se le había abalanzado y, ofreciéndole uno de los hijos, le había dicho:

—Mala bestia sin misericordia alguna en las vísceras, ¿por qué me dejas el hijo si me robas los medios para alimentarlo?

Curiosamente, lo mismo había ocurrido en el país de Gales en mis tiempos, bajo la misma Iglesia oficial, que, según muchos, había cambiado de naturaleza cuando cambió de disfraz.

Despedí a los tres hombres y, mientras abría la puerta del corral, le hice señas a Sandy de que se acercara…, y así lo hizo; pero no exactamente de forma pausada, sino más bien con la velocidad de un incendio de pradera. Y cuando se precipitó sobre los puercos, con lágrimas de gozo rodando por sus mejillas, apretándolos contra su corazón, besándolos, acariciándolos, dirigiéndose a ellos con altisonantes y principescos nombres, sentí vergüenza de ella y sentí vergüenza del género humano.

Teníamos que llevar los cerdos a casa, a unos quince kilómetros, y debo decir que nunca he conducido damas más caprichosas y obstinadas. Se negaban a seguir cualquier camino o sendero, se desbandaban a cada momento, escapando en todas las direcciones, perdiéndose entre las rocas, subiendo por las colinas más empinadas o buscando los terrenos más escabrosos. Y no me era permitido golpearlas ni abordarlas bruscamente. Sandy no permitiría que utilizase modales que no fuesen dignos de sus altos rangos. Hasta la más vieja y fastidiosa de las cerdas tenía que ser llamada *milady* o Alteza, como todas las demás. Resulta difícil y fatigoso tratar de reunir a un grupo de cerdos traviesos cuando vas recubierto por una armadura. Había una condesa con un anillo de hierro en el hocico y muy poco pelo en el lomo que daba mucha guerra. Tuve que perseguirla durante una hora por todo tipo de terreno, y al final nos encontramos en el mismo sitio donde habíamos empezado, sin haber progresado un solo pelo. La agarré por el rabo y así la llevé un buen trecho, a pesar de sus agudos chillidos. Cuando Sandy se dio

cuenta se mostró horrorizada y me dijo que era una indelicadeza de la más baja estofa arrastrar a una condesa por sus trenzas.

Llegamos con los cerdos a casa justo al oscurecer… con la mayoría de ellos, quiero decir. Habíamos perdido a la princesa Nerovens de Morganore y a dos de sus damas de compañía, a saber, la señorita Angela Bohun y la doncella Elaine Courtemains[2], la primera de ellas una joven cerda de color negro con una estrella blanca en la frente, y la segunda, una puerca de color marrón de patas flacas y una leve cojera en el pernil delantero del lado de estribor. Tengo que decir que eran dos de las cerdas más insoportables que he conocido en toda mi vida. También había entre las desaparecidas unas cuantas baronesas…, y por mí hubiesen podido seguir desaparecidas; pero no, había que encontrar todo ese tocino, de modo que mandamos a varios sirvientes provistos de antorchas a buscarlas por los montes y colinas.

Por supuesto que toda la piara fue alojada en la casa y, ¡por mis pistolas!, jamás había visto nada semejante. Ni había tenido que oír nada semejante. Y tampoco había olido nada semejante. Parecía una insurrección en una fábrica de gases.

21
Los peregrinos

Cuando, por fin, me fui a la cama estaba increíblemente cansado. ¡Qué lujo, qué placer estirar y relajar los músculos en tensión durante tanto tiempo! Pero, por el momento, no podía aspirar a más; dormir sería imposible. El alboroto que hacía la nobleza retozando, corriendo y chillando por los pasillos y salones de la casa semejaba un verdadero pandemónium y no me permitió pegar ojo. Al estar en vela, mi mollera se puso naturalmente en funcionamiento, y la mayoría de los pensamientos giraban alrededor del curioso espejismo que sufría Sandy. He ahí una mujer sana, tan sana como cualquier persona que aquel reino podía producir, y pese a ello, desde mi punto de vista, estaba actuando como una loca. ¡Caray! ¡Lo que hace el aprendizaje, la influencia de otros, la educación! Hace posible que una persona llegue a creer en cualquier cosa. Tenía que ponerme en el lugar de Sandy para intentar comprender que no era una lunática. Sí, y ponerla a ella en mi lugar para demostrarle lo fácil que resulta parecer lunático a los ojos de una persona que ha recibido una educación distinta a la propia. Si le hubiese dicho a Sandy que había visto un carromato que, sin encontrarse bajo el influjo de un encantamiento, era capaz de circular a ochenta kilómetros por hora; que había visto a un hombre, desprovisto de poderes mágicos, meterse en una cesta y elevarse hasta desaparecer entre las nubes, y que había escuchado, sin la ayuda de un nigromante, la voz de una persona que se hallaba a cientos de kilómetros de distancia, Sandy no solo hubiera pensado que yo estaba loco; hubiera creído estar segura. Toda la gente que ella conocía creía en encantamientos; nadie albergaba ninguna duda. Dudar que un castillo pudiese ser convertido en una pocilga y todos sus ocupantes en cerdos equivaldría a poner en duda entre los habitantes de Connecticut la existencia del teléfono y sus portentos. En ambos casos las dudas se habrían considerado pruebas irrefutables de una mente enferma y una razón desequilibrada. Sí, Sandy estaba cuerda; me veía en la obligación de admitirlo. Y si yo quería conservar mi cordura a ojos de Sandy debía ocultarle mis supersticiones sobre locomotoras, dirigibles y teléfonos que ni estaban encantados ni son milagrosos. Además, yo tenía la creencia de que el mundo

no era plano, que no estaba sostenido por columnas y que no estaba cubierto por un toldo para contener un universo de agua que ocupaba todo el espacio superior. Pero como era yo en todo el reino la única persona contaminada por estas opiniones impías y criminales, decidí que sería prudente guardar silencio también sobre este asunto si no quería verme bruscamente apartado y proscrito de todos en razón de mi locura.

A la mañana siguiente, Sandy reunió los cerdos en el comedor para darles el desayuno, que ella les sirvió personalmente, haciendo gala en todo momento de la profunda reverencia que los habitantes de su isla, ancianos y jóvenes, han sentido siempre por el rango, sea cual sea su envoltura externa y el contenido mental y moral de sus poseedores. Se me hubiese permitido comer con los marranos si mi alcurnia correspondiese a la importancia de mi cargo oficial, pero no era así, de modo que tuve que aceptar sin quejarme el inevitable desaire. Sandy y yo tomamos el desayuno en la segunda mesa. La familia no estaba en casa. Pregunté:



—¿Cuántos son en tu familia, Sandy, y dónde están?

—¿Familia?

—Sí.

—¿Qué familia, buen señor mío?

—¡Vaya! Pues esta familia, tu familia.

—A decir verdad, no os comprendo. No tengo familia.

—¿Que no tienes familia? Caramba, Sandy, ¿pero no es este tu hogar?

—¿Cómo podría serlo? No tengo hogar.

—Bueno, pero entonces, ¿de quién es esta casa?

—Ah, podéis tener la seguridad de que os lo diría si lo supiese.

—¿Así que ni siquiera conoces a esta gente? ¿Entonces quién nos invitó?

—Nadie nos invitó. Vinimos aquí, eso es todo.

—¡Santo cielo, mujer, esto es algo exorbitante! ¡Una desfachatez inimaginable! Nos dejamos caer alegre y despreocupadamente en la casa de un hombre y la ocupamos de cabo a rabo con la única nobleza de alguna utilidad que se ha visto sobre la faz de la tierra, y resulta que ni siquiera sabemos cómo se llama ese hombre. ¿Cómo has podido tomarte esa libertad desmesurada? Yo había supuesto, naturalmente, que estábamos en tu casa. ¿Qué va a decir el dueño?

—¿Qué va a decir? ¿Qué otra cosa podría decir además de darnos las gracias?

—¿Gracias de qué?

En su rostro apareció una expresión de extrema sorpresa.

—En verdad, dificultáis mi comprensión con palabras extrañas. ¿Acaso es posible concebir que alguien de su condición reciba otra vez en toda su vida el honor y la gracia de acoger en su hogar a una visita como la nuestra?

—Bueno, no. Si lo miras de ese modo, pues no. Hasta se podría apostar que es la primera vez que recibe una visita como la nuestra.

—Entonces permitidle que manifieste su gratitud y que lo demuestre con palabras lisonjeras y con la debida humildad. Si no lo hiciese así, sería un perro, y perros serían sus descendientes y sus antepasados.

A mi entender, la situación, bastante incómoda ya, podría tornarse aún más incómoda. Quizá no sería mala idea reunir a los cerdos y continuar camino, así que dije:

—Se está haciendo tarde, Sandy. Me parece que ya va siendo hora de juntar a toda la nobleza y ponernos en marcha.

—¿Hacia dónde, gentil señor?

—Debemos llevar a cada dama a su sitio de origen, ¿no es así?

—¡Ja, escuchadle! ¡Pero si provienen de todas partes de la tierra! Si tuviésemos que acompañar a cada una a su hogar no tendríamos tiempo para realizar todos estos viajes en una vida tan breve como la que nos ha asignado Aquel que creó la vida y después creó también la muerte con la ayuda de Adán, quien pecó al acceder a las persuasiones de su compañera, embaucada y traicionada por las argucias del gran enemigo del Hombre, la serpiente poderosa, y desde tiempos pretéritos ha sido consagrada y elegida para llevar a cabo ese pérfido trabajo en razón de su desmesurada malevolencia y de la envidia engendrada en su corazón por las bajas ambiciones que enmohecieron y marchitaron una naturaleza antaño tan blanca y tan pura en aquellos tiempos lejanos en que surcaba el hermoso cielo en compañía de sus hermanos de nacimiento, a la sombra y cobijo de aquellas alturas, de cuyo rico estado y condición son moradores, y…

—¡Zambomba!

—¿Milord?

—Bueno, sabes que no tenemos tiempo para este tipo de cosas. ¿No te das cuenta? Podríamos llegar con esta gente hasta todos los rincones de la tierra en menos tiempo del que te llevaría explicar que no podemos hacerlo. Ahora no es el momento de hablar, sino de actuar. Debes tener mucho cuidado; no puedes permitir que de nuevo se ponga en funcionamiento tu molino en un momento como este. Manos a la obra, y deprisa. ¿Quién va a llevar a casa a la aristocracia?

—Sus propios amigos. Vendrán a buscarlos desde todos los puntos de la tierra.

Esto era tan inesperado como un relámpago en un cielo despejado, y sentí tanto alivio como si me acabasen de perdonar una condena. Por supuesto que ella se quedaría para hacer entrega de la mercancía.

—Bueno, Sandy, ya que hemos llevado a fin nuestra empresa de una manera tan alegre y exitosa, regresaré a la corte para dar cuenta, y si alguna vez nos volvemos a…

—Yo también estoy lista; iré con vuestra merced.

Anulado el perdón.

—¿Qué? ¿Que vienes conmigo? ¿Y por qué?

—¿Podríais pensar acaso que soy capaz de traicionar a mi caballero? Gran deshonra sería. No me separaré de vuestra merced hasta que en un caballeresco encuentro en el campo de batalla algún caballero más poderoso os derrote y consiga así el derecho a mí. Y que Dios me confunda si pensara que eso podría acaecer alguna vez.

«Elegido para un largo período —suspiré para mis adentros—. Ya que no hay remedio, habré de sacar el mayor partido posible».

Entonces dije:

—Está bien, en marcha.

Mientras Sandy se despedía llorosamente de los puercos, cedí a los sirvientes toda aquella aristocracia. Y les recomendé que utilizaran un buen plumero para limpiar los rincones donde la nobleza se había alojado y los sitios por donde se había paseado, pero les pareció que realmente no valdría la pena, y además sería una grave desviación de las costumbres, que posiblemente daría que hablar. ¡Una desviación de las costumbres! No había más que hablar; era esta una nación capaz de cometer cualquier crimen menos ese. Los sirvientes dijeron que observarían las usanzas, unas usanzas que se habían hecho sagradas a causa de una obediencia inmemorial. Se limitarían a colocar unos cuantos juncos en todos los aposentos y salones para que la aristocrática visita resultara un poco menos evidente. Se trataba de una especie de sátira de la naturaleza: depositaba la historia familiar en un estratificado registro, de modo que un arqueólogo de futuros siglos, valiéndose de los restos de cada período, podría discernir los cambios de la dieta familiar introducidos durante un siglo.

Lo primero que encontramos en el camino aquel día fue una procesión de peregrinos. No iba en la misma dirección que nosotros, pero de cualquier manera nos unimos a ella, porque cada hora que pasaba me daba cuenta con mayor claridad de que si pretendía gobernar el país sabiamente debía estar al tanto de los detalles de su existencia, y no con información de segunda mano, sino por la observación y el escrutinio personales.

El grupo de peregrinos recordaba a los de Chaucer**[1]** en lo siguiente: que tenía un representante de casi todas las profesiones y ocupaciones superiores que se ejercían en el país, con la correspondiente variedad en el vestuario. En el grupo iban jóvenes y viejos, hombres y mujeres, gente grave y gente vivaz. Cabalgaban sobre mulas y caballos y no se veía ninguna silla de montar al estilo jineta, ya que esta especialidad no se conocería en Inglaterra antes de que pasaran otros novecientos años.

Resultaba una manada agradable, amistosa, sociable; eran piadosos, alegres y llenos de brusquedades inconscientes e indecencias inocentes. Lo que ellos consideraban meramente chistes *picantes* circulaba de boca en boca con el mismo desparpajo con el que se podría contar entre la mejor sociedad inglesa doce siglos más tarde. Bromas que serían dignas de los ingenios más destacados en la distante Inglaterra del siglo XIX aparecían aquí, allá y acullá a

lo largo de la fila, provocando enardecidos aplausos, y a veces, cuando se hacía un comentario chistoso en un extremo de la procesión y comenzaba a avanzar hacia el otro, era posible observar su progreso, como si de una ola se tratara, por la destellante espuma de risas que surgía a medida que se iba abriendo paso, y asimismo, por el rubor que causaba en las mulas.

Sandy conocía el propósito de la peregrinación y me lo dijo:

—Viajan al valle de la Santidad para recibir las bendiciones de los santos ermitaños y beber las aguas milagrosas que limpian de pecado.

—¿Y dónde está ese balneario?

—Hállase a dos días de aquí, en las fronteras del país denominado el Reino del Aire[2].

—Háblame de él. ¿Es un sitio célebre?

—Ah, en verdad que lo es. No hay otro que lo sea en mayor medida. En tiempos remotos vivía allí un abad con sus monjes. No debían de existir otros más santos que ellos en el mundo, pues se entregaban por completo al estudio de libros piadosos y no se hablaban unos a otros; más aún: no hablaban con nadie, comían hierbas rancias y nada más, dormían malamente y oraban mucho, y no se lavaban nunca; además, llevaban la misma vestidura hasta que se desprendía de sus cuerpos a causa de los muchos años y la podredumbre. Con justicia llegaron a ser conocidos en todo el mundo por razón de estas santas austeridades y visitados por ricos y pobres, y muy reverenciados.

—Prosigue.

—Pero en ese sitio escaseaba siempre el agua. Y entonces, una vez, el santo abad rogó a Dios, y un arroyo de agua cristalina brotó milagrosamente en un lugar desierto. Pero los monjes veleidosos fueron tentados por el Demonio, e incesantemente importunaban al abad, implorándole, instándole a que construyera un baño, y cuando se sintió agotado y ya no pudo resistir más les dijo: «Tendréis lo que deseáis —y les concedió lo que pedían—. Notad ahora lo que significa abandonar el sendero de pureza amado por Él e incurrir en la lascivia de cosas mundanas y ofensivas». Penetraron los monjes en el baño y salieron luego lavados, tan blancos como la nieve, mas ¡ay!, en ese momento apareció su signo, ¡su reproche milagroso!, pues sus aguas, insultadas, dejaron de correr y desaparecieron por completo.

—No les fue tan mal, Sandy, teniendo en cuenta cómo se castiga en este país ese tipo de crimen.

—Como queráis, pero ese era su primer pecado, y durante largo tiempo habían llevado una vida perfecta, en nada distintos a los ángeles. Oraciones, lágrimas, torturas de la carne, todo fue vano para inducir al agua a que

corriera de nuevo. Incluso procesiones, ofrendas de incienso, velas votivas a la Virgen; fracasaron todas las veces y todas las gentes del país estaban asombradas.

—¡Qué curioso enterarse de que también esta industria tiene sus pánicos financieros y que a veces sus ganancias y dividendos languidecen hasta desaparecer y se llega a la total inactividad! Sigue, Sandy.

—Y entonces, una vez, pasado cierto tiempo, el buen abad se arrepintió humildemente y destruyó el baño. Y escuchad bien: su ira fue en aquel momento apaciguada y las aguas de nuevo brotaron en abundancia, y hasta el día de hoy no han cesado de fluir con la misma generosidad.

—Por lo cual deduzco que desde entonces nadie se ha bañado.

—Más le valdría estar muerto a quien lo intentase.

—¿La comunidad ha prosperado desde entonces?

—A partir de ese mismo día. La fama del milagro sobrepasó las fronteras y se extendió por todo el mundo. De todas las regiones de la tierra llegaron monjes para ingresar; llegaban en gran número, como bancos de peces, y el monasterio tuvo que añadir un edificio y otro, y aun otros y otros, y entonces, desplegando sus brazos, los acogió a todos. Y llegaron monjas también, y luego más, y todavía más, y se construyó un convento al otro lado del valle y se fue sumando un edificio a otro, hasta que el convento resultó imponente. Y estos y aquellos entablaron amistad y unieron sus amorosos trabajos, y unidos levantaron un asilo para niños expósitos en un sitio del valle a mitad de camino entre el convento y el monasterio.

—Habías mencionado unos ermitaños, Sandy.

—Se han reunido allí procedentes de todos los rincones de la tierra. Donde mejor prospera el ermitaño es entre las multitudes de peregrinos. Encontraréis que no faltan ermitaños de ninguna clase. Si alguien mencionase un ermitaño de un género que se cree nuevo y que solo se puede encontrar en una tierra recóndita y extraña, les bastaría con escarbar entre los agujeros y cavernas y ciénagas que abundan en el Valle de la Santidad y allí encontraría una muestra de ese género de ermitaño, sea cual sea su clase.

Comencé a caminar al lado de un sujeto corpulento, de rostro rubicundo y alegre, con el propósito de ganarme su confianza y recoger algunas otras migas de información, pero acabábamos de entablar conversación cuando empezó a preparar el terreno, de la manera consabida, para contarme la misma anécdota inmemorial, la misma que me había referido sir Dinadan en aquella ocasión en que tuve el malentendido con sir Sagramor por culpa de tal anécdota, y el consiguiente desafío. De inmediato me excusé, y poco a poco

me fui quedando rezagado hasta quedar a la cola de la procesión, con el corazón contrito, deseoso de abandonar en el mismo instante aquella vida azarosa, aquel valle de lágrimas, aquella breve jornada entre un descanso y otro, aquella sucesión de nubes y tormentas, o de agotadoras luchas y monótonas derrotas, pero al mismo tiempo renuente a hacerlo, al considerar cuán larga es la eternidad y cuántos mortales que conocen esa anécdota habrán accedido a ella.

Al principio de la tarde alcanzamos otra procesión de peregrinos, pero muy diferente de la primera. En esta no había alegría, ni chistes, ni risas, ni bromas, ni juegos, ni ligerezas, ya fuese entre los jóvenes o entre los ancianos. Porque había aquí gente de todas las edades: ancianos y ancianas canosos, vigorosos hombres y mujeres de edad mediana, jóvenes parejas, niños y niñas, y tres criaturas de pecho. Incluso los niños se veían adustos; no había un solo rostro entre el medio centenar de personas que no pareciese abatido, que no mostrase esa rígida expresión de agobio que imprimen las prolongadas tribulaciones y la compañía constante de la desesperación. Eran esclavos. Llevaban esposas en las muñecas y grilletes en los tobillos uncidos por cadenas a una correa de cuero que les ceñía la cintura; además formaban una especie de eslabón humano, pues los collares de hierro de los adultos estaban ajustados a una misma y pesada cadena, también de hierro. Debían hacer largas jornadas a pie y ya habían recorrido quinientos kilómetros en dieciocho días, alimentándose de sobras y raíces, y para colmo en menguadas raciones. Dormían con las cadenas, amontonados como una piara de cerdos. Sobre sus cuerpos llevaban unos pobres harapos, pero no podría decirse que estuviesen vestidos. Los hierros habían escoriado la piel de los tobillos causando heridas que ahora se encontraban ulcerosas y purulentas. Los pies estaban desgarrados, y ni uno solo del grupo caminaba sin cojear. Al comienzo de su viaje, la triste caravana constaba de un centenar de infortunados, pero más de la mitad habían sido vendidos en el camino. El mercader encargado de ellos montaba un caballo y llevaba un látigo de mango pequeño, pero con una larga y áspera tralla terminada en varias colas de gruesos nudos. Con su látigo azotaba las espaldas del que comenzase a flaquear por la fatiga o el dolor. No decía palabra; el látigo se encargaba de interpretar sus deseos. Ni una sola de aquellas desdichadas criaturas levantó la mirada en el momento en que los adelantábamos; ni siquiera parecían enterarse de nuestra presencia. Y solo un sonido brotaba del grupo: el sordo y terrible traqueteo de sus cadenas de un extremo a otro de la fila, cada vez que los cuarenta y tres atormentados pies se

levantaban y caían al unísono. La fila avanzaba entre la espesa nube de polvo que ellos mismos producían.

Todos los rostros aparecían cubiertos por una capa grisácea de polvo, similar a la que recubre los muebles y enseres de una casa desocupada y que parece invitarnos a que con el dedo dibujemos sobre ella nuestros pensamientos ociosos. Pensé en ello al notar que en los rostros de algunas de las mujeres, jóvenes madres con bebés que se aproximaban a la liberación de la muerte, estaba escrito un algo arrancado del corazón que resultaba evidente, ¡y tan fácil de leer!, pues eran las huellas de sus lágrimas. Una de estas jóvenes madres era apenas una niña, y mi corazón se desgarró al leer la escritura y pensar que había brotado del pecho de una niña, un pecho que todavía no debería conocer el dolor, que solamente debería estar experimentando las alegrías que corresponden a la mañana de la vida y que seguramente…

Justo en ese momento se tambaleó, mareada por el cansancio, y el látigo cayó sobre ella, desgajando de su espalda desnuda un jirón de piel. Sentí tanto ardor como si el golpe lo hubiese recibido yo. El mercader hizo detener la fila y descendió de su caballo. Increpó e insultó a la niña, diciéndole que ya había causado suficientes molestias con su pereza, y que como ya le había dado antes la última oportunidad, había llegado el momento de ajustar las cuentas. Ella se dejó caer de rodillas y, alzando sus manos, comenzó a llorar, a rogar, a implorar, convulsionada de terror, pero él no le prestó ninguna atención. Le arrebató el bebé y ordenó a los esclavos varones que se hallaban encadenados delante y detrás de ella que la arrojaran al suelo, la desnudaran y la sujetaran. Se lanzó entonces sobre ella y comenzó a darle latigazos, como si hubiese enloquecido, hasta desollar su espalda, mientras ella gemía lastimosamente y luchaba por liberarse. Uno de los hombres que la sujetaban desvió la mirada, y por este rasgo de compasión también fue vilipendiado y azotado.

Todos los peregrinos de nuestro grupo observaban la escena y hacían comentarios, admirados por el hábil manejo del látigo. Estaban demasiado encallecidos en todo lo relacionado con la esclavitud, consecuencia de una familiaridad cotidiana y permanente, como para pensar que en aquella escena existía algo más que mereciera ser comentado. Era esto una muestra de lo que puede hacer la esclavitud, osificar lo que podría llamarse el lóbulo superior de los sentimientos humanos, pues aquellos peregrinos eran gente de buen corazón, que no hubiesen permitido que ese hombre maltratase a un caballo de la misma manera.

Yo hubiese querido detener todo aquello y liberar a la joven esclava, pero no era conveniente. No debía interferir demasiado en las leyes del país, ni hacerme célebre por cabalgar a pelo sobre las leyes y derechos de los ciudadanos. Si conseguía sobrevivir y prosperar, algún día me convertiría en la muerte de la esclavitud; estaba resuelto a hacerlo, pero quería arreglármelas de tal modo que, cuando así ocurriese, fuera verdugo de la esclavitud por designio de la nación.

Muy cerca de allí se encontraba el taller de un herrero, y en ese momento llegó un terrateniente que había comprado a la joven unos cuantos kilómetros atrás para que fuese entregada en aquel lugar, donde se le quitarían los grilletes, esposas y collar. Así se hizo, pero en seguida se produjo una disputa entre el mercader y el nuevo propietario para decidir quién debía pagar al herrero. En el instante en que la joven fue liberada de sus cadenas se arrojó, gimiendo frenéticamente, en brazos del esclavo que había desviado la mirada cuando ella estaba siendo azotada. El hombre la apretó contra su pecho y cubrió de besos el rostro de la mujer y el de la criatura, bañándola al mismo tiempo con un torrente de lágrimas. Sospeché. Pregunté. Sí, tenía razón: eran marido y mujer. Fueron separados por la fuerza y ella hubo de ser arrastrada, pues se defendía, luchaba y se contorsionaba como una loca. Cuando doblaron el recodo con la joven a rastras los perdimos de vista, pero un rato después todavía podíamos distinguir sus gritos crispados. ¿Y qué aspecto tenía el marido y padre ahora que había perdido a su mujer y a su hijo y no los volvería a ver en toda su vida? Pues bien, su aspecto me resultaba tan insoportable que volví la cabeza. Sabía, sin embargo, que nunca olvidaría esa imagen, y ahí sigue, hasta el día de hoy, acongojando mi corazón cada vez que la evoco.

Al caer la noche nos alojamos en la posada de algún pueblo a la vera del camino, y cuando desperté al día siguiente y contemplé el horizonte alcancé a ver un jinete que se acercaba enmarcado por la dorada gloria del nuevo día, y reconocí en él a uno de mis caballeros, sir Ozana le Cure Hardy[3]. Estaba en el ramo de prendas masculinas, y su especialidad misionera eran los sombreros cilíndricos. Estaba revestido de acero y lucía una de las armaduras más hermosas de la época, de los pies al sitio donde debería estar el yelmo, pues en lugar de yelmo estaba tocado por un rutilante tubo de chimenea, ofreciendo el más ridículo de los espectáculos. Era otro de mis métodos subrepticios para extinguir la caballería andante, haciéndola aparecer grotesca y absurda. De la silla de montar de sir Ozana colgaban multitud de cajas de sombreros, y cada vez que derrotaba a un caballero andante le hacía jurar que

pasaría a mi servicio, le enfundaba un sombrero hongo y le obligaba a usarlo. Me vestí y salí corriendo para dar la bienvenida a sir Ozana y recibir sus noticias.

—¿Qué tal van los negocios? —pregunté.

—Observaréis que solo me quedan estos cuatro de los dieciséis que tenía cuando salí de Camelot.

—A fe que te estás luciendo, sir Ozana. ¿Dónde habéis estado pastando estos últimos días?

—Acabo de visitar el valle de la Santidad, señor.

—Yo mismo me dirijo a ese sitio. ¿Alguna novedad de importancia entre el monjerío?

—¡Por la santa misa!… Dale buen pienso a este caballo, muchacho, y sé generoso, como si en ello te fuese la cabeza. Anda, acude al establo veloz y ligero y haz lo que te ordeno… Señor, traigo grandes noticias… ¿Y por ventura son peregrinos todos estos?… Entonces, nada mejor podríais hacer, buena gente, que reuniros a escuchar la historia que de mi boca oiréis, pues os concierne, dado que pensáis encontrar lo que no encontraréis y pensáis buscar lo que en vano buscaréis, y dejo mi vida en prenda de que son ciertas mis palabras, y mis palabras y mensaje son los siguientes: Que ha sucedido un suceso sin igual, cuyo parangón ha sido visto solo en una ocasión en estos doscientos años, cuando por primera y última vez dicho infortunio azotó el valle de la Santidad por mandato del Todopoderoso, existiendo justas razones y causas que a ello habían contribuido, por lo cual…

—¡La fuente milagrosa ha dejado de manar!

El grito brotó al mismo tiempo de la boca de veinte peregrinos.

—Habláis la verdad, buena gente. Me disponía a decíroslo en el instante en que me habéis interrumpido.

—¿Acaso alguien se ha lavado de nuevo?

—Así se sospecha, pero nadie se atreve a dar crédito a ello. Se cree que es otro pecado, pero nadie podría decir cuál.

—¿Y cómo han reaccionado los monjes?

—Nadie podría ponerlo en palabras. Nueve días ha permanecido seca la fuente. Las oraciones que se iniciaron entonces y los lamentos con cilicios y las ofrendas, y las santas procesiones no han cesado ni de día ni de noche, y por ende los monjes y las monjas y los expósitos se encuentran todos exhaustos, y como no queda en ninguno las fuerzas para alzar la voz del cuerpo se cuelgan oraciones escritas en pergaminos. Y a lo último enviaron por vuestra merced, sir Jefe, para recurrir a la magia y encantamiento, y si no

pudieseis venir, el mensajero debía entonces buscar a Merlín, y allí está él desde hace tres días, y afirma que hará manar agua aunque tenga que reventar el globo y destruir sus reinos para conseguirlo, y osadamente trabaja su magia y convoca sus ocultos poderes y a los habitantes del averno para que acudan a ayudarlo, pero hasta ahora no ha obtenido ni un soplo de humedad que fuese equivalente al vaho que se produce sobre un espejo de cobre, a no ser que contemos como tal el barril completo que debe de sudar trabajando en su empeño, de sol a sol, y si…

Ya estaba servido el desayuno. En cuanto terminamos le mostré a sir Ozana las palabras que había escrito en el interior del sombrero: «Departamento de Química, División de Laboratorios, Sección G. Pxxp. Enviar dos de la primera talla, dos de la número tres y seis de la número cuatro, junto con los detalles accesorios necesarios y dos ayudantes con experiencia». En seguida le dije:

—Ahora regresa a Camelot como si tuvieras alas, valeroso caballero, y enséñale la nota a Clarence y dile que a la mayor brevedad envíe al valle de la Santidad los materiales solicitados.

—Así lo haré, sir Jefe —respondió.

Y se puso en camino de inmediato.

22
La fuente sagrada

Los peregrinos eran seres humanos. De otro modo hubiesen reaccionado de una manera diferente. Habían hecho un viaje largo y difícil y cuando, muy cerca del final, se enteraron de que venían por algo que había dejado de existir, no reaccionaron como seguramente lo hubiesen hecho un caballo, un gato o una lombriz de tierra, es decir, dando media vuelta y ocupándose de algo provechoso…, no. Si antes se encontraban ansiosos por ver la fuente sagrada, ahora lo estaban cuarenta veces más por ver el sitio donde la fuente solía estar. ¡Qué inexplicables resultan los seres humanos!

Cabalgamos velozmente y antes del atardecer nos encontrábamos en los altos parajes del valle de la Santidad. Nuestros ojos recorrieron el sitio de un extremo a otro, tomando nota de sus características. Quiero decir de las características más importantes, que eran los tres bloques de edificios. Esas apariciones distantes y aisladas se veían como construcciones de juguete en la yerma explanada que parecía ser un desierto, y lo era. Una escena semejante siempre resulta lóbrega: tan impresionante es su quietud, tan sumergida en la muerte parece estar. Solo un sonido interrumpía la quietud, pero la hacía aún más lóbrega: era el sonido apagado y distante de campanas que tañían y que llegaba hasta nosotros transportado por la brisa pasajera, un sonido tan tenue, tan vago, que apenas sabíamos si lo escuchábamos con nuestros oídos o con nuestra imaginación.



Llegamos al monasterio antes de que cayera la noche, y allí recibieron alojamiento los varones, pero las mujeres fueron enviadas al convento. Las campanas ya se encontraban cerca, y sus notas solemnes golpeaban el oído como una señal funesta. Una supersticiosa desesperación se había apoderado del corazón de cada uno de los monjes y parecía imprimirse en sus rostros fantasmales. Por todas partes aparecían estos espectros de hábitos negros, sandalias ligeras y semblantes lívidos, revoloteaban un instante y se desvanecían tan silenciosos como las criaturas de una pesadilla e igualmente espeluznantes.

La alegría del anciano abad al verme fue patética, hasta llegar a las lágrimas; las lágrimas suyas, claro.

—Hijo mío, no tardéis en consagraros a vuestra tarea salvadora —me dijo —. Si no logramos que fluya el agua de nuevo, y pronto, estaremos arruinados, y se perderán los buenos trabajos de doscientos años. Y tratad de utilizar encantamientos sagrados, pues la Iglesia no permitiría que un trabajo que se hace en provecho suyo utilice magia diabólica.

—Cuando comience a trabajar, padre, puede tener la certeza de que el Diablo no tendrá nada que ver; no recurriré a ningún arte que provenga del demonio ni emplearé elementos que no hayan sido creados por la mano de Dios. ¿Pero está seguro de que Merlín se ha limitado a las artes piadosas?

—Ah, dijo que lo haría, hijo mío; dijo que lo haría, y hasta hizo un juramento de que cumpliría su palabra.

—Bien, en ese caso podemos permitirle que continúe.

—¿Pero no pensaréis cruzaros de brazos mientras él trabaja? Le echaréis una mano, ¿verdad?

—Una combinación de métodos resultaría ineficaz en el presente caso, padre. Además, estaríamos ante una descortesía profesional. Dos colegas no deben hacerse competencia desleal. Mejor sería entonces rebajar las tarifas y dar por terminado el trabajo. Merlín ha recibido el encargo, de modo que ningún otro mago puede interferir hasta que él desista de su empeño.

—Le retiraré el contrato. Se trata de una terrible emergencia y, por lo tanto, esa acción sería justificable. Y aunque así no fuese, ¿quién podría desafiar la autoridad de la Iglesia? La Iglesia determina las leyes que rigen todas las cosas, así que puede hacer todo lo que se le antoje, pésele a quien le pese. Le retiraré el contrato y podréis comenzar inmediatamente.

—No puede ser, padre. Sin lugar a dudas es verdad lo que usted dice, que cuando se posee un poder supremo se puede actuar como se desee sin temor a sufrir perjuicios, pero nosotros, pobres magos, no nos hallamos en esa situación. Merlín es un mago muy bueno a su pequeña y limitada manera y goza de un cierto prestigio provincial. Está haciendo un esfuerzo, intentando todo lo que está a su alcance, y sería una falta de cortesía que yo asumiese su trabajo antes de que él lo abandone por su propia voluntad.

La cara del abad se iluminó.

—Pero si eso es muy simple. Hay maneras de persuadirle de que abandone el trabajo.

—No, no, padre, poco hábil, como dice esta gente. Si fuese persuadido en contra de su voluntad, arrojaría sobre el pozo un pernicioso encantamiento y mis trabajos serían inútiles mientras no encontrase su secreto. Podría costarme un mes. Si yo utilizara uno de mis encantamientos menores, llamado Teléfono, Merlín no sería capaz de descubrir su secreto ni en cien años. Así que comprenderá usted que él pueda causarme un atasco de un mes. ¿Le gustaría arriesgarse a otro mes de sequía?

—¡Un mes! La sola idea me hace estremecer. Se hará como queréis, hijo mío, pero cuitado está mi corazón con esta decepción. Dejadme ahora y permitid que mi espíritu se consuma en el agotamiento y la espera, al igual que lo ha hecho durante estos diez largos días, fingiendo que accedía a aquello que se llama descanso, con el cuerpo extendido en posición de reposo mientras reinaba en mi alma la inquietud.

Por supuesto que hubiera sido mejor para todos que Merlín, prescindiendo de toda etiqueta, diera por concluido su trabajo en ese mismo momento; de

todos modos, nunca hubiera sido capaz de hacer manar el agua, siendo como era un mago de su época, es decir, uno de esos magos que solo realiza grandes milagros, los milagros que confieren una gran reputación cuando no hay nadie alrededor. Con todo ese público expectante no hubiese sido capaz de poner en funcionamiento la fuente. En aquellos tiempos, el público resultaba tan perjudicial para el milagro de un mago como en los míos para el milagro de un espiritista; siempre hay un escéptico entre la multitud que se encarga de encender la luz en el momento crucial, echándolo todo a perder. Pero no quería que Merlín se retirase del trabajo hasta que yo no estuviese listo para proseguirlo de una manera eficaz, lo cual tendría que esperar dos o tres días mientras llegaban de Camelot los materiales que había pedido.

Mi presencia alentó las esperanzas de los monjes y les alegró considerablemente; tanto es así que aquella noche comieron una comida completa por primera vez en diez días. En cuanto sus estómagos se sintieron adecuadamente reforzados, sus ánimos comenzaron a elevarse; cuando el aguardiente de miel comenzó a circular se remontaron aún más alto. Cuando ya todos se acercaban a los espacios siderales, la santa comunidad estaba en condiciones de continuar la noche entera, así que nadie se levantó de la mesa. Se divertían de lo lindo. Se contaron varias historias atrevidas: los monjes lloraban de risa, con las bocas cavernosas abiertas de par en par y sus redondas panzas convulsionadas por las carcajadas. Y se cantaron canciones atrevidas acompañadas por un estruendoso coro que ahogaba el retumbar de las campanas.

Finalmente, me decidí a contar una historia, y grande fue la acogida que recibió. No en seguida, claro está, porque los nativos de estas islas no suelen descomponerse a las primeras aplicaciones de una muestra de humor, pero a la quinta vez que la relaté noté algunos resquicios de risa; la octava vez ya eran grietas; la duodécima vez se deshacían de la risa, casi se desmoronaban, y a la decimoquinta repetición se desintegraron, y entonces cogí una escoba y los barrí. Se trata de un lenguaje metafórico. Los habitantes de las islas Británicas son…, pues bueno, duros de roer en un principio, en lo que se refiere a los resultados que te puede aportar una inversión de esfuerzo, pero a fin de cuentas las ganancias de este tipo que podrías obtener en otras naciones resultan pequeñas en comparación.

Al día siguiente visité la fuente un par de veces. Merlín estaba allí, haciendo derroches de encantamientos, pero sin obtener el menor resultado. No estaba de muy buen humor, y cada vez que yo insinuaba que quizá este encargo era demasiado difícil para un novato desataba su lengua y se daba a

maldecir como un obispo…, un obispo francés de la época de la Regencia, quiero decir[1].

Las cosas correspondían más o menos a lo que yo había anticipado. La *fuente* no era más que un pozo común y corriente, excavado de manera corriente y recubierto de piedra también de manera muy corriente. Allí no había milagro alguno. Ni siquiera la mentira que había creado su reputación podía considerarse milagrosa; yo hubiese sido capaz de inventarla con una sola mano. El pozo estaba situado en una cámara oscura levantada en el centro de una capilla de piedra tallada, cuyas paredes estaban revestidas de pinturas piadosas de factura tan deficiente que hasta una estampa de calendario parecería estupenda a su lado. Eran cuadros históricos que conmemoraban los milagros curativos que las aguas habían obrado cuando no había nadie mirando. Es decir, nadie salvo los ángeles; cuando se trata de un milagro, siempre están a mano, tal vez para asegurarse de que los incluyas en el cuadro. Es algo que a los ángeles les gusta tanto como a los miembros del cuerpo de bomberos, como resulta evidente si pensamos en las obras de los grandes maestros antiguos.

La cámara del pozo estaba tenuemente iluminada con lámparas. El agua se extraía por medio de una polea y una cadena manipulados por los monjes y era conducido por unos canales hasta un depósito empedrado en el interior de la capilla… cuando había agua para extraer, se entiende. Solamente los monjes podían entrar a la cámara del pozo. Yo entré, avalado por una autorización temporal, cortesía de mi colega y subordinado profesional. Él, sin embargo, nunca había entrado allí. Todo lo hacía por medio de conjuros, sin recurrir jamás a su intelecto. Si hubiese puesto el pie en la cámara y hubiese utilizado sus ojos en lugar de su mente desordenada habría podido reparar el pozo con métodos naturales y hacerlo pasar luego por un milagro; pero no, era un viejo mentecato, un mago que creía en su propia magia, y desde luego que ningún mago puede sobreponerse a la desventaja que supone una superstición semejante.

Mi teoría era que el pozo tenía un escape, probablemente fisuras en algunas de las piedras que formaban el fondo. Medí la cadena; cerca de treinta metros. Luego llamé a un par de monjes, tranqué la puerta, cogí una vela y les pedí que me bajasen al fondo en un balde. Una vez que se había desplegado toda la cadena confirmé mi sospecha: una sección considerable de muro se había desprendido, dejando al descubierto una enorme fisura por donde se filtraba el agua.

Casi lamenté que mi teoría sobre el problema del pozo fuese correcta, porque había desarrollado una teoría alternativa que contaba con un par de puntos espectaculares para hacerla pasar por un milagro. Había recordado que en Norteamérica, muchos siglos más tarde, cuando un pozo de petróleo dejaba de manar, era habitual hacerlo volar con un torpedo de dinamita. Si hubiese encontrado que el pozo estaba seco y no existía ninguna explicación para ello, podría haber asombrado a la gente designando a algún personaje de poca monta para que dejase caer en su interior una bomba de dinamita. Había pensado elegir a Merlín. Ahora, sin embargo, la bomba no tendría justificación. En esta vida no siempre salen las cosas como uno quiere. Y de todos modos no hay motivo para deprimirse con la primera desilusión que se presenta; es necesario llegar a la conclusión de que habrá una oportunidad de resarcirse. Y eso fue lo que hice. Me dije a mí mismo que no tenía prisa, que bien podía esperar y que ya se presentaría una oportunidad para utilizar la bomba. Y así ocurrió.

Cuando regresé a la superficie despedí a los monjes y bajé un sedal. El pozo tenía cincuenta metros de profundidad, ¡y había solo quince metros de agua! Llamé a uno de los monjes y le pregunté qué profundidad tenía el pozo.

—Eso, señor, lo desconozco, pues nunca he sido informado.

—¿Hasta dónde llega el agua normalmente?

—Hasta cerca del borde durante los dos últimos siglos, según el testimonio que hasta nosotros han legado nuestros predecesores.

Era verdad, por lo menos en lo que se refiere a los tiempos modernos, pues existía un testimonio mucho más fehaciente que las declaraciones de un monje: solo ocho o diez metros de la cadena mostraban señales de haber sido utilizados; el resto no debía de haber sido desplegado y, por lo tanto, estaba herrumbroso. ¿Qué había ocurrido la primera vez que el pozo se quedó sin agua? Probablemente, alguna persona práctica había reparado el escape y luego había explicado al abad que por artes de adivinación había descubierto que el baño debía ser destruido para que la fuente manase de nuevo. Ahora se había producido un nuevo escape, y estas criaturas de Dios hubiesen seguido orando y marchando en procesiones y tañendo campanas para implorar el auxilio divino hasta consumirse por completo y desaparecer, antes de que a uno de esos inocentes se le ocurriese meter un sedal en el pozo o descender a su interior para descubrir el verdadero problema. Los viejos hábitos mentales son una de las cosas que existen en el mundo más difíciles de superar, pues se transmiten de igual manera que la forma y la complexión física, y en aquellos tiempos un hombre que tuviese una idea que se apartase de las ideas de sus

antepasados inmediatamente despertaría la sospecha de ser hijo ilegítimo. Le dije al monje:

—Difícil es el milagro de restaurar el agua en un pozo seco, pero lo intentaremos si acaso falla el colega Merlín. Maese Merlín es un mago aceptable, pero solo en el campo de magia de salón. Es posible que no tenga éxito; de hecho, es probable que no tenga éxito, lo cual, sin embargo, no debe ser causa de desprestigio. Un hombre capaz de obrar este tipo de milagro bien podría encargarse de administrar un hotel.

—¿Hotel? No recuerdo haber oído…

—¿Hablar de un hotel? Es lo que vosotros llamáis posadas. Bueno, un hombre que puede hacer este milagro bien podría encargarse de una posada. Yo puedo obrar este milagro, y voy a hacerlo. Sin embargo, no puedo negar que se trata de un milagro que requiere utilizar a fondo los poderes ocultos.

—Nadie conoce esa verdad mejor que nuestra cofradía, pues existe el testimonio de que la vez anterior fue sumamente difícil y costó un año entero. No obstante, que Dios os conceda el éxito, y a tal fin se encaminarán nuestras oraciones.

Desde el punto de vista comercial, me parecía una buena idea hacer circular el rumor de que se trataba de un asunto espinoso. Muchas cosas pequeñas han adquirido proporciones mayúsculas utilizando una publicidad adecuada. Aquel monje había quedado admirado con las dificultades que presentaba la empresa, y se encargaría de comunicar a los otros su impresión. En un par de días la curiosidad y el interés de la gente llegaría al colmo.

Cuando volví a casa al mediodía me encontré con Sandy, que había estado investigando a los ermitaños.

—Me gustaría hablar con ellos personalmente —le dije—. Hoy es miércoles. ¿Tienen sesión de vermut?

—¿Sesión de qué?

—De vermut. Bueno, que si están de guardia por las tardes.

—¿Quiénes?

—Los ermitaños, por supuesto.

—¿De guardia?

—Sí, de guardia. ¿Acaso no está claro? Que si bajan el telón al mediodía.

—¿Bajar el telón?

—Sí, bajar el telón. ¿Qué hay de malo en eso de bajar el telón? Nunca me había encontrado con una cabeza de chorlito semejante. ¿Es que no entiendes nada de nada? Para decirlo claramente: que si se van a los vestuarios, suena la sirena, toca el timbre…

—Vestuarios, sirena…

—Déjalo, déjalo. Me sacas de quicio. No comprendes ni las cosas más sencillas.

—Mucho me placería daros gusto, señor, y es para mí motivo de aflicción y dolor fracasar en ello, aunque, dado que no soy más que una simple doncella a quien nadie ha dado instrucción, no habiendo sido desde la cuna bautizada en esas profundas aguas del conocimiento que dotan de sabiduría a quien participa de tan noble sacramento, invistiéndole de una condición de reverencia ante la mirada mental del humilde mortal que, por ausencia y obstáculo de aquella gran consagración, permanece en su propia condición de ignorancia, símbolo de esa otra índole de carencia y pérdida que divulgan los hombres ante el ojo compasivo, con cilicios por adorno, dado lo cual las cenizas de pesar se hallan pulverizadas y esparcidas, y entonces, cuando alguien de esa condición, sumido en las tinieblas de su mente, se encuentra con estas doradas frases de gran misterio, como eso de vestuarios, sirenas y timbres, solo por la gracia divina no revienta de envidia por la mente que puede engendrar y la lengua que puede pronunciar tan inusitados y melodiosos milagros del habla, y si sobreviene confusión en la mente más humilde y fracasa al intentar adivinar el significado de esas maravillas, entonces, digo, si sucede de tal guisa, la incomprensión no es vana, sino patente y verdadera, pues debéis tener en cuenta que se trata de la sustancia misma de un caro y respetuoso homenaje y no debe ser ligeramente menospreciado, y no se debe, pues ya habéis notado el carácter de mi disposición y mente y habéis comprendido que, aunque lo quisiese no sería factible, y al no ser factible no me sería posible y, no obstante no ser factible ni posible, podría ser por ventura convertido a la deseada posibilidad, y entonces os suplico piedad por mi falta, y ruego que por vuestra bondad y caridad me perdonéis, buen amo mío y muy amado señor.

No logré descifrar su parlamento, quiero decir todos los detalles, pero sí capté la idea general, y además lo suficiente para sentirme avergonzado. No era justo soltar tecnicismos del siglo XIX a una criatura sin educación del siglo VI, y luego reñirla porque no se enterara por dónde iba el agua al molino, sobre todo cuando estaba poniendo toda la carne en el asador por conseguirlo, de modo que no tenía la culpa de no llegar al meollo de la cuestión, así que le pedí disculpas. En seguida iniciamos un agradable paseo hacia las cuevas de los ermitaños, conversando gustosamente, y más amigos que nunca.

Paulatinamente iba desarrollando una misteriosa y desconcertante reverencia por esta muchacha, pues para entonces cada vez que ponía en

marcha su tren de palabras y partía de la estación con sus interminables parrafadas transcontinentales, tenía la sensación de encontrarme en la temible presencia de la Madre de la Lengua Alemana. Tanta era mi impresión con esto que algunas veces, cuando empezaba a derramar sobre mí una de sus peroratas, inconscientemente adoptaba una actitud de verdadera reverencia, sin osar moverme, por lo cual si en lugar de palabras hubiese derramado agua, este servidor hubiese perecido ahogado. Actuaba exactamente igual que los alemanes: cuando se le ocurría decir algo, fuese un simple comentario, un sermón, una enciclopedia o la crónica de una guerra, se empeñaba a toda costa en meterlo dentro de una sola oración. Basta con recordar que, cuando un escritor alemán se sumerge en una oración, no volverás a verle el pelo hasta que aparezca al otro lado de su océano verbal.

Nos pasamos toda la tarde de ermitaño en ermitaño. Era un zoológico de lo más extraño. Entre ellos parecía existir una reñida competencia para decidir cuál era el más sucio y cuál podía albergar mayor número de bichos.

Sus modales y actitudes eran un paradigma de la presunción de quienes se creen en posesión de la única verdad. El orgullo de uno de los anacoretas era acostarse desnudo en el fango y permitir que los insectos le picasen a su antojo; el otro radicaba en pasarse el día entero recostado en una roca orando, para admiración de las multitudes de peregrinos que se aglomeraban a su alrededor; un tercero se pasaba las horas gateando desnudo por todo el lugar, mientras que otro llevaba varios años arrastrando cuarenta kilos de hierro. Para otro anacoreta el motivo de orgullo residía en no acostarse cuando dormía, sino, por el contrario, permanecer de pie entre los espinos, poniéndose a roncar cuando los peregrinos se acercaban. Y había una mujer, con el cabello blanco por la edad, desnuda como un bebé, pero revestida de una costra negra que había ido adquiriendo a lo largo de cuarenta y siete años de santa abstinencia en lo que al agua se refiere. Alrededor de cada uno de estos extraños objetos se reunían grupos de peregrinos que los observaban asombrados, reverentes y envidiosos de la santidad inmaculada que estas pías austeridades les habían concedido a los ojos de un cielo tan exigente.

Finalmente llegamos hasta uno de los más eminentes y admirados de todos los anacoretas. Se trataba de una gran celebridad, cuya fama se había extendido hasta todos los rincones de la cristiandad. Los nobles y los poderosos viajaban desde los puntos más recónditos del planeta para rendirle homenaje. Su tribuna se hallaba en medio de la parte más ancha del valle y se hacía necesaria toda esa extensión para acomodar a los espectadores.

Su tribuna consistía en una columna de veinte metros de altura, con una amplia plataforma en su parte superior. Llevaba veinte años sobre la columna, repitiendo incesantemente y día tras día el mismo movimiento, que consistía en inclinar el cuerpo casi hasta juntar la frente con los pies, una y otra vez, en un gesto veloz e infalible. Era su manera particular de orar. Naturalmente, estaba haciendo lo suyo cuando nosotros llegamos; saqué mi cronómetro y contabilicé que realizaba mil doscientas cuarenta y cuatro flexiones en veinticuatro minutos y cuarenta y seis segundos. Consideré que era una lástima desperdiciar toda esa potencia, pues correspondía al movimiento de pedal, uno de los más útiles que existen en mecánica. Anoté en mi agenda que algún día valdría la pena enlazarlo a un sistema de cuerdas elásticas y hacer que funcionara como una máquina de coser. Más adelante puse en práctica mi proyecto y obtuve muy buenos resultados durante los cinco años de su servicio, a saber, dieciocho mil camisas de lino de primera calidad, o sea, un promedio de diez camisas diarias, contando también los domingos, pues el ritmo de su vaivén era igual los domingos que los días de diario y, por lo tanto, no había razón para suspender el trabajo. Las camisas me salían prácticamente gratis, exceptuando una reducidísima inversión en materia prima, y que yo cubría, pues no me parecía apropiado que fuese él mismo quien pagase, y se vendían como pan caliente a los peregrinos, a un precio de un dólar y medio por unidad, lo cual equivalía al valor de cincuenta vacas o de un caballo de carreras en Arturolandia. Las camisas llegaron a ser consideradas como una protección perfecta contra el pecado, y en ese hecho se centraba la publicidad que mis caballeros realizaban en todo el reino, utilizando un bote de pintura y un estarcidor. Tanto era su empeño que en poco tiempo todos los acantilados, peñas y murallas exhibían una inscripción que se podía leer a una distancia de más de un kilómetro:

COMPRE LA INIMITABLE CAMISA
SAN ESTILITA[2],
LA PREFERIDA DE LA NOBLEZA
Patente en trámite

El negocio resultó tan redondo que no sabía qué hacer con todo el dinero que ganaba. A medida que prosperaba, lancé una línea de prendas apropiada para familias reales y que resultaba muy novedoso para duquesas y gente por el estilo, con volantes, plumones y encajes. Algo realmente primoroso.

Por aquellos días, sin embargo, noté que el surtidor de energía había adquirido la costumbre de mantenerse sobre una sola pierna y que debía tener

algún problema con la otra. En ese momento comencé a vender acciones y a dividir las inversiones, cosa que llevó a la bancarrota financiera a sir Bors de Ganis y unos cuantos de sus amigos, porque antes de que pasara un año el buen santo descansó en paz y hubo que cerrar el negocio. Un descanso bastante merecido, por cierto; no se puede negar.

Volviendo a la primera vez que lo vi, hay que decir que el estado de su persona era tan lamentable que no se podría hacer aquí una descripción. Podéis leerlo en *Vidas de los santos*[3].

23
Restauración de la fuente

El sábado a mediodía regresé al pozo y estuve mirando un buen rato. Merlín seguía haciendo humaredas con polvos de su repertorio, dando pases en el aire y musitando jerigonzas extrañas, pero a pesar de su porfía me pareció que estaba un tanto desanimado, porque, naturalmente, no había conseguido arrancarle al pozo ni una gota de sudor. Después de un rato le pregunté:

—¿Promete la cosa, colega?

—Prestad atención, porque ahora mismo voy a emplear uno de los encantamientos más poderosos con que cuentan los príncipes de las artes ocultas en tierras del Este, y si no surtiese efecto, ningún otro podrá hacerlo. Ahora guardad silencio hasta que termine.

Esta vez levantó una humareda que oscureció toda la región y que debió incomodar a los ermitaños, pues como el viento soplaba en su dirección inundó sus cuevas de una niebla densa y penetrante. Acompañó la abundante humareda con abundante palabrería, con contorsiones del cuerpo y con impresionantes gestos de manos. Al cabo de veinte minutos cayó al suelo, jadeante, prácticamente exhausto. En ese punto llegaron el abad y varios centenares de monjes y monjas, y detrás de ellos, una multitud de peregrinos y tal cantidad de niños expósitos que casi cubrían el horizonte. Todos llegaban atraídos por el prodigioso humo y se encontraban en un estado de gran agitación. El abad preguntó ansiosamente si se habían logrado resultados positivos, a lo cual respondió Merlín:

—Si estuviese al alcance de algún mortal romper el hechizo que sufren estas aguas, el encantamiento que acabo de emplear lo hubiese conseguido. Ha fracasado, y por tanto ahora sé que lo que había temido es de hecho una verdad irrefutable: el hechizo que ha caído sobre este pozo proviene del espíritu más poderoso que se conoce entre los magos del Este y cuyo nombre no se puede pronunciar sin perder la vida. No existe ni existirá mortal capaz de desvelar el secreto de ese hechizo, y sin conocer el secreto nada se puede hacer. Nunca más manará el agua, buen padre. He hecho todo lo que un hombre puede hacer. Permitid que me marche.

Por supuesto que estas declaraciones causaron en el abad una visible consternación. Se volvió hacia mí con el semblante demudado y me dijo:

—¡Habéis oído lo que ha dicho! ¿Es verdad?

—En parte.

—¡No del todo, entonces, no del todo! ¿Qué parte es verdad?

—Que el espíritu ese de nombre ruso ha hechizado el pozo.

—¡Por las heridas del Señor! Entonces estamos arruinados.

—Es posible.

—¿Pero no es seguro? ¿Queréis decir que no es seguro?

—En efecto.

—Por consiguiente, también significáis que cuando dijo que nadie podría romper el hechizo…

—Sí, al decir eso no dice necesariamente la verdad. En determinadas condiciones un esfuerzo por romperlo podría tener ciertas posibilidades de éxito, es decir, unas posibilidades pequeñas, diminutas.

—Las condiciones…

—Ah; no son nada difíciles. Unicamente estas: que nadie se acerque al pozo o a sus alrededores en un radio de ochocientos metros, desde el atardecer hasta el alba mientras yo no retire esta orden. Y que no se le permita a nadie cruzar esa zona sin contar con mi autorización.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Y no tenéis temor de intentarlo?

—Ninguno. Puedo fracasar, naturalmente, pero también puedo tener éxito. Siempre se puede hacer un intento, y yo estoy dispuesto a correr el riesgo. ¿Se aceptan mis condiciones?

—Estas y todas las que nombréis. Impartiré mis órdenes al respecto.

—Esperad —dijo Merlín con una sonrisa diabólica—. ¿No os parece que el que se dispone a romper el hechizo debe conocer el nombre de ese espíritu?

—Sí. Conozco su nombre.

—¿Y no os parece que conocerlo no es suficiente, sino que asimismo debe pronunciarlo? ¿Lo sabíais?

—Sí, también lo sabía.

—¡Poseéis ese conocimiento! ¿Pero estáis loco? ¿Os proponéis articular el nombre y encontrar así vuestra muerte?

—¿Articularlo? Vaya, pues claro. Lo articularía aunque fuese en galés.

—Entonces sois hombre muerto, y yo debo partir para informárselo a Arturo.

—Me parece muy bien. Coge tu mochila y ponte en marcha. Lo mejor que puedes hacer, John Merlín, es volver a casa y dedicarte a las previsiones meteorológicas.

Fue un golazo, por así decirlo, y lo hizo retroceder, porque había demostrado ser un fracaso completo como hombre del tiempo. Cada vez que hacía colocar señales de peligro a lo largo de la costa sobrevenía con toda seguridad una semana de calma chicha, y cada vez que profetizaba buen tiempo llovía a mares. A pesar de todo yo lo mantenía en el servicio de meteorología con el propósito de socavar su reputación. Mi comentario le revolvió la bilis, y en lugar de ponerse en marcha para informar sobre mi muerte dijo que se quedaría para tener el gusto de presenciarla.

Los dos expertos que había solicitado llegaron por la tarde, por cierto bastante cansados, pues habían viajado a marchas forzadas. Habían traído en mulas de carga todo lo que yo necesitaba: herramientas, una bomba mecánica, trozos de tubería, fuegos artificiales griegos[1], cohetes explosivos, luces de bengala, rociadores de fuegos de colores, aparatos eléctricos y unas cuantas cosas más, es decir, todo lo necesario para realizar un milagro espectacular. Después de que los expertos comieron y durmieron una siesta, atravesamos la pradera que yo había delimitado como zona de exclusión, y la encontramos tan sola y tan completamente vacía que resultaba evidente que se habían excedido al cumplir mis condiciones. Tomamos posesión del pozo y sus alrededores. Mis muchachos eran expertos en todo tipo de cosas, desde la disposición del empedrado de un pozo hasta la construcción de instrumentos matemáticos. Una hora antes del alba habíamos reparado el escape a las mil maravillas, y el agua comenzaba a subir de nivel. Entonces colocamos los fuegos artificiales en la capilla, cerramos con llave el sitio y nos fuimos a dormir.

Antes de que terminara la misa del mediodía estábamos de nuevo en el pozo; aún quedaba mucho por hacer y yo estaba decidido a realizar el milagro antes de medianoche, lo cual sería muy conveniente para el negocio. Si un milagro resulta siempre valioso para la Iglesia, un milagro en domingo es seis veces más valioso. En nueve horas el agua había alcanzado su nivel habitual, es decir, llegaba hasta siete metros de la boca del pozo. Instalamos una pequeña bomba de extracción, una de las primeras producidas por mi fábrica en los aledaños de la capital; luego abrimos un agujero en un depósito de piedra contiguo a la pared exterior de la cámara del pozo e insertamos en él un tubo de plomo lo suficientemente largo para llegar hasta la puerta de la capilla y extenderse más allá del umbral, donde el borbotón de agua podría

ser visto por los doscientos cincuenta acres de gente que, según mis previsiones, se congregarían en la explanada adyacente al santo montículo cuando llegase el momento de mi actuación.

Cogimos un enorme barril vacío, le quitamos la tapa y lo colocamos sobre el techo plano de la capilla. Allí lo clavamos firmemente, depositamos en su fondo cerca de una pulgada[2] de pólvora y lo llenamos por completo de cohetes. Teníamos cohetes de todos los tipos y de todas las clases, y la verdad es que formaban un manojo magnífico. Enterramos en la pólvora el alambre de una pila eléctrica de bolsillo, dispusimos una carga entera de fuego artificial griego en cada esquina del techo —una azul; otra, verde; la tercera, roja, y la última, púrpura—, y en cada carga introdujimos un alambre.

En la planicie, a unos doscientos metros de distancia, levantamos un corral y colocamos planchas sobre él, obteniendo así una especie de plataforma. Lo cubrimos con elegantes tapices que habíamos tomado prestados para la ocasión y lo coronamos con el trono del propio abad. Cuando te dispones a obrar un milagro en presencia de gente ignorante es aconsejable tener en cuenta todos los detalles: tienes que asegurarte de que la escenificación resulte impresionante para el público y tienes que ofrecer a tu invitado principal las comodidades pertinentes. Después de eso ya puedes dar rienda suelta a tu inventiva y sacar el provecho que puedas de tus efectos especiales. Sé muy bien cuál es el valor de estas cosas, porque conozco la naturaleza humana. Puedes darle a tu milagro toda la pompa y el estilo que se te antoje; en estas cosas nada resulta excesivo a los ojos del público. Es algo que requiere esfuerzo, trabajo y, a veces, dinero, pero al final vale la pena. Bueno, sacamos los alambres hasta el suelo de la capilla y los extendimos bajo tierra hasta la plataforma, donde escondimos las pilas. Cercamos la plataforma con una soga para contener a la multitud y con eso di por terminado mi trabajo por el momento. Había pensado que las puertas se abrieran a las diez y media y que la actuación comenzara a las once y veinticinco en punto. Me hubiera gustado cobrar la entrada, pero, por supuesto, no era posible. Di instrucciones a mis muchachos de que se presentaran en la capilla hacia las diez, antes de que empezara a llegar la gente, listos para manipular la bomba de extracción en el momento adecuado y dar paso a la mayor de las maravillas que aquella gente habría presenciado. En seguida regresamos a casa a cenar.

Las noticias del desastre acaecido al pozo ya habían llegado lejos, y desde hacía dos o tres días una continua avalancha de gente había estado desembocando en el valle. La parte inferior del valle se había convertido en

un enorme campamento. Desde luego, íbamos a contar con un público numeroso. Al atardecer los pregoneros hicieron varias rondas para anunciar el intento de milagro que se avecinaba, lo cual puso los ánimos de la multitud al rojo vivo. También notificaron que el abad y su cortejo desfilarían hacia la plataforma a las diez y media. Hasta esa hora nadie podría entrar en la zona que yo había proscrito, pero, finalizada la procesión, las campanas dejarían de tañer, lo cual significaría que los asistentes tenían permiso para entrar y ocupar sus sitios.

Yo ya estaba en la plataforma cuando apareció la lenta y solemne procesión del abad, pero solo me fue posible distinguir a sus integrantes cuando alcanzaron el cercado, porque era una noche oscura, sin estrellas y no había permitido el uso de antorchas. En el cortejo venía Merlín, quien se sentó en la primera fila. Por una vez había cumplido su palabra. No se podía ver la muchedumbre que se amontonaba al otro lado de la soga, pero poco importaba; de cualquier modo sabía que estaban allí. En el momento en que las campanas dejaron de tocar, la masa de gente contenida se desbordó y, como una enorme marea negra, inundó todo el lugar. La oleada se prolongó durante media hora, al cabo de la cual pareció solidificarse, de modo que hubiese sido posible caminar varios kilómetros sobre aquel pavimento de cabezas humanas.

Siguió una espera solemne, de unos veinte minutos, uno de mis recursos para lograr un mayor efecto. Siempre es conveniente que la audiencia tenga el tiempo suficiente para que la expectativa se multiplique. Finalmente emergió de entre el silencio un cántico en latín entonado por voces masculinas, que se extendió en la vasta noche como una majestuosa y melodiosa onda. Yo mismo lo había dispuesto así, y resultó ser uno de los mejores efectos especiales que jamás había creado. Cuando finalizaron los cánticos me puse de pie y permanecí con los brazos explayados y el rostro elevado hacia el cielo —algo que siempre produce un silencio sepulcral— y entonces, muy lentamente, con una entonación tan temible que centenares de personas se pusieron a temblar y varias mujeres se desmayaron, pronuncié esta fantasmagórica palabra:

> Constantinopolitanischerdudelsackpfeifenmachersgsell schaft![3]

En el instante en que pronunciaba los últimos trozos de la palabra oprimí una de las conexiones eléctricas y se produjo una explosión que iluminó a la sombría multitud con un espeluznante fulgor azuláceo. ¡El efecto fue enorme!

Muchas personas soltaban alaridos, las mujeres se encogían y salían corriendo en todas las direcciones, los niños expósitos caían al suelo a montones. El abad y los monjes se persignaban una y otra vez, velozmente, mientras de sus labios brotaban plegarias exaltadas. Merlín parecía impasible, pero debía estar atónito: nunca en su vida habría visto empezar una actuación con algo semejante. Era este el momento de comenzar a acumular los efectos. Levanté las manos y con voz agonizante farfullé esta palabra:

Nihilistendynamittheaterkaestchenssprengungsattentaets
versuchungen![4]

¡Y encendí el fuego rojo! ¡Deberíais haber oído aquel océano de gente gimiendo y bramando cuando el infierno carmesí se unió al infierno azul! Pasados sesenta segundos grité:

Transvaaltruppentropentransporttrampel
thiertreibertrauungsthraenentragoedie![5]

Y encendí el fuego verde. Esta vez esperé solo cuarenta segundos antes de desplegar los brazos en toda su extensión y gritar con voz de trueno las sílabas devastadoras de esta palabra entre todas las palabras:

Mekkamuselmannenmassenmenschen
moerdermohrenmuttermarmormonumen
tenmacher![6]

¡E hice explotar el resplandor púrpura! Ya estaban todos, fulgurando al tiempo, rojo, azul, verde, púrpura, cuatro volcanes furiosos, expulsando hacia el cielo espantosas nubes de humo luminoso y extendiendo un enceguecedor y multicolor resplandor hasta los últimos confines del valle. En la distancia se alcanzaba a distinguir al individuo aquel de la columna, erecto y rígido, con el cielo como fondo, suspendido su movimiento de vaivén por primera vez en veinte años. Sabía que los muchachos ya estarían junto a la bomba de extracción, dispuestos para comenzar, así que le dije al abad:

—Ha llegado el momento, padre. Me dispongo a pronunciar el pavoroso nombre y a desvanecer el hechizo. Le aconsejo que reúna todo su valor y que

se agarre a algo —a continuación grité en dirección de la multitud—: ¡Atención, dentro de unos minutos se romperá el hechizo, si es que está en manos de un mortal el romperlo! Si así ocurre, todos lo sabréis, porque se verá el agua brotando de la puerta de la capilla.

Esperé un instante mientras los oyentes transmitían mi anuncio a quienes no alcanzaban a oír, de modo que se enteraran incluso los que se encontraban en las filas más apartadas; luego realicé una grandiosa exhibición de poses y gestos adicionales y finalmente grité:

—Hey, ordeno al vil espíritu que ha tomado posesión de la fuente sagrada que ahora mismo vomite hacia el cielo todos los fuegos infernales que aún le quedan, que disuelva su hechizo y se retire a alguna caverna, donde deberá permanecer inofensivo durante un millar de años. Lo ordeno nombrándolo por su tremebundo nombre: *¡BGWJJILLLGKK!*

En ese momento hice detonar el barril con los cohetes, y una inmensa fuente de resplandecientes lanzas de fuego se remontó hacia el cénit con un ruido siseante y explotó en mitad del cielo con una tormenta de joyas destellantes. Un poderoso alarido de terror se levantó entre la masa de gente, pero se rompió repentinamente para dar paso a un atronador hosanna de júbilo, pues allí, a la vista de todos, en medio del misterioso resplandor, apareció el agua liberada que volvía a manar. El viejo abad no conseguía hablar, ahogado por las lágrimas y los sollozos, pero sin mediar palabra me apretó en sus brazos y casi me aplasta. El gesto, por supuesto, era más elocuente que las palabras. Y también es más difícil recuperarse de sus consecuencias en un país donde no existía un solo médico que valiese el pan que comía.

Era todo un espectáculo ver cómo la muchedumbre se precipitaba hacia el agua y la besaba. La besaba, la acariciaba, la mimaba, le hablaba como si se tratara de un ser vivo, le daba la bienvenida con los mismos nombres cariñosos que se reservan a las personas amadas, igual que si se reencontrase a un amigo querido que se había marchado desde hacía mucho tiempo y de quien no se habían tenido noticias. Sí, era algo hermoso de ver, y me hizo considerar a aquella gente con mayor aprecio del que había sentido hasta entonces.

Tuvieron que llevar a Merlín a hombros de regreso a Camelot. En el instante en que pronuncié el temible nombre se derrumbó, se hundió y aún no se ha recuperado. Jamás había escuchado ese nombre, ni yo tampoco, pero no puso en duda que se trataba del verdadero nombre. Lo mismo hubiese ocurrido con cualquier jerigonza que a mí se me hubiese ocurrido decir en ese

momento. Incluso me confió tiempo después que ni la propia madre del espíritu habría podido pronunciar el nombre mejor que yo. Nunca entendió cómo me las había arreglado para sobrevivir, y yo no se lo dije. Unicamente los magos principiantes están dispuestos a revelar los secretos del oficio al primero que se lo pida. Merlín dedicó tres meses a ensayar encantamientos, tratando de descubrir el misterioso truco que le permitiría pronunciar el nombre y sobrevivir. No lo logró.

Cuando me dirigí hacia la capilla, el populacho se descubrió y retrocedió reverentemente para abrirme paso, como si fuese yo un ser superior…, y lo era. Me daba perfecta cuenta. Reuní a un grupo de monjes que harían el turno de noche y les enseñé a manejar el misterio de la bomba de extracción. Los puse a trabajar inmediatamente, pues era evidente que una buena parte de los espectadores se iban a quedar toda la noche a ver fluir el agua y, por consiguiente, era mínimamente justo que tuvieran todo el agua que quisiesen. Para aquellos monjes la bomba resultaba un misterio en sí misma, y les causaba gran asombro, además de la admiración por la manera tan extraordinariamente eficaz con que había actuado.

Fue una gran noche, una noche inmensa. La reputación que me proporcionaría era realmente imponderable. Me sentía tan orgulloso que por poco no logro conciliar el sueño.

24
Un mago rival

Mi influencia en el valle de la Santidad se había convertido en algo prodigioso y se me ocurrió que valdría la pena utilizarlo para algo de provecho. La idea me asaltó la mañana siguiente, cuando vi llegar a uno de mis caballeros, que trabajaba la línea de jabones y detergentes. Según contaba la historia, los monjes de este sitio habían tenido dos siglos antes la suficiente inclinación mundana para pretender tomar un baño. Podía ser que aún quedase algún vestigio de esta debilidad. Comencé a tantear el terreno hablando con uno de los hermanos:

—¿No te gustaría lavarte un poco?

Se estremeció solo de pensarlo, quiero decir de pensar en el peligro que representaría para el pozo, pero me dijo con vehemencia:

—Huelga hacer tal pregunta a un pobre hombre que desde su niñez no ha disfrutado de esa refrescante bendición. Quiera Dios que me sea posible lavarme, gentil señor, pero no me tentéis tratándose de algo tan prohibido.

Y suspiró entonces de un modo tan lastimero que resolví que removería por lo menos una de las costras de su abundante colección, aunque tuviese que poner en peligro toda mi influencia. Así es que fui a ver al abad y le solicité un permiso especial para este hermano. Al escuchar mi petición el abad se puso muy pálido… Bueno, no es que lo viese palidecer, lo cual, desde luego, resultaba imposible de no haberlo restregado vivamente, lo cual yo no estaba dispuesto a hacer, pero el caso es que yo sabía que se había quedado lívido, y que detrás de una costra del espesor de un libro estaba blanco y tembloroso.

—Ay, hijo mío —me dijo—, pedid cualquier cosa que deseéis y os será concedida, y además de manera magnánima por este corazón agradecido… ¡Pero esto, ay, esto! ¿Pretendéis que se seque de nuevo la fuente bienaventurada?

—No, padre, no se va a secar. Poseo un conocimiento misterioso que me indica que se cometió un error al juzgar que la instauración del baño había causado la ruina de la fuente.

El semblante del anciano comenzó a animarse con un visible interés.

—Mi conocimiento me informa —proseguí— que el baño no fue la causa de ese infortunio, sino que se debió a un pecado de género muy diferente.

—Son palabras arriesgadas, pero… pero… bienvenidas, si encierran la verdad.

—Así es, con seguridad. Déjeme construir de nuevo el baño, padre. Déjeme construirlo de nuevo y la fuente manará eternamente.

—¿Lo prometéis? ¿Pero lo prometéis? ¡Decid la palabra que espero, decid que lo prometéis!

—Lo prometo.

—¡Entonces, yo mismo tomaré el primer baño! Pronto, empezad de una vez. No demoréis más, manos a la obra.

Mis muchachos y yo nos pusimos a trabajar en seguida. Las ruinas del antiguo baño permanecían intactas en el sótano del monasterio. No faltaba ni una piedra. Habían sido abandonadas tal cual, y durante siglos habían sido rehuidas por todos con el piadoso temor que se tiene por las cosas sobre las cuales ha recaído una maldición. En dos días reparamos todo y llenamos el baño de agua, un agua corriente que era transportada y evacuada por las antiguas tuberías y que formaba un espacioso y claro charco. El abad mantuvo su palabra y fue el primero en probarlo. Entró en el baño negro y tembloroso, mientras el resto de la comunidad lo esperaba afuera ansiosa, preocupada y plagada de oscuros presentimientos, pero salió blanco y dichoso, con lo cual la partida se definía a mi favor. Un triunfo más en mi haber.

Nuestra campaña en el valle de la Santidad había sido muy efectiva y yo me sentía satisfecho y listo para ponerme de nuevo en camino, pero se me presentó un inconveniente. Cogí un catarro muy fuerte, que reavivó una vieja y latente afección reumática. Por supuesto que el reumatismo descubrió el punto más débil de mi organismo y se instaló allí. Se trataba del sitio donde el abad me había abrazado cuando quiso expresarme su gratitud y por poco me tritura.

Cuando finalmente logré sobreponerme, era una sombra de mí mismo. Sin embargo, todos me prodigaban tantos cuidados y gentilezas que pronto comenzaron a renacer mis ánimos, demostrando una vez más que la atención es la mejor medicina para ayudar a un convaleciente a recobrar la salud y las fuerzas. Por tanto, mi mejoría fue rápida.

Sandy se había quedado exhausta después de dedicar tantos días a cuidarme, así que decidí hacer una excursión por mi cuenta y dejarla en el convento para que reposase. Mi propósito era disfrazarme de campesino y deambular por el país durante una o dos semanas. Esto me daría oportunidad

de comer y dormir en igualdad de condiciones con gente de las clases más bajas y más pobres de los llamados hombres libres. No había otra manera de informarme con exactitud acerca de su vida cotidiana y la influencia que sobre ellos podían tener las leyes. Si me acercase a ellos como un hombre de cierta posición, sin duda se sentirían cohibidos y recurrirían a convencionalismos, lo cual me mantendría al margen de sus alegrías y penas privadas y me impediría llegar más allá del caparazón.

Una mañana en que daba una larga caminata preparando los músculos para el viaje, al llegar a un cerro que bordeaba el extremo norte del valle me topé con una abertura artificial en la cara de un pequeño precipicio. Por su situación reconocí que era una ermita que me habían señalado varias veces desde la distancia y que servía de morada a un ermitaño de gran renombre por su suciedad y por la austera vida que llevaba. Sabía que recientemente le habían ofrecido un local en medio del desierto del Sáhara, donde la abundancia de leones y mosquitos hacían peculiarmente atractiva la vida para un ermitaño, y que había viajado a Africa a tomar posesión. Me animé entonces a echar un vistazo a su guarida y comprobar si concordaba con la reputación que tenía.

Mi sorpresa fue mayúscula: el sitio se encontraba recién barrido y fregado. Y luego tuve otra sorpresa: en el fondo de la tenebrosa caverna oí el sonido de una campanilla, y en seguida esta exclamación:

—¡Oiga, central! ¿Hablo con Camelot?… ¡Prestad atención y regocijad vuestros corazones si tenéis la fe suficiente para creer en las maravillas cuando aparecen de la manera más inesperada y se manifiestan en los sitios más impensables, pues aquí se encuentra en toda su grandeza El Jefe, y con vuestros propios oídos habréis de escucharle!

¡Este sí que era un cambio radical! ¡Qué revoltijo de incongruencias extravagantes! ¡Qué conjunción fantástica de cosas opuestas a irreconciliables! ¡La sede de un milagro falso convertida en la de uno verdadero! ¡La cueva de un ermitaño medieval transformada en una oficina de teléfonos!

Cuando el telefonista se acercó a la luz reconocí que era Ulfius, uno de mis jóvenes empleados.

—¿Desde hace cuánto funciona aquí esta sucursal, Ulfius? —le pregunté.

—Solo desde medianoche, gentil sir Jefe, con permiso de vuestra merced. Vimos muchas luces en el valle y juzgamos que sería apropiado instalar una centralita, pues donde brillan tantas luces tiene que haber una ciudad de importancia.

—Así es. No se trata de una ciudad en el sentido habitual de la palabra, pero de todas maneras es un sitio de importancia. ¿Sabes dónde estás?

—En cuanto a eso, aún no he tenido tiempo para inquirir, pues tan pronto como se alejaron mis camaradas para continuar con sus trabajos, dejándome a mí encargado, me concedí un descanso que mucho necesitaba, y al despertarme proponíame hacer esa pregunta e informar a Camelot el nombre del sitio para que procediesen a su registro.

—Pues bien, estamos en el valle de la Santidad.

No funcionó; quiero decir que no se sobresaltó con el nombre, como había pensado que ocurriría. Simplemente dijo:

—Así lo haré saber.

—¡Zambomba! Todas las regiones circundantes están conmocionadas con la noticia de las maravillas que aquí han tenido lugar recientemente. ¿No has oído decir nada?

—Ah, recordaréis que viajamos de noche y evitamos hablar con cualquier persona. Solo nos enteramos de lo que nos cuentan por el teléfono desde Camelot.

—Pero si ellos están al corriente de todo. ¿No os han contado nada acerca del gran milagro de la restauración de la fuente sagrada?

—¿Ah, eso? Sí, claro. Pero el nombre de este valle difiere extremadamente del nombre de ese otro valle; más aún: una diferencia mayor no sería pos…

—¿Y cómo se llamaba aquel?

—El valle de la Malignidad.

—Eso explica todo. Maldito sea el teléfono. Es un verdadero diablillo para armar enredos con palabras de sonido similar que no tienen absolutamente nada que ver en lo que toca al significado. Pero no importa; ahora ya sabes cuál es el nombre de este sitio. Llama a Camelot.

Así lo hizo, y pidió que mandasen llamar a Clarence. Me alegré de escuchar de nuevo la voz de mi muchacho. Me parecía estar de nuevo en casa. Después de los saludos afectuosos y de algunas noticias sobre mi reciente enfermedad le dije:

—¿Qué hay de nuevo?

—El rey, la reina y muchos de los cortesanos salen de viaje en este mismo momento y se encaminan al valle de la Santidad para rendir piadoso homenaje a las aguas que habéis restaurado y limpiarse de todo pecado, y además a ver el sitio donde el espíritu diabólico escupió hacia las nubes auténticas llamas del infierno…, y si aguzarais el oído me escucharíais guiñar

el ojo y distender la boca en una sonrisa, pues fui yo quien eligió las llamas de entre las existencias de nuestro depósito y quien las envió siguiendo vuestras órdenes.

—¿El rey sabe cómo llegar aquí?

—¿El rey?… No; no sabría cómo llegar allí, ni creo que a ningún otro sitio del reino; pero los chicos que os ayudaron a hacer el milagro serán sus guías y le indicarán el camino, y designarán los sitios para descansar al mediodía y dormir por las noches.

—¿Entonces, cuándo estarán aquí?

—A mitad de la tarde del tercer día, o poco más.

—¿Alguna otra novedad?

—El rey ha comenzado la formación del ejército permanente que sugeristeis. Ya hay un regimiento completo con oficiales y todo.

—¡Qué contrariedad! Yo quería supervisar de cerca el asunto. Solo hay un grupo de hombres en este reino lo suficientemente aptos para ser oficiales en un ejército permanente.

—Sí, pero os sorprendería saber que no hay ni siquiera un alumno de West Point en ese regimiento.

—¡Pero qué me dices! ¿Estás hablando en serio?

—Bien refiero la verdad.

—¡Caramba! Esto me preocupa. ¿Quiénes fueron elegidos y qué método se empleó? ¿Examen de aptitud?

—La verdad es que no sé nada del método. Lo único que sé es que todos estos oficiales provienen de familias nobles y…, ¿cómo los llamáis? Ah, sí, cretinos.

—Esto no me gusta nada, Clarence.

—No os desaniméis, señor, pues dos candidatos al cargo de teniente viajan con el rey, dos nobles, claro, y si esperáis un poco vos mismo podréis ser testigo de la manera de ser examinados.

—Desde luego que estaré allí. Y me las arreglaré para que sea incluido uno de los alumnos de West Point. Consigue un hombre y envíalo a toda prisa hacia allí, aunque tenga que reventar varios caballos, para que llegue antes del atardecer de hoy y diga…

—No es necesario. He instalado un cable subterráneo de teléfono que comunica con West Point. Si vuestra merced me lo permite, haré el enlace ahora mismo.

¡Excelente! Después de un largo período de sofoco, de nuevo podía respirar el aliento de la vida en esta atmósfera de teléfonos y comunicación

instantánea. Comprendí entonces el horror sombrío, penetrante, inanimado que esta tierra había sido para mí durante todos esos años, ahogando mi mente hasta el punto de que podía ser capaz de acostumbrarme a casi cualquier cosa sin apenas darme cuenta.

Impartí mis órdenes directamente al superintendente de la Academia[1]. También le pedí que me enviara papel, una pluma estilográfica y unas cuantas cajas de cerillas. La ausencia de estas comodidades comenzaba a fatigarme. Como no tenía la intención de usar armadura en los próximos días, podía colocar todas estas cosas en mi bolsillo y servirme fácilmente de ellas.

De regreso al monasterio encontré que sucedía algo interesante. El abad y los monjes estaban reunidos en el gran salón, observando con pueril y asombrosa credulidad la actuación de un nuevo mago que acababa de llegar. Su vestimenta era el colmo de la fantasía; tan ostentosa y disparatada como la que usaría un curandero indio. Hacía gestos exaltados, farfullaba palabras extrañas, gesticulaba y trazaba figuras místicas sobre el suelo o en el aire…, o sea, lo habitual. Era una celebridad que venía de Asia…, decía él mismo, y eso bastaba. Esa clase de evidencia era moneda corriente y parecía valer tanto como el oro.

¡Qué sencillo y qué barato resultaba ser mago en esos términos! Su especialidad consistía en decirte lo que estaba haciendo en ese instante cualquier individuo sobre la faz de la tierra, lo que había hecho en su pasado y lo que haría en un momento dado de su futuro. Preguntó si alguno de los presentes quería saber lo que hacía en ese momento el Emperador del Este. Los ojos centelleantes de la mayoría, la expresión de deleite, la manera de frotarse las manos constituían una respuesta elocuente. Sí; al público entusiasmado le encantaría saber lo que estaba haciendo dicho monarca. El impostor realizó unos cuantos gestos ampulosos y luego hizo un anuncio en voz muy grave:

—El altísimo y poderoso Emperador del Este procede a colocar unas monedas en la palma de un santo fraile mendicante… Veamos: una, dos, tres monedas, y todas de plata.

Un zumbido de exclamaciones admirativas se propagó por todo el recinto:

—¡Maravilloso!

—¡Fantástico!

—¡Qué estudio, qué dedicación, qué trabajo para adquirir un poder tan pasmoso!

¿Les gustaría saber lo que estaba haciendo el Supremo Señor de la India?… Sí. Les dijo lo que hacía el Supremo Señor de la India. Luego les

dijo lo que ocupaba al Sultán de Egipto en ese instante, y lo que entretenía al rey de los Mares Remotos. Y así, sucesivamente, y con cada nuevo portento crecía el pasmo ante tanta exactitud. Pensaban que seguramente tendría dificultades en algún momento, pero no, nunca vacilaba, lo sabía todo, y lo sabía con precisión infalible. Temí que si esto continuaba perdería mi supremacía, pues el sujeto este me arrebataría a mis seguidores y me quedaría completamente en el aire. Tenía que ponerle un obstáculo cuanto antes, así que dije:

—Si me es permitido hacer una pregunta, me gustaría saber lo que cierta persona está haciendo en este momento.

—Pregunta lo que se te antoje, que yo te responderé.

—Pero es difícil, quizá imposible.

—Mi arte desconoce esa palabra. Cuanto más difícil sea la pregunta, mayor será la certeza con que os revelaré la respuesta.

Como podéis comprender, estaba tratando de aumentar la expectación entre el público. Y, por lo visto, estaba alcanzando cotas muy altas: la respiración suspendida de todos los presentes, las nucas estiradas, los ojos muy abiertos así me lo indicaban. Los llevé entonces al clímax diciendo:

—Si no te equivocas, si me dices en verdad lo que quiero saber, te daré doscientos peniques de plata.

—¡Esa fortuna me pertenece! Te diré lo que ansias saber.

—Entonces dime lo que estoy haciendo con mi mano derecha.

El público prorrumpió en exclamaciones de asombro. A ninguno de ellos se le había ocurrido el pequeño ardid de preguntar por alguien que no estuviera a quince mil kilómetros de distancia. El mago se sobresaltó. Era una emergencia que no se le había presentado nunca antes en su carrera, y se quedó atascado, sin saber qué hacer. Estaba aturdido, confuso, no podía decir palabra.

—Vamos —le dije—, ¿qué esperas? ¿Cómo es posible que puedas responder sin vacilar lo que está haciendo una persona en el otro extremo de la tierra y, sin embargo, no puedas decir lo que hace alguien que se encuentra a menos de tres metros de distancia? Las personas que están detrás de mí están viendo lo que hago con mi mano derecha y podrán confirmar si tu respuesta es correcta.

Seguía sin habla, y entonces expliqué:

—Muy bien; te diré por qué no te atreves a responder. Porque no lo sabes. ¡Y dices que eres un mago! Amigos, este vagabundo no es más que un impostor, un mentiroso.

Estas palabras desconcertaron y aterrorizaron a los monjes. No estaban acostumbrados a ver que uno de esos seres pavorosos fuese insultado y desconocían las consecuencias que aquel acto podría acarrearles. Se hizo un silencio de muerte, mientras por las mentes de todos cruzaban los presagios más ominosos. El mago comenzaba a recobrarse y, cuando consiguió sonreír con una sonrisa afable, despreocupada, los circunstantes mostraron un inmenso alivio. Evidentemente no se encontraba de un humor negro y destructivo. Dijo:

—Me ha dejado sin habla la frivolidad de esta persona. Sépanlo todos, si por ventura hay alguien que no lo supiese de antemano, los encantadores de mi rango no se dignan ocuparse de las acciones de quienes no sean reyes, príncipes, emperadores, es decir, gente de gran alcurnia; son ellos y solamente ellos quienes merecen nuestro interés. Si este individuo me hubiese preguntado lo que hacía el rey Arturo, el gran rey, hubiese sido muy diferente, y le habría contestado, pero los actos de un súbdito me tienen sin cuidado.

—Ah, entonces te había entendido mal. Pensé que habías dicho «cualquier persona», y supuse entonces que «cualquier persona» incluía a… bueno, a cualquier persona, es decir, a todas las personas.

—Así es; cualquier persona de alta cuna, y mejor aún si es de sangre real.

—Paréceme que bien puede ser así —dijo el abad, viendo su oportunidad para suavizar las cosas y evitar un desastre—, pues no es probable que un don tan maravilloso como este haya sido otorgado para revelar los quehaceres de personas tan inferiores a aquellos que nacen de las cumbres de grandeza. Nuestro rey Arturo…

—¿Os gustaría saber de él? —interrumpió el encantador.

—Mucho me gustaría, y además os lo agradecería.

De nuevo, todos estaban llenos de reverencia e interés. ¡Qué incorregibles idiotas! Observaban los encantamientos totalmente absortos, y de tanto en tanto me miraban como queriendo significar: «Bueno, pues ya ves, ¿y ahora qué vas a decir?». De repente anunció el mago:

—El rey está fatigado después de una cacería, y desde hace dos horas descansa en palacio, durmiendo sin soñar nada.

—¡Sea por siempre bendito! —exclamó el abad, persignándose—. Y quiera Dios que ese descanso traiga alivio para su cuerpo y su alma.

—Y así sería si estuviese durmiendo —dije—, pero el rey no está durmiendo; el rey está cabalgando.

De nuevo se presentaba un problema, un conflicto de autoridades. Nadie sabía a cuál de los dos creer, pues a mí todavía me quedaba algo de

reputación. El mago echó mano de todo su desdén y dijo:

—¡Pardiez! Son muchos los magos, adivinos y profetas que he conocido en los días de mi vida, pero ninguno capaz de llegar hasta el corazón de las cosas sin mover un dedo y sin recurrir a la ayuda de encantamiento alguno.

—Debes estar viviendo en una cueva y por eso estás tan atrasado de noticias. Yo también uso encantamientos, como esta cofradía bien sabe, pero solo en ocasiones importantes.

Me parece que en lo tocante a sarcasmos puedo estar a la altura de cualquiera. El individuo acusó el golpe. El abad inquirió por la reina y la corte, y recibió esta información:

—Al igual que el rey, todos han sido vencidos por el cansancio y en este momento duermen.

—No es más que otra mentira. La mitad de ellos se dedican a sus diversiones, mientras que la otra mitad no duerme, sino que cabalga con el rey y la reina. Ahora quizá podrías hacer un pequeño esfuerzo y decirnos hacia dónde se dirigen el rey, la reina y todos los demás que con ellos cabalgan.

—Ahora duermen, como ya he dicho, pero el día de mañana cabalgarán para dirigirse al mar.

—¿Y dónde estarán pasado mañana al atardecer?

—Muy al norte de Camelot, habiendo cumplido la mitad del viaje.

—Pues acabas de decir una mentira de doscientos kilómetros. No habrán cumplido la mitad del viaje, sino que habrán llegado a su final. Y estarán aquí, en este valle.

Ese sí que era un golpe maestro. El abad y los monjes casi volaban de la emoción, mientras que el encantador estaba tan descompuesto como si acabara de caerse de un pedestal. No me detuve allí, sino que dije:

—Si el rey no llega aquí pasado mañana, me dejaré pasear sentado a horcajadas en un madero[2], pero si llega serás tú quien tenga que sufrirlo.

Al día siguiente subí a la oficina de teléfonos y recibí información de que el rey había pasado dos pueblos que se encontraban en el camino. Durante las próximas horas seguí su avance del mismo modo, sin decírselo a nadie, y el tercer día pude calcular que si mantenían su paso estarían en el valle hacia las cuatro de la tarde. Todavía no se veían señales de que su inminente llegada fuese esperada con interés, y parecía que no se habían hecho preparativos para recibirlo con la pompa y solemnidad acostumbradas, algo que ciertamente me extrañaba. La única explicación que se me ocurría era que el otro mago había estado tratando de socavar mi credibilidad. Así era. Se lo pregunté a un monje amigo mío y me lo confirmó. Me confió que estaba ocupado haciendo correr

la voz de que por medio de nuevos encantamientos había averiguado que la corte había decidido no viajar a ninguna parte y quedarse en casa. ¡Qué os parece! Observaréis lo poco que valía en este país una reputación. Esta gente me había visto realizar el más espectacular acto de magia de la historia y el único milagro de innegable provecho que se recordaba y, sin embargo, helos allí, listos a darle la razón a un aventurero que no podía ofrecer otra evidencia de su poder que sus presuntuosas palabras.

Pese a todo, no era conveniente que el rey echase en falta un recibimiento con mucho bombo y oropel, así que hice sonar los tambores para reclutar una procesión de peregrinos e hice ahumar unas cuantas cuevas para reunir una panda de ermitaños, y hacia las dos de la tarde, seguido de toda aquella gente, me dirigí al encuentro de la comitiva real. Así que fue este el grupo que el rey encontró a su llegada. El abad estaba fuera de sí de rabia y humillación cuando le conduje a un salón y le mostré al jefe del Estado, que hacía su entrada sin que un solo monje hubiese acudido a darle la bienvenida, sin que se viese agitación alguna en el monasterio y sin que las campanas se echasen al vuelo para alegrar su espíritu. Echó un vistazo y en seguida retrocedió para hacer acopio de fuerzas. Un minuto después las campanas repicaban furiosamente y los distintos edificios vomitaban monjes y monjas que corrían en tropel hacia el cortejo. Con ellos iba también el mago, caballero sobre un feo madero por orden del abad, con su reputación por los suelos, mientras la mía de nuevo se remontaba hacia las alturas. Sí; en un país como este uno puede conservar el prestigio de su marca de fábrica, pero no puede permanecer cruzado de brazos; tiene que estar al pie del cañón y pendiente en todo momento de la buena marcha de los negocios.



25
Un examen de aptitud

Cuando el rey emprendía un viaje para cambiar de aires, cumplía una gira de protocolo o visitaba a un noble de alguna comarca distante, a quien deseaba arruinar con el coste de su manutención, lo acompañaba parte de la administración. Era una costumbre de la época. La comisión encargada de examinar a los candidatos a puestos en el ejército venía con el rey, aunque perfectamente hubiese podido cumplir su misión quedándose en Camelot. Y el rey, aunque se encontraba en un viaje estrictamente de vacaciones, continuaba ejerciendo algunas de sus funciones habituales. Realizaba sesiones de Toque Real[1], como de costumbre; reunía la corte al amanecer en el patio y juzgaba algunos casos, pues también presidía el Tribunal Real de Justicia.

En este cargo el rey brillaba mucho. Era un juez sabio y humanitario, e indudablemente trataba de actuar de la manera más honesta e imparcial… a su entender. Una reserva considerable, obviamente, porque su entender, o sea, su educación, con frecuencia teñía sus decisiones. Cada vez que se presentaba un pleito entre un noble y una persona de condición inferior las simpatías y preferencias del rey se inclinaban por el primero, consciente o inconscientemente. Resultaría poco menos que imposible que fuese de otra manera. Los efectos de la esclavitud sobre las nociones morales del dueño de esclavos son bien conocidos en todo el mundo, y una clase privilegiada, una aristocracia, no es más que una banda de dueños de esclavos bajo otro nombre. Esto suena muy duro y, sin embargo, no debe ofender a nadie, ni siquiera al noble en cuestión, a no ser que el hecho en sí sea una ofensa, pues lo que acabo de decir simplemente expone un hecho. Lo que hay de abominable en la esclavitud es la esclavitud en sí, no su nombre. Basta con escuchar a un aristócrata hablando de las clases inferiores para reconocer con muy ligeras variaciones las ínfulas y el tono de un dueño de esclavos; y detrás de esta forma de hablar se esconden también el espíritu y los sentimientos embrutecidos de un dueño de esclavos. En ambos casos las actitudes provienen de la misma causa: la antigua y arraigada costumbre de considerarse a sí mismos seres superiores. Las sentencias del rey eran a menudo injustas, pero la culpa solo se podía echar a su educación, a sus

preferencias naturales e inalterables. Resultaba tan adecuado para ocupar la posición de juez como lo sería una madre común y corriente para la posición de encargada de distribuir leche a los niños en tiempos de hambruna… Posiblemente los suyos propios recibirían una pizca más que los otros.

Uno de los pleitos más curiosos que le presentaron al rey fue el siguiente: Una joven huérfana, poseedora de una herencia considerable, había desposado a un joven bueno, pero que no tenía nada. Las propiedades de la joven se encontraban dentro de uno de los señoríos de la Iglesia. El obispo de la diócesis, un arrogante vástago de la gran nobleza, reclamó las propiedades, aduciendo que se había casado en secreto, privando así a la Iglesia de uno de los derechos que le correspondía por su señorío, el llamado *droit du seigneur*, o derecho de pernada[2]. La pena contemplada para el vasallo que rehusase o evitase cumplir con esa obligación era la confiscación de sus bienes. La defensa de la joven se basaba en el hecho de que las prerrogativas de ese señorío recaían sobre el obispo y que el derecho en cuestión no era de ninguna manera transferible. Como al obispo le estaba estrictamente vedado ejercerlo, en virtud de una ley aún más antigua proclamada por la propia Iglesia, ella alegaba que en su caso el ejercicio de ese derecho debía quedar vacante. Realmente se trataba de una caso muy extraño.

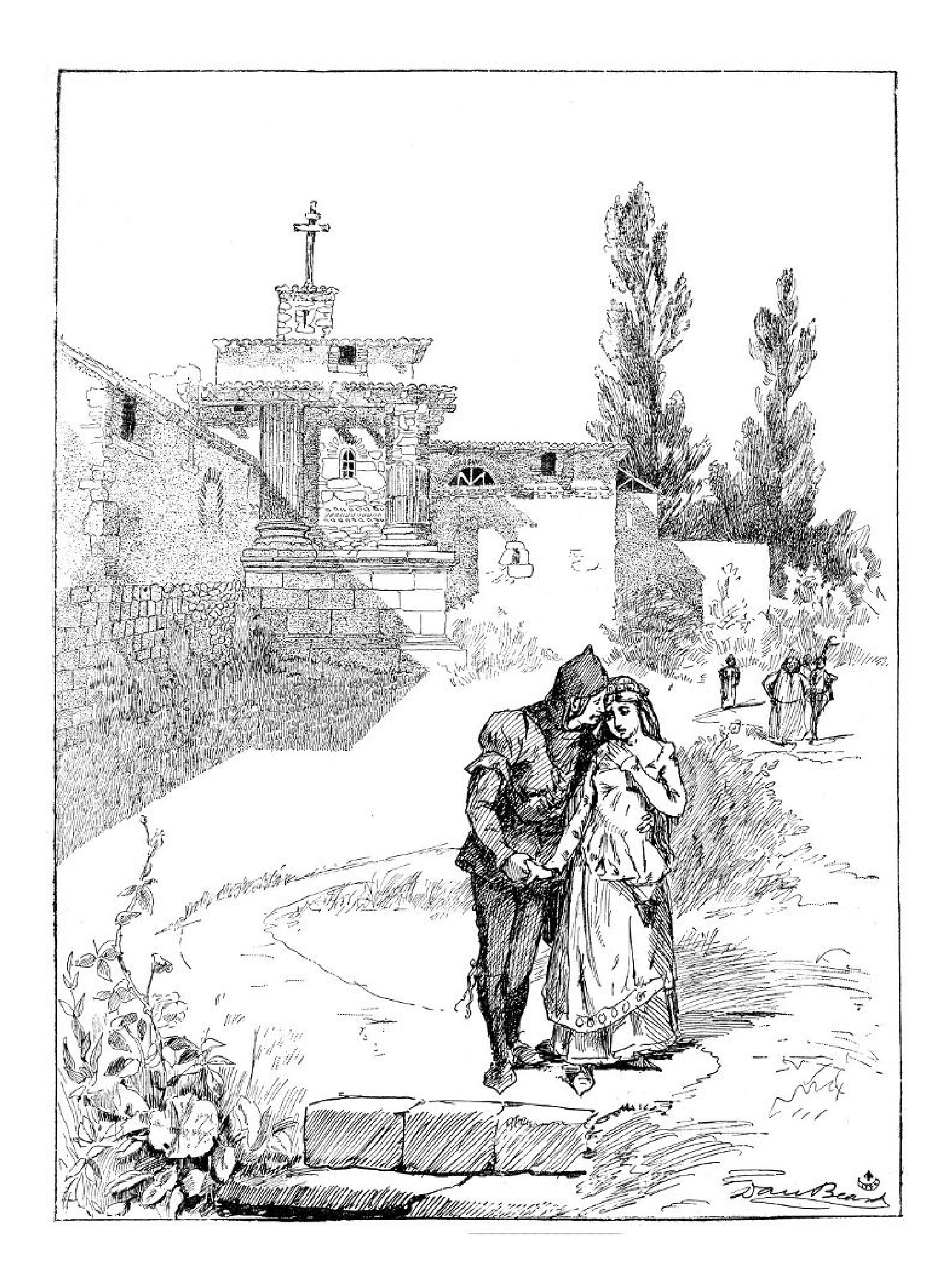
Me trajo a la memoria algo que había leído en mi juventud acerca del ingenioso ardid empleado por los concejales de Londres para recaudar dinero con destino a la construcción del edificio del Cabildo Municipal[3]. A las personas que no hubiesen recibido los sacramentos de acuerdo con el rito anglicano no les estaba permitido presentarse como aspirantes al cargo de alguacil. Por lo tanto, los disidentes religiosos no eran elegibles: no podían presentar su candidatura, aunque se les pidiese, ni podían servir en ese cargo si eran elegidos. Los concejales, que sin lugar a dudas debían ser yanquis disfrazados, urdieron una provechosa estratagema: aprobaron un estatuto que imponía una multa de cuatrocientas libras esterlinas a quien rehusara una candidatura al puesto de alguacil, y otra multa algo mayor, de seiscientas libras, a cualquier persona que después de haber sido elegida alguacil rehusara ocupar su cargo. Luego se las arreglaron para elegir un buen número de disidentes, uno tras otro, hasta que lograron reunir quince mil libras en multas y construir el edificio del Cabildo, que permanece hasta el día de hoy como un recuerdo para el avergonzado ciudadano del lejano y aciago día en que una banda de yanquis se introdujo en Londres y se dedicó a emplear la clase de ardides que han dado a su especie una dudosa y particular reputación

entre todos los pueblos verdaderamente buenos y sanos que habitan la tierra[4].

La defensa de la joven me parecía bastante convincente, pero también tenían fuerza los argumentos del obispo. No se me ocurría cómo podría salir el rey del atolladero. Pero salió. He aquí su sentencia:

—En verdad, encuentro poca dificultad aquí, siendo el asunto tan simple como un juego de niños. Si la joven esposa hubiese seguido su obligación, dando noticia de la futura boda a su señor feudal, amo y protector, el obispo, no hubiese sufrido pérdida alguna, pues el susodicho obispo habría podido obtener una dispensa que por conveniencia temporal le hubiese hecho elegible para ejercer el dicho derecho, y de esa forma la joven hubiese podido conservar todas sus propiedades. Considerando que al faltar al primero de sus deberes, por añadidura ha faltado a todos los demás, del mismo modo que cuando una persona está asida a una cuerda y esta cuerda es cortada más arriba de sus manos, la persona caerá al suelo, y de nada le servirá alegar que el resto de la cuerda se encuentra en buenas condiciones, ni tampoco le servirá para salvarse del peligro, como la misma persona podrá comprobar…, en consecuencia la defensa de esta mujer está viciada desde su misma fuente y esta Corte sentencia que debe renunciar a todos sus bienes en favor de dicho señor obispo, incluyendo hasta el último cuarto de penique que posea. ¡El siguiente!

He aquí el final trágico para una preciosa luna de miel que todavía no cumplía los tres meses. ¡Pobres criaturas! Durante tres meses habían estado inmersos en las comodidades mundanas. Las ropas y las joyas que usaban eran tan finas y elegantes como se lo habían podido permitir, valiéndose incluso de argucias para extender al máximo la interpretación de las leyes suntuarias, severas leyes que proscribían la utilización de ropas y adornos exquisitos a gente de su condición. Así ataviados, debieron abandonar el lugar del juicio, ella sollozando sobre el hombro de él, y él tratando de consolarla con palabras de ilusión entonadas sobre el fondo melódico de la cruel desesperanza, y regresar al mundo sin hogar, sin lecho, sin pan, de hecho más pobres aún que el más miserable de los mendigos a la vera del camino.



Bueno, el rey había salido del atolladero, y lo había hecho en términos que sin duda eran satisfactorios para la Iglesia y el resto de la aristocracia. Se han escrito muchos argumentos poderosos y plausibles en favor de la monarquía, pero sigue siendo innegable que en un Estado en el que cada hombre tiene un voto dejan de ser posibles las leyes brutales. Por supuesto que los súbditos de Arturo eran un material muy deficiente para la formación de una república, habiendo sido durante tanto tiempo degradados y envilecidos por una monarquía, y, no obstante, incluso ellos eran lo suficientemente inteligentes para derogar inmediatamente la ley que acababa de ser administrada por el rey, de haber sido sometida a una votación libre en la que todos participaran. Hay una frase que se ha hecho tan común a oídos del mundo que se ha llegado a pensar que tiene sentido y significado: es la frase que, refiriéndose a esta nación, o a la otra, o a la de más allá, la define como «capaz de autogobernarse», lo cual implica que ha existido una nación en algún sitio, en alguna época, que *no era* capaz de hacerlo, es decir, que no era tan capaz de hacerlo como lo eran o lo serían un grupo de especialistas autoelegidos. Las grandes mentes en todos los países, en todas las épocas, han surgido caudalosamente de entre las masas de la nación, y solo de entre las masas, no de entre sus clases privilegiadas, de manera que, independientemente de la categoría intelectual de la nación, ya sea alta o baja, el grueso de sus habilidades siempre sale de entre las vastas filas de los desconocidos y los pobres, y nunca ha ocurrido que en una nación no existiese el suficiente material humano para la instauración de un autogobierno, lo cual viene a confirmar un hecho evidente: que incluso la mejor gobernada, la más libre y la más iluminada de las monarquías sigue estando por debajo de las condiciones óptimas que los súbditos podrían alcanzar. Y lo mismo es cierto de gobiernos semejantes a una escala menor, hasta llegar al más bajo de todos.

El rey Arturo se había adelantado con la cuestión del ejército mucho más de lo que yo había previsto. Había pensado que mientras me encontrase ausente él no tomaría cartas en el asunto, y por eso no diseñé un esquema que sirviese para determinar los méritos de cada oficial. Me había limitado a comentar que sería aconsejable someter a cada aspirante a un difícil y exhaustivo examen, y en mi fuero interno me había propuesto elaborar una lista de cualificaciones militares que solo podrían ser superadas por mis alumnos de West Point. Debía haberme ocupado de ello antes de partir, porque el rey estaba tan entusiasmado con la idea de un ejército permanente, que deseaba poner manos a la obra, y ahora me daba cuenta de que, por lo

visto, no había podido contener su impaciencia y había esbozado unos exámenes salidos de su propia mollera.

Yo estaba impaciente por ver en qué consistía su examen, y además por demostrar cuánto más admirable era el que yo había diseñado y que exhibiría ante el Consejo Examinador. Se lo insinué al rey, de paso, y esto aguijoneó su curiosidad. Cuando el Consejo estuvo reunido entré en el recinto detrás del rey, y detrás de mí entraron los aspirantes. Uno de estos aspirantes era un joven y brillante alumno de West Point, acompañado por unos cuantos profesores de la Academia.

Cuando vi a los integrantes del Consejo Examinador no supe si echarme a reír o llorar. Lo presidía un oficial que en siglos futuros sería conocido como Norroy Reydearmas. Los otros dos miembros eran jefes de sección en su departamento, y, por supuesto, los tres eran clérigos. Todos los funcionarios a quienes se les exigiera leer y escribir por fuerza debían ser clérigos.

Por deferencia hacia mí, mi candidato fue llamado el primero. El presidente del Consejo se dirigió a él con oficial solemnidad:

—¿Nombre?

—Maleza.

—¿Hijo de?

—Arañón.

—Arañón… Arañón… Hum, parece que la memoria me falla; no consigo recordar ese nombre. ¿Ocupación del padre?

—Tejedor.

—¡Tejedor! ¡Que Dios nos proteja!

El rey se tambaleó desde la corona hasta sus reales calzas; uno de los funcionarios se desmayó y los otros estuvieron al borde del colapso. El presidente del Consejo logró contenerse y dijo en tono indignado:

—Suficiente. Largo de aquí.

Pero yo apelé ante el rey. Le rogué que mi candidato fuese examinado. El rey estaba dispuesto a concedérmelo, pero los integrantes del Consejo, nacidos todos de noble cuna, imploraron al rey que no les hiciese sufrir la ignominia de examinar al hijo de un tejedor. Yo sabía que de todas formas no tenían los conocimientos suficientes para examinarle, así que uní mis súplicas a las suyas y entonces el rey encomendó la tarea a mis profesores. Yo había hecho traer una pizarra, que ahora se colocó al frente, y comenzó el espectáculo. Daba verdadero gusto escuchar a este muchacho explicar la ciencia de la guerra, y disertar con lujo de detalles sobre batallas, asedios, suministros, transportes, colocación y desactivación de minas explosivas,

grandes tácticas, estrategia general y estrategias menores, servicio de señales, infantería, caballería, artillería, cañones de asedio, cañones de campo, cañones de medio alcance, cañones de largo alcance, ejercicios de tiro con mosquete, ejercicios de tiro con revólver, mientras aquellos besugos no lograban entender una sola palabra, y daba gusto verlo resolver sobre la pizarra auténticas pesadillas matemáticas que hubiesen dejado perplejos a los mismos ángeles, y hacerlo como si no se le diera nada, y daba gusto escucharlo hablar concienzudamente acerca de eclipses, cometas, solsticios, constelaciones, hora promedio, hora sideral, hora de comer, hora de acostarse y cualquier otra imaginable por encima o por debajo de las nubes que pudiese servir para acosar o desconcertar al enemigo y hacerle desear que no hubiese venido, y cuando, al final, el muchacho saludó militarmente y se hizo a un lado, yo estaba lo suficientemente orgulloso de él como para abrazarlo, y todos los demás estaban tan deslumbrados que parecían en parte petrificados, en parte borrachos y totalmente abrumados. Juzgué que la partida ya estaba asegurada, y por un buen margen.

La educación es una gran cosa. Este era el mismo muchacho que se había presentado en West Point como un completo ignorante, hasta el punto de que al preguntarle: «¿Qué debe hacer un oficial general cuando en el campo de batalla cae muerto el caballo que cabalga?», había respondido, con toda la ingenuidad imaginable: «Levantarse y limpiarse un poco».

A continuación fue llamado uno de los jóvenes nobles. Quise hacerle unas cuantas preguntas:

—¿Su señoría sabe leer?

Su gesto se congestionó por la ira y me espetó lo siguiente:

—¿Me tomáis por un escribano? Voto al cielo que mi linaje no es de…

—¡Responde a la pregunta!

Con gran esfuerzo consiguió dominar su soberbia y balbucir:

—No.

—¿Sabes escribir?

Intentó protestar de nuevo, pero le dije:

—Limítate a contestar las preguntas y ahórrate los comentarios. No te encuentras aquí para hacer alarde de tu noble alcurnia ni de tus gracias, y no se permitirá que hagas nada por el estilo. ¿Sabes escribir?

—No.

—¿Sabes la tabla de multiplicar?

—No sospecho a qué os referís.

—¿Cuántas son ocho por seis?

—Es un misterio para mí, ignoto en razón de que no se ha presentado en todos los días de mi vida una emergencia tal que me impeliese a descifrar ese enigma y, por tanto, al no haberse presentado la necesidad, dicho conocimiento no habita en mi espíritu.

—Si A cambia a B un saco de cebollas, con un valor de dos peniques el kilo, por una oveja que vale cuatro peniques y un perro que vale un penique, y C mata al perro antes de que este sea entregado, porque ha sido mordido por dicho perro, que le había confundido con D, ¿qué cantidad le debe todavía B a A, y quién debe pagar por el perro, C o D, y quién debe recibir el dinero? Y en el caso de A, ¿sería un penique suficiente o tendría derecho a reclamar daños consiguientes en forma de dinero opcional para cubrir las posibles ganancias que hubiera podido obtener con el perro y que podrían ser clasificadas como incrementos percibidos o, lo que es equivalente, en usufructo?

—En verdad, yo digo que en toda la sapiente e indescifrable providencia de Dios, que de manera misteriosa despliega los prodigios que realiza, nunca me había sido dado escuchar una pregunta que se asemeje a esta por la confusión de la mente y saturación de los canales del pensamiento. Por consiguiente, os ruego que dejéis que el perro y las cebollas y todas estas personas de extraños e impíos nombres encuentren por sí mismos la manera de ponerse a salvo de sus deplorables y asombrosas dificultades, sin contar con mi ayuda, porque ciertamente sus problemas ya son suficientes, y si yo tratase de ayudarlos bien podría perjudicar su causa aún más, y tal vez no viviría yo lo suficiente para ser testigo de la desolación por mí acarreada.

—¿Qué sabes de la ley de atracción y la ley de gravitación?

—Si dichas leyes existen, quizá hayan sido promulgadas por su majestad el rey cuando yo me encontraba enfermo en casa, a principios de año, y por tanto no me fue posible enterarme de su proclamación.

—¿Qué sabes de la ciencia de la óptica?

—He oído hablar de gobernadores de plazas y senescales de castillos y alguaciles de condados y numerosos cargos y títulos de honor, pero aquel a quien llamáis Ciencia de la Óptica no lo había escuchado nombrar nunca antes. ¿Será por ventura un nuevo dignatario?

—Ya lo creo.

Tratad de imaginaros a un molusco como este presentándose seriamente como aspirante a un puesto oficial, cualquiera que fuese. ¡Caray! Si tenía todas las características de un mecanógrafo copista[5], excepto la inclinación a hacer correcciones no solicitadas a tu gramática y tu puntuación. Era

incomprensible que no recurriese también a un poco de ayuda en ese terreno, en vista de su desmesurada incapacidad para el cargo, pero ello no probaba que careciese de la mencionada inclinación, sino simplemente que ni siquiera había llegado al nivel de un mecanógrafo copista. Después de fastidiarlo con unas cuantas preguntas más, le solté a los profesores, que le dieron cuatro vueltas en lo referente a la guerra científica y, por supuesto, le encontraron totalmente vacío. Tenía algunas nociones de la manera de guerrear de la época, aquello de rastrear las florestas en busca de ogros y de combates en esos torneos que parecían corridas de toros, pero, aparte de esto, estaba totalmente vacío e inservible. Luego nos ocupamos del otro joven noble, que hubiese podido pasar por gemelo del anterior, tanta era su ignorancia y su incapacidad. Dejé a estos candidatos en manos del presidente del consejo examinador, con la serena conciencia de que estaban tan verdes que sin más dilaciones serían rechazados. Fueron examinados en el mismo orden en que se habían presentado.

—¿Nombre, si tenéis la bondad?

—Pertipole, hijo de sir Pertipole, barón de la Cebada Molida.

—¿Abuelo?

—También sir Pertipole, barón de la Cebada Molida.

—¿Bisabuelo?

—Idéntico nombre y título.

—¿Tatarabuelo?

—No lo sabemos, reverendo señor, pues el linaje se pierde al remontarse tantos y tantos años.

—No tiene importancia. Son cuatro buenas generaciones y cumple los requisitos de la regla.

—¿Qué regia? —pregunté yo.

—La ordenanza que requiere cuatro generaciones de nobles para que el aspirante sea elegible.

—¿Entonces un hombre no es elegible para el cargo de teniente en el ejército si no puede probar cuatro generaciones de nobles en su familia?

—Así es; sin esa cualificación nadie puede ser nombrado para el cargo de teniente ni para cualquier otro cargo en el ejército.

—¡Pero, vamos, si esto es completamente pasmoso! ¿De qué sirve una cualificación como esa?

—¿Que de qué sirve? Esa es una pregunta espinosa, gentil sir Jefe, pues estaríamos objetando la sabiduría de nuestra Santa Madre Iglesia.

—¿Y eso por qué?

—Porque la Iglesia ha establecido la misma regla en lo que concierne a los santos. Según sus leyes, nadie puede ser canonizado hasta que lleve muerto cuatro generaciones.

—Ya veo, ya veo…, es lo mismo. Realmente asombroso. En uno de los casos el hombre es un muerto en vida con cuatro generaciones a cuestas, momificado por la ignorancia y la pereza, y esto lo hace apto para dar órdenes a personas vivas y hacerse responsable de su prosperidad o su desgracia, y en el otro caso un hombre permanece acostado con la muerte y los gusanos durante cuatro generaciones y ello lo hace apto para ocupar un cargo en el batallón celestial. ¿Está de acuerdo su majestad el rey con esta extraña ley?

Respondió el rey:

—¡Pardiez! En verdad que no veo en ella nada de extraño. Todas las posiciones de honor y de provecho corresponden, por derecho natural, a los que provienen de noble alcurnia, y por ende las dignidades que existan en el ejército son propiedad suya, sin necesidad de esta regla ni de ninguna otra. La regla no tiene otro motivo que marcar un límite, y su propósito es evitar la incorporación de sangre demasiado reciente, lo cual haría que estos cargos se considerasen con desprecio y que los hombres de linaje excelsos les volvieran la espalda y desdeñaran aceptarlos. Gran culpa recaería sobre mí si permitiese tal calamidad. Vos podéis permitirlo si tanto os importa, ya que contáis con la autoridad que os ha sido conferida, pero que lo hiciese el mismo rey sería el más extraño género de locura y resultaría incomprensible para todos.

—Me rindo. Proceda, señor presidente del Colegio de Heraldos.

El presidente resumió la sesión con la siguiente pregunta:

—¿Qué ilustre logro para honor del Trono y el Estado realizó el fundador de vuestro gran linaje, haciéndolo merecedor de ascender a la dignidad de la nobleza británica?

—Construyó una cervecería.

—Majestad, el consejo examinador encuentra que este candidato cumple perfectamente todos los requisitos y cualificaciones para ocupar un puesto de mando en el ejército, y retiene su nombre para tomar una decisión una vez examinado debidamente su contrincante.

El contrincante se presentó y también demostró que tenía cuatro generaciones de nobleza. Así que en ese momento había un empate en cuanto a cualidades militares.

Se apartó un momento y sir Pertipole fue interrogado nuevamente.

—¿De qué condición era la esposa del fundador de vuestro linaje?

—Pertenecía a la más alta gentileza terrateniente y, aunque no era noble, fue una mujer bondadosa, pura y caritativa, de costumbres y carácter tan intachables que podría equipararse con la mejor de las damas del mundo.

—Suficiente. Podéis salir.

Llamó otra vez al señoritingo contrincante y le preguntó:

—¿Cuál era el rango y la condición de la tatarabuela que confirió nobleza británica a vuestra eximia familia?

—Era manceba del rey y trepó hasta esa espléndida eminencia por sus propios méritos y sin ayuda de nadie desde la cloaca donde había nacido.

—Ah, esto es en verdad auténtica nobleza, la mezcla apropiada, perfecta. El cargo de teniente es para vos, gentil señor. Os ruego que no lo tengáis en poco; es un humilde paso que os conducirá a grandezas más acordes con el esplendor de un origen como el vuestro.

Me encontraba en el fondo mismo del pozo de la humillación. Había anticipado un triunfo fácil y enaltecedor, ¡y este era el resultado!

Casi sentía vergüenza de mirar a la cara a mi pobre y desencantado cadete. Le dije que se marchara a casa y fuese paciente, pues no todo estaba perdido.

Celebré una audiencia privada con el rey y le hice una propuesta. Le dije que me parecía muy bien que los oficiales de ese regimiento pertenecieran a la nobleza y que difícilmente hubiese podido tomar una decisión más sabia. También le dije que sería una buena idea incorporar al ejército otros quinientos oficiales; de hecho, incorporar tantos oficiales como nobles y parientes de nobles hubiese en el país, aunque llegase el momento en que existiese un número de oficiales cinco veces mayor que el de soldados rasos. Contaría así con un regimiento de élite, el regimiento más envidiado por todos, el regimiento real, con derecho a luchar a su manera y como mejor le pareciese, ir y venir a su antojo en tiempos de guerra y ser completamente independiente. Esto haría que toda la nobleza ardiese en deseos de ingresar en ese regimiento y que, una vez en él, se sintiesen contentos y satisfechos. Luego reclutaríamos al resto del ejército permanente con individuos del montón y como oficiales nombraríamos a gente común y corriente, como tenía que ser. A esta gente común y corriente la seleccionaríamos basándonos exclusivamente en la eficiencia, y haríamos que siguieran las órdenes al pie de la letra, sin permitirles inmoderaciones y ligerezas aristocráticas, y los obligaríamos a persistir en el trabajo día tras día, sin dar el brazo a torcer, de tal forma que cuando el regimiento real se sintiese fatigado y desease ausentarse para dedicar un tiempo a la búsqueda de ogros y otras diversiones,

pudiesen marcharse tranquilamente, en la seguridad de que sus funciones quedarían en buenas manos, y que el negocio seguiría como de costumbre. Al rey le encantó la idea.

A raíz de esto se me ocurrió algo muy valioso, y la solución para un asunto que me había estado preocupando desde hacía mucho tiempo. Veréis, la familia real Pendragón[6] era una estirpe antigua y sumamente prolífica. Cada vez que nacía un niño en la familia, cosa por cierto muy frecuente, los labios de la nación gritaban de júbilo, pero el corazón de la nación se dolía lastimeramente. El júbilo era discutible, pero el dolor era sincero, pues el acontecimiento significaba una nueva subvención del Tesoro Real para costear los festejos. La lista de subvenciones en este apartado era larga y constituía una pesada y creciente carga para el tesoro y una amenaza para la corona. Sin embargo, Arturo no aceptaba el hecho y ni siquiera escuchaba los diversos proyectos que yo le presentaba para sustituir las subvenciones reales por algo diferente. De haber podido persuadirlo de que de vez en cuando hiciese una donación de su propio bolsillo para el sustento de un vástago de uno de sus parientes lejanos yo hubiese hecho una enorme propaganda de esa acción, lo cual hubiese tenido un efecto muy positivo entre las gentes del país. Pero no, ni siquiera deseaba oír hablar de esto. Tenía una especie de pasión religiosa por las subvenciones reales; aún más, parecía considerarlas como una suerte de saqueo sagrado, y no existía otra manera más segura y más rápida de irritarlo que lanzar un ataque contra esa venerable institución. A veces, me arriesgaba a sugerir con gran cautela que no había en toda Inglaterra otra familia respetable que se humillase a sí misma pasando el sombrero…, pero nunca conseguía seguir adelante; siempre me interrumpía y me hacía callar de manera perentoria.

Pero me pareció que finalmente había encontrado mi oportunidad. Este ejército de élite estaría formado por oficiales, ni un solo soldado raso. La mitad serían nobles, que ocuparían todos los cargos hasta el rango de mayor general, servirían gratis y pagarían sus propios gastos…, y además lo harían gustosamente cuando se enterasen de que el resto del regimiento estaría integrado exclusivamente por príncipes de sangre real. Estos príncipes ocuparían los cargos más altos en el escalafón militar, desde teniente general hasta mariscal de campo, tendrían salarios excelentes y estarían equipados y alimentados por el Estado. Más aún (y este era mi golpe maestro), se decretaría que para dirigirse a estas altezas principescas habría que utilizar un rimbombante y estremecedor título (que ya me encargaría de inventar), y que en toda Inglaterra ellos y solamente ellos serían llamados así. Por último,

todos los príncipes reales podrían elegir libremente entre unirse al regimiento, recibir el grandioso título y renunciar a la subvención o, por otro lado, abstenerse de ingresar en el ejército y conservar la tradicional subvención. Y una preciosa coletilla: príncipes aún no natos, pero en inminencia de hacerlo, podrían nacer formando parte de un regimiento, comenzando así con buen pie, con buenos salarios y con el futuro ya resuelto. Bastaría con que los padres solicitaran el cupo a su debido tiempo.

Estaba seguro de que todos los muchachos estarían ansiosos por ingresar, de manera que todas las subvenciones existentes serían eliminadas. Y que ingresasen también los recién nacidos era algo igualmente seguro. En un plazo de sesenta días, aquella extraña y singular anomalía, la subvención real, dejaría de existir y pasaría a ocupar su sitio entre las curiosidades del pasado.

26
El primer periódico

Cuando le dije al rey que pensaba salir de viaje disfrazado de plebeyo para explorar el país y familiarizarme con los modos de vivir de la gente humilde, se entusiasmó inmediatamente con la novedad del proyecto y me aseguró que estaba dispuesto a tomar parte en la aventura. Nada podría disuadirlo, dijo; abandonaría todo lo que tuviese entre manos con tal de salir, pues era la mejor de las ideas que había oído en mucho tiempo. Quería ponerse en camino inmediatamente, deslizándose subrepticiamente por la puerta trasera, pero le expliqué que no sería apropiado. Veréis: estaba ya en el programa que esa tarde intervendría en una sesión para tocar a los enfermos escrofulosos[1] y no estaría bien defraudar al público. Además, esto no le retrasaría mucho, pues se trataba de una función única. También me pareció que debería decirle a la reina que se marchaba de viaje. Al instante se ensombreció su semblante. Lamenté haber hablado, y más cuando me dijo con voz taciturna:

—Olvidáis que Lanzarote se encuentra aquí, y cuando Lanzarote está, ella no se da cuenta de si el rey se marcha a algún sitio, y tampoco se entera del día de su regreso[2].

Naturalmente, cambié de tema. Sí; la reina Ginebra era una mujer hermosa, es verdad, pero tampoco se podía negar que era bastante descuidada en su comportamiento. Nunca me metía en esos asuntos, pues no eran problema mío, pero hay que decir que me dolía ver el cariz que habían tomado las cosas. Muchas veces la reina me había preguntado:

—Sir Jefe, ¿habéis visto por ventura a sir Lanzarote?

En cambio, si alguna vez se le había ocurrido interesarse por el paradero del rey lo debía de haber hecho cuando yo no estaba, pues a mí no me lo había preguntado nunca.



La escenografía para el asunto de los escrofulosos era bastante buena; un montaje cuidadoso y convincente. El rey se sentaba debajo de un lujoso dosel, rodeado por un profuso grupo de clérigos con sus vestiduras ceremoniales. Muy notable, tanto por la situación como por el atuendo, estaba Marinel, un ermitaño perteneciente a la especie de los curanderos charlatanes, encargado de introducir a los enfermos. A todo lo largo y ancho del espacioso recinto, e iluminado por una luz poderosa, se amontonaban los escrofulosos, sentados o tumbados en el suelo. Parecía que estaban posando para un cuadro, pero no era así. Aquel día se habían presentado ochocientos enfermos. La tarea era lenta y carecía de novedad para mí, ya que había asistido otras veces a la ceremonia. Pronto me empezó a invadir el tedio, pero el protocolo exigía que me quedase hasta el final. El curandero se encontraba allí para tratar de discernir quiénes no estaban verdaderamente enfermos. Entre la multitud siempre había muchas personas que solamente creían estar enfermas, otras que eran conscientes de encontrarse en perfecto estado de salud, pero que deseaban acceder al honor inmortal de un breve contacto corporal con un rey, y otras más que fingían estar enfermas para recibir la moneda que acompañaba al toque real. Hasta ese momento, la moneda en cuestión había sido una diminuta pieza de oro que valía aproximadamente un tercio de dólar. Si consideramos todo lo que podía comprarse con ese dinero en aquella época y aquel país, y cuán usual resultaba que las personas que sobrevivían enfermasen de escrofulosis, salta a la vista que el presupuesto anual para estas sesiones era tan perjudicial para la tesorería y esquilmaba de tal manera los posibles excedentes como las apropiaciones gubernamentales para ríos y puertos en mis tiempos. Así que tomé la resolución de darle un toque a la tesorería para sanear el asunto del toque real. Una semana antes de partir de Camelot en busca de aventuras había dejado cubiertas seis séptimas partes del presupuesto de tesorería para las sesiones de escrofulosos y había dado órdenes de que la parte restante fuese convertida inflacionariamente en monedas de níquel de cinco centavos, que serían entregadas al escribano en jefe de la Sección del Toque Real, y que cada moneda de níquel reemplazara una pieza de oro y cumpliera su misma función. Podría presentarse un alza desmedida en la cotización del níquel, pero juzgué que aguantaría las presiones. Por lo general, no soy partidario de inundar de valores un mercado, pero en este caso me pareció que era justificable, ya que, al fin y al cabo, se trataba de un obsequio. Y cuando se trata de regalos, eres libre de hacer que parezcan mucho más valiosos de lo que en realidad son. Por lo menos, yo procedo así casi siempre. Las antiguas monedas de oro y plata que circulaban

en el país eran por regla general de origen desconocido, aunque se sabía que algunas de ellas eran romanas. No resultaba difícil distinguirlas, pues estaban mal hechas y pocas veces eran más redondas que una luna en cuarto menguante. En lugar de haber sido acuñadas habían sido fabricadas a martillazos y sus inscripciones no eran más legibles que una ampolla en la mano, a la cual se parecían mucho, por cierto. Estimé que una moneda de níquel, nueva y reluciente, con la imagen del rey de extraordinario parecido por un lado, y de la reina Ginebra, por el otro, acompañadas por un pomposo lema piadoso, resultaría tan eficaz para curar a los escrofulosos como las monedas de metales más nobles, y además agradaría mucho más a los enfermos. Tenía razón. En esta ocasión se ensayó con la primera de las hornadas, y funcionó maravillosamente. Y el ahorro fue muy notable; podéis comprobarlo con estas cifras: de los ochocientos enfermos se atendieron poco más de setecientos. Con la tarifa antigua, esto le hubiese costado al gobierno alrededor de doscientos cincuenta dólares; con la tarifa nueva nos las arreglamos con unos treinta y cinco dólares, ahorrando así más de doscientos dólares de un solo golpe. Para comprender la verdadera magnitud de esta jugada es necesario considerar las siguientes cifras: los gastos anuales de un gobierno nacional equivalen a la suma de los jornales de tres días de trabajo, aplicando un jornal medio, de cada uno de los ciudadanos, esto es, considerando cada individuo como si fuese un adulto. Si tomáis una nación con sesenta millones de habitantes, en la cual el salario medio es de dos dólares diarios, y retiráis a cada individuo los jornales de tres días de trabajo obtendréis trescientos sesenta millones de dólares y podréis cubrir los gastos del gobierno. En mi país y en mis tiempos este dinero se conseguía por medio de impuestos; el ciudadano pensaba que eran los importadores extranjeros quienes lo pagaban, y esa convicción le dejaba muy contento, cuando en realidad esta suma era pagada por el mismo pueblo norteamericano, y estaba tan igual y tan exactamente distribuida entre todos los individuos, que el importe anual que debía pagar el multimillonario y el que debía cubrir el niño de pecho de un pobre jornalero era exactamente el mismo: seis dólares. Supongo que no puede existir mayor igualdad. Pues bien, Escocia e Irlanda eran tributarias de Arturo, y la población total de las islas Británicas ascendía a algo menos de un millón de personas. El salario medio de un mecánico era de tres centavos diarios, siempre y cuando él pagase sus gastos de manutención. Según esta regla, los gastos anuales del gobierno nacional eran de noventa millones al año, es decir, unos doscientos cincuenta dólares al día. Así pues, sustituyendo las monedas de oro por las de níquel durante el día de

los escrofulosos no solamente no perjudicaba a nadie, ni dejaba a nadie insatisfecho, sino que además complacía a todos los interesados y permitía ahorrar cuatro quintas partes de los gastos nacionales correspondientes a ese día. En la Norteamérica de mis tiempos este ahorro hubiese equivalido a ochocientos mil dólares. Al hacer la sustitución, mi sabiduría había derivado de una fuente muy remota: la sabiduría de mi infancia. Estoy convencido de que un verdadero hombre de Estado no debe despreciar ningún tipo de sabiduría, por muy bajo que sea su origen. En mi niñez se intentaba inculcar a los niños la costumbre de hacer donaciones a los misioneros en tierras lejanas. Yo siempre donaba botones y guardaba los peniques. A los salvajes ignorantes de aquellas tierras un botón les serviría como una moneda; a mí me servía más la moneda que el botón; todos quedaban tan contentos y nadie salía perjudicado.

Marinel recibía a los pacientes a medida que llegaban. Examinaba a cada candidato, rechazando a los que no reunían las condiciones y haciendo pasar a los verdaderos enfermos. Un clérigo pronunciaba estas palabras:

—Entonces posarán sus manos sobre los enfermos, y los enfermos sanarán…

Acto seguido el rey palpaba las llagas, mientras el clérigo continuaba con la lectura, y al final, cuando el paciente estaba ya en su punto, recibía su moneda de níquel, que el rey le colgaba del cuello, y se le despachaba. ¿Os parece que eso es suficiente para curar a alguien?… Ciertamente. Cualquier farsa puede ser curativa cuando la fe del paciente es firme. Cerca de Astolat[3] había una capilla en el sitio donde la Virgen se había aparecido a una pastorcita de gansos…, según había contado la misma niña. Se construyó entonces la capilla y en su interior se colgó un cuadro que representaba el acontecimiento. Podría pensarse que un cuadro como ese constituía un auténtico riesgo para los enfermos que a él se acercasen, pero el hecho es que miles de enfermos y lisiados venían todos los años, oraban ante él y se marchaban completamente sanos; más aún: las personas que no padecían de nada también podían mirarlo y seguir con vida. Por supuesto que cuando me contaron estas cosas no les di ningún crédito, pero fui allí en una ocasión y tuve que rendirme a la evidencia. Con mis propios ojos vi cómo se producían las curaciones y constaté que se trataba de curaciones reales e innegables. Lisiados que durante años había visto recorriendo Camelot apoyados en muletas llegaban allí, recitaban una plegaria ante el cuadro y, soltando las muletas, se marchaban sin siquiera cojear. Los montones de muletas que habían sido abandonadas por los exlisiados servían de testimonio.

En otros sitios había gente capaz de operar la mente de un paciente, sin necesidad de decirle una sola palabra, y dejarlo curado. Y en otros más, unos cuantos expertos reunían en un salón a un grupo de enfermos, rezaban algunas oraciones, apelaban a la fe de cada uno, y los enfermos se marchaban sanos. Donde quiera que encontréis un rey incapaz de curar a los escrofulosos valiéndose del toque real, podéis estar seguros de que también ha dejado de existir aquella valiosa y lucrativa superstición que respalda el trono: la creencia de los súbditos en la designación divina de su soberano. En tiempos de mi juventud, los monarcas de Inglaterra habían abandonado la costumbre de sanar a los escrofulosos, pero no había motivo para tal apocamiento: hubiesen podido curarlos cuarenta y nueve veces de cada cincuenta.

Bueno, cuando el sacerdote llevaba ya tres horas recitando su letanía, y el rey seguía repitiendo los mismos gestos una y otra vez, y los enfermos seguían apretujándose para tratar de abrirse paso, comencé a sentirme insoportablemente aburrido. Estaba sentado junto a una ventana abierta, no muy lejos del dosel real; el paciente número quinientos había dado un paso al frente para que fuese palpada su llaga repulsiva, mientras se escuchaban las monótonas palabras de la letanía: «Entonces posarán sus manos sobre los enfermos…», cuando resonó en el exterior, tan claro como el canto del gallo, un acorde que embriagó mi alma y de un solo golpe echó por tierra trece indignos siglos:

—¡*Hosanna Semanal* y *Volcán Literario* de Camelot! ¡Última erupción! Tan solo dos centavos. ¡Todo sobre el extraordinario milagro en el valle de la Santidad!


Latest Eruption
only two cents
1889

Había hecho su aparición una figura más grandiosa que la del rey: el voceador de periódicos. Pero yo era el único entre toda la multitud que comprendía el significado de este magno acontecimiento y el papel destinado en el mundo a este mago imperial.

Dejé caer por la ventana una moneda de cinco centavos y recibí mi periódico. El Adán de los voceadores fue a buscar cambio a la vuelta de la esquina. Todavía debe de estar buscándolo. Era un verdadero placer tener de nuevo un periódico entre las manos; sin embargo, sentí un íntimo sobresalto cuando mis ojos cayeron sobre los titulares de la primera página. Había vivido tanto en esa atmósfera pegajosa de reverencia, respeto y deferencia, que un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al ver los titulares:

¡SENSACIONALES ACONTECIMIENTOS
EN EL VALLE DE LA SANTIDAD!

¡OSTRUIDOS LOS CONDUCTOS DE AGUA!

¡MAESE MERLÍN REKURRE A SUS ARTES,
PERO NO DA PIE CON BOLA!

¡Pero sir Jefe se anota un tanto alas primeras de cambo!

La fuente milagrosa es liberada
en medio de sobreCogedoras explosiones de

¡FUEGO INFERNAL Y HUMOY TRUENOS!

¡ASOMBRO EN EL NIDO DE LOS CUERVOS!

¡SINIGUAL REGOCIGO Y CELEBRACIONES!

… etcétera. Sí, era demasiado sensacionalista. En cierta época hubiese podido disfrutar de su lectura sin ver en ello nada que estuviese fuera de lugar, pero ahora me parecía una nota discordante. Era un periodismo con un nivel similar al del Estado de Arkansas, pero no estábamos en Arkansas[4]. Más aún: la penúltima línea parecía hecha aposta para ofender a los ermitaños y hacernos perder su publicidad. De hecho, prevalecía en todo el periódico un

tono demasiado frívolo y petulante. Resultaba evidente que, sin notarlo, yo había experimentado un cambio considerable. Me daba cuenta de que me irritaban las pequeñas irreverencias que en un período anterior de mi vida me hubiesen parecido maneras de hablar apropiadas y graciosas. Me sentía incómodo y desconcertado por la abundancia de noticias de este tipo:

Sir Lanzarote se enkontró noc el biejo rey Vgrivance de irlanda inesperosamente la semana posada en el brezal ligeramente al sur del pastizallll donde sir Balmoral el Maravilloso tiene sus cerdos. La viuda del rey has sido notificada.

—

La ezpedición número 3 tendrá comiendo a prinsipios del prózimo wes para buscar a sir Sagramour el Deseosooso. Se encuentra al man al mando de[redacted] famosisisimo Ɔaballeri de los Berm[redacted] Prados, asistido por sir Persant d[redacted] India, quien es compet9nte, int[redacted]gente, cortés y merecedor ed tod[redacted]s los elogios, y *también* con la ay[redacted]a de sir Palamides el Sarraceno que tampoc8 es ningún perico de los palotes. Como podréis suponer, poner, esto no va ser un picnic, estos muchachos saven perfectawente bien lo que se traen entre mano6s.

—

Los lect%ores del *Hosanna* la mentarán enterrarse de la noticia de que el apuesto y popular sir Charolai$ de Gaula, que durante su estancia de cuatro sewanas en lapo sada *El Toro y el Lenguado* de esta ciudad se ha ganado todos los corasones con sus modales gagalantes y su elegante c'nversación, pone oy pies en polvorosa para regresar a cosa. ¡Que vuelvas pronto Charly!

—

Los detalles práctic9s del funeral del difunto sir Ɑalliance del duque de Cornwell hijo, quien fue *muerto* en brutal encuentro con el Gigante de la Aspera Porra el pasado wartes en cercanias de la Plánisie Enkantada, estuvieron en manos del siempre affable y efficiente don Murmullo, el prínzipe de la pompas fúnebres, quien tendrá incowparable placer en brindaros todas esas tristes pero nesesarias c[redacted]monias. Probad sus servicios.

—

La redacción de El *Hosanna* presenta sus más cordiales agrados*cimientos*, desde el director hasta el último mono, al siempre cortés y esmerado su Gran Alteza el Camarero Número Cinco del Tercer Auxiliar de Proto colo de Palacio por las numerosax raciones de helado de una Kalidad Kal kulada para que los ojos de quienes lo reciben se humedezcan de gratitud. Ǝn el caso nuestro tampoco ha fallado. Cuando la administración actual esté buscando una persona apropipiada para una prowoción adelantada, el *Hotsanna* estará dispuesto a acer sujerencias.

—

La D%oncella Irene Ɑewlap, de Astolar Sur, se encuentra de bisita en Kasa d su tío, el popular propietario del *Mesón de los Ganaderos*, callejón del Hígado, La Ciudad.

—

Barker el Joven, el reparador de fuelles ha vuelto a caSa y tiene mu mu mucho mejor aspecto desPués de las vacaciones entre los herreros circunvecircunvecinos. Sírvanse consultar su publicidad.

Sí, es verdad que para ser el primer periódico no estaba del todo mal, pero me sentía algo decepcionado. El *Boletín de la Corte* me gustó más. Su redacción simple, justa, digna y respetuosa me resultaba muy refrescante después de todas aquellas deplorables familiaridades. Pero también esta sección podía haber salido mejor…, aunque reconozco que es difícil darle un aire de variedad a un boletín de la corte. La profunda monotonía de sus noticias es un hecho desconcertante que frustra los esfuerzos más sinceros por presentarlas de una manera atractiva y chispeante. El mejor método o, mejor dicho, el único método sensato es el de disfrazar la repetición de sucesos con una variedad de formas. Algo así como desplumar la noticia hasta dejarla en su mínima expresión y, a partir de este punto, cubrirla cada vez con un plumaje nuevo. Eso engaña la vista, y hace creer que se trata de una nueva noticia y que en la corte están pasando muchas cosas, y entonces el lector se anima y se traga la columna entera con enorme apetito, quizá sin darse cuenta de que se trata de un tonel de sopa preparado con una sola habichuela. El estilo de Clarence para el boletín era bueno, sencillo, digno, directo e iba al grano. Debo decir, sin embargo, que tal vez no era el mejor:

Boletín de la Corte

El	lunes	El ᴚey	cabalgó	en el parque
»	martez	»	»	»
»	mier coles	»	»	»
»	jueves	»	»	»
»	biernes	»	»	»
»	sabado	»	»	»
»	domingo	»	»	»

De cualquier modo, considerando el periódico en su conjunto, me sentí bastante complacido. Es verdad que se podían observar unas cuantas imperfecciones de carácter técnico, pero no eran tantas como para preocuparse, y de todas formas no era peor que la corrección de pruebas de los periódicos de Arkansas en mis tiempos, y mucho mejor de lo necesario en la época de Arturo. En términos generales, la ortografía tenía fisuras y la construcción de las frases había quedado algo coja, pero no presté demasiada atención a esos detalles. También yo incurro con frecuencia en esos errores, y me parece que un burro no debe hablar de orejas.

Me encontraba tan hambriento de la palabra escrita que hubiese podido tragarme todo el periódico de una sentada. Tuve que contentarme con un par de mordiscos y posponer el resto para otra ocasión, porque los monjes de mi alrededor me acosaban con ávidas preguntas: «¿Qué extraño objeto es este? ¿Para qué sirve? ¿Es un pañuelo? ¿Una gualdrapa para caballo? ¿Un pedazo de camisa? ¿De qué está hecho? ¡Qué delgado y frágil! ¡Y qué manera de crujir! ¿Creéis que puede desgastarse? ¿No se echará a perder con la lluvia? ¿Lo que aparece en él son letras o solo adornos?».

Sospechaban que se trataba de escritura porque los que sabían leer latín y tenían nociones de griego reconocían algunas de las letras, pero en su conjunto no lograban entender nada. Intenté darles información del modo más sencillo posible:

—Esto es un periódico público; ya os explicaré en otro momento qué quiere decir eso. No está hecho de tela; está hecho de papel; algún día os explicaré qué es el papel. Las líneas que veis son material de lectura y no están escritas a mano, sino impresas; poco a poco os explicaré en qué consiste la impresión. Se ha fabricado un millar de estas hojas, todas idénticas, hasta el último detalle. Sería imposible distinguir unas de otras…

En ese punto todos los monjes prorrumpieron en exclamaciones de sorpresa y admiración:

—¡Un millar! Verdaderamente una obra inmensa. ¡Un año entero de trabajo de varios hombres!

—No, no…, solo una jornada de trabajo para un hombre y un niño.

Se persignaron aterrados, al tiempo que musitaban un par de plegarias que los protegiesen.

—¡Ah, milagro, milagro! ¡Un portento! ¡Una oscura obra de encantamiento!

Desistí de mi empeño en darles explicaciones. Para beneficio de cuantos monjes lograsen apiñar sus peladas cabezas alrededor mío, procedí a leer parte de la crónica sobre la milagrosa restauración del pozo. De principio a fin fui acompañado por atónitas y reverentes exclamaciones:

—¡Ah, cuán cierto! ¡Prodigioso, prodigioso! ¡Así sucedió exactamente; qué maravillosa precisión! ¿Podemos coger en la mano este objeto tan extraño y palparlo y examinarlo? Lo trataremos con extremo cuidado.

Y así tomaron en sus manos el periódico, manejándolo con tanta cautela y devoción como si fuese un objeto sagrado procedente de alguna región sobrenatural. Palpaban su textura con gran gentileza, acariciaban detenidamente la tersa y agradable superficie, escrutaban los misteriosos

caracteres con ojos fascinados. ¡Cuán hermoso me resultaba aquel grupo de cabezas inclinadas, aquellos rostros embelesados, aquellos ojos elocuentes! ¿Acaso no era este mi vástago bienamado? ¿Acaso todo aquel mudo entusiasmo e interés y homenaje no constituían el mejor de los cumplidos y el más elocuente tributo? Comprendí entonces lo que siente una madre cuando otras mujeres, sean amigas o desconocidas, toman en brazos a su recién nacido y, siguiendo un impulso ansioso, se amontonan a su alrededor e inclinan las cabezas sobre él en una especie de trance místico que elimina de sus conciencias el resto del universo, que en ese momento pasa a ser inexistente. Sí, paladeaba lo que siente una madre, y también comprendía que ni la ambición satisfecha de un rey, ni la de un conquistador, ni la de un poeta, pueden llegar a mitad de camino de aquella serena cumbre o proporcionar la mitad de ese placer divino.

Durante todo el resto de la sesión mi periódico viajó de grupo en grupo a todo lo largo y ancho del enorme recinto. Yo permanecía inmóvil, inmerso en la satisfacción, ebrio de gozo, mirando con ojos dichosos y atentos las evoluciones de mi vástago.

Sí, aquello era el paraíso y, aunque nunca más vuelva a saborearlo, puedo decir que ya lo he conocido.

27
El yanqui y el rey viajan de incógnito

Hacia la hora de acostarse llevé al rey hasta mis habitaciones privadas para cortarle el pelo y ayudarlo a que se fuese acostumbrando a las humildes ropas que debería vestir. Las clases altas llevaban un flequillo sobre la frente y dejaban que el resto del cabello cayese suelto sobre los hombros. Los plebeyos llevaban flequillo por delante y por detrás. Los esclavos no tenían flequillo y el pelo les crecía libremente. Coloqué una taza invertida sobre la cabeza del rey y corté todos los rizos que sobraban. También le arreglé las patillas y el bigote, hasta dejarlos de poco más de un centímetro de largo. Me esforcé porque los resultados no fuesen muy artísticos, y lo logré: quedó vilmente desfigurado. Una vez que se hubo puesto unas sandalias ordinarias y una túnica de basto lino marrón que le cubría desde el cuello hasta los tobillos, dejó de ser el hombre más apuesto del reino para convertirse en el menos atractivo y más vulgar. Íbamos vestidos y afeitados de forma parecida y podíamos pasar por pequeños granjeros, mayordomos de finca, pastores o carreteros y, si hubiésemos querido, incluso por artesanos, ya que nuestro atuendo era el más corriente entre los pobres, en virtud de su resistencia y su bajo precio. No es que fuese realmente accesible para una persona muy pobre, pero estaba confeccionado con el material más barato que se utilizaba para vestiduras masculinas. Material manufacturado, entiéndase.

Partimos subrepticiamente una hora antes del amanecer. Cuando el sol empezaba a calentar ya habíamos cubierto unos diez o quince kilómetros y nos encontrábamos en medio de un paraje escasamente habitado. La mochila que llevaba yo era bastante pesada, puesto que iba cargada de provisiones. Se trataba de provisiones para el rey, mientras se iba acostumbrando poco a poco a la rústica y desabrida comida de los vasallos.

Encontré un sitio confortable cerca del camino para que se sentase el rey y le di un par de bocados para que calmase el estómago. Luego le dije que iba a traerle agua, y me alejé. Mi plan era desaparecer de su vista para poder sentarme y descansar. Me había habituado a estar de pie en su presencia, incluso en las reuniones del consejo, a excepción de las raras ocasiones en las que se prolongaban durante horas, casos en los que me valía de un minúsculo

taburete sin respaldo semejante a un balde puesto al revés y tan cómodo como un dolor de muelas. No quería imponerle nuevas costumbres de sopetón; prefería hacerlo de forma gradual. A partir de ahora ambos deberíamos sentarnos cuando estuviésemos en compañía de otras personas, para evitar que sospechasen algo. Pero no era apropiado por mi parte tratarlo como a un igual cuando no era necesario.

Había encontrado agua a unos trescientos metros y llevaba descansando cosa de veinte minutos cuando oí voces. No pasa nada, pensé: campesinos que se dirigen al trabajo; nadie más estaría de pie a esas horas. Pero en seguida apareció entre tintineos en un recodo del camino un grupo de gente de alcurnia, elegantemente vestida, con mulas que transportaban el equipaje y un séquito de sirvientes. Al instante desaparecí a través de los arbustos, buscando el más corto de los atajos para volver al lado del rey. Pensé por un segundo que llegarían al sitio donde estaba él antes que yo, pero, como es bien sabido, la desesperación te da alas, así que incliné el cuerpo hacia adelante, llené de aire los pulmones, contuve la respiración y salí volando. Conseguí llegar apenas a tiempo.

—Perdonad, mi rey, pero no hay tiempo para ceremonias. ¡Saltad! ¡Poneos de pie! ¡Se acerca gente de calidad!

—¿Y ello os asombra? Que se acerquen.

—Pero, alteza, no os pueden ver sentado. Levantaos y adoptad una postura humilde mientras pasan. Recordad que sois un campesino.

—Es cierto. Lo había olvidado, absorto como estaba en planear una terrible guerra contra los galos…

En ese momento se ponía de pie, pero más rápidamente hubiese subido una granja con un aumento de precios en los bienes raíces.

—En aquel instante, un pensamiento se interpuso farragosamente en mi majestuoso sueño de…

—Una actitud más humilde, milord gentil rey, y deprisa. ¡Bajad la cabeza! ¡Más!… ¡Aún más! Tiene que estar muy gacha…

Lo hizo como mejor pudo, pero sabe Dios que no era suficiente. Parecía tan humilde como la Torre Inclinada de Pisa. Era lo más que se podía decir. De hecho, tuvo un éxito tan estrepitosamente escaso que provocó ceños de perplejidad en toda la comitiva e incitó a un airoso lacayo que caminaba a la zaga a levantar el látigo contra él. Tuve el tiempo justo de saltar y colocarme debajo cuando este cayó. Escudándome en las sonoras carcajadas que siguieron le recomendé al rey con firmeza que no lo tuviese en cuenta. De

momento conseguí calmarlo, aunque no fue tarea fácil, pues hubiera querido tragarse a la comitiva entera.

—Pondría fin a nuestras aventuras cuando apenas han comenzado —dije —. Además, completamente desarmados nada podríamos hacer contra una banda armada. Si queremos que nuestra empresa prospere no solo tenemos que parecer campesinos, sino también actuar como si lo fuéramos.

—Sabiamente has hablado, sir Jefe; nadie podría negarlo. Prosigamos. Observaré y aprenderé mejor y haré lo mejor que pueda.

Cumplió su palabra e hizo las cosas como mejor pudo, pero los he visto mejores. Como un chiquillo inquieto, descuidado y emprendedor, que pasa el día saltando de una travesura a otra mientras la preocupada madre tiene que estar siempre pendiente de él, salvándole por los pelos de ahogarse o romperse la crisma con cada nuevo experimento, así estábamos el rey y yo.

Si hubiera imaginado que las cosas iban a tomar este cariz, lo hubiese pensado antes de comprometerme a acompañarlo. Si a alguien le apetece ganarse la vida paseando a un rey disfrazado de campesino que lo haga. Más a gusto me sentiría adiestrando fieras salvajes, y seguramente sobreviviría más tiempo. Así, pues, durante los tres primeros días no le permití entrar en choza o cobijo alguno. Nos vimos confinados a pequeñas posadas y a caminos menores, lugares donde correríamos menos riesgo de que el rey fuese descubierto durante los comienzos de su noviciado. Sí, es cierto que hizo todo lo que pudo, pero ¿y qué? A mí no me pareció que mejorase lo más mínimo.

Me ponía nervioso constantemente, pues irrumpía con las ideas más disparatadas en los sitios y ocasiones más inesperados. El segundo día, al atardecer, ¡qué otra cosa se le ocurre hacer sino sacar un puñal de entre sus vestiduras!

—¡Rayos y centellas, mi señor! ¿Dónde lo habéis conseguido?

—De un contrabandista que se encontraba anoche en la posada.

—Pero ¡por vida mía! ¿Qué os impulsó a comprarlo?

—Hemos escapado de varios peligros con astucia…, con tu astucia, pero he pensado que sería prudente que yo también lleve un arma. Por si la tuya fallase en un apuro.

—Pero a las gentes de nuestra condición no les está permitido llevar armas. ¿Qué diría un señor o cualquier otra persona de diferente condición si sorprendiese a un insolente campesino en posesión de un puñal?

Fue una suerte que no pasase nadie por allí en ese momento. Al final le convencí de que se deshiciese del puñal, pero no fue más fácil que convencer

a un niño de que desista de ensayar una brillante y novedosa manera de matarse. Caminamos un rato en silencio, cavilando, hasta que dijo el rey:

—Cuando veis que estoy pensando algo que resulta inconveniente o que encierra algún peligro, ¿por qué no me lo advertís para que ceje en el empeño?

Era una pregunta sorprendente y me quedé estupefacto. No supe cómo tomarla ni qué contestar, así que terminé por soltar un comentario bastante obvio:

—Pero, majestad, ¿cómo podría saber cuáles son vuestros pensamientos?

Esta vez fue el rey quien se quedó atónito, y se detuvo para mirarme fijamente.

—Creía que erais más poderoso que Merlín, y verdaderamente lo sois en la magia. Pero la profecía es aún más importante que la magia, y Merlín es un profeta.



Me di cuenta de que había dado un patinazo y que debía recuperar el terreno perdido. Después de una profunda reflexión y un meticuloso planteamiento dije:

—Alteza, me habéis malinterpretado. Me explicaré. Existen dos clases de profecía. Por un lado, hay quien posee el don de predecir cosas que están a punto de ocurrir, pero, por otro, hay quien posee el don de anticipar cosas cuando van a suceder en las futuras eras y siglos. ¿Cuál de las dos clases creéis que requiere mayor talento?

—La última, sin lugar a dudas.

—Muy cierto. ¿La posee Merlín?

—En parte, sí; predijo misterios sobre mi nacimiento y futuro reinado con veinte años de antelación[1].

—¿Pero alguna vez ha ido más lejos?

—No creo que lo pretendiese.

—Probablemente sea su límite. Todos los profetas tienen su límite. El de algunos de los grandes profetas ha sido de cien años.

—Estos deben de ser pocos, supongo.

—Ha habido dos más brillantes aún, cuyos límites eran de cuatrocientos y de seiscientos años, y uno solo que alcanzó los setecientos veinte años.

—¡Dios bendito, qué prodigio!

—Sí, ¿pero qué son ellos en comparación conmigo? No son nada.

—¿Qué? ¿Pero podéis realmente ver más allá de un período de tiempo tan dilatado como…?

—¿Setecientos años? Majestad, tan clara como la visión del águila es la de mi ojo profético, que penetra y desentraña lo que sucederá durante los próximos trece siglos y medio.

Al oír esto el rey fue abriendo lentamente los ojos, hasta ponerlos tan grandes que desplazaban la atmósfera a su alrededor unos cuantos milímetros. Con esta revelación me deshacía de la posible competencia del colega Merlín. En este país uno nunca tenía la oportunidad de probar lo que decía. Bastaba con formularlo. A nadie se le ocurría nunca poner una afirmación en tela de juicio.

—Ciertamente —proseguí—, podría hacer las dos clases de profecía, la larga y la corta, si me tomase la molestia de seguir practicando ambas, pero generalmente ejercito la larga, por considerar que la otra está por debajo de mi dignidad. Es más apropiada para los magos del tipo de Merlín…, profetas de corto vuelo, como los llamamos los de la profesión. Por supuesto que de vez en cuando me pica la curiosidad y jugueteo con alguna profecía de corto

alcance, pero es algo que no ocurre muy a menudo. De hecho, casi nunca. Recordaréis que a vuestra llegada al valle de la Santidad se hablaba mucho de cómo yo había profetizado el viaje e incluso la hora exacta en que llegaríais, con dos o tres días de anticipación.

—Desde luego que sí. Ahora lo recuerdo.

—Pues bien, me hubiera resultado cuarenta veces más fácil y hubiese podido añadir miles de detalles más si estuviese pronosticando un suceso que distase quinientos años en lugar de dos días.

—¡Es increíble que pueda ser así!

—Sí; un verdadero experto siempre puede predecir con mayor facilidad un hecho que ocurrirá dentro de quinientos años que algo que se va a producir quinientos segundos más tarde.

—Sin embargo, la razón diría que ha de ser al contrario. Debería ser quinientas veces más fácil predecir los hechos más cercanos que los lejanos, ya que por su proximidad incluso alguien sin talento puede casi verlos. En verdad que las leyes de la profecía se contradicen con las de la probabilidad de la forma más extraña, convirtiendo en fácil lo difícil y en difícil lo fácil.

¡Cuánta sabiduría albergaba aquella real cabeza! El gorro de un campesino no resultaba un disfraz muy seguro. Bastaría con escuchar su inteligencia en funcionamiento para descubrir que se trataba de un rey, así tuviese la cabeza parapetada bajo un casco de buzo.

Había adquirido un nuevo oficio, que por cierto tendría ocasión de practicar con frecuencia. El rey estaba tan ansioso por enterarse de lo que iba a suceder en los próximos trece siglos como si fuese a vivirlos. A partir de ese momento hice tantas profecías para satisfacer la demanda que por poco dejo mi pelo en prenda. En mis tiempos había hecho cosas indiscretas, pero este asunto de fingirme profeta era peor que cualquier otra. Fuera como fuese, tenía sus compensaciones. Un profeta no necesita tener cerebro. Por supuesto que es bueno tenerlo para las exigencias cotidianas de la vida, pero a la hora de trabajar carece de utilidad. Es una de las vocaciones más descansadas que existen. Cuando te invade el espíritu de la profecía, sencillamente tienes que desembarazarte de tu intelecto y dejarlo reposar en un sitio fresco, y en seguida liberar tu mandíbula y dejarla a su aire, dado que es autosuficiente. El resultado será una profecía.

Todos los días nos cruzábamos con algún caballero andante y su sola visión inflamaba al rey de espíritu marcial. Estoy seguro de que, si yo no lo hubiese apartado a tiempo del camino, cada vez se habría dejado llevar por su entusiasmo, dirigiéndose a ellos en un estilo que habría traicionado su

verdadera identidad. Desde el momento en que se plantaba muy firme, fijaba en ellos su mirada con un destello de orgullo y se le hinchaban los agujeros de la nariz como los de un caballo de guerra, yo sabía perfectamente que estaba deseando batirse con ellos.

Hacia las doce del tercer día hice un alto en el camino para tomar una precaución que resultaba muy oportuna, teniendo en cuenta el latigazo que había recibido dos días antes, y una precaución que no había vuelto a tomar, reacio a sentar un precedente, pero que ahora me acababa de venir a la cabeza. Caminaba en ese momento descuidadamente, con las mandíbulas batientes y el intelecto en descanso, pues estaba profetizando, cuando tropecé y caí al suelo. Me llevé tal susto que por un momento fui incapaz de pensar. Con mucha suavidad y cuidado me levanté y me quité la mochila. Tenía guardada allí la bomba de dinamita, envuelta en lana y dentro de una caja. Había pensado que podía ser conveniente llevarla, que podría darse el caso de que me fuese útil para obrar un milagro espectacular. Es posible, pero me ponía nervioso llevarla encima, y no me hacía mucha gracia pedirle al rey que la llevara él. Pues bien, o me deshacía de ella o pensaba en una forma segura de conservarla. La saqué de la mochila y cuando la estaba colocando sobre un papel aparecieron dos caballeros. El rey, erguido e imponente, los contemplaba sin pestañear. De nuevo se había olvidado de las precauciones necesarias, y antes de que yo tuviera tiempo de advertírselo tuvo que dar un buen salto para eludir a los jinetes. El rey había pensado que pasarían a un lado. ¿Cuándo había obrado así él? Eso, en el caso de que se hubiera presentado la ocasión, pues un campesino siempre estaba dispuesto a ahorrarle a él o a cualquier otro noble la molestia. Estos caballeros ni siquiera le prestaron atención; era él quien debía tener cuidado, y de no haber saltado lo hubiesen arrollado tranquilamente y además se hubiesen burlado de él.

Enardecido de furia, el rey lanzó a los caballeros una andanada de desafíos y diatribas con el más real de los vigores. Los caballeros, que ya se habían alejado un buen trecho, se detuvieron, enormemente sorprendidos, como preguntándose si valía la pena molestarse con una basura como nosotros. El caso es que se dieron la vuelta y picaron espuelas en nuestra dirección. No había tiempo que perder. Ahora me tocaba a mí. Corrí hacia ellos a la velocidad del rayo, y cuando estuve a su altura solté una de esas sartas de insultos que ponen los pelos de punta y la carne de gallina. En comparación, los del rey habían sido innocuos. Yo había sacado mis insultos del siglo XIX, en el que abundan los expertos en la materia. Los caballeros ya habían recorrido buena parte de la distancia que los separaba del rey, pero al

escuchar mi retahíla frenaron en seco los caballos y, ciegos de ira, los arrojaron contra mí. Yo estaba a unos setenta metros de ellos, trepando por una inmensa piedra que había al lado del camino. Cuando estuvieron a unos treinta metros pusieron sus largas lanzas en posición horizontal, inclinaron los yelmos y así, con los penachos de los caballos ondeando hacia atrás y ofreciendo una imagen de lo más gallarda, se abalanzaron sobre mí con la impetuosidad de un tren expreso. Cuando ya los tenía a unos quince metros lancé la bomba, con tal destreza que fue a caer bajo los mismos hocicos de los caballos.

Sí, fue una actuación perfecta, inmaculada. Y digna de verse. Podría compararse con la explosión de uno de los vapores que navegan por el Mississippi[2]. Durante los quince minutos siguientes recibimos una lluvia de partículas de caballeros, armaduras y carne de caballo. Hablo en plural porque el rey, una vez recobrado el aliento, pasó a formar parte de la audiencia.

En el sitio quedó un agujero que durante los años siguientes tendría ocupada a toda la gente de la región…, tratando de explicar cómo se había producido, se sobreentiende; en cuanto al trabajo de rellenarlo, sería comparativamente rápido y recaería sobre unos cuantos campesinos elegidos de ese feudo, que además no recibirían nada a cambio.

Pero al rey se lo expliqué yo mismo. Le dije que lo había hecho con una bomba de dinamita. Esta información no le afectó en absoluto… En realidad, no aportaba nada a su caudal de conocimientos. De cualquier forma, aparecía a sus ojos como un grandioso milagro, y yo me apuntaba otro tanto ante Merlín. Me pareció oportuno explicarle que este era un milagro de tal singularidad que solo podía realizarse bajo unas condiciones atmosféricas determinadas. De no ser así habría pedido repeticiones cada vez que hubiese habido un buen motivo, lo cual no era posible porque no había traído más bombas.

28
Adiestrando al rey

Al amanecer del cuarto día, y cuando llevábamos una hora deambulando entre el frío mañanero, tomé una importante resolución: había que instruir al rey. Las cosas no podían seguir así; tenía que tomar cartas en el asunto y adiestrarlo deliberada y concienzudamente, o de lo contrario no podríamos arriesgarnos a entrar en ninguna morada. Hasta los gatos se darían cuenta de que no tenían ante sí a un campesino, sino a un impostor. Me detuve y dije:

—Señor, en lo referente a vestimenta y apariencia, estáis bien, no hay discrepancia notable, pero entre vuestras ropas y vuestro comportamiento hay algo que falla. Sí; la contradicción no podría ser más manifiesta. Vuestro paso marcial y vuestro porte señorial… no resultan en absoluto apropiados. Andáis demasiado erguido y vuestra mirada es demasiado altiva y segura. Las dificultades que conllevan el reinar no encorvan las espaldas, no inclinan la barbilla, no apagan el resplandor de los ojos, no inundan de dudas y de miedo el corazón y no obligan a su posesor a exhibir un cuerpo desgarbado o un paso inseguro. Son las preocupaciones sórdidas de quienes nacen de baja cuna las que producen estas cosas. Debéis aprender el truco; tenéis que imitar las señas de identidad de la pobreza, la miseria, la opresión, el insulto y otras muchas degradaciones comunes que van socavando la dignidad del hombre hasta reducirlo a un súbdito leal, correcto y condescendiente y, por tanto, motivo de satisfacción para sus señores. De no aprender esto, hasta los niños os tomarán por un farsante y el montaje se vendrá abajo en la primera choza donde nos detengamos. Ruego a vuestra merced que trate de caminar así.

El rey prestó mucha atención y luego trató de imitarme.

—Bastante bien…, bastante bien. La barbilla un poco más baja, por favor… Así está bien. Pero la mirada está demasiado alta; os ruego que no miréis al horizonte, sino al suelo, a unos diez pasos delante de vuestra merced. Ah, así está mejor, mucho mejor… Un momento, por favor, dejáis traslucir demasiado vigor, demasiada decisión. Tenéis que arrastrar más los pies. Miradme a mí, os lo ruego… Esto es lo que quiero decir… Esa es la idea; ya casi lo estáis consiguiendo o, por lo menos, os estáis aproximando… Sí, así está bastante bien. Pero hay algo importante que falla y no acabo de dar

con ello. Haced el favor de caminar una treintena de metros para que pueda observaros en perspectiva… Vamos a ver. La cabeza está correcta, la velocidad también, hombros correctos, la barbilla también está bien, y la forma de andar, compostura; el estilo en general es correcto… ¡Todo está bien! Y, sin embargo, hay algo en el conjunto que no funciona, algo que falla, que no cuadra. Tened la bondad de hacerlo de nuevo. Creo que ahora comienzo a ver de qué se trata. Sí; he dado con ello. Veréis, lo que os falta es un desaliento auténtico; ese es el problema. Todo resulta un poco *amateur*… Los detalles técnicos están bien, son casi intachables, el engaño es casi perfecto, pero no engaña.

—¿Qué debo hacer entonces para salir airoso de la prueba?

—Dejadme pensar… No consigo dar en el clavo. En realidad, la única manera de corregirlo es practicando…, y este es el lugar apropiado. Os resultará más difícil mantener ese porte real en este terreno lleno de piedras y raíces. Además, aquí no nos interrumpirán; solo se divisan un campo y una cabaña tan alejados que nadie podría vernos desde allí. Así que creo que sería conveniente alejarse un poco del camino y pasar el día entero haciendo prácticas, señor.

Después de que hubo practicado durante un rato dije:

—Ahora, señor, imaginad que os encontráis a la puerta de aquella choza y tenéis delante a la familia. Sed tan amable de proseguir; dirigios al cabeza de familia.

El rey, inconscientemente, se puso tieso como un palo y dijo con helada severidad:

—Vasallo, traedme un asiento y servidme lo que tengáis.

—No, majestad, eso no está bien.

—¿En qué he fallado?

—Estas gentes no se llaman entre sí vasallos.

—No puede ser. ¿Es eso cierto?

—Sí; solo los tratan así los que están por encima de ellos.

—En ese caso lo intentaré de nuevo. Lo llamaré villano.

—Eso tampoco, porque quizá sea un hombre libre.

—Pues bien, ¿y si lo llamase buen hombre?

—Podría valer, majestad, pero sería mejor que lo llamaseis amigo, o hermano.

—¡Hermano! ¿A esa basura?

—Ah, pero lo que pretendemos es ser como esa basura.

—Debo reconocer que eso es cierto. Hermano, trae un asiento y luego dame lo que tengas para comer… Ahora está bien.

—No del todo. Habéis pedido para vos, y no para ambos… Para uno, no para dos. Asiento para uno y comida para uno.

El rey pareció sorprendido. No era precisamente un peso pesado en lo que se refiere al intelecto. Su cabeza era como un reloj de arena; podía absorber una idea, pero tenía que ser grano a grano, no toda de una vez.

—¿También vos queréis un asiento? ¿Y queréis sentaros?

—Si no me sentase, el hombre se daría cuenta de que tan solo simulamos ser iguales, y de que ni siquiera lo hacemos bien.

—Habéis hablado certera y verazmente. ¡Qué maravilla es la verdad, por más que adopte muy sorprendentes formas! Sí, deberá sacar asiento y comida para ambos y no mostrar por uno mayor respeto que por el otro al traernos el aguamanil y la servilleta.

—Aún queda un pequeño detalle por corregir. Él no debe sacar nada. Nosotros entraremos en la choza, y entre el polvo, la basura y cualquier otra cosa repulsiva comeremos con los miembros de la familia, siguiendo sus costumbres, y en términos de igualdad, a no ser que el cabeza de familia pertenezca a la clase de siervos. Por último, no habrá servilleta ni aguamanil, bien se trate de un siervo o de un hombre libre… Caminad de nuevo, Majestad… Eso es; así está mucho mejor…, pero aún no es perfecto. Vuestros hombros no han soportado peso más innoble que el de la cota de malla, por lo cual se niegan a encorvarse.

—En ese caso, dadme la mochila. Intentaré descubrir la esencia de soportar cargas innobles. Presiento que es esa esencia la que encorva las espaldas, y no el peso en sí, pues aunque la armadura sea pesada es digna, y el hombre que la lleva la soporta erguido… No, no me pongáis peros, no me hagáis reparos. Llevaré la mochila. Atadla a mi espalda.

Ahora sí que estaba completo. Con la adición de la mochila no tenía más aspecto de rey que cualquier paisano. Pero sus hombros eran obstinados y no lograban aprender el truco de encorvarse con fingida naturalidad. Continuamos con las prácticas: el rey, haciendo todo lo que podía, y yo precisando y corrigiendo sin cesar.

—Para el ejercicio siguiente debéis hacer creer que estáis endeudado y que os acorralan acreedores sin piedad. Habéis perdido vuestro trabajo, digamos que sois herrero, y no encontráis otro. Vuestra mujer está enferma y vuestros hijos lloran de hambre…

Seguimos así, haciendo que representase una y otra vez el papel de todos aquellos desafortunados que sufren terribles privaciones y desgracias. Pero ¡por vida mía!, para él no eran más que palabras, sonidos sin ningún significado que escuchaba como quien oye llover. Las palabras no revelan nada, no representan nada para una persona, a no ser que esa persona haya sufrido en su propia carne lo que esas palabras tratan de describir. Hay mucha gente culta que se complace en hablar como si lo supiese todo acerca de las clases trabajadoras, y que proclama complacidamente que un día de trabajo intelectual es mucho más duro que un día de trabajo manual y, en consecuencia, ha de estar mucho mejor pagado. Es más, realmente está convencido, porque seguramente conoce todo sobre el primero, pero nada sobre el segundo. Yo he conocido ambos y, en lo que a mí concierne, no existe en el universo dinero suficiente para convencerme de que trabaje treinta días seguidos blandiendo un pico, mientras que estaría dispuesto a realizar el más duro trabajo intelectual por lo mínimo que pueda imaginarse, y además me daría por satisfecho.

No es correcto llamar «trabajo» a la labor intelectual. Se trata de un placer, de una disipación que encierra en sí misma una recompensa. El peor pagado de los arquitectos, ingenieros, generales, autores, escultores, pintores, conferenciantes, abogados, legisladores, actores, predicadores o cantantes está literalmente en la gloria cuando trabaja. Y en cuanto al mago del violín, que se sienta en medio de una gran orquesta y se deja arrastrar por corrientes de música divina, pues, ¡vaya!, ciertamente está trabajando si queréis llamarlo así, pero ¡santo cielo!, no deja de ser una ironía. Las leyes que rigen el trabajo son tremendamente injustas, pero están ahí, y nada puede cambiarlas. Cuanto más placer consigue de su labor el trabajador mayor es el pago que recibe en dinero contante. Y esa es también la ley a la cual se acogen esos ostentosos estafadores que conforman la nobleza hereditaria y la monarquía.

29
La choza de la viruela

Cuando llegamos a la choza aquella era pasado el mediodía, pero no se veían señales de vida. La cosecha del campo contiguo había sido recogida hacía ya un buen tiempo, y probablemente lo habían labrado y segado de manera muy exhaustiva, pues ofrecía un aspecto pelado, desolado. Cercados, cobertizos, todo se encontraba en un estado de ruina que delataba una gran pobreza. En las inmediaciones no había ningún animal, ni se veía criatura viviente alguna. Reinaba una terrible quietud que parecía un presagio de muerte. La choza era de una sola planta, con un techo de paja deshilachado por falta de cuidado y ennegrecido por el paso del tiempo. La puerta estaba ligeramente entreabierta. Nos aproximamos con cautela, de puntillas y conteniendo la respiración, pues uno se ve impulsado a actuar así en estos casos. El rey llamó a la puerta. No hubo respuesta. Volvió a llamar. No hubo respuesta. Empujé la puerta suavemente y eché un vistazo en el interior. Solo pude distinguir algunas formas vagas y una mujer que se levantaba del suelo y me miraba como alguien que se despierta bruscamente de un sueño.

—¡Tened piedad! —imploró—. Se lo han llevado todo. No queda nada.

—No he venido a llevarme nada, buena mujer.

—¿No sois cura?

—No.

—¿Ni venís de parte del señor feudal?

—No; soy forastero.

—En ese caso, y por temor de Dios, que envía miseria y muerte a los inocentes, no os entretengáis aquí, ¡marchad! Este lugar está bajo la maldición de Dios… y bajo la maldición de su Iglesia.

—Permitidme que entre y os ayude… Estáis enferma y en apuros.

Empezaba a acostumbrarme a la penumbra. Pude ver que sus ojos hundidos se clavaban en mí. También pude ver cuán demacrada estaba.

—Os repito que este lugar ha sido proscrito por la Iglesia. Salvaos y marchad antes de que algún caminante os vea y dé cuenta de ello.

—No os preocupéis por mí; me traen sin cuidado las maldiciones de la Iglesia. Dejad que os ayude.

—Que todos los buenos espíritus, si es que existen, os bendigan por esas palabras. Pluguiera a Dios que bebiese un sorbo de agua… Pero, esperad, deteneos, olvidad lo que he dicho y marchaos, porque hay algo aquí que debe amedrentar incluso a quienes no temen a la Iglesia: esta enfermedad que nos está matando. Dejadnos, forastero bueno y valiente, y aceptad la más sincera y cabal bendición que pueda salir de labios de quienes estamos malditos.

Pero yo ya había cogido un cuenco de madera y, dejando atrás al rey, corrí hacia un arroyo que se hallaba a pocos metros de la choza. Cuando regresé, el rey estaba adentro y se disponía a abrir los postigos de la ventana para que entrasen el aire y la luz. Había en la choza un olor nauseabundo. Acerqué el cuenco a los labios de la mujer y, justo cuando lo aprisionaba con dedos que parecían garras, se abrió la ventana por completo y una luz intensa inundó su rostro. ¡Viruela!

Salté hasta donde estaba el rey y le dije al oído:

—¡Fuera de aquí inmediatamente, señor! Esta mujer está muriendo de la misma enfermedad que asoló las inmediaciones de Camelot hace dos años.

No se inmutó.

—En verdad que aquí me quedaré… y ayudaré en lo que pueda.

Susurré de nuevo:

—Majestad, no puede ser. ¡Debéis marcharos!

—Vuestras intenciones son loables y vuestras palabras ciertas. Pero sería vergüenza que un rey conociese el miedo y que un caballero armado negase su mano a quien necesita auxilio. Cejad; no partiré. Sois vos quien debe marchar. La condena de la Iglesia no me alcanza a mí, pero a vos os prohíbe que os quedéis aquí, y si a sus oídos llegase vuestra transgresión lo pagaríais caro.

Permanecer en ese sitio era un riesgo enorme para él y podía costarle la vida, pero no habría servido de nada tratar de disuadirlo. Si consideraba que su honor de caballero estaba en juego, no había argumentos posibles; se quedaría allí sin que nadie pudiese impedirlo. Abandoné entonces el tema. Fue la mujer quien habló:

—Noble caballero, ¿seréis tan amable de subir esa escalera y darme noticia de lo que encontréis? No tengáis miedo de informarme, pues cuando una madre ha sufrido tanto, su corazón está más allá del dolor.

—Esperad —dijo el rey—. Dad de comer a la mujer. Subiré yo.

Cuando me di la vuelta el rey había dejado la mochila y estaba en camino. Se detuvo al reparar en un hombre que yacía en la penumbra y que hasta entonces no se había movido ni había dicho una palabra.

—¿Es vuestro marido? —preguntó el rey.

—Sí.

—¿Duerme?

—Alabado sea Dios por habernos concedido esa merced. Sí, hace tres horas que duerme. ¡No tendría yo manera de pagar tanta merced! Mi corazón rebosa de gratitud por ese sueño que él duerme ahora.

—Tendremos cuidado para no despertarlo —dije.

—Ah, no; ya no es necesario. Está muerto.

—¿Muerto?

—Sí, ¡qué gloria es saberlo! Ya nadie podrá hacerle daño, nadie podrá injuriarlo. Ahora está en el cielo y es dichoso, y si no es así, residirá en el infierno, pero allí estará contento, pues no encontrará abades ni obispos. Éramos amigos desde niños, crecimos juntos y hemos sido marido y mujer durante veinticinco años, sin separarnos hasta el día de hoy. ¡Cuánto tiempo de amor y sufrimiento! Esta mañana estaba fuera de sus cabales, y en sus fantasías éramos de nuevo niños retozando por los campos floridos, y mientras hablaba, inocente, alegremente, iba alejándose más y más, todavía murmurando de vez en cuando, hasta que se adentró en esos otros campos de los cuales nada sabemos, poniéndose fuera del alcance del resto de los mortales. De esta manera no hubo despedidas, pues en su fantasía creía que yo lo acompañaba… Él no lo sabía, pero yo estaba con él, mi mano en la suya, pero mi mano suave de cuando era joven, y no esta garra marchita. Ah, sí, irse sin uno saberlo. Separarse sin saberlo. ¿Se puede morir de una forma más pacífica? ¡Ese ha sido su premio por haber soportado una vida tan cruel!

En aquel momento se escuchó un rumor procedente del rincón oscuro donde estaba la escalera. Era el rey, que bajaba. Vi que sostenía algo en un brazo, y con el otro se ayudaba para descender. Entró en la zona iluminada. Una frágil y delgada muchachita de unos quince años se recostaba en su pecho. Estaba semiinconsciente, moría de viruela. Esto sí que era heroísmo, en sus últimas y más nobles posibilidades, hasta sus cotas más altas. Equivalía a enfrentarse a la muerte en campo abierto, desarmado, con todas las probabilidades en contra, en una batalla sin recompensa, sin la presencia de un admirado público vestido con sedas e hilos de oro, dispuesto a vitorear y aplaudir y, sin embargo, el rey lo hacía con la misma serena valentía que mostraba en esas otras batallas de menos importancia en las que se enfrentan los caballeros en igualdad de condiciones y cubiertos por el acero protector. En aquel momento el rey era grande, sublimemente grande. A las toscas estatuas de sus antepasados que se encontraban en el palacio se les debería

añadir una estatua más; yo mismo me ocuparía de ello…, pero no sería, como el resto, la de un rey revestido con su armadura matando a un gigante o a un dragón, sino la de un rey vestido humildemente y llevando a la muerte en sus brazos para que una madre campesina tuviera el consuelo de mirar a su hija por última vez.

El rey depositó a la muchacha al lado de su madre, quien la acogió con prolijos abrazos y con las expresiones de ternura de un corazón desbordado; todo esto provocaba un lejano destello de luz en los ojos de la criatura, pero nada más. La madre se aferraba a ella, besándola, acariciándola y suplicándole que dijese algo, pero aquellos labios se movían sin que de ellos brotase sonido alguno. Saqué de la mochila mi frasco de licor para ofrecerle de beber, pero la madre me lo prohibió, diciendo:

—No…, ahora no sufre, y es mejor así. Esa bebida podría traerla de regreso a la vida, y alguien tan bondadoso y tan amable como vos no querría causarle tan cruel daño. Pues decidme, ¿para qué habría de vivir? Sus hermanos ya no están, su padre ya no está, a su madre no le queda mucho, y entonces recaería sobre ella todo el peso de la maldición de la Iglesia. Nadie podría darle cobijo ni ayuda, aunque se hallase agonizante en medio del camino. Está desamparada. No os he preguntado, buen hombre, si su hermana, la que yace ahí arriba, aún vive. No ha hecho falta, pues de seguir con vida hubieseis regresado por ella para no dejarla abandonada…

—Descansa en paz —interrumpió el rey con un murmullo.

—Es preferible que así sea. ¡Qué rico en felicidad es este día! Ay, mi Annis, no tardarás en reunirte con tu hermana…, ya estás en camino y estos amigos caritativos no habrán de impedirlo.

Y diciendo esto reanudó sus susurros y arrullos, acariciando suavemente la cara y el cabello de la joven, besándola y llamándola por los nombres más cariñosos, pero apenas se percibía respuesta alguna en aquellos ojos vidriosos. Vi que en los ojos del rey había lágrimas y que algunas comenzaban a resbalar por sus mejillas. También la mujer se dio cuenta y dijo:

—Ah, conozco bien esa señal: tenéis una mujer en casa, alma desdichada, y muchas veces os habéis acostado hambrientos para que los pequeños pudiesen comer un mendrugo de pan. Sabéis bien lo que es la pobreza, las injurias cotidianas de vuestros superiores y la mano dura tanto de la Iglesia como del rey.

El rey se estremeció al recibir aquella certera, aunque involuntaria, descarga, pero no dijo nada; estaba aprendiendo su papel y no lo interpretaba del todo mal, si se tiene en cuenta que era un principiante algo obtuso. Con el

fin de cambiar de conversación le ofrecí a la mujer comida y licor, pero rechazó ambas cosas. No permitiría que nada se interpusiese entre ella y el alivio que la muerte le concedería. Entonces desaparecí un momento, bajé del desván a la criatura muerta y la coloqué junto a su madre. De nuevo la mujer perdió el control de sí misma y se produjo una escena desgarradora. Al cabo de un rato, y con la intención de que se calmara un poco, la persuadí de que nos relatara algo de su historia.

—Mi historia no es diferente de la vuestra; también la habréis sufrido, pues ciertamente nadie de nuestra condición se libra de ella en Inglaterra. Es el mismo y viejo cuento de siempre. Mi marido y yo luchamos, nos esforzamos y triunfamos, entendiendo por triunfo que fuimos capaces de sobrevivir, pues no se puede pedir más. Ninguno de los problemas que habíamos tenido que afrontar consiguió hundirnos, pero este año nos trajo todas las desventuras; nos cayeron todas encima al mismo tiempo, por así decirlo, y nos aplastaron. Veréis, hace unos años el señor del feudo mandó plantar ciertos árboles frutales en nuestras tierras, y en la mejor parte además, una injusticia atroz, una vergüenza…

—¡Pero estaba en su derecho! —prorrumpió el rey.

—Nadie lo niega, claro está, pues lo que implica la ley es que lo del señor es suyo y lo mío también es suyo. Teníamos las tierras en arriendo, por lo que en realidad era como si le perteneciesen, y podía disponer de ellas a su antojo. Hace poco sucedió que tres de esos árboles aparecieron talados. Nuestros tres hijos mayores, despavoridos, corrieron a dar cuenta del crimen. Pues bien, en las mazmorras de su señoría se hallan y ha dicho que allí se quedarán hasta que confiesen o se pudran. Nada tienen que confesar, siendo como son inocentes, así que allí permanecerán hasta la muerte. Sabéis bien cómo suele ocurrir, supongo. Imaginad el estado en el que quedamos: un hombre, una mujer y dos criaturas para recoger una cosecha que había sido pateada por un grupo mayor y más vigoroso, sí, y además protegerla día y noche de las palomas y de los animales depredadores, a los que no podemos hacer daño alguno, pues se consideran sagrados para gente de nuestra condición. Cuando la cosecha de su señoría estaba casi a punto para la recolección, también lo estaba la nuestra. Y cuando hizo sonar la campana para que acudiésemos a sus campos a segar sin recibir nada a cambio no permitió que las dos niñas y yo reemplazáramos a mis tres hijos cautivos; solo contábamos por dos de ellos y debíamos pagar una multa diaria por el que faltaba Mientras tanto, nuestra cosecha se echaba a perder, pues no había quien se pudiese hacer cargo de ella. Entonces tanto el cura como su señoría nos multaron por el

perjuicio que estábamos ocasionando a las partes que les correspondían. Cuando llegó el momento en que las multas eran superiores al valor de la cosecha… se la quedaron toda. Se la quedaron toda y nos obligaron a recogerla, sin pagarnos nada y sin darnos de comer, aunque nos moríamos de hambre. Luego vino lo peor: fuera de mis cabales por el hambre, la pérdida de mis hijos, el dolor de ver vestidos con andrajos a mi marido y a mis pequeñas hijas, miserables, desesperados, proferí una grave blasfemia, ¡ah, una y mil!, contra la Iglesia y sus métodos. Ocurrió hace diez días. Ya había contraído este mal y dije las terribles palabras en presencia del cura, pues había venido a reprenderme por no exhibir la debida humildad ante la mano justiciera de Dios. Informó a sus superiores de mi transgresión. Me negué a retirar mis palabras, y al poco tiempo cayó sobre mí y sobre los míos la maldición de Roma. Desde ese día, la gente nos evita y nos da la espalda con horror. Nadie se ha acercado a esta choza para saber si seguíamos con vida o no. Todos los otros cayeron enfermos con el mismo mal; entonces yo, como esposa y como madre, hice acopio de fuerzas y me levanté. Muy poco hubiesen podido comer de cualquier modo; ahora no había nada. Pero podía darles agua. ¡Cómo la imploraban! ¡Cómo la bendecían! Hasta que llegó el final; las fuerzas me abandonaron. Fue ayer cuando, por última vez, vi con vida a mi marido y a esta, la menor de las niñas. Aquí he permanecido tumbada todas estas horas, que me han parecido siglos, escuchando, escuchando, atenta a cualquier sonido allá arriba que…

Lanzó una mirada rápida, intensa, a su hija mayor y gritó:

—¡Ay, pequeña mía!

Estrechó levemente entre sus brazos protectores a aquella forma que empezaba a ponerse rígida. Había reconocido el estertor de la muerte.

30
La tragedia de la casa señorial

A medianoche todo había terminado y nos encontrábamos en presencia de cuatro cadáveres. Los cubrimos con los harapos que encontramos en la choza y, después de cerrar la puerta, nos alejamos de allí. La tumba de aquella gente sería su propia casa, ya que no podrían tener sepultura cristiana ni serían admitidos en un camposanto. Eran como perros, bestias salvajes, leprosos, y ninguna persona que valorase su esperanza en la vida eterna se arriesgaría a perderla mezclándose del modo que fuese con aquellos parias desgraciados y malditos.

Solo habíamos dado unos pasos cuando escuché un rumor como de pisadas sobre la arena. Por poco se me sale el corazón. Nadie debía vernos salir de aquel sitio. Tiré de la túnica del rey y retrocedimos para ocultarnos detrás de una esquina de la choza.

—Estamos a salvo —dije—, pero nos hemos escapado por los pelos, por así decirlo. Si la noche estuviese más clara, sin duda nos habría visto, pues parecía estar muy cerca.

—Por fortuna, se trataba de un animal, y no de un hombre.

—Cierto. Pero sea un hombre o una bestia, lo más prudente es quedarnos aquí un minuto y dejar que pase y siga su camino.

—¡Escuchad! Ahora viene hacia aquí.

Otra vez cierto. Las pisadas se acercaban a nosotros… Sí, se dirigían directamente a la cabaña. En ese caso tenía que tratarse de un animal, así que hubiésemos podido ahorrarnos el susto. Estaba a punto de apartarme, pero el rey me detuvo tomándome por el brazo. Hubo un momento de silencio y luego escuchamos un golpe suave en la puerta de la choza. Me estremecí. Se repitió la llamada y en seguida escuchamos estas palabras pronunciadas con voz cautelosa:

—¡Madre! ¡Padre! Abrid… Estamos libres y traemos noticias que harán palidecer vuestros rostros, pero que alegrarán vuestros corazones. ¡No hay tiempo que perder, tenemos que huir! Y… Pero ¿por qué no contestáis? ¡Madre! ¡Padre!

Conduje al rey al otro extremo de la choza y susurré:

—Venid; ahora podemos volver al camino.

El rey vaciló, se disponía a objetar algo, pero en ese momento escuchamos que la puerta cedía y supimos que aquellos desdichados se encontrarían en presencia de sus muertos.

—Venid, majestad; en un instante van a encender una luz y entonces escucharíais cosas que os desgarrarían el corazón.

Esta vez no vaciló. En cuanto estuvimos en el camino eché a correr y, dejando a un lado su dignidad, el rey hizo lo mismo después de un momento. Yo no quería pensar en lo que estaría ocurriendo en la choza, no podría soportarlo, necesitaba apartarlo de mi mente y por ello comencé a hablar de lo primero que me vino a la cabeza.

—Yo he padecido ya la enfermedad de la cual ha muerto aquella gente, así que no tengo nada que temer, pero si vos no la habéis tenido…

Me interrumpió para decirme que estaba preocupado y que era su conciencia la que le acuciaba:

—Esos jóvenes han dicho que están en libertad… ¿Pero, cómo? No es probable que su señor los haya liberado.

—Ah, no, no me cabe la menor duda de que se han escapado.

—Eso es lo que me preocupa; me temo que haya sido así, y ahora me lo confirma el hecho de que también vos lo temáis.

—Yo no utilizaría ese término, sin embargo. Sospecho que se han escapado, pero si ha sido así no lo lamento en absoluto.

—Tampoco yo lo lamento, creo, pero…

—¿Entonces qué os ocurre? ¿Qué motivo de preocupación puede existir?

—Si, en efecto, se han escapado, estamos obligados por la ley a aprehenderlos y llevarlos de nuevo ante su señor, pues no está bien que alguien de su rango sufra tan insolente ultraje y vilipendio por parte de personas de tan baja condición.

Ya estábamos de nuevo con las mismas. Solo podía ver las cosas desde su punto de vista. Así había nacido, así había sido educado, por sus venas corría una sangre ancestral envenenada con ese género de brutalidad inconsciente que había ido pasando hereditariamente a través de una larga procesión de corazones, cada uno de los cuales había aportado algo para contaminar el flujo. Para él resultaba normal e inofensivo encarcelar a aquellos hombres sin prueba alguna, dejando que los suyos muriesen de hambre, pues no eran más que unos campesinos sujetos a la voluntad o al capricho de su señor feudal, por más terribles que esa voluntad o los muchos caprichos pudiesen ser. Pero que estos hombres se evadiesen de su injusto cautiverio constituía un insulto y

un gran atropello, algo que desde luego no podía ser tolerado por una persona íntegra, consciente de sus deberes para con su sagrada casta.

Me costó más de media hora lograr que cambiase de tema, y probablemente no lo hubiese conseguido de no ser por un acontecimiento imprevisto: al llegar a la cumbre de una pequeña colina algo atrajo nuestras miradas… Se trataba de un resplandor rojo en la distancia.

—Eso es un incendio —dije.

Los incendios me interesaban considerablemente, pues ya había dado los primeros y decididos pasos para poner en marcha una compañía de seguros, y además había empezado a adiestrar a algunos caballeros y a construir máquinas de vapor con vistas a la creación eventual de una brigada de bomberos subvencionados. Los curas se oponían a mis seguros contra incendio y a mis seguros de vida, aduciendo que se trataba de un intento insolente de entorpecer los designios de Dios. Si les señalabas que estas iniciativas no entorpecían en lo más mínimo esos designios, sino que solo modificaban sus terribles consecuencias cuando te hacías una póliza y tenías suerte, te respondían que aquello equivalía a especular con los designios divinos, lo cual era igualmente pernicioso. Se las arreglaron para perjudicar dichas empresas en mayor o menor grado, pero logré compensar el desaguisado con el seguro contra accidentes. Por regla general, un caballero andante es un bobalicón, a veces incluso un imbécil y, por lo tanto, terreno abonado para los locuaces propagadores de supersticiones, pero hasta un caballero podía darse cuenta de vez en cuando del aspecto práctico de algún asunto, por lo que en los últimos tiempos era difícil hacer la limpieza después de un torneo y reunir los despojos para dilucidar los resultados, sin encontrar dentro de cada yelmo una de mis pólizas contra accidentes.

Nos quedamos allí un buen rato, en medio de la quietud y la espesa oscuridad, observando el destello rojo en la distancia e intentando interpretar el significado de un lejano murmullo que aparecía a intervalos y volvía a extinguirse en la noche. A veces, se hacía más fuerte y por un momento parecía menos remoto, pero cuando esperábamos ansiosamente que iba a revelarnos su causa y naturaleza, se apagaba y se perdía, llevándose su misterio. Comenzamos a descender la colina en esa dirección, pero el camino serpenteante nos sumergió inmediatamente en una densa oscuridad, una oscuridad apretadamente encajonada entre dos paredes de altos árboles. Recorrimos a tientas poco más de medio kilómetro, mientras el murmullo se hacía cada vez más claro y la tormenta que amenazaba se hacía cada vez más inminente, anunciándose con esporádicas ráfagas de viento frío, relámpagos

incipientes y algún trueno distante y amortiguado. Yo caminaba delante. Tropecé con algo…, algo suave y pesado que cedió levemente ante el empuje de mi peso. En ese preciso momento un relámpago nos iluminó y pude ver a unos centímetros de donde yo estaba el rostro contorsionado, atormentado, de un hombre que colgaba de un árbol. ¡Era una escena horripilante! Seguidamente se oyó un trueno ensordecedor, se abrió la bóveda celeste y comenzó a caer un diluvio. De todos modos me parecía que debíamos cortar la soga de la que pendía el hombre, por si aún quedaba un aliento de vida, ¿no creéis? Ahora los rayos eran intermitentes, alternando con frecuencia inusitada el mediodía y la medianoche.

Por un instante la imagen del hombre ahorcado aparecía ante mí nítida, deslumbrante, y al instante siguiente de nuevo desaparecía en las tinieblas. Le dije al rey que debíamos cortar la soga, pero al punto se opuso.

—Si él mismo se colgó es porque estaba deseoso de ceder sus bienes a su señor, así que dejémosle como está. Si fueron otros los que le colgaron seguramente tendrían derecho a hacerlo. Que siga colgado entonces.

—Pero…

—No me pongáis peros; dejadlo como está. Y hay otra razón. Echad un vistazo a vuestro alrededor cuando haya otro relámpago.

¡Otros dos ahorcados muy cerca de donde estábamos!

—No hace un tiempo muy apropiado para mostrarse inútilmente cortés con los difuntos. Demasiado tarde para que os lo agradezcan. Venid; no es conveniente que perdamos aquí más tiempo.

No le faltaba razón en lo que decía, de modo que continuamos nuestro camino. En un trayecto de poco más de un kilómetro pudimos contar a la luz de los relámpagos otras seis figuras que colgaban de los árboles. ¡Una excursión francamente siniestra! El murmullo indistinto ya no era un murmullo, ahora era un rugido, el rugido de voces humanas. De improviso, una sombra surgió de las tinieblas y un hombre pasó a nuestro lado como una exhalación, seguido de cerca por otras sombras humanas en pos de él. Desaparecieron. Después de un momento se presentó una escena similar, y luego otra, y otra más. Luego, después de un brusco recodo del camino, el incendio apareció ante nuestra vista… Se trataba de una enorme casa señorial, de la cual ya quedaba poco, o apenas nada. Por todas partes se veían hombres que huían a todo correr y otros que los perseguían iracundos.

Le advertí al rey que este no era sitio seguro para unos forasteros. Sería conveniente que nos apartásemos de la luz hasta que las cosas mejorasen un poco. Retrocedimos unos pasos y nos ocultamos en el lindero del bosque.

Desde nuestro escondrijo alcanzábamos a ver hombres y mujeres perseguidos por una turba. Tan espantosa actividad se prolongó hasta poco antes de la madrugada. Solo entonces, cuando ya el fuego se había extinguido y la tormenta había pasado, cesaron las voces y los pasos precipitados, y volvieron a reinar la oscuridad y el silencio.

Nos aventuramos a salir y cautelosamente empezamos a alejarnos. Aunque estábamos cansados y soñolientos, no nos detuvimos hasta poner varios kilómetros de por medio. Entonces pedimos hospitalidad en la choza de un carbonero y se nos brindó lo poco que había para ofrecer. La mujer estaba ya en pie y dedicada a sus quehaceres, mientras el hombre dormía entre un montón de paja sobre el suelo de arcilla. No se tranquilizó hasta que le expliqué que éramos viajeros que habíamos perdido el camino y que habíamos pasado toda la noche deambulando por los bosques. Al escuchar esto se mostró locuaz y nos preguntó si sabíamos algo acerca de los terribles sucesos ocurridos en la casa feudal de Abblasoure. Sí, algo sabíamos, pero lo que ahora deseábamos era dormir y descansar. El rey interrumpió y dijo:

—Vendednos la casa y marchaos de aquí, pues nuestra visita es peligrosa, ya que estuvimos hace poco tiempo con gente que ha perecido por la Muerte Granujienta.

Era un gesto amable de su parte, pero innecesario. Uno de los adornos más corrientes del país era la cara de piña. Ya me había dado cuenta de que la mujer y su marido hacían gala de dicha decoración. A ella no le asustó en absoluto y nos acogió calurosamente. Más aún: la propuesta del rey la había impresionado muchísimo; por supuesto, era un gran acontecimiento en su vida encontrar a alguien de apariencia tan humilde como la del rey que estuviese dispuesto a comprar la casa de un hombre con el solo propósito de permanecer en ella una noche. Esto le inspiraba un gran respeto y hacía que extendiese al máximo las magras posibilidades de su casucha para que estuviésemos cómodos.

Dormimos hasta bien entrada la tarde y nos levantamos con apetito suficiente como para que el rey encontrase bastante aceptable el menú de un vasallo, aunque fuese escaso en cantidad. Y también en variedad, pues consistía exclusivamente en cebollas, sal y el tradicional pan negro del país, elaborado con el forraje de los caballos. La mujer nos relató lo sucedido durante la víspera. Hacia las diez u once de la noche, cuando todos dormían, había ardido la casa señorial. El condado entero acudió al rescate y consiguió salvar a toda la familia con una sola excepción: el amo. A este no lo habían podido encontrar. La gente estaba convulsionada por la pérdida, y dos

valerosos labradores sacrificaron sus vidas recorriendo la mansión en llamas en busca de tan valioso personaje. Después de un rato se le encontró, o sea, lo que de él quedaba, que era su cadáver. Yacía entre unos arbustos a trescientos metros de distancia, atado, amordazado y acribillado por una docena de puñaladas.

¿Quién lo había hecho? Las sospechas recayeron en una humilde familia de los alrededores, a quien el barón había tratado con particular dureza en los últimos tiempos, y rápidamente se extendieron también sobre sus parientes y allegados. Una sospecha era suficiente. Los lacayos de su señoría promulgaron inmediatamente una cruzada contra esa gente, a la cual se sumó muy pronto el resto de la comunidad. El marido de la mujer se había unido a la turba y no había vuelto a casa hasta poco antes del amanecer. Ahora había salido para averiguar en qué había terminado aquello.

Seguíamos hablando cuando regresó. El informe que nos dio era bastante repulsivo. Dieciocho personas habían sido colgadas o masacradas, y en el incendio habían muerto dos labradores y trece prisioneros.

—¿Y cuántos prisioneros en total había en los sótanos?

—Trece.

—¿Entonces, perecieron todos?

—Sí, todos.

—Pero, si la muchedumbre llegó a tiempo de salvar a la familia, ¿cómo es posible que no haya salvado a ninguno de los prisioneros?

El hombre pareció perplejo y preguntó a su vez:

—¿A quién se le ocurriría abrir las mazmorras en un momento así? ¡Pardiez! Algunos hubiesen podido escapar.

—¿Entonces, nadie les abrió?

—Nadie se acercó a donde ellos estaban, ni para abrir ni para cerrar. Era razonable suponer que los pestillos estaban bien trancados, de modo que solo era necesario establecer una vigilancia para asegurarse de que ninguno huyera por más que lograse romper sus cadenas. No fue preciso apresar a nadie.

—A pesar de todo, se fugaron tres —dijo el rey—. Y haríais bien en proclamarlo y en poner a la justicia tras sus huellas, pues fueron ellos quienes asesinaron al barón y prendieron fuego a la mansión.

Me temía que iba a salir con algo por el estilo. En el primer momento la pareja demostró gran interés por las noticias e impaciencia por salir a propagarlas, pero luego una expresión diferente en sus rostros delató algún cambio, y comenzaron a hacer preguntas. Preferí contestarlas yo mismo, observando con sumo cuidado el efecto que producían. Pronto me di cabal

cuenta de que el conocimiento de la fuga de los tres prisioneros, de alguna manera, había cambiado el ambiente, y que la impaciencia de nuestro anfitrión por salir a difundir la noticia era solo una pretensión. El rey no percibió el cambio, de lo cual me alegré. Desvié la conversación hacia otros detalles de lo acontecido durante la noche y constaté que aquella gente sentía gran alivio.

Lo más doloroso de todo el asunto era la presteza con que la gente de aquella comunidad oprimida se había vuelto cruelmente contra personas de su propia clase para favorecer al opresor común. El carbonero y su esposa parecían ser de la opinión de que, en una disputa entre alguien de su misma clase y el señor feudal, lo natural y lo correcto y lo justo era que toda la casta a la cual pertenecía el pobre diablo se pusiese de parte del señor y librase por él la batalla, sin detenerse siquiera a considerar quién tenía la razón. El hombre había pasado buena parte de la noche ayudando a colgar a sus vecinos y había realizado su trabajo con esmero, aun sabiendo que en contra de esa pobre gente solo existía una mera sospecha sin ninguna evidencia que pudiese respaldarla. Pese a todo, ni él ni ella parecían ver nada horrible en el asunto.

Resultaba deprimente para un hombre que albergaba el sueño de una república. Me trajo a la mente una época, trece siglos más tarde, cuando los «blancos pobres» del Sur[1], siempre despreciados y frecuentemente insultados por los dueños de esclavos de los alrededores, y aun debiendo su miserable condición a la existencia de la esclavitud en el seno de la sociedad, siempre estuvieron pusilánimemente dispuestos a apoyar a los señores en todas la maniobras políticas para defender y perpetuar la esclavitud, y llegado el momento fueron quienes se echaron al hombro los mosquetes y sacrificaron sus vidas para impedir la destrucción de la mismísima institución que los degradaba[2]. Solo había una circunstancia atenuante en ese lamentable eslabón de la historia: el hecho de que, en secreto, los «blancos pobres» detestaban a los dueños de esclavos y se sentían avergonzados de ellos. Este sentimiento nunca llegó a manifestarse abiertamente, pero el hecho de que existiese y de que en circunstancias favorables hubiera podido salir a la superficie ya era algo; de hecho, era suficiente, pues demostraba que un hombre es en el fondo un hombre a pesar de todo, aunque exteriormente no lo parezca.

Pues bien, como habrá de verse, nuestro carbonero era el hermano gemelo del «blanco pobre» sureño de un futuro lejano. El rey perdió la paciencia y dijo:

—Si seguís parloteando el día entero, la justicia se verá frustrada. ¿Creéis acaso que los criminales regresarán a la morada de sus padres? No; ahora mismo escapan, se alejan. Deberíais encargaros de que una partida a caballo siguiese sus huellas.

Advertí que la mujer palidecía, leve, pero perceptiblemente, y que el hombre parecía confundido e indeciso. Dije entonces:

—Vamos, amigo; caminaré contigo un trecho y te diré qué dirección pienso que pueden haber tomado. Si se tratase simplemente de gente que huye para no pagar sus tributos o alguna nimiedad semejante, procuraría evitar su captura, pero cuando unos hombres asesinan a una persona de alto rango y además queman su casa ya es un asunto bien diferente.

Este último comentario iba dirigido al rey… para que se tranquilizara. Una vez en el camino, el hombre echó mano de toda su determinación y comenzó a andar con paso decidido…, aunque carente de entusiasmo. Después de un rato le pregunté:

—¿Qué parentesco tienes con esos hombres? ¿Son primos tuyos?

Se puso tan blanco como se lo permitía su costra de carbón y se detuvo temblando.

—¡Dios mío! ¿Cómo lo sabíais?

—No lo sabía. No era más que un disparo a ciegas.

—Pobres muchachos. Están perdidos. Y eran tan buenos chicos.

—¿De verdad que te encaminabas ahora a acusarlos?

No sabía muy bien cómo interpretar estas palabras, pero después de un momento dijo dubitativamente:

—Ss… sí.

—Entonces opino que eres un condenado canalla.

Se alegró tanto como si le hubiese dicho que era un ángel.

—Repetid esas hermosas palabras, hermano. ¿Queréis decir que no me delataréis si no cumplo con mi deber?

—¿Deber? Aquí no hay más deber que el de mantener la boca cerrada y dejar que esos hombres escapen. Han hecho lo que tenían que hacer.

Pareció satisfecho; satisfecho, pero en su semblante se leía una tenue aprensión. Miró hacia ambos lados del camino para cerciorarse de que no venía nadie y luego dijo en un tono cauteloso:

—¿De qué tierra venís, hermano, que pronunciáis palabras tan arriesgadas y no parecéis tener miedo?

—No son palabras arriesgadas si se dirigen a alguien de la misma condición. Me parece. ¡Porque no se te ocurrirá contar lo que te he dicho!

—¿Yo? Antes me dejaría descuartizar por cuatro caballos salvajes.

—Bien, entonces diré lo que pienso y no tendré temor de que lo repitas. Creo que anoche se cometió una injusticia diabólica con esa pobre gente. El viejo barón recibió sencillamente lo que merecía. Si de mí dependiese, correrían la misma suerte todos los de su clase.

El miedo y el abatimiento desaparecieron del rostro del hombre, cediendo el paso a una expresión de gratitud y animación.

—Aunque fueseis un espía y lo que decís sea solamente una trampa para perderme, iría feliz a la horca con tal de volver a oír palabras tan refrescantes, que son como un banquete para alguien que ha pasado hambre toda su vida. Y ahora seré yo quien diga lo que pienso, y podéis delatarme si así os place. Ayudé a colgar a mis vecinos porque peligraba mi propia vida si no mostraba fervor en la causa de mi señor, y esa es también la razón por la que ayudaron los demás. Aunque hoy todos se alegran de que haya muerto, simulan estar apenados y lloran con lágrimas de hipocresía, ¡porque en ello reside su seguridad! ¡He pronunciado las palabras! He pronunciado las únicas palabras que han dejado en mi boca un buen sabor, y gozar de ese sabor es recompensa suficiente. Ahora podéis conducirme adonde queráis, aunque fuese al patíbulo, pues estoy presto.

He aquí la prueba. En el fondo, está claro: un hombre es un hombre. Siglos enteros de abuso y opresión no han conseguido aplastar totalmente el espíritu humano que alberga en su interior. Y quien piense que me equivoco estará incurriendo en una gran equivocación. Sí; hay suficiente material apropiado para la construcción de una república entre la gente más degradada que jamás haya existido… incluso entre los rusos, y en abundancia…, y entre los alemanes. Bastaría con hacer que aflorase ese espíritu humano de la timidez y suspicacia del común de la gente para derrocar y arrastrar por el lodo cualquiera de los tronos que jamás hayan sido instaurados, junto con la nobleza que los apoya y salvaguarda. Todavía habríamos de ver ciertas cosas. Al menos, eso esperaba y en ello confiaba. En primer lugar, una monarquía modificada mientras reinase Arturo, y luego, después de su muerte, la destrucción del trono, la abolición de la nobleza y la asignación de tareas útiles a cada uno de sus miembros, la instauración del sufragio universal y la determinación de que el gobierno nacional pasase a manos de los hombres y mujeres del país, y allí permaneciese para siempre. Sí, todavía no tenía motivos para renunciar a mi sueño.

31
Marco

Caminábamos de manera indolente y seguíamos hablando. Debíamos tardar más o menos el mismo tiempo que nos hubiese costado llegar hasta la aldea de Abblasoure, poner a la justicia tras la pista de los asesinos, y regresar a casa. Mientras tanto, tenía un interés adicional que no había disminuido ni había perdido novedad durante toda mi estancia en la corte del rey Arturo: la forma de tratarse entre sí los caminantes que casualmente se cruzaban por el camino, un comportamiento que correspondía a una clara y exacta subdivisión en castas. Con el monje de afeitada cabeza, que caminaba con paso pesado, la capucha sobre los hombros y el sudor resbalándole por la gruesa papada, el carbonero se mostraba profundamente reverente; con el caballero era servil; con el pequeño granjero y el mecánico independiente se volvía cordial y charlatán; y cuando nos cruzábamos con un esclavo, inclinado, con su cabeza respetuosamente gacha, entonces la nariz del carbonero se elevaba hacia los cielos y, por supuesto, ni siquiera se dignaba verlo. En fin, hay ocasiones en que a uno le gustaría colgar a toda la raza humana y terminar con la farsa de una vez por todas.


"To the Gentleman he was abject."

En el camino nos vimos envueltos en un incidente. De uno de los bosques cercanos salió corriendo una pandilla de niños y niñas semidesnudos, gritando y chillando asustados. El mayor no tendría más de doce o catorce años. Imploraban nuestra ayuda, pero estaban tan fuera de sí que no lográbamos entender lo que pasaba. De cualquier manera descubrimos de qué se trataba: utilizando una corteza como improvisada soga habían colgado de un árbol a un pequeñín, que ahora forcejeaba y pataleaba, a punto de morir asfixiado. Lo rescatamos y lo reanimamos. Un nuevo ejemplo de la naturaleza humana: aquella gente menuda, que había observado a sus mayores con ojos llenos de admiración, trataba ahora de imitarlos. Jugando a comportarse como una turba habían conseguido un éxito mucho más importante de lo que hubiesen podido suponer.



La excursión no resultó nada aburrida para mí. Me las arreglé para aprovechar lo mejor posible el tiempo. Trabé conocimiento con varias personas y, dada mi condición de extranjero, pude hacer cuantas preguntas quise. Algo que por supuesto me interesaba como estadista era el asunto de los salarios. A lo largo de aquella tarde reuní toda la información que me fue posible sobre el tema. Una persona que no ha tenido mucha experiencia y que no piensa demasiado será propensa a juzgar la prosperidad de una nación, o la

ausencia de prosperidad, teniendo en cuenta únicamente la cuantía de los sueldos. Estimará entonces que, si los sueldos son altos, la nación es próspera, y que, si son bajos, no lo es. Lo cual es un error. Lo importante no es la suma que recibes, sino lo que puedes comprar con ella; es eso lo que te indica si tu sueldo es alto en realidad, o solo lo es de palabra. Recuerdo lo que ocurría en tiempos de nuestra gran Guerra Civil en el siglo XIX[1]. En el Norte un carpintero ganaba tres dólares diarios, respaldados por una reserva de oro; en el Sur recibía cincuenta dólares… pagaderos en dinero de la Confederación[2], cuyo valor apenas llegaba a un dólar la fanega. En el Norte unos pantalones de trabajo costaban tres dólares, el jornal de un día; en el Sur costaban setenta y cinco dólares, dos días de jornal allí. El resto de las cosas seguía la misma proporción. Por tanto, los salarios eran dos veces más altos en el Norte que en el Sur, dado que el primero tenía el doble de poder adquisitivo que el segundo.

Pues sí, conocí a varias personas en la aldea, y algo que me agradó muchísimo fue encontrar que ya estaban en circulación nuestras nuevas monedas: cantidades de milréis[3], de monedas de un décimo de centavo, de un centavo, numerosas monedas de níquel de cinco centavos, y unas cuantas de plata, todo ello en poder de los artesanos y de la gente común. E incluso algunas de oro…, pero estas estaban en el banco, o sea en casa del orfebre. Me dejé caer por allí mientras Marco, hijo de Marco, estaba regateando con un tendero el precio de cien gramos de sal, y pedí que me cambiaran una moneda de oro de veinte dólares. Me la cambiaron, es decir, después de haberle hincado el diente, de haberle echado ácido, y de preguntarme de dónde la había sacado, quién era yo, de dónde venía, hacia dónde me dirigía, cuándo pensaba llegar y por lo menos otras doscientas preguntas; y al final, cuando ya no tenían nada más que preguntar, de manera espontánea les proporcioné abundante información sobre mi persona: les conté que tenía un perro llamado Guardián, que mi primera mujer era miembro de la Iglesia Baptista[4] y su abuelo había sido prohibicionista[5], y que yo había conocido a un hombre que tenía dos pulgares en cada mano y una verruga en el interior del labio superior y que había muerto con la esperanza de una resurrección gloriosa, etcétera, etcétera, etcétera, hasta el punto de que aquel hambriento inquisidor de aldea empezó a mostrarse satisfecho, y también un poco desconcertado; de cualquier forma no le quedaba más remedio que respetar a un hombre con mi poder económico, de manera que ni rechistó, pero me di cuenta de que se desquitaba con sus surbordinados, cosa muy natural por otra parte. Sí, me cambiaron la moneda de veinte dólares, pero me parece que

tuvieron que forzar un poco las reservas del banco, lo cual era lógico, pues equivalía a entrar en una insignificante tiendecilla de pueblo en el siglo XIX y pedir de buenas a primeras que te cambiaran un billete de dos mil dólares. Es posible que el tendero tuviese cambio, pero no dejaría de preguntarse qué hacía un humilde campesino con tanto dinero en el bolsillo. Y eso debía de pensar el orfebre, pues me acompañó hasta la puerta y desde allí me siguió con una mirada de reverente admiración.

Nuestro dinero no solo circulaba sin problemas, sino que su nomenclatura se utilizaba fluidamente; es decir, las gentes habían desechado los nombres de anteriores formas de pago y ahora se referían al valor de las cosas en dólares o centavos, o décimos de centavo o milréis. Era realmente satisfactorio. Progresábamos, no cabía la menor duda.

Conocí a varios maestros artesanos, pero de todos ellos tal vez el más interesante era Dowley, el herrero, un hombre vivaz y un conversador entusiasta. Dowley tenía dos oficiales, tres aprendices, y su negocio iba viento en popa. De hecho, se estaba haciendo rico a pasos agigantados y era muy respetado en el lugar. Marco se sentía muy orgulloso de ser amigo de un hombre así. Supuestamente me había llevado allí para que viese el gran establecimiento que le compraba buena parte de su carbón, pero en realidad quería demostrarme que tenía un trato amistoso, casi familiar, con tan importante hombre. Dowley y yo congeniamos en seguida; era de ese tipo de hombres escogidos, espléndidos, que había tenido a mi cargo en la Fábrica de Armas Colt. Quería volverlo a ver, así que lo invité a comer con nosotros el domingo en casa de Marco. Marco estaba abrumado, y apenas podía respirar; y cuando el gran personaje aceptó, se sintió tan agradecido que por poco se olvida de asombrarse ante semejante condescendencia.

La alegría de Marco no tenía límites…, pero solo duró un momento; en seguida se tornó pensativo, luego triste, y cuando oyó que le decía a Dowley que también invitaría a Dickson, el maestro albañil, y a Smug, el maestro carretero, la capa de carbón que cubría su cara se volvió tan blanca como la tiza, y perdió el control. Yo sabía cuál era el problema: los gastos. Se veía condenado ya a la ruina, y seguro de que sus días estaban contados, financieramente hablando. Sin embargo, cuando nos dirigíamos a casa de los otros para invitarlos, le dije:

—Espero que me permitas que invite a estos amigos y que sea yo quien corra con los gastos.

Su semblante pareció despejarse y replicó con viveza:

—Pero no con todos los gastos, no con todos. No podéis llevar semejante carga vos solo.

Lo detuve, y le dije:

—Ya es hora de que pongamos las cosas en claro, querido amigo. Es cierto que solo soy el administrador de una granja, pero no se puede decir que sea pobre. Este año he tenido mucha suerte… Te asombraría saber cuánto he medrado. La verdad monda y lironda es que podría correr con los gastos de una docena de convites como este sin siquiera parar mientes en los costes.

Hice un chasquido con los dedos y lo miré. Era evidente que a los ojos de Marco mi importancia crecía a razón de varios metros por minuto, y cuando pronuncié estas últimas palabras me había convertido en una verdadera torre, tanto por la magnitud como por el estilo:

—Así que ya lo ves; me vas a dejar que lo haga a mi manera. No vas a contribuir ni con un solo centavo a esta orgía, y no hay más que hablar.

—Es magnífico y muy amable de tu parte…

—No; no lo es. Nos habéis acogido a Jones y a mí en vuestra casa con la mayor generosidad. Jones me lo comentaba hace un rato, antes de que regresaras. Claro que no es probable que te lo diga él mismo…, porque Jones es reservado y tímido en presencia de otras personas, pero posee un corazón agradecido y sabe apreciar cuando es bien tratado; sí, y tú y tu mujer habéis sido muy hospitalarios con nosotros.

—Ah, hermano, pero tenemos tan poco que ofrecer… Si no es nada. ¡Valiente hospitalidad!

—Pues claro que es algo. Que un hombre ofrezca libremente lo mejor que tiene siempre significa algo, y es tan bueno como lo que podría hacer un príncipe, y tiene el mismo valor, pues incluso un príncipe no puede hacer más que ofrecer lo mejor que tiene. Así que vamos a hacer unas cuantas compras y a proseguir con el plan que hemos trazado, y no te preocupes por los gastos. Soy uno de los peores derrochadores que ha existido en el mundo. Hombre, ¿sabes que a veces gasto en una sola semana…? Pero eso no importa ahora; de todos modos no me creerías.

Así que recorrimos muchos sitios, entramos en varias tiendas, miramos precios, comentamos con los tenderos los disturbios de la víspera, y nos topamos también con algún que otro patético recordatorio de aquellos sucesos en la persona de algún desgraciado y lloroso superviviente de la cacería humana, que ahora se había quedado sin casa y sin familia, y cuyos parientes habían sido masacrados o colgados.

Las ropas de Marco eran de burda estopa y las de su mujer de una especie de lino basto, y se parecían al mapa de un municipio, ya que estaban confeccionadas casi exclusivamente con parches que se habían ido añadiendo, poco a poco, barrio a barrio, en el transcurso de unos cinco o seis años, hasta el punto de que apenas podía encontrarse un retazo de la tela original. Yo deseaba regalar a la pareja ropas nuevas, de forma que no desentonaran con los elegantes personajes que íbamos a recibir, pero no sabía cómo abordar el tema sin que se sintiesen ofendidos, hasta que de repente pensé que, ya que había sido tan prolijo inventando la gratitud oral del rey, bien podría respaldarla con una evidencia más sustancial y práctica de su carácter. Dije entonces:

—Ah, y otra cosa, Marco; hay algo más que tendrás que permitirme por deferencia hacia Jones…, pues estoy seguro de que no te gustaría ofenderle. Él está ansioso por manifestar su agradecimiento de alguna manera, pero para estas cosas es tan apocado que no se atreve a hacerlo por sí mismo, de modo que me suplicó que comprase alguna cosilla para la señora Phyllis y para ti sin que os enteraseis de que es él quien paga… Ya sabes cómo se siente una persona delicada en casos como este… Así que le dije que lo haría, y que no diría una palabra al respecto. Pues bien, a él se le había ocurrido que podríamos comprar nuevas vestimentas para ambos.

—¡Ah, pero eso sería un despilfarro! No puede ser, hermano, no puede ser. ¡Considerad la magnitud de la suma!

—¡Al diablo con la magnitud de la suma! Intenta permanecer callado un momento, a ver cómo te sientes. Cuando empiezas a hablar no hay manera de meter baza, ni siquiera acercándose de perfil. Tienes que tener cuidado, Marco; como sabes, no son buenos modales, y si no tratas de evitarlo, podrías incluso salir perdiendo. Bueno, ahora vamos a entrar a esa tienda a mirar precios. Y no te olvides de tener siempre presente que Jones no debe sospechar que sabes que él ha tenido algo que ver en esto. No podrías imaginar lo sensible y orgulloso que es. Sí, es granjero, en realidad un granjero bastante rico, y yo soy su administrador. ¡Y qué imaginación tiene este hombre! ¡Caracoles! A veces parece olvidar quién es y empieza a alardear de tal manera que cualquiera podría pensar que es uno de los hombres más importantes de la tierra. Por otra parte, podrías escucharle hablar durante cien años y no pensarías que es granjero…, sobre todo si se le ocurre hablar de agricultura. Se cree el Emperador de los granjeros, un Salomón o un Matusalén de la Agricultura, pero confidencialmente, y aquí entre nosotros, te diré que entiende de agricultura tanto como del gobierno de

un reino… pero, sea lo que sea, hable de lo que hable, trata de permanecer con la boca abierta, como si nunca antes hubieses escuchado una sabiduría tan pasmosa y temieses morir sin haber escuchado lo suficiente. A Jones le encantará.

A Marco le divertía mucho oír hablar de un personaje tan peculiar, y al mismo tiempo yo quería que estuviese preparado ante cualquier eventualidad, pues sé por experiencia que cuando se viaja con un rey que finge ser otra cosa y se olvida de su papel la mitad de las veces, todas las precauciones son pocas.

Aquella era la mejor de las tiendas que habíamos visitado hasta el momento. Había de todo, en pequeñas cantidades, desde yunques y tejidos hasta pescado y bisutería. Decidí hacer todas las compras en aquel sitio, y desistí de seguir comparando precios. Me deshice de Marco enviándolo a invitar al albañil y al carretero, pues quería quedarme con el campo despejado. Nunca me ha gustado hacer cosas que pasen desapercibidas; cuando algo me interesa, tengo que poner en práctica el elemento teatral. De forma aparentemente despreocupada dejé ver una cantidad de dinero suficiente para asegurarme el respeto del tendero, y luego hice una lista de las cosas que quería y se la pasé para ver si era capaz de leerla. Sabía leer y se mostraba orgulloso de ello. Me dijo que lo había educado un cura, que le había enseñado a leer y escribir. Le echó un vistazo y comentó con aire satisfecho que se trataba de un pedido bastante considerable. Y, desde luego, lo era para un negocio tan pequeño como aquel. No solo quería ofrecer una cena estupenda, sino que quería disponer de algunos detalles adicionales. Ordené que llevasen el pedido a casa de Marco, hijo de Marco, el sábado por la tarde y que se me enviase la cuenta el domingo a la hora de la cena. Dijo que podía confiar en su rapidez y puntualidad, pues esa era la regla de oro de la casa. Añadió que incluiría un par de pistolas de aire comprimido gratis para los Marco, ya que ahora todo el mundo las usaba. Tenía una opinión excelente de un utensilio tan práctico. Dije:

—Por favor, quiero que sean cargadas hasta la mitad y que se agregue el importe a la cuenta.

Así lo haría, y con mucho gusto. Las llenó y me las llevé. No podía arriesgarme a revelar que la pistola de aire comprimido era uno de mis pequeños inventos, y que yo mismo había ordenado oficialmente que todos los tenderos del reino las tuvieran a mano para venderlas al precio estipulado por el gobierno, que era una fruslería, y que el tendero se quedara con todo, pues las distribuíamos gratuitamente.

Regresamos al anochecer, pero el rey apenas había notado nuestra ausencia. De nuevo había estado soñando en la grandiosa invasión de la Galia, respaldado por todo el poder de su reino, y así, alejado de la realidad, se había ido consumiendo su tarde.

32
La humillación de Dowley

Caía la tarde del sábado cuando llegó el pedido. Tuve que echar mano de todos mis recursos para evitar que los Marco se desmayasen. Estaban convencidos de que tanto Jones como yo nos habíamos arruinado irremisiblemente y se reprochaban su complicidad en semejante bancarrota. Aparte de lo necesario para la cena, que de por sí ya suponía una suma bastante elevada, había adquirido una serie de extras pensando en un futuro más cómodo para la familia. Por ejemplo, una gran cantidad de trigo, que era un manjar tan poco frecuente en las mesas de las gentes de su clase como podría serlo un helado en la de un ermitaño. También una mesa de comedor de buen tamaño y dos libras de sal, otro artículo inusual a los ojos de aquella gente. Además algunas piezas de vajilla, taburetes, ropas, un barrilete de cerveza, etc. Pedí a los Marco que no hablaran con nadie acerca de estos artículos suntuosos, pues quería tener la oportunidad de sorprender a nuestros invitados y de presumir un poco. Por lo que respecta al nuevo vestuario, aquella ingenua pareja se comportaba como un par de niños: se pasaron buena parte de la noche levantándose para ver si ya llegaba el amanecer y volviéndose a acostar, y al final estrenaron sus ropas casi una hora antes de que amaneciese. Experimentaban un placer —por no decir delirio— tan inocente, insólito y conmovedor, que con solo verlos me sentía compensado por las interrupciones que mi sueño había sufrido. El rey había dormido como de costumbre: como un tronco. Los Marco no podían darle las gracias por las ropas, ya que se lo había prohibido, pero intentaron mostrarle su agradecimiento de todas las formas posibles. Lo cual no sirvió de nada, pues él no notó ningún cambio.

Resultó ser uno de esos días, tan poco frecuentes en otoño, que parece más bien un templado día del mes de junio y es una gloria estar al aire libre. Los invitados llegaron hacia el mediodía, nos reunimos bajo un inmenso árbol y pronto se creó un clima tan amistoso como si fuéramos viejos amigos. Incluso el rey parecía tener menos reservas, aunque al principio le costó algún trabajo acostumbrarse al nombre de Jones. Le había pedido que procurara no olvidar que era granjero, pero también creí prudente recomendarle que no

tocase mucho el tema. Era de ese tipo de personas que, de no ser advertido, tiende a meter la pata en esta clase de detalles, con la ayuda de su lengua siempre pronta, su disposición de espíritu y su información poco fiable.

Dowley se encontraba de un humor excelente; en seguida conseguí que se sintiese locuaz y hábilmente fui encaminándole al relato de una historia de la que él era protagonista, su propia historia. Daba gusto quedarse allí sentado escuchando el incesante zumbido de sus palabras. Era uno de esos hombres que han llegado a su posición por su propio esfuerzo. Saben cómo hablar. Son dignos de mayor alabanza que cualquier otra clase de hombres, cosa que además son los primeros en descubrir. Nos contó que de niño se había quedado huérfano, sin dinero y sin un amigo que pudiese echarle una mano. Había vivido como el esclavo del amo más miserable; su jornada de trabajo era de dieciséis a dieciocho horas diarias, y solo le reportaba el pan de centeno suficiente para mantenerse medio alimentado; sus constantes esfuerzos atrajeron finalmente la atención de un bondadoso herrero, que le dio un susto de muerte al tener la amabilidad de ofrecerle, a pesar de su falta de preparación, la oportunidad de ser su aprendiz durante nueve años, y que le proporcionó alojamiento, vestiduras y le enseñó el oficio o «el misterio», como lo llamaba Dowley. Ese fue su primer gran ascenso, un magnífico golpe de suerte, y era patente que aún no podía hablar de ello sin que le produjese una especie de fascinada admiración, y un gran deleite por el hecho de que un hombre corriente hubiese conseguido encumbrarse de tal manera. Durante su aprendizaje no recibió nuevos vestidos, pero el día de su graduación su jefe le regaló una túnica de estopa totalmente nueva que le hizo sentirse indescriptiblemente rico y refinado.

—Recuerdo ese día —interrumpió el carretero con entusiasmo.

—¡Yo también! —dijo a grandes voces el albañil—. No podía creer que esas ropas te perteneciesen; a fe que no podía.

—¡Tampoco los demás! —exclamó Dowley con ojos brillantes—. Estuve a punto de perder mi honra, ya que los vecinos podían pensar que las había robado. Fue un día grandioso, grandioso, uno de esos días que no se olvidan nunca.

Sí; y su jefe era un hombre muy bueno y afortunado, y dos veces al año ofrecía grandes festines de carne, en los que también había pan blanco, auténtico pan de trigo; de hecho, vivía como un señor, por así decirlo. Y con el tiempo, Dowley tuvo éxito en los negocios y se casó con la hija del jefe.

—¡Y ahora fijaos hasta dónde he llegado! —dijo Dowley en un tono ostentoso—. ¡En mi mesa hay carne fresca dos veces al mes!

Aquí hizo una pausa para que esas palabras cobrasen toda su fuerza, y al cabo agregó:

—Y otras ocho veces carne salada.

—Lo cual es muy cierto —dijo el carretero con la respiración agitada.

—Lo he visto con mis propios ojos —corroboró el albañil con la misma veneración.

—En mi mesa hay pan blanco todos los domingos del año —añadió el herrero con solemnidad—. Dejo a vuestra conciencia, amigos míos, reconocer que esto que digo es cierto.

—¡Por mi cabeza que sí! —exclamó el albañil.

—Yo podría dar testimonio, y lo doy —dijo el carretero.

—Y en cuanto al mobiliario, vosotros mismos podéis dar fe de lo que poseo.

Hizo con su mano un ademán como si garantizara una total libertad de palabra y añadió:

—Podéis hablar como os plazca; como si yo no estuviese aquí.

—Poseéis cinco taburetes trabajados con el más depurado esmero, aunque en vuestra familia solo seáis tres —dijo el carretero con profundo respeto.

—Y seis copas de madera, seis fuentes de madera y dos de peltre[1] para comer y beber —dijo el albañil, impresionado—. Y lo digo a sabiendas de que Dios me juzga y de que no hemos de vivir aquí por siempre, sino que en el último día tendremos que rendir cuentas de todo lo que hemos dicho, de lo falso como de lo verdadero.

—Ahora ya sabéis qué clase de hombre soy, hermano Jones —dijo el herrero con amistosa condescendencia—, y descubriréis sin duda cuán celoso soy del respeto que merezco y qué poco amigo de gastarme el dinero con extraños hasta no estar seguro de su valor y calidad, pero, a ese respecto, no tenéis de qué preocuparos, porque con vosotros no daré importancia a estas cuestiones; al contrario, estoy dispuesto a confraternizar con todo el que tenga un buen corazón como si de un igual se tratase, sin importarme su situación social. Y, como prueba de ello, aquí está mi mano; y afirmo con mis propios labios que somos iguales… Sí, iguales.

Así diciendo, sonrió a los presentes con la satisfacción de un dios benevolente que está haciendo una buena obra y es consciente de ello.

El rey cogió la mano que se le tendía con mal disimulada desgana y se deshizo de ella con el mismo gusto con que una mujer se deshace de un pescado; gesto que causó un efecto positivo al ser interpretado como el lógico azoramiento de quien se siente deslumbrado ante tanta grandeza.

En este momento, la dama sacó la mesa y la colocó debajo del árbol. Causó una visible sorpresa, ya que no cabía duda de que la suntuosa adquisición era completamente nueva. Pero la sorpresa fue aún mayor cuando la dama, rezumando una indiferencia que traicionaban sus ojos iluminados por la vanidad, desdobló lentamente un auténtico, irrefutable mantel, y lo extendió. Esto sobrepasaba incluso las grandezas domésticas que podía permitirse un herrero, y fue un duro golpe para él; era obvio. Pero lo que también resultaba claro era que Marco estaba en el paraíso. Seguidamente la mujer sacó dos flamantes taburetes nuevos. ¡Vaya, eso sí que causó sensación! Se notaba en los ojos de todos los invitados. Entonces sacó otros dos, con toda la calma de que fue capaz. Nueva sensación, acompañada esta vez de murmullos de incredulidad. La mujer se sentía tan orgullosa cuando apareció con dos más, que en lugar de caminar parecía estar volando. Los invitados se habían quedado petrificados. Por fin habló el albañil:

—No sé qué tienen las pompas mundanas, que le mueven a uno a reverencia.

Cuando la mujer se retiró, Marco no pudo resistir dar el golpe de gracia, ahora que los tenía postrados de admiración, y, con lo que pretendía ser una compostura lánguida, pero que en realidad era solo una pobre imitación, dijo:

—Con eso es suficiente: no hace falta que saques el resto.

¡Conque aún quedaban más! El efecto fue soberbio. Yo mismo no hubiera podido hacerlo mejor.

A partir de aquel momento, la mujer fue acumulando sorpresa tras sorpresa con una velocidad tal, que el asombro general alcanzaba los sesenta grados a la sombra, a la vez que su expresión oral se iba reduciendo a «Ohs» y «Ahs» entrecortados y a una muda elevación de ojos y manos. Aparecieron con la vajilla, nueva y abundante, las no menos nuevas copas de madera, así como otros utensilios de mesa; también cerveza, pescado, pollo, un ganso, huevos, ternera asada, cordero asado, un jamón, un cochinillo asado y auténtico pan de trigo en cantidad. No es exagerado decir que aquella gente no había contemplado un despliegue semejante en sus vidas. Y mientras permanecían allí sentados, como idiotizados por la admiración y el respeto, ejecuté con la mano un movimiento pretendidamente accidental, que provocó que el hijo del tendero apareciese como caído del cielo y dijese que venía a cobrar.

—De acuerdo —dije con indiferencia—. ¿Cuánto es todo? Léeme la lista.

Entonces se dispuso a leerla, mientras los tres hombres lo escuchaban sin salir de su asombro. Cálidas olas de satisfacción envolvían mi alma, mientras

olas de terror y admiración se apoderaban de Marco.

2 libras de sal	200
4 docenas de litros de cerveza de barril	800
3 fanegas de trigo	2 700
2 libras de pescado	100
3 gallinas	400
1 ganso	400
3 docenas de huevos	150
1 porción de ternera asada	450
1 porción de cordero asado	400
1 jamón	800
1 lechoncillo	500
2 vajillas	6 000
2 trajes de hombre y ropa interior	2 800
1 pieza de tela, 1 túnica de lana y ropa interior	1 600
8 copas de madera	800
Varios utensilios de mesa	10 000
1 mesa de comedor	3 000
8 taburetes	4 000
2 pistolas de aire comprimido, cargadas	3 000

Entonces se detuvo. Se produjo un terrible silencio. Nadie movió ni un músculo. Parecía como si ni siquiera respirasen.

—¿Eso es todo? —pregunté en un tono de voz perfectamente calmo.

—Todo, señor, salvo que ciertos artículos de poca monta están incluidos dentro de la misma denominación genérica. Pero si es vuestro deseo saber…

—Carece de importancia —dije, acompañando mis palabras con un gesto que denotaba la más profunda indiferencia—; dame la suma total, por favor.

El dependiente trató de mantener la compostura apoyándose en el árbol y dijo:

—Treinta y ocho mil cien milréis.

El carretero se cayó de su taburete; los demás se sujetaron a la mesa para no correr la misma suerte y se oyó una profunda exclamación general:

—¡Que Dios nos asista en el día del desastre!

El dependiente se apresuró a decir:

—Mi padre me ha encargado que os haga saber que, honestamente, no espera que le paguéis todo de una vez, por lo que solo os suplica…

Le presté la misma atención que hubiera dedicado a una ligera brisa y, con un aire tan indiferente que rozaba la desgana, saqué mi dinero y coloqué cuatro dólares sobre la mesa. ¡Con qué cara se quedaron mirando!

El dependiente estaba tan atónito como encantado. Me pidió que retuviera uno de los dólares como depósito hasta que pudiera ir a la ciudad y… Le interrumpí:

—¡Cómo! ¿Para devolverme nueve centavos? Tonterías. Llévatelo todo y quédate con el cambio.

Pudo percibirse un murmullo de estupor que equivalía a algo así:

—¡Verdaderamente, este hombre está forrado de dinero! Lo tira como si fuera basura.

El herrero estaba totalmente abatido.

El dependiente cogió su dinero y desapareció borracho de felicidad. Les dije a Marco y a su mujer:

—Buena gente, este pequeño detalle es para vosotros —y extendí las pistolas de aire comprimido, como si no tuviesen la menor importancia, a pesar de que cada una contenía quince centavos en metálico; y mientras las pobres criaturas se debatían entre el aturdimiento y la gratitud, me volví hacia los otros y les dije con la tranquilidad de quien pregunta la hora:

—Espero que todos estemos listos, porque la cena lo está. Manos a la obra.

¡Ah! Fue sencillamente perfecto. Nunca he preparado mejor la situación ni he sacado un partido tan espectacular de los materiales existentes. En fin; el herrero estaba totalmente apabullado. ¡Cielos! No me hubiera gustado estar en su pellejo por nada de este mundo. Había fanfarroneado y se había jactado del gran festín de carne que organizaba dos veces al año, de que comía carne fresca dos veces al mes, carne salada dos veces por semana y pan blanco todos los domingos del año, para una familia de tres personas, por un importe anual que no superaría los sesenta y nueve centavos, dos décimos de centavo y seis milréis, cuando de repente aparece un hombre que desembolsa de golpe cuatro dólares y al que además parece fastidiarle tener que andar con cantidades tan despreciables. Sí; Dowley parecía bastante contrariado, encogido y postrado. Tenía un aspecto semejante al de un balón de goma tras ser pisoteado por una vaca.

33
La economía política en el siglo VI

Sea como fuere, hice un esfuerzo por ponerlo de mi parte y, antes de que hubiésemos consumido una tercera parte de la comida, había logrado contentarlo de nuevo. No era una tarea difícil en un país organizado en categorías y castas. Lo que pasa en un país con semejante organización es que el hombre nunca llega a ser hombre, lo es tan solo en parte, no se desarrolla del todo. Le demuestras a un hombre que eres superior a él por tu situación social, linaje o fortuna, y se rinde a tus pies. Después de eso, ya no podrás insultarlo. No, no es eso exactamente lo que quería decir; por supuesto que puedes insultarlo; pero quería señalar que es difícil, de modo que, a no ser que dispongas de mucho tiempo ocioso, no vale la pena intentarlo. Ahora contaba con el respeto incondicional del herrero, pues aparentemente yo era inmensamente afortunado y rico. Y hubiese conseguido su adoración de haber estado en posesión de cualquier titulillo nobiliario. No solo la suya, sino la de cualquier habitante del país, aunque él fuese el mayor portento que habían conocido los siglos en cuanto a inteligencia, carácter y valores personales, y yo fuese una verdadera ruina a todos esos niveles. Pero las cosas serían así mientras Inglaterra existiese sobre la faz de la tierra. Imbuido del espíritu de la profecía, podía adentrarme en el futuro y ver cómo este país erigiría estatuas y monumentos a sus execrables Jorges y a una serie de nobles allegados a la corte y no rendiría honores a quienes, después de Dios, han creado este mundo: Gutenberg, Watt, Arkwright, Whitney, Morse, Stephenson, Bell[1].

El rey dio buena cuenta de sus raciones y luego, como la conversación no abordaba conquistas o temibles duelos, fue adormeciéndose hasta que por fin se retiró a echar una cabezada. La señora Marco despejó la mesa, situó el barril de cerveza de tal forma que lo tuviéramos a mano y se fue a cenar las sobras en humilde intimidad; el resto de nosotros pronto estuvimos enfrascados en aquellos asuntos que más atañen a la gente de nuestra condición: negocios y salarios, por supuesto. A primera vista, aquel pequeño reino tributario, cuyo soberano era el rey Bagdemagus[2], parecía increíblemente próspero en comparación con mi propia región. Aquí el

«proteccionismo»[3] estaba totalmente arraigado, mientras que nosotros avanzábamos poco a poco hacia el mercado libre, y ya nos encontrábamos a mitad de camino. Al poco rato, Dowley y yo llevábamos la conversación, mientras los demás escuchaban con avidez. Dowley se fue entusiasmando a medida que hablábamos, creyó percibir que se encontraba en una situación ventajosa, y empezó a hacerme preguntas que pensó me parecerían extrañas y que, en efecto, lo eran.

—Hermano, ¿cuál es en vuestro país el salario de un administrador de tierras, de un carretero, un pastor o un porquero?

—Veinticinco milréis al día, o lo que es lo mismo, un cuarto de centavo.

La cara del herrero se iluminó de alegría. Dijo:

—¡Aquí cobra el doble! ¿Y cuál es el sueldo de un mecánico, de un carpintero, de un pintor de brocha gorda, de un albañil, de un herrero, de un constructor de ruedas o cualquier otro oficio similar?

—Unos cincuenta milréis por término medio; la mitad de un centavo al día.

—¡Ja, ja! Aquí cobran cien. Entre nosotros un buen mecánico cobra un centavo al día. A excepción del sastre, los demás cobran un centavo al día y en las épocas de prosperidad incluso más. Hasta ciento diez y ciento quince milréis diarios. Yo mismo he llegado a pagar los ciento quince diarios. ¡Hurra por el proteccionismo y al diablo el libre mercado!

Y su rostro brilló en medio de la compañía como un rayo de sol entre las nubes. Pero no por ello me amedrenté. Preparé mi contundente martillo, por así decir, y me concedí un plazo de quince minutos para hundirlo en la tierra, hundirlo por completo, hasta que no sobresaliese ni la curva de su cráneo. Comencé por preguntarle:

—¿Cuánto pagáis por una libra de sal?

—Cien milréis.

—Nosotros pagamos cuarenta. ¿Cuánto os cuesta la ternera y el cordero, si es que lo compráis?

Fue un golpe certero que hizo que se ruborizase ligeramente.

—Suele variar, pero no mucho: se puede decir que unos setenta y cinco milréis la libra.

—A nosotros nos cuesta treinta y tres. ¿Cuánto pagáis por una docena de huevos?

—Cincuenta milréis.

—En mi tierra están a veinte. ¿A cómo está la cerveza?

—A ocho milréis y medio el medio litro.

—Nosotros pagamos cuatro. Veinticinco botellas por un centavo. ¿A cómo está el grano?

—A unos novecientos milréis la fanega.

—Nosotros la pagamos a cuatrocientos. ¿Cuánto os cuesta un traje de estopa para hombre?

—Trece centavos.

—A nosotros nos cuesta seis. ¿Cuánto cuestan las túnicas de estopa que suelen usar las mujeres de los jornaleros o de los mecánicos?

—Ocho centavos y cuatro décimos de centavo.

—Pues bien, podéis observar la diferencia. Mientras vosotros pagáis ocho centavos y cuatro décimos, nosotros solo pagamos cuatro centavos.

Me dispuse entonces a dejarlo fuera de combate, y dije:

—Ahí lo tienes, querido amigo, ya ves en qué se han quedado los altos salarios de los que alardeabas hace apenas unos minutos.

Eché una mirada de plácida satisfacción a mi alrededor, pues había ido cercándolo gradualmente hasta tenerlo atado de pies y manos, y sin que se diese cuenta en ningún momento de lo que estaba ocurriendo. Insistí:

—¿Qué ha pasado con esos sueldos tan altos de los que hablabas? Me da la impresión de que los he dejado bastante desinflados.

Pero, aunque no os lo creáis, parecía sorprendido y nada más. No había comprendido la situación en absoluto, no se había dado cuenta de que se le había tendido una trampa y que había caído en ella. En ese momento hubiese sido capaz de dispararle de la irritación que me invadía. Con los ojos nublados y realizando un gran esfuerzo intelectual, declaró:

—A fe que no llego a entenderlo. Se ha demostrado que nuestros sueldos son el doble que los vuestros: ¿cómo podéis decir, entonces, que se han desinflado? Y no creo haber malinterpretado tan portentosa palabra, que por la gracia y la providencia divina he escuchado por vez primera.

Bueno, me encontraba sencillamente apabullado; por una parte debido a su estupidez manifiesta, y por otra, a causa de que era evidente que sus compañeros estaban de acuerdo con él y le daban la razón, en caso de que a eso se le pueda llamar razón. Mi argumentación no podía ser más clara, era imposible simplificarla más; de cualquier manera, lo intenté:

—Pero, vamos a ver, hermano Dowley, ¿no lo comprendes? Vuestros salarios son superiores a los nuestros tan solo en apariencia, pero no en realidad.

—¡Escuchadle! Son el doble que los vuestros…, lo acabáis de confesar.

—De acuerdo, no lo niego, pero eso no tiene nada que ver. El importe del salario en monedas, sea cual sea el nombre de estas, que solo sirve para distinguirlas, no tiene nada que ver con nuestro asunto. La cuestión es cuánto se puede comprar con ese salario, eso es lo que importa. Si bien es cierto que aquí un buen mecánico cobra tres dólares y medio al año mientras que en mi tierra cobra un dólar y setenta y cinco…

—Ahí lo tenéis, ¡lo estáis confesando de nuevo, lo estáis confesando!

—¡Maldición! ¡Te digo que no lo he negado nunca! Lo que pretendo que comprendas es que nosotros podemos comprar más con medio dólar que vosotros con uno. Por tanto, es elemental y casi de sentido común que nuestros salarios son más altos que los vuestros.

Parecía aturdido y dijo con voz angustiada:

—Verdaderamente, no acabo de comprenderlo. Decís que nuestros salarios son más altos y al minuto siguiente afirmáis lo contrario.

—Pero, válgame el cielo, ¿no es posible que algo tan sencillo se te meta en la cabeza? Ahora vas a escucharme y a dejar que te lo explique. A nosotros nos cuesta cuatro centavos una túnica de estopa de mujer y a vosotros, ocho centavos y cuatro décimos de centavo, lo cual quiere decir que pagáis el doble y cuatro décimos de centavo más. ¿Cuánto cobra una mujer que trabaja en una granja?

—Dos décimos de centavo al día.

—Muy bien; con nosotros cobra la mitad; tan solo la décima parte de un centavo al día…

—De nuevo confe…

—Espera; vas a ver qué sencilla es la cuestión y con qué facilidad lo comprendes esta vez. Por ejemplo, si una mujer aquí cobra dos décimos de centavo al día, tendrá que trabajar cuarenta y dos días para poder comprar la túnica, es decir, siete semanas; pero en mi tierra solo tiene que trabajar cuarenta días, siete semanas menos dos días. Cuando la mujer de aquí se compra la túnica se gasta el sueldo entero de las siete semanas, mientras que a la mujer de mi tierra aún le queda el sueldo de dos días para gastarlo en otra cosa. ¿Lo ves? Ahora sí que lo has entendido.

En fin, lo más que se puede decir de él es que parecía dudoso, lo mismo que los demás. Esperé un tiempo para dejar que asimilaran. Al cabo de un rato fue Dowley quien se decidió a hablar poniendo de manifiesto que seguía aferrado a sus arraigadas supersticiones:

—Pero… pero no podéis negar que dos décimos de centavo al día es mejor que uno solo.

¡Recórcholis! Por supuesto que detestaría darme por vencido, así que ensayé una nueva vertiente:

—Vamos a poner otro caso. Supongamos que uno de vuestros jornaleros sale a comprar los siguientes artículos:

1 libra de sal
1 docena de huevos
6 litros de cerveza
1 fanega de trigo
1 traje de estopa
5 libras de carne
5 libras de cordero

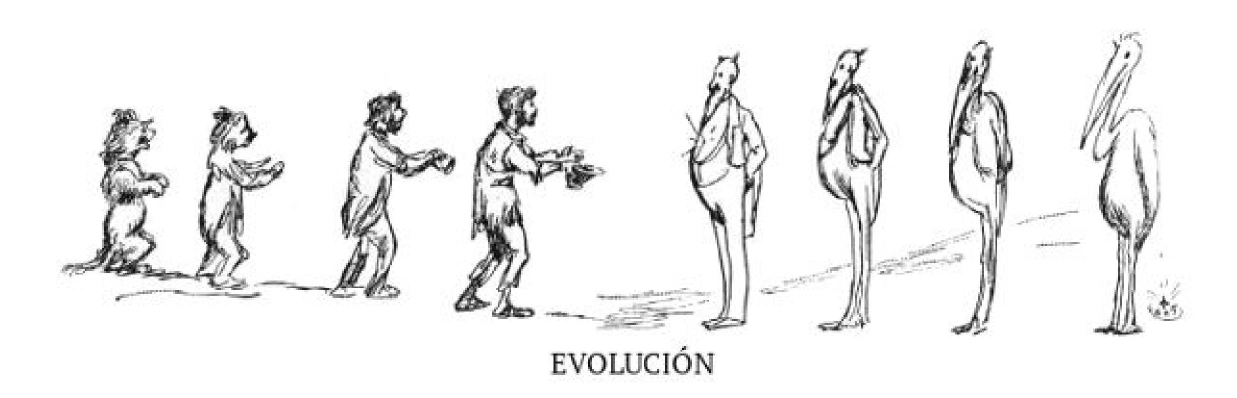
Todo junto le costará treinta y dos centavos, por lo que tendrá que trabajar treinta y dos días para ganarlos, o lo que es lo mismo, cinco semanas y dos días. Ahora bien, si trabaja en mi tierra los mismos días cobrando la mitad de ese salario pagará por los mismos artículos un poco menos de catorce centavos y medio, que habrá ganado en poco menos de veintinueve días y aún le sobrará el salario de una semana. De seguir así, cada dos meses le quedaría libre el sueldo de una semana, mientras que a un trabajador de aquí no le sobraría nada. Al cabo del año el hombre de mi tierra dispondría del sueldo de cinco o seis semanas mientras que a vuestro hombre no le quedaría libre ni un centavo. Habréis comprendido ahora que «salarios altos» o «salarios bajos» son frases que carecen de significado hasta que no se demuestra con cuál de ellos se puede adquirir un mayor número de cosas.

Había sido un planteamiento demoledor.

Pero, caray, no demolió nada. Decididamente, tenía que darme por vencido. Lo que a esta gente le importaba eran los «salarios altos». Que con ellos se pudiesen comprar cosas o no, parecía ser irrelevante. Ellos defendían a toda costa el «proteccionismo», lo cual no era de extrañar ya que los grupos que tenían interés en que las cosas siguieran igual les habían engañado inculcándoles la falsa idea de que era el «proteccionismo» lo que generaba sus elevados salarios. Les demostré cómo en un cuarto de siglo sus sueldos no habían aumentado más de un treinta por ciento mientras que el coste de la vida había subido un ciento por ciento. En nuestra tierra, en un período de tiempo más corto, los sueldos habían subido un cuarenta por ciento pero el coste de la vida había ido disminuyendo de forma constante. Tampoco esto dio resultado. No había modo de desbancar sus extrañas creencias.

Me invadía un irritante sentimiento de derrota. Derrota inmerecida, pero ¿qué importaba? No por ello escocía menos. ¡Y pensar en las circunstancias! El primer estadista de la época, el hombre mejor capacitado, el mejor

informado del mundo, la más excelsa cabeza sin corona que se hubiese abierto paso entre las nubes del firmamento político durante siglos, parecía haber sido derrotado por los argumentos de un ignorante herrero del campo. Y para colmo a los demás parecía darles lástima, lo cual me causaba tanta vergüenza que me ardían hasta las orejas. Poneos en mi lugar y decidme si, en caso de sentiros tan miserables y avergonzados como yo me sentía, no le hubierais dado un buen golpe adonde duele para desquitaros. Pues sí que lo haríais, porque así es la naturaleza humana. Eso es ni más ni menos lo que hice. Y no es que trate de justificarme. Lo que afirmo es sencillamente que estaba furioso y que en mi lugar cualquiera hubiese hecho lo mismo.


EVOLUCIÓN

Pues bien, cuando me decido a golpear a alguien no me ando con pamplinas, ese no es mi estilo; cuando me decido, lo hago como es debido. No me abalanzo sobre él arriesgándome a echarlo todo a perder con una chapuza, ni hablar, me hago a un lado y lo voy trabajando poco a poco sin que sospeche lo que se le viene encima, y de repente ataco como un rayo y lo dejo tendido en el suelo sin que tenga ni la más remota idea de cómo ha ocurrido. Así es como pensaba pillar al hermano Dowley. Empecé a charlar como quien no quiere la cosa, como si estuviese hablando por pasar el tiempo. Ni el hombre más sabio del mundo hubiera podido adivinar por qué elegía un punto de partida tal, y hasta dónde pretendía llegar.

—Pues sí, muchachos, hay muchas cosas curiosas acerca de la ley, de la tradición y la costumbre cuando uno se detiene a pensarlo, y también en cuanto al rumbo, progreso y movimiento que toma la opinión pública. Existen leyes escritas que acaban por caer en desuso, pero hay otra clase de leyes no escritas que nunca pierden vigencia. Tomemos por ejemplo la ley no escrita que regula los salarios; esta dice que tienen que aumentar poco a poco a través de los siglos. No hay más que ver cómo funciona. Nosotros conocemos cuáles son los sueldos de aquí, de allí y del otro lado; sacamos un promedio y entonces podemos afirmar que ese es el sueldo de hoy en día. Sabemos

también cuáles eran los sueldos de hace cien y de hace doscientos años. Nuestro conocimiento solo llega hasta allí, pero ello es suficiente para hacernos una idea de cuáles son las leyes, medida y proporción de los aumentos periódicos; de esta forma, y sin la ayuda de documentos escritos podemos llegar a determinar con bastante fidelidad cuáles eran los sueldos hace quinientos años. Hasta ahora todo va bien. ¿Nos detenemos aquí? Pues no. Dejamos de mirar hacia atrás, damos media vuelta y aplicamos la misma ley al futuro. Amigos míos, yo puedo deciros cuáles serán los sueldos de la gente en cualquier fecha futura durante siglos y siglos.

—¡Decidnos, buen hombre, decidnos!

—Está bien. Dentro de setecientos años los sueldos serán seis veces más altos que ahora, aquí, en vuestra región; los mozos de labranza cobrarán tres centavos al día y los mecánicos cobrarán seis.

—¡Ojalá pudiese morir ahora y vivir entonces! —interrumpió Smug, el albañil, con el destello de la avaricia brillándole en los ojos.

—Pero eso no es todo; también se les facilitará el hospedaje, y no creáis que por ello van a reventar. Ahora bien, dentro de doscientos cincuenta años, y prestad atención, el sueldo de un mecánico, y esto es verídico, no son suposiciones, ¡será de veinte centavos al día!

Se oyeron las respiraciones entrecortadas por el asombro. Dickson, el carretero, murmuró alzando ojos y manos:

—¡El salario de más de tres semanas por un solo día de trabajo!

—¡Riqueza, eso es auténtica riqueza! —farfulló Marco, con la voz sofocada por la excitación.

—Los salarios irán en aumento poco a poco, poco a poco, pero con la misma constancia con que crece un árbol y en unos trescientos cuarenta años existirá al menos un país en el que el sueldo medio de un mecánico será de doscientos centavos diarios.

¡Esto los dejó mudos! No pudieron respirar durante los dos minutos siguientes. Entonces el carbonero dijo con tono anhelante:

—¡Dios quiera que viva para verlo!

—¡Pero si son los honorarios de un conde! —dijo Smug.

—¿De un conde dices? —dijo Dowley—. Puedes apuntar aún más alto sin miedo a mentir. No hay un solo conde en todo el reino de Bagdemagus cuyos honorarios sean esos. ¿Honorarios de un conde? ¡Son los honorarios de un ángel!

—Pues bien, eso es lo que sucederá en cuanto a salarios se refiere. En aquellos lejanos días, un hombre ganará en una sola semana lo necesario para

pagar esa larga lista de artículos que ahora os supone cinco semanas de trabajo. Y ocurrirán otras muchas cosas curiosas. Hermano Dowley, ¿quién determina cada primavera cuál será el sueldo que ese año habrá de recibir un mecánico, un peón o un sirviente?

—Unas veces son los tribunales, otras los ayuntamientos, pero casi siempre son los jueces. En términos generales puede decirse que es el juez quien fija las leyes.

—Pero casi seguro que nunca se le ocurre pedirles ayuda a esos pobres diablos a la hora de fijar sus sueldos, ¿verdad?

—¡Pues sí que estaríamos buenos! Comprenderás que es al amo a quien le concierne el asunto, pues es él quien paga.

—Sí, pero tengo la impresión de que el trabajador también tiene algo que decir sobre este asunto; incluso su mujer y sus niños, pobres criaturas. Los amos suelen ser los nobles, los ricos en general, aquellos a quienes les van bien las cosas. Y son estos pocos que no trabajan los que determinan los salarios de ese vasto enjambre de trabajadores. ¿No te das cuenta? Es como una «confabulación», un sindicato, por acuñar una nueva palabra, que se alían entre sí para obligar a su hermano de humilde condición a aceptar lo que ellos deciden ofrecer. Dentro de trescientos años, así lo estipulan las leyes no escritas, la «confabulación» se formará en el otro bando, y serán los descendientes de los amos quienes echen pestes, rabien y rechinen sus dientes contra la insolente tiranía de los nuevos sindicatos. Y por supuesto que los jueces seguirán fijando tranquilamente los salarios hasta el siglo XIX, pero entonces, de repente, el asalariado llegará a la conclusión de que con dos mil años de unilateralidad ha tenido suficiente, se rebelará y hará valer su opinión a la hora de fijar su sueldo. ¡Ah, y se encargará de ajustar las cuentas por la larga serie de injurias y humillaciones sufridas!

—¿Creéis de verdad que…?

—¿Que se tendrá en cuenta su opinión a la hora de fijar su sueldo? Sí, claro que sí. Para entonces él estará totalmente capacitado.

—En verdad que serán unos tiempos increíbles —comentó despectivamente el próspero herrero.

—Ah, y se me olvidaba otro detalle. En esa época el amo podrá solicitar los servicios de una persona por un solo día, una semana o un mes si así lo desea.

—¿Qué?

—Así es. Y lo que es más, el juez no podrá obligar a un hombre a trabajar para un determinado amo un año entero, seguido, en contra de su voluntad.

—¿Pero es que no habrá ley ni sentido común en ese entonces?

—Habrá ambas cosas, Dowley. En ese día un hombre será dueño de sí mismo; no pertenecerá ni al amo ni al juez. ¡Y será libre de abandonar una ciudad cuando le apetezca si los salarios no le convencen! Y nadie podrá ponerle por ello en la picota.

—¡Que la perdición se apodere de época semejante! —espetó Dowley lleno de indignación—. ¡Época de perros, desprovista de reverencia hacia los superiores y respeto a la autoridad! La picota…

—Un momento, hermano, deja de alabar tanto a esa institución. A mi juicio, la picota debería ser abolida.

—¡Qué idea tan extraña! ¿Por qué?

—Pues te diré por qué. ¿Se ha llevado alguna vez a la picota a un hombre por un crimen capital?

—No.

—¿Es a tu juicio justo condenar a un hombre que ha cometido una pequeña ofensa a un pequeño castigo y luego matarle?

No hubo respuesta. Me había anotado mi primer punto. Era la primera vez que el herrero no conseguía responder inmediatamente. También los otros se dieron cuenta de ello. Había causado un buen efecto.

—No me has contestado, hermano. Hace tan solo un segundo ensalzabas la picota y te apenaba que fuese a caer en desuso en épocas futuras. Soy de la opinión de que debiera ser abolida. ¿Qué es lo que suele ocurrirle a un desgraciado que es conducido a la picota por haber cometido cualquier pequeña ofensa? Que la muchedumbre intenta divertirse a costa suya, ¿no es así?

—Así es.

—Comienzan por arrojarle terrones, y se mueren de risa al ver cómo en cuanto consigue librarse de uno es alcanzado por otro, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces es cuando le arrojan gatos muertos, ¿no es así?

—Sí.

—Bien, imaginemos que entre la turba tiene un par de enemigos personales y algún hombre o mujer que le guarde rencor; o que no goza de demasiada popularidad entre la comunidad, bien sea por su orgullo, su riqueza o cualquier otro motivo. En ese caso piedras y ladrillos reemplazan rápidamente a los terrones y a los gatos, ¿es así o no?

—Sin lugar a dudas.

—Y por regla general, suele acabar lisiado de por vida, ¿no?… Mandíbulas partidas, dientes rotos, piernas mutiladas que han de ser amputadas a toda prisa a causa de la gangrena, un ojo menos o quizá los dos.

—Es cierto. Bien sabe Dios que lo es.

—Y, si además no es demasiado popular, puede estar seguro de morir allí mismo, ¿no es así?

—¡Por supuesto que sí! Eso no se puede negar.

—Vamos a suponer que alguno de vosotros no es muy popular, a causa de su orgullo, de su insolencia, de su notable riqueza o cualquier otro motivo de los que suelen provocar la envidia y la malicia entre la escoria de un pueblo. ¿No correríais un gran riesgo en caso de tener que pasar por la picota?

Dowley retrocedió visiblemente. Esta vez mi impacto había sido certero, aunque no dijo nada que lo pudiese delatar, pero los demás emitieron juicios llanos y cargados de sentimiento. Afirmaron conocer bien lo que ocurría en esos casos como para saber cuáles eran los riesgos. Llegados a ese caso, tratarían de lograr un arreglo para ser ahorcados rápidamente.

—Bien, cambiemos de tema puesto que creo haber dejado claro mi punto de vista acerca de la abolición de la picota. Creo también que algunas de nuestras leyes son bastante injustas. Pongamos por caso que yo hiciese algo por lo que se me pudiese condenar a la picota, y vosotros lo supieseis pero no me denunciaseis. Seríais vosotros los castigados allí si alguien os delatase.

—Ah, pero eso sería lo justo —dijo Dowley—, ya que es nuestro deber el de informar. Así lo manda la ley.

Los demás estaban de acuerdo.

—Está bien, prosigamos ya que no me dais la razón. Pero hay algo que no es justo de ninguna manera. El juez estipula, por ejemplo, que los honorarios de un mecánico han de ser de un centavo diario. La ley dice que si un amo se atreve a pagar una cantidad superior a aquella, incluso por un solo día, independientemente de la necesidad o presión a que se viese sometido, será multado y castigado con la picota; y la misma suerte correrán aquellos que estando en conocimiento del delito no lo denuncien. Ahora bien, me parece terriblemente injusto, Dowley, y un tremendo peligro para todos nosotros, que porque hace apenas unos minutos hayas confesado por descuido que durante una semana estuviste pagando un centavo y quince…

¡Oh, esto sí que los dejó helados! Teníais que haber visto cómo se desmoronaron todos. Había estado trabajándome al sonriente y complaciente Dowley de una forma tan sutil que no había sospechado nada hasta que le di el golpe maestro y lo dejé fuera de combate.

Un gran efecto. De hecho nunca en mi vida había conseguido resultados tan sorprendentes en tan poco tiempo.

De cualquier manera, en seguida me di cuenta de que me había pasado un poco de rosca. Yo pretendía asustarlos, pero no darles un susto de muerte, que es lo que había conseguido. Veréis, se habían pasado la vida aprendiendo a apreciar las ventajas de la picota, pero de ahí a darse de narices con ella, solamente porque yo, un forastero, podría decidirme a denunciar los hechos, en fin, era algo tan terrible que no parecían capaces de recuperarse del susto y recobrar la compostura. Se habían quedado pálidos, temblorosos, mudos, lastimosos. No tenían mejor aspecto que un grupo de cadáveres. Resultaba bastante desagradable. Yo había confiado en que me rogarían que guardase silencio, con lo que nos daríamos un apretón de manos, nos serviríamos una ronda, reiríamos de lo ocurrido y punto final. Pero no fue así; lo cierto es que yo era un desconocido entre unas gentes cruelmente oprimidas y desconfiadas, gentes que estaban acostumbradas a que los demás se aprovechasen de su debilidad y que solo esperaban ser bien tratados por sus familiares y amigos íntimos. ¿Suplicar que fuese amable, justo y generoso? Claro que lo estaban deseando, pero sencillamente no se atrevían.

34
El yanqui y el rey vendidos como esclavos

Bueno, ¿y ahora qué podía hacer? Sobre todo no debía apresurarme. Tenía que ganar tiempo; distraerme con algo mientras se aclaraban mis pensamientos y mientras aquella pobre gente volvía a la vida. Allí estaba Marco, convertido en piedra en el acto de examinar el funcionamiento de la pistola de aire comprimido, petrificado en la postura que guardaba en el instante preciso en que había caído mi mazo mecánico, el juguete todavía asido entre sus dedos inconscientes. Lo cogí entonces y me ofrecí para explicar su misterio. ¡Misterio! Una cosa tan sencilla, y sin embargo era un verdadero misterio para aquella gente y aquella época.

Nunca en mi vida había visto gente tan torpe manejando la maquinaria. Claro; no tenían ninguna experiencia al respecto. La pistola de aire comprimido era un pequeño tubo de vidrio endurecido, con un cañón doble, dotado de un resorte diminuto que, sometido a una presión, dejaba escapar un disparo. Pero el proyectil no podía hacer daño a nadie; caía dócilmente en la mano de quien disparaba. La pistola tenía proyectiles de dos tamaños, el minisemilla de mostaza, y otro que era varias veces más grande. Se utilizaban como dinero: el semilla de mostaza representaba los milréis, y el proyectil mayor, los décimos de centavo. Así que la pistola era un monedero, y por cierto muy conveniente; podías efectuar pagos en la oscuridad, sin temor a equivocarte; y podías llevarla en la boca, o en el bolsillo de tu chaleco, si es que tenías uno. Yo había dispuesto que se fabricaran pistolas de distintos tamaños, incluyendo una enorme que podía dar cabida al equivalente de un dólar. Utilizar proyectiles como dinero era ventajoso para el gobierno; el metal no nos costaba nada, y las unidades monetarias no podían ser falsificadas, pues yo era la única persona en el reino que sabía poner en funcionamiento la máquina para acuñar. La expresión «pagar los disparos» pronto se convirtió en una frase de uso corriente[1]. Sí, y yo sabía que continuaría en circulación en el siglo XIX, sin que nadie sospechase cómo y cuándo se había originado.

El rey se reunió entonces con nosotros, enormemente recuperado después de la siesta, y en un estado de ánimo excelente. Yo estaba inquieto; sabía que

nuestras vidas corrían peligro y cualquier cosa me ponía nervioso, así que no es de extrañar que me sintiese muy preocupado al notar en el semblante del rey una expresión de complacencia que bien podía indicar que se había estado preparando para alguna de sus dichosas actuaciones. ¡Maldición! ¿Por qué tenía que elegir precisamente un momento como este?

No me equivocaba. Sin perder tiempo, y de la manera más incauta, transparente e inepta, comenzó a guiar la conversación hacia el tema de la Agricultura. Sentí que un sudor frío me cubría todo el cuerpo. Hubiese querido susurrarle al oído: «¡Hombre, pero si estamos en un peligro espantoso! Hasta que no recobremos la confianza de esta gente, cada instante vale tanto como un principado. No se pueden desperdiciar segundos tan preciosos». Pero obviamente no podía hacerlo. ¿Susurrarle al oído? Parecería que estábamos fraguando una conspiración. No tuve más remedio que permanecer en silencio, aparentando gran calma y placidez, mientras el rey continuaba removiendo aquella mina de dinamita y diciendo sus consabidos disparates sobre sus condenadas cebollas y demás cosas. Al principio, el tumulto de mis propios pensamientos y la multitud de señales de peligro que se arremolinaban en todos los puntos de mi cerebro crearon una tal confusión de aclamaciones, pífanos y tambores que no lograba captar una sola palabra, pero después de un momento, cuando la muchedumbre de pensamientos comenzó a cristalizarse y a tomar la posición adecuada y formar en línea de combate, sobrevino una especie de orden y silencio, que me permitió distinguir el fragor de la artillería del rey, como si me llegase desde una gran distancia:

—… no sería lo más apropiado, paréceme, si bien no se puede negar que las autoridades discrepan en lo referente a este punto, y mientras algunos postulan que la cebolla no es más que un fruto insalubre cuando se desgaja del árbol prematuramente…

La audiencia volvió a dar señales de vida, intercambiando miradas de sorpresa y turbación.

—… otros afirman, sin que les falte razón, que no es este el caso necesariamente, y citan como ejemplo las ciruelas y otros cereales, que siempre son desenterrados antes de su maduración…

Ahora la audiencia daba muestras de desconcierto; sí, y también de temor.

—… y no obstante son patentemente saludables, sobre todo si se atenúa su natural aspereza mezclándoles el jugo tranquilizante de una col díscola…

Una luz de terror desenfrenado comenzó a brillar en los ojos de aquellos hombres, y uno de ellos musitó:

—Errores. Ha errado en todo lo que ha dicho. Sin duda Dios ha devastado la mente de este agricultor.

Yo sentía una ansiedad extrema; como si estuviese sentado sobre espinas.

—… citando además la reconocida verdad de que, en el caso de los animales, el joven, que bien podría definirse como el fruto verde de la criatura, es superior en calidad, ya que todos admiten que, cuando una cabra está madura, su pelambre se calienta y le salen llagas en toda la piel, defecto que, considerado conjuntamente con sus múltiples costumbres rancias, sus apetitos serviles, sus actitudes mentales impías, y el carácter bilioso de sus costumbres…

Se levantaron y se abalanzaron sobre nosotros, gritando con fiereza:

—¡Uno se propone denunciarnos y el otro está loco! ¡Matémoslos! ¡Matémoslos!

¡Qué gozo inflamó los ojos del rey!

Podría ser incompetente en agricultura, pero este tipo de acciones era el pan suyo de cada día. Y después de tanto tiempo de ayuno estaba ansioso de una buena pelea. Le propinó al herrero un directo a la mandíbula que lo levantó del suelo y lo dejó tendido cuan largo era.

—¡Que San Jorge salve a Inglaterra! —gritó el rey, derribando al carretero.

El albañil era un hombre macizo, pero lo eché por tierra como si nada. Los tres se pusieron en pie, arremetieron de nuevo, y de nuevo fueron a dar al suelo; cargaron una vez más. Y otra. Y así siguieron intentándolo, con típica obstinación británica, hasta quedar exhaustos, molidos a golpes, y tan obnubilados que apenas podían distinguir nuestros bultos en el espacio, y sin embargo seguían insistiendo, dando golpes con las pocas fuerzas que les quedaban. Es decir, dándose golpes entre ellos, porque nosotros nos hicimos a un lado para contemplar el espectáculo que ofrecían revolcándose por el suelo, luchando, braceando, forcejeando, mordiéndose, con la aplicación decidida y silenciosa con que unos mastines se enfrentarían entre sí. Mirábamos sin ningún recelo, pues rápidamente estaban quedando reducidos a una tal condición de endeblez que ni siquiera serían capaces de ir a buscar ayuda, y el ruedo estaba lo suficientemente apartado del camino para que no alcanzase a vernos ningún viandante.



Bueno, mientras los tres quemaban sus últimos cartuchos, se me ocurrió preguntarme qué habría sido de Marco. Miré a mi alrededor, pero no lo encontré. ¡Sin duda un mal presagio! Tiré al rey de la manga y alejándonos de allí nos deslizamos hacia la cabaña. Ni rastro de Marco. Tampoco de Phyllis. Seguramente habían salido al camino a pedir ayuda. Le dije al rey que teníamos que salir pitando y que ya le explicaría más adelante. Atravesamos velozmente el campo abierto y, cuando ya alcanzábamos el refugio del bosque, miré hacia atrás y vi a una enfurecida turba de campesinos, encabezada por Marco y su esposa. Hacían un ruido atronador, pero el ruido no hace daño a nadie; el bosque era espeso, y en cuanto nos hubiésemos adentrado un buen tramo, subiríamos a un árbol y desde allí los veríamos pasar como una exhalación. Ay, pero en ese momento llegó hasta nosotros un sonido diferente… ¡perros! Bueno, eso ya era otro cantar, y aumentaba la dificultad de nuestra empresa. Teníamos que encontrar un arroyo para despistar a los perros.

Continuamos avanzando a buen paso y pronto los sonidos se hicieron más y más distantes, hasta convertirse en un murmullo. Encontramos un arroyo y nos precipitamos en él. Seguimos la corriente unos trescientos metros, alumbrados por la tenue luz que dejaba pasar el bosque, hasta dar con un roble que desde la orilla opuesta proyectaba sobre el agua una gruesa rama. Subimos a la rama y empezamos a aproximarnos al tronco del árbol. En ese punto ya se escuchaban con mayor claridad los sonidos que habíamos dejado atrás, lo cual indicaba que la turba había encontrado nuestro rastro. Por un momento los sonidos se acercaron raudamente. Luego dejaron de acercarse. Sin duda los perros habían encontrado el sitio por donde habíamos entrado al arroyo, y ahora bailoteaban corriente arriba y corriente abajo tratando de recuperar la pista.

Cuando nos encontrábamos confortablemente instalados en el árbol, y ocultos por el follaje, el rey se dio por satisfecho; yo, sin embargo, seguía teniendo ciertas dudas. Juzgué que si nos arrastrábamos por una de las ramas, podríamos alcanzar el árbol vecino, y que valía la pena intentarlo. Lo intentamos, y nuestra empresa fue coronada por el éxito, aunque al llegar al empalme el rey se resbaló y estuvo a punto de caer al suelo. De nuevo nos acomodamos muy a gusto, convenientemente ocultos, y, no teniendo nada más que hacer, nos dedicamos a escuchar el ruido que hacía el grupo que pretendía darnos caza.

Después de un rato oímos que se acercaban, que se acercaban aceleradamente, y que además lo hacían desde ambas orillas del arroyo. El

ruido crecía y crecía, y en cuestión de minutos se convirtió en un estrépito de gritos, ladridos y pisadas que con la fuerza de un ciclón pasó junto a nosotros y siguió de largo.

—Estaba casi seguro de que sospecharían algo al ver la rama que cuelga sobre el arroyo —dije—, pero esta vez no lamento haberme equivocado. Vamos, majestad, sería aconsejable aprovechar bien el tiempo. Los hemos despistado. Pronto la oscuridad será completa. Si cruzáramos el arroyo y les tomásemos una buena ventaja, y luego cogiéramos prestados un par de caballos por unas cuantas horas, lograríamos un buen margen de seguridad.

Comenzamos a descender y ya llegábamos a la rama más baja, cuando nos pareció distinguir que regresaban los cazadores. Nos detuvimos a escuchar.

—Sí —dije—, se encuentran desconcertados y han desistido, de modo que regresan a casa. Volveremos a subir a nuestro gallinero y los veremos pasar desde allí.

De nuevo trepamos hasta lo alto. El rey escuchó cuidadosamente durante un momento y afirmó:

—Aún nos buscan, reconozco la señal. Hemos hecho bien en permanecer aquí.

No se equivocaba. Sus conocimientos sobre la caza eran bastante más amplios que los míos. El ruido se aproximaba ineluctablemente, pero esta vez sin prisas. Dijo el rey:

—Habrán deducido que, como la ventaja que les llevábamos en un principio no era excesiva y estamos a pie, no podemos encontrarnos muy lejos del lugar por donde entramos al agua.

—Sí, Majestad, me temo que es así, aunque yo esperaba que tuviésemos más suerte.

El ruido se hacía más y más cercano, y pronto la vanguardia se encontró debajo de nosotros. Alguien dio la voz de alto desde la otra orilla y aventuró:

—De haberlo deseado, habrían podido llegar hasta aquel árbol, valiéndose de esa rama que sobresale, y sin necesidad de tocar el suelo. Haríamos bien en enviar un hombre a comprobarlo.

—¡Así lo haremos, pardiez!

No pude menos de admirar mi astucia al anticipar que ocurriría exactamente esto y al haber efectuado un cambio de árboles para tratar de evitarlo. Pero ¿no es bien sabido que hay cosas que pueden derrotar la astucia y la previsión? La torpeza y la estupidez, por ejemplo. El mejor espadachín del mundo no debe tener miedo del segundo mejor espadachín; no, a quien debe temer es a algún adversario ignorante que nunca antes ha tenido una

espada entre sus manos, precisamente porque no actúa como debería hacerlo, y entonces el experto no está preparado contra él. Y al actuar como no debería, con frecuencia sorprende inadvertido al experto, y le pone fuera de combate en un dos por tres. Pues bien, ¿cómo hubiese podido yo, con todas mis dotes, prepararme adecuadamente contra un mamarracho estúpido, miope y bizco, que al intentar llegar al árbol equivocado se dirigiría al correcto? Y eso fue justamente lo que hizo. Por equivocación se encaminó a un árbol diferente al que le habían indicado, que por supuesto era aquel en el que nos hallábamos, y comenzó a trepar.

Las cosas se estaban poniendo serias. Nos quedamos inmóviles, esperando el rumbo que tomaban los acontecimientos. El campesino trepaba con dificultad por el tronco del árbol. El rey se puso de pie, y quedó a la espera con una pierna lista, y cuando la cabeza del recién llegado estuvo a su alcance, le atizó un sonoro puntapié que envió al sujeto al suelo dando trompicones. Abajo se produjo una violenta explosión de cólera, y la turba se amontonó alrededor del árbol, cercándonos por completo. Comenzó a trepar otro hombre; la rama que nos había servido de puente fue descubierta, y un voluntario se encaramó al árbol correspondiente. El rey me ordenó que hiciese el papel de Horacio y defendiese el puente[2]. Durante un rato las cargas del enemigo fueron densas y rápidas, pero de nada sirvieron, el resultado era siempre el mismo, pues, en cuanto se ponía a mi alcance, el que viniese a la cabeza recibía una bofetada que lo enviaba por tierra trastrabillando. Los ánimos del rey seguían en aumento, y su entusiasmo no tenía límites. Afirmaba que si no ocurría nada que echase a perder la situación existente, tendríamos una noche estupenda, pues siguiendo la táctica que empleábamos, podríamos defender el árbol de un ataque de la comarca entera si fuese necesario.

Por desgracia, la turba llegó pronto a la misma conclusión, y en ese punto suspendieron el asalto y comenzaron a discutir otros planes. No contaban con armas, pero podían hacerse con una buena provisión de piedras, y las piedras podrían resultar eficaces. No teníamos dónde resguardarnos. Era posible que una piedra nos alcanzara de vez en cuando, aunque no era muy probable. Estábamos bien protegidos por las ramas y el follaje, y no éramos visibles desde ningún punto desde el cual pudiesen apuntarnos certeramente. Y con que perdiesen media hora arrojándonos piedras sería suficiente, pues la oscuridad vendría en nuestro auxilio. Nos sentíamos tranquilos y a gusto; empezábamos a sonreír, y por poco nos echamos a reír.

Pero no nos reímos, y fue mejor no hacerlo, ya que habríamos sido interrumpidos. Llevábamos apenas quince minutos viendo cómo las piedras pasaban silbando por entre las hojas o rebotaban contra las ramas, cuando notamos un olor que llegaba hasta nosotros. Bastó con olfatear un par de veces para encontrar una explicación contundente: ¡Humo! Finalmente la suerte nos abandonaba. No había vuelta de hoja. Cuando el humo te invita a descender, no te puedes negar. Nuestros perseguidores seguían amontonando hojarasca y maleza al pie del árbol y, cuando vieron que una densa nube de humo ascendía hasta cubrir todo el árbol, prorrumpieron en una tormentosa ovación. Conseguí reunir el aliento necesario para decir:

—Proceded, majestad. Vos primero para no faltar a la etiqueta.

El rey se las arregló para decir con voz entrecortada por el sofoco:

—Seguidme, y al llegar abajo tomad posesión de un lado del tronco y dejadme el otro. Entonces daremos comienzo al combate. Y que cada uno amontone sus muertos según sus costumbres y preferencias.

Y comenzó a descender, gruñendo y tosiendo, seguido de cerca por este servidor. Toqué tierra un instante después de que lo hiciese él; nos apresuramos hacia nuestros sitios designados, y comenzamos a dar y recibir golpes con todo vigor. La barahúnda y el estrépito eran fenomenales; una verdadera tempestad de alaridos, golpes y caídas. De repente un hombre a caballo se abrió paso hasta quedar en medio de la multitud, y gritó:

—Deteneos, o sois hombres muertos.

¡Qué bien sonó aquello! El dueño de la voz poseía todas las marcas distintivas del caballero: vestimentas pintorescas y costosas, aspecto autoritario, semblante severo, y los rasgos marcados por una vida disipada. La turba retrocedió humildemente, como perrillos mansos. El caballero nos examinó con ojo crítico y acto seguido increpó a los campesinos:

—¿Pero qué estáis haciendo a esta gente?

—Son unos locos, venerable señor, que han aparecido no se sabe de dónde y…

—¿Que no sabéis de dónde? ¿Pretendéis afirmar que no los conocéis?

—Muy honorable señor, solamente decimos la verdad. Son forasteros y nadie de la región los conoce. Y son los locos más violentos y sanguinarios que jamás…

—Callad. No sabéis lo que decís. No están locos. ¿Quiénes sois? ¿Y de dónde venís? Exijo una explicación.

—Solo somos dos forasteros pacíficos —respondí—, y nos encontramos en un viaje de negocios. Procedemos de un país lejano, y de ninguno somos

conocidos aquí. No pretendíamos hacer daño a nadie, y sin embargo, de no haber sido por vuestra valiente interferencia y protección, esta gente nos hubiese dado muerte. Como ya habéis columbrado, señor, no estamos locos. Tampoco somos violentos ni sanguinarios.

El caballero se volvió hacia su séquito y dijo con voz calma:

—Devolved a estos animales a sus perreras a punta de látigo.

En un instante se desvaneció la turba, y tras ellos se abalanzaron los jinetes, fustigándolos con los látigos y atropellando despiadadamente a quienes habían tenido la torpeza de huir por el camino en lugar de adentrarse en la espesura. Poco después los quejidos y las súplicas se perdieron en la distancia, y pronto comenzaron a regresar los jinetes. Entretanto el caballero nos había estado interrogando más detenidamente, aunque sin conseguir sonsacarnos los detalles. No escatimábamos agradecimientos por el servicio que nos había prestado, pero solamente le revelamos que éramos forasteros sin amigos procedentes de un lejano país. Cuando todos los miembros de su escolta hubieron regresado, el caballero ordenó a uno de sus sirvientes:

—Traed los caballos de la avanzada y montad a esta gente.

—Sí, milord.

Nos colocaron cerca de la retaguardia, entre los sirvientes. Viajamos a buen ritmo y nos detuvimos poco después del anochecer en una posada al lado del camino, a unos quince o veinte kilómetros del escenario de nuestras dificultades. Milord ordenó su cena, se retiró inmediatamente a su aposento y ya no volvimos a verle. Al amanecer tomamos el desayuno y nos dispusimos a partir.

En ese momento el ayudante principal del caballero se acercó perezosamente y dijo con gracia indolente:

—Habéis dicho que seguiríais este camino, y nosotros llevamos la misma dirección, por lo cual mi señor, el conde Grip, ha dado instrucciones de que conservéis los caballos y cabalguéis en ellos, y que algunos de nosotros cabalguemos a vuestra vera una treintena de kilómetros hasta llegar a una bella ciudad que lleva por nombre Cambenet, donde os hallaréis fuera de peligro.

No pudimos menos de expresar nuestro agradecimiento y aceptar la oferta. Cubrimos el trayecto a trote corto, un paso moderado y agradable. En nuestro grupo éramos seis y, charlando con aquella gente, nos enteramos de que milord Grip era un gran personaje en su propia región, que se encontraba a una jornada más allá de Cambenet. Nuestro paso era tan holgado, que solo mediada la tarde llegamos a la plaza del mercado de la ciudad.

Descabalgamos, encomendamos de nuevo a nuestros acompañantes que transmitiesen nuestro más sincero agradecimiento a milord, y nos acercamos a una multitud reunida en el centro de la plaza para investigar cuál era el motivo de su interés. Eran los restos de aquella desdichada caravana de esclavos con que nos habíamos topado antes. Así que durante todo el largo y penoso tiempo habían estado arrastrando sus cadenas. Aquel pobre esposo ya no formaba parte del grupo; faltaban también otros muchos, pero ya habían sido reemplazados por nuevas adquisiciones. El rey no sentía ningún interés, y quería seguir camino, pero yo contemplaba la escena absorto y lleno de lástima. No podía apartar los ojos de aquellos agotados y maltrechos desperdicios humanos. Estaban sentados en el suelo, apiñados, silenciosos, sin quejarse, con las cabezas gachas… Una imagen patética. Y por un odioso contraste, un rimbombante orador se dirigía a un grupo que se encontraba a menos de treinta pasos, alabando abyectamente «las gloriosas libertades de que gozamos en Inglaterra».

La sangre me hervía. Había olvidado que era un plebeyo, y solamente recordaba que era un hombre. Costase lo que costase subiría a la plataforma y…

¡Clic! ¡El rey y yo nos encontramos maniatados con unas mismas esposas! Eran los mismos sirvientes de lord Grip que nos habían acompañado, y en presencia de milord, que observaba atentamente. El rey montó en cólera y espetó:

—¿Qué significa esta desdichada broma?

Milord se limitó a instruir fríamente al jefe de sus maleantes:

—Poned a la venta estos esclavos.

¡*Esclavos*! La palabra tenía una nueva resonancia…, una resonancia indescriptiblemente horrible. El rey levantó sus manos esposadas, y las descargó con una fuerza mortífera; milord ya se había apartado de su trayectoria. Una docena de criados de aquel redomado bribón saltaron sobre nosotros y en un instante nos inmovilizaron, atándonos las manos a la espalda. Proclamamos que éramos hombres libres con gritos tan altos y tan vigorosos, que atrajimos la atención del orador que ensalzaba la libertad, y la de su patriótica audiencia, de modo que se reunieron a nuestro alrededor, adoptando una actitud muy decidida. Dijo entonces el orador:

—Si de veras sois hombres libres, nada debéis temer. Las libertades que Dios ha concedido a Inglaterra os circundan como escudo y refugio. (*Aplausos*). Pronto lo comprobaréis. Enseñad vuestras pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Las pruebas de que sois hombres libres.

Ah… Ahora recordaba. Recobré la lucidez y guardé silencio. Pero el rey exclamó con voz atronadora:

—Desvariáis, insensato. Sería mejor y más razonable que este ladrón y desvergonzado granuja probase que *no somos* hombres libres.

Evidentemente, era una de esas personas que conocen sus propias leyes de la misma forma que la mayoría de la gente conoce las leyes en general: de palabra, no de hecho. Las leyes solo adquieren significado y llegan a ser muy reales cuando llega el momento en que te las aplican a ti mismo.

Los presentes, decepcionados, sacudían la cabeza indicando su desaprobación. Algunos incluso se marchaban, habiendo perdido todo interés. El orador volvió a hablar, y esta vez su tono era firme, sin concesiones sentimentales.

—Si no conocéis las leyes de nuestro país, ya va siendo hora de que las aprendáis. Para nosotros sois un par de desconocidos; eso no lo podéis negar. Es posible que seáis hombres libres, no lo negamos; pero también es posible que seáis esclavos. La ley es clara al respecto: no requiere que el reclamante demuestre que sois esclavos. Exige que vosotros demostréis que no lo sois.

—Querido señor —interrumpí—, concedednos tan solo el tiempo suficiente para enviar a alguien a Astolat o al Valle de la Santidad…

—Callad, buen hombre, pedís cosas extraordinarias, imposibles de conceder. Perderíamos demasiado tiempo y causaríamos a vuestro amo inconvenientes injustificados…

—¿Amo? ¡Idiota! —vociferó el rey—. No tengo ningún amo. Soy yo el a…

—Silencio, por amor de Dios.

A duras penas había alcanzado a hacer callar al rey antes de que fuese demasiado lejos. La situación era ya suficientemente problemática, y nos iba a servir de gran ayuda que aquella gente creyera que éramos dos lunáticos.

No viene al caso relatar minuciosamente los detalles. El conde nos hizo subir a una tarima y fuimos vendidos en subasta. La misma ley infernal había existido en el sur de los Estados Unidos en mis propios tiempos, más de mil trescientos años más tarde, y debido a ella centenares de hombres libres que no conseguían demostrar que lo eran se veían reducidos a una condición de esclavitud perpetua, una circunstancia que, sin embargo, no me había impresionado particularmente. Pero en el momento en que dicha ley y la tarima de subastas pasaron a formar parte de mi experiencia personal, una

situación que antes me había parecido simplemente indebida de repente me parecía monstruosa. Vaya, así es nuestra naturaleza.

Sí, fuimos vendidos en una subasta, como si fuésemos cerdos. En una ciudad grande, con un mercado animado, hubiéramos alcanzado un buen precio, pero esta era una plaza completamente muerta y fuimos vendidos por una suma que me llena de vergüenza cada vez que pienso en ello. El rey de Inglaterra mereció un precio de siete dólares, y su primer ministro nueve, cuando el rey fácilmente podría valer doce, y yo por lo menos quince. Pero así ocurre siempre; en un mercado tan apagado es imposible hacer un buen negocio, sea cual sea la propiedad que tienes a la venta. Si el conde hubiese tenido el suficiente sentido comercial para…

De cualquier manera no voy a compadecerme de él. Dejemos que siga su camino, al menos por el momento. Yo ya tenía sus señas, por así decir.

El traficante de esclavos nos compró a los dos, y nos enganchó a su ya extensa cadena. Pasamos a formar la retaguardia de su procesión. Y me parece inexplicablemente extraño que el rey de Inglaterra y su primer ministro, maniatados y uncidos a una cadena, en la retaguardia de una caravana de esclavos, pudiesen cruzarse en su camino con toda clase de hombres y mujeres y pudiesen ser vistos desde ventanas donde se hallaban apostadas personas amables, personas encantadoras, y que, sin embargo, nadie, ni un solo individuo, hubiese sentido la curiosidad suficiente para volverse a mirarnos o para hacer un comentario. Vaya, vaya, vaya, esto demuestra que a fin de cuentas no existe mayor divinidad en la esencia de un rey que en la de un vagabundo. Si no sabes que se trata de un rey, no ves en él más que una artificialidad hueca y ordinaria. Pero en cuanto te enteras de su condición, ¡por vida mía!, casi te quedas sin aliento de solo mirarle. En suma, somos todos unos tontos. De nacimiento, no cabe duda.




He Was a Man.

35
Un episodio lamentable

El mundo está lleno de sorpresas. Ahora el rey estaba meditando. ¿Pero sobre qué meditaba?, podríais preguntaros. Claro; sobre su asombrosa caída: de la posición más encumbrada del mundo a la más baja, de la condición más ilustre a la más oscura, de la ocupación más grandiosa a la más vil… Pues no, os juro que lo que más le atormentaba no era nada de eso, sino el precio por el que había sido vendido. No conseguía recobrarse de lo de los siete dólares. Bueno, en un primer momento me sentí tan atónito al enterarme de ello que no podía creerlo, no me parecía natural. Pero en cuanto se aclaró mi perspectiva mental y logré enfocar el asunto de forma apropiada, comprendí que me había equivocado, que sí era algo natural. Y la razón es simple: un rey no es más que una creación artificial, de modo que sus sentimientos, como los impulsos de una muñeca automática, son también artificiales; pero como ser humano es una realidad, y sus sentimientos humanos son reales, no artificiales. A un hombre cualquiera le avergüenza que se le valore por debajo de lo que él cree valer; y por supuesto que el rey no estaba por encima de un hombre cualquiera, si es que acaso llegaba a tanto.

Maldición, me repitió hasta la saciedad sus argumentos para demostrarme que en cualquier mercado decente con toda seguridad habría alcanzado una cotización de veinticinco dólares, lo cual era desde luego un desatino, y la más atrevida e implícita de las presunciones. Ni siquiera yo valía tanto. Pero era un tema de discusión delicado, y me vi obligado a eludirlo y a actuar diplomáticamente. Haciendo caso omiso de mis escrúpulos de conciencia, cínicamente aceptaba que hubiese podido ser tasado en veinticinco dólares, cuando sabía muy bien que en toda su historia el mundo no había producido un rey que valiese la mitad de ese dinero, y que en los próximos trece siglos no existiría uno solo que valiese la cuarta parte. Sí, el rey me aburría muchísimo. Si comenzaba a hablar de las cosechas, o del estado del tiempo en los últimos días, de las condiciones políticas, o de perros, gatos, moral o teología, fuese lo que fuese, yo tenía que suspirar hondamente, pues sabía lo que se aproximaba: encontraría la manera de regresar al fatigoso asunto de los siete dólares. Cada vez que nos deteníamos en un sitio donde hubiese un

grupo de gente reunida, me lanzaba una mirada inequívoca que quería decir: «Si nos pusieran de nuevo a la venta ahora, ante esta gente, el resultado sería muy diferente». Lo cierto es que, si al principio me había regocijado secretamente ver que era vendido por siete dólares, al cabo de un tiempo de cargantes y agotadores comentarios sobre el asunto, llegué a desear que hubiera sido tasado en cien. Y no había esperanza de que abandonase el tema, porque cada día, en uno u otro sitio, siempre aparecía algún posible comprador que nos examinaba y al llegar al rey hacía un comentario de este tipo:

—He aquí un tarugo de dos dólares y medio con un estilo de treinta. Lástima que el estilo no sea comerciable.

Al final este tipo de comentarios nos acarreó gran perjuicio. Nuestro amo era una persona práctica y se dio cuenta de que este defecto debía ser enmendado si quería encontrar un comprador para el rey. Así que puso manos a la obra para despojar del estilo a su majestad. Yo hubiese podido darle algunos consejos valiosos, pero no lo hice. A un traficante de esclavos no se le deben brindar consejos de manera voluntaria, a no ser que quieras perjudicar la causa que apoyas. Yo ya había tenido suficientes dificultades para reducir el estilo del rey al estilo de un campesino, a pesar de que entonces era un pupilo aplicado y deseoso de aprender, así que ya podréis imaginaros lo que costaría tratar de reducir el estilo del rey al estilo de un esclavo… ¡y por la fuerza! ¡Voto a tal! ¡Eso sí que sería una empresa majestuosa! No voy a entrar en detalles; bien puedo ahorrarme el trabajo dejándoos la tarea de imaginarlos. Me limitaré a comentar que al cabo de una semana existía evidencia más que suficiente de que el látigo, la porra y el puño habían cumplido su trabajo a conciencia: el cuerpo del rey era un verdadero espectáculo; un espectáculo que arrancaba penosas lágrimas. ¿Pero, y su espíritu? Pues bien, no había cambiado lo más mínimo. Incluso aquel papanatas de traficante de esclavos llegó a comprender que hay esclavos que seguirán siendo hombres hasta la muerte, y que puedes romper sus huesos pero no su hombría. Aquel hombre pudo comprobar el hecho desde el primero hasta el último de sus intentos; bastaba con que tratara de acercarse al rey para que este quisiera echársele encima… y lo hacía. Así que a la postre desistió y dejó que el rey conservara intacto su espíritu. Lo cierto es que el rey era mucho más que un rey, era un hombre. Y a un hombre que lo es verdaderamente no lograrás despojarlo de su hombría.

Las pasamos canutas durante el mes siguiente, recorriendo penosamente la tierra de arriba abajo. ¿Y quién era en aquel entonces el inglés que sentía el

mayor interés por la cuestión de la esclavitud? Su majestad el rey. Sí, de ser el más indiferente de todos, había pasado a ser el más interesado. Y se había convertido en el más encarnizado detractor de esa institución que yo hubiese escuchado jamás. Por tanto, me aventuré a repetir la pregunta que le había hecho años antes y a la cual había respondido de forma tan brusca que desde entonces no había considerado prudente volver a inmiscuirme en el asunto: ¿Aboliría la esclavitud?

Su respuesta fue tan brusca como en aquella ocasión, pero esta vez me sonó a música. No espero escuchar otras palabras más agradables, aunque la expresión soez que profirió no estaba bien, ya que empleó una construcción torpe, colocando el improperio casi en medio, en lugar de hacerlo al final, donde naturalmente debería estar.

Ahora yo estaba dispuesto y deseoso de recobrar la libertad. No hubiese querido hacerlo antes de que llegase este momento. No; no podría afirmar tal cosa. Es decir, lo había querido, pero no había estado dispuesto a correr riesgos desesperados, y siempre había disuadido al rey. Pero ahora… ¡Ah, la situación era muy distinta! Valdría la pena pagar el precio que fuese con tal de obtener la libertad. Tracé un plan de fuga, y en seguida me sentí encantado con él. Requería tiempo y paciencia; sí, mucho tiempo y mucha paciencia. Es posible encontrar maneras más rápidas, y por lo menos igual de seguras, pero ninguna que fuese tan pintoresca como la mía, ninguna que pudiese adquirir tintes tan dramáticos. Así pues, no pensaba abandonarlo. Podría tardar meses, pero no importaba. Lo llevaría a cabo a toda costa.

De vez en cuando nos sucedía alguna aventura. Una noche fuimos sorprendidos por una tormenta de nieve cuando todavía estábamos a más de un kilómetro del pueblo al que nos dirigíamos. La nevada era tan densa que casi de inmediato nos rodeó una pesada cortina de niebla. No se podía ver nada, y muy pronto nos perdimos. El traficante de esclavos, temeroso de la ruina que sobre él se cernía, nos fustigaba desesperadamente con su látigo, pero sus latigazos solo conseguían empeorar las cosas, pues nos alejaban aún más del camino y de cualquier posibilidad de recibir socorro. Finalmente tuvimos que detenernos, y al punto nos desplomamos sobre la nieve. La tormenta continuó un buen rato, y solo cesó alrededor de la medianoche. Para entonces habían muerto dos de los hombres más débiles y tres mujeres, y algunos más ya no podían moverse y estaban a punto de expirar. Nuestro amo estaba casi fuera de sí. Se paseaba entre los supervivientes, y para reavivar la circulación de la sangre nos obligaba a ponernos en pie, a saltar, a darnos palmadas. Él nos ayudaba como mejor podía con el látigo.

En aquel momento ocurrió algo que desvió nuestra atención. Escuchamos gritos y gemidos, y poco después vimos a una mujer que corría, bañada en lágrimas, y que al ver nuestro grupo se arrojó en medio, suplicando protección. Al momento llegó una turba furibunda que la perseguía, algunos de sus integrantes provistos de antorchas. Decían que era una bruja que había causado la muerte de un gran número de vacas por una extraña enfermedad, y que practicaba sus artes malignas valiéndose de un diablo que adoptaba la forma de un gato negro. La pobre mujer había sido apedreada sin piedad y estaba tan magullada y ensangrentada que apenas parecía un ser humano. Ahora la multitud quería quemarla.

Pues bien, ¿qué creéis que hizo nuestro amo? Cuando nos amontonamos alrededor de la pobre criatura para protegerla, vio en ello una buena oportunidad y les dijo:

—Tendréis que quemarla aquí mismo, o de otro modo no os la entregaré.

¡Imaginaos! Y la turba no tenía inconveniente. La amarraron a un poste, trajeron un buen montón de leña, la apilaron a su alrededor, y le prendieron fuego; y así, mientras la desdichada daba alaridos, suplicaba piedad y apretaba contra el pecho a sus dos hijitas, nuestro bruto, que no tenía corazón para otra cosa que no fuesen los negocios, a latigazos nos distribuyó alrededor del poste, de manera que recuperamos el calor de la vida y por ende el valor comercial, con el mismo fuego que segaba la vida inocente de una pobre madre inofensiva. Esto os dará una idea de la clase de amo que teníamos. También tomé sus señas. La tormenta de nieve le había costado nueve cabezas de su rebaño, y durante los días que siguieron se mostró incluso más brutal con nosotros, enfurecido como estaba por sus pérdidas.

Tuvimos aventuras durante todo el viaje. Un día nos encontramos con una procesión. ¡Y qué procesión! Parecía que toda la gentuza del reino se hubiese reunido en ella, y para colmo, todos estaban borrachos. A la cabeza marchaba una carreta en la que había un féretro, y sobre el féretro estaba sentada una joven y bella muchacha de unos dieciocho años que amamantaba a un bebé, al cual apretujaba contra su pecho a cada momento, como en un arrebato de amor, y en seguida se detenía para secarle el rostro, bañado por las lágrimas que ella misma derramaba; la inocente criatura no dejaba de sonreír, feliz y satisfecha, y con su mano regordeta repasaba el seno de la madre, quien a su vez acariciaba la tierna mano y la afirmaba contra su corazón desgarrado.



A ambos lados de la carreta, o detrás de ella, trotaban hombres y mujeres, niños y niñas, silbando, profiriendo a gritos comentarios irreverentes y soeces, cantando trozos de canciones vulgares, saltando, bailando…, un verdadero carnaval de endemoniados, una escena repulsiva. Habíamos alcanzado uno de los suburbios de Londres, más allá de los muros que rodean la ciudad, y el grupo era un ejemplo del tipo de sociedad londinense. Nuestro amo obtuvo para nosotros un buen puesto, cerca de la horca. Un sacerdote esperaba a la joven en el patíbulo, y la ayudó a subir mientras le decía palabras reconfortantes. Hizo que el ayudante del alguacil trajera un taburete para la joven, se colocó a su lado, y por un instante paseó su mirada por la muchedumbre que se arracimaba a sus pies, aguzándola luego para abarcar el sólido pavimento de cabezas que se extendía por todos lados, sin dejar un solo espacio vacío, y comenzó entonces a relatar la historia del caso. Y, cosa extraña en aquella tierra salvaje e ignorante, ¡había en su voz un tono de compasión! Recuerdo los detalles de todo lo que dijo, salvo las palabras que utilizó, de manera que aquí las sustituyo por mis propias palabras:

—La ley tiene como objetivo hacer justicia. A veces comete errores. Es algo inevitable. Si así ocurre, solo podemos afligirnos, resignarnos, y orar por el alma de quien es injustamente golpeado por el brazo de la ley, y esperar que sean pocos los que corran la misma suerte. La ley ha condenado a muerte a esta desventurada joven, y lo ha hecho con razón. Pero otra ley la había forzado a una situación en la cual debía elegir entre cometer su delito o perecer de hambre junto con su criatura. A los ojos de Dios aquella ley es responsable tanto del delito como de su muerte ignominiosa.

»Hace poco tiempo esta joven, esta niña de dieciocho años, era tan feliz como cualquier otra esposa y madre que habite este país; de sus labios brotaban jubilosas canciones, el lenguaje natural de los corazones gozosos e inocentes. Su joven esposo era tan feliz como ella, pues cumplía cabalmente su deber, trabajando en su oficio de sol a sol; ganando su pan honrada y justamente; prosperando; protegiendo y sosteniendo a su familia con el trabajo, y aportando su pequeña contribución a la riqueza de la nación. Pero un día, con el consentimiento de una ley traicionera, cayó sobre aquel sagrado hogar la destrucción instantánea y arrasó con él. Al joven esposo le tendieron una emboscada, fue apresado y enviado a ultramar. La mujer nada supo de ello. Le buscó por todas partes, y con sus lágrimas suplicantes y la desgarrada elocuencia de su desesperación conmovió a los corazones más encallecidos. Las semanas transcurrieron lentas para ella, buscando, esperando, anhelando, mientras su mente naufragaba paulatinamente bajo el peso de su desdicha. Poco a poco tuvo que deshacerse de sus exiguas pertenencias para poder obtener alimentos. Cuando ya no pudo pagar el alquiler, la pusieron en la calle. Mendigó mientras tuvo fuerzas para hacerlo y, cuando ya desfallecía de hambre y su leche se agotaba, robó un retazo de tela de lino por valor de un cuarto de centavo, con la intención de venderlo y así salvar la vida de su hijo. Pero la vio el propietario de la tela. La joven fue encarcelada y llevada a juicio. El hombre confirmó los hechos. Se nombró a una persona que abogara por su causa, la cual relató la triste historia. También a ella se le permitió hablar, y reconoció que había robado la tela, pero explicó que desde hacía un tiempo tenía la mente tan trastornada por las dificultades, que, al sentir el acoso del hambre, todos los actos, fuesen o no un delito, parecían deambular por su cabeza carentes de significado y nada podía saber con seguridad, salvo el hecho de que tenía mucha hambre. Por un momento todos los asistentes al juicio se sintieron conmovidos y dispuestos a actuar misericordiosamente con ella, viendo además que era tan joven y estaba tan desamparada, y que su caso era tan lamentable y que la misma ley que la había desprovisto de su sustento era la única causa de su transgresión; pero el acusador replicó que, aunque todas estas cosas eran verdaderas y ciertamente muy lamentables, el hecho es que en aquellos días ocurrían muchos hurtos pequeños, y que una sentencia misericordiosa en un momento tan inadecuado equivaldría a una amenaza para la propiedad privada. ¡Oh, Dios mío! ¿Será posible que la ley británica no considere propiedad preciosa los hogares arruinados, las criaturas huérfanas y los corazones desgarrados? Pero no, el acusador finalizó diciendo que debía exigir que cayera sobre ella el peso de la ley.

»Cuando el juez se colocó su birrete negro, el propietario de la tela robada se levantó tembloroso, los labios crispados, el color de la tez tan pálido como ceniza y, cuando las terribles palabras fueron pronunciadas, emitió un grito estremecedor: “Ay, pobre criatura, pobre criatura; yo no sabía que sería castigada con la muerte”, y se derrumbó como se derrumba un árbol al ser talado. Cuando lo alzaron del suelo había perdido la razón, y antes del atardecer de ese mismo día se había quitado la vida. Un hombre bondadoso, un hombre que en el fondo tenía un corazón justo. Añadid esa muerte a esta otra que ahora se va a producir aquí, y achacadlas a los verdaderos culpables: a los gobernantes de Inglaterra y a sus crueles leyes. Ha llegado el momento, hija; permíteme que rece una oración junto a ti; no *por* ti, pobre corazón maltratado, ya que eres inocente, sino por ellos, que son culpables de tu ruina y de tu muerte, y necesitan la oración».

Después de la oración colocaron un lazo con nudo corredizo alrededor del cuello de la joven, y tuvieron no pocas dificultades para ajustarlo, pues entretanto ella cubría de besos al pequeño, y lo oprimía contra su cara y su pecho, anegándolo con sus lágrimas, sin dejar de suspirar y gemir al mismo tiempo. La criatura seguía riendo y haciendo gestos de placer y dando gozosos puntapiés, convencido de que todo era un divertido juego. Ni siquiera el verdugo podía soportar la escena, y tuvo que desviar la mirada. Cuando todo estaba dispuesto, el sacerdote se acercó a la madre y comenzó a tirar gentilmente del bebé, forcejeando con la madre, que luchaba por retenerlo, y cuando por fin lo tuvo en sus manos, lo apartó velozmente del alcance de la desdichada joven. Ella apretó las manos y, profiriendo un chillido, saltó violentamente hacia el sacerdote, pero fue retenida por el lazo y por el ayudante del alguacil. Entonces la joven se dejó caer de rodillas, y extendiendo los brazos gritó:

—Solo un beso más… ¡Ay, Dios mío, uno más, uno más! ¡Os lo implora una moribunda!

Le fue permitido, y en su ímpetu poco faltó para que ahogara a la criatura. Y cuando de nuevo se lo arrebataron, gritó estentóreamente:

—¡Ay, mi niño, mi tesoro! ¡También ha de morir! No tiene hogar, no tiene padre, ni amigo alguno, ni madre…

—Sí que los tiene a todos ellos —dijo aquel sacerdote bueno—. Yo seré todo para él hasta el día de mi muerte.

¡Deberíais haber visto la expresión que apareció entonces en el rostro de la joven! ¿Gratitud? ¡Señor; si no existen palabras que puedan explicarlo! Las palabras no son más que el dibujo de un fuego; su mirada era el fuego mismo.

Ella le dedicó una mirada así, y se la llevó consigo, como un tesoro, al cielo, donde debe morar todo lo que es divino.

36
Un encuentro en la oscuridad

Londres, para un esclavo, resultaba ser un sitio bastante interesante. Era simplemente un pueblo enorme, hecho por lo general de barro y paja. Las calles estaban llenas de fango, eran torcidas y estaban sin pavimentar. La población era un enjambre incesante y cambiante de harapos y esplendores, de penachos y armaduras relucientes. El rey poseía un palacio allí; cuando vio su fachada suspiró; sí, y lanzó unos cuantos juramentos, en el estilo limitado y juvenil del siglo VI. Vimos pasar caballeros y encumbrados nobles a quienes habíamos frecuentado, pero ellos no nos reconocían, sucios, andrajosos, cubiertos de llagas y ampollas como estábamos. Ni siquiera nos habrían reconocido si los hubiésemos llamado, ni se habrían detenido a responder, ya que la ley prohibía hablar con un esclavo encadenado. Sandy pasó a menos de diez metros de donde yo estaba, sobre una mula. Debía estar buscándome, imaginé. Pero lo que verdaderamente desgarró mi corazón fue algo que ocurrió en la plaza donde estaba nuestra vieja barraca, mientras soportábamos el espectáculo de un hombre condenado a morir en aceite hirviendo por haber falsificado algunas monedas de un penique. Y lo que ocurrió, decía, es que vi a un voceador de diarios… ¡y no me fue posible acercarme a él! No obstante, tuve un consuelo, esa era la prueba de que Clarence estaba vivito y coleando. Tenía la intención de reunirme con él sin tardar mucho, y aquel pensamiento me llenaba de ánimo.



Otro día alcancé a ver fugazmente algo que también me subió la moral considerablemente. Era un cable que se extendía desde el techo de una casa hasta el de otra. Una línea de telégrafo o de teléfono sin duda. Mucho hubiese deseado poder hacerme con un pedacito de cable. Era justamente lo que necesitaba para llevar a cabo mi proyecto de fuga. Mi idea consistía en liberarnos de las cadenas, luego amordazar y atar a nuestro amo, cambiar sus ropas por nuestros harapos, darle una buena tunda hasta que quedase irreconocible, uncirlo a la cadena de esclavos, adoptar el papel de propietarios de la mercancía, dirigirnos a Camelot y…



Bueno, ya habréis captado la idea. ¡Podéis imaginaros la sorprendente y dramática sorpresa que entrañaría mi regreso a palacio! Y resultaba completamente factible si consiguiese obtener un pedacito delgado de hierro al cual pudiese darle forma de ganzúa. Podría entonces abrir los voluminosos candados que sujetaban nuestras cadenas en el momento que yo eligiese. Hasta ahora no había tenido esa suerte, y no había caído en mis manos un objeto semejante. Pero finalmente llegó mi oportunidad. Un señor que ya había venido dos veces a pujar por mí sin resultado, es más, sin siquiera acercarse a un resultado, vino de nuevo. Yo estaba muy lejos de pensar que algún día llegase a ser propiedad suya, pues el precio que se había pedido por mí desde el principio de mi esclavitud era exorbitante, y siempre provocaba la ira o la burla de mis compradores, a pesar de lo cual mi amo se aferraba testarudamente a ese precio: veintidós dólares. Y no estaba dispuesto a bajar ni un centavo. El rey era ampliamente admirado debido a su aspecto físico imponente, pero su estilo real actuaba en contra suya y dificultaba mucho su venta. Nadie quería un esclavo así. En suma, creía que estaba a salvo de ser separado del rey en vista de mi precio exorbitante. No, no esperaba pertenecer jamás al señor al que me he referido, pero en cambio él tenía algo que yo esperaba que me perteneciera algún día si él nos visitaba con la suficiente frecuencia. Se trataba de un objeto de acero con una larga clavija, del cual se servía para ajustar la parte delantera de su larga vestimenta. Tenía tres de estos objetos. En las dos ocasiones anteriores me había decepcionado, pues no se había acercado lo suficiente como para que mi proyecto resultase completamente seguro, pero esta vez mis esfuerzos se vieron coronados por el

éxito. Logré asir el broche inferior y, cuando lo echó de menos, pensó que lo habría perdido en el camino.

Tuve así un buen motivo para sentirme contento… durante un minuto, y en seguida tuve motivos para sentirme triste de nuevo: cuando la transacción iba a fracasar de nuevo, como las otras veces, de repente el amo habló y dijo lo que en inglés moderno equivaldría a esto:

—Te diré lo que voy a hacer. Estoy cansado de alimentar y mantener para nada a este par. Dame los veintidós dólares que pido por este, y al otro te lo puedes llevar gratis.

Fue tal la furia del rey, que se quedó sin aliento. Tosía, se atragantaba, se sofocaba, mientras los otros dos se alejaban hablando.

—Si la oferta es válida hasta…

—La oferta es válida hasta mañana a esta hora.

—Entonces a esa hora recibirás mi respuesta —dijo el comprador, y desapareció, seguido por el amo.

No fue nada fácil calmar al rey, pero finalmente lo conseguí, diciéndole:

—Vuestra merced saldrá de aquí a cambio de nada, pero de un modo diferente. Y lo mismo sucederá conmigo. Esta noche quedaremos libres ambos.

—¡Ah! ¿Y de qué modo?

—Con este objeto que he robado abriré los candados esta misma noche, y nos liberaremos de las cadenas. Cuando el amo venga hacia las nueve y media para la inspección nocturna, lo agarraremos, lo amordazaremos, le daremos una paliza, y mañana muy de mañana nos marcharemos de la ciudad como propietarios de esta caravana de esclavos.


The Slave Driver

No dije nada más, pero el rey quedó encantado del plan. Aquella noche esperamos pacientemente a que se quedasen dormidos nuestros compañeros de esclavitud y a que lo demostrasen con los ronquidos habituales, ya que, si puedes evitarlo, es mejor no confiar demasiado en esos desdichados. Es preferible que te guardes tus propios secretos. Sin duda no remolonearon más de lo acostumbrado, pero a mí me parecía que sí. Y me pareció que iban a tardar eternamente en comenzar a roncar. A medida que se hacía más tarde me sentía inquieto, y temeroso de que no tuviéramos el tiempo suficiente para terminar lo que teníamos que hacer. Hice entonces varios intentos prematuros que solo sirvieron para demorar las cosas, pues en aquella oscuridad parecía incapaz de tocar ninguno de los candados sin causar un crujido que interrumpía el sueño de alguien, que al darse la vuelta despertaba a su vez a unos cuantos vecinos.

Finalmente logré despojarme del último trozo de hierro que me ceñía y de nuevo fui un hombre libre. Respiré profundamente, aliviado, y alargué la mano para comenzar a trabajar en las cadenas del rey. ¡Demasiado tarde! Se acercaba el traficante, llevando una luz en una mano, y su pesado bastón en la otra. Me abrí sitio entre la multitud de roncadores, me estreché contra ellos lo más que pude, para tratar de ocultar que estaba libre de las cadenas, y me quedé con el ojo avizor preparado para saltar sobre mi hombre si se le ocurría acercarse mucho.

Pero no se acercó. Se detuvo, durante un minuto estuvo mirando vagamente en dirección a la sombría masa que formábamos, evidentemente con los pensamientos puestos en alguna otra cosa; luego colocó la luz en el suelo, caminó hacia la puerta absorto en sus pensamientos y, antes de que nadie pudiese imaginar lo que se proponía hacer, había salido del recinto, cerrando la puerta a sus espaldas.

—¡Rápido! —dijo el rey—. ¡Traedlo aquí!

Por supuesto que eso era exactamente lo que había que hacer, y en un instante me levanté y me precipité afuera. Pero, malhaya sea, en aquellos días no existían lámparas, y la noche era muy cerrada. Alcancé a distinguir a un par de pasos una figura borrosa, y sin pensarlo dos veces me abalancé sobre ella y entonces sí que se armó una de padre y muy señor mío. Luchamos y manoteamos y forcejeamos, y en un periquete nos vimos rodeados por un buen número de espectadores. Tenían un enorme interés en la pelea, y nos animaban de todo corazón a seguir dándonos golpes; de hecho no hubiesen podido mostrarse más entusiasmados y devotos si se hubiese tratado de su propia pelea. Pasado un momento, se oyó a nuestras espaldas un alboroto

tremendo y perdimos por lo menos a la mitad de los espectadores, que se alejaron atropelladamente para dedicar su amable atención al otro acontecimiento. Las linternas comenzaron a danzar por doquier. El cuerpo de guardia acudía desde todas las direcciones. Pasado un momento, una alabarda me cruzó la espalda, a modo de advertencia, y comprendí muy bien cuál era su significado. Quedaba detenido. Y asimismo mi adversario. Fuimos conducidos a prisión, uno a cada lado del guardia. Se trataba de un verdadero desastre, un magnífico plan que se venía al suelo de golpe. Trataba de imaginarme lo que ocurriría cuando el amo descubriera que era yo quien se había enfrentado con él, y también lo que ocurriría si nos encarcelaban juntos en la sección común, para alborotadores y culpables de infracciones menores, como solía hacerse, y lo que…

Justo en ese momento mi antagonista volvió su rostro en dirección mía y la luz vacilante de la linterna que portaba el guardia cayó sobre él. ¡Por vida mía! ¡Me había equivocado de hombre!

37
Un terrible aprieto

¿Dormir? Imposible. Ya había resultado imposible de por sí en aquella ruidosa covacha que hacía de cárcel y con aquella sarnosa caterva de picaros borrachos, pendencieros y bulliciosos. Pero lo que verdaderamente hacía que la posibilidad de dormir resultase impensable era la impaciencia que me consumía por salir de aquel lugar y averiguar las proporciones de lo que había ocurrido en las barracas de los esclavos a consecuencia de mi imperdonable equivocación.

La noche fue larga, pero finalmente llegó la mañana. Ofrecí al tribunal una explicación franca y completa. Dije que era un esclavo, propiedad del gran conde Grip, que había llegado poco después del atardecer a la Posada del Tabardo, al otro lado del río, y se había visto obligado a pernoctar allí al encontrarse enfermo de muerte con una extraña y repentina afección. Me habían dado la orden de atravesar la ciudad a toda prisa para traer al mejor médico. Yo ponía en ello el mayor empeño y naturalmente corría con todas mis fuerzas; la noche era oscura; había tropezado con el vulgar individuo allí presente, quien me había asido del cuello y había comenzado a zarandearme, a pesar de que yo le había revelado la misión que me ocupaba y le había suplicado que en consideración al peligro mortal en que se encontraba mi amo el gran conde…

El individuo vulgar me interrumpió y afirmó que era mentira; se disponía a explicar cómo me había arrojado sobre él y sin mediar palabra le había atacado…

—¡Silencio, miserable! —exclamó el juez—. Sacadle de aquí y dadle un par de azotes que le enseñen a tratar de manera diferente al sirviente de un noble la próxima vez. ¡Vamos!

En seguida el tribunal me pidió excusas, expresando su esperanza de que no olvidaría decir a su señoría el conde que en modo alguno era culpa del tribunal que hubiese ocurrido una cosa tan execrable. Prometí que así lo haría y me despedí de ellos. Y en buena hora, además, porque un momento antes a un miembro del tribunal se le había ocurrido preguntarme por qué no había revelado todos los detalles en el momento de ser arrestado. Respondí que lo

habría hecho de haber pensado en ello —lo cual era verdad—, pero que estaba tan atolondrado por la paliza que me dio aquel hombre, que había perdido el sentido común, y que si esto y lo otro y lo de más allá, y comencé a alejarme, sin dejar de farfullar.

No esperé al desayuno. No; desde luego que no iba a quedarme a ver cómo crecía la hierba bajo mis pies y muy pronto estuve de vuelta en la barraca de los esclavos. Vacía… No quedaba ni un alma. Bueno, quedaba un cuerpo: el cuerpo del traficante de esclavos, tirado en el suelo, hecho papilla a fuerza de golpes. Por todas partes se veían señales de una lucha furiosa. Un tosco féretro de tablas estaba colocado sobre una carreta, y unos cuantos trabajadores, ayudados por guardias, trataban de abrirse camino entre la multitud de curiosos para poder acercarlo.



Elegí a un hombre de condición lo suficientemente humilde como para que accediera a hablar con alguien tan andrajoso como yo, y le pedí que me relatara lo que había ocurrido.

—Había aquí dieciséis esclavos. Durante la noche se sublevaron contra su amo, y ya veis cómo terminó.

—Sí, ¿pero cómo empezó?

—No hay ningún testigo, salvo los esclavos. Dicen que el esclavo de mayor precio se liberó misteriosamente de sus cadenas y escapó, por arte de magia según se cree, dado que él no se había apoderado de la llave y los candados no estaban rotos ni habían sido dañados de manera alguna. Cuando el amo descubrió tal pérdida, enloqueció de desesperación, y se abalanzó sobre los demás esclavos con su pesado garrote, pero ellos ofrecieron resistencia y le partieron la espalda, y de muchas y muy terribles maneras le causaron heridas que muy pronto le produjeron la muerte.

—¡Qué horror! Sin duda habrán de pagarlo caro cuando se celebre el juicio.

—Hombre, el juicio ya ha terminado.

—¡Terminado!

—¿Creéis acaso que tardarían una semana en una cosa tan simple? No les llevó siquiera la mitad de un cuarto de hora.

—¡Anda! No entiendo cómo habrán podido determinar en tan poco tiempo quiénes fueron los culpables.

—¿Que quiénes fueron los culpables? No perdieron el tiempo en detalles como ese. Los condenaron en masa. ¿No conocéis la ley? Una ley, que según dicen nos legaron los romanos[1] y según la cual si un esclavo daba muerte a su amo, todos los esclavos que el hombre poseyera deberían morir.

—Ah, es verdad. Me había olvidado. ¿Y cuándo morirán?

—Probablemente dentro de las próximas veinticuatro horas; aunque algunos dicen que esperarán un par de días más, y tal vez encuentren mientras tanto al esclavo que falta.

¡El esclavo que falta! Me sentí bastante incómodo.

—¿Es probable que lo encuentren?

—Sí, creo que lo encontrarán antes de que termine el día. Lo buscan por todas partes. En las puertas de la ciudad hay guardias acompañados por esclavos que lo señalarán si se acerca. Además, nadie puede entrar o salir sin ser examinado.

—¿Se puede ver el sitio donde están encerrados el resto de los esclavos?

—El exterior sí. El interior… Pero es algo que no os gustaría ver.

Tomé la dirección de la prisión, en caso de que la necesitara en el futuro, y luego me aparté disimuladamente. En la primera tienda de ropa usada que encontré, en una callejuela escondida, me hice con un burdo y enorme traje de marinero, apropiado para un viaje al Artico, y me envolví la cara con una venda, como si tuviera dolor de muelas. Así quedaban ocultas mis peores magulladuras. Fue una verdadera transformación. Ahora parecía una persona diferente. Luego me dediqué a buscar el cable que había visto cuando entrábamos en la ciudad, lo encontré, y lo seguí hasta su punto de origen. Resultó ser un cuarto minúsculo en el altillo de una carnicería, lo cual indicaba que los negocios no andaban muy boyantes en el campo de la telegrafía. El jovenzuelo encargado dormitaba sobre la mesa. Aseguré la puerta y me metí la llave entre la ropa.

Esto alarmó al joven y ya se disponía a dar voces cuando le dije:

—No desperdicies saliva; si abres la boca, eres hombre muerto, no te quepa duda. Ponte al aparato. ¡Y de prisa! Llama a Camelot.

—Mucho me sorprende esto. ¿Cómo es posible que alguien como vos esté enterado de asuntos…?

—¡Llama a Camelot! Soy un hombre desesperado. Llama a Camelot, o apártate y lo haré yo mismo.

—¿Qué?… ¿Vos?

—Sí. Por supuesto. Basta de cháchara. Llama a palacio.

Llamó.

—Ahora di que te pongan con Clarence.

—¿Qué Clarence?

—El Clarence que sea. Di que quieres hablar con Clarence, y recibirás una respuesta.

Así lo hizo. Esperamos cinco largos minutos con los nervios de punta… Diez minutos… ¡Qué eternos se me hicieron!… Y luego se oyó aquel *clic* que para mí era tan familiar como una voz humana, pues Clarence había sido mi discípulo.

—Y ahora, jovencito, ahueca. Antes quizá hubiesen podido identificar mi estilo, así que tu llamada era más segura, pero ahora me las puedo arreglar solo.

Se apartó del telégrafo y afinó el oído, pero de nada le sirvió porque utilicé una clave. No perdí tiempo en preliminares con Clarence, y fui directamente al grano. Informé:

—El rey está aquí y está en peligro. Fuimos capturados y traídos como esclavos. No podíamos probar nuestra identidad, y el hecho es que no me encuentro en una situación propicia para intentarlo. Envía un telegrama al palacio de aquí y procura que sea convincente.

Su respuesta llegó en seguida:

—Esos no saben nada del telégrafo. Todavía no han tenido ninguna experiencia; la línea de Londres es muy nueva. Mejor no arriesgarse con ello. Podrían colgaros. Pensad en algo distinto.

¡Que podrían colgarnos! No se imaginaba lo cerca que estaba de la verdad. En un primer momento no se me ocurrió nada, pero de repente me vino una idea:

—Envía quinientos caballeros escogidos con sir Lanzarote a la cabeza, y que vengan a toda pastilla. Diles que entren por la puerta del suroeste, y que busquen a un hombre con un trapo blanco alrededor del brazo derecho.

La respuesta fue rápida:

—Partirán dentro de media hora.

—Excelente, Clarence, ahora dile a este muchacho que soy amigo tuyo y tengo crédito. Recomiéndale también que sea discreto y no hable con nadie de esta visita.

El aparato comenzó a hablarle al joven, y yo me alejé de prisa. Hice algunos cálculos. En media hora serían las nueve. Un cortejo de caballeros y caballos armados no suele viajar muy velozmente, pero este grupo cubriría el trayecto lo más rápido posible y, como el terreno ya estaba en buenas condiciones y no había nieve ni barro, probablemente alcanzarían unos once kilómetros por hora. Tendrían que cambiar caballos un par de veces, así que llegarían hacia las seis de la tarde, o un poco después, cuando todavía hay suficiente luz, y podrían ver sin dificultad el trapo blanco que me ataría en el brazo derecho. En ese momento yo tomaría el mando, rodearíamos la prisión y sacaríamos al rey en un periquete. En suma, la acción sería bastante espectacular y pintoresca, aunque yo hubiese preferido que sucediera al mediodía, cuando podría adquirir unos tintes aún más teatrales.

Para contar con refuerzos en caso de emergencia, pensé que sería buena idea buscar a las personas que había reconocido mientras recorríamos la ciudad y presentarme ante ellos. Así sería posible salir del apuro, incluso sin los caballeros. Pero debía actuar cautelosamente, pues era un asunto arriesgado. Para ello debía ir vestido suntuosamente, pero no sería prudente trocar de golpe mis andrajos por espléndidos trajes. No; tenía que proceder gradualmente, adquiriendo los sucesivos trajes en tiendas que se hallasen bastante apartadas, y accediendo con cada cambio a un traje ligeramente más fino que el anterior, hasta llegar finalmente a la seda y el terciopelo, momento en que estaría preparado para acometer mi proyecto. De modo que comencé.

¡Pero mi plan se vino al suelo como un castillo de naipes! Al doblar la primera esquina me encontré de buenas a primeras con uno de los esclavos de nuestro grupo, que husmeaba la zona en compañía de un guardia. En aquel momento tuve un acceso de tos y él me lanzó una mirada que me penetró hasta la médula. Temí que la tos le resultase familiar. Entré inmediatamente en una tienda y recorrí el mostrador fingiendo que miraba los precios, pero sin dejar de vigilar por el rabillo del ojo. Los dos se habían detenido, hablaban entre sí y miraban hacia la puerta… Decidí que escaparía por la puerta trasera, si es que la había, y le pregunté a la dependienta si podía salir por allí para buscar al esclavo escapado, pues se sospechaba que podría estar escondido en los alrededores, y le dije que yo era un guardia disfrazado, y que mi colega se encontraba afuera con uno de los asesinos, y que si podría ser tan amable de salir un momento y decirle que no era necesario que me esperase y que sería

mejor que fuese de inmediato al otro extremo de la callejuela y estuviese listo para detener al fugitivo en cuanto yo lo hiciese salir de su escondite.



La mujer ardía de curiosidad por ver a uno de aquellos asesinos que ya se habían hecho célebres, y salió en seguida para cumplir el encargo. Me escabullí por la puerta trasera, cerré con llave, me la eché al bolsillo y me fui, riendo para mis adentros, contento y aliviado.

Pues bien, de nuevo lo había echado a perder todo. Había cometido otro error; de hecho un doble error. Debían de existir multitud de maneras de deshacerse de aquel guardia, utilizando algún recurso sencillo y plausible, pero no, yo tenía que elegir el más pintoresco. Es el más notable de mis defectos. Y además, había elaborado mi plan contando con lo que naturalmente haría el guardia, siendo como era un ser humano, sin tener en cuenta que, cuando menos te lo esperas, un hombre actúa precisamente como no sería natural que lo hiciese. En aquel caso, lo natural habría sido que el guardia se lanzara en pos de mí; encontraría entonces que entre él y yo se interponía una sólida puerta de roble, bien trancada, y antes de que él consiguiese derribarla yo ya estaría lejos, dedicado a ensayar una sucesión de disfraces engañosos y desconcertantes, que pronto me permitirían enfundarme

un traje de tal calidad que me pondría al abrigo de los entrometidos perros policía ingleses con más eficacia que el mayor derroche de inocencia y pureza de carácter. Pero en lugar de hacer lo que sería natural, el guardia tomó mi palabra al pie de la letra y siguió mis instrucciones. Así pues, cuando salí trotando por aquel callejón sin salida, muy satisfecho con mi propia astucia, apareció en una esquina y de golpe me encontré adornado con sus esposas. Si hubiese sabido que era un callejón sin salida… De cualquier modo, una torpeza así no tiene perdón; anotémoslo en el balance de ganancias y pérdidas y continuemos.

Por supuesto que me mostré indignado; juré y perjuré que era un marinero que acababa de desembarcar de un largo viaje y otros cuentos por el estilo, tratando de ver si conseguía engañar al esclavo. Pero no lo conseguí. Me había reconocido. Entonces le eché en cara que me hubiese traicionado. Se quedó más sorprendido que ofendido, y poniendo unos ojos como platos dijo:

—¡Cómo! ¿Pensáis acaso que permitiría que escaparais vos precisamente, librándoos de que murieseis en la horca con nosotros, cuando sois el culpable de nuestra perdición? ¡Vete a tomar…!

«Vete a tomar» era su manera de decir «Me da risa» o «Qué gracioso». Desde luego era curiosa la forma de hablar de aquella gente. La verdad es que había una especie de justicia bastarda en su manera de ver las cosas, así que desistí. Cuando ya ha ocurrido el desastre y no sirve de nada discutir, ¿para qué perder el tiempo discutiendo? No es mi estilo. Me limité a decir:

—No vas a ser ahorcado. Y tampoco ninguno de nosotros.

Los dos se echaron a reír y el esclavo dijo:

—No os teníamos por loco… hasta ahora. Sería preferible que conservaseis vuestra reputación, teniendo en cuenta que no tendréis que esforzaros durante mucho tiempo.

—Pues yo creo que sí. Antes de mañana estaremos fuera de la prisión, y además libres para ir donde nos plazca.

El guardia, sintiéndose muy ingenioso, se rascó la oreja izquierda, carraspeó y dijo:

—Fuera de la prisión… sí…, decís la verdad. Y libres para ir donde os plazca, mientras no salgáis de los confines del sofocante reino de su majestad el diablo.

Me contuve, y dije calmadamente:

—Supongo que realmente crees que vamos a ser colgados dentro de uno o dos días.

—Lo creía hasta hace unos pocos minutos, ya que así había sido decidido y proclamado.

—Ah, entonces has cambiado de opinión, ¿verdad?

—Así es. Antes solo lo creía; ahora estoy seguro.

Mi vena sarcástica comenzaba a aflorar, de modo que dije:

—¡Oh sapiente servidor de la ley! ¿Tendríais la condescendencia de decirnos entonces qué es lo que sabéis?

—Que seréis colgados todos, hoy mismo, a media tarde: ¡Ajá! ¡Parece que el golpe ha sido certero! Apoyaos en mí.

Lo cierto era que sí necesitaba apoyarme en alguien. Mis caballeros no alcanzarían a llegar a tiempo. Lo harían con un retraso de tres horas, por lo menos. Nada en el mundo podría salvar al rey de Inglaterra; ni a mí, lo que era más importante. Más importante para mí, claro, pero también para la nación…, la única nación sobre la faz de la tierra donde la civilización estaba a punto de germinar. Me sentía enfermo. No dije nada más, no había nada que decir. Comprendía el significado de las palabras de aquel hombre; claro, si se encontraba al esclavo que había desaparecido, se anularía el aplazamiento, y la ejecución tendría lugar ese mismo día. Pues bien, el esclavo desaparecido había sido encontrado.

38
Sir Lanzarote y los caballeros al rescate

Cerca de las cuatro de la tarde. La escena tiene lugar al pie de las murallas de Londres. Un día fresco, agradable, soberbio, con un sol espléndido; uno de esos días en los que sientes deseos de vivir, no de morir. Se había congregado una prodigiosa multitud que abarcaba hasta muy lejos; y sin embargo nosotros quince, pobres diablos, no teníamos allí ni un solo amigo. Un pensamiento doloroso, mírese como se mire. Allí estábamos sentados en nuestro elevado patíbulo, siendo el blanco del desprecio y las burlas de todos los enemigos. Convertidos en espectáculo para un día de fiesta. Habían construido una especie de tribuna enorme para los nobles y la gente importante, y allí se encontraban haciendo ostentoso acto de presencia en compañía de sus mujeres. Muchas de aquellas personas nos resultaban conocidas…

Los espectadores disfrutaron de una breve e inesperada diversión a expensas del rey. En el momento en que nos liberaron de las cadenas, el rey se puso en pie de un salto y, cubierto por sus harapos alucinantes, el rostro irreconocible por las heridas y cardenales, proclamó que era Arturo, rey de Inglaterra, y advirtió de los espantosos castigos por traición a todos los allí presentes si se tocaba un solo pelo de su sagrada cabellera. Se quedó estupefacto cuando escuchó que la multitud prorrumpía en una sonora carcajada. Se sintió herido en su dignidad, y se encerró en un impenetrable silencio, aunque el público le rogaba que continuase y trataba de provocarlo con abucheos, silbidos, y estruendosos gritos:

—Dejadle hablar.

—¡El rey! ¡El rey!

—¡Sus humildes súbditos tienen hambre y sed de las sabias palabras que salen de boca de su Serenísima y Sagrada Alteza, el Rey de los Harapos!

De nada sirvió. Se revistió de toda su majestad y afrontó imperturbable la lluvia de desprecios e insultos. Verdaderamente era grandioso, a su modo. Sin darme cuenta me había quitado las vendas blancas de la cara y las había anudado alrededor del brazo derecho. Cuando los espectadores repararon en ello, comenzaron a meterse conmigo, diciendo:

—Sin duda ese marinero es su ministro… Observad la lujosa insignia de su cargo.

Los dejé que siguieran burlándose y, cuando por fin se cansaron, dije:

—Sí, soy su ministro, soy el Jefe. Y mañana recibiréis noticias de Camelot que…

No pude continuar; me ahogaron con sus gritos de regocijado escarnio. Pero al cabo de un momento se hizo el silencio, pues los alguaciles de Londres, vestidos con sus túnicas ceremoniales, y acompañados de sus subalternos, habían comenzado a moverse, lo cual indicaba que el espectáculo iba a comenzar. En medio del silencio que sobrevino, se relató el crimen que habíamos cometido, se dio lectura a la sentencia de muerte, y luego todos se descubrieron mientras el sacerdote recitaba una plegaria.

Mientras el verdugo preparaba la soga, a uno de los esclavos le vendaron los ojos. El camino, llano, despejado y acordonado por los guardias, se extendía un poco más abajo, nosotros a un lado, y la densa multitud al otro. ¡Qué maravilla hubiera sido ver que mis quinientos jinetes se acercaban por él a todo galope! Pero no; era completamente imposible. Con la mirada seguí la franja que se perdía en la distancia… No había ni rastro de un solo jinete.

Se oyó un violento respingo y el esclavo quedó bamboleándose en el aire; bamboleándose y retorciéndose terriblemente, pues no le habían atado los brazos ni las piernas.

Se descolgó otra soga, y en un instante se bamboleaba un segundo esclavo.

En un minuto otro esclavo forcejeaba en el aire. Era algo espantoso. Miré hacia otro lado unos segundos y cuando de nuevo me volví ya no encontré al rey. ¡Le estaban vendando los ojos! Me quedé paralizado; no conseguía moverme, me atragantaba, tenía la lengua como petrificada. Terminaron de vendarle y le condujeron debajo de la soga. No lograba liberarme de la sensación de impotencia. Pero, cuando le estaban colocando la soga alrededor del cuello, entonces explotó algo en mi interior y di un salto para acudir en su auxilio… y al hacerlo volví a mirar hacia el camino… y, ¡recontragaita!, he aquí que llegaban, a toda velocidad… ¡quinientos caballeros armados, con lanzas y espadas, en bicicletas!

Era el espectáculo más grandioso que jamás se hubiese visto. ¡Señor, cómo ondeaban los penachos, cómo brillaban al sol los manillares, cómo se filtraban sus rayos por entre las ruedas radiales!

Agité el brazo derecho cuando llegaba raudo sir Lanzarote, y él reconoció la señal. Me quité el lazo y el vendaje, y grité:

—Arrodillaos bribones, todos y cada uno de vosotros, y saludad al rey. ¡Quien deje de hacerlo cenará esta noche en el infierno!

Suelo utilizar ese estilo rimbombante cuando quiero obtener el máximo efecto. Pues bien, resultaba de lo más agradable ver a Lanzarote y a los muchachos abalanzándose sobre el patíbulo y arrojando de la tarima a alguaciles y bichos afines. Y daba gusto ver cómo aquella multitud atónita se ponía de hinojos y suplicaba al rey que les perdonase la vida, sí, a aquel rey a quien insultaban y despreciaban unos minutos antes. Y mientras él se hacía a un lado, cubierto de harapos, para recibir aquel homenaje, me decía a mí mismo: «Vaya, realmente hay algo peculiarmente grandioso en el porte y el continente de un rey, después de todo».

Me sentía inmensamente satisfecho. Considerad la situación en su conjunto y no podréis negar que era uno de los efectos más aparatosos y espectaculares que jamás había conseguido.

Y un momento después apareció Clarence, en carne y hueso, me guiñó un ojo y me dijo en un estilo muy moderno:

—¡Menuda sorpresa os habéis llevado!, ¿verdad? Sabía que os iba a chiflar. Tenía a los muchachos practicando en secreto desde hace un buen tiempo, y nos moríamos de ganas por hacer la primera aparición en público.



39
El yanqui se enfrenta a los caballeros

Otra vez en casa, en Camelot. Un par de días más tarde encontré sobre mi mesa de desayuno un periódico todavía húmedo, recién salido de la imprenta. Lo abrí por la sección de anuncios personales, sabiendo que encontraría allí algo que me concernía. Era esto:

> Se hace saver que el gran señor e ilustre caballero SIR SAGRAMOR EL DESEOSO habiéndose dignado enfrentetarse al Ministro del Rey, Hank Morgan, más conocido como El Jefe, para obtener satis facción de una ofensa antaño recibida, los dos mentados se enfrentarán en la liza cerc Ana de Camelot alrededor de la cuarta hora de la mañana del día décimo sexto del próximo mex. El duelo será a ultranza, dado que la disha ofensa fue de carácter mortal, y no admite arreglo alguno.
>
> YO, EL REY

El comentario editorial de Clarence al respecto era el siguiente:

participación fue del
nunció a primera
sub-
Ministerio del por-
centaje refleja
a abstención más ele-
ciente historia
crática
favorecido [redacted] los mi-
cos al
precisarse menor
votos para entrar
los que ya
ponían de ella
sino que
sensib[redacted]mente
aumentan su por-
cino europeo
las candidatu-
en cuanto
a las candida-
lares
p[redacted]sibilidad de
comprar parla-
mentaria
según el son-
cantan
aunque ya decantan
sondeos, los líderes
tidos
que aprovecharon
declaraciones
pidiendo el voto
para sus
más o menos abiertas

Se observará, al repasar nuestras colum nata de anuncios, que la comunidad será favorEcida noc un evento de singular interés en lo referente a torneos. Los nombres de los artistas son garantía de buen entre T nimiento. La tapuilla estará abierta a partir de las doce horas del día treze; entrada tres centavos; asientos reservados, cinco; la recaudación será donada al fondo pro-Hospital. Estarán presentes la ꓤeal Parreja y toda la Corte. Con estas excepciones, la Prensa y el clero, los pases de favor se sus Penden terminantemente. Por la presente se advierte al público *q*ue no compre entradas a los reven reven revendedores, pues no serán aceptadas. Todo el mundo conoce y quiere a Sir Jefe, todo el mundo conoce y quiere a Sir Sag. Venid y vamos todos a darles una vuena despedida a estos muchachones. ꓤecordad que la recaudación será destinada a una GranDiosa y caritativa obra, cuya amplia benevolencia extiende su mano auxiliadora, cálida con la sangre de un corazón amoroso, a tod6s aquell8s que sufren, sin distingos de raza, religión, posición social o color, la única instituciónе benéfica hasta ahora esta*b*lecida en la tierra que no tiene llave de paso para su compasión, sino que afirma: ¡Aquí fluye mi manantial! ¡Venidi todos y bebed de él! ¡Acudid todos, sin falta! Traed vuestros donuts y gomas de mascar y divertíos de lo lindo. Habrá pasteles a la venta y rocas para partirlos; así como limonada al estilo del Circo —tres gotas de jugo de lima por cada barril de agua—.

N. ꓭ. Será éste el qrimer torne6 regido rop la nueva ley, que permite que cada combatiente utilice el arma que prefiera. Tenedlo en cuenta.

nuestro desagrad
ɹapidamente y
dos de sus f
yordomo y ot
hablado, tú
proporcionaste par
su uso, har
hace y
artas [redacted] y ɐ han
cartas
dɔ present
sentación que
ellos son la
a los amigos pa
a dos, y dej
solo [redacted] estrecho pa
trás; y eso
hogar acceso
es nuestra d
directa qu
ahora bajo
gos campos como
Estos [redacted] jov
etas regiones
no para «const
allá, y d
jo instru
ones de o
otro ho
encontrar con
iedad, intras
Van a
dicen ƃue «irr
onarios para m
dice enʌiar

Desde entonces y hasta el día señalado, en toda Inglaterra no se hablaba más que del combate. Todos los otros temas de conversación pasaron a ser insignificantes y se apartaron de la mente y el interés de los hombres. Y esto no se debía a que un combate fuera un asunto importante; ni se debía a que sir Sagramor hubiese encontrado el Santo Grial, pues no era así, había fracasado; y tampoco se debía a que uno de los duelistas fuese el segundo personaje (oficial) del reino; no, todas estas características resultaban triviales. Había, sin embargo, un motivo de peso que explicaba el interés extraordinario que esta lid había despertado. Radicaba en el hecho de que la nación entera sabía que no se trataba simplemente de un duelo entre dos hombres, por así decirlo, sino de un duelo entre dos magos poderosos; no un duelo de músculos, sino un duelo de mentes; no una demostración de destreza humana, sino de habilidades sobrehumanas; el duelo decisivo por la supremacía entre los dos magos maestros de la época. La nación había comprendido que las hazañas más prodigiosas de los caballeros de mayor renombre no tenían ni punto de comparación con un espectáculo como el que se avecinaba y que resultarían simples juegos de niños al lado de aquella misteriosa y terrible batalla entre los dioses. Sí, todo el mundo sabía que en realidad sería un duelo entre Merlín y yo, una confrontación de nuestros poderes mágicos. También se sabía que Merlín había estado ocupado durante varios días con sus noches, imbuyendo las armas y la armadura de sir Sagramor con sobrenaturales poderes de ataque y defensa, y que había obtenido para él, por mediación de los espíritus del aire, un finísimo velo que le haría invisible a ojos de su antagonista, mientras seguía siendo visible para todos los demás hombres. Contra un sir Sagramor armado y protegido de tal modo, nada podría hacer un millar de caballeros, ni lograría prevalecer sobre él ninguno de los encantamientos conocidos. Estos hechos eran incontestables; al respecto no existía duda alguna, es más, no podía caber la menor duda. Quedaba, sin embargo, una incógnita: ¿Podrían quizá existir otros encantamientos, *desconocidos* para Merlín, que hicieran que sir Sagramor resultase visible a mis ojos y su malla encantada vulnerable a mis armas? Era esta la cuestión que habría de ser decidida en la liza**[1]**. Hasta entonces el mundo debería permanecer en la incertidumbre.

De modo, pues, que el mundo pensaba que lo que estaba en juego era algo de enorme importancia, y el mundo tenía razón, solo que el asunto en cuestión no era el que ellos creían. No; se trataba de un asunto de muchísima mayor importancia: *la vida misma de la caballería andante*. Yo era un paladín, es verdad, pero no el paladín de las frívolas artes negras, sino de la razón y de un sentido común firme y sin sentimentalismos. Me disponía a entrar en combate

para destruir de una vez por todas la caballería andante, o para convertirme en su víctima.

A pesar de la enormidad del terreno donde se celebraban los torneos, a las diez de la mañana del día dieciséis, fuera de la liza misma, no había un solo sitio disponible. La gigantesca tribuna principal estaba recubierta de banderas, gallardetes, y ricos tapices, y se encontraba atestada de varios acres de reyes tributarios de poca monta, sus séquitos correspondientes, y la aristocracia inglesa, con nuestra propia pandilla real ocupando sitios de primacía, todos y cada uno de sus integrantes resplandecientes como un prisma de sedas y terciopelos abigarrados. ¡Vaya! Hasta entonces no había presenciado nada que se le pudiese comparar, a no ser una batalla entre una puesta de sol en el Alto Mississipi y la aurora boreal[2]. También ofrecía un soberbio espectáculo el vasto campamento a un extremo de la liza, con sus tiendas multicolores adornadas por banderas, un erguido centinela en cada puerta, y un brillante escudo que pendía a su vera para distinguir a cada uno de los desafiantes. Veréis, se habían congregado allí todos los caballeros dotados de alguna ambición o de un sentimiento de casta, pues era bien sabido lo que yo pensaba de su orden, y esta podía ser una óptima ocasión para desquitarse. Si yo vencía en mi combate con sir Sagramor, los demás caballeros tendrían derecho a desafiarme mientras yo estuviese dispuesto a aceptar el reto.

En el extremo opuesto de la liza solo había dos tiendas de campaña, una para mí y otra para mis servidores. A la hora designada, el rey dio la señal, y los heraldos, vestidos con sus tabardos, hicieron su aparición y vocearon la proclama, nombrando a los combatientes y declarando el motivo del duelo. Una pausa, y luego se escuchó un resonante toque de corneta, la señal para que pasáramos al frente. Los espectadores contuvieron el aliento, y una viva curiosidad iluminó todos los rostros.

De su tienda salió cabalgando el gran sir Sagramor, imponente torre de hierro, rígido y majestuoso, con su enorme lanza en ristre firmemente asida por su recia mano, la cabeza y el pecho de su colosal caballo cubiertos de acero y el resto del cuerpo envuelto en ricas gualdrapas que casi tocaban el suelo… ¡Ah, una noble y bella imagen! Se levantó una clamorosa ovación de bienvenida y admiración.

Y luego salí yo. Pero no recibí ninguna ovación. Se produjo un silencio asombrado y elocuente que duró unos segundos, y en seguida una gran oleada de carcajadas comenzó a recorrer aquel océano humano, pero un cornetazo de advertencia lo frenó en seco. Yo vestía el más sencillo y cómodo atuendo gimnástico: unas mallas de color carne que me cubrían desde el cuello hasta

los tobillos, borlas azules de seda a los costados, y la cabeza descubierta. Mi caballo no sobrepasaba la talla media, pero era vivaz, esbelto, de músculos elásticos y veloz como un galgo. Era un animal precioso, lustroso como la seda, y tan desnudo como había venido al mundo, salvo por las bridas y la silla de montar.

La torre de hierro y el vistoso cubrecama avanzaron pesada pero donosamente, corcoveando a lo largo de la liza, y nosotros fuimos a su encuentro a paso ligero. Nos detuvimos; la torre saludó, respondí; luego dimos media vuelta y cabalgamos hombro con hombro hasta la tribuna principal. Llegamos enfrente del rey y la reina, a quienes presentamos nuestros respetos. La reina exclamó:

—Ay, velay, velay, sir Jefe combatirá desnudo, y sin lanza o espada o…

Pero el rey la contuvo, y con una o dos frases corteses le hizo comprender que no era asunto suyo. Sonaron de nuevo las cornetas, nos separamos, cabalgamos hasta los dos extremos del campo, y nos pusimos en posición de combate. Apareció entonces el viejo Merlín y cubrió a sir Sagramor con un exquisito y sutilísimo velo, dejándole convertido en el fantasma de Hamlet[3]. El rey hizo una señal, sonaron de nuevo las cornetas, sir Sagramor colocó su enorme lanza en ristre, y sin más cargó contra mí a todo correr, con el fragor de un trueno, el velo flotando a sus espaldas. Yo salí volando a su encuentro, como una silbante flecha, ladeando la cabeza y afinando el oído, como si tratase de establecer la posición y el avance del caballero invisible por el oído en lugar de la vista. Se elevó un poderoso coro de voces para alentar al caballero, y una valiente y solitaria voz que me dio ánimo con estas palabras:

—¡A por él, chavalote!

Podría haber apostado que era la voz de Clarence… y su estilo. Cuando la formidable punta de la lanza se encontraba a cosa de un metro y medio de mi pecho, desvié mi caballo de su trayectoria sin mayor esfuerzo, de modo que el corpulento caballero pasó a mi lado como una exhalación, y su lanza quedó abanicando la brisa. Esta vez recibí muchos aplausos. Giramos, nos pusimos de nuevo en guardia, y de nuevo nos arremetimos. Otra jugada nula para el caballero; otra tanda de aplausos para mí. Lo mismo sucedió la tercera vez, y arrancó tal torbellino de aplausos, que sir Sagramor perdió la calma, y abandonando su táctica se lanzó a perseguirme por todo el campo. Desde luego que de ese modo no tenía ninguna posibilidad; era como jugar al corre-que-te-pillo con toda la ventaja de mi parte. Me apartaba de su camino con gran facilidad cada vez que me venía en gana, y en una ocasión, al pasar junto a la grupa de su caballo, le di al caballero una palmada en la espalda.

Finalmente decidí que había llegado mi turno de perseguirlo, y a partir de ese momento, por más giros, contorsiones o piruetas que hiciese, no conseguía ponerse detrás de mí; después de cada maniobra, volvíamos a quedar cara a cara. Así que abandonó también esa táctica y se retiró a su extremo de la liza. Había perdido los estribos, y fuera de sí me lanzó un insulto tal, que también yo monté en cólera. Desenrollé entonces mi lazo del arzón de la silla, y agarré su espiral con mi mano derecha. ¡Habríais tenido que ver cómo se abalanzó sobre mí esta vez! Ahora sí que venía en serio, y debía tener los ojos inyectados en sangre. Yo permanecí sentado tranquilamente sobre mi caballo en reposo, formando amplios círculos sobre mi cabeza con el rollo del lazo. Cuando él estaba ya a mitad de camino, me dirigí a su encuentro, y cuando la distancia entre nosotros se había reducido a unos quince metros, arrojé por el aire las serpenteantes espirales de mi lazo, hice girar velozmente a mi adiestrado caballo, y lo detuve en seco con las cuatro patas firmemente plantadas en el suelo. Un instante después la soga se tensó, y arrancó a sir Sagramor de su silla. ¡Caracoles, qué sensación produjo entre el público!

Indudablemente no hay nada más popular en este mundo que la novedad. Esta gente nunca había visto a un *cowboy* en acción, y estaban arrebatados por el entusiasmo. Se elevó un grito general y estentóreo:

—¡Alabí-alabá-alabimbombá!

Me pregunté de dónde habrían sacado la expresión, pero no había ahora tiempo para consideraciones filológicas, pues toda aquella colmena de caballeros andantes se había puesto a zumbar. Era una oportunidad única, que no podía desaprovechar. Aflojé el nudo, sir Sagramor fue cargado hasta su tienda, recobré la extensión de lazo que había quedado suelta y me puse a agitarlo alrededor de la cabeza, formando nuevas figuras. Estaba seguro de que tendría ocasión de usarlo nuevamente en cuanto fuese elegido el sucesor de sir Sagramor, algo que no podía tardar demasiado en presencia de tantos candidatos ansiosos. En efecto, muy pronto eligieron a otro: Sir Hervís de Revel.

¡Bizzzzzz! Se arrojó sobre mí raudo como una saeta incendiaria; lo eludí; siguió de largo, ya con mi lazo anudado en su cuello, y uno o dos segundos más tarde, ¡tras!, su silla estaba vacía.



Una nueva actuación, y otra, y otra, y otra más. Después de que cinco hombres hubieron recibido sus respectivas dosis de lazo, las cosas empezaban a adquirir un cariz serio para los acorazados andantes, así que hicieron una pausa para celebrar consejo. Concluyeron que ya era hora de dejar de lado la etiqueta y que debían enviar contra mí a sus mejores y más poderosos caballeros. Para asombro de aquel pequeño mundo, enlacé a sir Lanorak de Galis, y después de él, a sir Galahad[4]. Como veis, ya no les quedaba más que recurrir a su último as, al magnífico entre los magníficos, al más poderoso de los poderosos, el gran sir Lanzarote en persona.

¿Un momento memorable para mí? Ya lo creo. Allí estaba Arturo, rey de Inglaterra, y estaba la reina Ginebra, sí, y tribus enteras de pequeños reyes y reyezuelos de provincia, y más allá, junto a sus tiendas de campaña, renombrados caballeros procedentes de muchas tierras, así como el grupo más selecto de toda la institución caballeresca, los caballeros de la Mesa Redonda, los más ilustres de la cristiandad y, lo más importante de todo, el propio sol de aquel resplandeciente universo se encontraba allá, en la distancia, enristrando su lanza y recibiendo el homenaje silencioso de cuarenta mil ojos devotos, mientras yo, completamente solo, me preparaba para hacerle frente. Por mi mente cruzó fugaz la imagen de cierta operadora de Hartford, y deseé que hubiese podido verme en ese preciso instante. En aquel momento atacó a todo

galope el Invencible, con el ímpetu de un remolino; el gentío allí presente se puso en pie y se inclinó para ver mejor…, y así pudo ver mejor cómo el ineluctable lazo rasgaba el aire, formando círculos y espirales… En un abrir y cerrar de ojos remolcaba a sir Lanzarote por el campo y arrojaba besos al público para corresponder a la tempestad de pañuelos ondeantes y a los estruendosos aplausos.

Mientras enrollaba el lazo y lo colgaba del pomo de la silla pensaba, ebrio de gloria:

«La victoria ha sido definitiva. Ninguno osará enfrentarse a mí. Ha fenecido la caballería andante».

Imaginaos, pues, mi estupor y el de todos los presentes, cuando se oyó el peculiar toque de corneta que anunciaba que otro contendiente se disponía a entrar en combate. Aquí había un misterio, algo que resultaba inexplicable. En seguida noté que Merlín se alejaba furtivamente de mí, y casi al mismo tiempo me di cuenta de que mi lazo había desaparecido. El viejo prestidigitador me lo había robado, con toda seguridad, y lo llevaría escondido entre la túnica.

Un nuevo cornetazo. Y he aquí que veo venir, una vez más, a sir Sagramor, desempolvado y compuesto, con el velo primorosamente arreglado. Troté a su encuentro y fingí localizarlo por el ruido que hacían los cascos de su caballo.

—Podréis ser muy agudo de oído, pero nada os salvará de esto —me dijo, acariciando la empuñadura de su colosal espada—. Ya que no podéis verlo por causa del velo, sabed que no se trata de una engorrosa lanza, sino de una espada… Y tengo por cierto y bien averiguado que no podréis eludirla.

Llevaba levantada la celada[5] y pude ver que en su rostro se dibujaba una sonrisa de muerte. No podría esquivar su espada, eso estaba muy claro. Esta vez uno de los dos había de morir. Y si dejaba que él tomase ventaja, por pequeña que fuese, sabía bien a quién le tocaría el papel de cadáver.

Avanzamos al tiempo y saludamos a los soberanos. Pero el rey estaba intranquilo; me preguntó:

—¿Dónde está vuestra extraña arma?

—Me la han robado, majestad.

—¿Tenéis otra a mano?

—No, señor. Solamente había traído esa.

En ese momento, Merlín se entrometió, diciendo:

—Solamente había traído esa porque no podía traer otra. No existe otra de esa especie. Pertenece al rey de los Demonios del Mar. Ciertamente, este

hombre es un impostor y un ignorante, pues de otro modo sabría que esa arma solo puede ser usada ocho veces, y luego se desvanece para regresar a su morada en el fondo del mar.

—Entonces se encuentra desarmado —observó el rey—. Sir Sagramor, debéis concederle licencia para tomar en préstamo otra arma.

—¡Y se la prestaré yo! —ofreció sir Lanzarote, que se acercaba cojeando—. Es un caballero tan diestro y valiente como cualquier otro en vida, y podrá servirse de mi arma.

Se disponía a desenfundar su espada, pero sir Sagramor le detuvo diciendo:

—Aguardad. No podrá ser así. Tendrá que combatir con sus propias armas. Gozó del privilegio de elegirlas y traerlas aquí. Si ha incurrido en error, deberá pagar con su cabeza.

—¡Caballero! —le respondió el rey—. La pasión os obnubila y perturba vuestra mente. ¿Pretendéis matar a un hombre inerme?

—Si así lo hiciese, habrá de responder ante mí —dijo sir Lanzarote.

—Responderé ante cualquiera que lo desee —replicó sir Sagramor, airadamente.

Merlín metió baza, frotándose las manos y sonriendo con pérfida satisfacción:

—Bien habéis hablado; estupendamente habéis hablado. Y ahora basta ya de parlamentos, dejemos que nuestro rey y señor dé la señal de batalla.

El rey tuvo que ceder. La corneta hizo la proclama, y mi adversario y yo nos separamos para dirigirnos a nuestros sitios respectivos. Allí nos quedamos un momento, a un centenar de metros de distancia el uno del otro, rígidos e inmóviles, como dos estatuas ecuestres. Y así permanecimos un minuto entero, en medio de un silencio absoluto, mientras los espectadores contenían la respiración, sin apenas osar moverse y con los ojos fijos en la liza. Parecía que el rey no conseguía reunir el coraje para dar la señal, pero, al fin, levantó su mano y se oyó el claro sonido de la corneta. La larga espada de sir Sagramor describió una fulgurante curva en el aire, y el caballero arremetió contra mí. ¡Qué soberbio espectáculo! No me moví. Siguió avanzando. Yo continuaba inmóvil. Los espectadores fueron presa de gran agitación y comenzaron a gritar:

—¡Huid, huid! ¡Salvaos! ¡Esto es un crimen!

No me moví ni un milímetro hasta que tuve aquella atronadora aparición a unos quince pasos de mí; saqué entonces de mi pistolera un revólver, se

produjo un fogonazo, una detonación, y el revólver estaba de vuelta en la pistolera antes de que nadie pudiera darse cuenta de lo que había ocurrido.

Cerca de mí pasó raudo un caballo sin jinete; un poco más allá yacía sir Sagramor, muerto en el acto.

Las personas que se precipitaron a su lado se quedaron estupefactas al comprobar que, en efecto, la vida había abandonado aquel cuerpo y, sin embargo, no había una razón visible. No había herida alguna; no se veía ninguna lesión. Había un agujero en la cota de malla, a la altura del pecho, pero no dieron importancia a una pequeñez semejante. Además, una herida de bala en ese sitio produce muy poca sangre, por lo cual no alcanzaba a atravesar los ropajes y fajas del caballero muerto. El cadáver fue arrastrado hasta la tribuna para permitir que el rey y los personajes eminentes le echaran un vistazo. Naturalmente, se quedaron mudos de asombro. Se me pidió que me acercara a explicar el milagro. Pero me quedé donde estaba, imperturbable, como una estatua, y dije:

—Si se trata de una orden, acudiré, pero mi señor el rey sabe perfectamente que las leyes del combate me exigen que permanezca aquí mientras haya algún caballero que desee enfrentarse a mí.

Esperé. Nadie me desafió. Dije entonces:

—Si alguno duda todavía de que el campo ha sido ganado en buena lid y con justicia, no esperaré a que me desafíe, sino que lo desafiaré yo.

—Es una gallarda oferta —dijo el rey—, y bien concuerda con vuestra calidad. ¿A quién nombraréis primero?

—No nombraré a ninguno, ¡los desafío a todos! Heme aquí, caballeros andantes de Inglaterra, retándoos a que os enfrentéis conmigo…, y no de uno en uno, ¡sino en montón!

—¡Qué! —exclamaron una veintena de caballeros.

—Habéis oído el desafío. Aceptadlo, o de otro modo os declaro caballeros cobardes, ociosos y derrotados. ¡A todos sin excepción!

Se trataba de un farol, evidentemente. En un momento como ese resulta conveniente poner cara de decisión y apostar cien veces más de lo que sería prudente con las cartas que tienes en tus manos. Cuarenta y nueve veces de cada cincuenta nadie se atreverá a aceptar tu apuesta, y podrás quedarte con todas las ganancias. Pero justamente esa vez…, bueno, ¡la situación se ponía borrascosa! En un santiamén quinientos caballeros se abalanzaron sobre sus sillas y, sin darme siquiera tiempo a parpadear, aquel amplio y desordenado rebaño avanzó hacia mí con gran estrépito. Desenfundé mis dos revólveres y comencé a medir distancias y calcular posibilidades.

¡Bang! Una silla vacía. ¡Bang!, otra. ¡Bang!, ¡bang!, y me cargué otros dos. Me jugaba el todo por el todo y lo sabía muy bien. Al empezar la ronda me quedaban once balas, de modo que, si al llegar al undécimo disparo no había logrado convencer a aquella gente, el duodécimo hombre me mataría sin remisión. Por eso me sentí el más feliz de los hombres cuando, al derribar a mi novena víctima, detecté en la multitud el movimiento oscilante que siempre antecede al pánico. Si perdía un solo instante todo se iría al traste. Pero no lo perdí. Levanté ambos revólveres y los apunté hacia la hueste que se me venía encima. Los caballeros de la vanguardia pararon en seco y se quedaron inmóviles durante un largo y tenso instante… Luego rompieron filas y se dieron a la fuga.

El triunfo era mío. La caballería andante estaba condenada. Comenzaba el camino de la civilización. ¿Que cómo me sentía? Ah, jamás os lo podríais figurar.

¿Y el colega Merlín? De nuevo su reputación había sido vapuleada. Por alguna razón, cada vez que la magia de pacotilla se enfrentaba con la magia de la ciencia, la magia de pacotilla era aparatosamente derrotada.

40
Tres años más tarde

Después de partir el espinazo a la caballería andante en aquella ocasión, ya no me sentí obligado a trabajar en secreto. Así que al día siguiente de mi victoria expuse ante un mundo atónito mis escuelas ocultas, mis minas y mi vasta red de fábricas y talleres clandestinos. O, lo que es lo mismo, expuse el siglo XIX a la inspección del siglo VI.

Pues bien, cuando has conseguido una ventaja siempre es beneficioso actuar prontamente para afianzarla. Los caballeros se encontraban temporalmente de capa caída, pero si yo pretendía que la situación fuese definitiva sería necesario paralizarlos por completo. Cualquier otro curso de acción resultaría insuficiente. Veréis, la última vez, en el campo, los había derrotado valiéndome de un farol, y era natural que después de darle unas cuantas vueltas al asunto llegasen a esa conclusión…, de haber tenido la ocasión y el tiempo suficiente. Pero yo no permití que así fuera.

Renové mi desafío, lo hice grabar en placas de bronce y lo coloqué en sitios donde un clérigo pudiese leérselo. Además dispuse que la noticia de mi desafío apareciese en la columna de anuncios personales del periódico hasta nueva orden.

No solo renové mi desafío, sino que aumenté sus proporciones. Les dije que el día que eligiesen, y acompañado tan solo de cincuenta ayudantes, estaba dispuesto a enfrentarme *a las masas de la caballería andante de toda la tierra y a destruirla*.

Esta vez no se trataba de un farol. La cosa iba en serio, y podía cumplir lo que prometía. No había ninguna posibilidad de malentendido en la redacción de mi desafío. Incluso los más obtusos de entre los caballeros andantes comprendieron que la opción era muy clara: «Jugarse la vida, o callarse la boca». Esta vez fueron prudentes y optaron por lo segundo. En los tres años siguientes no me causaron ningún problema digno de mención.

Consideremos que han transcurrido tres años velozmente, y echemos una buena ojeada alrededor de Inglaterra. Un país feliz, próspero y extrañamente cambiado. Escuelas por todas partes y varias universidades. Un buen número de periódicos de bastante calidad. Incluso la literatura estaba dando sus

primeros pasos; sir Dinadan, el Humorista, había sido su pionero, con una colección de vetustos chistes que me sabía de memoria desde hacía trece siglos. Si hubiese eliminado aquel viejo y apestoso chiste sobre el conferenciante yo no hubiese dicho nada, pero no lo hizo así, y desde luego no lo pude soportar. Proscribí el libro y mandé colgar al autor.

La esclavitud estaba muerta y sepultada; todos los hombres eran iguales ante la ley; las tasas de los impuestos se habían distribuido equitativamente. El telégrafo, el teléfono, el fonógrafo, la máquina de escribir, la máquina de coser y todos los cientos de útiles servidores del vapor y la electricidad iban ganando gradualmente el favor del público. Teníamos uno o dos buques de vapor en el río Támesis[1], teníamos navíos de guerra a vapor y los inicios de una marina mercante con barcos de vapor. Ya me estaba preparando para enviar una expedición a descubrir América.

Estábamos construyendo numerosas líneas ferroviarias, y la que unía Camelot y Londres ya estaba terminada y en funcionamiento. Astutamente me había asegurado de que todos los puestos relacionados con el servicio de pasajeros fuesen considerados de gran importancia y distinción. Mi idea era atraer a estos puestos a la caballería y la nobleza, asegurándome así de que no anduviesen por el mundo sueltos y haciendo travesuras. El plan funcionó a la perfección, y la competencia para esos cargos llegó a ser candente. El conductor del expreso de las cuatro treinta y tres era un duque, y no había un solo conductor en la línea de pasajeros que no disfrutase por lo menos de un título de conde. Todos y cada uno de ellos eran hombres buenos, pero tenían dos defectos que no había conseguido curar, por lo cual tenía que hacer la vista gorda: el primero era que se negaban a despojarse de sus armaduras, y el segundo, que al habérselas con las tarifas las echaban por tierra…, o sea, que le robaban a la compañía.

Difícilmente se podía encontrar un caballero que no estuviese empleado en algo útil. Viajaban de un extremo a otro del país desempeñando la tarea de misioneros para los más diversos artículos. Su inclinación a la vida errante y la experiencia que ya tenían en el campo los había convertido indiscutiblemente en los más eficaces propagadores de la civilización con que contábamos. Recorrían la tierra revestidos de acero y equipados con espadas, lanzas y hachas guerreras, y si no conseguían persuadir a una persona para que probara una máquina de coser pagadera a plazos, o una armónica, o una valla de alambre de espino, o un periódico prohibicionista[2], o cualquier otra de las mil cosas que ofrecían, la quitaban de en medio y continuaban su camino.

Yo era muy feliz. Las cosas procedían de modo gradual, pero seguro, hacia un ansiado objetivo secreto. Veréis, tenía en mente llevar a cabo mis dos proyectos más vastos y ambiciosos. El primero era desmantelar la Iglesia católica e instaurar sobre sus ruinas la fe protestante, pero no como Iglesia oficial, sino como un credo flexible y tolerante. El otro consistía en proclamar un decreto que estipulase que a la muerte de Arturo se estableciese el sufragio universal, al cual tendrían derecho todos, hombres y mujeres, o por lo menos todos los hombres, sensatos o tontos, y todas las madres de mediana edad que tuviesen casi tantos conocimientos como sus hijos de veintiún años. Arturo podría durar todavía otros treinta años, pues tenía mi misma edad —es decir, cuarenta años—, y yo estaba seguro de que en ese plazo bien podía conseguir que la población activa estuviese preparada y ansiosa para acoger un acontecimiento que sería el primero de su tipo en la historia del mundo: una revolución rotunda y completa del sistema de gobierno, sin derramamiento de sangre. El resultado de esta revolución sería el establecimiento de una república. Bueno, tengo algo que confesar, aunque me siento avergonzado cada vez que lo pienso: empezaba a sentir un mezquino deseo de convertirme en el primer presidente de aquella república. Sí; tengo que admitir que no escapaba a ciertas características de la naturaleza humana.

Clarence estaba de acuerdo conmigo en lo de la revolución, pero con modificaciones. La idea que tenía era la de una república sin clases privilegiadas, pero a cuya cabeza estuviera una familia real hereditaria en lugar de un primer mandatario elegido. Creía que ninguna nación que haya conocido el alborozo de rendir culto y veneración a una dinastía real podía ser privada de ella sin que languideciese hasta morir de melancolía. Alegué que los reyes son peligrosos. Entonces los reemplazaremos por gatos, propuso. Estaba convencido de que una real familia gatuna podía cumplir las funciones pertinentes: serían tan útiles como cualquier otra familia real, no tendrían menos conocimientos, poseerían las mismas virtudes y serían capaces de las mismas traiciones, tendrían la misma propensión a armar embrollos y tremolinas con otros gatos, resultarían risiblemente vanidosos y absurdos sin jamás darse cuenta de ello, saldrían baratísimos y, por último, ostentarían un derecho divino tan solvente como cualquier otra casa real, de modo que «Micifuz VII, o Micifuz XI, o Micifuz XIV, soberano por la gracia de Dios» les quedaría igual de bien que a cualquiera de esos mininos de dos piernas que moraban en palacio.

—Y por regla general —explicó en su inglés moderno y esmerado—, el carácter de los gatos estaría muy por encima del carácter de un rey-promedio,

lo cual sería una enorme ventaja moral para la nación, dado que la nación siempre toma como modelo el comportamiento moral de sus monarcas. Como la veneración de la realeza está fundada en la irracionalidad, estos graciosos e inofensivos gatos podrían fácilmente llegar a ser tan sagrados como cualquier otra realeza, e incluso más, porque se empezaría a observar que no mandaban colgar a nadie, que no ordenaban decapitar a nadie, y que tampoco encarcelaban a sus súbditos ni les hacían sufrir crueldades o injusticias del tipo que fuere, de modo que debían ser merecedores de amor y reverencia más profundos que los reyes humanos habituales, y de hecho así ocurría. Los ojos de toda la doliente humanidad pronto se volcarían sobre un sistema tan humanitario y benigno, y pasado un tiempo comenzarían a desaparecer los carniceros que componen las familias reales, y los súbditos de dichos reinos llenarían los puestos vacantes con gatitos de nuestra propia casa real. Nos convertiríamos así en la fábrica que aprovisionaría los tronos del mundo. Antes de que pasaran cuarenta años, Europa entera sería gobernada por gatos, gatos de nuestra producción. Se iniciaría entonces el reinado de la paz universal, que continuaría por toda la eternidad… ¡Miaaaaauuuuu! Fffuuusss. Fizfizfiz.

¡Que lo cuelguen! Pensé que estaba hablando en serio, y sus palabras comenzaban a persuadirme, cuando de repente soltó aquel agudo maullido que por poco me hace pegar un salto de la sorpresa. Pero Clarence nunca podía hablar en serio. Ni siquiera sabía lo que significaba eso. Acababa de describir una mejora precisa y perfectamente razonable para la monarquía constitucional, pero, como siempre tenía la cabeza en las nubes, no se había dado cuenta, y de todos modos le traía sin cuidado. Me disponía a echarle una buena reprimenda cuando entró Sandy, corriendo a toda velocidad, desquiciada por el terror, y hasta tal punto sofocada por los sollozos que en el primer momento no pudo encontrar su voz. Corrí hacia ella, la tomé en brazos y le prodigué mis caricias mientras le decía con tono suplicante.

—Habla, querida, habla. ¿Qué pasa?

Su cabeza se derrumbó sobre mi pecho, y susurró con voz apenas perceptible:

—¡Hola, operadora!

—¡Rápido! —le grité a Clarence—. Telefonea al homeópata del rey, que venga en seguida.

Dos minutos más tarde ya me encontraba arrodillado junto a la cuna de la pequeña, mientras Sandy despachaba sirvientes aquí, allá y acullá, por todas

partes del palacio. Me bastó una ojeada para darme cuenta de la situación. ¡Difteria! ¡Difteria[3]! Me incliné y murmuré:

—¡Despiértate, amor mío! ¡Hola, operadora!

Lánguidamente abrió sus tiernos ojos y consiguió decir:

—Papá.

Sentí un gran alivio. Todavía no estaba a las puertas de la muerte. Mandé que trajeran unos preparados de sulfuro y yo mismo le di la tetera con la infusión, pues no soy capaz de estar de brazos cruzados esperando al médico cuando enferma Sandy, o la niña. Sé cómo cuidarlas a ambas, y lo he hecho varias veces. Esta criatura había pasado en mis brazos buena parte de su corta vida, y con frecuencia lograba que se calmara y volviera a reír, a pesar del rocío de lágrimas que rondaba sus pestañas, y aunque su madre ya lo hubiese intentado en vano.

Sir Lanzarote, ataviado con su armadura más lujosa, se acercaba en aquel momento desde el salón principal, camino del concejo de dirección de la Bolsa de Valores. Él era el presidente y ocupaba la Silla Peligrosa[4], que le había comprado a sir Galahad. Los miembros del Consejo de Dirección de la Bolsa eran los caballeros de la Mesa Redonda, y la propia Mesa era utilizada ahora para asuntos de negocios. Para tener derecho a ocupar uno de sus sitios había que pagar…, bueno, de cualquier modo la cifra os parecería increíble, así que no vale la pena que la diga. Sir Lanzarote era un experto en depreciar los valores de las acciones para luego hacerse con un buen lote a bajo precio, y justamente ese día se disponía a finalizar una importante operación de compra, pero ¿qué podía importarle eso en aquel momento? Era el mismo y querido Lanzarote de siempre, y cuando al pasar por la puerta y echar una ojeada se dio cuenta de que su niña mimada estaba enferma, dio al traste con todo lo demás. Ya se las podrían arreglar sin él los alcistas y los bajistas de la Bolsa, pues pensaba quedarse allí, al lado de Hola Operadora, ayudando en todo lo que fuese necesario. Y eso fue precisamente lo que hizo. Arrojó el yelmo a un rincón y en menos de medio minuto ya había colocado un nuevo pabilo en la lámpara de alcohol y calentaba una de las teteras. Para entonces ya Sandy había colocado mantas alrededor de la cuna, formando una especie de dosel, y todo estaba listo.

Sir Lanzarote preparó el fuego; entonces echamos en la tetera cal viva y ácido carbónico, con un toque de ácido láctico, lo acabamos de llenar con agua e insertamos la espita de vapor por entre un intersticio del dosel de mantas. Ahora todo marchaba sobre ruedas, así que nos sentamos cada uno a un lado de la enferma para iniciar nuestra vigilia. Sandy estaba tan agradecida

y tan aliviada, que ordenó a un par de sacristanes que nos trajesen una provisión de corteza de sauce y tabaco de zumaque[5] y nos dijo que podíamos fumar cuanto se nos antojase. Por una parte, el humo no llegaría hasta la criatura, y además Sandy estaba acostumbrada, ya que había sido la primera dama de la tierra que vio soplar nubes desde una boca. Pues bien, no creo que pueda existir una imagen más amable y reconfortante que la que ofrecía sir Lanzarote, cubierto por su noble armadura, sentado con cortés serenidad al lado de aquellos canosos sacristanes. Era un hombre muy atractivo, un hombre encantador, que hubiese sido un excelente esposo y padre de familia. Claro que Ginebra…, pero bueno, de nada sirve lamentarse de cosas que ya no tienen remedio.

Pues bien, sir Lanzarote permaneció conmigo tres días y tres noches seguidas velando a la criatura. Tres días con sus noches, hasta que la pequeña estuvo fuera de peligro. Entonces la cogió en sus enormes brazos y la besó, mientras las plumas de su penacho se posaban sobre el dorado cabello de la niña, y la colocó suavemente en el regazo de Sandy. En seguida se alejó majestuosamente a lo largo de la sala principal, entre las filas de criados y hombres de armas que le rendían su silencioso homenaje de admiración, y se perdió en la distancia. Y ninguna intuición me advirtió que sería la última vez que le vería. ¡Oh, Señor, qué mundo de aflicción es este!

Los médicos nos dijeron que, si queríamos que la pequeña recobrara la salud y las fuerzas, teníamos que hacerle cambiar de aires. Y que la brisa del mar le haría bien. Así, pues, cogimos un navío de guerra y con un séquito de doscientas sesenta personas partimos en un crucero, y al cabo de dos semanas desembarcamos en Francia. Los médicos opinaron que sería buena idea que nos quedáramos allí una corta temporada. El reyezuelo de la región nos ofreció su hospitalidad, y la aceptamos gustosamente. Si contase con tantas comodidades como aquellas de las cuales carecía, nuestra estancia en su reino hubiese sido placentera y muelle; de cualquier manera nos las arreglamos muy bien en su anciano y extraño castillo, gracias a las comodidades y lujos que llevábamos en el barco.

Pasado un mes envié la nave a casa para que nos trajese avituallamiento y noticias. Debería estar de regreso en tres o cuatro días. Entre otras cosas, me traería noticias del resultado de un experimento que había puesto en marcha poco tiempo antes. Se trataba de un proyecto mío para sustituir los torneos por otra actividad que proporcionara una válvula de escape real para la fogosidad de los caballeros, manteniéndolos entretenidos al tiempo que eliminaba los riesgos de que volvieran a sus andadas y trastadas. Además se

encargaría de preservar su mayor virtud, es decir, su inquebrantable espíritu de competitividad. Tenía un grupo selecto practicando en secreto desde hacía tiempo, pero ya se estaba acercando el momento de su primera presentación en público.

El experimento era la implantación del béisbol. Para que el asunto tuviese acogida desde un principio y se viese libre de críticas, elegí a los integrantes de mis equipos teniendo en cuenta el rango, y no la capacidad de cada uno. No había un solo caballero en ninguno de los dos equipos que no fuese un soberano con cetro y corona. No era difícil encontrar material de este tipo alrededor de Arturo. Es más: si se te ocurría arrojar un ladrillo mientras estabas en su corte, en la dirección que fuese, siempre te estabas exponiendo a dejar lisiado a un rey. Por supuesto que no conseguí que se despojasen de su armadura; no se la quitaban ni para bañarse. Lo más que hicieron fue consentir en que se diferenciasen las armaduras, de modo que los espectadores pudiesen distinguir a un equipo de otro: uno de ellos usaba casaca de cota de malla, y el otro, armadura chapeada fabricada con mi nuevo acero Bessemer[6]. Sus prácticas en el terreno de juego eran la cosa más fantástica que había visto en mi vida. Como se trataba de uniformes a pruebas de bolas (y de balas), nunca se apartaban de la trayectoria de las bolas; por el contrario, se quedaban quietos y sufrían las consecuencias. Cuando un jugador de los chapeados Bessemer era golpeado por una bola, esta rebotaba y fácilmente podía ir a parar a ciento cincuenta metros. Y cuando un hombre, en plena carrera, se lanzaba boca abajo para deslizarse hasta su base, más parecía un acorazado entrando a puerto. Al principio había designado como árbitros a hombres comunes, sin rango, pero tuve que suspender esa práctica. Aquella gente no era más fácil de complacer que otros equipos. La primera decisión que tomaba el árbitro, por lo general era también la última. Lo partían en dos con un bate, y sus amigos tenían que volver a casa con los restos. Cuando la gente se dio cuenta de que ningún árbitro lograba sobrevivir un partido, el oficio se hizo muy impopular. Me vi obligado entonces a nombrar a alguien cuyo rango y posición elevada en las esferas de gobierno le protegieran de los jugadores.

He aquí las alineaciones de los equipos:

Chapeados Bessemer	*Casacas Ulster*[7]
Rey Arturo	Emperador Lucius
Rey Lot de Lothian	Rey Logris

Rey de Northgalis	Rey Marhalt de Irlanda
Rey Marsil	Rey Morganore
Rey de la Pequeña Bretaña	Rey Marco de Cornualles
Rey Labor	Rey Nentres de Garlot
Rey Pellam de Listengese	Rey Meliodas de Liones
Rey Bagdemagus	Rey del Lago
Rey Tolleme la Feintes	Sultán de Siria[8]

Árbitro: Clarence

El primer partido público atraería con toda seguridad a unas cincuenta mil personas, y por la diversión que prometía ofrecer bien valdría la pena darle la vuelta al mundo para asistir a él. Todas las condiciones eran favorables, hacía un suave y hermoso tiempo primaveral, y la naturaleza estrenaba sus exquisitas ropajes nuevos.

41
El entredicho[1]

Sin embargo, mi atención se vio repentinamente desviada de esos asuntos; nuestra pequeña empeoraba de nuevo; estaba tan grave que no podíamos apartarnos de su lado. No consentíamos que nadie nos ayudase en esta tarea, así que ambos permanecimos vigilantes día tras día. ¡Qué corazón tan bondadoso tenía Sandy y qué sencilla y buena era! Era una esposa y madre intachable y, sin embargo, no me había casado con ella por ninguna razón en particular; solo había seguido la costumbre caballeresca, según la cual me pertenecía hasta que algún caballero me venciese en el campo de batalla. Sandy había rastreado toda Inglaterra en mi busca y, tras dar conmigo al filo de la horca en las afueras de Londres, retomó inmediatamente su antigua posición a mi vera de la forma más plácida y como si estuviese en todo su derecho. Provengo de Nueva Inglaterra y es mi opinión que esta clase de relación acabaría por comprometerla tarde o temprano. Ella no entendía el porqué, pero yo di el tema por concluido y celebramos nuestra boda.

La verdad es que yo no sabía que me estaba llevando una joya, pero ciertamente lo era. Antes de que pasaran doce meses la adoraba y existía entre nosotros una camaradería tan perfecta y entrañable como es difícil de imaginar. La gente habla de amistades hermosas entre personas del mismo sexo. Pero ¿qué es la más hermosa de ellas comparada con la amistad entre un hombre y su mujer, cuando los mejores deseos y los ideales más altos de ambos son los mismos? Entre estas dos clases de amistad no existe punto de comparación; una es terrenal, y la otra, divina.

Al principio, en mis sueños, seguía paseándome por una época trece siglos más tarde, y mi espíritu insatisfecho buscaba y reclamaba sin cesar las mudas carencias de un mundo que se había esfumado. En muchas ocasiones, Sandy había escuchado ese grito implorante saliendo de mis labios. En un alarde de magnanimidad quiso que nuestra hija llevase por nombre aquella exclamación mía, convencida de que se trataba de algún amor que yo había perdido. Casi se me saltan las lágrimas y faltó poco para que me desplomase cuando me reveló su insólita y curiosa sorpresa, con una sonrisa tan amplia que parecía reclamar una merecida recompensa:

—El nombre de un ser que fue para ti querido quedará así preservado y bendecido, y su música permanecerá por siempre en nuestros oídos. Me besarás cuando sepas el nombre que le he puesto a nuestra hija.

Yo no lo sabía. No tenía ni la más remota idea, pero hubiera sido cruel confesarlo, estropeando así su pequeño juego, por lo que dije:

—Pues claro que lo sé, cariño, ¡y qué amable y encantador de tu parte!, pero quisiera escucharlo antes de esos labios tuyos, que son también míos, y la música será perfecta.

Complacida hasta la médula, murmuró:

—¡Hola Operadora!

Contuve la risa, y hasta el día de hoy doy gracias al cielo por ello, pero el esfuerzo que tuve que hacer rompió todos mis cartílagos, de manera que durante semanas me rechinaron los huesos al caminar. Ella nunca llegó a descubrir su error. La primera ocasión en que oyó esta fórmula de saludo telefónico se quedó sorprendida y no le agradó mucho, pero yo le expliqué que había sido yo mismo quien había ordenado que en lo sucesivo el teléfono fuese siempre invocado con esa reverente formalidad para perpetuo honor y recuerdo de mi perdida amiga y de su pequeña tocaya. Esto no era verdad, pero al menos era una respuesta.


God Bless
Our Home

Pues bien, durante dos semanas y media mantuvimos nuestro puesto de vigía a la vera de la cuna, y en nuestra preocupación éramos ajenos a todo lo que ocurriese fuera de aquella habitación. Hasta que, al fin, obtuvimos nuestra recompensa: lo que era el centro del universo pareció doblar la esquina y comenzó a recobrarse. ¿Agradecimiento? No es esa la palabra. No hay palabras para expresarlo. Eso solo se comprende cuando se ha visto a un hijo propio atravesar el valle de las sombras y volver a la vida, desvelando las tinieblas con una luminosa sonrisa del tamaño de tu mano.

¡Regresamos al mundo en un instante! Entonces descubrimos al tiempo el mismo pensamiento alarmante en los ojos del otro. ¡Habían pasado más de dos semanas y el barco aún no había regresado!

Al minuto siguiente me presenté ante mi séquito. Sin duda, habían estado preocupados todo este tiempo: se veía en sus caras. Reuní a mi escolta y galopamos hasta la cima de una colina, desde la que se divisaba el mar. ¿Dónde estaba mi boyante flota, vasta y magnífica, con su multitud de alas blancas, que tan brillantemente se había expandido en los últimos tiempos? ¡Todo se había desvanecido! Ni una sola vela en el horizonte, ni una columna de humo, solo una desoladora y vacía soledad había sustituido la vigorosa y refrescante actividad.

Regresé precipitadamente, sin decirle a nadie una palabra. Le conté a Sandy las aciagas noticias. No encontrábamos la más remota explicación. ¿Habría ocurrido una invasión, un terremoto, una peste? ¿Habría dejado de existir la nación? Pero hacer conjeturas no conducía a nada. Debía ponerme en marcha de inmediato. Tomé prestada la flota del rey, un «barco» no mucho mayor que una lancha de vapor, y pronto estuve listo.

Ay, pero la despedida, ¡eso sí que fue duro! Mientras me comía a besos la criatura, ¡esta farfullaba su vocabulario con energía! Era la primera vez que lo hacía en más de dos semanas, y creímos volvernos locos de alegría. ¡Esa adorable mala pronunciación de los bebés! ¡Vive Dios que no hay música que se le pueda comparar! ¡Qué tristeza se apodera de uno cuando empieza a desaparecer para convertirse en una lengua más correcta que ya nunca volverá a visitar nuestros oídos! ¡Qué maravilla poder llevar conmigo tan hermoso recuerdo!

Al día siguiente por la mañana me acercaba a Inglaterra con toda aquella carretera de agua salada para mí solo. Se veían barcos en el puerto de Dover[2], pero habían sido despojados de las velas y no había ni rastro de actividad humana en las cercanías. Era domingo y, sin embargo, en Canterbury[3] las calles también estaban vacías. Pero lo más extraño es que no

se veía un solo cura, ni se oía el repicar de una sola campana. La tristeza de la muerte parecía inundarlo todo. No podía comprenderlo. Por fin, en la parte más recóndita de la ciudad, contemplé el paso de un pequeño cortejo fúnebre —escasamente la familia y un puñado de amigos acompañando al féretro—. Con el cortejo no veía ningún cura. Era un funeral sin campanas, ni cirios, ni misal. Había una iglesia en las inmediaciones, pero pasaron de largo entre sollozos; miré hacia el campanario y vi que la campana estaba amortajada con una tela negra y tenía el badajo bien amarrado. ¡Ahora ya lo entendía! Sabía cuál era la tremenda calamidad que se cernía sobre Inglaterra. ¿Una invasión? En comparación con esto, una invasión hubiese sido trivial. ¡Se trataba del Entredicho!

No pregunté nada. No tenía necesidad de pedir explicaciones. La Iglesia había golpeado. Ahora lo más conveniente sería disfrazarme y proseguir el viaje con gran cautela. Uno de mis criados me prestó ropa suya, y cuando ya estábamos fuera de la ciudad y en sitio seguro me cambié. Desde ese momento viajé solo, ya que no podía arriesgarme a hacerlo en compañía.

Fue un viaje muy triste. Por todas partes, un silencio desolador. Incluso en Londres. El tráfico había cesado, las gentes no hablaban ni reían, no andaban en grupos, ni siquiera en parejas; caminaban de uno en uno, sin rumbo alguno, las cabezas gachas, los corazones contritos y atemorizados. La Torre de Londres tenía cicatrices muy recientes de algún ataque. Desde luego, algo muy grave tenía que haber sucedido.

Naturalmente había pensado tomar el tren a Camelot. ¡El tren! La estación estaba más vacía que una gruta. Proseguí mi camino. El viaje a Camelot fue una repetición de lo que ya había visto. El lunes y el martes no se diferenciaron en nada del domingo. Llegué bien entrada la noche. De ser la ciudad mejor iluminada del reino, la más parecida a un sol yacente que imaginarse pueda, había pasado a convertirse en un borrón, es decir, una mancha en medio de la oscuridad, ya que allí la oscuridad era aún más densa que en el resto de la oscuridad, y precisamente por eso se podía distinguir. Me hizo pensar que podía haber en ello un símbolo, una especie de señal de que la Iglesia iba a mantener su preponderancia y a destruir mi hermosa civilización de un solo plumazo. No encontré ni rastro de actividad en las sombrías calles. Seguí avanzando a tientas con el corazón apesadumbrado. Se vislumbraba el inmenso castillo como una mancha negra en lo alto de la colina. Ni el más mínimo destello de luz se apreciaba en su entorno. El puente levadizo estaba echado, por lo que no tuve mayor dificultad para avanzar por la amplia entrada. El único sonido que se oía era el de mis propias pisadas, y

ahora, sobre aquellos vastos y desiertos patios, resultaba verdaderamente un sonido sepulcral.


Sir Mordred

42
¡Guerra!

Encontré a Clarence solo en sus aposentos, sumido en la melancolía. En lugar de la luz eléctrica había vuelto a colocar un viejo quinqué, y allí sentado, con todas las cortinas corridas, lo envolvía una siniestra penumbra. En cuanto me vio se levantó de un salto y corrió ansiosamente hacia mí, diciendo:

—¡Ah, bien habría dado un billón de milréis por ver de nuevo a una persona viva!

Me había reconocido tan fácilmente como si yo no estuviese disfrazado, algo que me llenó de miedo, no lo dudéis un instante. Le dije:

—Rápido, dime, ¿qué significa este espantoso desastre? ¿Cómo ocurrió?

—Bueno, si la reina Ginebra no existiese, no hubiera sobrevenido tan pronto[1]. Pero hubiese sucedido de cualquier modo. Habría ocurrido por vuestra causa, tarde o temprano, pero la fortuna ha decidido que fuese a causa de la reina.

—¿Y de sir Lanzarote?

—Exactamente.

—Cuéntame los detalles.

—Supongo que no negaréis que durante los últimos años solo un par de ojos no han estado mirando de reojo a la reina y sir Lanzarote…

—Sí, los ojos del rey Arturo.

—… y solo un corazón no ha albergado sospechas…

—Sí, el corazón del rey; un corazón que es incapaz de pensar mal de un amigo.

—Pues bien, el rey habría podido continuar así, contento y ajeno a las sospechas, hasta el fin de sus días, si no hubiese sido por una de vuestras innovaciones modernas: la Bolsa de Valores. Cuando os marchasteis, cinco kilómetros de la línea Londres-Canterbury-Dover estaban listas para la colocación de los raíles, y también listas para ser pasto de manipulaciones en el mercado de valores. Se trataba de algo demasiado arriesgado y todo el mundo lo sabía. Las acciones correspondientes serían puestas a la venta a un precio bajísimo. Y entonces, ¿qué hace sir Lanzarote, sino…?

—Sí, lo sé. Sin que nadie se diera cuenta compró casi todas las acciones por cuatro perras. Luego hizo un pedido, que doblaba al otro, de acciones que deberían serle entregadas en un plazo determinado, y cuando me marché se disponía a reclamarlas.

—Pues bien, las reclamó. Naturalmente ellos no pudieron hacer la entrega. Entonces sir Lanzarote cogió sus tenazas, por así decir, y comenzó a apretar. Los otros se reían para sus adentros, complacidos con su astucia al venderle por quince, dieciséis y cifras similares, acciones que ni siquiera valían diez. Se rieron hasta que se les cansó un lado de la cara, y luego lo hicieron por el otro lado. Entonces actuó sir Lanzarote el Invencible y tuvieron que alcanzar un compromiso ¡para comprarle a doscientos ochenta y tres!

—¡Rayos y centellas!

—Los desolló vivos, y bien que se lo merecían. El reino entero se regocijó por ello. Pues bien, entre los desollados estaban sir Agravaine y sir Mordred, sobrinos del rey[2]. Fin del primer acto. Acto segundo, escena primera: un apartamento en el castillo de Carlisle[3], donde se había aposentado la corte para una expedición de caza de un par de días. Personajes presentes: toda la tribu de sobrinos de Arturo. Mordred y Agravaine proponen llamar la atención del candoroso rey sobre lo de la reina y sir Lanzarote. Sir Gawain, sir Gareth y sir Gaheris[4] no quieren tener nada que ver con el asunto. Se produce una discusión airada; en medio de ella aparece el rey. Mordred y Agravaine se apresuran a revelarle la devastadora historia. Telón. Le tienden una trampa a sir Lanzarote, por orden del rey, y sir Lanzarote cae en ella. Pero les hizo pasar un rato bastante desagradable a los testigos que se habían emboscado para delatarle, a saber: Mordred, Agravaine y doce caballeros de menor rango, pues les dio muerte a todos, con excepción de Mordred. Por supuesto que esto no podía arreglar las cosas entre Lanzarote y el rey, y no las arregló.

—¡Ay de mí! Todo esto no puede tener más que un desenlace no me cabe duda. La guerra, y la división de los caballeros del reino en dos bandos, el del rey y el de Lanzarote.

—En efecto, así ocurrió. El rey ordenó que la reina fuese llevada a la hoguera, para purificarla con el fuego. Lanzarote y sus caballeros consiguieron ponerla a salvo, y al hacerlo dieron muerte a varios viejos y queridos amigos vuestros y míos…, de hecho, algunos de los mejores que jamás hayamos tenido: sir Belias el Orgulloso, sir Segwarides, sir Griflet el Hijo de Dios, sir Brandiles, sir Aglovale…



—¡Ay! Estás desgarrando las fibras de mi corazón.

—… esperad; todavía no he terminado… Sir Tor, sir Gauter, sir Gillimer…

—¡El mejor jugador de mi equipo de béisbol! ¡Qué destreza como lateral derecho!

—… los tres hermanos de sir Reynold, sir Damus, sir Priamus, sir Kay el Forastero…

—¡Mi incomparable mediocampista! Le he visto atrapar con los dientes bolas imposibles. Termina pronto, ¡no puedo soportarlo más!

—Sir Driant, sir Lambegus, sir Herminde, sir Pertilope, sir Perimones[5] y…, ¿quién os imagináis?

—¡Dime, de prisa!

—Sir Gaheris y sir Gareth… ¡Los dos!

—¡Increíble! Pero si tenían un afecto indestructible por Lanzarote.

—Bueno, fue un accidente. Estaban de espectadores, y como solo habían asistido para presenciar el castigo de la reina iban desarmados. Ciego de furia, sir Lanzarote derribaba a golpes a todos los que se encontraban en su camino, y a estos los mató sin siquiera darse cuenta de quiénes eran. He aquí una instantánea que uno de nuestros muchachos tomó durante la batalla; está a la

venta en todos los puestos de periódicos. Mirad… Las dos figuras que se ven junto a la reina son sir Lanzarote, con su espada en alto, y sir Gareth en el momento de exhalar su último suspiro. A pesar de la densa humareda se alcanza a apreciar la expresión de agonía en la cara de la reina. Creo que es una estupenda foto de batalla.

—Claro que sí. Debemos conservarla con sumo cuidado, pues su valor histórico es incalculable. Continúa.

—Bueno, el resto de la historia es guerra, simple y llanamente. Lanzarote se retiró a su castillo de la Gozosa Guardia[6], y reunió allí a un gran número de caballeros dispuestos a seguirle. El rey llegó hasta aquel sitio con una gran hueste y sobrevino una batalla desesperada que se prolongó durante varios días, y al final de la cual toda la llanura circundante quedó cubierta de cadáveres y restos de hierro. Luego, la Iglesia se sacó de la manga un acuerdo de paz entre Arturo y Lanzarote y la reina y todo el mundo…, todo el mundo, salvo sir Gawain. El caballero estaba muy dolido por la muerte de sus hermanos, Gareth y Gaheris, y no hubo forma de apaciguarle. Emplazó a Lanzarote a que volviese a su ducado e hiciese veloces preparativos, pues pronto sería atacado. Así que Lanzarote navegó hasta su ducado de Guienne[7] con sus seguidores, y Gawain lo hizo poco después, con un ejército, y convenció a Arturo para que se uniese a él. Arturo dejó entonces el reino en manos de sir Mordred hasta vuestro regreso…

—¡Ah! La acostumbrada sabiduría de un rey.

—Así es; desde un principio sir Mordred comenzó a preparar el terreno para que su reinado fuese permanente. Como primera medida pretendía casarse con Ginebra, pero ella huyó y se encerró en la Torre de Londres. Mordred atacó; el arzobispo de Canterbury lo castigó con el Entredicho. Regresó el rey; Mordred se enfrentó con él en Dover, en Canterbury y de nuevo en Barham Down. Luego se celebraron conversaciones y se alcanzó un compromiso. Los términos: Mordred asumiría el poder sobre los condados de Cornualles y Kent en vida de Arturo y, tras su muerte, se quedaría con todo el reino[8].

—¡Vaya, por vida mía! Mi sueño de una república no pasará de ser un sueño.

—Sí. Los dos ejércitos se hallaban cerca de Salisbury[9]. Gawain…, por cierto, su cabeza se encuentra cerca del castillo de Dover, pues cayó en esa batalla… Bueno, Gawain se le apareció a Arturo en un sueño, por lo menos su fantasma lo hizo, y le advirtió que debía abstenerse de combatir durante un mes, costase lo que costase esa prórroga. Pero los acontecimientos se

precipitaron a raíz de un accidente y se entró en batalla. Veréis, Arturo había dado orden de que si una espada se desenvainaba durante las consultas con Mordred sobre el tratado propuesto se hicieran sonar las trompetas y de inmediato se pasase al ataque, ya que no confiaba en él. Por su parte, Mordred había impartido una orden similar a los suyos. Pues bien, de improviso una serpiente picó a uno de los caballeros en el talón, y este, sin recordar la orden, sacó la espada y la blandió contra la serpiente. No alcanzó a pasar un minuto antes de que las dos huestes prodigiosas se acometiesen con gran estrépito[10]. Todo el resto del día lo emplearon en hacer una carnicería. Entonces el rey…, ah, pero esperad, desde que os marchasteis hemos comenzado algo nuevo, quiero decir, el periódico ha comenzado algo.

—¡No me digas! ¿Qué es?

—¡Corresponsalías de guerra!

—¡Recórcholis! Me parece estupendo.

—Sí. El periódico marchaba viento en popa, y así, mientras duró la guerra, el Entredicho no causó mayor daño ni tuvo seguimiento. Teníamos corresponsales de guerra en ambos ejércitos. Para terminar con el recuento de la batalla te leeré lo que escribió uno de los muchachos:

> Entonces, el rey miró en torno suyo y advirtió que de todas sus huestes y de todos sus buenos caballeros no quedaban con vida más que dos caballeros, que eran sir Lucan el Copero y su hermano, sir Bedivere; y uno y otro se hallaban fieramente heridos. «¡Jesús, clemencia! —dijo el rey—. ¿Qué ha sido de todos mis nobles caballeros? ¡Ay, y pensar que he tenido que ver este día aciago! Porque ahora —dijo Arturo— se acerca mi fin. Pero pluguiera al cielo que yo conociese dónde se encuentra ese traidor de sir Mordred, que ha causado todo este infortunio». En esto oteó el rey Arturo el sitio donde estaba sir Mordred, apoyado en su espada entre un gran montón de caballeros muertos. «Dadme ahora mi lanza —dijo Arturo a Lucan—, porque allá en la distancia he avistado al traidor que ha provocado todo este daño». «Señor, dejadlo estar —dijo Lucan—, porque él es desdichado, y si vos sobrevivís a este aciago día, bien os habréis vengado de él; recordad, buen señor, vuestro sueño de la otra noche y lo que os dijo el espíritu de sir Gawain, y a pesar de ello Dios, en toda su bondad, os ha preservado hasta aquí. Así, pues, señor, retiraos ahora por el amor de Dios. Porque, alabado sea el Señor, habéis ganado el campo, que de este lado quedamos tres con vida, y del lado de sir Mordred no queda ninguno. Y si os retiráis ahora, atrás dejaréis este aciago día». «Me espere la muerte o me espere la vida —dijo el rey—, no escapará de mis manos; lo veo ahora solo, y mejor ocasión que esta no se me presentará jamás». «Que Dios os guíe», dijo sir Bedivere. Al punto el rey cogió la lanza con ambas manos y corrió hacia sir Mordred, gritando: «¡Traidor! ¡Ha llegado el día de tu muerte!». Y cuando sir Mordred oyó a sir Arturo, corrió a su encuentro con la espada en la mano. Y entonces el rey Arturo golpeó a sir Mordred bajo el escudo con la punta de su lanza y se la clavó en el cuerpo más de un palmo. Y cuando sir Mordred sintió que estaba herido de muerte, con toda la fuerza que le quedaba se empujó hasta el extremo de la lanza del rey Arturo. Y en el mismo instante, sujetando la espada con ambas manos, le descargó sobre un lado de la cabeza de su padre Arturo[11], de tal manera que la espada atravesó el yelmo y el

> cráneo, y sir Mordred cayó al suelo, muerto en el acto. Y el noble Arturo cayó a tierra desmayado, y allí permaneció largo tiempo[12].

—Una muestra excelente de corresponsalía de guerra, Clarence. Eres un periodista de primera. Bueno, ¿y cómo está el rey? ¿Ya se recuperó?

—No. El pobre ha muerto.

Me quedé completamente atónito; yo había llegado a pensar que ninguna herida podría ser mortal para él.

—¿Y la reina, Clarence?

—Se ha hecho monja. Está en Almesbury[13], en un convento.

—¡Cuántos cambios! Y en tan poco tiempo. ¡Es inaudito! Y me pregunto qué va a pasar después.

—Yo puedo deciros lo que va a pasar.

—¿Ah, sí?

—Tendremos que arriesgar nuestras vidas y tratar de salvarlas.

—¿Qué quieres decir?

—Es la Iglesia quien manda ahora. El Entredicho estaba destinado a vos, además de Mordred, y no será retirado mientras viváis. Los clanes se están reuniendo. La Iglesia ha congregado a todos los caballeros que han sobrevivido, y en cuanto os descubran vamos a tener trabajo a manos llenas.

—¡Tonterías! Con nuestro mortífero material de guerra científico; con nuestras huestes de entrenados…

—No desperdiciéis aliento en palabras vanas… ¡No quedan ni sesenta que nos sean leales!

—¿Pero qué estás diciendo? Nuestras escuelas, nuestras universidades, nuestros enormes talleres, nuestros…

—Cuando los caballeros lleguen todos esos establecimientos quedarán vacíos y sus ocupantes se pasarán al enemigo. ¿Creíais que vuestra educación había extirpado la superstición del corazón de la gente?

—Por supuesto que sí.

—Bueno, pues ya podéis empezar a dejarlo de creer. Soportaron sin vacilar todos los esfuerzos y dificultades, hasta que vino el Entredicho. Desde entonces presentan una apariencia de valentía, pero lo cierto es que por dentro están temblando. Es mejor que os hagáis a la idea: cuando los ejércitos lleguen desaparecerá la máscara de valentía.

—Son noticias muy penosas. Estamos perdidos. Utilizarán contra nosotros nuestra propia ciencia.

—No, no lo harán.

—¿Y por qué no?

—Porque yo y un pequeño grupo de los leales les hemos cortado esa jugada. Os diré lo que hice y lo que me movió a hacerlo. Podéis ser muy listo, pero esta vez la Iglesia lo ha sido más. Fue la Iglesia la que os envió de crucero… a través de sus sirvientes, los médicos.

—¡Clarence!

—Es cierto. Lo sé bien. Todos y cada uno de los oficiales de vuestro navío habían sido elegidos por la Iglesia para servir sus planes, al igual que todos los miembros de la tripulación.

—¡Pero qué me dices!

—No lo dudéis en absoluto, que bien refiero la verdad. No descubrí estas cosas en seguida, pero al final lo supe todo. ¿Me mandasteis decir a través del comandante del barco que en cuanto regresase a vuestro lado con las provisiones partiríais de Cádiz?…

—¡Cádiz! ¡Nunca he estado en Cádiz!

—Sigo. ¿Que partiríais de Cádiz en un crucero por mares lejanos durante tiempo indeterminado, en pro de la salud de vuestra familia? ¿Me enviasteis ese mensaje?

—Claro que no. Te habría escrito, ¿no te parece?

—Naturalmente. Por eso me inquieté y comencé a sospechar. Cuando el comandante zarpó de nuevo, me las arreglé para colar un espía entre la tripulación. Desde entonces no he tenido noticias del navio ni del espía. Me di un plazo de dos semanas para recibir noticias vuestras. Luego decidí enviar un barco a Cádiz. Una razón me lo impidió.

—¿Qué razón?

—¡Que nuestra marina desapareció repentina y misteriosamente! De manera igualmente repentina y misteriosa cesaron los servicios de ferrocarril, de teléfono y de telégrafo; los empleados abandonaron sus puestos, los postes fueron derribados, la Iglesia proscribió el uso de luz eléctrica. Tuve que ponerme en acción, y sin perder tiempo. Vuestra vida no corría peligro; con excepción de Merlín, ninguna persona en estos reinos se arriesgaría a tocar a un mago tan poderoso como vuestra merced sin contar con el respaldo de diez mil hombres. Yo no tenía otra cosa que hacer salvo asegurarme de que los preparativos estuviesen lo mejor dispuestos posible para el momento de vuestro regreso. También yo me sentía a salvo, pues nadie estaría muy interesado en hostigar a uno de vuestros predilectos. Así que lo que he hecho es esto: de nuestras distintas fábricas elegí a los hombres, quiero decir, a los muchachos, de cuya fidelidad me sentiría seguro en cualquier circunstancia, los reuní en secreto y les impartí las instrucciones necesarias. En total son

cincuenta y dos, ninguno tiene menos de catorce años y ninguno más de dieciesiete.

—¿Y por qué elegiste muchachos?

—Porque todos los demás nacieron en una atmósfera de superstición, y se criaron inmersos en ella. Está en su sangre y en sus huesos. Pensamos que con la educación la habíamos eliminado; ellos también lo pensaban, pero el Entredicho despertó sus antiguas creencias, como el estallido de un trueno. Fue una revelación para ellos y una revelación para mí. Con los muchachos es diferente. Los que han estado bajo nuestra tutela de siete a diez años no han tenido conocimiento de los terrores de la Iglesia, y de entre ellos reuní a mis cincuenta y dos. El paso siguiente fue realizar una visita privada a la vieja caverna de Merlín, no la pequeña, sino la grande…

—Sí, aquella donde instalamos secretamente nuestra primera gran planta eléctrica cuando yo preparaba un milagro.

—Justamente. Y como en aquel entonces no fue necesario obrar el milagro me pareció que sería una buena idea utilizar la planta ahora. He llenado la caverna con provisiones suficientes para resistir un asedio…

—Muy buena idea, ¡magnífica idea!

—Así me parece. Dejé a cuatro de los muchachos como guardias… en el interior de la caverna, donde no podrían ser vistos. No se le haría daño a nadie… que estuviese afuera, pero si alguno intentaba entrar…, bueno, ¡no lo volvería a intentar! Luego fui a las colinas, excavé y corté el cable secreto que conectaba vuestro dormitorio con los cables que conducen a los depósitos de dinamita situados debajo de todos nuestros talleres, almacenes, fábricas y canteras, y alrededor de la medianoche mis muchachos y yo conectamos el cable con la caverna, y nadie más que vos y yo sabemos dónde se encuentra el otro extremo. Lo tendimos bajo tierra, por supuesto, y en un par de horas habíamos terminado. Ya no tendremos necesidad de salir de la fortaleza cuando queramos hacer volar por los aires nuestra civilización.

—Ha sido una medida muy acertada, Clarence. Lo más natural, desde luego, y una necesidad militar en el actual estado de cosas, después de tantos cambios. Bueno, ¡pero qué cambios se han producido! Pensábamos que tarde o temprano seríamos sitiados en el palacio, pero… de cualquier modo, continúa.

—Seguidamente construimos una cerca de alambre.

—¿Una cerca de alambre?

—Sí; vos mismo hicisteis una sugerencia hace dos o tres años.

—Ah, ahora lo recuerdo… Aquella vez que la Iglesia pretendió medir fuerzas con nosotros por primera vez, y al cabo de un tiempo decidió esperar una ocasión más propicia. Bueno, ¿y cómo has dispuesto la cerca?

—Colocamos doce alambres enormemente resistentes (descubiertos, sin aislante) a partir de una gran dinamo situada en la caverna, una dinamo sin escobillas, excepto un polo positivo y otro negativo.

—Sí; es conecto.

—Los alambres salen de la caverna y rodean un círculo de terreno de unos cien metros de diámetro; son doce cercas independientes, a unos tres metros y medio de distancia unas de otras, o sea, que forman doce círculos concéntricos, y sus extremos regresan a la caverna.

—Correcto también. Continúa.

—Las cercas están sujetas a pesados postes de roble, separados entre sí poco más de un metro, y clavados un metro y medio en la tierra.

—¡Perfecto!

—Sí. Los alambres no tienen conexión terrestre fuera de la caverna. Salen de la escobilla positiva de la dinamo; solo hay una conexión terrestre a partir de la escobilla negativa; los otros extremos del alambre regresan a la caverna y cada uno de ellos está conectado a tierra independientemente.

—No, no; así no puede ser.

—¿Por qué no?

—Demasiado caro. Un despilfarro de fuerza. No necesitas otra conexión con tierra que la de la escobilla negativa. El otro extremo de cada alambre debe traerse de regreso a la caverna, y debe ser sujetado de manera independiente, *sin* conexión con tierra. Piensa ahora en todo lo que se podría ahorrar: una carga de caballería se arroja contra la cerca; pues bien, no estás consumiendo energía, no estás gastando dinero, pues solo hay una conexión con tierra hasta el momento en que los caballeros choquen con el alambre. En ese momento formarán una conexión con la escobilla negativa *a través de la tierra* y caerán todos muertos. ¿No lo ves?… No utilizarás energía hasta el instante en que sea necesario. Tienes tus rayos listos para entrar en acción, como una pistola cargada, pero no te cuesta un centavo hasta el momento en que provoques la detonación. Ah, sí, la conexión con tierra individual…

—¡Pues claro! No sé cómo se me pasó por alto. No solo es más barato, sino que es más eficaz; no pasa nada si se rompen o se enredan los alambres.

—No; especialmente si tenemos un indicador y podemos desconectar el alambre que ha fallado. Bien, continúa. ¿Armas?

—Sí, ya está dispuesto. En el centro del círculo interior, sobre una espaciosa plataforma a dos metros de altura, reuní una batería de trece ametralladoras, con abundante munición.

—Perfecto. Así se podrán dominar todos los puntos de acceso, y cuando lleguen los caballeros de la Iglesia, ¡menudo jolgorio se va a armar! ¿Y la cresta del precipicio que da sobre la caverna?…

—He colocado allí una cerca de alambre y una ametralladora. Desde ese punto no podrán lanzarnos rocas.

—Bien, ¿y los torpedos de dinamita con cilindros de cristal?

—También me he ocupado de ellos. El más hermoso jardín que jamás se ha plantado. Forman un cinturón de unos quince metros de ancho, y rodean la otra cerca, a una distancia de cien metros de ella… Es una especie de terreno neutral. No hay un solo metro cuadrado en todo aquel cinturón que no cuente con un torpedo. Los dejamos en tierra y los cubrimos con una capa de arena. Es un jardín de apariencia muy inocente, pero si a alguien se le ocurre hurgar un poco ya veréis lo que pasa.

—¿Has ensayado los torpedos?

—Bueno, pensaba hacerlo, pero…

—¿Pero qué? Es un enorme descuido no someterlos a…

—¿Una prueba? Sí, ya lo sé. Pero funcionan de maravilla. Coloqué un par de ellos en el camino público que pasa detrás de nuestras líneas, y ya han sido probados.

—Ah, bueno, eso cambia las cosas. ¿Quién se encargó de hacerlo?

—Una comisión de la Iglesia.

—¡Qué amables!

—Sí, vinieron a ordenarnos que nos rindiéramos. Veréis, realmente no venían a probar los torpedos. Ocurrió accidentalmente.

—¿Presentó un informe la comisión?

—Sí, en efecto. Y se oyó en dos kilómetros a la redonda.

—¿Unánime?

—Así lo parecía. Después de eso, y como medida de protección para futuras comisiones, he hecho colocar avisos. Desde entonces no hemos tenido más intrusos.

—Clarence, has trabajado muchísimo, y lo has hecho estupendamente.

—Teníamos un montón de tiempo. Pudimos trabajar sin prisas.

Permanecimos un rato en silencio, pensando. Una vez tomada mi decisión le dije:

—Sí, todo está listo, todo se encuentra en orden, no falta ningún detalle. Ya sé lo que tenemos que hacer.

—También yo: sentarnos a esperar.

—¡Te equivocas! ¡Levantarnos y atacar!

—¿Habláis en serio?

—Claro que sí. Lo mío no es la defensa, sino el ataque. Quiero decir, cuando las cartas que tengo son lo suficientemente buenas…, casi tan buenas como las del enemigo. Ah, sí, nos levantaremos y atacaremos. Así debemos jugar.

—Cien a uno que tenéis razón. ¿Cuándo comienza la actuación?

—*¡Ahora!* Proclamaremos la república.

—Bueno, no hay duda de que eso precipitará los acontecimientos.

—Los pondrá al rojo vivo, te lo aseguro. Antes de mañana al mediodía toda Inglaterra será un avispero, si la Iglesia no ha perdido su astucia. Y sabemos que no la ha perdido. Ahora escribe lo que te voy a dictar:

PROCLAMA

> **Se hace saber a todos**. Considerando que el rey ha muerto sin dejar heredero, es mi deber continuar ejerciendo la autoridad ejecutiva de la que he sido investido, hasta que un nuevo gobierno haya sido creado y entre en funcionamiento. La monarquía ha caducado, ya no existe. Por consiguiente, todo el poder político regresa a su fuente original, la gente de la nación. Junto con la monarquía perecen sus numerosos apéndices; por lo tanto, dejan de existir la nobleza, las clases privilegiadas y la Iglesia oficial. A partir de ahora todos los hombres son exactamente iguales, se encuentran en un mismo nivel y su religión es libre. *Por medio de la presente, se proclama una república* como el estado natural de la nación, al desaparecer toda otra autoridad. Es deber del pueblo de Inglaterra reunirse inmediatamente y celebrar una elección para nombrar sus representantes y depositar en sus manos el gobierno.

Firmé «El Jefe», y junto a la fecha añadí: «En la cueva de Merlín».

—¡Córcholis! —dijo Clarence—. Eso les indicará dónde estamos; es como una invitación a que nos visiten en seguida.

—De eso se trata. Con la proclama nos anotamos un tanto, y ahora es su turno. Manda que se componga el texto, lo impriman y lo coloquen por todas partes, cuanto antes. Luego procura tener listas dos bicicletas al pie de la colina, y entonces, a la caverna de Merlín a toda mecha.

—Estaré listo en diez minutos. ¡Qué ciclón se va a producir mañana cuando comience a trabajar este pedazo de papel!… Realmente es agradable este viejo palacio; me pregunto si alguna vez volveremos a…, pero olvidaos de ello.

43
La batalla del cinturón de arena

Interior de la caverna de Merlín. Clarence, yo y cincuenta y dos jóvenes ingleses, despiertos, brillantes, instruidos y de mente pura. Al amanecer había enviado orden a las fábricas y a todas mis empresas y proyectos importantes para que dejasen de trabajar, desalojaran las instalaciones y se retirasen a una distancia prudente, pues todo iba a saltar por los aires tras la explosión de las minas secretas, «*y no especificándose en qué momento ocurrirá, deben evacuarse de inmediato*». Aquella gente me conocía y tenía confianza en mi palabra. Desalojarían sin perder un minuto, y yo podría tomarme mi tiempo para fijar la fecha de la explosión. Ni a uno solo de ellos se le ocurriría merodear por allí mientras la explosión estuviese pendiente, aunque transcurriese un siglo entero.

Esperamos una semana. No me aburrí durante esos días, pues dediqué todo el tiempo a escribir. En los primeros días pasé este viejo diario a la forma narrativa. Solo me faltaba un capítulo para ponerlo al día. El resto de la semana lo ocupé en escribir cartas a mi mujer. Me había acostumbrado a escribirle a Sandy todos los días durante las temporadas en las que estábamos separados, y seguía haciéndolo por amor a la costumbre y por amor a ella, aunque ahora no pudiese dar salida a las cartas una vez escritas. Pero me ayudaba a pasar el tiempo, ¿sabéis?, era casi como un diálogo, como si estuviese diciendo: «Sandy, qué bien lo pasaríamos si tú y Hola Operadora estuvieseis aquí en la caverna, en lugar de estar solo vuestras fotografías». Y entonces me imaginaba al bebé balbuciendo una especie de respuesta con los puños en la boca, recostado sobre las rodillas de su madre, que sonreiría embelesada, haciéndole cosquillas bajo la barbilla para que riese, y dedicándome de vez en cuando un comentario, etcétera. Bueno, podría seguir así indefinidamente, pluma en mano, horas y horas. Era casi como si estuviésemos todos juntos de nuevo.

Cuando caía la noche enviaba a los espías para que me trajesen noticias. Sus informes sobre la situación se hacían cada vez más impresionantes. Las hordas se iban reuniendo, iban creciendo; por todas las carreteras y caminos de Inglaterra cabalgaban los caballeros, y con ellos venían los curas,

animando a los primeros cruzados, combatientes en esta guerra de la Iglesia. Todos los estamentos nobiliarios, altos y bajos, y las familias hacendadas se habían puesto en camino. Nosotros ya lo habíamos previsto. Íbamos a dejar tan menguadas estas especies que la gente no tendría más remedio que dar un paso hacia adelante y proclamar la república y…

¡Pero qué burro había sido! Hacia finales de aquella semana empecé a comprender cuál era la triste y desalentadora realidad: las masas del país habían lanzado sus gorras al viento y vitoreado la república el primer día, ¡y ahí se había terminado todo! Entonces la Iglesia, los nobles y las familias más prósperas habían fruncido el ceño majestuoso, desaprobadoramente, ¡dejándolos convertidos en ovejas! Desde ese momento las ovejas habían comenzado a volver al redil, es decir, a los campamentos, para ofrecer sus despreciables vidas y su valiosa lana en favor de la «justa causa». ¡Atiza! Si hasta los mismos hombres que hacía poco eran esclavos apoyaban la «justa causa», y la glorificaban, rezaban por ella, y por ella chorreaban babas sentimentales, lo mismo que la gente común. ¡Imaginaos qué porquería humana! ¡Imaginaos qué insensatez! Ahora se escuchaba por todas partes «Muerte a la república», y ni una sola voz disidente. Inglaterra entera marchaba contra nosotros. Verdaderamente, no me lo hubiera imaginado nunca.

Escrutaba a mis cincuenta y dos muchachos minuciosamente; observaba sus caras, su forma de caminar, todas aquellas actitudes inconscientes que constituyen un lenguaje, un lenguaje que nos delata en la situaciones de emergencia, cuando tenemos secretos que no quisiéramos desvelar. Sabía que un único pensamiento se había adueñado de sus mentes y de sus corazones. *¡Inglaterra entera marcha contra nosotros!* Y con cada repetición esta idea se hacía más insistente y se fijaba con mayor fuerza en su imaginación, de tal manera que no los abandonaba ni siquiera cuando dormían, y hasta los difusos y fugaces personajes de sus sueños repetían: «*Inglaterra entera, Inglaterra entera marcha contra nosotros*». Sabía que todo esto ocurriría, que la presión acabaría siendo tan fuerte que forzosamente llegaría el momento en que tendrían que expresarlo y, por tanto, yo debía tener una respuesta preparada para ese momento, una respuesta tranquilizadora, escogida con sumo cuidado.

Estaba en lo cierto. El momento llegó. *Tenían* que decirlo. Pobres muchachos, daba pena verlos. ¡Estaban tan pálidos, tan agotados y preocupados! En un principio su portavoz parecía haberse quedado sin voz y no encontraba las palabras. Esto fue lo que dijo finalmente, en el pulido inglés moderno que se enseñaba en mis escuelas:

—Hemos intentado olvidarnos del hecho de que somos muchachos ingleses. Hemos hecho un esfuerzo por anteponer la razón al sentimiento y el deber al amor. Nuestras mentes lo comprenden, pero el corazón nos lo reprocha. Mientras solo se trataba de la nobleza y los hacendados, de los veinticinco o treinta mil caballeros que habían sobrevivido a anteriores guerras, todos estábamos de acuerdo y no teníamos ninguna duda al respecto. Todos y cada uno de estos cincuenta y dos muchachos que tenéis delante pensaron: «Ellos mismos lo han querido». Pero ahora, pensadlo bien, la cuestión es muy distinta, *Inglaterra entera marcha contra nosotros*. Señor, os rogamos que lo consideréis y reflexionéis; estas gentes son nuestras gentes, carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre; los queremos. ¡No nos pidáis que destrocemos nuestra propia nación!

Bien, esto demuestra la importancia de considerar las cosas con antelación y estar preparado cuando algo sucede. Si no lo hubiese previsto todo, el muchacho me hubiese dejado sin habla. No habría tenido qué responderle. Pero como estaba preparado pude responder:

—Muchacho, vuestros corazones no se equivocan; habéis pensado lo que teníais que pensar y habéis hecho lo que teníais que hacer. Sois ingleses, lo seguiréis siendo y no mancillaréis el renombre de vuestra patria. No tenéis por qué preocuparos; dejad que descansen vuestras mentes. Pensad solo en esto: mientras Inglaterra entera marcha contra nosotros, ¿quién avanza en la vanguardia? ¿Quién, según las reglas más elementales de la guerra, irá en la delantera? Contestadme.

—Las huestes de caballeros montados y recubiertos de acero.

—¡Así es! Son fácilmente unos treinta mil. Cubrirán varios acres. Ahora escuchadme: ellos, única y exclusivamente ellos, llegarán hasta el cinturón de arena. ¡Ese sí que será un episodio! Inmediatamente después, la multitud de civiles abandonará sus posiciones y volverá a ocuparse de sus negocios. Solo los nobles y los ricos pueden hacerse caballeros, así que después del episodio que os digo serán solamente ellos quienes bailen a nuestro compás. Es absolutamente cierto que solo tendremos que luchar contra estos treinta mil caballeros. Ahora manifestaos y se hará como decidáis. ¿Debemos evitar la batalla y retirarnos del campo?

—¡¡¡No!!!

El grito fue unánime y sincero.

—¿Tenéis…, tenéis…, bueno, tenéis miedo de esos treinta mil caballeros?

La broma provocó una buena risotada, las dudas de los muchachos se esfumaron y todos se dirigieron a ocupar sus puestos de buen humor.

Verdaderamente eran cincuenta y dos chicos estupendos y tan hermosos como señoritas.

Ahora sí que estaba listo para hacerle frente al enemigo. Cuando llegase el gran día nos encontraría en nuestros puestos.

Y el gran día llegó. Al amanecer, el centinela que hacía la guardia en el corral llegó a la cueva con noticias de una mancha negra que avanzaba en el horizonte y de un sonido distante que él creía identificar como de marchas militares. Después de desayunar les solté a los muchachos un pequeño discurso y luego envié un destacamento, mandado por Clarence, para ocuparse de la batería.

Cuando, al poco tiempo, el sol comenzó a enviar sus espléndidos rayos sobre la tierra, vimos cómo las huestes se movían lentamente hacia nosotros con el impulso constante y acompasado de las olas del mar. A medida que se acercaban, su aspecto se hacía más y más sobrecogedor. Sí; se diría que Inglaterra entera estaba allí. Pronto pudimos ver los innumerables estandartes ondeando al viento, al tiempo que el sol caía sobre aquel mar de armaduras haciéndolas resplandecer. Era un panorama soberbio; jamás había visto algo que pudiese superarlo.



Finalmente, pudimos distinguir los detalles. Todas las líneas delanteras —imposible calcular su amplitud— estaban integradas por hombres a caballo,

caballeros empenachados y cubiertos por armaduras. De repente, se dejó oír el estruendo de las trompetas y aquel lento avance se convirtió en un galope, y entonces…, bueno, ¡eso habría que haberlo visto! La inmensa ola en forma de herradura se lanzó al ataque…, acercándose al cinturón de arena… Se me cortó la respiración; estaban cada vez más y más cerca, hasta que la franja de verde césped que lindaba con el cinturón amarillo fue tan estrecha que se convirtió en una delgada cinta frente a los caballos…, y un instante después desapareció bajo sus cascos. ¡Cielo santo! Toda la vanguardia salió disparada a las alturas con un bramido y se convirtió en una caótica tempestad de trapos y fragmentos, mientras a lo largo del terreno se extendía una espesa columna de humo que escondía de nuestra vista lo que había quedado de toda aquella multitud.

Había llegado la hora de poner en marcha el segundo paso de nuestro plan de acción. Pulsé un botón y al instante Inglaterra entera quedó descoyuntada.

Con esta explosión volaron por los aires todas nuestras nobles fábricas de civilización y desaparecieron de la faz de la tierra. Era una pena, pero tenía que hacerlo. No podíamos permitir que el enemigo utilizase nuestras propias armas contra nosotros.

A esto siguió uno de los cuartos de hora más aburridos que haya soportado nunca. Esperamos en una silenciosa soledad, aislados por nuestros círculos de alambre y por la densa cortina de humo que se levantaba en la distancia. No podíamos ver nada por encima de la barrera de humo, ni tampoco a través de ella. Pero, finalmente, comenzó a disiparse, perezosamente, y después de otro cuarto de hora el horizonte apareció despejado y pudimos satisfacer nuestra curiosidad. ¡Ni una criatura viviente a la vista! Entonces nos dimos cuenta de que nuestras defensas se habían visto reforzadas: la dinamita había abierto a nuestro alrededor una zanja de más de treinta metros de ancho, formando a ambos lados de la misma un terraplén de unos ocho metros. En lo que se refiere a pérdidas humanas, era algo abismal. Imposible de calcular las víctimas. Desde luego, no pudimos contar los muertos, ya que no podía hablarse de individuos, sino de una homogénea masa protoplasmática, con aleaciones de hierro y de botones.



Aunque no se veía rastro de vida, en la retaguardia tenía que haber heridos que habrían sido evacuados del campo de batalla, al abrigo de la cortina de humo. También tenía que haber enfermos; siempre los hay después de un episodio de este tipo, pero no quedarían refuerzos; este era el último reducto de la caballería andante de Inglaterra; era todo lo que había sobrevivido a las devastadoras guerras recientes. Confiaba por ello en que la mayor fuerza que podría ser enviada contra nosotros en el futuro sería insignificante, quiero decir, en cuanto a caballeros andantes. Por tanto, dirigí a mi ejército una proclama de felicitación en estos términos:

> SOLDADOS, CAMPEONES DE LA IGUALDAD Y DE LA LIBERTAD HUMANA. ¡Vuestro general os saluda! Obnubilado por el orgullo de su fuerza y la vanidad de su renombre, el arrogante enemigo se atrevió a desafiaros. Pero estabais preparados. El conflicto fue breve y redundó en gloria vuestra. Esta resonante victoria no tiene par en la historia, al haberse llevado a cabo sin pérdida alguna de nuestra parte. El recuerdo de *la batalla del cinturón de arena* permanecerá en la memoria de los hombres mientras los planetas sigan girando dentro de sus órbitas.
>
> EL JEFE

Lo leí con propiedad y conseguí una salva de aplausos que me fue muy grata. Rematé con los siguientes comentarios:

—La guerra contra la nación inglesa, como nación, se da por concluida. La nación se ha retirado del campo de batalla y de la guerra. Antes de que pueda ser persuadida para volver a las armas, la guerra habrá cesado. Será esta la única campaña que se libre. Y será breve; la más breve de la historia. Pero también la más destructiva en cuanto a vidas humanas se refiere, considerándola desde el punto de vista de víctimas en proporción con el número de combatientes. Con la nación ya hemos terminado; en adelante nos ocuparemos exclusivamente de los caballeros. Los caballeros ingleses pueden ser aniquilados, pero no conquistados. Somos conscientes de lo que se avecina. Mientras uno solo de estos hombres siga con vida, nuestra tarea no habrá terminado, y la guerra no se dará por finalizada. Los mataremos a todos. (*Un sonoro y prolongado aplauso*).

Coloqué vigías en los terraplenes que la explosión de la dinamita había formado alrededor de nuestras líneas: tan solo a un par de muchachos para que nos alertasen cuando apareciese de nuevo el enemigo.

A continuación envié a un ingeniero con cuarenta hombres a un punto justo al sur de nuestras líneas para que desviasen un arroyo de montaña y lo hiciesen pasar por nuestro sitio, de modo que en caso de emergencia

pudiésemos utilizarlo inmediatamente. Se dividió a los cuarenta hombres en dos relevos, de veinte cada uno, que se sustituían cada dos horas. En el plazo de diez horas el trabajo estuvo terminado.

Cuando caía la noche retiré los vigías. El que había estado oteando el norte dio parte de un campamento que tan solo podía ser detectado con la ayuda de prismáticos. También nos informó que varios caballeros habían estado explorando el terreno y que habían obligado a algunas cabezas de ganado a cruzar nuestras líneas, pero que ellos no se habían atrevido a acercarse. Era justamente lo que yo había anticipado. Nos estaban tanteando: querían saber si volveríamos a arrojar sobre ellos aquel terror rojo. Probablemente se mostrarían más audaces durante la noche. Creía saber ya lo que se proponían hacer, precisamente lo mismo que intentaría yo si me encontrase en su situación y fuese tan ignorante como ellos. Se lo comenté a Clarence.

—Creo que tenéis razón —dijo—; sería el curso de acción más obvio.

—Pues bien —dije—, si lo intentan, están perdidos.

—Ya lo creo.

—No tendrán ni la más mínima oportunidad.

—Desde luego que no.

—Es pavoroso, Clarence. ¡Qué lástima me da!

El asunto me preocupaba de tal manera que no conseguía dejar de darle vueltas. Al final, y para acallar mi conciencia, escribí el siguiente mensaje, destinado a los caballeros:

> AL HONORABLE COMANDANTE DE LA CABALLERÍA INSURRECTA DE INGLATERRA. Lucháis en vano. Conocemos vuestras fuerzas, si es que pueden denominarse así. Sabemos que para enfrentaros podríais reunir a lo sumo veinticinco mil hombres. Por consiguiente, no tenéis ni la más mínima oportunidad. Reflexionad; estamos bien equipados, bien parapetados y somos cincuenta y cuatro. ¿Cincuenta y cuatro qué? ¿Hombres? No, ¡mentes! Las mentes más capaces que existen en el mundo, una fuerza contra la cual la simple fuerza animal no tiene más esperanzas de triunfar que las que tienen las indolentes olas del mar de prevalecer sobre los muros de granito de las costas de Inglaterra. Quedáis advertidos. Os estamos ofreciendo vuestras vidas; en nombre de vuestras familias, no lo rechacéis. Esta es la última oportunidad que os damos; abandonad las armas; rendíos incondicionalmente a la República y todo será perdonado.
>
> (Firmado: EL JEFE)

Se lo di a Clarence y le comuniqué que me proponía enviarlo con un mensajero que portase una bandera de tregua. Se rio con esa risa que le

caracterizaba y dijo:

—Tengo la impresión de que nunca llegaréis a entender completamente cómo son estos nobles. Vamos a ahorrarnos tiempo y molestias. Imaginad que soy el comandante de los caballeros. Ahora bien, vos sois el portador de la bandera blanca que viene a entregar el mensaje y yo he de daros la respuesta.

Decidí seguirle la corriente. Me aproximé a la imaginaria guardia de los soldados enemigos, saqué mi nota y la leí. Por toda respuesta, Clarence me arrebató el papel de las manos, frunció los labios con desdén y dijo con increíble desprecio:

—Descuartizad a este animal, y devolvedlo en una cesta al mal nacido granuja que lo ha enviado. ¡No hay otra respuesta!

¡Qué poco vale la teoría cuando se confronta con la realidad! Y esto no era otra cosa que la pura realidad. Era exactamente lo que habría ocurrido, y no hay más vueltas de hoja. Rompí el papel y concedí a mis inoportunos sentimentalismos un eterno descanso.

Y en seguida, de vuelta al trabajo. Comprobé el funcionamiento de las señales eléctricas que iban desde la plataforma de ametralladoras hasta la caverna y me aseguré de que todo estuviese en orden. Verifiqué una y otra vez las que activaban las cercas y mediante las cuales podía enviar e interrumpir a voluntad la corriente eléctrica de cada cerca, independientemente de las otras. Dejé el dispositivo de conexión al mando de tres de mis mejores muchachos, que se alternaban para hacer la guardia durante la noche, en turnos de dos horas, y que estaban alertas para obedecer con presteza mi señal en caso de que se presentase la ocasión —tres disparos de revólver en rápida sucesión—. Se prescindió de la vigilancia nocturna y se dejó desierto el corral. Impartí órdenes para que se mantuviese el silencio en la caverna y se redujesen las luces a su intensidad mínima.

En cuanto anocheció del todo corté la corriente de las cercas y a tientas llegué hasta el terraplén que bordeaba nuestro lado de la zanja de dinamita. Me arrastré cautelosamente hasta la cima y me tendí sobre la pendiente para vigilar. Pero estaba tan oscuro que no se veía nada. Tampoco se oía sonido alguno. Reinaba una calma mortal. En realidad, solo me llegaban los típicos sonidos del campo —el batir de alas de los pájaros nocturnos, el zumbido de los insectos, el lejano ladrido de algún perro y el tranquilo mugir del ganado en la distancia—, pero estos, lejos de romper la calma, la hacían más intensa, añadiendo además una ominosa melancolía.

Al cabo de un rato dejé de inspeccionar, pues la noche era demasiado negra, pero mantuve mis oídos alerta al mínimo ruido que juzgase

sospechoso, ya que tenía la sensación de que era solo cuestión de esperar. Sin embargo, la espera fue larga. Al final conseguí distinguir lo que bien podrían denominarse destellos de sonidos, un ruido sordo y confuso como de metal. Entonces agucé mis oídos al máximo y contuve la respiración, pues era todo lo que había estado esperando. El sonido se intensificaba, se hacía más cercano… Procedía del norte. Poco tiempo después lo oí a mi altura, sobre aquella especie de muro que había formado el terraplén y justo enfrente de mí, a unos cien pasos de distancia. En seguida me pareció ver una hilera de puntos negros en lo alto de esa cima. ¿Cabezas humanas? No podía afirmarlo, quizá no fuese nada; no se puede fiar uno de la vista cuando la imaginación se desata. De cualquier manera, la cuestión se dilucidó pronto. Oí cómo aquel ruido metálico descendía hasta la zanja. Fue aumentando y extendiéndose. Tuve entonces la certeza de que una horda armada estaba acuartelándose en la zanja. Definitivamente nos estaban preparando una fiesta sorpresa. Tendríamos entretenimiento hacia el amanecer, quizá antes.

Me abrí paso entre las tinieblas en dirección al campamento; había visto suficiente. Fui hasta la plataforma y di la señal para que activasen la corriente en las dos cercas interiores. Luego me dirigí a la caverna, donde pude constatar que todo estaba en su sitio y que todo el mundo dormía, a excepción del vigía nocturno. Desperté a Clarence y le conté que la gran zanja se estaba llenando de hombres y que sospechaba que todos los caballeros avanzaban hacia nosotros al mismo tiempo. Mi opinión era que, en cuanto amaneciese, los miles de caballeros atrincherados en la zanja se abalanzarían sobre el terraplén para asaltarnos y estos serían seguidos de inmediato por el resto del ejército. Dijo Clarence:

—Enviarán a uno o dos exploradores que, amparados en la oscuridad, harán una inspección preliminar. ¿Por qué no cortar la corriente de las cercas exteriores y darles una oportunidad de que lo hagan?

—Ya lo he hecho, Clarence. ¿Me habéis visto actuar alguna vez de manera poco hospitalaria?

—No; verdaderamente tenéis un buen corazón. Me gustaría ir y…

—Y formar parte del comité de recepción. Yo también iré.

Cruzamos el corral y nos tendimos uno al lado del otro entre las dos cercas interiores. La tenue luz de la caverna había distorsionado un tanto nuestra visión, pero el foco comenzó a regularse por sí mismo al instante y pronto estuvo totalmente adaptado a las nuevas circunstancias. Aunque habíamos hecho el recorrido a tientas, ahora ya distinguíamos los postes de

las cercas. Comenzamos a hablar en susurros, pero de repente Clarence se interrumpió y dijo:

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué?

—Aquella cosa de allá.

—¿Aquella cosa de dónde?

—Ahí, en esa dirección; algo negro, una especie de silueta deforme, contra la segunda cerca.

Escrutamos con fijeza. Le pregunté:

—¿Podría ser un hombre, Clarence?

—No; creo que no. Si os dais cuenta, se parece un poco… ¡Cómo, claro que es un hombre!… Apoyado sobre la cerca.

—Pues eso creo que es. Acerquémonos a ver.

Avanzamos a gatas hasta que estuvimos lo suficientemente cerca como para ver. Sí; era un hombre, una figura grande y vaga, recubierta por una armadura, que se mantenía erguido, sujetándose con ambas manos de la alambrada más alta… Por supuesto, olía a carne quemada. Pobre muchacho, más muerto que una bisagra y sin saber qué era lo que había ocurrido. Estaba allí, quieto como una estatua; nada se movía a su alrededor, a excepción de su penacho de plumas que silbaba contra el viento. Nos levantamos y echamos un vistazo a través de los barrotes de la visera, pero no logramos averiguar si le conocíamos o no… ¡Las facciones, demasiado opacas y sombrías!

Oímos sonidos amortiguados que se aproximaban, y sin vacilar nos echamos al suelo. Distinguimos vagamente a otro caballero. Se acercaba con extremo sigilo, tanteando las sombras. Estaba ahora lo bastante cerca para que pudiésemos ver cómo extendía la mano y, topando con la alambrada superior, se inclinaba para deslizarse debajo de ella y por encima de la que estaba más próxima del suelo. Llegó hasta dónde se encontraba el primer caballero y estuvo allí, quieto un momento, seguramente preguntándose por qué el otro no se movía y diciéndole en un tono de voz muy bajo:

—¿Qué hacéis durmiendo aquí, mi buen señor Mar…?

Apoyó su mano en los hombros del cadáver y, emitiendo un débil quejido, cayó muerto. Muerto a manos de un muerto; de hecho, muerto a manos de un amigo muerto. Había en ello algo de macabro.

Durante media hora siguieron apareciendo estos pájaros madrugadores, a razón de uno cada cinco minutos. Las únicas armas ofensivas que traían eran sus espadas y, por regla general, al dirigirlas hacia adelante, tocaban con ellas la alambrada. De vez en cuando distinguíamos una chispa azul, cuando el

caballero que la había causado se encontraba tan alejado de nosotros que quedaba fuera de nuestra vista, pero, de cualquier manera, sabíamos qué era lo que había ocurrido. ¡Pobre muchacho! Había tocado con su espada una alambrada cargada y se había electrocutado. Teníamos breves intervalos de siniestra quietud, interrumpidos con lamentable regularidad por el estruendo que hacía al caer uno de aquellos acorazados. Esta actividad continuó durante un buen rato, y allí, en medio de la oscuridad y la soledad, resultaba espeluznante.

Decidimos realizar una inspección de la franja que rodeaba las cercas interiores. Preferimos caminar erguidos, pues resultaba más cómodo, y habíamos llegado a la conclusión de que, si nos avistaba alguno de los caballeros, nos tomaría por amigos y no por enemigos. Además, nos encontrábamos fuera del alcance de las espadas, y aquella gente no parecía estar armada de lanzas. Pues bien, fue una expedición bastante singular. Hombres muertos por doquier junto a la segunda cerca; no eran totalmente visibles, pero de cualquier modo se alcanzaban a vislumbrar. Contamos quince de aquellas patéticas estatuas: caballeros muertos, aún de pie y con sus manos en el alambre superior.

Una cosa parecía haber sido suficientemente demostrada: nuestra corriente era tan potente que mataba antes de que la víctima pudiese proferir un grito. Muy pronto percibimos un sonido pesado, amortiguado, y en el instante siguiente adivinamos de qué se trataba. La sorpresa que se nos avecinaba era tremenda. Le susurré a Clarence que fuese a despertar al ejército y les pidiese que esperaran dentro de la caverna en silencio hasta recibir nuevas órdenes. Regresó poco después, y nos quedamos junto a la cerca interior, observando el terrible y silencioso trabajo de los rayos sobre las huestes agresoras. No era posible distinguir detalles, pero podía verse que una masa oscura se iba apilando más allá de la segunda cerca. ¡Aquel creciente montón estaba formado por cadáveres! Nuestro campamento estaba circundado por una sólida muralla de muertos…, un baluarte, un parapeto de difuntos, podría decirse. Pero uno de los aspectos más terribles de todo era la ausencia de voces humanas; no se oían vítores ni gritos de guerra: como estos hombres se habían propuesto asaltarnos por sorpresa, se movían tan sigilosamente como podían, y cada vez que la vanguardia estaba lo suficientemente cerca de su objetivo como para ir preparando un grito de batalla chocaban contra el mortífero cable y se derrumbaban sin alcanzar siquiera a advertir a sus camaradas.

En aquel momento conecté la corriente de la tercera cerca, y casi inmediatamente, la de la cuarta y la quinta, pues las brechas se llenaban a toda velocidad. Consideré que, por fin, había llegado el momento culminante; a mi parecer, el ejército entero se había metido en nuestra trampa. Fuera como fuese, la ocasión resultaba propicia para averiguarlo. Así, pues, pulsé un botón y al instante cincuenta soles eléctricos ardieron en la cima de nuestro precipicio.

¡Pardiez, qué visión! ¡Estábamos encerrados por tres murallas de cadáveres! Todas las otras cercas estaban llenas casi hasta rebosar de caballeros vivos que solapadamente se abrían paso entre los cables. El inesperado fulgor paralizó a los combatientes y los dejó petrificados de asombro, por así decir. Yo solo contaba con un instante para aprovecharme de su inmovilidad, y no lo perdí. Veréis, un instante después habrían recobrado sus facultades y, lanzando un grito, se hubiesen abalanzado contra nosotros, arrollando a su paso todos mis cables. Pero aquel instante que perdieron les hizo perder su postrera oportunidad: cuando aún no se había acabado de consumir aquel minúsculo fragmento de tiempo abrí la corriente de las demás cercas, y toda aquella horda cayó muerta de manera fulminante. ¡Esta vez sí que se escuchó el gemido! Era el lamento de agonía de once mil hombres, que se extendió en la noche con escalofriante patetismo.

Un vistazo me indicó que el resto del enemigo, quizá unos diez mil hombres, se encontraba entre nosotros y la zanja circundante, y se aprestaba para pasar al ataque. Por consiguiente, los teníamos a *todos*. Estaban todos perdidos, irremisiblemente. Había llegado el momento para el último acto de la tragedia. Hice los tres disparos de revólver, que significaban:

—¡Soltad agua!

Se produjo un súbito rugido, y un minuto después el arroyo se precipitaba por la enorme zanja, creando un río de más de treinta metros de ancho y ocho de profundidad.

—¡A las ametralladoras, muchachos! ¡Abrid fuego!

Las trece ametralladoras comenzaron a vomitar muerte contra los desventurados diez mil. Se detuvieron, por un momento trataron de mantener posiciones ante el devastador diluvio de fuego, pero en seguida rompieron filas, dieron media vuelta y se precipitaron a la zanja como pavesas arrastradas por el temporal. Al menos una cuarta parte del contingente no alcanzó la cima del elevado terraplén; los tres cuartos restantes sí lo hicieron, arrojándose del otro lado… para morir ahogados.

Antes de que pasaran diez minutos desde el momento en que abrimos fuego la resistencia armada estaba totalmente aniquilada, la campaña había terminado, ¡y nosotros cincuenta y cuatro éramos amos de Inglaterra! Veinticinco mil hombres yacían muertos a nuestro alrededor.

¡Pero cuán traicionera es la fortuna! Al poco rato…, digamos una hora…, ocurrió algo, por mi propia culpa, que… No, pero me falta el valor para escribirlo. Que la crónica termine aquí.

44
Posdata de Clarence

Yo, Clarence, debo escribirlo en su lugar. Propuso que saliéramos, él y yo, a ver si se podía prestar alguna ayuda a los heridos. Me mostré rotundamente en contra del proyecto. Le dije que si los heridos eran numerosos, poco podríamos hacer, y que, de cualquier modo, no sería prudente acercarnos confiadamente a ellos. Pero era muy difícil disuadirle de algo una vez que había tomado una decisión, así que cortamos la corriente eléctrica de las cercas, nos hicimos acompañar por una escolta, escalamos los sucesivos bastiones que formaban los caballeros muertos y avanzamos por el campo. El primer hombre herido que pidió auxilio estaba sentado precariamente, con la espalda apoyada en un camarada muerto. Cuando El Jefe se inclinó sobre él para hablarle, el hombre lo reconoció y le asestó una puñalada. Aquel caballeros se llamaba sir Meliagraunce, información que recabé al arrancarle el yelmo. No volverá a pedir ayuda.

Llevamos al Jefe a la caverna y curamos su herida, que no era muy grave, lo mejor que pudimos. Para ello contamos con la ayuda de Merlín, aunque en ese momento no lo sabíamos. Disfrazado de mujer, con el aspecto de una vieja y afable campesina, la cara embadurnada y cuidadosamente afeitada, apareció en la caverna un par de días después de que El Jefe resultara herido, y se ofreció para cocinar para nosotros, diciendo que los suyos se habían marchado para alistarse en unos campamentos que estaba formando el enemigo, y que ella, sola y abandonada, se moría de hambre. El Jefe se había estado recuperando estupendamente y se entretenía terminando su crónica.

Nos alegramos con la llegada de la mujer, ya que nos encontrábamos escasos de personal. Veréis, estábamos metidos en una trampa, una trampa que nosotros mismos habíamos fabricado. Si nos quedábamos allí, nos matarían los muertos que nos rodeaban, pero si salíamos de nuestras defensas dejaríamos de ser invencibles. Eramos al mismo tiempo vencedores y vencidos. El Jefe se daba cuenta de ello; todos nos dábamos cuenta. Si pudiésemos llegar hasta alguno de aquellos campamentos nuevos y lograr un acuerdo de cualquier tipo con el enemigo… sí; pero El Jefe no podía ir, y yo tampoco, pues había sido uno de los primeros en caer enfermo por el aire

venenoso que exhalaban aquellos miles de cadáveres. Luego habían enfermado otros, y otros. Mañana…

Mañana. Ya ha llegado. Y con el nuevo día ha llegado el final. Me desperté hacia medianoche y vi que aquella bruja ejecutaba extraños pases en el aire alrededor de la cabeza y la cara del Jefe. Me pregunté qué podría significar. Con excepción del encargado de vigilar la dinamo, todos dormían, y no se oía ningún ruido. La mujer interrumpió sus misteriosos y absurdos gestos y de puntillas se dirigió hacia la puerta. La llamé.

—¡Alto! ¿Qué estabais haciendo?

Se detuvo y dijo con tono de pérfida satisfacción:

—¡Fuisteis los vencedores y ahora sois los vencidos! Estos otros están pereciendo… y vos también pereceréis. Moriréis todos en este sitio, todos y cada uno… menos él. Duerme ahora… y dormirá durante trece siglos. ¡Yo soy Merlín!

En aquel momento le entró tal ataque de risa tonta que se tambaleó como un borracho y quiso agarrarse de uno de nuestros cables eléctricos. Todavía tiene la boca abierta de oreja a oreja, y se diría que sigue riéndose. Supongo que su rostro conservará esa risotada petrificada hasta que el cadáver se convierta en polvo.

El Jefe no ha movido un músculo. Duerme como una rosa. Si no despierta hoy comprenderemos cuál es el sueño que duerme, y su cuerpo será conducido hasta uno de los rincones más recónditos de la caverna, donde jamás podrá ser encontrado ni profanado. En cuanto al resto de nosotros…, bueno, hemos acordado que si alguno consigue escapar con vida de este lugar lo consignará aquí mismo y lealmente ocultará el manuscrito junto al Jefe, nuestro querido y buen líder, pues, vivo o muerto, este escrito es suyo.

FINAL DEL MANUSCRITO

Posdata final de M. T.

Ya había amanecido cuando dejé a un lado el manuscrito. La lluvia había cesado casi por completo; el mundo aparecía gris y triste; la tormenta, exhausta, suspiraba y se lamentaba, resistiéndose a morir. Fui a la habitación del forastero y me quedé escuchando junto a su puerta entreabierta. Oí su voz, así que llamé. No recibí respuesta. Pero seguía oyendo su voz. Me asomé. El hombre estaba tendido sobre la cama y hablaba entrecortada, pero vigorosamente, enfatizando sus palabras con las manos, que agitaba violenta, incesantemente, como hacen los enfermos que padecen delirios. Me acerqué con cautela y me incliné a su lado. Continuó con sus murmullos y exclamaciones. Dije algo, una palabra cualquiera, para llamar su atención. Sus ojos, vidriosos, y su rostro, ceniciento, se iluminaron inmediatamente con placer, gratitud, alegría y bienvenida:

—Oh, Sandy, finalmente has llegado… ¡Cuánto te he esperado! Siéntate a mi lado… No me dejes… No me dejes nunca más, Sandy, nunca jamás. ¿Dónde está tu mano…? Dame tu mano, querida mía, déjame acariciarla… Así… Ahora todo está bien, todo está en paz, y de nuevo soy feliz… De nuevo somos felices, ¿no es verdad, Sandy? Te veo tan opaca, tan borrosa; no eres más que niebla, una nube, pero estás *aquí*, y con esa felicidad me basta. Y tengo tu mano…, no la retires…, es solo un momento…, no la necesitaré mucho tiempo… ¿Era esa la pequeña…? ¡Hola Operadora!… No responde. ¿Duerme? Cuando despierte, tráela junto a mí y déjame tocar sus manos, su cara, su cabello…, y despedirme de ella… ¡Sandy!… Sí; estás aquí. Me he extraviado unos segundos, y pensé que te habías ido… ¿He estado enfermo durante mucho tiempo? Seguramente que sí; me parece que han sido meses y meses. ¡Y qué extraños sueños he tenido…! Extraños y terribles, Sandy. Sueños que parecían tan reales como la realidad misma…, delirios, claro, ¡pero parecían tan reales! ¡Vaya! Si hasta pensé que el rey había muerto y que estabas en la Galia y no podías volver a casa, y que había una revolución… En el fantástico frenesí de estos sueños pensé que Clarence, yo y un puñado

de mis cadetes nos enfrentábamos con toda la caballería andante de Inglaterra, y la exterminábamos. ¡Pero ni siquiera eso era lo más extraño! ¡Me parecía ser una criatura de una época remota no acaecida a siglos de distancia, e incluso eso era tan real como el resto! Sí, me parecía haber sido catapultado desde aquella época hasta la nuestra, y luego, de nuevo, a la otra, donde me sentía como un forastero, triste y solo en aquella extraña Inglaterra, ¡con un abismo de trece siglos que me separaba de ti! Un abismo que me separaba de mi hogar y de mis amigos, que me separaba de todo lo que es querido y por lo cual vale la pena vivir. Era algo terrible, más terrible de lo que jamás podrías imaginarte, Sandy. Ah, cuida de mí, Sandy…, quédate a mi lado… No permitas que de nuevo pierda la razón. No es nada la muerte; déjala que venga, pero no con estos sueños, no con la tortura de estos sueños espantosos… No podría soportarlos otra vez… ¿Sandy?



Continuó murmurando incoherentemente durante unos instantes y luego se quedó en silencio un rato, al parecer deslizándose hacia la muerte. Al cabo,

sus dedos comenzaron a tirar insistentemente de la colcha y supe por esa señal que se acercaba su fin. Ya con los primeros estertores de la muerte en la garganta trató de incorporarse y se quedó muy quieto, como si intentase escuchar algo:

—¿Una corneta…? ¡Es el rey! ¡Pronto, el puente levadizo! ¡Cubrid las almenas!… Apagad los…

Estaba preparando un último y espectacular «efecto», pero nunca pudo terminarlo.

Apéndice

Samuel L. Clemens (Mark Twain) y su tiempo

1835 El 30 de noviembre nace Samuel Langhorne Clemens en el minúsculo pueblo de Florida, estado de Missouri (población: cien habitantes), hijo de John Marshall Clemens, un abogado sin fortuna, y Jane Lampton, una mujer profundamente religiosa, seguidora de los principios calvinistas del libre examen y de la predestinación.

Se establecen los límites definitivos de Missouri, que había sido *1836* admitido en la Unión Americana en 1821. Durante mucho tiempo sería un estado «intermedio»: políticamente adscrito a los estados sureños, esclavista, pero separado de Illinois —un estado norteño y antiesclavista— tan solo por el río Mississippi, geográficamente situado en el llamado Medio Oeste. En la práctica era casi un estado del Este gracias al acelerado proceso de los medios de comunicación, y en la imaginación de los jóvenes norteamericanos casi un estado del Oeste, pues lindaba con los territorios indios, y San Luis era el puerto de expansión hacia Oregón, Nuevo México y California.

1839 La familia Clemens se traslada a Hannibal —un mercado de granjeros de quinientos habitantes—, en el mismo estado de Missouri, a orillas del río Mississippi (el futuro «San Petersburgo» de Tom Sawyer y Huckleberry Finn).

Muere el padre. El pequeño Samuel debe abandonar sus estudios *1847* en la escuela pública y entrar como aprendiz en una imprenta. Comienza a leer ávidamente y a interesarse por el oficio de impresor, en el cual llegaría a ser un verdadero experto.

1848-1853 Trabaja en varias imprentas de periódicos en Hannibal, y en el periódico de su hermano Orion publica sus primeros artículos, fuertemente influido por los artículos satíricos y humorísticos, muy de moda en los periódicos por aquellos días. Se ha escrito que muchos de sus primeros esfuerzos periodísticos estaban plagados de errores de ortografía y redacción[1].

Decide salir de casa y, ganándose la vida como impresor itinerante, reside durante breves períodos en St. Louis, Nueva York, Philadelphia, Cincinatti, y finalmente Keokuk, Iowa, donde es empleado por su hermano Orion, que se había mudado allí. En 1857 se propone viajar hasta el Amazonas y hacer fortuna en Sudamérica. No tiene suerte en su intento, pues no encuentra barcos que vayan al Amazonas, y su capital en esos momentos asciende solo a diez dólares. *1853-1857*

1857-1861 Aprendiz de piloto y piloto de barcos de vapor en el río Mississippi. Twain se refería a esos cuatro años como su «universidad». En efecto, durante ese período adquirió una gran experiencia sobre los más diversos tipos de gente, modos de vida, relatos orales, anécdotas y leyendas. El río y los habitantes de las riberas serían los protagonistas de las obras más célebres del futuro autor.

Estalla la guerra civil entre diez estados del Sur —agrarios, dedicados en muchos casos al monocultivo del algodón, partidarios de la esclavitud, controlados por grandes familias aristocráticas— y los estados del Nordeste —industrializados, partidarios del proteccionismo económico, contrarios a la esclavitud—. El joven Clemens se enrola en la Milicia Confederada (del Sur), y después de dos semanas «absurdas…, perseguido como una rata todo el tiempo», deserta junto con el resto de su compañía, y después de un par de días viaja al territorio de Nevada, en el lejano Oeste, para reunirse con su hermano Orion. Trabaja como secretario de su hermano, a su vez secretario del gobernador de Nevada. *1861*

1861-1862 Intenta ganar dinero en Nevada como buscador de minas y especulador en maderas, pero no tiene suerte.

Trabaja como reportero y corresponsal para el periódico *Territorial Enterprise* de Virginia City (Nevada). Se adapta fácilmente al llamado «periodismo de la frontera», rudo, estentóreo, burlesco. En febrero de 1863 —en una humorística carta de viaje— utiliza por primera vez el seudónimo de Mark Twain («dos brazas» en el argot de los pilotos del Mississippi), que utilizaría durante el resto de su carrera. En 1864 viaja a California, también como reportero.

Recibe la visita —y el posterior apoyo— de Artemus Ward, el más célebre humorista de la época. *1862-1864*

1865 Final de la Guerra Civil. El general Lee, jefe de los ejércitos confederados, se entrega al ejército de la Unión el 9 de abril.

El 14 de abril es asesinado Abraham Lincoln, presidente de la nación desde 1861 y tenaz opositor de la esclavitud, con lo cual se dificulta aún más

el proceso de normalización de la posguerra. El 18 de diciembre la enmienda 13 de la Constitución prohíbe la esclavitud.

Twain publica el relato *La célebre rana saltarina*[2], que pronto es reproducida en periódicos a lo largo y ancho del país, confiriéndole al joven autor una reputación considerable, pues fue considerado por muchos lectores una de las mejores narraciones humorísticas que se habían publicado en el país.

Corresponsal en las islas Sandwich para el periódico *Union* de *1866*
Sacramento, California. Un malentendido con el director de este diario estuvo a punto de provocar un duelo, a la vieja usanza, entre los dos. A oídos del director llegó la noticia, aparentemente falsa, de que Twain era un excelente tirador, y se abstuvo de batirse con él.

1867 Estados Unidos ocupa las islas Midway, en el Pacífico. Twain comienza su carrera de conferenciante dando una triunfal charla en el Cooper Union, y publica su primer libro, *La célebre rana saltarina del distrito de Calaveras y otros relatos.* Viaja a Tierra Santa y Europa con un grupo de excursionistas, un viaje que derivará en cartas publicadas en el diario *Tribune* de Nueva York. A su regreso es solicitado para dar numerosas conferencias, recibiendo siempre una calurosa acogida del público.

Decide quedarse en el Este, donde residirá el resto de su vida siempre que se encontrase en los Estados Unidos.

Publica *Los inocentes en el extranjero*, con textos basados en sus *1869*
viajes por Europa. Su visión del Viejo Continente es bastante crítica y mordaz, y ataca con especial encono las injusticias que resultan de los privilegios que siempre han ostentado las familias reales, la nobleza y la Iglesia. Esta actitud sería una constante en la obra de Twain, y alcanzaría una de sus expresiones más intensas en *Un yanqui en la corte del rey Arturo*.

1870 Se casa con Olivia Langdon, procedente de una rica familia de Elmira, Nueva York, y se establecen en Buffalo (también estado de Nueva York), donde Twain trabaja como jefe de redacción del periódico *Express*. La influencia de la mujer en el escritor, y en especial la censura —implícita y explícita— que ejercía sobre su obra, han sido motivo de controversia entre los críticos durante largos años. El mismo Twain comentó varias veces que Olivia no solo editaba sus libros, sino que trataba de editarle a él.

El matrimonio Clemens se traslada a Hartford, Connecticut, *1871*
donde vivirían durante los siguientes diecisiete años. Twain continúa dando conferencias y publica dos libros, una autobiografía burlesca, y

Memorándum de Mark Twain: desde la Galaxia. Gracias a sus libros, artículos, conferencias, declaraciones y a su llamativa personalidad, Twain sería durante muchos años uno de los pocos autores norteamericanos con un prestigio internacional y una cómoda situación económica.

1872 Publica *Pasando fatigas,* sobre sus experiencias en el lejano Oeste, uno de los muchos libros que abordarían sus experiencias de «crecimiento»; en este caso su juventud en el Oeste (una región que interesaba mucho a sus nuevos lectores del Este), y en otros muchos su infancia y adolescencia en el Mississippi.

En colaboración con Charles Dutly Warner publica *La edad dorada,* su primera novela y una candente sátira sobre la sociedad norteamericana, que también se nutría en buena parte de los recuerdos de infancia de Twain. En esta obra se denuncian mordazmente la corrupción política y el afán de lucro que imperaban en el país.

Por esta época, Twain, un autodidacta y un autor prolífico que apenas se detenía para revisar lo que escribía (casi siempre dejaba a familiares o amigos la edición de sus textos), comenzó a dejar traslucir cierta influencia del estilo y las ideas de los escritores del Nordeste. Su posición al respecto fue siempre ambigua, a menudo rechazó esa posible influencia e incluso se rebeló abiertamente con la publicación de *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1885), una obra en la cual encontraría una nueva voz narrativa y se apartaría de todos los cánones.

Publica *Las aventuras de Tom Sawyer*, una versión idílica y tamizada de los recuerdos de su infancia en Hannibal, y que llegaría a ser una de sus obras más célebres.

Viajes a Alemania, Suiza e Italia. *1878-1880*

Publica *Un vagabundo en el extranjero.*

1881-1883 Publica *El príncipe y el mendigo.*

Publica *La vida en el Mississippi,* que de nuevo recrea los tiempos de su juventud en el río, y que es sin duda una de las obras en las que demuestra con más evidencia su talento, su poder de observación, y su capacidad para mitificar el pasado y elaborar mágicos territorios de ficción.

Ofrece numerosas conferencias y lecturas públicas. Establece *1884-1885* la editorial Charles L. Webster e invierte casi toda su fortuna en una máquina de composición tipográfica que podría revolucionar el campo editorial. La máquina comenzó a fabricarse en la fábrica de armas Cok de Hartford, bajo la supervisión de su inventor James W. Paige.

Desafortunadamente para Paige y su entusiasta financiero, otro inventor ya estaba perfeccionando la linotipia, que convertiría a aquella máquina en obsoleta y limitada, y algunos años más tarde llevaría a Twain a la bancarrota. En diciembre de 1884, el novelista George Washington Cavle recomienda a Twain la lectura de *La muerte de Arturo*, de *sir* Thomas Malory, que serviría de punto de partida para la siguiente novela de Twain, *Un yanqui en la corte del rey Arturo.* Twain comienza a trabajar en la novela a finales de 1885, un largo empeño (tardaría cinco años en terminarla) que en la mente de Twain siempre estuvo asociado con la portentosa máquina. Según el crítico literario Juntin Caplan, «las ambivalencias, desilusiones y finalmente las rabietas omitidas de la novela eran simulacros de incendio para el eventual fracaso de la máquina, de los valores del mecanicismo y de su sueño de una democracia capitalista en la cual él sería un magnate entre los magnates».

1886 Última guerra entre los indios y el ejército de los Estados Unidos.

Estados Unidos adquiere Pearl Harbor, de Hawái, y *1887* establece una importante estación naval. Después de suspender el trabajo en la novela durante varios meses, debido a problemas con la máquina y la editorial, Twain, tenso, nervioso, amargo, reanuda *Un yanqui…* Escribiendo tal vez los 16 capítulos más sombríos y más desprovistos de elementos cómicos de toda la novela. Entre tanto, había estado releyendo *La Revolución francesa*, de Carlyle, recrudeciendo así su odio por las antiguas formas de autoridad: la monarquía, la aristocracia y la Iglesia católica. También había estado escuchando los discursos de George Kennan sobre los esclavos en Siberia, otra de las fuentes principales para la novela que escribía.

1888 Recibe un «Master of Art» en Letras de la Universidad de Yale.

Publica *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, después de *1889* cinco años de silencio editorial, el más largo en toda su carrera. El libro hubiese podido tardar aún más, pero Twain estaba urgido de dinero a raíz de los retrasos y fallos técnicos de la máquina impresora.

1891-1895 Reside en Italia, Francia y Alemania, aunque hace varios viajes a Estados Unidos.

Fracasa definitivamente su máquina de composición tipográfica y la editorial Webster se declara en bancarrota.

Tratando de mejorar su difícil situación económica, viaja por *1895-1896* varios países del hemisferio Sur dando conferencias. Durante

uno de esos viajes su hija Susy, de veintidós años, muere de meningitis.

En 1896 los «marines» norteamericanos ocupan Nicaragua.

1897-1899 Estados Unidos se anexiona Hawái.

Es 25 de abril de 1898, Estados Unidos declara la guerra a España. El 10 de diciembre, de acuerdo con el tratado de paz de París, España cede Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam.

Estados Unidos toma posesión de la isla de Wake.

Twain se instala en Nueva York. Con su amigo William *1900-1903*
Dean Howells participa activamente en la creciente campaña antiimperialista.

Recibe el doctorado honorario en Letras de la Universidad de Yale.

Debido a la precaria salud de Olivia, mujer del autor, la familia se traslada a Italia.

1904 Muere Olivia.

Twain recibe un doctorado honorario en Letras de la *1907-1908*
Universidad de Oxford, un honor que él considera el clímax de su carrera literaria.

Se establece en Stormfield, Connecticut.

1909 Muere su hija Jean.

El 21 de abril muere el autor en Stormfield, y es *1910*
enterrado en Elmira, Nueva York. En el momento de su muerte había publicado alrededor de medio centenar de libros. Quedaba, sin embargo, casi tanta obra en manuscrito como la que había visto la luz.

El sueño del caballero escribiente

En mi sueño vi venir por una extensa y agostada planicie a un caballero andante cubierto por una inusitada y multicolor armadura y coronado por un penacho de ondeantes plumas blancas.

Se acercaba lenta, indolentemente, cambiando de rumbo continuamente, de tal modo que parecía proceder en círculos, o espirales, o eclipses… Llegué a pensar que estarían sueltas las riendas de su caballo, pero de repente enderezó su camino, cobró ánimos, comenzó a avanzar al galope…

Lo perdí de vista detrás de unos arbustos, y cuando lo volví a ver, ya mucho más cerca, me di cuenta de que su cabeza descansaba sobre el pecho.

Va vencido el caballero, me dije. O exhausto. Quizá perdido. Al menos perplejo.

Al llegar a orillas de un lago el caballo se detuvo. El caballero de la abigarrada armadura cayó de su montura, o se dejó caer. En otro sueño se habría aproximado al agua, y de hinojos hubiese tomado un largo, larguísimo sorbo…, pero el desmadejado caballero se alejó del lago a rastras, palpando con cautela las piedras, la tierra, las hojas secas, las raíces más salientes, hasta llegar hasta un árbol que no era siquiera frondoso, solo un árbol cualquiera. Se recostó contra el tronco de su árbol cualquiera y entrecerró los ojos.

Me acerqué hasta que estuve a un tiro de ballesta y me quedé mirándolo un rato, sin atreverme a llegar a su lado. Yo nunca había visto ni soñado una armadura semejante. El yelmo, la celada, el peto, el espaldar, la loriga, las hombreras, musleras, canilleras, cada uno de un color diferente, y además fabricado con diferentes tes materiales. Parecía una armadura hecha de retazos, de remiendos, una vestimenta absurda, risible. Pero no me reí. Quizá sonreí entrecortadamente, o me moví con menos sigilo, porque el multicolor caballero se sobresaltó:

—Santo y seña —preguntó.

—Juanillo, escribiente.

—¡Otro escribiente!

—¿Y vos, gentil caballero?

—Yo soy sir Hank… no, sir Huck, o sir Olivio… digo, sir Samuel, sir Arturo, sir Jefe, sir Armagedón… ¡Ay, sir Armagedón!

El caballero se derrumbó sobre sí mismo y pareció perder el sentido. Corrí a su lado, levanté la visera y vi que no había cerrado los ojos. No; sus ojos azules, melancólicos pero inquisitivos, estaban abiertos, muy abiertos. El caballero vivía. O agonizaba. Levanté entonces el yelmo y brotó una melena rojiza, revuelta, descomunal… Usaba unos bigotes largos, ligeramente caídos…

—¡Pero si es sir Twain! —exclamé—. ¡El mismísimo sir Mark Twain del Mississippi!

—Eso creo.

—Pero, sir Twain, ¿qué hacéis tan lejos del Mississippi y tan lejos de todo?

—Quizá lo mismo que vos, escribiente; trato de saber si estoy lejos o cerca.

—Lo mío se entiende, pero lo vuestro…

—¿Cómo que lo vuestro se entiende?

—Se entiende, sir Twain, porque no dejo de pensar en vos. Veréis… Intento verter vuestro relato a una hermosa y ultramarina lengua, y la empresa ha resultado tan difícil que a veces me digo… Bueno, me digo muchas cosas, pero cuatro meses ha que estoy en ello y no consigo ponerle punto final.

—No es nada, escribiente; yo llevo cuatro años luchando con la misma crónica y mucho me temo que nunca podré clausurarla.

—Y sir Emilio de las Luengas Barbas se impacienta, se exaspera, invoca sus lecturas más fantásticas.

—También mi editor se impacientaba. Y nosotros necesitábamos vender muchos ejemplares para salvar una maravillosa máquina impresora.

—Ya lo sé, sir Twain.

—Pero me he extraviado. O creo que me he extraviado, que es aún peor. Porque… Venid.

El caballero de la abigarrada armadura me condujo hasta una colina cercana y me enseñó un singular campo cubierto casi por completo de hojas amarillas entre las cuales se intercalaban unas cuantas hojas verdes. En aquel maravilloso campo deambulaban caballeros, escuderos, palafreneros, cortesanos, pajes, monjes, ermitaños, peregrinos, trovadores. Y escribientes.

—Fueron ellos los que me perdieron.

—¿Quiénes, sir Twain?

—Un poco los escribientes. Pero sobre todo los caballeros. Sí; sobre todo esos caballeros que veis ahí: Arturo, Lanzarote, Gawain, Galahad, don Quijote, Ivanhoe.

—¿Os perdieron?

—Se desordenaron, se confundieron, se entremezclaron. Me arrastraban y me abandonaban. Me exaltaban y me defraudaban… ¡Voto al cielo! No conseguía recrear aquel campo y entonces intenté destruirlo. E intenté…

—¿Qué, sir Twain?

—…

—¿Sir Twain?

—Hubiese podido llegar tan lejos —me pareció oírle decir mientras se alejaba.

Pero solo me pareció oírlo.

Un yanqui en la corte del rey Arturo

Una idea original…

Hank Morgan, el yanqui en la corte del rey Arturo, hubiese podido llegar muy lejos. Quizá más lejos de su punto de partida que cualquier otro personaje literario. Porque Hank Morgan, de un solo y contundente golpe, había ido a aterrizar al otro lado del océano y a trece siglos y medio de distancia. Ahora podía echar a andar por unas tierras de Camelot mitificadas en cientos de libros de caballería y, una vez armado caballero, revestido de una sólida, resistente armadura e iniciado en los secretos de la época, hubiese podido adentrarse en los albores de la Edad Media para desvelarnos muchas cosas sobre sus orígenes, resonancias y consecuencias; y, lo que es aún más crucial, mezclando conocimientos y perspectivas, personajes reales, legendarios y literarios, filosofías, ideas y principios de distintos siglos y distintos continentes, el yanqui habría podido sentar las bases de un nuevo mundo, a su vez inspiración para mundos más cercanos.

… no siempre bien aprovechada

No fue así. Ni mucho menos. Pero, paradójicamente, en ese fracaso creativo, evidente también en la debilidad de que adolece la novela en muchos puntos, en su desigualdad, en sus vaivenes y ambivalencias tanto estilísticos como argumentales, radica tal vez su grandeza. Porque detrás de todo ello, y casi en cada página, podemos sentir la presencia, la ardua lucha, los altibajos de un autor que no se contentaba con relatar una divertida anécdota, un autor que, como ya había hecho en *Las aventuras de Huckleberry Finn,* pretendía contarlo «todo», incluirlo «todo», jugarse entero**[3]**.

Entre Camelot y Connecticut

Por una parte el yanqui no llegó muy lejos porque no consiguió separarse de su siglo, de las limitaciones de una mentalidad utilitaria y excesivamente práctica. Pero sobre todo, para bien o para mal, como ya he dicho, no llegó muy lejos porque jamás consiguió separarse y distinguirse de aquel sir Mark Twain, caballero escribiente y errante del siglo XIX que, puesto a escribir una ficción situada trece siglos antes, no solo no conseguía apartarse de su siglo, sino que muchas veces no podía alejarse de su época, y en ocasiones ni siquiera de la semana que vivía, de los acontecimientos que le alegraban o le abrumaban días tras día**[4]**.

En la engorrosa armadura de Twain

El yanqui no tuvo verdaderamente la oportunidad de encontrarse a sí mismo en aquel lejano siglo VI ni de echar a andar libremente por tierras de Camelot. Y no pudo hacerlo porque en todo momento se estaba introduciendo en su engorrosa armadura un sir Twain abigarrado, contradictorio, variable, desigual, a veces juguetón y

gracioso, a veces atormentado, pesimista, cínico, sórdido, desesperado…, un sir Twain que, además de las proclamadas batallas contra la caballería andantesca, el oscurantismo medieval y la Iglesia católica, libraba otras batallas no menos denodadas, no menos acuciosas: contra el sistema monárquico imperante en Francia hasta la Revolución (mientras trabajaba en la novela, Twain releía el libro de Carlyle sobre la Revolución Francesa); contra las condiciones sociopolíticas en el Sur de los Estados Unidos —de donde él más o menos provenía—; contra el industrialismo devastador y los gérmenes del imperialismo agresivo en el Noroeste de los Estados Unidos —donde Twain más o menos habitaba—; contra los fantasmas de una guerra civil en la que apenas había participado (desertó a las dos semanas de enrolarse en el Ejército Confederado), pero que había acabado con sus días como piloto en el Mississippi, y con el mundo que conocía y amaba; una batalla también con el denso y voluminoso libro de sir Thomas Malory, *La muerte de Arturo,* que al mismo tiempo le encantaba y le irritaba; otra contra los críticos literarios tradicionalistas, prestigiosos, mesurados —a quienes él llamaba sardónicamente los brahmanes de Boston—, que le reprochaban su bufonería, sus estridencias, su «falta de gusto»; y, en fin, para no extenderme todavía más, una aguerrida batalla para tratar de comercializar una máquina de composición tipográfica que Twain pensaba iba a revolucionar la industria editorial en el mundo entero.

El problema de la verosimilitud

Tal vez nuestro autor estaba empeñado en demasiadas batallas como para poder forjar un protagonista-narrador convincente, relativamente independiente de su creador, verosímil dentro de los parámetros de la propia ficción. O tal vez no le interesaba hacerlo.

Twain, tan atento a las novedades técnicas e industriales de su época, bien hubiera podido inventarse una fabulosa máquina para viajar por el tiempo y el espacio, que catapultara a Hank Morgan a una tierra distante y un siglo lejano. Pero no; el yanqui recibe un golpe con una barra en el transcurso de una de sus frecuentes peleas y se despierta en Camelot…, casi como si el autor prefiriese que la historia de su forastero no resultase demasiado creíble. Y poco después de su llegada a esas tierras, el yanqui se salva de la hoguera y logra convertirse en el mayor mago de la época porque recuerda que en el siglo VI ocurrió un eclipse de sol más o menos por esa fecha. Para hacérnoslo creer, el yanqui hubiese podido llevar una libreta con datos curiosos, pero no: por pura casualidad recuerda la fecha, la hora y hasta el minuto exactos.

Un narrador inverosímil

Si el yanqui no resulta muy verosímil como protagonista (insisto, verosímil dentro de la ficción), mucho menos lo es como narrador. Porque no sería un yanqui de Connecticut, supervisor en una fábrica de armas, poco instruido y poco versado en la historia, quien entraría en disquisiciones filosófico-políticas sobre la esclavitud y la opresión en el Sur de los Estados Unidos, sobre el comportamiento de los «blancos pobres» del Sur durante la Guerra de Secesión, la capacidad de autogobierno de los pueblos, el feudalismo y la Revolución Francesa, las ideas religiosas de la época… No, detrás de la celada del yanqui se vislumbra en casi todo momento ese Mark Twain, conferenciante, humorista y, como buen satírico, moralista, además de autor. E incluso cuando Hank Morgan se comporta como el más yanqui de los yanquis, práctico, utilitario, ansioso de sacar provecho de todo, podría corresponder a un aspecto más de Twain, quien, después de casarse con una rica heredera y trasladarse a Connecticut, pretendió hacer mucho dinero embarcándose en empresas que prometían fabulosas ganancias.

Altibajos

Y desde luego tampoco es el yanqui quien intentaría demostrar que, cuando se lo propone, puede ser un buen escritor; que, si se esmera, puede mantener un ritmo y una intención poética durante varios fragmentos; que puede conservar el interés del lector a lo largo de toda una variedad de situaciones, estilo y géneros literarios. En realidad la novela nunca tiene el tono o el espíritu de un diario (algo que se nos indica al principio, aunque sin insistir demasiado en ello, y sin volver a recordárnoslo hasta las últimas páginas). Se siente casi en todo momento la presencia del escritor… y más concretamente la presencia de un escritor desigual. Porque Twain, inmerso en tantas batallas y deseoso de contar tantas cosas, de contarlo «todo», cargó también con los defectos de sus experiencias anteriores: el aspecto burdo y estridente del periodismo de la frontera (durante la expansión hacia el Oeste norteamericano) a mediados del siglo pasado; el humor vigoroso, exagerado, con frecuencia repetitivo, predecible, también macabro, de los relatos humorísticos del Sudoeste, uno de cuyos exponentes más notables había sido el mismo Twain; su larga carrera como conferenciante profesional, que según uno de sus críticos le había enseñado a «acomodar el ritmo, la dicción, la extensión y las pausas a los oyentes más que a los lectores»… Todos estos defectos, y otros más, saltan a la vista al leer la novela. Y sumado a ellos —aunque es mucho más complejo decidir si se trata de una virtud o un defecto—, se siente a veces, muchas veces, un

deseo de escribir «bien», es decir, a la manera de los grandes prosistas de Nueva Inglaterra, a quienes Twain alternativamente despreciaba y admiraba, a quienes satirizaba pero también intentaba imitar…, o al menos intentaba demostrar que era capaz de escribir tan bien como ellos.

JUAN FERNANDO MERINO

Bibliografía

Año	Título original	Título castellano
1867	*The Celebrated jumping Frog of Calaveras County and Other Sketches*	*La célebre rana saltarina del distrito de Calaveras* (1940)
1869	*The Innocents Abroad, or the New Pilgrims Progress; being some account of the steams hip quaker city's pleasure excursion to Europe and the Holland; with descriptions of countries, nations, incidents and adventures, as they appeared to the author*	*Los inocentes en el extranjero* (1945)
1871	*Mark Twain's (burlesque) Autobiography and First Romance*	*Autobiografía* (1962)
1871	*Mark Twain's Memoranda: from the Galaxi*	Memorandum de Mark Twain: desde la galaxia
1872	*Roughing it*	*Pasando fatigas* (1948)
1872	*A Curious Dream and Other Sketches*	*Un sueño raro* (1962)
1872	*Screamers: a Gathering of Scraps of Humour*	Cuentos humorísticos originales de Mark Twain (1910)
1872	*The Innocents at Home*	*Los inocentes en su país* (1944)
1872	*The Gilded Age: a tale of today* - Con Ch. Daudley Warner	*La edad dorada* (1935)
1874	*Sketches*	Relatos cortos
1875	*Sketches, New and Old*	Relatos cortos nuevos y antiguos
1876	*The Adventures of Tom Sawyer*	*Las aventuras de Tom Sawyer* (1909)
1876	*Old Times on the Mississippi*	*Viejos tiempos en el Mississippi* (1974)
1877	*A True Story and the Recent Carnival of Crime*	*Los hechos relativos a la reciente orgía de crímenes de Connecticut* (1975)
1878	*An Idle Excursion*	Una excursión tranquila
1878	*Punch, Brothers, Punch! and Other Sketches*	*Taladrad, hermanos, taladrad* (1962)
1880	*A Tramp Abroad*	Un vagabundo en el extranjero
1881	*A Curious Experience*	*Una aventura curiosa* (1962)
1881	*The Prince and the Pauper*	*El príncipe y el mendigo* (s.a.)
1882	*The Stolen white Elephant*	*El robo del elefante blanco* (1943)
1883	*Life on the Mississippi*	*La vida en el Misisipí* (1947)
1884	*The Adventures of Huckleberry Finn*	*Las aventuras de Huckleberry Finn (el*

	(Tom Sawyer comrode)	*camarada de Tom Sawyer)* (1923)
1889	*A Connecticut Yankee in King Arthur's Court*	*Un yanqui en la corte del rey Artús* (1943)
1891	*Facts for Mark Twain's Memory Builder*	*Datos para reconstruir los recuerdos de Mark Twain*
1892	*The American Claiman*	*El conde americano* (1944)
1892	*Merry Tales*	*Narraciones humorísticas* (s.a.)
1893	*The £ 1 000 000 Bank-Note and Other New Stories*	*El billete de un millón de libras esterlinas* (1953)
1894	*Tom Sawyer Abroad, by Huck Finn*	*Tom Sawyer a través del mundo* (1943)
1894	*Pudd'nhead Wilson: a tale*	*Cabezahueca Wilson* (s.a.)
1896	*Personal Recollections of Joan of Arc* - Prepublicada en *Harper's*	*Juana de Arco (novela histórica)* (1949)
1896-1897	*Tom Sawyer Abroad, Tom Sawyer Detective and Other Stories As Tom Sawyer, Detective, as told by Huck Finn, and other tales*	*Tom Sawyer detective* (1909)
1897	*Following the Equator: a journey around the world as More tramps abroad*	Siguiendo el Ecuador un viaje alrededor del mundo con Más vagabundos en el extranjero
1900	*The Pains of Lowly Life*	Los sinsabores de la vida humilde
1900	*The Man that Corrupted Hadleyburg and Other Stories and Essays*	*El hombre que corrompió a una ciudad* (1947)
1901	*English as she is Taught*	Inglés como se lo enseñan
1901	*To the Person Sitting in Darkness*	A la persona sentada en la oscuridad
1902	*A Double Barrelled Detective Story*	*Dos detectives ante un barril* (1942)
1903	*My Debut as a literary Person, with Other Essays and Stories*	Mi primera experiencia literaria, con otros ensayos e historias
1904	*A Dog's Tale*	Cuento de un perro
1904	*Extracts from Adam's Diary*	*Extractos del diario de Adán* (s.a.)
1905	*King Leopold's Soliloquy: a defense of his Congo Rule*	Soliloquio del rey Leopoldo: una defensa de su dominio del Congo
1906	*Eve's Diary*	*Diario de Eva* (s.a.)
1906	*What is Man?* (publ. anónima)	*¿Qué es el hombre?* (1946)
1906	*The $30 000 Bequest an Other Stories*	*Un legado de 30 000 dólares* (1962)
1907	*A Horse's Tale*	*La historia de un caballo* (1953)
1909	*Is Shakespeare Dead?*	*¿Ha muerto Shakespeare?* (1923)
1909	*Extract from Captain Stormfield's Visit to Heaven*	*El capitán Tormentas* (1910)
1910	*Queen Victoria's jubilee*	El jubileo de la reina Victoria
1911	*Letter to the California Pioneers*	Carta a los pioneros de California
1916	*The Mysterious Stranger: a romance*	*El forastero misterioso* (1950)
1919	*The Curious Republic of Gondour and Other WhimsicaJ Sketches*	La curiosa república de Gondour y otros relatos extraños
1942	*Boy's Manuscript*	*Diario de un muchacho* (1999)
1969	*Huck Finn and Tom Sawyer among the Indians. Tom Sawyer's Conspiracy*[1]	*Huck Finn y Tom Sawyer entre los indios. La conspiración de Tom Sawyer*

(1999)

Aparte de su obra narrativa, Twain escribió artículos para diversos periódicos, algunos ensayos, más la correspondencia y multitud de notas sueltas sobre viajes y temas variados aparecidas en ediciones póstumas.

Notas

[1] Jeanne-Antoinette Poisson, marquesa y duquesa de Pompadour (1721-1764), ambiciosa e inteligente cortesana francesa, amante de Luis XV, sobre quien ejerció una enorme influencia tanto en el plano personal como en el político.

Barbara Villiers, condesa de Castlemaine (1671-1709), noble inglesa, amante de Carlos II, con quien tuvo cinco hijos. Su influencia sobre el rey era tan considerable que se le atribuyen, entre otras cosas, la dimisión de uno de sus primeros ministros. <<

[1] Castillo del siglo XIV en la ciudad inglesa homónima, situada en el centro del país y a orillas del río Avon. <<

[2] Estos cuatro caballeros, al igual que la inmensa mayoría de los que aparecen en la novela, son personajes recurrentes en la llamada «materia de Bretaña», ciclo de novelas en torno a la corte del mítico rey Arturo, que tuvieron su auge durante los últimos siglos de la Edad Media. Es posible que estas novelas tuviesen elementos de las muy antiguas tradiciones bretonas y célticas, pero los datos hasta ahora esgrimidos por los estudiosos no son contundentes. Lo que sí es innegable y crucial es la transformación de que fue objeto la historia de Bretaña (aproximadamente la actual Inglaterra y el norte de Francia) por parte de varios escritores franceses a partir del siglo XII. El más destacado de todos y quien verdaderamente llevó el género a su punto culminante fue Chrétien de Troyes (c. 1135-c. 1183), un culto escritor activo entre 1160 y 1190, autor entre otras obras de *Perceval o el Cuento del Grial, Erec, Cligés, El caballero del león* y *El caballero de la carreta*. Chrétien mezcla su material con mitos y leyendas de la literatura clásica griega y latina, que conocía muy bien, y con la sociedad cortesana de la Francia del siglo XII que le rodeaba. A partir de las obras de Chrétien, así como de la antiquísima leyenda de *Tristán e Isolda*, surgiría una larga serie de variantes, continuaciones, imitaciones y distorsiones. En la literatura inglesa la obra más importante y comprensiva sobre la «materia de Bretaña» es *La muerte de Arturo*, de Thomas Malory (véase nota 5), en la cual se basó el autor de la presente novela para la elaboración de numerosos episodios y de la mayoría de los personajes.

Galahad (que en las traducciones al castellano ha recibido los nombres de Galaad, Galahat, Galaz y sirvió de antecedente al Galaor de las novelas españolas en torno a Amadís) y Lanzarote (o Lancelot) son, junto con Perceval, Gawain (o Gauvain) y el senescal Kay, los caballeros más célebres de cuantos aparecen en la «materia de Bretaña» o literatura artúrica. Sir Bedivere no pasa de ser un personaje secundario, pero sir Bors de Ganis (o Bohort) va adquiriendo progresiva importancia y llega a ser uno de los protagonistas de *La Demanda del Santo Grial*, novela redactada hacia 1225. <<

[3] Teoría que pretende que, a la muerte de una persona, el alma que la habita puede pasar a otro cuerpo. <<

[4] Coraza es la parte superior de la armadura, compuesta de peto y espaldar. Arturo es el legendario rey de Bretaña (de origen literario incierto y con fundamentos históricos aún más inciertos), en cuya corte se reunían alrededor de una enorme mesa redonda los mejores y más valientes caballeros del reino. Desde la Edad Media, la mayoría de los autores han situado a Arturo y su corte en un impreciso siglo VI, incurriendo en multitud de anacronismos al mezclarlo con personajes, situaciones, vestimentas y costumbres pertenecientes a diferentes épocas y países.

La Mesa Redonda (también conocida como Tabla Redonda a partir de alguna descuidada traducción al castellano), tiene un nacimiento literario posterior al del rey Arturo, pues aparece mencionada por primera vez en la traducción (evidentemente con adiciones) que en 1155 hizo el poeta Wace (c. 1100-c. 1175) de *La historia de los reyes de Bretaña*.

Sir Sagramor el Deseoso (*le Desirous* o el Desmesurado) aparece mencionado por primera vez en *Cligés*, una de las novelas tempranas de Chrétien, y desde entonces se convierte en uno de los más asiduos caballeros de la Mesa Redonda. Este fiel caballero será (en *La muerte de Arturo*) uno de los cuatro caballeros que acompaña al rey al final de su última batalla y hasta el momento de su muerte.

La cota de malla es una armadura para defensa del cuerpo formada por anillos metálicos, colocados de tal manera que conceden gran facilidad de movimiento.

Oliver Cromwell (1599-1658) fue un político inglés, teniente general en la guerra entre el rey Carlos I y el Parlamento. Al triunfar la revuelta hizo condenar al rey, proclamó la República y gobernó el país hasta su muerte. <<

[5] Escritor y aventurero inglés, descendiente de una antigua familia de Warwickshire. Nació durante el primer decenio del siglo XV y murió el 14 de marzo de 1471. Durante la época turbulenta que le tocó vivir, llevó una vida agitada, violenta y con frecuencia fue encarcelado acusado de robo u otros delitos. Murió en prisión, después de haber escrito, en quince años de trabajo, su famosa obra *La muerte de Arturo,* ocho extensos poemas a partir de la traducción y fusión de varias leyendas del ciclo artúrico. Esta obra, que sirvió de punto de partida a Mark Twain para la presente novela, consta de veintiún libros divididos en tres partes. En la primera parte se incluye el nacimiento del rey Arturo y la fundación de la Mesa Redonda, la historia de los hermanos Balín y Balán y la del escudero Gareth, despreciado por una doncella que es confiada a su protección. La segunda parte está centrada en la leyenda de Tristán e Isolda. La tercera incluye los amores de Lanzarote y la reina Ginebra, la historia del Santo Grial, la traición de Mordred —sobrino o hijo del rey Arturo— y la muerte de Arturo. **<<**

[6] El pobre senescal Kay lleva siglos representando el papel de caballero descortés, fanfarrón y poco hábil con las armas. Casi siempre que toma parte en un combate singular es derrotado, a menudo aparatosamente, para regocijo y burla de sus compañeros de la Mesa Redonda, que le reprochan su impertinencia y fanfarronería, aunque sin llegar a perderle el afecto. Sir Lanzarote del Lago, su salvador en este pasaje, ha sido siempre considerado, por el contrario, prototipo del caballero diestro y valiente, hasta el punto de que en algunas de las novelas artúricas se le llama «el mejor caballero del mundo». Lanzarote aparece citado por primera vez en *Erec,* de Chrétien de Troyes, y posteriormente asciende al papel de protagonista en *El caballero de la carreta,* una de las más logradas y cautivadoras obras del mismo autor. <<

[7] En la literatura artúrica es corriente que el rey celebre corte en Camelot, Carduel u otra sede durante las festividades religiosas más importantes. <<

[8] Esposa del rey Arturo y, a semejanza de Isolda, amante adúltera de uno de los caballeros que el rey más apreciaba, sir Lanzarote del Lago. La primera referencia que se encuentra en el libro de Malory aparece en el capítulo I del *Libro III* y dice: «Cómo el rey Arturo tomó mujer y casó con Ginebra, hija de Leodegrance, rey de la tierra de Camelerd, con la que tuvo la Mesa Redonda». **<<**

[9] Este fragmento fue tomado por Mark Twain del capítulo II del *Libro VI* de *La muerte de Arturo*, de sir Thomas Malory, y copiado prácticamente al pie de la letra, pues se ha limitado a convertir la ortografía medieval de Malory en una ortografía moderna y a cambiar unas pocas palabras que en tiempos de Twain ya habían caído en desuso. <<

[10] Ciudad norteamericana, capital del estado de Connecticut Aunque proveniente del Medio Oeste, el autor conocía bien esta zona, pues en 1871, un año después de su matrimonio con Olivia Langdon y ya convertido en un escritor de éxito, se estableció en Hartford, en una grande y cómoda mansión. Twain vivió en Hartford diecisiete años y durante ese período escribió sus obras más célebres. <<

[11] El apelativo «yanqui» designaba original y particularmente a los habitantes de los estados de Nueva Inglaterra, en el noroeste de Estados Unidos. De manera proverbial se ha considerado a los yanquis personas muy emprendedoras, hábiles para los negocios, ambiciosas, calculadoras y de mentalidad singularmente práctica. <<

[12] El yanqui se refiere sin duda a la fábrica Colt, de Hartford, en esa época la mayor fábrica privada de armas en el mundo, y que había sido establecida en 1855 por Samuel Colt (1814-1862), inventor del revólver que lleva su nombre. <<

[13] Ciudad de Connecticut, junto al estrecho de Long Island; centro industrial muy importante. <<

[14] Sitio cerca de Carlion, donde se supone reunía el rey Arturo a su corte en ciertas fechas. <<

[15] Manuscrito antiguo realizado sobre pergamino ya utilizado para algún escrito anterior que ha sido borrado artificialmente. **<<**

[1] En la armadura antigua el yelmo era la parte que resguardaba la cabeza y el rostro; con frecuencia se le añadía un penacho o adorno de plumas.

El farseto era una vestidura acolchada para la parte superior del cuerpo, que se llevaba debajo de la armadura.

La gualdrapa era una cobertura larga, por lo general ricamente elaborada, que cubría y adornaba las ancas del caballo durante los desfiles y ocasiones especiales. <<

[2] El morrión es una especie de yelmo ligero, coronado usualmente por plumas o adornos.

La alabarda es un arma compuesta por un asta de madera y una punta de lanza cruzada por una cuchilla, aguda por un lado y en forma de media luna por el otro. <<

[1] Juego de palabras intraducibie. En inglés, la palabra *page* tiene el significado de «paje» y de «página». Hemos traducido «pijo» por similitud fonética y para potenciar el insulto. <<

[2] Twain comenzó a trabajar en esta novela en febrero de 1886, por lo que solo le separarían unos seis años y medio del momento en que el protagonista recibió el golpe que le enviaría al reino de Arturo. <<

[1] Arkansas ha sido notoriamente uno de los estados norteamericanos más conservadores, con menores índices de educación y uno de los pocos estados en los cuales la población rural predomina sobre la urbana. Twain, virulento antiesclavista, debía sentir particular aversión por un estado en el que la cuarta parte de sus pobladores eran esclavos hasta el momento de iniciarse la Guerra Civil. <<

[2] Arenisca arcillosa y micácea, fácilmente disgregable debido a la disposición de la mica en láminas. <<

[3] Población inglesa en los alrededores de la cual algunos sitúan la mítica Camelot. <<

[4] El episodio de La Dama del Lago, que Mark Twain incluye aquí, aparece en el capítulo 25 del *Libro I*, de Malory, «De cómo Arturo obtuvo, por intermedio de Merlín, su espada Excalibur de la Dama del Lago». Esta dama era una gran maga y encantadora y, según se narra en el *Lancelot* en prosa, fue quien educó a Lanzarote. Otras tradiciones cuentan que Merlín, ya muy anciano, se enamora de la Dama o Doncella del lago, a la que transmite todo su saber, lo cual le permitirá dominar al anciano mago y hacerlo desaparecer. <<

[1] Este supuesto colega de Twain, por quien el narrador parece sentir especial aversión, figura en varios episodios de la obra de Malory pero sin el epíteto de «El Humorista». Sin embargo, debía de tener habilidades literarias, pues, en el capítulo 27 del *Libro IX* de Malory, se describe cómo compuso un lai en noro al rey Marco. <<

[2] Medida de longitud de unos 42 centímetros contado desde el codo hasta la extremidad de la mano. <<

[3] Los comanches eran una de las tribus de la pradera norteamericana, llamados pieles rojas por el matiz cobrizo de su piel y porque además tenían la costumbre de pintarse de rojo. En efecto, debían de ser conversaciones subidas de tono si el narrador afirma que harían ruborizarse a un comanche. <<

[4] El primero es el protagonista de la novela *Historia de Tom Jones, expósito,* de Henry Fielding (1707-1754), personaje de moralidad muy cuestionable que se ve envuelto en numerosas intrigas amorosas, así como en complicadas y poco edificantes aventuras.

El segundo es el protagonista de la novela *Las aventuras de Roderick Random,* de Tobías G. Smollet (1721-1771); este personaje combina las características del pícaro español con las accidentadas aventuras de su autor. <<

[5] Personajes de la novela de ambiente medieval *Ivanhoe*, del escritor escocés Walter Scott (1771-1832). Twain detestaba especialmente a este autor, a quien culpaba de reinstaurar el «decadente mito aristocrático» en la literatura inglesa y —lo que le dolía más— en el sur norteamericano de su propio tiempo. En particular le parecía pernicioso y falso el lenguaje que Scott ponía en boca de sus personajes. **<<**

[1] Referencia burlesca a la célebre galería de pinturas del palacio de Hampton Cour, en la población de Hampton, cerca de Londres y a orillas del río Támesis. <<

[2] Nombre del protagonista de la novela que dio fama al escritor inglés Daniel Defoe (1660-1713) y que narra la historia de un náufrago en una isla desierta, el cual sobrevive tratando de recrear en su nuevo entorno los conocimientos técnicos de su época y, en cierto modo, también las ideas y prejuicios de su sociedad y su época. <<

[3] La *Historia de los Bretones*, de principios del siglo IX, es la primera obra que habla de una torre misteriosa que se derrumbaba cada noche, y cuyo maleficio solo podía ser eliminado por medio de la sangre de un niño nacido de mujer virgen, niño que resulta ser Ambrosio, descendiente de un cónsul romano. Tres siglos más tarde, el monje galés Godofredo de Monmouth (c. 1100-1154), en su *Historia de los reyes de Bretaña* transforma la leyenda de la torre en la historia maravillosa de un niño llamado Ambrosio Merlín, de origen diabólico, destinado a ser gran profeta y encantador. Nace así la imperecedera figura del mago Merlín. <<

[4] Grupo de edificios en la ciudad de Londres utilizados durante varios siglos como prisión del Estado. <<

[5] O sea, «ahora te toca a ti». Expresión derivada del juego del béisbol, donde los jugadores de cada equipo van alternando turnos para batear. <<

[1] Personaje bíblico. Patriarca hebreo, undécimo hijo de Jacob. En su juventud fue vendido por sus hermanos a unos mercaderes que iban a Egipto, donde debió servir como esclavo. Consiguió explicar de manera profética los sueños del faraón, quien le hizo su primer ministro. Gobernó la nación durante un extenso período de tiempo. <<

[2] Simón IV, conde de Montfort (1150-1218), fue un noble francés, jefe de una de las cruzadas. Fue un valiente guerrero, pero fanático y cruel.

Piers Gaveston (m. 1312), amigo, consejero y protegido del rey Eduardo II de Inglaterra, quien le otorgó el título de conde y luego le dejó como guardián del reino durante un viaje suyo a Francia. Se ganó numerosos y poderosos enemigos y, finalmente, un grupo de barones lo capturó y ejecutó.

Roger de March, conde de Mortimer (c. 1286-1330), noble inglés, virrey de Irlanda. Controló el gobierno de Inglaterra después del asesinato de Eduardo II, de cuya mujer era amante. Sus abusos le hicieron extremamente impopular y fue condenado a muerte.

Por último, se refiere probablemente a Barbara Villiers, condesa de Castlemaine (1641-1709), amante del rey Carlos II (1630-1685), en quien ejerció una notable influencia. <<

[1] El relato de este torneo, que el yanqui atribuye a un clérigo con buen futuro en el campo periodístico, también está tomado, con la alteración de algunos nombres, del libro de Malory anteriormente citado. De esta multitud de caballeros, muchos ya nos son conocidos y a otros muchos los encontraremos más adelante en el texto. Sir Gareth, el caballero que tan maravillosamente actúa en este torneo, es sobrino de Arturo, hijo del rey Lot y hermano del prodigioso sir Gawain. <<

[2] Seudónimo de Charles Farrar Browne (1834-1867), el más célebre de los humoristas norteamericanos de su tiempo. Atraído por las colaboraciones periodísticas de Twain, lo visitó en 1864, iniciándose así una amistad que se prolongaría hasta la muerte de Ward. <<

[3] Lucilio Cecilio Firmiano Lactancio (c. 260-c. 325), escritor cristiano de origen africano. Fue preceptor del hijo del emperador Constantino e intentó, por medio de sus obras, el acercamiento del cristianismo a través de un estilo elegante. <<

[4] Expediciones de características religioso-militares emprendidas por varias generaciones de cristianos europeos para tratar de conquistar la ciudad de Jerusalén y los llamados Lugares Santos a los musulmanes. Las Cruzadas fueron ocho en total y tuvieron lugar entre los siglos XI y XIII. <<

[5] La leyenda del Grial, o Graal, es una de las que más alteraciones sufrió en el transcurso de la Edad Media. Según las tradiciones celtas, se trataba de un vaso de la inmortalidad en poder de un rey paralítico, pero en las novelas caballerescas de principios del siglo XIII llegó a ser identificado con el cáliz utilizado por Jesucristo en la Última Cena. Así pues, numerosos caballeros cristianos, y en especial los de la Mesa Redonda, consagrarían muchos viajes y esfuerzos a la búsqueda del Santo Grial, que les concedería —si eran puros de corazón— la visión eterna de Dios. <<

[6] Comunicación marítima entre los océanos Atlántico y Pacífico por las costas septentrionales que en vano trataron de encontrar numerosos navegantes europeos a partir del siglo XVI. Finalmente fue descubierto en 1853 por Robert John Le Mesurier. M’Clure, aunque el primero en recorrerlo totalmente fue Roald Amundsen (1872-1928), entre 1903 y 1906. <<

[7] A partir de la leyenda de la busca del Santo Grial, Twain inventa burlescos adjetivos y verbos que en su traducción equivaldrían aproximadamente a «expediciones grialeras», caballeros que se encuentran «santo-grialeando», etc. <<

[1] Secta protestante fundada por Juan Calvino (1509-1564) que no reconoce la autoridad de los obispos sobre los sacerdotes. Twain, al igual que el yanqui, pertenecía a esta secta. En su *Autobiografía* se queja de que nunca pudo deshacerse de esa «conciencia presbiteriana inculcada». **<<**

[2] La más importante de las academias militares de los Estados Unidos, fundada en 1802 y situada en el condado de Orange, estado de Nueva York. <<

[3] Alabama fue uno de los estados norteamericanos más acerbamente esclavistas y foco de la insurrección de los Estados Confederados que dio lugar a la Guerra de Secesión. No gozaba, pues, al igual que Arkansas, de las simpatías de Twain. De hecho, Alabama ha ocupado durante muchos años uno de los último lugares en cuanto a renta per cápita, educación y asistencia sanitaria en los Estados Unidos. <<

[1] En inglés, la palabra *puss* es una manera coloquial y ligera para referirse a una «mujer joven». <<

[2] Término aplicado a personas que ejercen la adivinación y la magia negra. <<

[3] Especie de túnica que se usaba sobre la armadura o el traje. <<

[4] Echar la espuela significa beber la última copa los que han estado bebiendo juntos. <<

[5] Se refiere al profeta Elíseo, que, insultado por unos muchachos, los maldijo «en nombre de Yahvé. Salieron dos osos del bosque y destrozaron a cuarenta y dos de ellos» (*2 Reyes* 2. 23-24). <<

[6] James Buchanam (1791-1868), político norteamericano, que fue decimoquinto presidente de la República, de 1857 a 1869, años en los que nuestro yanqui sería un niño o un adolescente. <<

[1] Período de la Revolución francesa que comprende desde la caída de los girondinos, a finales de mayo de 1793, hasta la ejecución de Robespierre, el 28 de julio de 1794, y durante el cual se celebraron numerosos procesos sumarios y ajusticiamientos, especialmente de aristócratas, a manos del llamado Comité de Salud Pública presidido por Robespierre. <<

[2] John Cade fue un campesino irlandés que encabezó un levantamiento producido en el sur de Inglaterra en 1450 en contra de la administración del rey Enrique VI. Los rebeldes derrotaron al ejército real y al entrar en Londres fueron recibidos con entusiasmo por la población, pero un par de noches después fueron diezmados en un sangriento ataque. Cade cayó prisionero y murió una semana después.

Wat Tyler fue también un campesino inglés, jefe de la insurrección de aldeanos y campesinos en 1381 contra los abusos de los señores feudales. Tyler fue muerto por el alcalde de Londres durante una audiencia que le había concedido el rey Ricardo II. <<

[3] Twain utiliza muchos nombres de derivación francesa que ya habían sido empleados por Malory (sir Dodinas *le Savage*, sir Sagramor *le Desirous* y la doncella Maledisant) e incluye algunos de su propia cosecha, como es el caso de este altisonante Amyas *le Poulet* (o sea, Amyas el Pollo) <<

[1] Las piezas más importantes del sistema monetario en los Estados Unidos son la de un penique (*penny*), por valor de un centavo, la de níquel de cinco centavos (*nickel*), la de diez centavos (*dime*), la de veinticinco (*quarter*) y la de medio dólar. <<

[2] En la literatura artúrica, Carados, rey de Vanes, es el propietario de la «Dolorosa Torre», en la cual son encarcelados muchos caballeros, Gawain entre ellos.

Sir Aglovale de Galis es hermano del celebérrimo Perceval. <<

[1] Gawain, sobrino del rey Arturo y conocido también como Gauvain, daría origen en la literatura española al caballero Galván. Es uno de los integrantes más destacados de la Mesa Redonda y aparece en casi todas las novelas de la «materia de Bretaña». Este «sol de la caballería», como lo llama a veces Chrétien de Troyes, es valiente, enamoradizo y posee una asombrosa facilidad para seducir a las damas. En la novela *La búsqueda del Grial* se enamora de él hasta una niña de pocos años, «la doncella de las mangas pequeñas».

Uwain es el mismo Ivain de la literatura artúrica francesa, protagonista de una de las novelas de Chrétien de Troyes.

El caballero del león, así llamado porque un león, al que había salvado de una serpiente, lo sigue como un perro fiel en agradecimiento. En esa obra Uwain y Gawain viajan juntos durante algo más de un año buscando aventuras y participando en torneos, lo cual también fue recogido más tarde por Malory. <<

[2] Tres de los boxeadores profesionales más famosos del siglo pasado.

Tom Sayers (1826-1865), campeón inglés de los pesos medios, perdió un solo combate durante los diez años de su carrera. En 1860 se enfrentó por el primer título internacional de los pesos pesados al gran campeón norteamericano John Heenan (1833-1873), después de 42 asaltos, con una duración de más de dos horas y media, la pelea acabó en empate cuando Sayers se hirió la mano derecha.

John L Sullivan (1858-1918) también fue un boxeador profesional norteamericano; ganó en 1882 el título mundial de los pesos pesados, que conservó hasta 1892. <<

[3] Este caballero, hijo del rey de Irlanda, figura en muchas novelas del ciclo artúrico, y casi siempre se presenta como uno de los caballeros más diestros y valientes. En el famoso y multitudinario torneo que se celebra al final de *El caballero de la carreta* es uno de los pocos que puede competir en destreza con Lanzarote. <<

[4] Ciudad del estado norteamericano de Connecticut, sede de la Universidad de Yale. <<

[1] El tabardo es una especie de gabán sin mangas. <<

[2] En el primer capítulo del *Libro IX*, narra Malory cómo el socarrón senescal Kay cambiaba el nombre del caballero Breunor *le Noire*, diciéndole: «… en burla seréis llamado *La Cote Male Tailé*», que es tanto como decir «la cota mal cortada». Este caballero, uno de los más valerosos de la Mesa Redonda, inmediatamente después de ser presentado a Arturo, comienza a ejecutar sus hazañas ofreciéndose a auxiliar a una doncella desvalida.

El Hada Morgana, hermana del rey Arturo, es un personaje enigmático e imprevisible, capaz de benéficas y maravillosas curaciones, pero también de grandes maldades. Así, por ejemplo, en uno de los relatos artúricos se narra que quiso matar a su marido, sir Uriens; poco después robó la vaina y la espada de Arturo e inmediatamente después salvó a un caballero que estaba a punto de morir ahogado.

El rey Uriens (o Urien) es el padre de Ivain, héroe de *El caballero del león*.

El Distrito de Columbia, la unidad administrativa más pequeña de los Estados Unidos, comprende la capital (Washington) y una zona periférica. <<

[3] En el *Antiguo Testamento* la zona posteriormente llamada Palestina estaba dividida en los territorios que ocupaban las doce tribus de Israel y que, por regla general, correspondían a los doce hijos del patriarca Jacob, uno de los cuales era José. <<

[4] El monte Washington, con una altura de 1917 metros, es el pico más alto de las Montañas Blancas, en el estado norteamericano de New Hampshire.

El Matterhorn o Cervino, de 4779 metros de altura, es una de las montañas más conocidas de los Alpes y está en la frontera entre Italia y Suiza. <<

[5] En el capítulo séptimo del *Libro IX*, de Malory, aparece una doncella. Maledisant (maldiciente), a quien Lanzarote le cambia el nombre por el de Doncella Bienpensant (bienpensante, es decir, conforme al orden establecido, por oposición a *malpensant*, que designa al que tiene ideas subversivas). **<<**

[6] En la literatura artúrica, las relaciones del rey Arturo y su hermana, el hada Morgana, se deterioran definitivamente tras el matrimonio del rey con Ginebra, a quien el hada detestaba. Sin embargo, en algunas versiones de *La muerte de Arturo*, cuando el rey es herido de muerte, Morgana viene a rescatarlo en una nave llena de damas y se lo lleva a la isla de Avalon. <<

[1] Orfebre, grabador y escultor florentino y una de las figuras más características del Renacimiento italiano (1500-1571). Escribió unas interesantísimas memorias en las que refiere su vida aventurera. <<

[2] Probablemente se refiere a Isabel I, reina de Inglaterra (1533-1603), mujer de gran fortaleza física, altiva y tosca en sus maneras; y a Margarita de Valois (1553-1615), reina de Francia y de Navarra, esposa de Enrique IV, quien la repudió por su cuestionable conducta. Esta última escribió unas *Poesías*, unas *Mémoires y* sobre todo el célebre *Heptamerón*, y fue conocida por el nombre de la Reina Margot. <<

[3] Phillipe, duque de Orleans (1674-1723), conocido como el Regente de Orleans, pues desempeñó tal cargo durante la minoría de edad de su sobrino Luis XV. Se le critica su vida licenciosa y sus frecuentes y escandalosas borracheras. <<

[4] Se refiere al régimen monárquico y absolutista que detentaba el poder en Francia antes de la Revolución, y en particular, a las formas que adoptó bajo los reyes borbones durante los siglos XVII y XVIII. <<

[1] Inversión de la conocida frase evangélica: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» (*Mateo*, 22, 21). **<<**

[2] Giovanni Giacomo Casanova (1725-1798) fue un aventurero veneciano que recorrió casi toda Europa ejerciendo muy diversas profesiones. Escribió unas apasionantes y detalladas *Memorias* en doce volúmenes. A continuación Twain alude a la agresión que sufrió el rey Luis XV de Francia a manos de Robert François Damiens (1715-1757). El rey solo sufrió un rasguño, pero el asaltante, condenado a muerte por regicidio, fue cruelmente torturado y descuartizado atado a unos caballos. <<

[3] En este caso. Twain altera ligeramente el nombre utilizado por Malory (Breunis Saunce Pité) pero conservando la noción de que se trataba de un caballero sin clemencia ni piedad (del francés *sans pitié*). <<

[4] El autor utiliza la expresión francesa *Le droit du seigneur* («el derecho del señor») para insinuar una deshonrosa práctica medieval sobre la cual volverá a tratar más adelante. (Véase la nota 2 del capítulo XXIV). <<

[5] La Bastilla era una antigua fortaleza parisina utilizada hasta la Revolución como prisión de Estado. En el texto, por consiguiente, es un sinónimo de mazmorra. <<

[6] Castillo construido por Francisco I de Francia en una isla situada a la entrada de la bahía de Marsella y utilizado como prisión de Estado. Este castillo fue inmortalizado por Alejandro Dumas en su novela *El conde de Montecristo*, publicada en 1845. <<

[1] La historia está tomada con lenguaje y todo de *La muerte de Arturo*. (Nota del Autor). [Concretamente de los capítulos 24-28 del *Libro IV*]. **<<**

[1] Este razonamiento y buena parte de este episodio bien podría estar inspirado en *El Quijote*, una novela que Twain admiraba muchísimo. **<<**

[2] La primera de estas damas-cerdos lleva el apellido de una familia de nobles ingleses muy prominente en los siglos XIII y XIV. Según la *Enciclopedia Británica* se trata de una familia normanda, de incierta genealogía, que llegó a Inglaterra alrededor del año 1066. El apellido Courtemains («manos cortas») parece ser una burla de Twain a partir del apellido Courtenay, otra familia de nobles ingleses que precisamente alcanzó notoriedad cuando en 1325 su heredero Hugh casó con Margaren Bohun, nieta de Eduardo I, emparentando así a la familia con las casas reales de Inglaterra y Castilla. <<

[1] Geoffrey Chaucer (c. 1340-1400) es considerado por algunos críticos el principal impulsor del inglés como lengua literaria. Sus *Cuentos de Canterbury*, inspirados en el *Decamerón* de Boccaccio, están situados en el marco de una peregrinación y son un insuperable documento sobre la sociedad de su época. <<

[2] La expresión inglesa que Twain utiliza es *Cuckoo Land* (literalmente «Tierra del cuclillo»), referencia a la ciudad imaginaria construida en el aire en la comedia de Aristófanes (444 a. C.-385 a. C.), *Las aves*, escrita en el año 414 a. C. Se utiliza para significar un imaginario estado de cosas que no tiene relación con la vida real. <<

[3] «Hosanna el Cura Atrevido». Twain mezcla aquí el inglés y el francés, creando esa jerga a la que es tan aficionado. <<

[1] Período de la historia de Francia, ya citado, durante el cual el duque de Orleans gobernó el país como regente de su sobrino Luis XV. Fue en cierto modo una reacción contra las ideas absolutistas de su hermano Luis XIV. Fue una época de luchas y maquinaciones religiosas centradas en las disputas entre jansenistas y jesuitas. <<

[2] Twain elabora aquí una cáustica broma basándose en la figura histórica de San Simeón el Estilita, anacoreta sirio del siglo V, que vivió más de treinta años en lo alto de una columna. También Buñuel haría una irónica película basándose en el célebre santo: *Simón del Desierto* (1965). <<

[3] Todos los detalles referentes a los ermitaños en este capítulo han sido tomados de Leckey, pero con notables modificaciones. Dado que este no es un libro de historia, sino tan solo un relato, la mayoría de los detalles aportados por el historiador resultarían demasiado crudos para ser reproducidos aquí. EL EDITOR.

[El *editor* es evidentemente Twain, quien se supone que ha editado la crónica del yanqui. William Edward Hartpole Leckey (1835-1903), autor de *Vidas de los santos*, fue un historiador y moralista inglés que se dedicó principalmente a la investigación histórico-religiosa. Otra de sus obras más importantes es *Tendencias religiosas de la época*, publicada en 1860]. <<

[1] Género de pólvora que puede arder incluso sobre el agua. <<

[2] Medida de longitud inglesa, duodécima parte del pie, equivalente a 23 milímetros. <<

[3] Los cuatro formidables conjuros del yanqui son otras tantas *palabrotas* alemanas, construidas humorísticamente por Twain (recuérdese su caricaturesca opinión sobre la sintaxis alemana), atento más a los sonidos que al significado. Esta primera significa algo así como «Compañía de gaiteros constantinopolitanos». <<

[4] Una traducción de emergencia de esta palabrísima podría ser: «Tentaciones de volar en atentado las pequeñas taquillas teatrales con dinamita nihilista». <<

[5] Este es el mejor ejemplo de la técnica seguida por Twain para la acumulación de efectos sonoros y conseguir aliteraciones sumamente expresivas. Desmontando la palabra, tendremos: *Transvaal* (= Id.), *Truppen* (= tropas), *Tropen* (= trópicos), *Transport* (= transporte), *Trampelt[h]ier* (= camello), *Treiber* (= boyero o conductor de animales), *Trauung* (= bendición nupcial), *T[h]ränen* (= lágrimas). *Tragoedie* (= tragedia). Nótese la frecuencia del sonido *tr* y *p*, única razón de la aproximación irónica de *Truppen* y *Tropen*. Una traducción disparatada daría más o menos esto: «Tragedia lacrimógena de la bendición nupcial de los camelleros transportistas de tropicales tropas por el Transvaal». <<

[6] Idéntico procedimiento que en la anterior. Esta vez la aliteración es del sonido *m* sobre todo, apoyado por la *t* y la *r*. Sin necesidad de hacer el desmontaje como en la anterior, tendremos el siguiente sinsentido: «Constructor de monumentos de mármol para la madre de los moros asesinos de hombres corrientes y musulmanes de la Meca». <<

[1] Referencia a la anteriormente citada Academia militar de West Point. (Véase la nota 2 del capítulo X). <<

[2] Pasear a alguien sentado sobre un madero era una gran humillación y deshonra, similar a aquella de exhibir a una persona sobre una carreta, como le ocurre a Lanzarote precisamente en *El caballero de la carreta*, un tema que sería retomado incluso por Cervantes en *El Quijote* (I, 46-47). <<

[1] Ceremonia que consistía en presentar ante el rey a las personas que padecían ciertas enfermedades para que este las tocase con sus manos, pues se creía que tal contacto tenía poderes curativos. <<

[2] Esta práctica medieval, insinuada en el capítulo 18 con el nombre francés de *droit du seigneur*, otorgaba al señor feudal el derecho a pasar la noche de bodas con la desposada de cada uno de sus siervos. <<

[3] Twain alude al Mansion House de Londres, edificio que sirve de residencia al alcalde de la ciudad. <<

[4] Evidentemente. Twain incurre en un anacronismo, pues la construcción de ese edificio es anterior a la «aparición» del espíritu yanqui… y, de hecho, anterior a la colonización de Nueva Inglaterra. <<

[5] Twain parece referirse específica y muy irónicamente a los *copy-boys*, jóvenes aprendices de periodista entre cuyas funciones figuraba a menudo la de transcribir a máquina textos ajenos. <<

[6] Familia a la cual pertenece Arturo. De acuerdo con Malory, Arturo es hijo de Uther Pendragon. El segundo capítulo del *Libro I* reza así: «Cómo Uther Pendragon hizo guerra al Duque de Cornualles, y cómo por la mediación de Merlín yació con la duquesa y engendró a Arturo». **<<**

[1] Que padecen escrófula, una enfermedad que produce una notable hinchazón en los ganglios linfáticos del cuello. <<

[2] De los amores adúlteros entre la reina y Lanzarote ya se habló en la nota 8 de la Introducción. <<

[3] Mencionada en varios episodios de las novelas de caballería, estaría situada cerca de Winchester. <<

[4] Véase la nota 1 del capítulo 3. Podemos inferir, pues, que el autor encontraba especialmente ofensivo el periodismo tendencioso y sensacionalista que se practicaba en el Sur de su país, durante los años que preceden y siguen a la Guerra de Secesión. <<

[1] Casi todas las leyendas o novelas de caballería conceden a Merlín poderes adivinatorios, y desde 1130 se difundieron las llamadas «Profecías de Merlín», una serie de frases suficientemente misteriosas y ambiguas como para resultar infalibles. En el siglo XIII, su figura se cristianizó en las obras de Robert de Borron, pasando a ser el mítico profeta del Santo Grial. <<

[2] Las repetidas referencias en el texto al gran río norteamericano resultan muy explicables si se recuerda que Twain nació en un pueblo a sus orillas, pasó buena parte de su juventud en sus cercanías —incluso fue piloto en uno de los vapores que surcaban el río—, y el resto de su vida continuó «regresando» allí en sus escritos. <<

[1] En más de una ocasión Twain realiza analogías entre el sistema feudal imperante en la Edad Media y las condiciones de vida en el sur de los Estados Unidos, durante los años de su adolescencia. Los «blancos pobres» del sur conocieron una situación singularmente precaria durante los años anteriores a la Guerra de Secesión por la dificultad de encontrar empleo en una sociedad en la cual casi todo el trabajo manual lo realizaban los esclavos. <<

[2] Referencia a la Guerra de Secesión en los Estados Unidos entre los estados sudistas, partidarios de la esclavitud, y los del norte, mucho más industrializados, pujantes y contrarios a la esclavitud. <<

[1] Alusión a la mencionada Guerra de Secesión norteamericana. <<

[2] Confederación Sudista, alianza político-militar de los estados norteamericanos del sur durante la Guerra de Secesión. Una de las medidas que resultaron de la separación de los estados de la Unión fue la emisión de sus propias unidades monetarias. <<

[3] El milréis sería equivalente a una centésima parte del centavo. <<

[4] Secta protestante según la cual el bautismo solo debería ser administrado a aquellas personas lo suficientemente adultas como para comprender su significado, y estas, además, deben sumergirse completamente en el agua. <<

[5] Se conoce como Prohibición al movimiento iniciado en los Estados Unidos a mediados del siglo XIX para prohibir la fabricación y consumo de bebidas alcohólicas. <<

[1] Aleación de zinc, estaño y plomo. <<

[1] Johannes Gutenberg (1397-1468), impresor alemán, considerado el inventor de la imprenta.

James Watt (1736-1819), ingeniero mecánico escocés, inventor de la máquina de vapor completa o de doble efecto.

Richard Arkwright (1732-1792), inventor e industrial inglés, fabricante de la primera máquina semiautomática para hilar algodón.

Eli Whitney (1765-1825), inventor norteamericano; fabricó la primera desmotadora de algodón.

Samuel Finley Morse (1791-1872), inventor norteamericano, precursor del telégrafo y creador del sistema de telegrafía a base de rayas y puntos que lleva su nombre.

George Stephenson (1781-1848), ingeniero e inventor inglés; constructor de la primera locomotora de vapor.

Alexander Graham Bell (1847-1922), científico escocés que contribuyó decisivamente a la invención del teléfono. <<

[2] Bagdemagus (o Bademaguz) es el rey de la tierra de Gorre, padre del malvado Maleagant, el cual en *El caballero de la carreta* rapta a la reina Ginebra para llevarla a sus dominios particularmente inexpugnables. En la tierra de Gorre, «reino del que nadie sabía salir», era extremadamente difícil entrar sin permiso del soberano; solo existían dos vías de acceso: «el puente acuático», construido debajo del agua y muy estrecho, y el «puente de la espada», una larguísima y afilada espada sobre un río profundo y peligroso, y al final de la cual había dos leones o leopardos atados a un bloque de piedra. <<

[3] Política económica que, para proteger los productos nacionales, dificulta la entrada en el país de productos extranjeros, gravándolos con impuestos, aplicando cuotas, etc. Como se puede apreciar por la nota anterior, la «protección» en el reino de Bagdemagus iba aún más lejos. <<

[1] La expresión *pay the shots*, literalmente «pagar los disparos», significa en su acepción más corriente pagar una ronda de bebidas. <<

[2] Alusión a Horacio Cocles, el Tuerto, héroe romano legendario de la gens Horacia, que defendió él solo el puente Sublicio contra Porsena y permitió así que los suyos destruyeran el puente. Perdió un ojo en esta batalla, de donde proviene el sobrenombre. <<

[1] Roma dominó la isla de Gran Bretaña desde tiempos de César, año 55 antes de Cristo, hasta el siglo V. <<

[1] Espacio dentro del cual se celebraban los combates singulares y los torneos. <<

[2] El Alto Mississipi es la parte de este extenso río cercana a su nacimiento en el lago Itasca, en el estado de Minnesota.

La aurora boreal es un fenómeno luminoso, consistente en franjas de diversos colores, que se puede observar en la región polar del norte. <<

[3] En la tragedia *Hamlet*, de Shakespeare, al protagonista se le aparece el fantasma de su padre, rey de Dinamarca. <<

[4] Hermano del famosísimo caballero sir Perceval y, por derecho propio, uno de los más diestros de cuantos frecuentaban la Mesa Redonda. Se cuenta que en una ocasión llegó incluso a derribar de su caballo a sir Gawain. <<

[5] Pieza de la armadura que cubre el rostro. <<

[1] El más célebre de los ríos ingleses. Nace en Gloucestershire, pasa por Eton y Londres y desemboca en un estuario entre Essex y Kent. <<

[2] Alusión —algo descabellada— a los periódicos norteamericanos que en el siglo XIX advocaban la Ley Seca o prohibición de las bebidas alcohólicas. **<<**

[3] Enfermedad infecciosa que forma falsas membranas en la laringe, causando a veces asfixia. En los siglos anteriores implicaba un grave peligro de muerte para los niños que la contraían. <<

[4] En las novelas artúricas de comienzos del siglo XIII, mucho más imbuidas del espíritu religioso de la época, aparece la silla peligrosa, reservada desde la Pasión de Cristo para el caballero perfecto, casto y puro Será Galahad, el hijo de Lanzarote, el único que logre ocuparla. Una vez más, nuestro narrador se permite una alteración exorbitante. <<

[5] Especie de arbusto que contiene tanino, sustancia que se emplea para curtir pieles. <<

[6] Henry Bessemer (1813-1898) inventó el procedimiento que lleva su nombre para la producción del acero a gran escala. <<

[7] Región histórica de Irlanda, seis de cuyos condados conforman la actual Irlanda del Norte, unida a Gran Bretaña, y los otros tres pertenecen a la República de Irlanda. Durante las luchas políticas que desencadenaron los nacionalistas irlandeses, Inglaterra mantuvo siempre un apoyo firme a los protestantes del Ulster. Como se verá un poco más adelante, el tercer jugador de este equipo de béisbol es el rey de Irlanda. <<

[8] Varios de estos «jugadores» aparecen nombrados en la batalla final del rey Arturo, en las distintas versiones de *La muerte de Arturo*. <<

[1] Una de las llamadas penas canónicas, o sea, castigos correctivos que puede imponer la autoridad eclesiástica. Prohibición a ciertas personas o en determinados lugares del uso de los oficios divinos, la administración y recepción de algunos sacramentos y la sepultura eclesiástica. <<

[2] Ciudad situada al sudeste de Inglaterra, a orillas del mar. <<

[3] Ciudad situada en el sudeste de Inglaterra, en el condado de Kent. **<<**

[1] En la primera parte de este capítulo, el autor utiliza numerosos datos, nombres y situaciones tomados de Malory, intercalándolos con desmesuras de la civilización tecnológica implantada por el yanqui. En efecto, en la literatura artúrica, el desastre de Camelot se inicia cuando los sobrinos del rey le revelan a este los amores de la reina con Lanzarote. <<

[2] En casi todos los relatos alrededor de la Mesa Redonda, sir Agravaine y sir Mordred aparecen como sobrinos del rey. Sin embargo, algunas versiones de *La muerte de Arturo* llaman a Mordred hijo de Arturo, creando así un mayor dramatismo en el enfrentamiento final. <<

[3] Carlisle es una ciudad en el noroeste de Inglaterra y capital del condado de Cumberland, situada a orillas del río Eden. <<

[4] De acuerdo con Malory, estos tres caballeros son hermanos, hijos todos del rey Lot y la dama Morgaurse. <<

[5] Aunque algunos nombres difieren, también en Malory (*Libro XX*, capítulo 8) se narra cómo, al rescatar a la reina de la hoguera, Lanzarote y sus parientes mataron a un gran número de caballeros. <<

[6] El nombre del famoso castillo de Lanzarote parece haber derivado de una célebre aventura en los libros de caballería más tempranos, llamada *Aventura del gozo de la corte*. <<

[7] Guienne es el antiguo nombre de una región al suroeste de Francia, unida luego a Gasconia. Para los trovadores medievales correspondía a Aquitania. <<

[8] Cornualles es un condado situado en el extremo suroeste de Inglaterra.

Kent es un condado marítimo en el extremo suroeste de Inglaterra. Corresponde, aproximadamente, al territorio que ocupaba el reino del mismo nombre, el más antiguo de los siete reinos formados por los sajones en Inglaterra durante los siglos V y VI. <<

[9] Ciudad medieval al sudeste de Inglaterra, en la confluencia de los ríos Avon y Wylye. <<

[10] Un repaso a los títulos de los cuatro primeros capítulos del último libro de Malory deja muy claro hasta qué punto se ciñó Twain a ese escrito para la elaboración de «Cómo sir Mordred osó tomar sobre sí ser rey de Inglaterra, y se quiso casar con la reina, mujer de su padre»; «Cómo después de que el rey Arturo tuviera nuevas, tomó y llegó a Dover, donde sir Mordred le encontró para vedar su desembarco, y de la muerte de sir Gawain, y le advirtió de que no luchase ese día»; «Cómo por desdicha de una víbora comenzó la batalla, donde fue muerto sir Mordred, y el rey Arturo herido de muerte». **<<**

[11] En casi todos los relatos alrededor de la Mesa Redonda, sir Agravaine y sir Mordred aparecen como sobrinos del rey. Sin embargo, algunas versiones de *La muerte de Arturo* llaman a Mordred hijo de Arturo, creando así un mayor dramatismo en el enfrentamiento final. **<<**

[12] El fragmento está tomado por Twain del capítulo 4 del *Libro XXI* (y último) de Malory. <<

[13] Al final de la obra de Malory, la reina Ginebra se hace monja en Almesbury y Lanzarote toma los hábitos en una ermita. <<

[1] Tal vez haya una velada alusión a estos tiempos heroicos en los textos periodísticos que aparecen en *Un yanqui*…, llenos también de divertidas erratas y con una tipografía de museo. <<

[2] Publicado en la colección Arbolé. <<

[3] *Las aventuras de Huckleberry Finn* comienza con estas palabras: «Tú no sabes nada de mí si no has leído un libro llamado *Las aventuras de Tom Sawyer*… Ese libro lo hizo el señor Mark Twain, y la mayor parte de lo que contó es verdad. Hubo cosas que exageró, pero la mayor parte de lo que dijo es verdad». Cada vez más, Twain quería decir *la verdad*. Y si Huck Finn pretende contar una verdad más «verdadera» que la historia de Tom Sawyer, en *Un yanqui*…, aun exagerando y alterando muchas cosas, escudado además en la fabulosas exageraciones de los libros de caballería, Twain se enfrentó con algunas de sus verdades más dolorosas y trágicas. <<

[4] Resulta bastante esclarecedor al respecto leer los fragmentos de la *Autobiografía* del autor que abarcan los años durante los cuales trabajaba en la novela. Para conocer mejor el contexto histórico-social y el ambiente literario durante los años más activos de Twain, se puede consultar, por ejemplo, el Apéndice de Juan José Millás a *El forastero misterioso*, y el de Doris Rolfe a *Huckleberry Finn*, ambos publicados en esta misma colección. <<

[1] Estas obras fueron publicadas por primera vez, junto a otras, bajo el título *Hannibal, Huck & Tom*, por la University of California Press. Ambas obras, así como *Boy's Manuscript*, fueron publicadas en una edición crítica, bajo el título *Huck Finn and Tom Sawyer among the Indians and other unfinished stories*, por la misma editoria en 1989. <<